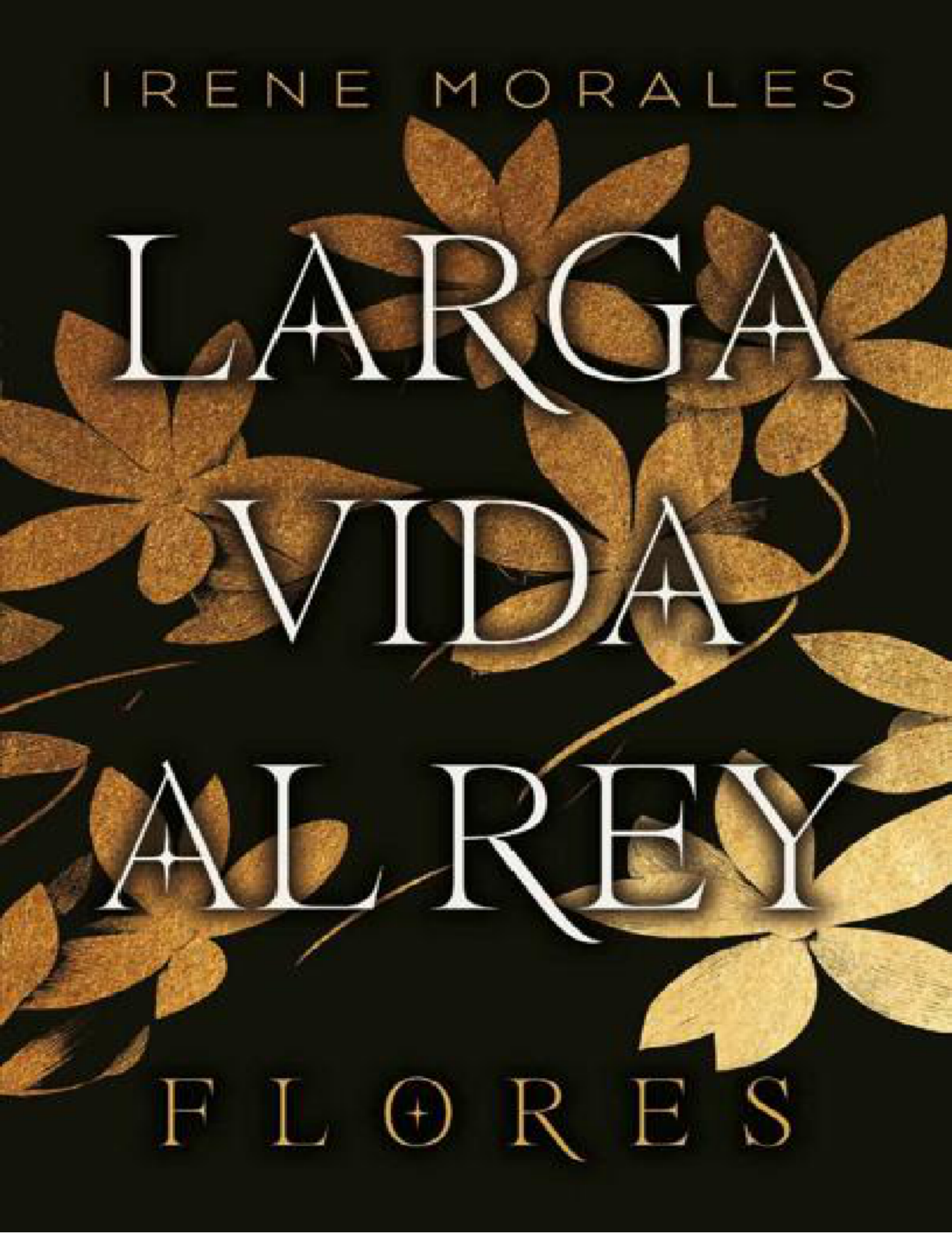

IRENE MORALES
LARGA VIDA AL REY
FLORES

LARGA VIDA AL REY

FLORES

IRENE MORALES

LARGA VIDA AL REY

FLORES

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: febrero 2024

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19936-31-8

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

[…] which brings us back
to the hero’s shoulders and the gentleness that comes,
not from the absence of violence, but despite
the abundance of it.

Richard Siken, «Snow and Dirty Rain», *Crush* (2005)


VEDA
SAGRARÉS

Para Sasha.

SEGUNDA PARTE
Flores

«Para siempre» son 200 años.

1
VUELVE A CASA

El día que Sera volvió fue uno como otro cualquiera. Al menos, para Sherezade.

No tardó ni medio segundo en salir de la cama al despertarse, abriendo con un bostezo las tres únicas ventanas de su casita para dejar pasar la luz dorada de finales de primavera. Fuera ya trinaban los pájaros, e incluso alcanzaban a oírse los bramidos con los que Honet intentaba que sus hijos se levantasen «a una hora digna».

Desde el jardín le devolvía la mirada su pequeña fábrica de cristal, una simple bóveda enladrillada donde moldeaba no solo cristaleras y copas, sino miles y miles de figuritas decorativas. De momento no tenía ningún encargo, pero tampoco le angustiaba, porque la temporada nupcial llegaría pronto y, con ella, el consecuente aluvión de estatuillas para tartas. También vaticinaba un par de tiaras coloreadas, de esas que lo tendrían devanándose los sesos con cómo conseguir los materiales desde aquel rincón perdido del mundo. Quizás ese año ganaría suficiente para reformar la chimenea. Algún día se le iba a caer en el hocico.

Sherezade había aprendido hacía ya muchos años que aquella tierra no tenía cuatro estaciones, sino dos, y a lo que los locales llamaban «primavera» él lo llamaba por su nombre: infinito verano. Y, aun así, salió vestido como siempre de manga larga, la primera gota de sudor rodándole nuca abajo. El calor empeoró según se encaminaba hacia la villa, un salpicado de granjas y casas de ladrillo cuya distribución tenía tan poco sentido como la supuesta primavera.

—¡Sherezade! —lo llamó Honet, asomado a un ventanuco de sus establos. Su potencia pulmonar compensaba los metros de prado que los separaban—. ¿¡Te pensaste eso!?

—¡Sí! —vociferó, sin siquiera detenerse—. ¿Mañana te viene bien?

—¡Claro! ¡Gracias, chico!

Ayudar en la granja de Honet no era tarea fácil, pero el hombre necesitaba un par de brazos fuertes para meter a los animales en vereda y ninguno de sus hijos cumplía las condiciones (y, siendo sinceros, el propio Honet tampoco). Afortunadamente, lo que les faltaba de físico les sobraba de capital, de modo que podían permitirse el lujo de contratarlo de vez en cuando. Sherezade todavía se sorprendía cuando llamaba a su puerta y le «proponía un trato» como si no llevara los últimos ocho años herrando a sus caballos.

La calle principal se componía de un revoltijo de casuchas apostadas unas contra otras por puro orgullo, mala hierba escapando entre grietas y carteles desvencijados antaño coloridos. Como siempre, había pelea en la cola de la fragua de Jutvené, y Anna abría las ventanas de su pastelería de par en par justo cuando Sherezade pasaba por delante, queriendo sacar tajada de su debilidad por los pasteles de manzana (recién hechos, si mal no olfateaba). Ella le guiñó un ojo, pero él se mantuvo firme. En cuanto a la taberna de Lluiso, por supuesto, seguía vac… Ah, pues no.

Por los macutos en el suelo y los caballos en la caballeriza trasera, estaba claro que eran forasteras. Se habían sentado a desayunar en la terraza del Tres Lanceros, y la más bajita de las dos, de doradísimos cabellos bastante atípicos por allí, daba buena cuenta a unas tostadas con aceite y azúcar. Poco más alcanzaba a ver de ella. De la otra… La otra lo siguió con la mirada mientras bebía, piel oscura y nariz aguileña. Sherezade apretó el paso, porque aquellos ojos buscaban pelea y él, desde luego, no tenía ganas de concedérsela.

Logró llegar sin contratiempos a la casona de la madre de Anna, donde la mujer lo esperaba con sonrisa afable.

—Shere, cielo —saludó, limpiándose las manos en el delantal antes de estrechárselas—. ¿Preparado? ¡Va a ser un día largo!

—Sobre todo para mí —sonrió él.

Y, sin más dilación, se colgó la cinta del cubo recolector al hombro y se internó en el vastísimo campo de albaricoques en el que pasaría los siguientes días.

La verdad, prefería la recolección al arado. No solo porque pudiera quedarse las piezas feas, sino porque conllevaba menos esfuerzo que empujar el timón, sobre todo cuando se trataba de las mulas de Honet, más vagas incluso que sus hijos… Además, los verdes y naranjas de los albaricoqueros lo ponían de buen humor. Toda tarea de campo lo ponía de buen humor, en realidad, lo dejaba lo suficientemente deshecho como para meterse en la cama y que su mente se saltase la Anunciación.

Ah, la Anunciación. Qué raro que nadie hubiese sacado el tema todavía.

—¿Oíste la Anunciación?

Ahí estaba.

—Sí —contestó con un suspiro.

—Pues ya ves, dos semanitas de festivos que les ha dado. Hay que joderse con lo bien que viven en la Espiral, ¿eh? —refunfuñó ella mientras lo perseguía por la primera fila de árboles—. Claro, como ellos no tienen que arar las tierras ni recolectar sus frutos… ¿Para qué, si pueden simplemente *comprarlos*? ¡Vagos! ¡Niños ricos!

Sherezade no quería pensar en la Espiral, ni en por qué sus habitantes podrían permitirse hasta las nubes del cielo. Para eso precisamente se mataba trabajando, para no pensar, y la madre de Anna no se lo estaba poniendo fácil. Decidió ignorarla.

—¿Cómo puede tardarse tanto en acabar una tumba? —seguía ella —. Aunque lo sé, ¡vaya si lo sé! No mueven un dedo ni por sus propios muertos. ¡Doscientos años! Ni que hubiesen tenido que traerse la piedra de Berén. ¿No te encargaron uno de sus dioses…? ¿Cómo se llamaba…? ¿Var? Ese que las mujeres lo llaman dios y los hombres diosa, ese. El Var ese. ¿No te encargaron un Var de ocho metros hace unos años?

—Sí. —De nuevo seco.

—¿Y lo hiciste?

—No.

—Buen chico. Que se busquen sus propios cristaleros.

Aquella había sido una anécdota tan graciosa como horrible para Sherezade.

Se había despertado una mañana con un escuadrón de la Espiral en la puerta de su casa, su corazón latiendo tan rápido que creyó se le escurriría entre las costillas; pero cuando el oficial le había comunicado el encargo no había sabido si reír o llorar. Al parecer, una de sus tiaras de cristal coloreado había llegado a la corte de Verenize • de Veda, y el mismísimo Eterno requería de sus servicios. Con el pago hubiera podido comprarse el pueblo entero, pero, una vez más…, no quería saber nada de la Espiral.

Y menos aún de su rey.

Bastante tenía con verlo cada noche en la Anunciación, ese truco de magia con el que se colaba en la cabeza de sus súbditos para compartirles cualquier buena nueva: conquistas gloriosas, acuerdos firmados, la culminación del Mausoleo… «Está intentando que nos encariñemos», había dicho alguien que ya ni recordaba, allá por los primeros días de Anunciación.

¿Lo peor? Que funcionaba. Y se extendía más allá de las fronteras espirales, logrando que gente sobre la que ni siquiera gobernaba aguardara el momento en que el rey vecino se deslizaba en sus sueños para hablarles de los suyos.

—Sherezade, cariño, hoy estás mucho más callado de lo normal. ¿Es que te preocupa algo?

Era su oportunidad para cambiar de tema, así que contestó lo primero que se le ocurrió:

—Hoy había dos extranjeras en el Tres Lanceros. Traían caballos de guerra.

La madre de Anna asintió con la nariz arrugada. En silencio, recogió uno de los albaricoques que Sherezade había echado al cubo y lo sopesó entre sus manos arrugadas. Ambos sabían lo que eso significaba: exploradores. Exploradores del rey eterno enviados para estudiar cada curva de aquellas tierras antes de parasitarlas con su ejército.

Sherezade lo sentía por esa gente.

—¿Qué crees que debemos hacer?

Frunció el ceño.

—¿Por qué me lo preguntáis a mí?

—Ya sabes por qué, hijo. Ni tu piel ni tus ojos son de por aquí, y tu rostro ya ha probado el sabor de la guerra. —Sonrió. No era una sonrisa alegre—. Pero ya eres uno de los nuestros.

Sherezade suspiró, pero no contestó, sino que pasó a la siguiente fila. Lo había sabido al despertarse con una lágrima cayéndole por la sien, la voz de Verenize un eco risueño y maleable anunciando el fin de las obras del Mausoleo de Sera, y lo había sabido al ver el cabello rubio de una de las rastreadoras.

Era hora de irse.

Estuvo dándole vueltas durante todo el día, mientras llenaba cubos y cubos de albaricoques que serían enviados al día siguiente a Venfica, la capital de Veda. La madre de Anna le traía agua y zumo cada poco tiempo, almuerzo a media tarde e incluso merienda; un pedazo de tarta de manzana de la pastelería cuya notita secreta prefirió meterse en el bolsillo antes de que la mujer descubriera su existencia. Sherezade siquiera se molestaría en leerla. A fin de cuentas, Anna no era de las que aceptaban un «no» por respuesta.

Cuando por fin terminó su jornada, Sherezade regresó por donde había venido como un fantasma, con los hombros cargados y bostezando en bucle. Aquí y allá sus vecinos lo saludaban, le proponían trabajillos rápidos, le suplicaban que les arreglase alguna ventana, joya («¡Por favor, por favor! ¡Como mi hermana se entere de que se los he roto me mata!»), lámpara…

Sí, era hora de irse. Esa gente dependía demasiado de él, y los más mayores comenzaban a darse cuenta de que algo raro pasaba con su cuerpo, con su rostro.

Ya refugiado en su pequeña casona, avanzó pesadamente hacia la destartalada chimenea que usaba de cocina. Como cada vez que se

planteaba volver a mudarse, recordaba un tiempo en que solo había de chasquear los dedos para que el fuego acudiese raudo, en que sus manos no temían tocarlo y en que, sobre todo, no se veía obligado a encenderlo desde cero todas y cada una de las noches.

Al menos aún quedaban sobras de estofado en la olla, así que se resignó a recalentarlas en lugar de pasar el mal rato de enfrentarse a su raquítica despensa («¿Cuándo tocaba mercado? ¿Mañana?»). Más allá, su cama; más allá, la mesa redonda donde cocinaba, comía, leía. Era una existencia diminuta, pero era suya.

Ahí se sentó, dispuesto a prepararse la lista de la compra, aunque no había ni empezado cuando llamaron a su puerta.

—¿Quién va?

Un revuelo de susurros le hizo fruncir el ceño. Esperó un par de segundos. Nada. Con un gruñido, finalmente se levantó y abrió de un tirón brusco.

Quizá si no se le hubiese cortado la respiración se habría dado cuenta de que una de las extranjeras lo apuntaba con su arco. Quizá si no hubiese retrocedido, espantado y maravillado a un tiempo, se habría dado cuenta de que la otra lo miraba con la confusión pintada en sus ojos castaños. Quizá si sus reflejos de soldado estuviesen tan afilados como el espadón de la rubia no habría pasado lo que pasó.

—¿Sera?

Ella frunció el ceño. La otra no:

—El aire os manda recuerdos.

Y una flecha certera le atravesó el cuello.

Cuando despertó lo hizo con la misma sacudida aterrada de tantas otras muertes. Su primer impulso fue intentar arrancarse la flecha de la garganta, pero nada quedaba allí. Tampoco sangre, ni la sensación de ahogarse en rojo. Las manos le temblaban, el cuerpo entero le temblaba, pero poco a poco su cerebro fue recordándole que el oxígeno llenaba con normalidad sus pulmones; que eso bajo sus dedos era la manta de su cama, que eso que captaba su olfato era el estofado del día anterior y, lo que veían sus ojos, las forasteras comiéndoselo.

Espera.

—*Fuera* —ordenó, la voz rasposa.

Solo consiguió que su asesina alzase mucho, muchísimo, las cejas.

—No —contestó esta, simple, para luego señalarlo con la cuchara —. Túmbate, por mis muertos. Necesitas descansar de esa herida.

A su lado, Sera… No, la chiquilla que se parecía a Sera rio, aunque tapó la carcajada tras una mano con gesto culpable. Unos segundos después le tendía un tercer cuenco de estofado, más caldo que carne, y

Sherezade lo miró, confuso, antes de levantarse bruscamente. Las familiares náuseas de la resurrección treparon por su garganta, obligándolo a aferrarse al respaldo de una silla, pero consiguió erguirse y rugir:

—¿Qué…? ¿Qué hacéis? ¡Fuera de mi casa!

—Lo siento —se disculpó la rubia, con sus dientes de Sera y cabello de Sera y hasta la puñetera cinta dorada con la que se lo había recogido—, pero el aire dice que debes venir con nosotras y…

—¿El *aire*? —le cortó él. Se llevó la mano al cuello por instinto, donde una pequeña cicatriz hendía ahora la piel—. ¿También os ha dicho el aire que me matéis?

—Sí.

Había contestado la arquera, sin inmutarse. Ninguna parecía sobrepasar los diecinueve años, y donde la morena era alta y espigada, la rubia era bajita y fuerte. Ambas vestían prendas oscuras y varios cinturones enroscados a la cintura, al estilo de los mercenarios del reino vecino; pero sus brazos descubiertos no revelaban ni brazaletes ni tatuajes, lo que al menos las descartaba como rastreadoras del rey.

Por los dioses, el rey.

No, por supuesto que no eran del ejército espiral, porque si Verenize hubiese visto esa cara…

—¿Qué queréis? —siseó, desconfiado—. ¿Por qué os iba a traer el aire hasta mí? No soy nadie.

Ellas se miraron. Fue la arquera quien respondió de nuevo, dejando que la otra continuase comiendo tranquilamente:

—No hay razón para seguir fingiendo, Sasha de Corte. Sabemos quién eres, y sabemos que ya es hora de hacer lo que debiste haber hecho hace doscientos años.

El nombre lo partió en pedazos, empezando por su lengua, de pronto inútil en el interior de su boca. Luego destruyó el resto de su cuerpo, montándolo y desmontándolo hasta que los recuerdos se colaron entre los engranajes, llenándolo todo de pestilente fango, ahogándolo en el terror de años de huida. Tragó saliva, pálido, mientras fingía una tranquilidad que no sentía.

—¿Y qué debí haber hecho, según tú?

—Matar al rey.

Sherezade negó con la cabeza y retrocedió, tratando de ganar tiempo, de recuperar el control de sus propios huesos. Se fijó en su chimenea. Pendido sobre las llamas, un cacito de agua borboteante desinfectaba una única flecha. La olla de restos, ahora bien rebañada, había sido relegada al suelo. Respiró muy, muy hondo, antes de volverse hacia ellas.

—No sé qué es lo que os han dicho los elementos, pero no soy la persona que buscáis. Por favor, recoged vuestras cosas y marchaos de

mi pueblo —lo dijo con tono neutro, casi amable—. Podéis terminar de cenar, si queréis, incluso pasar la noche en el jardín. Pero al amanecer os quiero fuera.

—Sasha, el rey…

—Mi nombre es Sherezade.

—¡Deja de jugar! —escupió la arquera de pronto, golpeando la mesa con ambas manos—. Tenemos que ir y…

—¿«Tenemos»? —Bufó, divertido—. ¿Vosotras dos y quién más?

La rubia permanecía callada. Igual daba. Sherezade llevaba demasiado tiempo escondiendo la rabia y la desesperación bajo una trampilla entre costillas, así que nada de lo que dijeran podría liberar los remanentes de Sasha, pero… Era su cara. Era Sera. Lo único que no cuadraba eran sus ojos, oscuros y castaños. Esos con los que lo miró fugazmente, un visto y no visto.

—Tú —continuó la arquera—. Y los que el Mundo decida. Seremos más, con el tiempo…

—Qué gilipollez. Reinos enteros han intentado derrocarlo, ¿por qué ibas a ser tú diferente? Eres una cría.

—Yo no. *Ella.*

Así que lo saben, pensó. ¿Quién era? ¿*Qué* era? ¿Su reencarnación? No, imposible… Las reencarnaciones, además de ser idénticas, recordaban parte de su pasado, y Sherezade quería creer…

—Explícate.

No hicieron falta aclaraciones; la rubia ya sabía que se dirigía a ella. Finalmente, esta suspiró y se enderezó, espalda rectísima contra el respaldo. Sus palabras sonaron huecas, como repetidas hasta la saciedad en otras bocas antes de caer en la suya:

—El Mundo lleva décadas confabulando para que esto suceda. —Tamborileaba rítmicamente con los dedos en el borde del cuenco—. Para que yo nazca, para que Moira nazca y para que te encontrásemos. No tendrás que hacer nada que no quieras, caballero, pues yo soy la destinada a matarlo. Tú solo has de darme tu bendición.

—Bien —espetó él, encogiéndose de hombros—. Concedida. Ahora, largo.

Al instante, una chispa salvaje prendió en sus ojos marrones.

—¡No funciona así! ¡Tienes que venir con nosotras, formas parte del grupo!

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque respondes con el lenguaje de la profecía, Sasha de Corte, y eso te delata como uno de los nuestros.

Sherezade parpadeó, desorientado, antes de entender sus palabras. Y cuando lo hizo abrió la boca para protestar, tocado y hundido, pero no había manera de desbaratar que sí, que era cierto: que llevaba

hablando en un idioma que ni su lengua ni su mente reconocían desde el momento en que había abierto los ojos, y lo había hecho sin siquiera ser consciente de ello.

—Fuera —gruñó.

Y, esta vez, obedecieron.

Esa mañana no tuvo suerte y despertó recordando cada mínimo detalle de la Anunciación.

Sherezade se quedó ahí tendido, la voz del rey aún un eco en sus oídos y en sus retinas el destello de la pintura dorada con la que se revestía los brazos. Al igual que la noche anterior, se la había pasado parloteando sobre las celebraciones venideras en honor a la finalización del mausoleo, pero ahora además había ordenado un alto en el avance de sus ejércitos. Y cuánto había sonreído al decirlo, blanco y sincero y suave.

Verenize no era un monstruo, todo lo contrario, pero a Sherezade la Anunciación le provocaba tanto miedo como cualquier otra pesadilla.

Al menos, tras décadas de tenerlo infestando sus sueños había logrado acostumbrarse, y ya ni siquiera le temblaban las manos al despertar, ni sus pulmones se cerraban como compuertas hasta reducirlo a un charco de pánico. Al menos Verenize parecía haber abandonado la búsqueda de su caballero. Sherezade se sentía a salvo.

Por supuesto, el calor no había remitido (ni una mísera brisa mecía la hierba), por lo que antes de abandonar la plácida sombra de su casita se mojó la nuca con el último chato de agua fresca de la despensa. Siseó, aliviado, sintiéndola resbalar por su piel caldeada. Aunque el alivio duró poco, claro, porque las forasteras se habían tomado en sentido literal su invitación a quedarse en el jardín y allí estaban, engullendo alegremente un par de milhojas de la pastelería de Anna.

Frunció el ceño.

—No voy a ir a ningún lado con vosotras.

—¡Eso ya lo veremos! —rio la rubieta, con la boca llena de merengue.

La otra ni se molestó en contestar, solo le sostuvo la mirada, como retándole a algo que Sherezade no tenía muy claro. Con un larguísimo suspiro, echó a andar hacia la granja de Honet sin despedirse.

¿Querían acampar en su jardín? Pues vale, todo suyo, porque él no pensaba moverse del sitio y tenía ganas de verlas intentando sobrevivir a la media tarde de aquel pueblo. A fin de cuentas, Sherezade había desarrollado la paciencia y el aplomo típicos de quien

lleva cumplidos más de doscientos años. Podía esperar. Podía esperar a que se rindieran y lo dejasen en paz, tal y como había hecho con el mismísimo rey de la Espiral.

Honet no estaba allí cuando Sherezade llegó al establo, pero sí su hijo menor, sentado en un tocón mientras soplaba con ahínco un estridente llamador de pájaros. Pegó un brinco en cuanto reparó en su presencia.

—¡Ah, Shere…! Mi padre me ha dicho que vendríais, pero no sabía cuándo, y él tenía que… Pero no podía estar con vos hoy…

Sherezade le restó importancia al asunto con un ademán vago, sonriente.

—No pasa nada, Teo. Aunque es raro veros tan de mañana despierto, ¿estáis bien?

El chico se envaró con un carraspeo.

—Sí, señor… digo, Sherezade. —Chasqueó la lengua, como reprendiéndola por no obedecerle. Luego se giró, aún tenso, y señaló a los caballos—. Mi padre quiere que herréis a Lula, Sazala, Plebeya…

Y una larga lista más de nombres. Luego le acercó las herramientas, y terminado su trabajo de mensajero Sherezade creía que marcharía a recuperar horas de sueño, pero Teo se quedó allí, sentadito en su tocón y tocando su reclamo de aves. A él no le molestaba, no del todo, pero con el paso de las horas el falso piar acabó por escarbarle un nido en el cerebro. En un momento dado, la yegua alazán de la que se estaba encargando resopló largamente, y Sherezade asintió.

—Lo sé, Sazala —le susurró al oído—. Yo también quiero matarle.

Fue cuando comenzó a vaciar la mugre de uno de sus cascos con el mango de las pinzas que Teo se despegó de la vasija. A Sherezade se le escapó un suspiro de alivio y, para su diversión, a la yegua también.

—Mi padre dice que conocéis a las forasteras.

Ah, chismes. Lo único que echaba de menos de su tierra, donde nunca traían veneno consigo. Sherezade no sabía cuándo habían ganado el poder de destrozar vidas enteras, o si siempre habían sido así más allá de Veda. Con cautela y muy serio, volvió la vista hacia el chaval:

—Eso no es verdad. Son paisanas mías, eso sí.

Eso tampoco era verdad, ya que ninguna poseía ni pizca de acento vedés, ni siquiera de aquel surgido con los años que deformaba su lengua materna. Sin embargo, necesitaba una excusa para su hospitalidad, y afortunadamente por allí nadie sabía diferenciar un agavle de un vederés.

—¿Y tampoco son exploradoras del rey?

Sherezade bufó, procediendo a recortar el casco. Aún le quedaban un par de caballos más, pero al menos Sazala nunca se le resistía, e

incluso levantaba ella misma la pata cuando lo veía venir con los bártulos de herrado.

—No… Fue una mala conjetura por mi parte. Siento haberos alarmado sin motivo.

Teo negó con la cabeza, su sonrisa brillante de nuevo.

—¡No pasa nada! Mejor así… Entonces, ¿no las conocéis de absolutamente nada? ¿A ninguna? ¿Ni un poquito?

Sherezade lo apuntó con las pinzas:

—Como te vea rondarlas la tenemos, chaval. Ni se van a quedar mucho tiempo ni te convienen, así que…

—¡No, no, no! ¡Si no quería saberlo para mí!

—Ah, que es para un *amigo* —se burló, soltando el casco. Aún sonreía cuando la yegua levantó la siguiente pata. Chica lista—. ¿O para una amiga?

Fue la elocuente falta de respuesta lo que hizo que se girara a mirarlo.

—¿Qué amiga, Teo?

—No es mi amiga —farfulló, cazado con las manos en la masa—. Solo quería enterarse de si venían a reclamarte un bombo.

Increíble.

—¡Llevo ocho años viviendo aquí! —replicó, ofendido—. ¿¡Cuándo iba a haber preñado a una agavle!? —Sacudió la cabeza, de pronto acordándose de la nota oculta en la tarta—. Es Anna, ¿no? Por Visné, es que no par…

—¡Shere, no os pongáis así! ¡Solo quiere casarse!

—Tú a tu silbato, Teo.

El muy canalla rezongó y, para su disgusto, volvió a su llamador de pájaros y sopló y sopló hasta que el sol huyó por el horizonte y la luna ocupó su lugar, ascendiendo tan lenta que parecía resistirse a salir. Solo entonces se despidió Sherezade, seguro de que por fin había descubierto el arma capaz de matarlo de una vez por todas. O, al menos, volverlo loco.

Lo único bueno era que el trino le había ayudado a olvidarse por un tiempo de las forasteras, a quienes regresaba con paso pesado. Para su desgracia, habían vuelto a colarse en su casa y encendido la chimenea, puerta y ventanas abiertas de par en par iluminando el jardín donde entrechocaban espadas ruidosamente. Guardó la esperanza de que se matasen la una a la otra allí mismo, pero las risas de la rubia decían que se trataba de un simple entrenamiento. El restallar de estocadas se le clavaba en los oídos, pero le dolía más por dentro.

Abrió y cerró las manos, ignorando el ansia fantasma de empuñar un arma.

—¡Bienvenido a casa! —saludó en ese idioma extraño la falsa Sera,

claramente más bajita que la otra ahora que las veía de pie. *Moira*, recordó. La rubia la había llamado Moira.

Sherezade las ignoró mientras se encerraba en casa, aunque el escándalo le llegaba igual a través de las ventanas. Tampoco aguantó allí mucho tiempo, porque entonces sus ojos se toparon con una figura extraña sobre la cama, una silueta alargada que le retorció las entrañas. Con un rugido, la agarró de un tirón y salió otra vez al jardín:

—¿¡De dónde habéis sacado esto!?

Detuvieron el duelo en seco, y en cuanto se volvieron a mirar la rubia se encogió.

—Es un regalo…

Sherezade había vivido lo suficiente como para reconocer un ramalazo de culpa en su voz, pero también de algo más que no supo identificar.

—La vendí por algo. —Ni siquiera sabía por qué estaba tan furioso—. No quería volverla a ver.

Y la arrojó a sus pies sin miramientos, donde aterrizó con un golpe sordo, desenvainándose unos centímetros. El grabado del acero le provocó náuseas, pero no le dio tiempo ni a tragárselas, porque cuando alzó la vista Moira lo apuntaba de nuevo con su arco.

—No te atrev…

—El agua os manda recuerdos.

Tampoco le dio tiempo a decir nada más antes de morir.

No despertó enfadado. Quizá porque las dos veces que lo habían matado habían tenido el detalle de arrastrarlo al lecho, lo que demostraba mucho más respeto por su cuerpo que el que su propio dueño le guardaba. Alzó las manos, las puntas de sus dedos teñidas de un negro que a cada década se extendía más y más. Solía decir que eran tatuajes de su tierra. Con ellas no funcionaría. Y Sherezade había sabido que algún día tendría que enfrentarse al pasado, pero no estaba preparado, no aún. Cuando abrió y cerró los puños, la magia allí acumulada chilló, aguijoneando cada pequeño tendón y músculo… ¿Lo más triste? Que ya se había acostumbrado al dolor.

Fuera era noche cerrada. Cuando abrió la puerta, ellas se volvieron a mirarlo.

—¿Cómo sabíais que no puedo morir?

—Lo sabe todo el mundo —contestó la rubia, extrañamente amable—. El rey y su caballero son inmortales.

—¿Os arriesgasteis por una leyenda?

Por supuesto, fue Moira quien respondió esta vez. Empezaba a

darle escalofríos lo sincronizadas que estaban, como si hablara con una misma persona partida en dos.

—No. Nos lo dijo el Mundo. —*Ah, los elementos*, pensó él, fulminando al cielo con la mirada. Quizás así el aire se diera por aludido—. Mañana será el fuego quien acabe contigo, y pasado, la tierra. Será así hasta que aceptes, cobarde.

A Sherezade nunca lo habían llamado cobarde. Sabía que lo era, en el sentido de que no estaría allí si no lo fuese (pues entonces llevaría siglos muerto), pero nunca había conocido a nadie que pudiese llamárselo con conocimiento de causa. No le dolió, solo… le hizo sentirse muy cansado. Doscientos años eran demasiados como para preservar un mínimo de energía ante su pasado.

—¿No vas a defenderte? —preguntó la rubia, ojos muy abiertos.

—No. —Se encogió de hombros—. Es la verdad. Pero también es verdad que ahora soy Sherezade, y no estoy interesado en ser nadie más.

Moira se carcajeó como debían de hacerlo los perros infernales de Cénesis, su voz irónica y llena:

—No serás Sherezade mucho más tiempo. Esta gente sabe que ya deberías haber empezado a envejecer. Toca marchar.

—Dejadme en paz.

Sonó como el gañido de un ciervo herido, y dio media vuelta para irse a dormir. O, al menos, esa había sido su intención antes de que la Sera que no era Sera decidiera dejar caer la última gota en un vaso más que colmado:

—¿Cómo puedes vivir sabiendo que tu rey sigue matando?

—Hace muchos, muchísimos años, que Nize ya no es mi rey.

El diminutivo le quemó la lengua, llenándola de una intimidad que no quería sentir. Ahora era Verenize •, la Luna de Veda, la Araña de Sal, el Eterno.

—Pero él no piensa lo mismo.

No se molestó en responder. Cerró de un portazo y la casa entera crujió y su cuerpo entero crujió y tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no *gritar* ni destruir cada mínimo pedazo de su carne y hogar en una rabia suicida que hacía casi un siglo que no sentía. Porque era verdad, eso también era verdad. Que Verenize no pensaba igual. Que cada noche, al terminar la Anunciación, la sonrisa del rey se desgajaba y de sus labios melancólicos goteaban esas palabras que siempre lo despertaban con un nuevo ataque de pánico.

«Sasha, vuelve a casa».

Notaba las ojeras como un miembro más de su cuerpo, oscuras y

pesadas en contraste con el brillante sol de primavera. No parecía ser el único que había dormido mal, porque cuando salió al jardín ellas le devolvieron una mirada de párpados cansados (unas más fulminantes que otras). Sin embargo, fruncieron el ceño en cuanto vieron lo que sostenía entre las manos.

—¿Has cambiado de idea?

Sherezade negó con la cabeza y se sentó con ellas en la hierba, cerrando así aquel pequeño círculo.

—Me interesa eso de la bendición.

—Ah…

No solía tener la despensa especialmente llena, pero era época de albaricoque y, por tanto, de mermelada de albaricoque. Y de tarta de albaricoque, y licor de albaricoque… De poco más se alimentaban por allí hasta fin de temporada. Y él, con los años, se había hecho a la costumbre. Así que eso era lo único que podía ofrecerles: una bandejita de tostadas y zumo de albaricoque.

La rubia parecía *vibrar* de contenerse para no abalanzarse sobre los vasos, cosa que hizo tras un breve asentimiento por su parte. Sin embargo, justo cuando fue a darle el primer trago se detuvo de golpe, como frenada por bridas invisibles.

—¿Estás intentando envenenarnos?

—¿Cómo va a envenenarnos, idiota? —espetó la arquera, en su voz una violencia cruda que lo sobresaltó.

—¡No sé! Moira, el tío es inmortal. ¿Y si…?

El tío inmortal le regaló una sonrisa templada.

—Come tranquila, mujer. Esto es… una ofrenda de paz. Además, mi estilo no es el veneno.

—Eso diría yo si matase con veneno.

—Bébete el puñetero zumo —ordenó la tal Moira, y ella se apresuró a obedecer.

Raras. Esas chicas, raras. Las dejó desayunar tranquilamente, estudiando cada movimiento. También las había espiado antes, desde la ventana, para comprobar si su dinámica cambiaba en su ausencia. Sin embargo, Moira parecía mantenerse siempre alerta, con o sin Sherezade presente, espalda recta y ojos oscuros más centrados en lo que las rodeaba que en lo que se llevaba a la boca. Por otro lado, la copia de Sera había bajado la guardia rápidamente, y tras unos minutos ya le había dejado claro lo mucho que le gustaba la mermelada de albaricoque y preguntado si la había hecho él, si sabía hacer de más sabores, si tenía un par de tarros de sobra…

En ese momento, Moira alzó la mano para callarla y lo atravesó con la mirada.

—¿Qué pretendes?

Sherezade se encogió de hombros, mostrándose tranquilo.

—Ya os lo he dicho, me interesa mi papel en vuestra… misión. —Ni siquiera sabía cómo llamarlo—. Ayer me dijisteis que necesitabais mi bendición. ¿Qué significa…?

—Es por el Vínculo —contestó la rubia mientras masticaba ruidosamente—. Cuando el rey Pactó la Masacre con Astrae pagó con su mortalidad, pero la tuya también acabó siendo parte del precio.

Sherezade asintió, frunciendo los labios. Eso que la joven llamaba «Masacre» en la Espiral lo llamaban «la Ascensión», y no había llegado a conocimiento del pueblo hasta muchos años después, mediante una de sus Anunciaciones. Por supuesto, Verenize había expuesto su versión de los hechos con el aderezo típico de sus historias, a rebosar de detalles que retorcían la verdad y la convertían en un pálido reflejo de lo que había sido.

Lo que ahora se recordaba en Veda, y en todos los reinos conquistados por su rey, era que Verenize había sacrificado su mortalidad en pos de un futuro mejor, traicionado por su padre, por su ejército, por su caballero. Para cuando oyó esas palabras saliendo de sus labios Sherezade ya había perdido la cuenta de las veces que había muerto, pero tener una confirmación de su propia inmortalidad había sido un duro golpe. Desgarrador.

—Pero el Vínculo también es el punto débil del Pacto —añadió Moira, pasándole lo que le quedaba de tostada a su compañera y limpiándose las manos en los pantalones—, aunque eso tú ya lo sabes. Es imposible que no te hayas dado cuenta, después de tantos años.

Sherezade bufó, una sonrisa triste en los labios.

—¿Te refieres a que solo yo puedo matarlo? Sí, lo sé. Al igual que yo solo puedo morir a sus manos. La maldición del Vínculo… —Y se encogió, negando con la cabeza—. No puedo hacerlo. Ni siquiera puedo… pensar en hacerlo. ¿Qué es esa bendición? ¿Qué os han dicho los elementos?

La rubia se removió, incómoda.

—El Mundo *ya sabe* que no puedes, por eso ha montado toda esta parafernalia. Te ha dejado tu tiempo, pero al final…

Idéntica, se dijo. *Es idéntica.*

¿Era eso lo que había planeado el Mundo? ¿Forzar a Nize a enfrentarse al pasado, a una copia exacta de su hermana? Sherezade dudaba de que fuese una buena idea. Aunque si conseguían usarlo como factor sorpresa…

—Hay una profecía —continuó ella—, pero no tenemos los versos. Solo sabemos que un grupo de personas se unirán para matarlo, y que tu bendición dará poder al Elegido para hacerlo por sí mismo. Romper el Vínculo.

Romper el Vínculo. Liberarle de la magia acumulada en sus dedos ennegrecidos, del dolor, del pasado. Sonaba a gloria, pero también a

maldición. Llevaba existiendo más tiempo Vinculado a Verenize de lo que había vivido sin estarlo. Ni siquiera recordaba quién se suponía que era Sasha, aparte de un caballero sin honor que había huido a la primera de cambio. Torció el gesto, intentando apartar la culpa, los recuerdos.

—¿Y quién es el Elegido?

—Yo.

Por supuesto. Por supuesto que los elementos serían tan retorcidos como para hacer de ella la razón de su caída.

—¿Cuál es tu nombre?

—Hator.

Sherezade asintió. Ella contuvo el aliento.

—Pues, Hator, heroína de la profecía; yo te bendigo. Hala, ve a matarle. Se alegrará de verte.

La heroína resopló, llenando los mofletes de aire antes de:

—¡Que no! —Y alargó la «o» durante *eones.* Era una cría, ambas lo eran. ¿En qué estaba pensando el Mundo? Iban a morir. Verenize las cortaría en pedacitos y enterraría los restos de Hator junto a los de Sera—. Tienes que bendecir a la Manera, no a mí.

—Demasiados nombres —gruñó él—. ¿Qué es la Manera?

—El arma con la que ejecutará al rey —contestó Moira, tan gélida como Sherezade empezaba a notar que era. Y, aun así, el escalofrío que levantaron sus palabras no helaba; ardía. Doscientos años. Habían pasado doscientos años y el pensar en su muerte aún le hacía temblar.

—Vale… Vale. ¿Y dónde está esa… Manera?

Moira dejó escapar una carcajada de hiena, corta e hiriente, y Sherezade cuadró los hombros por instinto. No le gustaba. No le gustaba nada esa joven, porque había algo en ella… Pero parecía ser bruja, como él. Y no conseguía imaginarse al Mundo relacionándose con gente que le diese tan mala espina. Al segundo, una vocecilla interna le recordó que los elementos también lo habían elegido a él… Cosa que no había salido muy bien.

—Sí, bueno, a ti te lo vamos a decir. Para que vayas correteando a su lado a contárselo.

Sherezade siseó, una mínima advertencia que impulsó a Hator a intervenir:

—Sasha, tienes que entender que el Mundo no sabe qué esperar de ti. Han pasado dosc…

—Rechacé mi propia magia para impedirle ser un dios —casi rugió al encararla, mostrándole bruscamente sus nudillos parasitados de negro—. Llevo *siglos* escondido, siglos huyendo para que no pueda recuperarla. ¿Me prefería el Mundo muerto, mi magia sumada a la de sus más de treinta reyes?

Hubo un pequeño silencio en el que Hator desvió la vista,

pensativa. Luego:

—En realidad…

—*Hator.*

—En realidad nosotras tampoco conocemos la ubicación exacta de la Manera. Al parecer, lo sabremos cuando estemos todos.

—Arg, Hator —protestó Moira, de nuevo presente esa voz dura y despreciativa—. Lo primero que acordamos que no le diríamos… Bueno, da igual. —Y lo miró—. Hasta que eso pase, volveremos a nuestra aldea, donde se te pondrá al día del emplazamiento de la Resistencia y se te requerirá inform…

—¿Resistencia? —le cortó él, con un bufido irónico—. ¿Es que sigue existiendo? ¿Para qué? Los años ya os han enseñado que Verenize es invencible.

No lo vio venir, el estallido de veneno supurando entre los labios de la arquera:

—Verenize solo es invencible porque tú le dejas serlo. Has permitido doscientos años de masacres. Reinos enteros han perdido su cultura, su historia, a manos de su ejército. Agavlia, Córtega, Servea, lo que queda de Sagrarés… Ahora todos forman parte de la Espiral. Y pronto, más pronto de lo que crees, llegarán hasta aquí y todos los pueblos en los que te escondes serán arrasados.

—Moira, para…

Pero no lo hizo. Todo lo contrario.

—¡No! No me voy a callar para que un cobarde tenga la conciencia tranquila. —Sus fauces se cerraron con un chasquido como harían las de un lobo alrededor de su presa. De pronto, algo en sus dientes le llamó la atención, y se dio cuenta de que habían sido serrados, una hilera de colmillos puntiagudos tras sus labios finos—. ¡Tú los has matado también!

—Eso ya lo sé —se defendió él, cansado de repetir una y otra vez lo mismo, entrelazando las manos para que ninguna las viera temblar—. Pero no puedo hacerlo. Me… No puedo hacerlo.

—¿¡Por qué!?

No quería gritar. No quería gritar porque eso significaría volver a Sasha. Y no quería ni ser el caballero cobarde que lo había drenado por dentro hasta que había encontrado el modo de dejarlo atrás, ni unirse a ninguna misión suicida, ni ser el defensor de su propio pecado. No quería gritar, y por eso acabó haciéndolo entre dientes, con una rabia que estaba seguro, segurísimo, de que debía de pertenecer a otra persona, porque nunca la había sentido tan pura en sí mismo:

—¿Crees que no lo he intentado? Ir con los rebeldes, luchar a su lado. ¡Lo he hecho… miles de veces! Todo para nada. Demasiadas muertes, demasiado todo. No merece la pena. Y soy demasiado débil

como para matarle ahora, hace doscientos años y en los próximos doscientos que viva.

—Lo que merece la pena o no lo decidiremos quienes podemos morir y no tú, a salvo en tu bendición.

—Maldición —corrigió, notando la voz rasposa y el equivocado color marrón en los ojos de Sera, que lo miraban con algo muy parecido a la lástima.

Lástima. Lo que le faltaba.

—Como quieras llamarlo, caballero —espetó Moira—. Ahora deja de lloriquear y empaca tus cosas.

2
UNA DE VOSOTROS

Honet estuvo encantado de intercambiar a Sazala por la casucha de Sherezade, y Anna, con lágrimas de rabia en los ojos, le compró todas y cada una de las piezas de cristal que le quedaban por vender. Ignoraba para qué querría la pastelera tres tiaras nupciales, pero le deseó encontrar pronto a alguien con quien usarlas, e invirtió ese mismo dinero en llenarse las alforjas de provisiones que, con suerte, les durarían semanas. Con *mucha* suerte (había visto el ritmo y la cantidad que tragaba la Elegida).

Una parte de sí mismo quería creer que el Mundo lo estaba manipulando. Que era rehén de un ataque invisible, víctima de un secuestro a plena luz. No había otra explicación de por qué había terminado los preparativos en medio día, o por qué horas después de abandonar el que había sido su hogar durante ocho años aún se encontraba mirando hacia atrás, deseando dar media vuelta. A veces hasta comenzaba a hacerlo, sus manos moviéndose solas, un atisbo de ansiedad entre costillas; pero entonces Moira clavaba esos ojos negros en las riendas tensadas y Sherezade las soltaba, derrotado.

No, Sherezade no.

Sasha.

Aunque, si había algo que pesase más que la incomprensión, eso era la espada en su cinto. No la había desenvainado todavía y aun así recordaba sus grabados como escarbados en su piel y no en el acero, las curvas de la luna de Veda, las filigranas plateadas que componían su nombre. La forma en la que los claroscuros del acero sagrarense lo reflejaban todo, incluso su rostro, incluso el cielo. Sabía que debía hacerse cuanto antes a la idea de que ya no estaba huyendo, de que estaba haciendo todo lo contrario, pero llevaba demasiados siglos mintiéndose como para empuñar aquella espada y sentirla suya.

Las chicas no le dirigían más palabras de las necesarias («¿Acampamos ya?», «¿Puedes seguir este ritmo?», «¿Una parada rápida?»), aunque tampoco hablaban mucho entre sí. Cabalgaban siempre por delante, en enormes pero atléticos caballos militares, oscuros como sus ropas; intercambiando frases aquí y allá que jamás formaban una conversación. Al principio lo achacó a la incomodidad de tener a un desconocido entre sus filas, pero tras tres días de marcha comenzó a sospechar que también ellas eran desconocidas la una para la otra. O quizá no se llevaban bien. Quizá por eso Moira era tan violenta con Hator. O quizá por esa misma violencia Hator no se molestaba en rebatirla.

Fuese por lo que fuere, el silencio pesaba más que el sol a media tarde, ese que les obligaba a detenerse en cada mísero arroyo que les saliera al paso.

Fue en una de aquellas pausas cuando Hator se le acercó por primera vez, sentándosele al lado mientras él tenía los brazos metidos en el agua helada, sin haberse molestado siquiera en arremangarse. Así, con las manos enterradas bajo la arena, Sasha podía fingir que la piel de sus nudillos no era negra, y cerraba los ojos hasta que su cuerpo era mitad iceberg mitad desierto.

—¿Cómo es Verenize?

Suspiró. No se movió.

—Seguro que no como lo recuerdo.

—¿Cómo era? —se corrigió ella, cruzando las piernas en mariposa.

Moira los escuchaba desde unos metros más allá mientras se preparaba para lavar sus cuencos de la última comida. Ah, buena idea…

—Orgulloso —contestó al fin—. Irónico. Trabajador, aunque solo se esforzaba en lo que de verdad le llamaba la atención. Cabezota. Selectivo. Un invocador excelente, y muy, muy inteligente. —Un pequeño silencio—. Retorcido, también. Vengativo.

Ella frunció ligeramente el ceño, y a Sasha le pareció que escogía con mucho cuidado su respuesta:

—No suena muy diferente a lo que muestra en la Anunciación.

—No.

—Aunque en la Anunciación también parece… No sé explicarlo.

—¿Un buen rey?

Hator asintió, pero no dijo nada. Él suspiró otra vez. Luego llamó a Sazala de un silbido y, cuando la tuvo al lado, se incorporó un poco para ir sacando uno a uno sus cacharros sucios mientras rumiaba las palabras.

—Supongo que, para los vedereses, lo es —respondió, ya sumergiendo el primer cuenco en el cristalino riachuelo—. Verenize se inventó el cuento de que fue la propia diosa Var quien le dio a elegir

entre inmolar su mortalidad en nombre de la justicia o vivir una vida tranquila y pacífica, sin más responsabilidades que las de cualquier otro rey. Su Pacto con Astrae se considera sagrado, una prueba del favor de los dioses, y su inmortalidad, un sacrificio. Según sus adeptos, es un mártir. Sabía que perdería más de lo que ganaría en la Ascensión, que muchos habrían de morir, pero lo hizo por Veda, para conceder a los inocentes los brazos y los ojos que les faltan. Creen que tiene la potestad de perdonar las reencarnaciones pendientes de todo quien lo venere; creen que, cuando mueran, la escalinata cristalina al Otro Cielo les dará paso gracias a él.

Por el rabillo del ojo, la vio sacudir la cabeza, aunque no estaba seguro de si se trataba de un asentimiento o de un gesto de confusión.

—Pero no solo se ganó a su gente con parábolas falsas —continuó igualmente—. Media Venfica murió en la Masacre, así que se instauró una nueva aristocracia, nuevos mercaderes, nuevos artistas… Ninguno de ellos habría logrado jamás trepar tan alto de no haber Verenize eliminado a quienes les precedían en la cadena. Y, después de doscientos años, a sus descendientes poco les importa si lo hizo por buena o mala causa. Solo les interesa conservar su posición.

Sasha recordaba la noche de la Masacre como no recordaba absolutamente nada más en esa larga vida. Era a lo que regresaba cuando sus pulmones se paralizaban de pronto y lo que veía cada vez que tomaba conciencia de que cabalgaban hacia Veda. Recordaba la aureola alrededor de los cabellos de su príncipe, los cadáveres de sus compañeros aderezando los corredores del castillo. Recordaba los gritos en las calles, pero, sobre todo, recordaba con una intensidad asesina las casas que permanecían en silencio… Familias enteras, reducidas a la nada, de un solo deseo.

—¿Crees que todo el mundo en la Espiral le quiere? —preguntó entonces Hator, con un timbre extraño en la voz.

Se encogió de hombros.

—No creo que tengan otra opción. Supongo que, cuando tu rey es eterno, aprendes muy rápido a no salirte del molde, porque él va a seguir allí cuando tú mueras. Un error grave no caería contigo, sino que lo heredarían tus hijos, y tus nietos, y tus tataranietos… Verenize no olvida. Eso es lo único que sé del rey que es ahora.

—Nos vamos —los interrumpió Moira, mientras guardaba los cazos ya limpios en la alforja de su titánica montura.

Hator se puso en pie al instante, y en lo reflejo de sus movimientos Sasha vio algo raro, algo que había ido notando en esos pocos días juntos: la chica obedecía como hiciera él en su día ante Verenize, automático, la voz del amo. Y, sin embargo, no llevaba ningún brazalete o marca que indicase servidumbre. Ni siquiera parecían del mismo pueblo.

Retomaron la marcha como en cualquier otra ocasión, pero, esta vez, Hator dejó que Moira se adelantase para pasear junto a él. Sasha prefería no mirarla a la cara, porque cuando fruncía el ceño le recordaba tanto a Sera que su mano izquierda temblaba, ansiosa por seccionar aquel fantasma con su espada. Al menos consideró buena señal que su primer instinto aún fuera blandir un arma.

—Voy a tener que enfrentarme a él —comentó ella con tono tranquilo—. ¿Qué debería esperar?

Ni siquiera tuvo que pensárselo:

—Magia. Antes era un kyron. —Hator frunció el ceño y él se apresuró a aclarar—: Un maestro invocador.

—Pero tú le robaste la magia, ¿no?

Ambos contemplaron sus dedos tiznados, y Sasha tuvo que combatir el impulso de esconderlos. Al final, asintió.

—Sí, aunque tampoco sirvió de mucho… Astrae le da todo lo que quiere.

Silencio.

—¿Por eso no puedes hablar ya con los elementos? ¿Porque cerraste el Vínculo?

—Exacto.

—¿Y no puedes usarla… ni un poquito? A lo mejor no se da cuenta.

En contra de su voluntad, Sasha rio, muy leve.

—No creo.

—Te echan de menos.

—¿Por qué aquellos que dicen quererme son siempre los mismos que intentan matarme?

Ella desvió la vista hacia la cicatriz de flecha en su cuello y luego rompió a reír, un sonido escandaloso que rebotó por la explanada e hizo que Moira les chistase. Tenía una cadencia bonita, como de monedas tintineando, pero a él le dio escalofríos. Idéntica.

Y entonces Hator comenzó a hablar. Y a hablar. Y a hablar. Y Sasha no sabía (o no quería) pararla, envuelto por todas esas palabras que borbotaban de sus labios a tal velocidad que en ocasiones las frases quedaban a medias, al igual que las historias, saltando de una a otra sin orden ni concierto.

Al parecer, la Elegida de la Profecía había nacido en un pueblecito encajado entre montañas, un valle cuyas fronteras le concedían su propio clima. Aunque su lengua provenía de Agavlia, las costumbres bebían de Córtega, así como la brutalidad de sus gentes. La inmensa mayoría de nativos presentaba sangre de brujo, por lo que, con las décadas, los elementos habían pasado a formar parte de la comunidad, ganándose incluso su propio nombre, ahora extendido por todo el continente: Mundo.

—Cuando yo nací —explicó, con un deje orgulloso—, se volvieron locos. Llovió y tronó durante días. El vendaval casi nos dejó sin casas, el suelo vibraba a todas horas, el fuego ardía incluso bajo la lluvia. El Mundo gritaba tan alto que a los brujos les sangraban los oídos, y hasta que no se calmaron los cuatro no consiguieron contar qué estaba pasando.

—Te reconocieron —adivinó él.

—Claro.

Hator hablaba de la profecía. Sasha hablaba de Sera.

Le habló de la primera vez que había escuchado al aire, y cómo cada año más y más brujos, alertados por el Mundo, se arriesgaban a cruzar los territorios del Eterno solo para conocerla. Le habló de la inmunidad adquirida (impuesta) a distintos tipos de veneno y del adiestramiento en todas y cada una de las armas posibles. Le habló de los idiomas que conocía y de aquel día en que un demonio sin portal las había descubierto, a ella y a la profecía. Ese había sido su primer asesinato, aunque nadie más lo había considerado como tal. A fin de cuentas, hacía más de un siglo que los demonios habían perdido su condición de ser vivo a ojos de los brujos. A Sasha le sorprendió la tristeza que asomaba en su voz.

En ese instante, algo le picoteó en las yemas adoloridas, el aire como siempre intentando que se abriese a su presencia. Pero no lo haría, porque eso significaría usar su magia, lo que, a su vez, permitiría que Verenize también pudiese utilizar la suya… Respiró hondo e ignoró la llamada.

—¿Y tu amiga? ¿Por qué es ella importante?

—¿Moira?

Asintió.

—Moira es… —dudó— un mal menor.

—Pero estáis Vinculadas, ¿no? Lo noto.

Hator abrió la boca para replicar, descolocada, pero en su lugar rindió los hombros, acompañados de una mueca de la más absoluta derrota.

—Por desgracia.

Sasha calló, incómodo.

El caballero no se dio cuenta enseguida, así que achacó el error a más de cien años desentrenado. Pero, una vez lo notó, en la cuarta jornada de marcha, no pudo dejar de hacerlo.

Alguien los estaba siguiendo.

Lo sentía en un eco lejano, en la imposibilidad de que el aire oliese dulce; lo sentía como una presencia constante, unos ojos clavados en

su nuca las veintiséis horas del día. Sabía cuánto y cuándo acortar distancias, cómo mimetizarse con el entorno, pero no ponía cuidado en nada más. Eso lo supo la quinta noche, cuando volvió a oír unos cascos detenerse a pocos metros del campamento para luego retroceder. A la mañana siguiente, las huellas herradas seguían allí: un aficionado. Algún ladronzuelo esperando su oportunidad, seguro.

Y quizás habían pasado dos siglos desde que se había enfrentado a una amenaza real, pero su cuerpo reaccionó como si apenas hubiesen pasado segundos, comenzando a maquinar por instinto cómo cazarlo. Se guardó el asunto para sí y dejó que Hator y Moira ocupasen su rutina diaria alternando entre el silencio más absoluto y las discusiones más violentas (y estúpidas). Pensaba decírselo, claro…, más tarde. Cuando descubriese si aquel rastro era amigo o enemigo.

—¡Pelea conmigo!

Contuvo el brinco a duras penas, primero sobresaltado por el grito de la rubia y luego confuso al bajar la vista hacia el espadón que le apuntaba al cuello. Mientras negaba con la cabeza, una sonrisilla le asomó a los labios en contra de su voluntad.

—¡Vamos! —insistió ella—. ¡Eres el único que puede enseñarme cómo vencer al rey!

—Te aseguro —contestó Sasha, echándose hacia atrás sobre la hierba— que si consigues acorralarlo en un duelo de espadas sin magia alguna no tardarás en cargártelo.

Casi pudo *oír* el ofendidísimo grito ahogado que hubiese soltado Nize de haber estado presente y, contra todo pronóstico, eso le hizo sonreír aún más en lugar de cortarle a pedacitos. Hator abrió la boca para replicar, apartando el montante de su cuello, pero él se le adelantó:

—O al menos hubiese sido así hace doscientos años. Ahora desconozco su estilo de lucha, o si me sobrepasa en esgrima… No seré un buen contrincante.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—¿Doscientos años? ¡Estás cascado, viejales! —Rio—. No me extraña que no quieras pelear contra mí… Quedaría *tan* mal que un caballero real mordiese el polvo ante una cualquiera…

—Jamás os he llamado tal cosa, oh, gran Elegida.

Hator rio con todo el cuerpo.

Tras ellos, Moira preparaba su arco. La división de tareas había surgido de forma natural, con aquella cazando para todos, Sasha limpiando la presa y Hator cocinando (si a eso se le podía llamar cocinar) con un fuego al que ella misma invocaba. Aunque esa tarde el caballero la había apartado lo más educadamente posible de la olla, cansado de que todo bocado le supiese a tierra… y bastante convencido de que la rubia aderezaba sus platos a puñados de arena.

No sabía de dónde sacaba la Elegida la confianza para hablarle así, pero era refrescante. Casi curativo. Hacía tanto tiempo que no dejaba a nadie acercarse que no sabía reaccionar siquiera ante la falsa cercanía. Si bien no era falsa, no para Hator… solo injustificada. *Demasiado abierta*, pensó. Otra semejanza más.

—No te dejas provocar, ¿eh?

Sasha rio por lo bajo.

—En eso tu herm… tu… tu enemigo era mucho mejor que tú.

Ella no pareció notar su desliz, aunque sí que cambió de táctica, pasando a darle un par de toquecillos con la hoja en la rodilla.

—Venga, por favor… Moira es inútil con la espada —«¡Eh!», protestó la susodicha— y desde que salí de Graendar no he practicado con nadie… Me estoy oxidando…

—Hator…

—¡Mira! —Le enseñó el dorso de la mano libre dramáticamente—. Ayer me rompí una uña… ¡y me quejé! ¿¡Es que quieres que me enfrente a Verenize en mi peor versión!? Porque si sigo comiendo conejos y durmiendo mientras cabalgo, *te aseguro,* Sasha…

Este ni siquiera se dio cuenta de cuándo se había levantado, solo del momento en que su mano buscó su espada, un movimiento repetido hasta la saciedad cuando aún era mortal. Antes de poder entrar en pánico (cuerpos en las calles, casas silenciosas, la piel de luna de Nize), sus dedos se cerraron sobre la empuñadura y desenvainó, revelando su nombre en una escritura enrevesada que, por lo poco que sabía de la Espiral, ya apenas se usaba.

Hator aplaudió, ajena a los lugares a los que viajaba la mente del caballero, y marchó con saltitos de potrillo a formar un círculo con las mantas de dormir. Por su parte, Sasha miró de reojo a la otra bruja, encontrándosela con una ceja enarcada en interés. Al notarse observada, le sonrió con esa infinita fila de dientes serrados. Así debían de sonreír los dragones.

—¡Lista! —exclamó Hator mientras se colocaba en posición de una manera tan fluida que le hizo pensar en lava volcánica: sinuosa, brillante, letal. Fueron sus propios músculos los que le susurraron esto último, analizando hasta la presión con la que sus pequeñas manos aferraban la empuñadura.

«Lenta», añadieron, cuando tocó sumar la dichosa espada a la ecuación, de hoja ancha como la de un machete pero larga como cualquier montante. «Pesada», cuando gruñó al levantarla. Lo sentía por sus pobres hombros, que soportaban una carga muy superior a la apropiada para su tamaño. Ni se molestó en buscar más puntos débiles. Por muy duro que Hator hubiera entrenado, lo había hecho con el arma equivocada, y sus brazos echarían a temblar enseguida. Pues vaya mentores había tenido la supuesta Elegida si ninguno había

reparado en semejante fall…

«Imposible», fue lo que le dijo su cuerpo cuando el de ella lo embistió como un toro.

Se vio retrocediendo antes siquiera de poder cuestionarse por qué lo estaba haciendo. Hator era rápida, y decidida, y su espadón encontraba fácilmente sus flancos expuestos. Ya no reía, su gesto de concentración una mueca nueva para él, ojos concentrados en la siguiente estocada.

Sasha aún tardó un par de minutos más en asimilar la estrategia de acoso y derribo de la chica, básica pero efectiva. Atrasaba primero los brazos en un amplio arco cuyo peso debería mandarla a girar como una peonza y entonces aprovechaba el impulso para cambiar bruscamente la trayectoria, apuntando a las rodillas de su oponente con toda la intención de seccionarlas. El caballero conseguía bloquear sus estocadas en el último instante, arrastrando su acero sobre el suyo en un intento desesperado por llegar a sus manos.

Siempre había sido consciente del paso de los años, de lo largos, larguísimos que habían sido los doscientos que había pasado en las sombras, negándose hasta su propio nombre. Siempre había sido consciente de que su cuerpo no cambiaba, no importaba que lo privase de comida o bebida, o las veces que intentara abrirse de dentro hacia fuera: nada alteraría ni un solo músculo, atrapado en ese último segundo que había respirado como mortal. Fuerte, compacto, musculoso.

Pero de lo que nunca había sido consciente era de que, aunque su cuerpo se conservara intacto, ni su mente ni su estamina le seguían el ritmo.

Y por eso Hator, con sus tajos toscos más de bandido que de espadachín y sus giros burdos, estaba logrando encasquillarle los brazos en defenderse de ella. A cada impacto un chirrido de punzante dolor le subía por los tendones, le chillaba *que soltase la espada de una vez.* Le dolían los pulmones, la garganta, todo. No llevaban ni cinco minutos de combate y Sasha ya sabía que, en otras circunstancias, sería hombre muerto.

Sin embargo, había aprendido de la mejor capitana en la historia de la Espiral (casi podía verla llevarse las manos a la cabeza ante tamaño estropicio de duelo), así que continuó bloqueando sus embestidas una y otra y otra vez. Dejó que lo avasallara, dejó incluso que se carcajease con su vocecita de princesa mientras él hincaba una rodilla en tierra tras un falso tropiezo de agotamiento (¿era falso realmente? Por lo mucho que le bullía la sangre, no lo parecía); para que cuando ella quisiera asestarle el golpe de gracia lo hiciera justo así: con la guardia baja.

—Oh.

Su espada de capitán real encontró limpiamente su cuello desprotegido.

Solo que jamás llegó siquiera a rozarlo, pues entonces una flecha cruzó volando a ras de su muñeca y el tijeretazo rojo que abrió a su paso lo hizo recular de inmediato.

Ambos se volvieron hacia Moira. Había un destello salvaje en sus ojos oscuros.

—Fallo —dijo, resuelta—. Hator no lucha sola.

—Algún día podría tener que hacerlo.

—No creo —contestó, antes de dar media vuelta e internarse en la espesura.

Solo cuando la perdió de vista se acordó Sasha de su nueva herida. Era limpia, y superficial, lo que denotaba un control absoluto sobre dónde, cómo y cuándo disparar para obtener el resultado exacto deseado. Le puso incómodo. Luego chasqueó la lengua, molesto, esta vez no por la precisión de Moira sino porque Hator ya se le había pegado como una lapa para husmear de cerca el corte. Sin embargo, como la cría no tenía culpa de nada se limitó a dejarla comprobar que todo iba bien. Todo lo bien que le podía ir a un grupo de personas cuando una de ellas era una estirada inflamable, claro.

—No le hagas caso —susurró ella después, mientras envainaba su ancho montante—. Solo quiere recordarme que es mejor que yo.

Sasha frunció el ceño.

—¿Quizás alguien esperaba ser la Elegida…?

La verdadera Elegida negó con un bufido triste.

—No, ella no —respondió—. Su hermano.

Ah. De pronto, algo muy similar a bilis le subió a la garganta, pues si de algo sabía Sasha era de venganzas en nombre de hermanos, y no quería repetir la experiencia. Intentó quitarse esa sensación de encima, pero era tan desagradable como pegajosa, y al final acabó haciendo otra cosa por pura desesperación:

—Oye, Hator. ¿Tú también has notado que nos seguían?

El caballo se detuvo a varios metros del campamento, apenas un montículo de brasas sobre el que pendía un caldero con los restos ya tibios de la cena. Sus propios caballos ni se inmutaron, dormitando junto al círculo de mantas estiradas, y durante unos minutos el jinete se quedó allí, inmóvil en mitad de la madrugada. Después, en completo silencio, extrajo una libreta de su capa y comenzó a escribir. El rasgar del grafito también rasgó la noche, sufriendo intermitencias conforme el jinete paraba a comprobar que seguían dormidos. La capucha ocultaba su rostro y Sasha se preguntó por qué tanto cuidado

en no ser descubierto si luego iba a pasarse un buen rato garabateando a esa distancia.

Justo cuando el jinete tiraba de las riendas para volver a sumergirse en la noche, Moira habló:

—¿Quién eres?

El encapuchado dio un respingo y se volvió hacia ella solo para encontrarse en el punto de mira de su flecha. Fue entonces que Sasha y Hator abandonaron su escondrijo de entre una de las breves arboledas esparcidas por la explanada, las mismas en las que el propio jinete había ido haciendo noche. Espada en mano, flanquearon al caballo, pero su dueño se limitó a palmearle el cuello para tranquilizarlo.

Sasha esperaba una huida desesperada, quizás una acometida impulsiva.

Lo que no esperaba era verlo encogerse de hombros y bajarse la capucha con un suspiro resignado.

—¿Anna?

En lugar de contestar, la mujer señaló al arco de Moira con una mano de cuidadísimas uñas a las que nunca antes había prestado atención:

—¿Podrías dejar de apuntarme con eso? He visto cómo te las gastas y no me gusta un pelo. Gracias.

Perpleja como estaba, Moira obedeció a medias, sin terminar de destensarlo, y luego desvió la vista hacia él. Hator también lo miraba, expectante, y se dio cuenta de que pensaban desentenderse del diálogo, puesto que no eran ellas quienes conocían al fisgón. Bueno, a la fisgona. A la pastelera que le metía notitas en la tarta de manzana y que le guiñaba un ojo cada vez que lo pescaba pasando por delante de su local.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué…? —Ni siquiera tenía palabras—. ¿Por qué nos sigues?

—¿¡Tú qué crees!? —espetó súbitamente, encarándolo de un tirón brusco de riendas que hizo tintinear sus pendientes de plata y revolvió sus cabellos castaños. El odio en sus ojos lo descolocó—. ¡Sherezade, por mi madre! ¿¡Te crees que somos idiotas!? Apareces marcado como un proscrito, te aceptamos entre nosotros, te conviertes en *uno* de nosotros, ¿y de la nada unas… —dudó un segundo, se rindió al siguiente— lo que sean pasan a visitarte y te vas con ellas? ¡Di la verdad! ¿Has estado recabando información para la Espiral?

Sasha abrió la boca para responder, aunque nada salió de entre sus labios, perplejo como estaba. Sabía que las escarificaciones en su pómulo y sus dedos ennegrecidos traían más preguntas de las que podía contestar, pero nunca se había parado a pensar a qué conclusiones llegaban aquellos que dejaba atrás. ¿Habrían temido

también que la corte espiral lo hubiera enviado para testear la debilidad de sus tierras, la fortaleza de su gente…? Tenía sentido, en realidad, pues siempre se marchaba a medianoche y sin grandes anuncios, sin molestarse siquiera en vender sus posesiones. Al menos esa vez había ganado dinero por ellas.

—Eso no es… Espera, ¿nos estabas siguiendo para ver si…? —Negó con la cabeza, incrédulo—. Es un camino muy largo.

—¡Me da igual! —protestó ella, su voz destilando la furia que su rostro no lograba contener—. ¡No eres el primer proscrito que se compra el perdón catando la zona! Cuando llegaste, estábamos avisados. Los pueblos libres seremos incultos, pero no estúpidos.

Nunca había habido otros proscritos. Siempre había sido él.

Creía que había tenido cuidado, siempre asentándose a lo largo de la última frontera conquistada por el Eterno, siempre vigilando el estado de su imperio.

—Quien calla otorga, ya veo. Supongo que toca prepararse para el avance…

Y, en ese momento, Hator rio.

Fue una carcajada involuntaria, infantil, que hizo que los otros tres se girasen a mirarla. Su protectora chasqueó la lengua, a punto de reprenderla, pero Anna se le adelantó:

—¿Y tú de qué te ríes, mamarracha?

—Eh —advirtió Moira, volviendo a apuntarla con el arco.

La pastelera miró de reojo la flecha y resopló. Sasha sabía que debía intervenir, decir algo… Pero era un malentendido tan enrevesado que no veía cómo desenredarse sin decir la verdad. Porque hacía mucho tiempo que decir la verdad no era una opción, y menos aún a quien pensaba mandar de vuelta a su villa.

—¿En serio crees que Sasha es un espía espiral? —preguntó Hator, al parecer inmune a lo delicado del tema.

—¿Qué Sasha?

—Nunca he negado mi condición de proscrito —las interrumpió él, fulminando con la mirada a la chiquilla, que agachó la cabeza enseguida, más avergonzada que arrepentida—, porque no tengo nada que esconder. Ni le vendo información a Veda ni guardo ya vínculo alguno con su rey.

Moira bufó ante la elección de palabras, cosa que le hizo preguntarse qué clase de profecía elegía a un par de crías inmaduras para salvar el mundo. Verenize se las iba a comer. Las despedazaría, miembro a miembro.

Quizá por eso el Mundo había recurrido a él, consciente de su error.

—¿A dónde vas, entonces? —exigió saber Anna.

Sasha también se preguntó qué derecho creía tener aquel pueblo,

aquella mujer, sobre él. No se acababa nunca. Siempre había alguien allá afuera creyéndolo su propiedad. ¿Por qué? ¿Es que había algo en su actitud que se leyera erróneamente? ¿Era eso por lo que Verenize había asumido dos siglos atrás que aceptaría ser cómplice de su derramamiento de sangre?

—No puedo decírtelo. Pero…

—Vale. Pues no me lo digas.

Él pestañeó.

—Oh. Gracias.

—Me quedaré hasta comprobar que no os reunís con el ejército espiral —resolvió ella, encogiéndose de hombros.

Qué fácil sonaba todo en labios del pueblo libre…

—Lamentablemente, no podemos permitir tal cosa —intervino Moira por primera vez, flecha aún preparada—. Os rogamos que regreséis a vuestra aldea sin protestar o nos veremos obligadas a tomar medidas.

La pastelera bufó, entre cero y nada intimidada. Y Sasha no sabía cómo decirle que debía estarlo, que a esa chica no le temblaría el pulso si decidía asaetearle las piernas, de modo que no le quedó otra que interponerse entre ambas, tensísimo, para evitar que la situación escalase:

—Moira, déjame a mí.

—¿Qué andáis ocultando? —chirrió Anna.

—No es asunto vuestro, mi señora —replicó la otra.

—¿¡Mi señ…!? ¿Me estás vacilando?

—Anna, *por favor.*

—Tú a callar, Sherezade.

—¡Que se llama Sasha!

Las voces se aplastaban las unas a las otras como un maremoto de chirridos y graznidos, arrasando lo que quedaba de su agotado cerebro. Sasha se vio a sí mismo gritando también, liberando la frustración de que su pasado más antiguo lo hubiera arrancado del mejor de sus hogares, la locura de verse acorralado por ese mismo hogar, ahora su pasado más reciente. Todos, todos acababan por reclamarlo. Incluso el aire, incluso el agua.

—¡Basta! —bramó el caballero, zanjando el griterío justo en el instante en que Anna arrojaba su libreta directa a la cara de Moira, dientes apretados en un rictus rabioso más propio de las alimañas.

Aunque ella la atrapó al vuelo sin siquiera inmutarse, Hator pegó un salto adelante, dispuesta a vengarla (o a saber qué), así que él fue más listo, o más rápido, o quizás una mezcla de ambas, porque consiguió aferrarla a tiempo por la muñeca.

Afortunadamente, el caballo de Anna no se encabritó, pero sí retrocedió un poco, su dueña pálida y roja a la par, consciente por fin

de la gravedad del asunto. Y, sin siquiera soltar al peligro andante que era la Elegida, Sasha se giró a comprobar que el otro monstruo no estuviera asegurándose el tiro. Sin embargo, Moira parecía haber perdido todo interés en pelearse, ahora concentrada en hojear la dichosa libreta.

—¿Moira?

—¿Qué es esto? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

—Mi diario de ruta, claro —resopló Anna.

—No, me refiero…

Preocupado por la confusión en sus ojos negros, Sasha dejó ir a Hator y se acercó a la otra bruja para leer alguna frase por encima de su hombro. Al principio, no notó nada fuera de lo normal. Listas de ingredientes, medidas, trucos… Muy Anna.

Luego se dio cuenta de que las letras no cuadraban.

—No vais a poder descifrarlo —se jactó la pastelera, atusándose el larguísimo cabello de cobre—. Es mi código secreto, nadie más lo conoce. Así evito que el desgraciado de Eustedio me plagie las recetas, el muy ratero…

Pero había un problema, y era que Sasha entendía todas y cada una de las anotaciones de su libreta. Y, por la mueca horripilada de Moira, ella también.

El lenguaje de la profecía.

Si algo echaba Sasha de menos de su antigua vida, eso era el mar.

Echaba de menos contemplarlo a través de los ventanales del castillo, azul allá donde mirase, y olerlo hasta que la nariz se le llenase de sal. La brisa costera que dejaba su corto cabello negro hecho lija, las olas con cresta y sin ella. La forma en la que sus padres le acompañaban a la playa en sus días libres, buscando un hueco entre toda la gente que había tenido la misma idea para extender una manta sobre las piedras redondeadas y comer algo fresco. Sandía, normalmente, si había comenzado la época de importación. Ciruelas, si no.

A veces casi podía sentir la espuma de las olas al chocar contra sus pies.

—A ver si lo he entendido bien.

Y a veces, como esa, desearía tenerlo cerca para adentrarse en altamar y ahogarse durante siglos.

—A ver —repitió él, sin molestarse en mirar a Anna.

—Estáis envueltos en una misión secreta profetizada por los elementos.

—Sí.

—Y dichos elementos os facilitaron un distintivo para reconocer a otros miembros de la misión.

—Sí.

—Que resulta ser el lenguaje secreto que llevo utilizando toda mi vida.

—Eso parece.

Silencio.

Habían retomado el camino casi enseguida, después de que las brujas se miraran durante varios segundos antes de encogerse de hombros con un quedo «Si el Mundo lo dice…». Sasha, en cambio, no las tenía todas consigo, y seguía sin tenerlas ahora que había amanecido y la pastelera había roto el silencio para pedir explicaciones.

—Entonces, ¿por qué no me contáis de qué va la misión? —estalló esta por fin—. ¡Soy de los vuestros!

—Porque aún no lo tenemos claro —intervino Moira, girándose a mirarlos. Tanto ella como Hator avanzaban algo más adelantadas sobre sus monturas preparadas para la guerra, caballos mucho más ligeros y rápidos que los de granja de Sasha y Anna—. Podemos justificar la razón por la que cada uno de nosotros fue elegido, pero no la tuya.

Sasha prefirió callarse que, en realidad, tampoco tenían justificación para la presencia de Moira. ¿Tanto pesaba su habilidad con el arco? Desde luego era útil… Aunque la continua vigilancia a la que sometía a la Elegida hablaba por sí sola. Un guardián. *Un caballero*, dijo una vocecilla en su mente, pero la ignoró. Ningún caballero trataría jamás con tal violencia a su protegido, ni este bajaría la cabeza tan rápido.

Anna ni se molestó en ofenderse, solo alzó las cejas hasta límites insospechados.

—Que me dedique a la repostería no significa que sea lo único que sepa hacer.

—¿Y qué más sabes hacer? —preguntó Hator, y aunque sonaba tan curiosa e inocente como seguramente fuera, la mujer la encaró con un bufido.

—Por ejemplo, no envenenar poco a poco a mis compañeros con un estofado de gallina que ni siquiera huele a gallina.

La culpable exhaló un grito ahogado, ofendida, y Sasha juraría haber visto a Moira sonreír a hurtadillas; aunque no podría asegurarlo, porque él mismo acababa de poner los ojos en blanco, previendo un largo, larguísimo camino hasta la aldea de las brujas…

No quería que Anna los acompañase. No sabía qué era lo que el Mundo había visto en su futuro para creer que sería buena idea, pero Sasha la conocía desde hacía ocho años y estaba bastante seguro de

que si se emperraba en seguirlos solo conseguiría una herida mortal. Quizás una flecha en la frente (y más pronto que tarde).

—¿Crees que el Mundo te ha incluido en una profecía solo para ser nuestra cocinera? —ironizó la arquera, los puntiagudos dientes asomando como sierras tras sus labios gruesos—. Qué visión más baja de ti misma.

Anna permaneció impávida al contestar:

—Perdón, ¿es que hay algo de malo o de indigno en serlo?

Moira poco tuvo que decir ante eso, la conversación asesinada brutalmente. La oyó chasquear la lengua, molesta, y farfullar algo en otro idioma. A él le pareció reconocer algunas palabras, aunque no estaba seguro… Al menos hasta que Hator se inclinó hacia ella, su larga trenza un péndulo dorado, y le contestó en tono conciliador. Sí, era cortegués. Sin embargo, el de la Elegida sonaba extraño, como lo pronunciaría un forastero.

Sasha esperó el típico resoplido que seguía a los intentos de Hator por ser amable con ella, pero este nunca llegó, y alzó las cejas, sorprendido.

—Ya me parecía —apuntilló Anna.

Suspiró.

—Anna. Si quieres acompañarnos hasta desmentir tus sospechas será mejor que dejes de intentar que nos matemos los unos a los otros por el camino.

«Mmm…», fue su única respuesta, mientras se colocaba un mechón de pelo castaño tras una oreja profusamente adornada. Retazos de cabello quedaron enganchados en sus pendientes, cobre y plata bajo el sol de media mañana. Sasha recordó haberse fijado también en ese detalle la primera vez que la había visto, diecinueve años recién cumplidos tras el mostrador de la pastelería de su madre, mucho más enérgica que ahora pero ni la mitad de peligrosa.

Anna lo miró de reojo durante uno, dos, tres segundos antes de:

—Sasha, ¿eh?

—Eso es —asintió.

—¿Es tu nombre real?

Él volvió a asentir, de pronto incómodo. Se lo veía venir.

—No me extraña que te hagas llamar Sherezade… ¿Quién le pondría a su hijo el nombre del Traidor? Es casi como escupir al rey a la cara.

Aquella vez nadie rio, ni siquiera con ese pequeño bufido de triunfo que ya empezaba a identificar tanto con Moira. No. En su lugar, esta fingió rebuscar entre sus alforjas mientras Hator se envaraba sobre su silla de montar, recta cual columna de templo. Sasha sentía la lengua arenosa y no sabía si sería capaz de moverla para contestar. Ni siquiera sabía qué contestar. Aunque sí había sabido

que, con el paso de los siglos, según su vida se tornaba leyenda, aquel había sido el título que Verenize le había otorgado. El Traidor.

Le sentaba bien. Le había dado la espalda a su reino. Durante *siglos.*

La ayuda llegó de forma inesperada, con Hator girándose a mirarlo con una mueca traviesa:

—Luego practicamos otra vez, ¿no? Que ayer casi te gano.

—¿Casi? —murmuró Moira.

Sasha sacudió la cabeza, poniendo distancia con el picoteo en su cráneo. ¿Practicar? Quizá le vendría bien. Todavía le chillaban los músculos del esfuerzo tras tantos años sin usarlos en combate, y teniendo en cuenta hacia dónde se dirigían… Además, por mucho que se resistiese a reconocerlo, había *disfrutado* peleando. Y, sí, también se sentía incómodo ante la mera idea de permitirse un capricho así, pero recordaba las carcajadas de Hator al impactar su gruesa espada contra la suya, y la manera en la que su cuerpo se había movido, recordando, rescatando movimientos e instintos que había creído ya olvidados. Aunque lo único que había olvidado realmente, al parecer, era lo mucho que había deseado ser caballero cuando aún era mortal.

—¿Hay algún pueblo cercano en la ruta? —preguntó por toda respuesta—. Tendría que ir a afilar mi espada, comprar un par de piezas de armadura… ligera, de viaje.

—Tolren. —Fue Anna quien respondió—. Sería desviarse un poco hacia el noroeste, pero está relativamente cerca… Quizá podríamos llegar incluso esta misma tarde, si nos damos prisa.

—¿Y por qué deberíamos darnos prisa? —protestó Moira, sin siquiera mirarlos.

—Porque hoy es el cuarto séptimo del mes, día de mercado —explicó ella, como si fuese evidente—, y si queréis que comience mi sagrada misión de cocinera de la profecía, qué menos que llenar las alforjas con algo que merezca la pena. Sí, te estoy mirando a ti, Sasha. Hay vida más allá del pan.

—¿La hay? —se sorprendió contestando, automáticamente regresando al tono suave y tranquilo de su vida en la aldea.

Hubo un pequeño silencio que a Sasha le supo a sol, a descanso por primera vez en seis días de viaje flanqueado por sus dos pasados. Relajó los hombros, dándose cuenta de que no recordaba cuándo los había cuadrado, ahora agarrotados por la tensión.

—A Tolren, pues —dijo entonces Moira, y tiró de las riendas de su caballo para dirigirlo al noroeste.

—No puedes resistirte a comer bien, ¿eh? —bromeó Hator, con una de esas risitas histriónicas.

La arquera fue la única que no sonrió.

Tolren no era muy diferente a la villa de Anna, pero sí ligeramente más grande, y tenía la ventaja de formar parte de una hermandad de pueblos con los que compartía mercado. Así, cada séptimo del mes los mercaderes viajaban a uno diferente, llenándolo de gritos, fruta, carne y pescado fluvial. Junto con el resto de cachivaches que podrían encontrarse en un mercado comunitario, claro.

—¿Estáis vos seguro de que esto me protegerá de los demonios? —preguntaba Hator, acercando su respingona nariz al collar de abalorios coloreados.

—¡Eso he dicho! —contestó el orfebre, mientras señalaba el medallón bañado en oro—. Ellos saben que no deben herir a nadie que lleve la Luna de Veda, señora. ¡La prístina Astrae les mandaría de vuelta a su mundo de una patada!

Aquello despertó aún más la curiosidad de los crédulos allí arremolinados, que los aplastaron contra el mostrador con ojos clavados avariciosamente en el dichoso medallón. El toldo violeta precipitaba sombras del mismo color sobre sus pieles claras, convirtiéndolos en una masa inescapable. Hator no parecía muy convencida, aunque se veía a leguas que quería comprarlo. Por eso Sasha se inclinó hacia ella para susurrarle:

—Es un bulo. Nada detiene a un demonio sin portal, y te aseguro que a Astrae le importa poco lo que hagan o dejen de hacer los suyos fuera de sus fronteras.

Hator no lo miró, pero sí se giró casi imperceptiblemente hacia su voz.

—¿Da Astrae tanto miedo como cuentan las historias? —preguntó en el mismo tono.

—No —respondió él, sincero.

—¡Ah, bueno! ¡Pues entonces no lo necesito! —Y lanzó el collar de vuelta al mostrador. Sasha contuvo la sonrisa al sentir la consecuente mirada rencorosa del orfebre—. ¡Gracias!

Resuelta, la chiquilla empezó a darle empujoncitos en el pecho para que retrocediera. No fue muy efectivo, pues la calle rebosaba de gente, pero continuó haciéndolo incluso cuando Sasha dio media vuelta para reunirse con Anna y Moira. Las encontraron discutiendo sobre un montón de arrugadísimos paquetitos que la pastelera tenía en la mano.

—En unos días te quejarás de que vayamos tan lentos y será porque habrás llenado las alforjas de… ¿qué era?

—Sal, pimienta, cilantro y cayena.

—Solo conozco dos de ellas. Las únicas que podrían considerarse indispensables… y ni eso.

Anna suspiró mientras guardaba los paquetitos en su enorme bolso de cuero.

—No está hecha la miel para la boca del asno.

Antes de que Moira pudiese protestar, Sasha dijo sin pensar:

—Mi madre cocinaba con cilantro. Con muchísimo, de hecho.

Por alguna razón, se hizo el silencio. Provenía de las brujas, quienes habían agachado la cabeza y a quienes Anna miraba con la misma confusión que sentía él. No había sido su intención incomodarlas; tenía superada la muerte de sus padres. A fin de cuentas, llevaba vividos más años sin ellos de los que había pasado a su lado. Y aun así, aun así… Los echaba de menos.

Apoyó una mano en el hombro de Hator, esbozando una sonrisa de ánimo.

—Tranquilas, mis padres no murieron en la Masacre. Adoraban a Sera tanto como yo.

Recordaba la última vez que había ido a visitarlos a la frontera, su madre ya solo un arrugado saco de huesos pero aún con la misma esperanza de que le gustasen las mandarinas. Ahora el olor de esos cítricos le provocaba escalofríos, pero al menos… al menos algo había salido bien en su vida, y eso era la de sus padres, larga como el mar. Verenize no los había tocado tras su marcha. «Ni siquiera ha pasado a visitarnos», había dicho Lurenga mucho antes, como si realmente anhelara que el rey llamase a su puerta una vez más.

Suponía que Lu había sido demasiado buena como para dejar de considerarlo hijo suyo.

—¿Masacre? —preguntó entonces Anna, jugueteando distraídamente con la fila de pendientes en una de sus orejas—. ¿Sera? Pero…

La ignoraron. Sasha dio un breve apretón en el hombro a Hator y:

—Anna, ¿dónde decías que estaba aquí la herrería? Se nos hace tarde…

Aún con el ceño un poco fruncido, esta señaló el final de la calle. Sasha casi podía ver su mente trabajando a toda velocidad, y quería irse de allí antes de que llegase a la única conclusión posible.

—… y luego a la izquierda. Hay dos, una frente a otra, pero la de Osgard es la mejor, no dejes que Isgard te engañe.

—¡Pero si casi se llaman igual! —exclamó Hator, inexplicablemente ofendida por ese detalle.

—Son primos. —Se encogió de hombros—. Eso sí, no sé si la de Osgard es la de la derecha o la de la izquierda… ¡Pregunta al llegar!

—Vale, gracias. Yo tardaré más, así que pasad a recogerme.

Las tres asintieron, y diría que le sorprendió que al primer paso ya oyese rebufar a Moira (algo sobre Hator negándose a comprar pescado), pero tras una semana con ellas el cerebro del caballero

había aprendido a hacer oídos sordos.

No era culpa de las chicas, claro. Era suya. Se había desacostumbrado a tener compañía.

Se apresuró a salir del meollo mercantil para meterse por una paralela, donde debería poder moverse con mayor fluidez. Sin embargo, el volumen de visitantes continuaba siendo ingente incluso allí, apiñados entre callejuelas, su única defensa contra el agobio y el sudor la brisa que de tanto en tanto se colaba bajo su camisa de manga larga. La tela se le pegaba al pecho, pastosa y húmeda, y una vez más se preguntó por qué seguía aferrándose con tanta fuerza a las antiguas tradiciones, si estaba claro que a los dioses les traía sin cuidado si enseñaba piel o no, si rezaba o no, si decía su nombre privado o no. Así que había intentado en infinidad de ocasiones rendirse al calor sofocante de aquellas tierras y remangarse, al menos hasta los codos…

Nunca duraba mucho tiempo. Y eso que a Sasha le importaba una mierda qué pensase la gente de las cicatrices de sus antebrazos.

Distraído como estaba, tardó en fijarse en ese pequeño símbolo dorado que acompañaba a la mayoría de los negocios. La única pastelería del pueblo lo mostraba muy sutilmente, dentro de la enorme *O* del cartel con su nombre; pero no la zapatería vecina, el trazo orgulloso plasmado en su escaparate. Se trataba de tres infinitos siempre en pintura dorada, uno encima del otro, dando la sensación de que sus curvas se entrelazaban en un bucle perpetuo. Supuso que sería un aviso mercantil, algún tipo de descuento u oferta…

Reconoció las herrerías no por el característico estruendo de martillo contra yunque, sino por el alegre intercambio de clientes a sus puertas. El mercado mensual había atraído a toda clase de compradores, empezando por hombres anchos como osos pero que reían como zarigüeyas hasta un par de pequeñas niñas de Sagrarés con sus dagas de iniciación al cinto. Se le hacía raro verlas tan lejos de los refugios, aunque Sasha supuso que, si él había logrado escapar de la Espiral, bien podrían haberlo hecho también un par de familias más. Era complicado huir de los terrenos conquistados por Verenize el Eterno, pero no imposible.

Chasqueó la lengua al darse cuenta de que toda esa jauría hacía cola solo para una de las herrerías, justo para la que lucía el símbolo dorado en su cartel colgante. Miró a la otra, los portones de la fragua abiertos de par en par y su dueño cruzado de brazos, ojos entrecerrados observando la fila de la competencia. Sasha frunció el ceño. No tenía tanto tiempo libre como para malgastarlo, así que se acercó a las dos niñas de Sagrarés rematando la cola.

—¿Es esta la herrería de Osgard? ¿O la de Isgard?

Ellas se miraron, extrañadas.

—¡Osgard!

Les dio las gracias y resopló. Isgard, entonces. Solo necesitaba un afilado rápido y comprar lo necesario para mantener su espada a punto durante el camino… Quizá podría haber diferencias entre ambos a la hora de diseñar y arreglar armas o armaduras, pero ¿para afilarlas? Seguro que no mucha.

Por eso se acercó al otro herrero, tan enorme que la coronilla le rozaba el techo. Tenía más pelo en la barba y en los brazos que en la cabeza, y la nariz en forma de patata. De una patata que había pasado demasiado tiempo horneándose. Aun así, este lo saludó con una enorme sonrisa medio oculta tras sus rizos oscuros.

—¡Bienvenido…, ¿viajero?!

Sasha asintió.

—Sí, me preguntaba si os podríais encargar de afilar mi espada… También ando buscando un par de piezas de armadura ligera, quizá solo brazalete y pechera…, y una piedra de afilado de viaje.

El supuesto Isgard descruzó los brazos, sin dejar de asentir, y retrocedió hasta el fondo del taller, que parecía mantenerse en pie por pura fuerza de voluntad. Las paredes se componían de tablones de madera apenas pulida, lo que le daba aspecto de cobertizo, y nada las decoraba pese a que la falta de ventanas podría aprovecharse para enseñar sus mejores trabajos. Miró un segundo hacia atrás. Casi en perfecto contraste, la herrería de Osgard presumía en primer plano de un escudo tan inmensamente redondo y pulido como el espejo de un dios.

La capacidad de publicitarse solo denota inteligencia, no maestría, quiso pensar, volviéndose de nuevo hacia el herrero, quien rebuscaba en lo que Sasha llamaría cubo de basura. Cuando regresó, dejó caer sobre el mostrador un montón de piedras de afilar y otro montón de piezas sueltas de armadura. Por instinto (por el ruido), Sasha retrocedió un paso, alarmado, sin entender del todo qué estaba pasando. Hasta que entendió, claro.

Isgard no era un herrero.

Era un ladrón.

Esas piedras ya habían sido usadas, y lo mismo decían las hombreras y petos esparcidos por la mesa. Acero mellado, hebillas oxidadas, roblones perdidos. En silencio, Sasha se hizo con la piedra de afilar más adecuada para su espada, un pequeño rectángulo de dorso de cerámica y revés de diamante granulado que (mala suerte) no era precisamente la que se hallaba en mejor estado.

—Has hecho bien en venir a mi herrería, chico —dijo entonces Isgard, arrastrando el afilador hasta allí. Ah, hacía mucho que no veía uno de esos. Eran máquinas de engranaje sencillo, similar a las ruecas de las sastrerías, pero su rueda, de gruesa piedra, había sido aligerada

con un Pacto—. Osgard tiene más arte, chico, pero no puede competir con mis precios. La piedra, las piezas que quieras y el afilado solo te costarán… —estrechó los ojos, pensativo— ochenta demos y veinte demines. ¿Qué te parece, chico?

—Es… barato, sí.

Ambos sabían por qué. Sasha no había esperado gastarse menos de cien demos, y eso solo en las piezas de la armadura. Los productos de segunda mano no suponían deshonra alguna entre caballeros y soldados, pero los robados… Porque, desde luego, no existía excusa posible para las cinchas cortadas de los petos.

—Dame tu espada, chico —otra vez *chico*—, así ahorramos tiempo mientras te pruebas tu nueva armadura… ¡Llévate lo que quieras! ¡Precio cerrado, chico!

El «chico» dudó, desviando la vista hacia el afilador. Luego se convenció a sí mismo de que su espada habría pasado por peores manos en esos doscientos años, así que la desenvainó con un suspiro y se la tendió. Por hacer algo con las suyas, se guardó ya la piedra de afilar en la limosnera anudada al cinto.

Isgard la contempló largamente mientras Sasha examinaba de cerca un par de hombreras. Todo correcto. Se sintió observado cuando se las colocó por encima para comprobar si le eran cómodas. También correcto. Quizá no encajaban perfectas, pero ni encontraría allí su talla ni se las veía especialmente maltratadas… Se las dejó en reserva a un lado, y solo entonces el herrero habló:

—Es una espada muy bonita, chico. Hace años ya de la última vez que traté con acero de Sagrarés… ¿Dónde fue forjada?

Sasha se cuidó de no espiar qué iba haciendo Isgard con su espada, pero por el rabillo del ojo captó la manera en que la acariciaba, las ondas y vetas de metal más oscuro delatando el origen del acero. Formaban un diseño casi hipnótico, como remanentes de espuma de mar en la arena al marchar la ola. Ya no se hacían hojas así. A fin de cuentas, la fórmula de forjado sagrarense era ahora parte del secreto militar de la Espiral.

—Mi bisabuelo la compró en Venfica en tiempos del rey Aurel —contestó Sasha, acogiéndose al bulo con el que había logrado venderla casi ciento cincuenta años atrás. Odiaba las mentiras como el primer día, pero la seguridad pesaba más que la sinceridad—. Imitaba a la de los guardias de la corte, salvo por la empuñadura…

—Sí, esta tiene dorado además de negro.

Sasha asintió mientras se inclinaba sobre una pareja de guanteletes con sospechosos mellados en el dorso.

—Mi bisabuelo pecaba de orgullo y pidió los colores del escudo familiar.

—Qué insensato por su parte. —Sus ojos ya fijos en la piedra

lamiendo filo, su pie pisando el pedal rítmicamente. Sasha frunció el ceño, descolocado, y paró de rebuscar para mirarlo. No necesitó preguntar, porque Isgard siguió hablando—: Es raro que un herrero aceptase el encargo, chico. No por el modelo, claro, será por falsificaciones…, pero estos colores corresponden a la espada de un capitán real. Yo no me habría arriesgado.

Isgard no le devolvió la mirada, así que Sasha regresó a lo suyo, sopesando un sencillo peto rematado en un ala curvada que desviaría las estocadas de sus muslos.

—Espero que mi bisabuelo no se la robase a ningún caballero vederés —fingió bromear en tanto se aseguraba de que cada hebilla conservara su varilla—, mi apellido lleva de capa caída dos décadas, ¡no estamos como para encajar otra deshonra!

El hombre rio con todo el cuerpo y Sasha relajó los hombros, aliviado. Más tranquilo, puso el peto junto a los guanteletes mellados y, tras un examen rápido, añadió también una brigantina de negro cuero a la que, si se guiaba por los roblones (todos en su lugar), no parecía faltarle ninguna escama metálica… Aunque, por los broches al costado y el hincapié del talle a la cintura, estaba claro que se la había birlado a algún noblezuelo de camino a un torneo. Se la reservaría para cuando necesitase más flexibilidad que protección.

El silencio era pesado, solo interrumpido por el chirrido de piedra contra espada, los ojos claros de Isgard recorriendo una y otra vez su inscripción. Sasha dudaba que supiera leer vedés (menos aún una rama tan antigua), y de nuevo se alegró de que Verenize hubiese sacrificado su lengua natal en las Anunciaciones en pos de un entendimiento global, su mensaje adaptándose al dialecto predilecto de cada mente. ¿Cuánto le había costado aquel Pacto? ¿Seguiría pagando con sangre?

Y, aun así:

—¿Qué pone?

Intentó ganar tiempo mientras abría la limosnera y comenzaba a contar el precio apalabrado. Al instante, avaricioso como solo podía serlo un ladrón, Isgard se distrajo con el brillo de las monedas, lo que Sasha aprovechó para responder con el tono más calmado posible:

—Ah, nuestro viejo lema. Ni siquiera sé ya cuál es. ¿Algo sobre tilacinos…? ¿O eran lobos?

—¿Sherezade?

No fue su nombre falso en labios de Moira lo que le hizo volverse, extrañado, ya que habían acordado usarlo entre desconocidos para no levantar sospechas; sino la alarma que manchaba su voz normalmente hermética. Ella se le acercó, sin apartar la vista de las manos del herrero.

—Estamos fuera ya.

Todavía aquel tono raro.

—No te preocupes, chico —gorgoteó Isgard, casi divertido, mientras pasaba la espada a contrafilo por una tira de cuero tensada—. ¡Yo ya he terminado! Como ves, trabajo rápido y eficaz…

—Lo veo, lo veo —contestó Sasha rápidamente, forzando una sonrisa. Podía percibir la tensión creciente de Moira, y, aunque no la entendía, le activó un reflejo de huida que sintió casi incandescente en los músculos—. ¿Ochenta con veinte, me habías dicho?

Tras un asentimiento, él le devolvió por fin su espada. Sasha la revisó a conciencia (porque sería de mala educación no hacerlo), y no pudo menos que apreciar la buena mano de Isgard. Un afilado perfecto, estilizado y apurado, ni una mínima variación entre un filo y otro.

No era el trabajo de un ladrón.

—Esto es lo tuyo, ¿no? —preguntó Moira, llenándose los brazos con las piezas apartadas a un lado. ¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué tanta urgencia? En su voz, en sus gestos, en sus manos. Le puso el vello de punta.

—¡Eso es, pequeña, tu hermano tiene buen ojo!

Ninguno de los dos le llevó la contraria. En cambio, el caballero se apresuró a volcar las monedas sobre el mostrador, aunque antes siquiera de soltar el demo número ochenta y uno Moira ya abandonaba la herrería.

—Quédate el cambio —le dijo a Isgard, todavía sonriente—. Siempre es bueno aprender sobre la familia de uno.

Este le devolvió la sonrisa, pero, por primera vez, Sasha vio algo en ella. O, más bien, fue lo que *no* vio lo que le hizo envararse. No era una sonrisa feliz.

—¡Gracias, chico! Cuídala bien…, es una reliquia. Quizá su lugar esté con los de su clase.

Silencio. Y luego añadió:

—Allá en la Espiral.

Sasha se alejó a paso rápido.

Cabalgaron durante una hora antes de que alguien se dignase a explicarle por qué habían salido de Tolren como alma que lleva un demonio. Anna les seguía a la zaga sin hacer preguntas, su caballo de granja los últimos kilómetros quedándose atrás, atrás, atrás… Aunque no era el único. Sazala tampoco estaba acostumbrada a cabalgar, solo al arado, y cuando el sol dio paso a la luna, Sasha se detuvo. Las brujas tardaron un poco más en darse cuenta. Las contempló desde allí, dos figuras oscuras a lo lejos, el cabello dorado de la Elegida

refulgiendo como la aureola de un dios contra el último rayo del atardecer. Al menos su rostro permanecía en sombras. A veces le era imposible mirarla.

Retrocedieron hasta él, lo que le dio tiempo a Anna para alcanzarlos. Sin embargo, a Moira no pareció importarle que la pastelera pudiera oírla cuando le gritó:

—¿¡En qué estabas pensando!?

Sasha frunció el ceño.

—¿En afilar mi espada… justo como os dije que haría?

—¡No! —Le mostró los dientes como lo haría un animal salvaje. La semejanza resultaba casi escalofriante, considerando que cada uno de ellos había sido serrado a conciencia—. ¡Anna te dijo que fueses a la herrería de Osgard por algo!

—Solo me dijo que Isgard intentaría engañarme… y, bueno, vende piezas robadas, sí, pero… ¿Es que no visteis la cola que había en la otra?

—Ah, ¿¡que decidiste enseñarle tu puñetera espada de capitán a un aliado espiral *por cagaprisas*!?

Eso lo dejó mudo. Boqueó, queriendo desmentirlo, pero no encontró nada de ayuda.

—¿Cómo sabes que colabora con Veda?

Moira resopló, incrédula, y Hator alzó mucho las cejas. Anna era la única que parecía igual de confundida, aunque no dudó ni un segundo en replicar:

—Yo le dije que fuese donde Osgard porque es famoso en la zona. No sabía que Isgard era un aliado espiral, no… Nosotros no sabemos de esas cosas.

—¿Para qué sirven entonces las marcas de las puertas, idiotas?

Sasha y Anna se miraron. En sus ojos vio que seguía perdida, pero eso no consiguió aliviarle. Menos aún con lo mucho que tardó en recordar la insignia de los tres infinitos entrelazados en los escaparates. Ah, así que eso era… Un símbolo que identificaba los comercios posicionados en contra de Verenize. Para reconocerse entre sí. El caballero se removió, incómodo.

—No sabía…

—¿Cómo no ibas a saberlo? —espetó Moira—. ¡Nos dijiste que estuviste con la Resistencia…!

—Eso fue hace años, ¡décadas! Y por entonces no tenían ningún distintivo para los comercios aliados.

—Pues qué mínimo que prestar *un poquito* de atención. —Sonó como un gruñido—. ¡Ese hombre podría estar enviándole una carta a Verenize ahora mismo informando de que te ha visto! Qué digo, ¿podría? ¡*Seguro* que lo está haciendo!

Y Anna, siendo como era, adelantó su caballo hasta cerrar el

círculo. Había algo diferente en sus rasgos, una comprensión extraña cuyo significado Sasha adivinó enseguida.

—Pero… ¿por qué iba a hacer eso? ¿Es por vuest… nuestra misión? ¿Tiene que ver con Verenize?

La respuesta fue fácil: silencio. Ninguna se molestó siquiera en mirarla, y él resopló. Por supuesto que no debía recaer sobre ellas contarle… decirle… Y pensar que había creído que lograría deshacerse de Anna antes de llegar a ese punto…

—Sí, tiene que ver con Verenize —respondió Sasha al fin, con un suspiro.

—¿Y qué pasa porque el herrero haya visto tu espada? ¿Es que es del rey?

Negó con la cabeza.

—No, es mía. Ese es el problema.

Hator desvió la vista. Había sido ella quien la había recuperado para él, y quizá se sentía tan culpable por ese desliz como estúpido se sentía Sasha. Anna frunció el ceño. Sin embargo, no le duró mucho, porque entonces abrió mucho los ojos. No habló hasta varios segundos después, cuando por fin consiguió decir:

—Te llamas Sasha.

—Sí.

—Y Verenize te busca.

«Sasha, vuelve a casa», y la voz del rey resonaba nítida en sus oídos, de las veces que la había soñado. Estaba seguro de que la sensación era la misma para ellas, tan encadenadas a las Anunciaciones como él.

Asintió.

Anna se llevó las manos a los labios, horrorizada.

—Te llamas Sasha —repitió, pero todos sabían a qué se refería.

3
HA MERECIDO LA PENA REZAR

Las Anunciaciones siguientes fueron especialmente violentas, y no por su contenido, pues Verenize todavía brillaba de felicidad por la finalización de las obras del Mausoleo. No, fueron violentas, e incómodas, porque cada día al despertar Anna clavaba los ojos en la fogata ya extinguida para evitar mirarlo a él. Aquella cuarta mañana no fue diferente, pero por alguna razón Moira siseó con fiereza, lo que la hizo encogerse como pillada en algo sucio. Pero daba igual. Por mucho que la pastelera se contuviera de observarlo, estudiarlo, Sasha sentía sus ganas. Pronto empezarían las preguntas.

Y empezaron, claro, varias horas después, ya acampados para la noche. Ahora que habían acordado evitar tanto pueblos como rebaños pastoriles, avanzaban a paso rápido, ligero. Monótono.

Empezaron con Anna sentándose en silencio a su vera. Sasha la miró de reojo, pero no dijo nada. Al otro lado de la pequeña hoguera donde se doraban las pocas verduras que les quedaban, Moira los vigilaba con ojos entornados y Hator había cuadrado los hombros, quizá lista para blandir su montante.

—¿Es cierto lo que cuenta? —arrancó al fin la pastelera, con voz suave—. ¿Que su padre, el rey Aurel, asesinó a su hermana y luego intentó matarlo a él?

Sasha jugueteó con las piedrecillas del prado, manchando el negro de sus dedos de polvo gris, intentando recordar qué había dicho exactamente Verenize la madrugada anterior. Era inevitable que, con el Mausoleo inaugurado por fin tras doscientos años, el rey tendiese a repetir su tragedia en cada Anunciación. Su propia versión de la tragedia, claro.

Abrió la boca para responder, pero antes de que ningún sonido cayese de entre sus labios los recuerdos se adelantaron, impidiéndole

elegir uno solo con el que comenzar. La noche de la Masacre, Astrae una segunda sombra de ojos dorados y cuerpo por siempre goteante tras Verenize. Sus padres llorando mientras lo abrazaban con fuerza, mientras daban gracias a los dioses por haber mantenido a su hijo a salvo. «Ha merecido la pena rezar», había dicho Lurenga con los ojos hinchados, llenándole las manos de monedas que él había querido rechazar.

—No —logró responder, aunque notaba una presión constante en el pecho porque sabía que algo se le olvidaba, que algo lo vigilaba desde los barrotes de sus costillas. Y Sasha no quería mirar, no quería mirar porque estaba a punto de comenzar, lo sentía en sus yemas doloridas y en sus pulmones encogidos y en lo mucho que le costaba respirar—. Jamás se supo quién mató a Sera. Verenize estaba convencido de que había sido R…

Ah, Rako.

Eso era lo que tenía enterrado, lo único que conseguía olvidar y lo que más lo cortaba a pedacitos cuando resurgía. Rako de Corte, el daena real, su mejor amigo. El chaval a quien había abandonado en una celda de eternidad a merced de un rey que había ejecutado a la mitad de su propia capital. ¿Seguiría vivo en aquel calabozo hecho de fría nube? ¿Seguiría cuerdo, siquiera? ¿Lo habría matado ya Verenize? ¿Por qué no lo había mencionado ni una sola vez, en ninguna Anunciación, durante doscientos años…?

¿Y si Verenize ni siquiera recordaba que Rako seguía allí?

—Sasha. Sasha, madre mía, ¿estás bien?

No lo estaba. No se notaba temblar, pero podía ver cómo su cuerpo parecía deshacerse a cada respiración rápida, algo en su pecho apretando y apretando y apretando y él intentando respirar por encima. Por encima del peso muerto de Rako. El oxígeno nunca llegaba a sus pulmones y las náuseas le ahogaban la tráquea, inundándolo todo de bilis. Recordaba el golpe de su guantelete contra sus dientes el día de la muerte de ner Aren, la sangre que se había quedado pegada al metal. Recordaba la desesperación de Rako, y la mirada de desprecio de Nize, y el orgullo del rey Aurel. Recordaba el cadáver de Sera, pero si alzaba la vista ella estaba allí otra vez, mirándolo con el horror pintado en sus erróneos ojos castaños. No deberían ser castaños, deberían ser azules, como su sangre de reina. Rako la había amado y había muerto, o no muerto, por ella.

Antes de darse cuenta, se había alejado del campamento y vomitaba bilis y restos contra la hierba aún candente del sol primaveral. El hedor ácido lo ayudó a recomponerse, sus entrañas vaciándose al tiempo que sus pulmones volvían a llenarse. Lo odiaba. Odiaba cuando la culpabilidad y el pasado hacían acto de presencia. Era una tortura, y Sasha no podía escapar de ella. No podía escapar de

sí mismo.

Cuando por fin se incorporó, tras una larguísima bocanada de aire, ni Anna ni Hator se habían movido, pero Moira lo apuntaba a la cabeza con su arco. No quiso preguntarse qué clase de amenaza esperaban de un hombre ahogado en pánico. Aunque, al menos, cuando logró arrastrarse de vuelta la pastelera lo recibió con un cazo de agua (no muy fresca, por desgracia).

No sabía qué hacer para que pararan de mirarle así.

—Verenize estaba convencido de que había sido… ¿quién? —inquirió Moira con voz espesa, casi una orden. A Sasha aún le temblaban los dedos de haber recuperado aquel recuerdo, pero el agua ayudaba, y asintió antes de lograr contestar:

—Rako de Corte, el… el daena real del príncipe. Uno de mis mejores amigos, también.

Sin querer, desvió la vista hacia Sera. No, hacia Hator. Esta alzó las cejas, quizás impresionada por la existencia de un daena real, y por mucho que Sasha rebuscó entre sus facciones, no encontró ni rastro de reconocimiento. *Porque no es ella de verdad,* se recordó. Ni siquiera su reencarnación.

—¿Y qué pasó? —insistió Anna, ella con un timbre dudoso.

Él bebió de nuevo.

—Niz… Verenize invocó un memorial…

—¡Un memorial! —Hator abrió mucho los ojos—. Existen, ¿entonces?

—Claro —asintió, mientras le devolvía el cuenco ya vacío a la pastelera—. El demonio le enseñó los recuerdos de Rako, y en ellos vio cómo las mataba. A Sera, la princesa heredera; y a su caballero, una niña de Sagrarés llamada ner Aren.

Hubo un pequeño silencio. Anna se removió, incómoda, con su típico arrugar de naricilla de cuando no lograba entender qué estaba pasando a su alrededor.

—Pero… entonces el rey tenía razón, ¿no? Rako era el asesino. ¿Por qué decir que su padre…?

Ese era el gran problema. Que nadie sabía el porqué de nada de lo que había ocurrido en aquel Año Cero, y los únicos que quedaban para recordarlo poco podían distinguir más allá del dolor que les provocaba. Sasha escupió a un lado para librarse del sabor amargo que aún le bailaba en la lengua.

—Yo siempre creí que había algo más detrás… Al parecer, hace unos meses la Resistencia se internó en el castillo para rescatar a Rako, aunque no tenían claro si seguiría vivo… —Frunció los labios—. Salió mal, claro. Nadie escapó con vida de allí.

Se había enterado de milagro, siempre atento a cada susurro allá adonde fuere, por si acaso; aquella vez a los intercambiados entre dos

agavles en una feria de cristales en la villa más poblada de la comarca de Anna. Y, como todo lo relacionado con Rako, el caballero había suprimido hasta el último detalle para no ahogarse, aunque ahora recordaba con insultante nitidez los tres infinitos grabados en sus anillos gemelos.

—Sigo sin entender por qué le echaría la culpa a su padre —refunfuñó Hator.

Él se encogió de hombros.

—Su relación no era muy… sana, digamos. Supongo que así se libraba de la condena por regicidio.

—¿Y quién se habría atrevido a acusarlo después de la Masacre? —añadió Anna en un murmullo. La Elegida asintió con vehemencia.

—Sasha no, desde luego.

—Basta, Moira.

Esta alzó las cejas, visiblemente sorprendida por que Hator la hubiera mandado callar. Torció el gesto del modo más exagerado posible, pero su protegida la ignoró:

—Sasha, ¿por qué mató a su propio padre? ¿Por qué se llevaban tan mal?

Silencio.

—No lo sé —respondió al fin, intentando aplastar una segunda oleada de culpabilidad que, esta vez sí, consiguió mantener a raya tras los diques de sus costillas. Quizá si le hubiese dicho… quizá si Nize hubiese sabido… Pero ya era demasiado tarde para siquiera imaginar cómo sería ahora su vida de haberse atrevido a desobedecer al rey Aurel. «No debe saberlo, Sasha», había dicho, aquella primera y única vez que el caballero lo había visto sin corona.

En la Anunciación, Nize nunca llevaba corona, pero Sasha la veía igual.

—¿Seguro? —tanteó Moira, contemplándolo con la fijeza de un depredador. Quizá lo era.

Sasha chasqueó la lengua y se fue a dormir.

Al día siguiente, a la hora de comer, Moira y Anna discutían sobre especias (otra vez). Y, aunque Sasha no entendía qué le molestaba a la arquera de que la otra gastase su propio dinero en algo que les beneficiaba a todos, desde hacía décadas su especialidad consistía en no inmiscuirse en asuntos ajenos, así que las dejaba hacer. Hator siempre se mantenía a distancia prudencial, consciente de que saldría escaldada si se metía a defender a cualquiera de las dos bestias; y solía terminar a su lado, hablándole de sus maestros de esgrima. Sasha escuchaba, atento, asintiendo aquí y allá a los consejos o añadiendo su

propia cosecha (heredada de la capitana Rarra).

Pero ese día comió en silencio, maravillándose del sabor de un simple caldo de gallina. No porque no supiese cocinar, Sasha había tenido tiempo de sobra para aprender…, pero cuando un cuerpo no necesita alimento para sobrevivir se deja de prestar atención a asuntos tan básicos como el *sabor*. Vamos, que le estaba sabiendo a gloria. Más que cualquiera de los otros platos que Anna había ido preparando desde que se les acoplara, incluso que las batatas asadas de la tarde anterior, incluso que ese pez de río sin apenas espinas. Se le había olvidado que comer era una parte esencial de vivir.

—Me apuesto un dedo a que no has echado cayena en este caldo, ¿eh? Solo sal.

Anna puso los ojos en blanco.

—No te quejaste el otro día cuando se la puse a las patatas rellenas.

—Porque ni lo noté. Para eso sirve tu cayena.

Oyó a Hator suspirar, y solo entonces reparó en su cuenco ya vacío desde hacía rato. Al notarse observada, le devolvió la mirada y puso los ojos en blanco teatralmente.

—¿Quieres más? —ofreció él, acercándole su sopa.

—¿Es que no te gusta?

Sasha sonrió.

—Sí, pero tengo la sensación de que siempre te quedas corta y yo no necesito comer, así que…

No hizo falta insistir, pues esta aceptó el regalo enseguida y se lo cascó en dos tragos. Por cómo le sonrió mientras se limpiaba la boca con el brazo, cualquiera diría que nada le hacía más feliz que comer.

—¡Gracias! Es verdad…, siempre tengo hambre.

—¿Por qué no pides a Anna que haga un poco más? Seguro que no le importa.

—Moira se enfadaría. —Comprobó de un vistazo rápido que las otras dos seguían a lo suyo—. Me tiene bien vigilada.

Sasha cambió de postura para encararla, cruzando las piernas en mariposa. Lo primero que había notado al conocer a las brujas era que los elementos se equilibraban a su alrededor de una forma tan perfecta como espeluznante. Nunca los había visto ignorar ninguna de sus peticiones, ya fuese encender una hoguera o levantar algo de brisa cuando el sol pegaba fuerte a media tarde, cosa que él nunca había logrado en sus tiempos. Los elementos siempre habían ido por libre, a veces obedeciendo y a veces no, estallando en pequeñas carcajadas cada vez que decidían no seguirle la corriente. Hator les hablaba con silbidos, y Moira, en susurros.

También sabía que estaban Vinculadas, pues había visto a Hator caerse de cara sobre una roca afilada y a Moira ir directa al corte en

su rodilla sin siquiera examinarla primero. Había visto a Hator volverse en plena madrugada hacia Moira y despertarla de una pesadilla que apenas habría empezado. No necesitaba ver sus magias para saberlas tan unidas como la suya y la de Verenize antes de encerrarlas en sus dedos.

—Le encargaron protegerte, ¿verdad? Los sabios de tu pueblo.

Ella asintió, torciendo el gesto.

—No nos conocemos de mucho, ¿sabes? Pero en cuanto supieron que hablaba la lengua de la profecía no hubo vuelta atrás. —Se encogió de hombros—. Yo no había notado nada especial en ella, aparte de… Bueno. Que me daba miedo, con esos dientes. Los elementos tampoco nos dijeron nada. —Frunció los labios un segundo—. En fin, ya sabes cómo son. No fue hasta el momento justo del Vínculo que el fuego me dijo que confiara en ella, y solo porque me vio a punto de potar de la angustia.

Sí, Sasha ya sabía cómo eran. Elementos de la naturaleza, a fin de cuentas. En todas partes y en ninguna, vivos y no vivos, empáticos pero inhumanos. No siempre entendían las preocupaciones de sus brujos, pues poseían un punto de vista más amplio, infinito; se les olvidaba que aquellos pequeños seres mortales no compartían una misma mente, que cada uno de ellos tenía sus propios conocimientos, recuerdos, vivencias.

Así que no, los elementos no les ocultaban información. Simplemente, no eran conscientes de que ellos la desconocían.

—Me resulta extraño que el Mundo permitiese el Vínculo. No le gusta mucho.

Hator hizo un gesto vago de rendición que Sasha reconoció al instante como propio.

Como al Mundo, a él tampoco le había gustado mucho la idea del Vínculo y, la verdad fuera dicha, a Nize tampoco. Había sido la primera opinión en la que habían coincidido, cuando en tabernas y festivales se narraban leyendas de antiguos héroes Vinculados cuyo poder ancestral conseguía limar montañas, partir océanos, resucitar amantes. Ninguno de los dos le veía el atractivo a regalar algo tan íntimo, no cuando podía ser arrebatado de un pestañeo ajeno. «Ha habido casos, ¿sabes?», solía decir el príncipe, dando un mazazo a la mesa con su copa. «¿Cómo crees que consiguió el Sin Nombre matar a Raergha? ¡Cerrando el Vínculo, claro!».

Pero entonces Sera había muerto y Nize había llamado a su puerta con semblante decidido, ¿y quién era él para negarle la venganza a su príncipe?

Ahora se alegraba de haberse Vinculado. Porque si el Eterno tuviese acceso a todo ese poder que Sasha notaba en la punta de los dedos, ese que ennegrecía a cada década un poco más su piel, no

quedaría absolutamente nadie capaz de hacerle frente. Ni siquiera la heroína de la profecía. Ni siquiera él. Ni siquiera los propios dioses, si es que alguna vez se dignaban a mirar qué estaba pasando allá abajo.

—Lo consideraron un mal menor —respondió ella al fin, mientras tamborileaba en el reborde del cuenco con las uñas. Sasha no pudo evitar pensar en que así había llamado Hator a Moira aquel primer día. «Mal menor»—. Nos haría más fuertes.

—¿Cuándo os Vincularon?

Contestó con una mueca:

—Muy poco después.

—No me extraña que os odiéis.

Hator abrió la boca para protestar, visiblemente ofendida, pero entonces un grito los interrumpió. Un grito de alarma, no de dolor, ni de odio, ni de rabia. Ellos reaccionaron igualmente, y antes de darse cuenta ambos se habían puesto en pie y apuntaban sus espadas hacia allí, sin saber siquiera contra qué o quién se enfrentarían.

Moira miraba a Anna con ojos muy abiertos mientras esta le gritaba con tal desquicie que Sasha fue incapaz de descifrar las palabras. En las manos de la arquera, un puñado de bayas oscuras que le sonaba haber visto crecer entre los matojos de su cristalería.

—Eh, eh. —Con cautela, él se acercó hasta interponer el brazo libre entre las dos—. ¿Qué pasa?

—¡Que un día de estos os vais a matar! —rugió Anna, aún roja de… ¿furia?

—Pero ¿a qué viene eso? ¿Qué ha pasado?

En lugar de responder, ella sobrepasó la barrera simbólica que suponía el brazo del caballero y le soltó un manotazo a Moira para hacerle soltar las bayas. Por supuesto, la pobre (no) víctima quiso devolverle el bofetón (este a la cara, seguro), pero Sasha la fulminó con la mirada, una advertencia en sí misma. Para su sorpresa, funcionó, así que se volvió hacia el manojo vibrante que era la pastelera:

—¿Anna?

—Son venenosas.

—¿¡Y es que no podías haber empezado por ahí, maldita loca!? —gañó Moira, mientras se limpiaba rabiosamente las palmas en el pantalón.

—¡Cállate! ¡Me he puesto nerviosa! ¡No sé gestionar mis emociones cuando estoy nerviosa!

—¿Así que es mejor berrear y esperar que la gente te entienda?

—Moira —resopló Hator (segunda advertencia) y luego pestañeó, como si todo encajase por fin, tan brillante como el sol que ahora mismo les quemaba la nuca—. ¡Eso es, ESO ES! Anna, ¡¿sabes de plantas venenosas?!

Esta se giró hacia Hator y, de pronto, *magia.*

Los tres la contemplaron estirarse y alzar la mandíbula en un ademán orgulloso antes de colocarse el cabello castaño sobre un hombro. Sasha la había visto actuar así suficientes veces como para rememorar lo que de ella decían sus vecinos. El pavo real. Tanto Anna, como su madre, como su padre, eran criaturas débiles al halago… y en muchas ocasiones eran ellos mismos quienes se adulaban unos a otros. «Todo queda en familia», bromeaba siempre Honet.

—¡Claro! —contestó, con una sonrisita—. No solo de plantas. También sé qué culebras podrían matarnos con solo abrir la boca, y cómo extraer el veneno de sus colmillos. Sé diferenciar una rata de campo de una rata de ciénaga, y los más de quinientos frutos rojos de la zona. ¡Y de Agavlia! Es un conocimiento que se ha ido pasando de generación en gen…

—¡PUES POR ESO! —le cortó vilmente Hator, y la pastelera parpadeó, incrédula—. ¡Por eso te ha escogido el Mundo!

Sasha la miró. Oh. *Oh.*

—¿Porque sabe diferenciar una rata de campo de una de ciénaga? —se burló Moira, aunque él distinguió un destello de interés en sus ojos oscuros.

—¡No! —replicó ella, con una risotada cristalina que lo tuvo reprimiendo una sonrisa—. ¡Porque es otra forma de defensa! ¡Y de protección! Míranos, Moira. Primero nos eligieron a Sasha y a mí…, que somos guerreros de espada y escudo, matamos cara a cara. Luego te escogió a ti, que puedes cubrirnos las espaldas a distancia… ¡y finalmente a Anna, para vigilar que no intenten envenenarnos o… o incluso envenenar ella!

—Sabes que la profecía no funciona así, ¿verdad? —espetó la otra bruja—. Aquí no se rellenan puestos como en una taberna.

—¡Déjame! —Hator se giró hacia Anna—. ¿Puedes hacerlo? ¿Preparar venenos?

La pastelera desvió la vista hacia él, a todas luces incómoda. Sasha no pudo devolverle la mirada, demasiado ocupado en enfundar su espada y supervisar la de Hator, quien la blandía emocionadísima de aquí para allá sin reparar en que podría rebanarle el cuello a alguien.

—Sí, bueno… Supongo que sí —respondió al fin, mientras enroscaba y desenroscaba un mechón cobrizo en el dedo índice—. Conozco algunas fórmulas… Pero tampoco garantizo nada, soy más de vista que de cocina.

—Eso se arregla con un libro de recetas —dijo Hator, guiñándole un ojo.

—¿Crees que hay libros de recetas de venenos? —Con esos dientes puntiagudos, la sonrisa sarcástica de Moira parecía de alimaña.

—¡Tendrá que haberlos! Si no, ¿cómo va a aprender?

Anna buscó de nuevo los ojos del caballero, confundida, aunque una vez más no encontró mucho apoyo en ellos, porque él se sentía igual de perdido. Y, sin embargo, sin embargo… Sasha empezaba a entrever algo tras la superficie, algo que refulgía como el metal bajo el sol en la sonrisa de Hator. Todavía no sabía ponerle nombre, y era consciente de que el optimismo poco podría ayudarles contra Verenize, pero…

Suspiró, negando con la cabeza.

Cualquiera diría que tras dos semanas teniéndola las veintiséis horas al lado Sasha ya se habría acostumbrado a su rostro, pero no. Porque no era solo la increíble exactitud de su boca, su nariz, el color de sus pestañas…, sino también la postura en la que dormía, brazos y piernas completamente extendidos, a veces hasta invadiendo las mantas de Moira. Era la longitud de su cabello rubio y la fiereza con la que mordía el lazo dorado mientras se lo recogía en una coleta alta para entrenar. También sus carcajadas de oso feroz, la ingente cantidad de comida que se metía entre pecho y espalda sin pestañear y cómo luchaba contra el sueño tras almorzar. Que era la primera en dormirse pero la última en despertarse, justo como lo había sido Sera cuando los dos caballeros se colaban en la torre de los herederos para pasar la noche en vela con la sangre azul.

En ese momento la Elegida andaba haciéndose un moño suelto, y un bostezo hizo que el coletero que sujetaba entre los dientes cayera a la fresca hierba de la mañana. Ella solo lo miró durante lo que parecieron horas, los brazos aún en alto manteniendo el pelo en su sitio y semblante confuso. Continuó así hasta que Anna se agachó a recogerlo y se lo colocó de nuevo en la boca.

Hator estaba demasiado dormida todavía como para agradecérselo, así que Moira lo hizo por ella con un escueto asentimiento. El silencio se alargaría durante otro par de horas y de pronto la rubia estallaría en un remolino de energía que le duraría hasta la noche. Sasha siempre había sido chico de pocas palabras, pero Hator insistía en hablarle sin miramientos, a veces preguntando por Verenize con tan poco tacto que hasta Moira la reprendía, otras parloteando sobre aquella vez que había intentado aprender a disparar… Siempre de ese modo blanco y sincero que tenía la firma de Sera.

—¿Por qué la miras tanto? —preguntó Anna cuando la chicuela se alejó un poco, mientras enrollaba sus mantas. Al parecer, las había comprado en Tolren—. ¿No te queda un poco pequeña?

Sasha la miró primero impactado y luego asqueado. Ella se limitó a

encogerse de hombros.

—No me mires así, que no soy la única que se ha dado cuenta.

Más allá del tercer bostezo seguido de Hator, su guardiana los vigilaba atentamente. Fastidiado, él torció el gesto y se puso en pie para sacudir sus propias mantas, pasando de contestar. Pero, claro, no contaba con que estaba hablando *con Anna.*

—En serio, Sasha, ¿qué tienes? ¿Veintisiete años?

Se le escapó una breve risotada irónica.

—Varias veces veintisiete, más bien.

A ella no pareció hacerle gracia.

—¡Peor me lo pones! Doscientos… ¿qué? —Y luego bajó la voz—: ¡Hator es una niña! ¡Como le pongas la mano encima te la corto!

Le hubiese gustado que la situación le resultara graciosa, y quizás en otro momento (en otra vida) así habría sido. En cambio, la amenaza le hizo encararla bruscamente con un siseo:

—No todos estamos obsesionados con lo mismo, Anna.

Para su sorpresa, la pastelera se deshizo en un montoncito de risitas entre dientes mientras colocaba su manta ya enrollada sobre la grupa de su montura.

—Y tú qué rápido saltas, Sasha.

Este frunció los labios, conteniendo otra mirada de reojo hacia las brujas. No quería que pensasen que tenía una fijación insana en Hator…, pero tampoco podía evitarlo, ni contarles el motivo. Cuantas menos personas supieran que su cara era un cebo, mejor: Hator debía llegar al enfrentamiento sin un solo rumor a oídos del rey.

—No tengo ningún interés de ese tipo en ella —respondió al fin con voz rasposa, molesto por tener que aclararlo—. Es una cría. Es… Tengo doscientos veintidós años, Anna, por todos los dioses.

—Entonces, ¿yo también soy una cría para ti?

Más allá, Hator había conseguido anudarse el pelo, y Moira le echaba la primera bronca de la mañana por no estar ya subida al caballo. La voz de Anna había sonado extraña.

Sasha no sabía qué contestar. El tiempo le había hecho madurar como a cualquier otra persona, de poco en poco y de pronto de un golpe seco, pero la manera en la que percibía a quienes lo rodeaban seguía estrechamente ligada a cómo los habría percibido entonces. Por mucho que Anna rondase los treinta y él los doscientos veinte, su mente anclada en el pasado insistía en que apenas los separaban cinco años de edad. Y, aun así, había algo en su interior que también era capaz de llamarla «niña».

—No lo sé. Quizá.

—¿Por eso no me contestabas las notas?

Ah, así que era eso. Sasha sonrió, negando con la cabeza, y ella protestó («¡Eh! ¿De qué te ríes?») antes de volverse bruscamente para

auparse a su caballo. Ni aun habiendo querido pudo contestar, porque Anna tiró de las riendas con un bufido desdeñoso y se marchó con las demás en dos saltitos.

Siendo sinceros, Sasha nunca había leído ninguna de las notas que Anna le colaba en los pasteles. Había tenido la esperanza de que así el flirteo acabaría tan inocentemente como había comenzado, ahorrándose ambos el mal trago de un rechazo. Pero ella no se había dado por vencida, y él había comprendido por fin por qué los locales la llamaban El Cepo. «Que no te pille, chaval», le habían dicho una noche de feria, entre risotadas y cervezas. Al caballero el comentario le había parecido de un mal gusto terrible, pero había guardado silencio.

Retomaron el camino poco después, en cuanto Moira terminó de consultar su mapa, moteado de pequeñas anotaciones en el lenguaje de la profecía que Sasha nunca lograba leer desde su habitual posición a la zaga. Mientras doblaba el mapa le susurró algo a Hator, aunque esta no parecía prestarle atención. Anna, en cambio, sí:

—¿Así que vamos a vuestra aldea? ¿Dónde está?

—En la frontera entre Agavlia y Córtega, en las montañas —respondió Moira distraídamente.

Sasha frunció el ceño.

—Eso está… muy cerca de Veda.

—¿Qué más da? —resopló ásperamente ella—. Si al final vamos a tener que ir al castillo igual.

¿Perdón? Alzó las cejas, incrédulo, y si no se hallase montado en Sazala la impresión lo habría detenido en seco.

—¿Ese es vuestro gran plan? ¿Entrar al castillo y matarlo, sin más?

Ninguna de las dos contestó.

—Por Visné, ese es el plan.

Hator se giró a mirarlo con ojos entornados, como si no entendiese su reacción.

—Se supone que allí me enfrentaré a él, así que…

Siseó. Al instante, Anna dio un pequeño brinco del susto y Hator calló. De verdad, es que le faltaban dedos para contar las veces que lo habían sacado de quicio en menos de un mes.

—Hator, eso solo nos asegura que *tú* llegarás sana y salva a ese momento, no los demás. No va a ser tan fácil.

Una vez más, no hubo respuesta, pues el larguísimo suspiro hastiado de la arquera no contaba como tal. Notó los ojos de Anna buscando los suyos, pero él se limitó a clavar la vista al frente, a la lisa y lustrosa cabellera de Moira. No había pasado ni un minuto cuando Sasha la vio volverse hacia Hator y, en perfecto cortegués, decir:

—¿Ves? Te dije que valoraba más su propia vida que la de reinos enteros. Y eso que es inmortal.

Erizado entero por la ofensa, el caballero abrió la boca para protestar, para escupir el rugido ácido que le subía por la garganta… y luego simplemente se lo tragó, se forzó a relajar los hombros e ignoró la mirada extrañada con la que Anna aún lo estudiaba. Mejor así. Mejor callar. Mejor que esas dos siguieran creyéndose a salvo hablando en cortegués.

Hator chasqueó la lengua, pero no contestó.

Fue el hedor a incienso lo que lo despertó.

Quiso abrir los ojos al instante, comprobar que eso que llenaba sus pulmones y dejaba un rastro putrefacto en su lengua no era lo que creía que era, pero no llevaba el suficiente tiempo siendo Sherezade como para olvidar algo tan básico como esperar al momento oportuno.

La hoguera debía de haberse extinguido hacía horas, por cómo olían sus restos, y a su lado Anna se removía sin parar entre sus gruesas y aún demasiado nuevas mantas. Tardó un poco más en oír el arrastrar del demonio, como un raspar sordo sobre la hierba a su espalda. No eran zarpas, ni pies, ni pezuñas. Todo su cuerpo se retorcía y se estiraba para avanzar, cada vez más cerca, ya casi sentía su respiración en la nuca…

Ahora.

Sasha se irguió en un movimiento brusco pero firme, desechando al segundo su espada al ver que Anna dormía demasiado cerca como para salir ilesa si la blandía contra el demonio. Sin embargo, en cuanto distinguió la silueta del enemigo su cuerpo actuó por instinto, su mano un relámpago que lo atrapó entre los dedos. El gusano chirrió, sus patéticos gritos taladrando hasta el último recodo de su cerebro y ahogando los gemidos con los que despertaron las chicas. Hator aulló, buscando su espadón, pero Anna se hizo una bolita, intentando escapar de los chillidos que el demonio escondía entre las paredes de su cráneo.

Moira solo los miraba, pupilas clavadas en los miles de ojos negros del gusano.

—Demonio espía —creyó oírle susurrar.

Suéltame, chirrió la criatura al fin, transformando sus alaridos en palabras. El icor que emanaba de sus ojos le manchaba los dedos negros de miel, y casi pudo sentirlo filtrarse por sus poros, recorrer las curvas de sus huellas dactilares… La magia encerrada debajo se removió, inquieta, tratando de encontrar un hueco entre hueso y músculo y tendón por el que huir. Ni siquiera supo cómo aguantó el dolor.

—¿A quién sirves?

La voz le salió tensa, masticada.

—Sasha —murmuró Moira, pero no dijo nada más mientras se lanzaba a por su arco.

Suéltame, repitió el demonio, así que él cerró aún más el puño, notando cómo su viscoso y grueso cuerpecillo cedía bajo la presión, exudando mil lágrimas de icor. Los chillidos eran casi insoportables, ni un segundo de silencio. Rugió:

—A. Quién. Sirves.

Como si no lo supiera. Como si no tuviese claro quién era la única persona que podía permitirse enviar a un demonio espía más allá de la Espiral a buscarlos. A seguirlos, incluso. ¿Desde hacía cuánto tiempo? Sasha no había notado el olor a incienso hasta esa noche, pero ¿y si lo había camuflado el aroma de los guisos de Anna y, antes de eso, el sudor de tres viajeros bajo el sol? El simple pensamiento de que Verenize llevase todos aquellos días acechándolo le provocó náuseas, y solo sus nervios de acero le ayudaron a permanecer inmóvil. Ya habría tiempo después para el pánico.

El demonio se revolvió, Sasha exprimiendo con más fuerza a cada segundo que se negaba a contestar. El icor saltaba de entre las junturas de sus mil ojos como el jugo de la piel de una mandarina al pelarla, aunque este era cálido y pegajoso en vez de sutil y fresco.

—A. Quién…

Tú ya lo sabes, Traidor.

El caballero apretó tanto los dientes que creyó que podría astillárselos los unos contra los otros y, por un momento, no supo qué hacer. El gusano se retorcía, intentando escurrirse, pero sus anillos hechos de pupila no le quitaban la vista de encima. En algún lugar Verenize lo miraba directo a los ojos, y Sasha pudo imaginarlo a la perfección. Pudo imaginarlo sentado en su trono de mármol y oro, la mejilla apoyada distraídamente sobre su mano cubierta en oro líquido y una ceja arqueada, curioso. Algo tintineaba en su rostro, aunque no llegaba a vislumbrar si se trataba de la tiara de su frente o de algún pendiente. Fuese lo que fuese, quería arrancárselo. Y, al mismo tiempo, también quiso soltar al demonio, encogerse sobre sí mismo y huir, huir, huir. Con los ojos cerrados, pero huir.

—Bien —logró contestar al fin, con voz rasposa—. Disfruta de lo que te queda, Verenize. No será mucho.

Y comenzó a oprimir al gusano espía entre sus dedos, sintiendo la resistencia de sus fluidos contra las uñas, notando el impacto de pequeñas explosiones bajo la piel, el chillido cada vez más agudo, más desesperado, más…

Anna gritó cuando Sasha abrió finalmente el puño, un sonido corto y horrorizado que habría preferido que se hubiese guardado para sí

misma. El cadáver cayó al suelo con un desagradable chapoteo, dejándolo todo anegado de transparente icor interno, su pestilencia lo único que lo diferenciaba del que habían exudado sus ojos.

Tras limpiarse la palma contra un parche de hierba limpia, el caballero se puso en pie, aunque no consiguió alejarse mucho antes de doblarse en dos y echar las entrañas en un revuelto de guisos y caldos. Le temblaba hasta el último de los músculos y tenía miedo de perder la conciencia allí mismo, encima de sus restos. ¿Qué acababa de hacer? ¿Por qué enfrentarlo así, después de tanto tiempo…? ¿Era porque se había visto acorralado? ¿Era porque huir ya no era una opción? La mano con la que había matado al demonio le ardía.

No oyó las pisadas acercándose, pero ya se había incorporado cuando Moira le alargó un cuenco con agua fría del arroyo junto al que habían acampado.

—Eso ha sido…

No terminó la frase, así que Sasha aprovechó para beber. Luego se giró para comprobar que las demás estaban a salvo, encontrándose con una más que nerviosa Anna excavando con una cuchara un hoyo donde enterrar al bichejo. Hator solo callaba, su mirada yendo y viniendo del río al demonio.

—Perdón. Debería haberlo notado también.

Sasha frunció los labios, volviéndose hacia Moira. Bajo la luz de la luna llena sus dientes aserrados le recordaban violentamente a los de Astrae, pero eso, lejos de hacerlo querer retroceder, le hizo cuadrar los hombros.

—No. A mí me entrenaron para detectar su olor… Dudo que tú te hayas enfrentado a un par de demonios en toda tu vida.

Ella pareció reticente a admitirlo.

—No son nuestra principal preocupación. Quienes nos preocupan son sus invocadores, y todos ellos están bien a salvo en la capital.

—Sigue reclutándolos, ¿verdad?

—Es una forma de llamar al secuestro sistemático de niños, sí.

Hubo un breve silencio después, solo cortado por un grito ahogado de sorpresa y un chapoteo. Sasha volvió de nuevo la vista hacia el campamento, donde Hator se limpiaba el icor de los dedos y Anna contemplaba resignada el punto en el que antes yacía el cadáver del demonio.

—¿Qué hace ahora con los brujos?

—Exilio sistemático.

Asintió. Pese a todo, era mejor que darles caza y torturarlos con la esperanza de extirparles los elementos. Hacerlos ciegos y sordos al Mundo. Usarlos como espías dobles. Sasha había visto una vez lo que quedaba de esos niños, y dudaba de que pudiesen considerarse ya humanos.

—¿Nos mandará más demonios espía?

Esa vez, él negó.

—No, Verenize ya ha visto lo que deseaba ver.

Moira lo miró, una sonrisa sardónica oculta en las comisuras de sus labios. «Ya no hay vuelta atrás, ¿eh?», decía esa mueca, y Sasha la odiaba, la odiaba, la odiaba. Porque quizá su cuerpo se hallase a la intemperie, solo ríos y valles en rededor, pero por dentro se sentía atrapado, sus pulmones intentando escapar de la jaula que formaban sus costillas.

Se preguntó si era así como se había sentido el gusano espía antes de estallar.

Aún no era verano, pero no había otro modo de describir aquel aguacero sino como monzón. El calor todavía se colaba por entre las corrientes de agua fresca que aterrizaban sobre sus capuchas, y la falta de viento convertía el cielo en un enorme cubo de agua que ya llevaba vaciándose horas. Sasha agradecía haber añadido esa capa a las alforjas en el último momento, puesto que había sido Pactada para repeler líquidos, ahora pequeñas canicas de lluvia prendidas en su superficie. Las demás no habían tenido tanta suerte, y, aunque no podía ver el gesto de fastidio de Anna, sabía que allí estaba.

Extendió la mano derecha para dejar que la lluvia impactase contra su palma. Le ardía desde la noche anterior, le picoteaba la punta de los dedos. El frescor parecía ayudar, aunque seguía tratando de identificar si la reacción venía de algún tipo de veneno (no recordaba si los demonios espía eran tóxicos) o de su propia magia defendiéndose del icor. También sentía una pequeña presión en el hueco entre uña y piel, pero no quería decirlo en alto… No quería que nadie se preocupase. A fin de cuentas, era inmortal: de palmarla, simplemente volvería a despertar en unas horas. De hecho, si empeoraba podría pedirle a Moira que le asaeteara el corazón de un disparo y la maldición se encargaría del resto. No sería la primera ni la última vez que se saltara una enfermedad yendo directo al suicidio.

—¡Sasha! ¿¡Qué es eso!? —vociferó entonces Anna para hacerse oír por encima del chaparrón, zarcillos de cabello pegados a la cara y su capucha de lana inútil ante el temporal.

—No es nada —contestó, pero las otras habían dado media vuelta a sus monturas, alarmadas por el griterío.

—¿¡«Nada» es un sinónimo de pus en la Espiral!?

—¿Cómo?

Anna le señaló la mano y él se la acercó a los ojos, incrédulo. Sí, eso era pus, y aunque la lluvia lo desterrara con violentas riadas no

dejaba de brotar, acompañado de su hedor característico y de sangre que asomaba por debajo de sus uñas. Sasha cerró la mano, notando mil pinchazos mientras contemplaba con la nariz arrugada cómo emanaba otra oleada roja y crema.

—La magia —explicó—. Se me ha infectado.

—¿¡Nos puede pasar eso!? —aulló Hator, increíblemente pálida bajo su capucha de pelo gris—. ¿Ha sido por el icor?

—Necesitamos una ciudad —interrumpió Anna, y Moira asintió—. Preguntadle a vuestros amigos cuál es la más cercana.

—¡No!

Ellas se giraron a mirarlo, Anna y Hator con expresión sorprendida y Moira con las cejas más alzadas que le había visto hasta entonces. Sasha sacudió la mano con fuerza, deshaciéndose de los grumos amontonados en las puntas de sus dedos. Al menos eso consiguió que la pastelera apartase la vista.

—No podemos permitirnos el lujo de parar tan pronto, no cuando Verenize conoce nuestro último paradero. Solo necesito… antiséptico. Tenéis, ¿verdad?

Las brujas se miraron entre sí.

—No trajimos nada medicinal con nosotras —respondió Hator con voz culpable—. Pensamos que, si nos pasaba algo, siempre podríamos acercarnos a algún pueblo.

Él pestañeó, incrédulo.

—¿Queréis enfrentaros al rey sin siquiera unas míseras vendas para el camino?

—Este viaje no debería habernos supuesto ningún peligro —protestó entonces Moira, brusca—. Nuestro objetivo era recogerte y llevarte de vuelta a Graendar, nada más.

A cada cosa nueva que descubría de aquellos sabios suyos más desconfianza le provocaban. Inmunizar a la Elegida ante cualquier veneno a base de hacérselos tragar, Vincularla a una desconocida, enviarlas a la otra punta del continente sin medicinas y con solo un mísero mapa para guiarse… Vaya despropósito. Aún más si sumaba la presencia de Anna, cuya incapacidad para defenderse o plantar cara suponía un inconveniente en el mejor de los casos y una tragedia en el peor. Sasha prefería prescindir de sus guisos a perderla injustamente en algún ataque sorpresa.

Se llevó los dedos sanos al tabique, como si apretándolo pudiese detener la jaqueca, la fiebre y la frustración que se le acumulaban en la cabeza.

—Nunca es tan fácil cuando se trata del Traidor —suspiró—. Y menos ahora que Verenize ya sabe que he cambiado de rumbo. Puede que no nos envíe más espías, pero sí podría atacarnos en cualquier momento… Quién sabe, tratándose de él.

Aunque, pensándolo bien, aquel demonio espía debía de haber sido su primer intento por husmear. Porque nada habría impedido al rey plantarse allí si hubiese avistado aun de refilón el rostro de Hator. Habría dejado el reino en manos de Astrae únicamente para venir a buscarla.

—No solo necesitamos una ciudad por ti, caballero —espetó Moira con ese perpetuo tono de asco—. El agua dice que la tormenta durará todo el día y toda la noche, necesitamos una posada donde resguardarnos hasta que pase. Compraremos lo que creas que necesitemos allí.

—También dice que Gandell está a media hora a paso rápido.

A Sasha ni siquiera le dio tiempo a rendirse antes de que Anna emitiese un grito ahogado, gesticulando con tal rapidez que lo mareó todavía más.

—¿Y ahora qué te pasa?

—¡No podemos ir a Gandell!

—¿Por qué no? —casi rugió Moira.

—¡Es la ciudad de los dobles! —chirrió—. ¡Tienen las fronteras Pactadas para cazar ladrones de rostros!

Incluso por entre el torrente de truenos y rayos el bufido de la arquera se oyó alto y claro.

—Ninguno de nosotros le ha robado la cara a nadie, Anna. No nos pasará nada.

—¡No lo entiendes! ¡Comparan todas las caras del mundo! ¡Por los siglos y los siglos! ¡Si eres una reencarnación o si… o si por casualidad tienes el mismo rostro que alguien que ya ha existido antes, te matan!

Sasha miró de reojo a Hator. No fue buena idea, claro, porque Moira lo cazó al vuelo y, con los dientes aserrados mostrados como una bestia, rugió:

—¡Basta de tonterías! Vamos a Gandell antes de que Hator enferme aquí fuera.

—No me voy a enf…

—*He dicho* que nos vamos a Gandell.

Cómo no, Anna fue a replicar, por lo que Sasha se apresuró a darle un pequeño apretón en el antebrazo con la mano sana. Esta frunció el ceño y lo miró a través de los barrotes de lluvia; él negó con la cabeza. No tenía sentido que discutiesen como idiotas en mitad del campo, donde cualquiera podría verlos, alcanzarlos, atacarlos. Si no estaban moviéndose, Sasha los prefería a cubierto.

Y en cuanto a esa frontera Pactada… Bueno, puede que tuviese la mano henchida de pus y sangre, pero estaba bastante seguro de que aún sería capaz de empuñar una espada.

«¿Tan patético te has vuelto?», había dicho Moira la noche anterior. Sasha no había podido contestar, aún temblando mientras intentaba recuperar el aliento, pero pensaba hacerlo en ese mismo momento.

Tal y como había predicho el agua, la lluvia había parado en seco nada más salir el sol, revolucionando la pequeña ciudad de Gandell. La tabernera pegaba tantas voces que lo había despertado incluso antes que el gallo mañanero, y por la de barriles de cerveza que hacía rodar hasta la despensa parecía esperar un día ajetreado.

No era la única.

Gandell había amanecido en una vorágine de banderines de colores, de comerciantes apresurándose a reservar un puesto en las calles principales y de adolescentes correteando a las tiendas de cosmética. Todas y cada una de las ventanas de la ciudad estaban abiertas, lo que la inundaba con el olor agridulce del bizcocho de naranja, el manjar típico de la festividad. A Sasha ya no le gustaban las ferias, pero debía reconocer que esa gente sabía prepararlas en tiempo récord.

¿La razón? Su frontera noroeste había detectado a un ladrón de rostros. A ellos los había sorprendido rebuscando un par de monedas con la que contentar a los centinelas de la sureste, el tañer urgente de unas campanas lejanas llevándose consigo cualquier asomo de vigilancia. El caballero lo sentía por el pobre desgraciado que fuese a morir a manos de esos salvajes, pero ni era su problema ni podía permitirse bajar la guardia, pues Hator aún podría tener problemas con la frontera al salir.

—Pero ¿lo van a matar? —preguntó ella, la vista fija en un puesto de pasteles que había terminado de montarse hacía menos de diez minutos. Su dueño les sonreía desde el otro lado—. ¿Solo porque se parece a alguien que ya existió?

Anna también miraba en la misma dirección, aunque en sus ojos castaños había ahora un rastro de curiosidad. Contestó, aun así:

—Os lo dije.

—Mejor esa persona que nosotros —gruñó Moira, ignorando cómo los puestos de comida y bebida brotaban como setas en la redonda plaza del pueblo—. Vamos a darnos prisa en hacer lo que tengamos que hacer aquí y marcharnos antes siquiera de que terminen de montar el patíbulo. Yo voy a por flechas a la armería. ¿Vosotros?

Ahí estaba su oportunidad. Sasha tragó saliva, intentando apartar a un lado el malestar que sentía en las entrañas cada vez que algún ciudadano le sonreía. No pudo evitar pensar que Verenize destruiría Gandell desde sus mismísimos cimientos si llegaba a conquistar aquel territorio. Casi tenía ganas de que lo hiciese.

—Voy contigo.

Moira no dijo nada, ni siquiera cambió su gesto pétreo antes de dar

media vuelta y avanzar por entre las decoradas calles ya repletas de gente. Parecía un insulto que el sol brillase tanto.

Durante todo el trayecto la arquera se mantuvo en silencio, y él también. Consiguieron llegar hasta la armería, cerrar un buen trato, fingir que no había ni una pizca de tenso mutismo entre ellos. Sin embargo, mientras volvían a la plaza notó que ella lo miraba por el rabillo del ojo, los labios fruncidos en una fina línea de canela.

—Si crees que te voy a pedir perdón por lo de anoche ya puedes ir olvidándote —espetó, su voz sonando tan cruda como lo había hecho hacía unas horas.

Sasha no contestó, al menos no inmediatamente, porque no pudo evitar recordar aquel breve infierno. Era uno que se repetía cada pocas noches desde que habían vuelto a llamarlo por su nombre, algo dentro de sí reaccionando a su sonido. Había conseguido que ninguna de las chicas lo viese así mientras acampaban a la intemperie, donde el eco de la naturaleza y la hoguera enmascaraba las pruebas, pero en una habitación silenciosa había sido imposible.

Sabía que no lo había causado nada que Verenize hubiese llevado encima en la Anunciación, porque ya se había acostumbrado a lo extraño que le resultaba su rostro cuando lo decoraba de esa manera. Se conocía el aro dorado en la aleta de su nariz, y la finísima cadena bruñida que lo conectaba con algún otro broche en su cabello de cobre o en sus orejas. También las gargantillas brillantes, los pendientes y el rastro de pintura metalizada que le adornaba las pestañas. La misma pintura que cubría sus brazos, transformándolo en una escultura latiente. Cuánto había cambiado para alguien que no podía hacerlo.

Tampoco habían sido sus palabras. Al menos, no todas ellas. Sasha estaba seguro de que lo que había desencadenado el pánico había sido la mezcla de icor bajo sus huellas dactilares y la forma en la que había dicho su nombre. Porque no había habido regusto a melancolía, como tantas otras veces, sino a propiedad, a posesión. Justo como en la noche de la Ascensión.

El caballero había logrado despertar incluso antes de que terminase su mantra (*vuelve a casa*), aferrándose a las sábanas como si fuesen el oxígeno que le faltaba y con la terrorífica sensación de que, esa vez, Verenize sabía que había estado escuchando. Era un pánico que aparecía sin avisar, un maremoto que desterraba la sangre de su rostro y llenaba hasta el último rincón de su cuerpo de horror. Le paralizaba las manos, el pecho, los pulmones, y no podía respirar. No podía respirar. Y lo intentaba con todas sus fuerzas, sobrevivir, pero como cada vez que moría era incapaz de recordar que volvería a despertar poco después.

Pero nunca moría. La tortura desaparecía tal cual arribaba, sin previo aviso, y mientras intentaba recuperarse se había dado cuenta

de que Moira se había incorporado en algún momento del ataque, mirándolo con los ojos entrecerrados desde la segunda cama del cuarto. La pequeña llama que flotaba en su palma recalcaba el perfil aguileño de su nariz y teñía de un color extraño esa piel morena tan similar a la suya. Su negrísimo cabello trenzado parecía una mecha a punto de prender.

«¿Por qué le tienes tanto miedo?», había preguntado al fin, y Sasha no había logrado descifrar el tono de su voz. No la conocía tanto como la del rey. «¿Es porque es el único que puede matarte? ¿Tan patético te has vuelto?».

Solo recordaba haber gruñido en respuesta, Moira encogiéndose de hombros con insultante frialdad antes de volver a tumbarse. Él no había tardado mucho más en imitarla, los músculos pura gelatina tras la tensión y la mano herida temblando bajo las recién estrenadas vendas.

Pero en ese momento, por fin descansado y bajo el sol, Moira solo era una veinteañera malcriada a la que le sacaba una cabeza entera de altura.

Sasha se detuvo de golpe y ella se volvió hacia él, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué?

—No quiero ningún tipo de disculpas de alguien como tú —contestó, pétreo. Ella alzó las cejas—, pero tampoco voy a consentirte un solo comentario más sobre mí. No me interesa tu opinión de quién o qué soy, ni sobre lo que he tenido que vivir o decidir para estar aquí ahora. La he oído una vez, no hace falta que te repitas.

Advirtió cómo se le tensaban los hombros en mitad de esa marabunta que chocaba contra ellos sin miramientos en dirección a la plaza. Sasha esperó a que respondiera, y por un segundo glorioso pareció que se daría por vencida. Se equivocaba, claro:

—Si le hubieses cortado el cuello en la Masacre ni siquiera estarías aquí escuchándome. Es culpa tuya. Carga con ello.

Vale.

—¿Tú podrías matarla? ¿A Hator?

Moira se envaró a velocidad de relámpago, su rostro retorcido en un rictus de incomprensión y asco. Él intentó no alimentarse de su reacción, aunque con la de veces que esa chica le había hecho chirriar los dientes bien podría permitirse dejar la nobleza a un lado en venganza.

—Ya veo que no. Y ni siquiera te cae bien.

Ella no perdió tiempo en contraatacar con uno de sus rugidos:

—¡Hator no ha hecho nada! Pero si lo hiciese, te aseguro…

—No —le cortó—. El Vínculo…

—Deja de echarle la culpa al Vínculo —siseó Moira—. Sabemos lo

que pasa cuando lo cortas. No sentís nada el uno del otro. Ya no tiene ningún tipo de poder o influencia sobre ti. Solo tus recuerdos.

Abrió la boca para replicar, pero entonces alguien le agarró la muñeca bruscamente y su cuerpo reaccionó antes incluso que su mente, librándose de un tirón mientras daba media vuelta para defenderse. Anna lo miraba con la confusión pintada en sus ojos de bronce.

—¡Tenemos que irnos! —vociferó Hator a su espalda, sin aliento, mejillas rojas de correr.

Moira chasqueó la lengua.

—¿Qué has hecho ahora?

—Yo nada, imbécil —espetó, ofendida—. Pero el ambiente ya empieza a caldearse y lo último que quiero ver hoy es cómo queman vivo a un señor. Vámonos.

Se pusieron en marcha enseguida, ignorando los vítores y los dulces y las risas que enmarcaban una fiesta que nada tenía de festiva. Y, sin embargo, al llegar a la plaza Anna ralentizó el paso, ojos clavados en el patíbulo. En el breve segundo que tardó Sasha en tirarle del brazo, sus miradas se encontraron. Vio sus dudas en la rigidez con la que se dejaba arrastrar, en la firmeza con la que apretaba los labios para no preguntar:

¿No formaban ellos parte de una profecía que los destinaba a acabar con las injusticias del rey eterno? ¿No estaban sentenciados a ser héroes? Entonces, ¿por qué no parar también esa locura? ¿Por qué no salvar una vida inocente en su camino hacia Verenize? ¿Es que solo contaban las ya truncadas por la Espiral? ¿Pesaban más las antiguas tradiciones que una vida humana?

Podría habérselo explicado. Podría haberle dicho que era un suicidio enfrentarse a un pueblo entero solo porque sus costumbres les parecían inhumanas, que debían pasar desapercibidos ahora que el Eterno les seguía la pista. Que quizás no podrían salvar esa vida pero que, con el tiempo, lograrían salvar muchas más. Que Moira y Hator pensaban igual porque habían crecido atrapadas en una guerra que no comprendían pero que liderarían algún día, y era normal que una pastelera de los pueblos libres no fuese capaz de ver más allá de lo que le habían enseñado que significaba la justicia.

Podría haberle dicho todo eso, pero no pudo. Porque mientras cruzaban los últimos metros de plaza una oleada de abucheos le martilleó los tímpanos y sus ojos se movieron en contra de su voluntad hacia el causante del revuelo.

Era un joven de cabello castaño que se revolvía con la violencia de quien se sabía condenado, provocando una mezcla de admiración, miedo y odio en las miradas de sus vecinos. Más odio que miedo y más miedo que admiración. Sasha se preguntó el motivo, o al menos

lo hizo hasta que él también pudo verlo. El lunar en su pómulo fue lo único que le impidió huir al reconocer el rostro del rey.

Rako.

4
MI REINA

Durante un instante, el tiempo no avanzó. Sasha lo notó como una segunda maldición sobre la piel, el mundo solidificándose en rededor, sus labios gritando el nombre del daena y sus ojos marrones encontrando los suyos. Durante un instante no habían pasado doscientos años y desenvainó su espada de capitán, dispuesto a hacer por fin lo que debería haber hecho entonces. La idea solo fue buena en teoría, claro, porque ni quería usarla ni la multitud le dejaba hueco alguno por el que llegar hasta él.

—¡Rako! —llamó, sintiendo la garganta serrada—. ¡Rako!

—¿Qué coño haces? —le chilló Moira, chirriante.

—¿Rako? —oyó repetir a Hator.

Un rugido marcó el inicio del ataque, al segundo mil gritos aterrados alzándose en la plaza. A Sasha le importaba poco el pánico de niños y padres; no pensaba hacerles daño… Aunque eso ellos no lo sabían. No sabían que su único objetivo era sacar a Rako de allí sin que nadie más le pusiera una mísera mano encima. Ni siquiera los soldados de la plaza que ahora avanzaban hacia él, ni siquiera los que seguían empujando al daena hacia el cadalso, donde a los pies de una cruz de tres brazos se amontonaban fajos y fajos de paja.

—¡Baja el arma! —bramó alguien a su izquierda.

—¡Viene a por el ladrón de rostros!

—¡Soltadlo!

—¡Sasha!

El primer guardia lo interceptó y, aunque Sasha no era tan fuerte, ni tan enorme, cargaba la experiencia de mil ejércitos a su espalda, así que le fue insultantemente fácil desarmarlo y mandarlo a dormir de un mazazo en la sien con el pomo de su espada. Parte del gentío trataba de escapar en estampida por las estrechas callejuelas

colindantes, trepando unos sobre otros hasta convertirse en un mural humano. Quienes no huyeron hicieron todo lo contrario: se lanzaron a por él con uñas y dientes. Sasha se preparó para enzarzarse a estocadas, pensando de pasada en su propia hipocresía. Lo hubiera dejado arder. De no haber sido Rako, lo hubiera dejado arder.

Por suerte, nadie llegó a probar su filo, pues tras un agudísimo silbido un vendaval barrió a la marabunta brutalmente. El caballero se volvió hacia su origen, una Hator de ceño fruncido y mechones dorados sacudidos por el viento. Junto a ella, los dedos de Moira eran piras ardientes y sus llamas mantenían a raya incluso al gandellés más iracundo.

Los guardias se miraron entre sí. Luego retrocedieron todos a una, arrastrando consigo a su gente hasta abrir un pasillito directo al patíbulo. La multitud, viéndose de pronto atrapada, comenzó a protestar con aullidos animales.

—Ve —ordenó Moira, con un siseo salvaje.

Y Sasha obedeció, ignorando la ristra de espadas que aún lo apuntaban, alertas. Sus dueños vigilaban cada uno de sus pasos, rígidos de miedo, aunque no perdían de vista al verdadero peligro: las brujas.

—No queremos haceros daño —probó anunciar el caballero según avanzaba. Los chillidos se comieron sus palabras, pero los guardias cercanos fruncieron los labios—. Solo queremos…

—¿¡Recuperar a vuestro amigo!?

Levantó la mirada hacia el kleo de Gandell, una mujer de largos cabellos y túnica blanca que lo señalaba rabiosa desde lo alto del patíbulo. Ni siquiera le dejó contestar:

—¡No lo es! —aulló, y toda la ciudad la coreó—. ¡Esta criatura no es humana, es un demonio con la cara del rey eterno, Verenize • de Veda! —Lo apuntó con ambos brazos—. Puedes verlo por ti mismo.

Sasha negó con la cabeza mientras subía las escaleras. Como todo kleo con el que se topaba, ella lo recibió con nariz arrugada y mirada de asco. Quizás ignorasen que ya no era brujo, o que lo había sido alguna vez, pero parecían *olerlo* en su piel. Al Mundo.

—Lo único que veo —respondió, cuadrando los hombros para intimidarla— es a un criminal. Este hombre a quien llamáis demonio es Rako de Corte, y debe regresar allí donde pertenece.

Aquello provocó una oleada de murmullos, y la kleo se envaró los ojos tan abiertos como le permitían sus párpados. Mientras se giraba para estudiar el rostro de su víctima una vez más, Sasha fingió no ver a Rako encogerse ante la mentira, ni sus pupilas dilatadas de espanto. ¿Qué quería que hiciese? Era lo primero que se le había ocurrido.

Enfrente, la mujer abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla:

—No parecéis soldados espirales.

Sasha le tomó prestado a Moira uno de sus bufidos desdeñosos.

—Porque no lo somos. Esa carita suya que tanto os gusta tiene un precio, y lo cobraremos.

A su espalda, la risa de hiena de la arquera erupcionó como un volcán. Jamás habría pensado que se alegraría de oírla. Era un buen broche para el engaño, la amenaza perfecta, aunque Sasha pudo distinguir por debajo un deje de incredulidad. No podía juzgarla. Total, ahí el primer sorprendido consigo mismo era él.

Al no recibir respuesta inmediata, el caballero insistió:

—Dadnos al daena y no incendiaremos la ciudad.

Le llegó el eco del fuego y pequeños alaridos horrorizados. Era consciente de que el Mundo no cumpliría tal petición ni en la más desesperada de las situaciones, pero también de que ningún brujo les chafaría el farol, la gran mayoría de ellos conviviendo en pequeñas comunidades alejadas del Eterno. Y, además, tampoco parecía haber invocadores entre sus filas…

—Bien —gañó la kleo al fin, chasqueando los dedos en dirección al doble real—. Allá con vuestro infortunio. Sea de esta época o de la anterior, un ladrón de rostros solo os traerá sangre y dolor.

—Fue el rey quien robó *mi* rostro —espetó Rako de pronto en un agavle tosco, labios torcidos en una mueca de asco que Sasha llevaba tanto tiempo sin ver que le erizó todo el vello del cuerpo—, probad a quemarle a él.

Rápido, el caballero lo chistó, acomodando el filo de la espada contra su garganta para potenciar su papel de mercenario. Por supuesto, en lugar de callar, Rako entornó los ojos y:

—¿Voy a ser el regalito de disculpa, Sha?

Ah, ahí estaba. La lengua que lo había llevado directo a las mazmorras.

—Andando.

Sonó como un ladrido, y los guardias que aún aferraban al daena recularon cuando Sasha se lo arrancó de entre las manos. Este trató de resistirse al intercambio, así que le atenazó el cuello con el brazo y se pegó su espalda al pecho, recordándole quién de los dos tenía una hoja afilada en la garganta. Se cuidó de no herirlo, pero lo haría, por supuesto que lo haría, si el muy idiota intentaba alguna locura. Le temblaban las manos. Esperaba que Rako no lo notase.

El fuego aún crepitaba en los brazos de las brujas mientras ellos desandaban el caminito de espadas, ahora bajadas en señal de rendición. Gandell entera se replegó sobre sí misma, destaponando una de las bocacalles para cederles paso. Allí les esperaba Anna, tan tensa como disgustada, ojos fijos en el rostro del daena. Vaya bronca le iba a caer. Quizás hasta le caía una muerte (o dos).

La muchedumbre los siguió en procesión hasta su posada. Sin

perder tiempo, Anna y Hator entraron para recoger sus pertenencias mientras Moira preparaba los caballos. Por su parte, el caballero esperó a un lado, en guardia, sosteniendo a Rako cerca de sí. Un millar de gandelleses le aguijoneaba la nuca con sus miradas llenas de odio, respiraciones agitadas y una oración en bucle de la kleo clamando por que Cénesis los segase del mundo nada más auparse a sus monturas. No pasó, claro. A los dioses les daba igual todo. Era algo que a Sasha le había costado aprender.

Aunque la silla de su yegua no estaba pensada para dos personas, el caballero consiguió colocarse tras Rako. Contempló a la marabunta un segundo y vio dientes chirriantes y puños apretados. Desde luego, si Verenize no sabía ya la ruta que seguían, lo sabría en pocas horas. El pensamiento le arrancó un escalofrío, pero en ese momento tenía otras cosas más importantes en las que centrarse. Como, por ejemplo, en salir de allí cuanto antes para explicarle a Rako que no, no pensaba llevarlo de vuelta ante el rey. No lo serviría en bandeja de plata dos veces.

—Vamos —ordenó, los brazos de las guerreras por fin desnudos de fuego y los suyos tensos alrededor de la cintura del daena.

Sacudieron las riendas a la vez, saliendo despedidos en un veloz galope que levantó una estela de arena y barro a su paso. Sasha se notaba la mente lenta, grumosa y espesa en los bordes, y movido por un impulso volvió la vista atrás, incapaz de soportar la imagen del cuerpo frente a sí.

Fue Anna quien le devolvió la mirada. Sasha supuso que, de los cinco, era quien menos entendía qué estaba pasando, pero aun así en sus ojos castaños había una sombra de pánico y desconfianza tan intensa que casi la sintió como propia, desplazándose desde sus latidos hasta el último recoveco de sus venas.

Sasha reconocía y entendía cada una de las palabras que Moira le estaba gritando. El lenguaje de la profecía encajaba perfectamente en su interior, y aunque ninguna palabra parecía repetirse nunca ni tenía gramática fija, él siempre respondía al instante, sin pensar, con los sonidos adecuados. Y, sin embargo, hacía ya un par de minutos que no podía contestar. No *podía* contestar. Eso no frenaba a Moira de seguir desgañitándose, claro:

—¡Arriesgaste nuestras vidas, la profecía, *todo*! ¿Y por qué? ¡Por el puto Rako de Corte…! ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Vas a desenterrar los huesos de la princesa Sera y hacerte unas flautitas con ellos? ¿Un par de silbatos?

Rako no podía entenderles, pero tampoco es que les hiciese mucho

caso. En algún momento del atardecer había comprendido que ese grupo formado por dos brujas agavles, un caballero inmortal y una dama de aspecto afectado no suponían amenaza alguna y sus hombros se habían relajado. Aun así, sus ojos lo recorrían todo, aprendiendo, recordando, y su cabello castaño tenía el mismo corte de la última vez…, quizás un poquito más largo. La única diferencia, suficiente para acusar la brecha de dos siglos sin verse, era la cicatriz que escarbaba parte de su mandíbula, marcando el punto en que el flagelo de Verenize había intentado arrancársela.

Había más, claro. Estaba la forma en la que se movía, un hombro más alto que otro, y esa sensación de que aquel Rako no acababa de encajar con el Rako de sus recuerdos; como si la celda de eternidad lo hubiese despojado de algo tan suyo como su olor o su manera de respirar. *Quizás lo ha hecho*, pensó. Quizás en algún momento de aquellos doscientos años el daena real había adoptado algunas características de su propio calabozo.

—Ni siquiera me estás escuchando, ¿verdad?

Sasha se envaró, volviendo bruscamente a la realidad, y el animal salvaje que era Moira se giró para ver quién osaba distraerlo de su merecidísima bronca.

Sasha habría querido poder avisarle.

Rako estaba mirando a Hator. Y Hator aguantaba el examen insólitamente rígida, fingiéndose muy interesada en la maestría con la que Anna pelaba batatas para la cena.

Sabía que Rako se sentía tan atónito como se había sentido él mismo al encontrársela aquel primer día en su puerta, tan increíblemente idéntica a Sera, pero, también, que ese silencio pesado era el propio daena real decidiendo si aquello era un sueño, un milagro o una pesadilla. Rako había sido torturado y condenado por el asesinato de la persona a la que más amaba en el mundo, y ahora… ahora la tenía de nuevo allí, ante sí. Solo que no era ella. No era ella.

—Te estoy haciendo sentir incómoda —lo oyeron decir entonces en tosco agavle, seguido de un carraspeo—. Lo siento.

—No, es que… —Ella lo miró con esos incorrectos ojos castaños—. Te pareces tanto a él. Al rey.

—Es gracioso que digas eso, porque tú…

Nunca acabó la frase, porque de pronto se volvió hacia Sasha, interrogante. Este negó con la cabeza; Rako asintió. Por supuesto, a Moira no se le escapó el intercambio, pero él decidió ignorarla y ayudar a Hator a amontonar leña para la hoguera. De vez en cuando Rako volvía a contemplarla con esa expresión incierta, casi anhelante, y si a Sasha le dolía verle así no podía ni imaginarse cómo sería *sentirlo*.

—Todavía estamos demasiado cerca de Gandell —gruñó la

arquera, dejándose caer junto a Anna—. Haré guardia esta noche.

—Doble ración para ti, entonces —contestó ella, y se levantó para rebuscar en las alforjas de su montura, de donde regresó con otra batata y su manta—. Aunque… no sé cuántas raciones puedo ir regalando.

Tres pares de ojos se clavaron en Rako, así que Sasha se apresuró a intervenir:

—Dadle la mía hasta ajustarnos, que yo no necesito comer.

—¿Ajustarnos? —repitió Moira con un bufido—. No sé qué ideas te estás haciendo en esa cabecita prehistórica que tienes, Sasha, pero tu amigo no va a acompañarnos.

«El insulto sobraba», refunfuñó Hator por detrás.

—¿Y cuál es tu plan? —replicó él—. ¿Dejarlo tirado en el primer pueblo que veas para que Nize se lo cargue?

—¿Y cuál es *tu* plan? —arremetió la arquera al segundo—. ¿Que nos llevemos a cuestas al puñetero *doble* del rey de la Espiral hasta nuestra aldea? ¿¡Por qué no tiramos también unos fueguitos artificiales cada vez que acampemos, ya de paso!? ¡Total, no llamaríamos tanto la atención como viajando con el asesino de su queridísima Sera!

—Yo no maté a Sera.

—Yo te creo —murmuró Hator, muy bajito, y Rako parpadeó, incrédulo, devolviéndole una sonrisa tambaleante. El caballero le vio abrir la boca para decir algo más, pero no fue su voz la que partió el silencio, sino la de Anna:

—¿Por qué nadie pregunta cómo es posible que esté aquí?

Silencio de nuevo. Sasha tardó un par de segundos de más en comprender todo lo que implicaba esa pregunta y, cuando lo hizo, su cuerpo entero se preparó para rugir. Esa vez fue Rako quien se le adelantó, con una sonrisa culpable:

—Te refieres a cómo escapé del castillo, ¿verdad?

Anna ni siquiera paró de pelar batatas. Hator parecía ofendida; Moira, confundida. Pero el caballero la entendía, a Moira. Como él, se estaría preguntando cómo era posible que una simple pastelera hubiese sido la primera en hacer las preguntas correctas. En desconfiar.

—Sí —asintió, con la vista aún fija en el cuchillo—. Eso, y cómo conseguiste dar con nosotros.

—Fuisteis vosotros quienes disteis conmigo —corrigió él—. Yo solo quería librarme de la Resistencia…

—¿Estabas con la Resistencia? —interrumpió Moira con el ceño fruncido.

Ah, espera. La incursión al castillo. La incursión al castillo de la que había oído hablar en la feria de cristales.

—Entonces, ¿fueron a por ti de verdad? Pero… Oí que fue un desastre. Oí que murieron todos.

Rako se removió, incómodo, antes de asentir. Las llamas transformaban en metal la cicatriz de su mandíbula y en lava el color de sus ojos. De pronto, Sasha fue dolorosamente consciente de que Rako estaba allí, estaba vivo, justo delante de él. Y era una sensación agridulce, porque por mucho que lo aliviara verlo vivo, Anna tenía razón: era raro. Demasiado raro.

—Muchos murieron —confirmó el daena, llevándose distraídamente una mano al hombro bajo—. No me… acuerdo muy bien. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando ya estábamos lejos. Había mucha sangre…

—Qué típico. —Moira bufó, sonriente, tan desagradable como siempre—. No recordar nada de tu propio rescate. Cúrratelo un poco, hombre. ¿Qué te ha prometido el rey a cambio de espiarnos?

—*Eh* —advirtió Sasha.

Rako rio.

Fue un sonido corto, relajado, pero al caballero le cayó como un jarro de agua fría. La magia se le removió en la punta de los dedos, empujando, chillando por que la usase. Su mano infectada excretó un poco más de icor en respuesta y Sasha se la escondió bajo la pierna, las vendas de nuevo empapadas de miel y pus.

—Entiendo que cueste creerlo —dijo Rako al fin con una sonrisa educada, casi tímida—. Mira… Cuando pasas doscientos años encerrado y olvidado tiendes a fabricar fantasías para sobrevivir. Podría contarte mil rescates, pero no decirte cuál de ellos fue el real.

Ninguna de las tres fue capaz de contestar. Las brujas desviaron la vista, incómodas. Anna continuó con su tarea como hasta entonces, sin siquiera molestarse en mirarlo, pero al caballero no se le pasaron por alto sus nudillos blancos de apretar el cuchillo, y quiso… En su lugar, volvió a contemplar al daena, quien parecía haber perdido la poca energía que le quedaba en esas últimas palabras.

Doscientos años encerrado en una celda de eternidad. Sin comer, sin ver la luz del sol, sin contacto más allá del custodio en su puerta. Le parecía un milagro que su mente no se hubiera quebrado, que continuara sosteniéndolo día tras día.

—¿Por qué escapar de la Resistencia? —preguntó con voz amable.

Rako le devolvió la mirada, esbozando otra sonrisa.

—Una vez les dije todo lo que querían saber ya no les era útil, pero tampoco querían soltarme. —Se encogió de hombros—. Y a mí no me habría importado, ¿eh? Mientras pudiese comer y sacar la cabeza por la ventana, por mí como si la palmaba de viejo allí preso.

—¿Entonces?

—Entonces les escuché decir que pensaban revenderme a Verenize

y me piré.

Silencio.

—Eso no suena a algo que haría la *Resistencia* —gruñó Moira.

Él se encogió de hombros otra vez.

—Así se me presentaron. Pero tampoco llevo mucho tiempo fuera… —entrecerró los ojos, pensativo—, seis meses a lo sumo. ¿Quizás hay otros grupos? ¿Diferentes bandos?

—No.

—A mí sí que me suena a la Resistencia —dijo Sasha—. De hecho, me suena exactamente a la clase de ideas que tiene la Resistencia. Meterse en el castillo de Verenize a lo loco, malgastar mil vidas, no saber qué hacer con lo conseguido… Siguen siendo igual de torpes que hace sesenta años.

La arquera chasqueó la lengua, pero no dijo nada más. De nuevo el silencio se extendió como un pesado manto sobre ellos, solo interrumpido por las breves instrucciones culinarias que Hator recibía de Anna. Poco después, Moira se retiró para encargarse del mantenimiento diario de su arco, dejándolos solos al otro lado de la hoguera.

Durante uno, dos, tres segundos, Sasha dudó entre acercarse al daena o darle un respiro. Sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron, este señaló con la barbilla el hueco de hierba vacío a su lado y el caballero lo ocupó sin decir nada.

—No hablaban muy bien de ti en la Resistencia —le susurró Rako, suave, en cuanto se acomodó.

—Me lo imagino. Tampoco duré mucho con ellos.

—Grandes mentes piensan igual. O quizá sea por eso de compartir educación.

Sasha forzó una sonrisa. No era genuina, todavía no, pues tenía la desagradable sensación de que en cualquier momento Rako le preguntaría por qué lo había abandonado. Por qué jamás regresó a por él. Y porque la mención a su formación militar le trajo el recuerdo crudo y sanguinolento de la capitana Rarra seccionada en mil pedazos. Sintió bilis en la garganta.

Pero también la mano de Rako en el antebrazo dándole un ligero apretón.

—Me alegro de que estés bien, Sasha.

Asintió.

—Y yo de verte libre. Quería…

—¿Volver a por mí? —Se le adelantó una vez más, mientras sonreía perezosamente—. Lo sé, pero también me alegra que no lo hicieras. Verenize te habría matado; así que mejor así.

Sonaba muy seguro.

—Mejor así —repitió Rako, con un breve asentimiento.

Los murmullos lo despertaron al amanecer.

Se oyó a sí mismo gruñir, aunque no tenía claro si el sonido formaba parte del sueño o de la realidad, y el color anaranjado que asomaba más allá de las suaves colinas de esa tierra se le coló entre las pestañas. Su primer impulso fue levantarse, pero entonces reconoció el tono de voz de Moira, siseante y furioso, chocando una y otra vez con el agudo y tosco del de Hator. Discutían en susurros no muy logrados:

—No podemos, Hator. Bastante tenemos con la pastelera. ¿Qué van a decir los sabios? ¡Ni que fuéramos un orfanato, recogiendo a todo el que nos encontramos por el camino!

Un bufido disimulado.

—Los sabios me dan igual. *Yo* soy la Elegida y *yo* decido quién me acompaña y quién no. Y si digo que nos acompañe el amigo de Sasha…

—Pues no es que a Sasha se le dé muy bien elegir amistades, precisamente… —La otra dejó escapar un grito ahogado—. ¿Te suena de algo Verenize •, el rey al que tienes que matar? ¿O la señora a la que ahora tenemos que aguantar metiendo las narices en todo?

—¡Anna es parte de la profecía! —rugió entre dientes Hator, y Sasha oyó el eco sordo de dos puños impactando contra las mantas.

Siendo sinceros, Sasha entendía a Moira, porque su cometido como guardiana de la Elegida suponía evitar exponerla a peligros innecesarios. Él había crecido con ese título por corona, así que, si se encontrase en su posición, también desconfiaría de cualquier persona que se acercase a ellas, y aún más si lo hacía en nombre de la profecía.

Pero que Anna fuese capaz de comunicarse en una lengua creada por y para esa misión la convertía automáticamente en una pieza indispensable del puzle, por mucho que su relevancia, como pastelera que era, les resultase cuestionable… Y eso sin contar con que Rako, para Sasha, era mucho más importante que dos crías a las que acababa de conocer y sus estúpidos mentores. Si Moira quería ser una buena guardiana, habría de hacer concesiones.

Sasha solo necesitaba encontrar un buen lugar para Rako. Una aldea con gente amable, bien lejos de la Espiral. Un nombre nuevo, una vida nueva.

—No tenéis por qué preocuparos por mí… o por mi rostro.

Se tensó entero. No le dio tiempo siquiera a pensar en lo que estaba haciendo antes de incorporarse sobre los codos y alzar la vista hacia allí.

Rako también se había incorporado, en ese momento estirándose y haciendo crujir los huesos de su espalda con una gran sonrisa en la

cara. Moira lo miraba con ojos entrecerrados, mientras que Hator desviaba la vista, visiblemente incómoda por haber sido cazada en una conversación que, desde luego, el daena no debería haber podido entender.

Y a la que tampoco debería haber sido capaz de unirse. Pero allí estaba, toqueteándose los labios con la punta de los dedos.

—Qué cosa más rara. ¿Cómo funciona? Las palabras salen solas.

—¿Puedes entendernos? —preguntó Sasha entonces, pasando a sentarse sobre las mantas.

Para disgusto de Moira (que dejó salir un largo suspiro de hastío), Rako asintió.

—Me di cuenta ayer —dijo él, con las cejas alzadísimas—, mientras la morena te chillaba. No lograba distinguir en qué idioma estaba hablando, pero lo entendía todo todito. Me ha costado lo suyo pillarle el tranquillo… y todavía tengo que concentrarme un poco para responder.

Sasha pestañeó. A él el lenguaje de la profecía no se le resistía. De hecho, los sonidos y verbos goteaban de sus labios como si de su lengua materna se tratase, esa que llevaba tantos años sin usar. Notaba un rastro de ella en el acento de Rako, lo que le levantaba oleadas de melancolía y pánico a partes iguales.

Espera.

Si Rako podía entenderlos, eso quería decir…

—¡Pues asunto cerrado! —pio Hator, con una risita traviesa que hizo que el daena real abriese mucho, muchísimo, los ojos—. Se viene con nosotros.

—¡Esto no funciona así! ¡La profecía…!

—Moira, el tío cumple con el *único* requisito del Mundo. ¿Qué problema tienes? ¡Si hasta quiere matar al rey! Ya es más de lo que se puede decir de los demás…

A Sasha no se le escapó el ligero temblor en la sonrisa de Rako al oír mencionado a Verenize, pero no quiso llevarle la contraria a Hator. El daena tampoco lo hizo. Cosa que, en realidad, no le gustó ni pizca, porque no quería… no quería que Rako formase parte de aquello. No quería a más conocidos arriesgándose en una misión suicida contra un rey que era prácticamente un dios. Y menos cuando una de esas personas ya había sufrido lo indecible a sus manos.

Si hubiese matado a Verenize aquella noche…

—¡Su cara, Hator! ¡Mi problema es su cara!

Rako rio de nuevo y, sin decir nada más, se echó hacia atrás y hundió la mano bajo la cinturilla de sus pantalones oscuros. Moira le gruñó, un principio de amenaza, pero entonces el daena extrajo un batiburrillo de telas y cadenas y comenzó a extenderlas una a una ante sí, como lo haría un comerciante en su puesto del mercado.

—Los muy salvajes de Gandell me quitaron el que llevaba puesto, pero luego ni se molestaron en cachearme —explicó, poniendo los ojos en blanco—. Imbéciles. Y los de la Resistencia también, que fueron quienes me dieron la idea, porque bien que se les olvidó mencionar lo de las fronteras Pactadas de Gandell…

Había olvidado lo mucho que parloteaba Rako.

—Eso son…

—Velos, sí. Al parecer ahora se llevan mucho.

—En Agavlia sí —concedió Moira sin apenas separar los dientes, reacia a darle la razón—, y en Córtega, pero por aquí es raro verlos. Te hubiesen descubierto igual con fronteras Pactadas o sin ellas.

—Pues vaya —resopló él. Hator se cernió sobre las telas, retazos traslúcidos de colores oscuros y gasas entretejidas en finos enganches de plata—. ¿Te gustan? ¡Mira, tengo hasta para festivos!

Y agitó uno hecho entero de finas y pequeñas monedas doradas. Aunque su brillo engañaba a la vista, Sasha descartó la idea de intercambiarlo por comida o armas en cuanto lo oyó repiquetear. Supuso que por eso mismo Rako había decidido conservarlo.

Hator asintió, divertida, y el caballero pudo ver cómo a su amigo le chispeaban los ojos. Había pensado que le sería difícil soportar el rostro de Sera tan cerca, a todas horas, pero parecía estar disfrutándolo. Quizá demasiado.

—Te dejaría alguno, pero sería una pena, por…

—Ya basta —cortó bruscamente Moira, aferrando con fuerza el hombro de su protegida y tirando de ella hacia atrás—. No te pases de listo, chaval.

—Mejor llámame Rako —sonrió él, con las manos alzadas en son de paz. Luego le guiñó un ojo a Hator y ella rio como lo haría un grupo de grullas, una carcajada tan sonora y descontrolada que acabó por despertar a Anna.

La pastelera dio un pequeño brinco antes de abrir los ojos, perdida, mientras se volvía hacia el amanecer aún incipiente. Lo primero que hizo después fue mirar a Sasha, buscando el origen del horrible sonido y, ante todo, una explicación.

—¿Qué pasa…?

—Que tenemos a uno más a bordo de la profecía.

—¿A bordo?

—¡Encantado de conocerte, Anna!

Y Rako se inclinó hacia ella con la palma rígida en vertical, esperando a que ella la chocase con la suya. Era un gesto antiguo, de esos que se habían perdido con el tiempo y que marcaban el cénit de la camaradería entre soldados cuando Sasha aún era mortal. Aunque se notaba la sonrisa en los labios, negó con la cabeza, de pronto dándose cuenta de que seis meses de libertad no hacían a Rako ni

remotamente consciente de cómo era ahora el mundo en el que vivía. Aquel que Verenize había moldeado a su antojo.

Al final, Anna alargó la mano, vacilante, y apoyó la palma contra la de Rako. Él arrugó la nariz, confuso, pero no dijo nada. Ella sí:

—¿Ahora es cuando fingimos que no sospechamos de él?

A Rako le gustaba andar.

Lo que era una suerte, porque Sazala no podía cargar con los dos constantemente y, salvo Hator, las demás se habían negado a compartir montura con el nuevo viajero. Sasha lo entendía: Rako había pasado doscientos años prisionero en el castillo de Verenize. No sabían bajo qué condiciones la Resistencia lo había sacado de allí, o siquiera si habían sido ellos. A lo mejor era un regalo envenenado del rey de la Espiral. O a lo mejor solo era un chaval que había conseguido escapar de sus dos captores sin más cicatrices de las que ya llevaban siglos en su cuerpo. Al final, habían llegado a la conclusión de que su capacidad para comunicarse en el lenguaje de la profecía decía más de él que su procedencia, aunque también se comprometieron a tenerlo bien vigilado, por si acaso. A Rako parecía darle igual. De hecho, parecía agradecido.

Y tranquilo, pasando el tiempo inspeccionando de cerca a los caballos y enredando los dedos en sus crines. Sasha lo contempló desbaratar nudos, hacer trenzas, hacer trenzas con más trenzas, deshacerlas con un ruidito de satisfacción al ver las ondas que se formaban a su paso. Rako siempre había tenido buena mano con los animales y a Sasha le alegraba que no la hubiese perdido. Lo recordaba acudiendo cada quinto a rezar al patrón de los animales, Haasevi, pero lo recordaba aún más sonriendo ante una nueva bronca de su madre por robar otro racimo de uvas para esa misma ofrenda. A pesar de que el daena le sacaba unos tres años, siempre había sido el más irresponsable de la guardia. Quizá porque lo habían obligado a formar parte de ella.

Las llanuras de los pueblos libres poco a poco se iban convirtiendo en las colinas que precedían la frontera con Agavlia, pero el calor permanecía como una mala sombra. Además, la ausencia de arroyos y ríos los obligaba a depender de las últimas lluvias estacionales para rellenar sus botellas, lo que, a su vez, los forzaba a cambiar de ruta hacia el lugar en el que el agua situase la próxima tormenta. La única ventaja de todo ese mareo de direcciones era lo crudo que iban a tenerlo las huestes de la Espiral para seguirles la pista… si es que los estaban siguiendo siquiera.

—Entonces, ¿cómo pasó?

Sasha salió de su ensimismamiento y desvió la vista hacia Rako.

Caminaban el uno junto al otro, el caballero tirando distraídamente de las riendas de su yegua de granja mientras las chicas, aún a caballo, bostezaban bajo el intenso calor del atardecer. Todos tenían el estómago lleno y los ojos cansados, y, aunque Sasha no había vuelto a probar bocado desde la llegada de Rako, solía contagiarse de la atmósfera somnolienta de la hora de la siesta.

—¿Cómo pasó el qué?

—La Espiral —aclaró Rako, con una ligera risita de sueño—. Ahora es… enorme. No sabía que teníamos tanto poder militar. Creía que hasta en una guerra contra Agavlia saldríamos escaldados.

Ah, claro.

Sasha tomó aire largamente, sin saber muy bien por dónde empezar… «Por el principio», habría dicho su madre, y un raro escalofrío de nostalgia le bajó escalón a escalón por la columna.

—Cuando Verenize tomó el control de Agavlia ni siquiera tenía ejército propio —respondió al fin, encogiéndose de hombros—. ¿Te han contado lo que es la Masacre?

Notó cómo Anna ralentizaba ligeramente el paso de su montura mientras fingía no estar escuchando la conversación. Hator, en cambio, tiró con brusquedad de las riendas de la suya para unírseles, como siempre ávida por aprender cualquier cosa relacionada con Verenize. Moira ni se molestó en reaccionar.

—Yo *morí* en la Masacre —rio Rako, divertido—. Aunque la celda no dejó que mi corazón se atrofiase del todo, claro. Oí cómo el carcelero la palmaba. Y los gritos. También oí los gritos.

Sasha asintió.

—Esa noche murió la gran mayoría de los ciudadanos de Venfica. Toda la guardia real desapareció, junto al Orden y la aristocracia. Muchos invocadores, también. Solo sobrevivieron las familias menos interesadas en el politiqueo de la realeza. Y, bueno…, los niños.

—La Generación de los Inocentes —susurró Anna, con los labios apretados en una fina línea.

Rako frunció el ceño.

—Se le llamó así a la generación criada por los supervivientes de la Masacre —explicó el caballero—. Algunos huérfanos seleccionados aleatoriamente fueron trasladados a las antiguas residencias de los nobles y, cuando tuvieron edad suficiente, también heredaron sus títulos. Ocuparon su puesto. Verenize cuidó de lo que quedaba de la capital como si fuese su verdadera familia, y los Inocentes crecieron considerándolo un dios salvador.

—Horrible —bufó la pastelera.

Por supuesto, Moira chasqueó la lengua.

—Y luego Agavlia metió la pata y nos arrastró a todos con ella.

—No —la contradijo Sasha—. Verenize siempre tuvo intención de conquistar las demás tierras.

«Voy a regalarle el reino que se merece», había dicho, y el caballero lo recordaba con nitidez absoluta, como recordaba cada mínimo segundo de aquella noche a la que los Inocentes habían llamado «la Ascensión». Se lo había dicho antes de que Sasha le arrebatase la magia, con pupilas doradas y esa aureola refulgente que lo coronaba como algo sagrado. Era la imagen más terrorífica que Sasha guardaba dentro.

«Para que, cuando se reencarne, todo lo que haya conseguido vuelva a ella, a la legítima reina».

Hator bufó.

—Pero, entonces… ¿Por qué no conquistarlos inmediatamente, cuando todavía no sabían qué había pasado? —preguntó Rako, girándose hacia la Elegida como si ella pudiese contestarle. Hator solo se encogió de hombros, tan perdida como él.

—Supongo que Verenize quería centrarse primero en su gente. —Sasha arrugó la nariz, pensativo—. Asegurarse de que le eran fieles, de que comprendían su situación. Cuando Agavlia envió sus barcos de guerra, como te he dicho, Verenize aún no tenía ejército, solo un millón de niños en la capital y un puñado de condados cuyos gobernantes no sabían adónde mirar. Así que, como siempre, el rey fue más listo.

Rako se abstuvo de comentar esta vez. Se limitó a entrecerrar los ojos y a escuchar.

—Ninguno de los reinos costeros sabía que el demonio Astrae favorecía a Veda, por lo que Agavlia no esperaba que Verenize se plantase en su fortaleza e hiciese exactamente lo mismo que había hecho en su propia capital.

La boca del daena real se abrió en un gesto de horror.

—¡Pero…! —boqueó—. ¡Eso es…! Yo creía… creía que Nize le tenía aprecio a la princesa de Agavlia. —Lo miraba con pupilas diminutas y piel pálida—. ¡Estaban prometidos! ¡Se pasaban los veranos juntos!

Eso no era *del todo* cierto. Sí, la princesa Caesia y Nize siempre habían sido cercanos, pero nunca íntimos. Los rumores de que ambos desaparecían entre los jardines palaciegos eran solo eso, rumores, puesto que Caesia ocupaba las semanas de visita intentando sobrevivir al calor de Venfica en las frescas piscinas privadas, y Nize… Bueno, Nize las ocupaba escondiéndose de ella en los aposentos de Sasha.

Había sido una mentira divertida de sostener.

—¿Quizá por eso la mantuvo con vida…? —aventuró Hator, dudosa.

—¿¡Caesia sigue viva!?

La voz de Rako sonó al mismo tiempo emocionada, esperanzada e incrédula. Abrió mucho los ojos y sus labios se alargaron en una sonrisa que a Sasha le partió el corazón, pero al menos no tuvo que darle la mala noticia. Fue la propia lógica lo que hizo que el daena real cerrase los ojos de golpe, derrotado, y chasquease la lengua.

—Ah, claro. Doscientos años.

Silencio. Incómodo. Para el caballero, a quien le tocaba revivir todas y cada una de las noticias recibidas en su exilio voluntario; para las chicas, a quienes aquellos nombres y fechas les sonaban poco más que a leyendas; y para Rako, a quien la ingente cantidad de información quizá le sería imposible de digerir. Sasha no estaba seguro de cuánto debía decir.

Tras un par de minutos, el daena carraspeó.

—A que lo adivino: Nize asesinó a toda la familia real agavle pero dejó a Caesia con vida para que ordenase la retirada naval.

—Algo así —asintió Moira—. Le perdonó la vida a cambio de que rindiese Agavlia a los territorios de la Espiral. El ejército agavle pasó a formar parte de Veda.

Aquella pausa fue un poquito más breve.

—¿Y nadie… nadie se le rebeló? —Hator se giró para mirarlos desde el lomo de su espigado caballo de guerra—. ¿Por qué nadie le plantó cara? ¿Por qué el ejército agavle no decidió desobedecer a su reina y atacar igual? Era una victoria segura.

Moira rio.

—Hator —resopló, con su mejor veneno—, estamos hablando de un rey inmortal que usa como arma a uno de los demonios más poderosos que existen. ¡Es que se lo montaron de lujo! Él la mantiene en nuestro mundo y ella le concede todo lo que se le antoje: aniquiló a media Venfica y a una monarquía entera con solo chascar los dedos. ¿Cómo le plantas cara a eso?

La rubia abrió la boca para contestar, pero no lo hizo. De hecho, las palabras de Moira sembraron un silencio pesado entre ellos, casi pegajoso, porque todos los allí presentes sabían cómo se le plantaba cara a eso: con Sasha. Con un guerrero también inmortal que llegase hasta el rey y rompiese el Pacto. Ni siquiera necesitaban un gran ejército. Solo a un único hombre.

Rako torció el gesto.

—¿Y los otros reinos?

—Córtega cayó poco después con la misma táctica —respondió Moira tras echarle un breve vistazo al caballero—, pero el rey de Servea se adelantó a las muertes y ofreció sus tierras, convirtiéndose en el primer lugarteniente de Verenize. Fueron los más listos, si lo piensas. Son los únicos que conservan su cultura intacta.

Eso pareció llamar la atención del daena real.

—Vi poco de Veda mientras la Resistencia me sacaba de allí, pero todo parecía… muy diferente. Apenas reconocía el idioma, ni la arquitectura, ni… nada, en realidad.

—Verenize toma lo que le gusta de cada reino y se lo queda para el suyo. —Moira se encogió de hombros—. Le importa bien poco lo que signifique en su lugar de origen y, al final, todos los territorios a su sombra siguen su ejemplo. Ya no son únicos. Ahora son solo la mezcla absurda que el rey ha hecho de ellos.

—¿Y Sagrarés? ¿El ejército de niños de Sagrarés? De ellos no habéis dicho nada.

Porque no querían decirlo. Anna se estudiaba las uñas con intensidad, aparentando que no había nada más interesante en el mundo, y las brujas forzaron la vista hacia delante, cortando la conversación de forma abrupta.

Rako lo miró directamente a los ojos; no le hacían falta palabras para exigir respuesta. Sasha se removió, incómodo. Sagrarés era una de las cosas que más le pesaban en la conciencia.

—El Consejo de Sagrarés rechazó cualquier tipo de negociación y Verenize arrasó el reino por entero. Ya no existe.

—¿Qué…?

—Quedan pequeños campamentos de refugiados sagrarenses en los pueblos libres, pero no son muchos. Ahora, Sagrarés es solo un desierto.

—Un cementerio, más bien —corrigió Moira—. El fuego nos dijo una vez que aún hay kilómetros y kilómetros en llamas. Cien años después. Y los que le quedan.

Sasha no se atrevía a devolverle la mirada a Rako a pesar de sentir la lava volcánica de sus iris abrasándole el cuello. Tragó saliva, esperando el momento. El momento en el que el daena real, con la voz cuajada de asco, le preguntase cómo había permitido que Verenize llegase tan lejos. Lo sintió en el escalofrío que le mordió la nuca, en la magia vomitando pus a través de los poros de sus dedos infectados, en el silencio de Venfica en la noche de la Masacre. En el dedo de Rarra que rodó hasta los pies de Nize mientras Sasha acunaba el cadáver del rey Aurel entre los brazos.

Pero nunca llegó. El caballero lo miró, interrogante, pero se lo encontró con una mano en el pecho y la cabeza gacha. Estaba pálido.

—¿Rako? ¿Qué pasa?

—Ah, Sha. Se me olvidó decíroslo.

—¿Qué…?

Rako cayó al suelo antes de que Sasha pudiese atraparlo, pero cuando consiguió darle la vuelta sus ojos castaños miraban al cielo, vacíos.

—¡Diosa! ¡Eres una diosa!

Anna intentó apartarlo, pero Rako fue más rápido y le sujetó la cara con las manos para plantarle un sonoro beso en la frente. El movimiento fue acompañado por una carcajada histérica de la Elegida y por las puntas de las agujereadas orejas de Anna enrojeciendo hasta tal punto que Sasha temió por su salud. Al menos antes de darse cuenta de que eso solo podía desembocar en la pastelera levantando su cola de pavo real, cosa que hizo en ese mismo momento con un brusco alzar de mandíbula y un:

—¡Espérate a verme cocinar de verdad! Esto son solo sobras y…

—Cilantro —le cortó Rako, asintiendo enérgicamente—. Hacía milenios que no lo probaba.

Anna no tuvo que decir nada para que Moira se girase hacia ella, tocada y hundida en un juego en el que Sasha no pensaba entrar pero en el que Rako había caído de cabeza. «Presumida», oyó sisear a la otra, y Anna rio entre dientes, arqueando la espalda para lucirse.

Había lágrimas en los ojos del daena real. Sasha sabía que eran de emoción por reencontrarse con ese sabor que tan ligado sentían ambos con su hogar. Y, aunque las demás no lo sabían, tampoco se atrevieron a decir nada. A fin de cuentas, todos seguían bastante confusos con la ida y vuelta de Rako. Carraspeó, preparándose para sacar el tema.

—En serio, esto está delicioso —insistió Rako—. Ni mi madre… Bueno, eso a lo mejor es pasarse, pero esto está al nivel de una guisandera de corte. ¡Contratada para cuando Sasha suba al trono!

Ah, ahí estaba de nuevo.

Sasha cerró los ojos, negando con la cabeza mientras el mínimo silencio que había seguido a la frase se llenaba de exclamaciones de sorpresa y protestas. Cuando los volvió a abrir Moira estaba más pálida de lo que la había visto nunca, y ni siquiera se detuvo a analizar el abanico de expresiones frente a sí.

—¿No lo sabíais? —continuó el daena, una sonrisa incrédula bordeando la pregunta—. Es lo que quiere la Resistencia: coronar al Traidor. El mayor golpe y vergüenza para Veda.

—Y por eso me fui —zanjó él con un gesto brusco—. No me interesa la corona, ni nada que se le parezca. Ni siquiera quiero matar a Verenize. Solo qu…

—Pues deberías. Deberías estar *deseando* matarlo —le cortó Rako.

Había un timbre nuevo en su voz grave. Era un ronroneo extraño, casi amenazante, y parecía ir a juego con la oscuridad de su mirada. A su lado, Anna bajó las manos instintivamente hacia las mantas sobre las que estaban sentados, buscando algo. Algo puntiagudo y metálico. Sasha no podía culparla, porque él también había sentido el escalofrío

que habían levantado esas palabras.

Sin saber muy bien por qué, agachó la cabeza ante ellas.

Y por eso no vio a Hator fruncir el ceño e inclinarse hacia el daena.

—Rako, Sasha ya no es el encargado de acabar con la vida del rey. Soy yo. —Y una breve pausa—. El Mundo…, no, los elementos, como los llamabais, me han encomendado esta misión. Y te prometo que lo haré, Rako. Lo mataré por ti, y por Sasha, y por todos los que habéis sufrido bajo su reinado.

Alzó la vista, incómodo. Había sabido que en algún momento el daena real exigiría una explicación, como también que jamás estaría preparado para ello.

Esa vez, sin embargo, sí que pudo verlo reaccionar, ver cómo los labios de Rako formaban dos palabras y reconociéndolas a pesar de no haberlas oído ni leído en siglos, de lo olvidada que tenía su lengua materna. Se le encogió el corazón.

«Mi reina».

Rako asintió, la oscuridad de sus ojos desapareciendo poco a poco, comida por una adoración que brillaba como ya lo había hecho en su día. A Sasha le dolía verla, porque era consciente de que el daena no estaba viendo a Hator, la Elegida de la Profecía: estaba viendo a Sera, princesa heredera de Veda. Y no sabía cómo pararlo. Así que se quedó allí, cabeza inclinada y esperando a que la promesa de la rubia calmase el ambiente.

Aunque fue ella misma quien lo agitó de nuevo:

—¿Qué es lo que te ha pasado antes, cuando te has desplomado? Parecías despierto, pero no reaccionabas.

—¡Eso! —añadió Anna, ganándose un siseo tanto por parte de la arquera como por (inesperadamente) parte del caballero—. ¿¡Qué!? Ha sido escalofriante. A Sasha casi le da un ataque.

—Basta —gruñó él.

Pero tenía razón. Por respeto (o por miedo, o por mil cosas más), se habían contenido de abalanzarse sobre Rako cuando había vuelto en sí, pestañeando como quien despierta de una ensoñación mientras digería que se encontraba montado sobre Sazala, a la retaguardia del grupo. Sasha lo acompañaba a pie sin quitarle la vista de encima.

Durante las cinco largas horas que había durado la ausencia del daena, su respiración se había mantenido estable y profunda, y sus ojos, fijos en las crines de la yegua. Apenas había parpadeado, las manos cerradas alrededor del pomo de la silla tal y como se las colocara Sasha en un principio.

«Yo digo que le está mandando el informe diario al rey», había piado Anna, aunque no se había atrevido a añadir nada más después de que el caballero le soltase un corte tan bajo que le daba hasta vergüenza recordarlo. Había arrancado una risita nerviosa a Hator y

un bufido infecto a Moira.

Porque, no, a Sasha no se le olvidaba que quizá Rako fuese una trampa, pero tampoco iba a permitir que su nueva vida girase alrededor de esa posibilidad.

—Ah, sí —respondió el daena, desviando la vista con una sonrisa avergonzada—. Tendría que habéroslo dicho antes, pero con eso de que no confiabais en mí tenía la esperanza de que los primeros me pasaran de noche…, al menos hasta que…

—Pero ¿qué es?

Rako seguía evitando mirarlos a los ojos, y jugueteaba con el reborde metálico del velo que había elegido esa mañana. Lo rascaba con las uñas, recorriendo una y otra vez su silueta en un rápido movimiento obsesivo que atrajo todas las miradas.

—Es… Me empezó a pasar en la celda de eternidad, no sé con cuántos años. Bastantes. —Carraspeó, rascando, rascando—. Encontré un modo de escapar. No de la celda, claro. —Una risita corta, nerviosa —. De mí, de mi mente. Creo que una vez conseguí escapar durante varios años.

Oh. Sasha no quería escuchar más. Tenía su respuesta.

—Cuando volví a la vida real pensé que pararía, pero supongo que a mi cabeza le cuesta entender que esto no es otra fantasía suya. —Rascando, rascando—. ¡En fin! Efectos secundarios de pasar doscientos años mentalmente muerto. Solo os pido que cuando me dé el chungo intentéis que no aterrice con la cara, que yo ya volveré en cuanto pueda. Y si no se puede, pues… Bueno, tampoco necesito *todos* los dientes…

Dejó de arrepentirse por haber sido tan desagradable con Anna, quien al menos tuvo la decencia de tragar saliva, encogida. Más le valía tragarse también sus acusaciones. Por encima del fuego, la súbita mueca de Moira le dijo que acababa de llegar a su misma conclusión: no podían contar con Rako como arma.

—¿Puedes predecir o notar cuándo comienza? —preguntó entonces Hator con una delicadeza insólita en ella.

Rako sonrió. No era una sonrisa feliz.

—La mayoría de las veces. Podré avisaros unos segundos antes, a lo sumo.

—Nos basta.

Sonó a sentencia y, por primera vez, Sasha pudo atisbar lo que el Mundo había visto en Hator. Y la quiso, la quiso con una sinceridad imposible para tratarse de una desconocida que le había dado más quebraderos de cabeza que alegrías en esas dos semanas de viaje. Y quizás eso era otra de las cosas que la forjaban como la Elegida: lo fácil que era quererla.

Fue también ella quien zanjó la conversación, sacando de nuevo el

tema del cilantro en el caldo de Anna y arrastrando a Moira mágicamente a su poco disimulado plan. Sasha y Rako se miraron, un silencio cómplice entre los rugidos de las chicas. Bajo la luz de la fogata la cicatriz que trastocaba su mandíbula de rey parecía recubierta en metal, y sus iris, hierro al rojo.

—Oye, Sha —le dijo, suave—, yo de esto ya no voy a querer más. ¿Te lo terminas tú? Así comes algo…

Sonreía mientras se inclinaba para tenderle el cuenco. De pronto, Sasha no tenía ni ganas de comer ni de volver a oír el sonido *Sha,* pero no dijo nada y obedeció.

Mentiría si dijese que le había tomado por sorpresa.

Se refería a lo de que Hator y Rako encajasen enseguida, claro.

El daena real pasaba la mayor parte del tiempo caminando entre las dos brujas, la mano distraídamente enredada en las riendas del caballo de la Elegida y la vista siempre alzada hacia su dueña. Su conversación iba y venía sin apenas intermitencias, saltando de presente a pasado como si se tratasen de la misma época. A Sasha no le extrañaba que Rako quisiese ponerse al día con el mundo, recuperar los años que había perdido siendo humo; como tampoco le resultaba raro que Hator quisiese saberlo todo sobre el rey al que debía derrocar algún día: cómo había sido su reino, su corte, sus amigos, él.

Los demás escuchaban en silencio. A veces Moira añadía detalles del presente; a veces Sasha intervenía para corregir algún recuerdo alterado por el tiempo. Anna se mantenía firme en su cruzada contra el daena real, apretando los dientes y los labios cada vez que este cometía el desliz de dirigirle la palabra. Sasha no sabía de dónde venía esa desconfianza tan intensa, pero a Rako no parecía afectarle, así que la pasaba por alto.

Lo único que le sorprendió de verdad fue que Moira también se adaptó a Rako enseguida. Al principio se le escapaba el por qué. Aunque, un par de días después de que el daena desconectase por primera vez, lo comprendió.

—En serio, no sé cómo nadie se dio cuenta de que Nize no era una buena opción para el trono —estaba diciendo Rako, gesticulando tan fieramente como siempre—. Una vez lo acompañé al templo, porque Sasha no podía pasar, ya sabéis, por brujo… Bueno, pues vaya retahíla de preguntitas raras que se comió el pobre kleo ese día.

Sasha frunció el ceño y alzó la vista hacia ellos. Las dos brujas iban bastante adelantadas y, quizá por empatía, caminaban junto al daena con las riendas en la mano. Era la primera vez que el caballero veía andar a Moira al margen de sus altos en el camino.

No recordaba que Rako le hubiese contado jamás nada parecido.

—¿Raras en qué sentido? —preguntó, y este lo miró por encima del hombro con una sonrisa culpable.

—Pues, por ejemplo… que por qué había dieciocho infiernos pero solo un paraíso. —Se encogió de hombros—. Le dijo que, al igual que Cénesis separaba a los malvados por la gravedad de sus crímenes, Var también debería hacer algo parecido con la gente buena. —Y, de pronto, Rako imitó la voz de Verenize, arrancándole una sonrisa a Hator—. «¿Por qué los dioses y héroes tendrían que compartir su eternidad con un cualquiera? ¿Por qué yo no puedo entrar en el mejor de los paraísos?».

El caballero parpadeó. Sí, eso se lo había oído decir a Nize varias veces…, pero siempre entre cervezas y carcajadas, más un comentario destinado a hacer reír a los demás que una auténtica duda religiosa. Debería haber sabido que había existido esa visita. Se preguntó cuántas pistas se le habían escapado, cuántas cosas habían ocurrido a sus espaldas que le hubieran ayudado a comprender, a adelantarse…

—Quizás *alguien* no quería ver la realidad —comentó Moira, suave pero venenosa. No le hizo falta ni mirarla para saber que se refería a él.

—¿Sha? —rio Rako entonces—. No, qué va, no fue culpa suya. Verenize se cuidaba bien de que Sasha no lo pescara haciendo nada ni remotamente cuestionable. Hasta que ya fue tarde, claro.

Ella entrecerró los ojos, rumió sus palabras durante unos segundos y:

—Entiendo.

Tan fácil.

Al momento, a Sasha le surgieron dos dudas que le pesaron en el pecho, haciéndole respirar con dificultad. Primero, ¿cuánta gente había sabido que Verenize le ocultaba cosas? ¿Durante cuánto tiempo había estado pasando? Y, segundo… ¿por qué la arquera tomaba las palabras de Rako como verdad absoluta, cuando antes no habría perdido oportunidad alguna para añadir otro pecado más a su lista?

Al menos para esta última tenía una teoría: Moira respetaba a Rako. Se lo había visto en los ojos, cómo habían brillado cuando el daena le había espetado que debería estar deseando matar al rey. Le había faltado relamerse la rabia de sus palabras, la amenaza, el veneno supurante de doscientos años de venganza. Eso era lo que a Moira le gustaba de él: que era el único, aparte de sí misma, que se había atrevido a atacarle.

Como si Sasha necesitara sentirse aún más culpable.

Un pequeño tirón en las riendas lo arrancó de sus pensamientos. Rako se había detenido a esperarlos, y ahora se acoplaba al ritmo de sus caballos de granja con una mano enredada en los bajos de las

riendas de Sazala. Anna lo miró de reojo, pero permaneció callada.

—Te odia, ¿eh? —murmuró Rako, señalando disimuladamente a la arquera.

Se encogió de hombros.

—No es la única.

—En este grupo, sí —interrumpió Anna con un bufido.

Rako sonrió, zorruno, y, por un fugaz segundo, sus labios fueron los del rey. Sasha desvió la vista.

—Sí, ya me he dado cuenta de que vosotros dos sois muy amiguitos… ¿Desde cuándo os conocéis?

¿Cómo que «muy amiguitos»? ¡Pero si apenas cruzaban dos o tres frases al día…! Aunque, claro, Rako siempre había sido un cotilla incorregible, seguro que estaba deseando llenarse las manos con el mayor entretenimiento posible. Recuperar el tiempo perdido, vaya. Con un suspiro, alzó la vista hacia Anna, que, al parecer, le había cedido el turno de palabra. Bien.

—Desde hace bastante. Anna era la dueña de una pastelería en la aldea en la que me estuve ocultando los últimos ocho años.

—Lo sigo siendo, en realidad —corrigió esta, con un retintín vanidoso. Sasha no pudo evitar sonreír cuando además se llevó el largo cabello cobrizo a un hombro. Siempre tan dramática, cada mínimo gesto increíblemente teatral.

—¡Ah, ahora entiendo todo! —Rio Rako, atreviéndose a guiñarle un ojo a la mujer—. Se ve que te enseñaron bien cómo llegar al corazón de un hombre.

—¿Con un cuchillo?

—N-no… —contestó él, desconcertado, sin reconocer la frialdad en la voz de Anna como la ironía que era—. Con comida, claro. —Se volvió hacia Sasha, poniéndose de puntillas, así que este se inclinó para escuchar el susurro—. Sha, está loca. ¿Por qué siempre te gustan los locos?

—Te he oído. Cierra la boquita si no quieres que un día de estos te envenene el caldo, chavalín.

Y el chavalín se encogió, cazado con las manos en la masa.

—Eso es *justo* lo que diría una loca —protestó, mirándola por encima del hombro. Anna le devolvió el guiño; Rako soltó un grito ahogado—. ¡Sasha! ¿Es que no le vas a decir nada? ¡Defiende a tu amigo, hombre!

Sasha se sorprendió riendo. No fue una carcajada escandalosa, ni mucho menos, pero podía contar con los dedos de una mano las veces que un sonido así había abandonado su garganta durante los últimos años (siglos). Rako le sonrió, triunfal, y a su espalda Anna alzó las cejas en un gesto de desconcierto que Sasha hubiese preferido no ver. Odiaba ser el centro de atención. Odiaba la sensación agobiante de

más de un par de ojos fijos en él. Por eso cuando consiguió hablar no pudo hacerlo sin un carraspeo inseguro de por medio:

—No te preocupes, Rako. Anna sabe de especies tóxicas, no de venenos. Mientras no aceptes bayas de su mano estarás a salvo.

Esperaba alguna otra réplica divertida por su parte, pero no la hubo. Lo que hizo Rako fue abrir mucho, muchísimo los ojos, y girarse hacia la pastelera, quien lo miró con los suyos entrecerrados.

—¿No sabes preparar venenos?

—¿Por qué pareces tan sorprendido?

—¿Quieres aprender? ¡Mi madre era la sejmekán de la Corte!

Si a Anna eso la tomó desprevenida, a Sasha incluso más. Abrió la boca para decir algo y de ella solo salieron pequeños balbuceos que lo hicieron quedar como un idiota (o que lo habrían hecho si alguien le estuviese prestando atención).

Como en todas y cada una de las cortes reales, entre las guisanderas del castillo moraba una sejmekán, una sacerdotisa de la diosa de la muerte especializada en venenos y toxinas. A lo largo de los siglos se habían escrito mil historias y leyendas sobre ellas, convirtiéndolas casi en figuras mitológicas a pesar de que nunca habían intentado ocultar su existencia. Por obvias razones de seguridad, solo la sangre azul conocía cuál de sus guisanderas servía a Sejmek, lo que alimentaba generación tras generación el misticismo que las rodeaba.

Jamás hubiese sospechado que la madre de Rako fuese una de ellas. La recordaba demasiado frágil, demasiado menuda, demasiado…

Ah, claro. Ahí estaba la trampa.

—¿Te acabas de enterar? —sonrió Rako, pícaro—. ¿Por qué crees que el rey no la echó a patadas después de que Nize me encerrase? No podía, mi madre era la única. —Y otra vez ese timbre en su voz, esa oscuridad que sonaba incandescente en su lengua—. Por eso le pedí tantas veces que me trajese algo de comer a la celda. Sabía que ella me pondría un veneno tan rápido que ni siquiera la magia de esas paredes podría traerme de vuelta. Me prefería muerto a en eterna agonía, y yo también.

En algún momento, Anna había tirado de las riendas de su montura, frenándola en seco, y Sazala había imitado a su compañero, ahora los tres paralizados en medio de aquel valle. Rako le sostenía la mirada a la pastelera, expectante, mientras las brujas volvían sobre sus pasos con el ceño ya fruncido. Este las ignoró y repitió:

—¿Quieres aprender?

Sasha habría jurado que había ansiedad en esa pregunta.

—Se… supone que la profecía me eligió para eso —contestó ella, desviando durante un ínfimo segundo la vista hacia el caballero. Se notaba a leguas que estaba incómoda, y no era la única—. Pero ¿cómo

vas a enseñarme? Creía que solo las sejmekán conocían las recetas; los hombres lo tienen prohibido.

Rako asintió, retorciendo la sonrisa en una mueca tan sumamente Verenize que Sasha sintió un escalofrío.

—Y por eso jamás toqué un solo ingrediente. Pero las sejmekán lo son por línea de sangre, y yo era hijo único…, así que me obligó a aprendérmelas todas en caso de que llegase a tener una hija.

Silencio. Moira y Hator habían llegado a su altura a tiempo para escuchar el cénit de la conversación, y él notó la mirada de la arquera clavada en su sien como un tiro certero. Sabía lo que estaban pensando: otra pieza del puzle encajaba. Cada vez que les faltaba algo la profecía les ofrecía en bandeja un modo de solucionarlo, de llevarlo a cabo. ¿Sasha no podía matar al rey? Crearía una amenaza diseñada en exclusiva para él, con el rostro y la voz y el cabello de su difunta hermana. ¿Anna no sabía preparar venenos? Arrancaría al mismísimo Rako de Corte de la celda de eternidad en la que había estado pudriéndose solo para enseñarle.

A Sasha le empezaba a dar miedo tanta perfección. Y eso contando con que sus conjeturas fuesen correctas…

—Es una buena idea —dijo entonces Moira, estirándose distraídamente y haciendo chascar varios huesos de su espalda.

—Solo memoricé los textos —añadió Rako, aún enfrentado a Anna, hombros atrás y tensos—, las cantidades, los nombres de los ingredientes… Pero no sé lo que son, ni los he visto nunca. Para mí, la omotea puede ser tanto un tipo de serpiente como un…

—Arg, no —le cortó la pastelera, nariz arrugada—. La omotea es una planta que huele fatal.

Rako sonrió.

—¿¡Ves!? ¡A eso me refiero! Ya formamos un buen equipo y ni siquiera hemos empezado a cocinar.

Casi podía oír los dientes chirriantes de Anna, de lo fuerte que los estaba apretando. Ella lo miraba desde la cima de su montura, recta y desdeñosa a pesar de todo; y Rako desde el suelo, sonriente también a pesar de todo. A Sasha no le gustaba la mezcla de tensiones que se olía entre ellos, pero no era quien ni para intervenir ni para decidir, así que se mantuvo en silencio.

Al final, Anna suspiró y:

—De acuerdo.

Pero fue el permiso más débil que Sasha había oído en su larga, larguísima vida.

Al caballero lo habían entrenado para detectar la presencia de

demonios. Los notaba como un zumbido bajo la piel, su magia siempre sacudiéndose en un escalofrío espeso en la punta de los dedos. Era una sensación molesta a la que había llegado a acostumbrarse mientras vivía en el castillo.

En cambio, los humanos no le despertaban ningún tipo de reacción, por lo que, con un buen sigilo, cualquiera podría acercársele y rebanarle el cuello.

Que fue lo que habría ocurrido si el hedor a sudor y mugre de lo que parecían días de viaje no le hubiese alertado en el último segundo, en el que se giró solo para encontrarse con el acero de una daga buscando su cuerpo.

Con un grito de advertencia, Sasha se apartó y aterrizó de espaldas contra las brasas de la hoguera del campamento, sus dedos ya cerrándose alrededor de la empuñadura de su espada. Ni siquiera sintió el dolor de la quemadura bajo su fina camisa, demasiado concentrado en defenderse del hombre que volvía a intentar abrirle de arriba abajo. Se cubría la cara con un pañuelo raído y sus ojos oscuros lo taladraban con rabia. Le sacaba ventaja en altura, aunque no en corpulencia, y Sasha alcanzó a distinguir el rastro de barba que le trepaba por los pómulos. Por cómo se movía, recto pero inseguro, supuso que no estaba acostumbrado a enarbolar un arma tan pequeña.

—¡Moira! —llamó, su nombre el primero que acudió a sus labios —. ¡Hator!

Pero ellas ya estaban despiertas, plantándole cara a lo que fuese que los atacaba en mitad de la noche. No tuvo tiempo de comprobar si Anna corría a ponerse a salvo como habían acordado para esa clase de circunstancias, o si Rako… o si Rako se encontraba en condiciones de imitarla, porque el bandido arremetió de nuevo y Sasha rodó para incorporarse al fin, evaluando la situación.

Eran seis. Tres hombres y tres mujeres, todos con idéntica coraza de cuero e idénticos velos opacos con los que ocultar su rostro. «Soldados», le dijeron sus nervios antes de lanzarse contra el enorme bloque de músculos que suponía su líder. Este detuvo el ataque con pasmosa facilidad y usó su propio impulso para obligarlo a retroceder de un empellón, momento que Sasha ocupó con una estocada hacia sus piernas.

—¡Un arma! —oyó aullar a Rako a su espalda, voz estrangulada y ansiosa—. ¡Dadme un arma!

El caballero trabajaba mejor con objetivos concretos.

Por eso su cuerpo se movió por sí solo, un salto atrás para esquivar una daga directa al estómago y su mano izquierda aferrándose al peto del soldado para impedirle evitar la rodilla que le hundió en las tripas. A sus oídos llegaron el subsecuente gruñido de dolor, los gritos de las brujas más allá, el silbido de una flecha al acariciarle la sien. ¿Qué

estaba pasando? ¿Era esa carcajada emocionada amiga o enemiga? ¿La sangre que olía propia o ajena? Pronto, la adrenalina se comió todo lo demás, bloqueando cualquier estímulo salvo los relacionados con su oponente, aquel que consiguió zafarse de su agarre y descargarle un brutal puñetazo en la cara.

Notó antes la sangre en la boca que a Rako derribando al soldado de una embestida animal. Ambos aterrizaron en una maraña de gañidos y reflejos afilados.

—¡Sha!

—¡Aparta!

Este obedeció al tiempo que Sasha precipitaba su espada sobre la carne desprotegida, atravesando hueso y pulmón y hierba.

Hacía años que no mataba a nadie. Hacía incluso más que no lo hacía con aquella espada, con aquel nombre, y jamás con Rako a su lado, quien miraba el filo hundido con un brillo extraño en las pupilas. Una mancha oscura parasitaba ahora el pañuelo sobre la boca del hombre, sus últimos estertores ensordecidos entre el caos de la refriega. Sasha había sido entrenado para matar, sí, pero la primera vida que había quitado había sido la suya propia. No había sido la última, por desgracia, y aquel soldado solo sumaba otro nombre más en una lista que no dejaba de alargarse.

El precio por esconderse.

—Ya tienes un arma —carraspeó Sasha, apartando la daga del muerto de un puntapié.

No esperó a que Rako contestase y dio media vuelta justo para ver cómo tres flechas certeras atravesaban el torso de una mujer, tan seguidas que apenas pudo distinguirlas. Hator zigzagueaba aquí y allá, defendiéndose como la bestia que era de dos espadachines que no sabían dónde se habían metido. Sasha tuvo claro entonces que el grupo no había esperado tener que luchar: habían querido sorprenderlos mientras dormían, sin revuelos, sin resistencia.

—¡A todos menos al ladrón! —exclamaba uno de ellos, y al encararlo Sasha tardó en comprender que el borrón que componía su silueta venía del cuerpo de Anna bajo el suyo, inmovilizada por las muñecas pero revolviéndose con todas sus fuerzas—. ¡Matadlos a todos menos al ladrón!

Y Anna chilló más fuerte, elevándose como una cobra para hincarle los dientes en el rostro. No llegó a hacerlo, aunque tampoco hubo de qué lamentarse, porque Sasha sí llegó. Sentía los dedos extrañamente fríos, extrañamente muertos, todo su cuerpo obedeciendo con premura las órdenes de su cerebro. Ni un mísero gramo de duda en la forma en la que descargó el tajo contra la nuca del soldado, solo la absoluta certeza de que así acabaría con su vida; de que los alaridos de Anna al sentir el peso del cadáver caerle encima

no eran de dolor sino de impresión, una reacción común entre civiles. El caballero sabía lo que tenía que hacer. Y Rako también, más lento que nunca pero también más mortífero, serpenteando entre las sombras que atacaban a Hator hasta enterrar su nueva daga entre costillas. Recordaban cómo moverse, cómo pelear, cómo matar. Esas cosas no se olvidaban.

A sus pies, una soldado cayó de rodillas, manos cerradas alrededor de la flecha que le sobresalía de la garganta. Sasha contuvo el impulso de llevarse los dedos a su propia nuez: Moira lo había matado así dos veces.

—¡Alto! —se oyó a sí mismo bramar, y el arco que dibujaba el montante de Hator en dirección al último enemigo frenó en seco.

Las brujas lo miraron, interrogantes, pero Rako asintió y se adelantó para arrastrar al afortunado ante Sasha. «Oh», murmuró Hator, apresurándose a seguirlos. Moira se limitó a vigilarlos desde allí con el ceño fruncido.

—Quiénes sois y qué queríais.

En el pesado silencio tras la refriega, la respiración entrecortada de Anna crepitaba como una hoguera, así que el caballero se volvió para comprobar que continuaba ilesa. Se la encontró todavía encogida sobre sus mantas, rostro y cabello empapados de sangre, aunque, al notar su mirada, ella se incorporó para devolvérsela. Ni rastro de dolor en sus ojos pardos, solo confusión. Sasha le dio la espalda de nuevo.

Si Anna se había creído a salvo en aquel viaje había estado muy equivocada.

—Contesta —gruñó Rako, y tiró del pelo de la soldado como de la correa de un chucho pulgoso.

—Infantería de Gandell —masculló esta, mientras presionaba con ambas manos una herida en su muslo. Borboteaba, pero no parecía mortal—. Queríamos al ladrón de rostros.

—Ah, por los dioses.

Él asintió distraídamente a la protesta de Hator. La gandellesa le sostenía la mirada, desafiante, aunque, con lo mucho que sangraba, no tardaría en ceder. Pronto perdería la conciencia.

—¿Cuántos sois?

—Solo nosotros. Tenemos un chico guardando las monturas tras la colina.

—¿Por qué queréis al ladrón?

—Dijiste que su cabeza tenía precio —gorgoteó ella. Apenas logró entenderle—. Nuestra kleo… El rey… Lo queríamos.

Sasha alzó la vista hacia Rako, quien la mantenía en su sitio con firmeza. La tenue luz de las brasas se entremezclaba con la de la luna menguante, haciendo de su rostro un claroscuro de rojos y platas. Ni

siquiera las sombras lograban disimular que apretaba fuertemente los dientes.

Así que era eso. La mentira que les había ayudado a sacar a Rako con vida de Gandell se había vuelto en su contra. ¿Cómo no haber predicho que todo el mundo querría contar con la aprobación de Verenize, asegurarse la salvación para cuando sus tropas arrasasen los pueblos libres? Por supuesto que Gandell quería recuperar al ladrón de rostros, pero ya no para ejecutarlo, qué va, sino para usarlo de moneda de cambio. Lástima que solo fuese eso; una mentira. Aunque tampoco les convenía que el rumor llegase a oídos del Eterno.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Hator con voz débil.

—Pues matarla. —Moira tenía ya lista la flecha—. Y al chico también.

—¡No! No pod…

—Anna, nos iban a matar. Lo has visto.

—¡Pero nosotros no somos así! No somos asesinos, no somos…

La voz de la pastelera se quebró mientras buscaba otra excusa. Una vez más, Sasha se preguntó cómo había permitido el Mundo que aldeanos inocentes se vieran envueltos en la profecía. Anna nunca lo entendería. Al final, él se volvió hacia Hator:

—Esta es tu misión. ¿Qué quieres hacer?

La vio abrir los labios para protestar, pero algún pensamiento debió cruzarle por dentro, porque de pronto había rojo en sus mejillas y no era sangre.

—Aconséjame.

Sasha asintió.

—Yo la llevaría de vuelta con el muchacho de las monturas a cambio de comunicarle a su kleo que no seremos ni perseguidos ni cazados. El ladrón de rostros es nuestro, y así seguirá siendo, les guste o no. —Bajó la vista hacia la soldado durante un segundo—. Podrán llevarse consigo a sus muertos, si quieren, pero nos quedaremos con uno de sus caballos y con el dinero que lleven encima.

—O podríamos quedarnos con todos los caballos —intervino Moira tras un chasquido de lengua—. Los vuestros son de granja, nos retrasan a veces. También nos vendrían bien sus provisiones.

Rako negó con la cabeza. Alertada por el movimiento, Hator lo miró, aunque en lugar de preguntar volvió a buscar los ojos del caballero y alzó las cejas, esperando una explicación. Y este se la dio, manteniendo el tono tranquilo:

—Necesitarán caballos rápidos para llegar a cualquier pueblo antes de que ella se desangre. Y, con las provisiones, podrán tomar la ruta más rápida a Gandell, pues no tendrán que detenerse a cazar o comprar. Cuanto antes lleguen, antes entregarán el mensaje y antes nos libraremos de posibles ataques futuros. Nosotros solo necesitamos

una montura para Rako.

Silencio. Un largo y tenso silencio, únicamente cortado por la pesada respiración de la gandellesa y el castañear de los dientes de Anna. «Ah», comprendió él. «Es la primera vez que ve morir a alguien». Se giró otra vez para asegurarse de que no hubiera entrado en conmoción emocional, pero ella solo se toqueteaba la mejilla moteada en sangre ajena con la punta de los dedos, ya muy lejos del tira y afloja que se desarrollaba a pocos pasos.

Al final, Hator asintió.

—Moira. Usa su pañuelo para frenar la hemorragia. —Frunció los labios—. Luego llévatela junto al chico, entregas el mensaje y te llevas a cambio el dinero y el mejor caballo. Sasha, ¿crees qu…?

—Puedo ir yo —intervino Rako, voz contenida—. No estoy herido.

—Pero yo tampoco… —comenzó Sasha, y solo entonces se dio cuenta de que sí, sí que lo estaba. Confuso, se miró la mano derecha, que escupía pus e icor; y luego la izquierda, empapada en sangre de un corte que ni siquiera sabía dónde comenzaba. Pronto, el dolor fue ocupando el lugar que la adrenalina dejaba al desvanecerse. Maldijo entre dientes.

Al menos Moira no protestó ante la orden. Sintiéndose un tanto torpe, él retrocedió para dejarle paso, y la observó mientras le arrancaba el pañuelo del rostro a la mujer y se lo enrollaba sin cuidado alrededor del corte. La piel de Rako un destello claro al aflojar el puño en su cabello.

El tiempo se deformó entonces, Sasha por fin atreviéndose a soltar su espada, siguiéndola al dejarse caer sobre la hierba. Hator lo miraba, Rako lo miraba, Anna lo miraba, ¿por qué? La soldado no se había atrevido a decir ni una palabra desde que las negociaciones habían comenzado sin ella. Quizá ni siquiera podía. Sasha la veía deslizar la vista sobre los cadáveres de sus compañeros, pestañeando tan lentamente que apenas percibía el movimiento.

Cuando Moira terminó, levantó a la gandellesa consigo y se giró hacia él. Sasha no pudo más que devolverle la mirada desde el suelo. Por favor, que de sus labios no supurara veneno, no en ese momento. Pero lo que hizo ella fue asentir, casi ceremonial, antes de arrastrar a su presa lejos de allí. Eso era una buena señal, ¿no?

Rako la siguió, frenando solo un segundo para darle un pequeño toque con las yemas de los dedos en la mejilla.

—Ahora volvemos. Deja que Anna… —un silencio dudoso—, bueno, que Hator te mire eso.

No alzó la vista para verlos marchar, aunque oía el andar renqueante de la soldado. Hator sí que lo hizo, mordiéndose el labio inferior, y luego clavó los ojos en Anna. Siendo sinceros, Sasha prefería no enfrentarse a ella aún, así que adelantó el brazo manchado

de sangre para captar la atención de la Elegida.

—Ah, sí —susurró esta, con un respingo—. Voy a… Yo me encargo. Voy a por las cosas, ¿vale?

En cuanto asintió, Hator salió huyendo, y él la contempló rebuscar en sus alforjas las vendas y mejunjes que, irónicamente, habían comprado en Gandell por si acaso ocurría algo justo así.

Mientras ella se ocupaba de su brazo, Anna se puso en pie y comenzó a cubrir los rostros rígidos de los cadáveres con los pañuelos que habían llevado al cuello. Todo un detalle por su parte.

Luego la oyeron vomitar.

5
DE TAL MUERTE

La falta de lluvias próximas los obligó a desviarse hasta un arroyo. No para reabastecerse de agua, claro, aún les quedaba bastante, pero ninguno quería desperdiciarla más que en beber y si Sasha tenía que volver a toparse con el rostro manchado de sangre seca de Anna y con su (lógica) mueca de disgusto perdería el norte. Además, a su brazo tampoco le venía mal un poco de agua fresca. El corte le trepaba de muñeca a hombro y le dolía horrores, pero Hator había hecho gala de su fuerza sobrehumana apretándole tanto las vendas que no le sorprendería lo más mínimo si la herida se cerrase por pura presión.

Ahora, el no-verano les daba tregua con una milagrosa brisilla de media tarde, así que Sasha se alejó para asearse. Hator y Rako estaban tirados como lagartijas al sol, ojos cerrados y torso desnudo mientras se tostaban tras un chapuzón rápido, fingiendo no oír cómo una Anna de rostro limpio y cabello húmedo se quejaba de que nadie la ayudaba a cocinar. Al caballero le hubiese gustado unirse a la fiesta de camisas acumuladas en la orilla, al feliz chapoteo, porque con el paso de los años se había acostumbrado a que la gente exhibiese hasta el último centímetro posible de piel, pero la suya era aún un secreto que prefería guardarse para sí. No como Rako, quien se había adaptado a las nuevas costumbres en un abrir y cerrar de ojos y al que poco parecían avergonzar las horribles cicatrices de latigazos que le cruzaban el pecho como tiburones. A Sasha le alegraba verlo tan cómodo, aunque seguía apartando la vista por respeto.

Estaba a punto de quitarse la camisa cuando vio a Moira rodear los cinco caballos (la única barrera que lo separaba del grupo) y marchar directa hacia él. Sasha dejó caer los brazos con un suspiro, inclinándose para sumergir al menos la punta de los dedos. El carbón

de sus falanges desapareció bajo las aguas rápidas del riachuelo.

—Así que aquí andabas…

—No estoy ni a seis pasos.

—Suficientes como para saber que no debemos acortarlos.

Y, aun así, lo había hecho. Sasha se volvió hacia ella, listo para enfrentar la dentellada o regañina de turno, pero esta lo recibió con expresión relajada y pose distendida, su cabello todavía suelto empapándole la blusa a medio abotonar. Era raro verla así, por lo que aguardó en silencio a que hiciera lo que había venido a hacer.

—Buen trabajo, ayer —dijo al fin, cruzándose de brazos—. Nunca había visto luchar a ningún soldado de Veda. Sois… efectivos.

—Solo has visto a un par de guardias del rey Aurel. No sé cómo entrena ahora Verenize a su milicia.

Con los ojos entrecerrados, Moira asintió. Sasha no necesitaba ni elogios ni cumplidos de alguien como ella, pero agradecía el cambio. Se preguntó si había ocurrido algo más o si realmente había necesitado combatir a su lado para considerarle digno de su confianza… Si es que era eso lo que estaba insinuando. Contuvo un chasquido de lengua hastiado: no quería convertirse en la clase de persona que le daba vueltas y vueltas a una mísera frase.

—¿Confías en él?

Sasha se incorporó para seguir la trayectoria de su mirada. En ese momento Rako peinaba los largos cabellos trigueños de la Elegida mientras esta se reía a carcajadas de lo que fuese que le estuviese contando. Hasta Anna contenía la sonrisa con todas sus fuerzas. La escena se parecía tanto a los descansos tras sus duros entrenamientos junto a Sera y ner Aren que apartó la vista antes de que destruyera alguno de sus recuerdos más queridos.

—Lo raro es que él confíe en mí —respondió con un encogimiento de hombros—. Aunque conozco a Rako; no es rencoroso. O, al menos, no lo era hace doscientos años.

—Quizá por eso la profecía lo eligió.

Ah, la profecía. Sasha ya la odiaba, y eso que ni siquiera sabía qué decían sus versos.

—Confías en todo lo que haya tocado el Mundo, ¿eh?

—No me queda otra. Aceptaré a cualquiera que nos traiga, sean cuales sean sus raíces, porque no podemos permitirnos dudar. —Moira frunció los labios mientras comenzaba a trenzarse el pelo, los ojos fijos en el ir y venir de cada mechón—. Incluso confío en ti, Sasha. A pesar de todo, confío en ti.

No dijo nada más. El caballero la contempló dar media vuelta y marchar de regreso al grupo. Allí se arrodilló junto a Anna, Anna rezongó sobre lo mucho que había tardado en dignarse a echarle una mano, Moira siseó por toda respuesta, Anna soltó un gritito ofendido.

Lo típico, lo normal. Y, aun así, él notó el cambio en el ambiente. Lo había notado antes, también, mientras se alejaban de los cadáveres gandelleses y la pastelera aceptaba una ampolla de agua limpia de Rako.

Algo había cambiado.

Tras asegurarse de que nadie le prestaba atención, Sasha se deshizo de sus prendas sudadas y sanguinolentas y se metió en el estrecho pero profundo río, agradeciendo hasta el último de los escalofríos causados por el agua helada. Aprovechó para quitarse los vendajes del brazo y así airear el tajo, un fino hilo rojo que ya había empezado a crear costra; y también los de la mano derecha, descubriendo que la piel negruzca de sus dedos insistía en secretar diminutas burbujas de icor. Igualmente, el agua pareció venirle bien, pues por mucho que abrió y cerró la mano, esta ni sangró ni supuró. Pronto ambas heridas pasarían a formar parte del resto de cicatrices que lo plagaban, y Sasha apenas volvería a pensar en ellas.

Esa era otra razón por la que prefería no quitarse la ropa, por mucho que el asfixiante calor de mediodía le tentase.

Su cuerpo estaba marcado por los cientos de muertes que había sufrido desde la Masacre, pero también de recuerdos anteriores a esta. En su costado derecho permanecía entintada la misma luna creciente que compartía con Rako, esa que los señalaba como soldados de la Espiral; y en su pecho una gruesa cicatriz le cruzaba hasta el hombro, el solitario fantasma remanente de aquel único pero virulento latigazo. Si Sasha lo hubiese sabido por entonces, si hubiese sabido que el icor de musgo cerraba las heridas en un pestañeo a cambio de recubrirlas con esa piel oscura y escamosa… Se habría negado. Hubiese preferido curar al aire a tener una eterna serpiente negra reptándole por el pecho. No le gustaba enseñarla. Aunque, para ser sinceros, tampoco es que le gustase el resto de su cuerpo. No se le ocurría ni un solo atributo del que sentirse orgulloso.

Quizás el color tostado de su piel, oscuro y meloso, porque lo había heredado de su padre. O sus ojos negros, ligeramente rasgados, los de su madre.

Al salir se apresuró a vestirse sin siquiera molestarse en secarse primero, regresando descalzo y lanzando el batiburrillo de ropa sucia a la torre en la que se agolpaba la de los demás. Aún no habían decidido si quemarla o intentar lavarla.

Hator se había tendido boca abajo sobre la hierba, el rostro hundido entre los brazos y la complicada trenza de espiga una cresta dorada en su espalda desnuda. Rako le sonrió, presumiendo del resultado, y Sasha apenas se detuvo a recoger un puñado de vendas y broches antes de sentarse a su lado, dispuesto a disfrutar también del calor del sol.

Durante un tiempo se mantuvieron en silencio. El caballero desenrollaba la gasa; Rako lo contemplaba hacerlo. A su alrededor, las cigarras chirriando, Moira y Anna discutiendo en susurros sobre la olla, la respiración de Hator haciéndose cada vez más y más profunda hasta que…

—No me puedo creer que se haya quedado dormida —murmuró Rako, maravillado.

Sasha sonrió.

—Como tampoco me puedo creer —añadió, la voz ajada— que se parezca tanto a Sera. Me está rompiendo el corazón.

—Siento hacerte pasar por esto, Rako.

Mientras negaba con la cabeza, el daena se recolocó, sentándose en mariposa frente a él.

—No, estoy… feliz. O algo muy parecido.

Quiso recordarle que la persona durmiendo a su lado ni era Sera ni lo sería jamás, pero la calma de aquel mediodía lo animó a dejarlo pasar. No quería ser condescendiente con Rako. Quería pensar que, si él mismo había sido capaz de separar sus deseos de la realidad, con los años, el daena también lo conseguiría.

Así que se centró en vendarse, comenzando por la mano derecha.

Más fácil decirlo que hacerlo, claro. Al fin y al cabo, en esos dos siglos de heridas Sasha siempre había tenido la suerte de contar con ambas manos. Rako le permitió pelearse con las vendas uno, dos, tres minutos, y luego rio por lo bajo y:

—Anda, déjame a mí.

Con un largo suspiro rendido, Sasha le pasó las gasas y dejó la mano muerta entre las suyas.

Rako siempre había sido habilidoso con las manos, lo que explicaba esa preferencia suya por las herramientas sencillas, las armas cortas; cualquier cosa que lo mantuviese cerca del enemigo o, como en aquel caso, de los heridos. Sasha lo recordaba a menudo con su navaja, tallando madera o pelando fruta, muy diferente al clavar de uñas y dientes del rey.

Se preguntó si ahora Verenize delegaba en sus sirvientes tales minucias, o si seguía oliendo a mandarinas en invierno y a almíbar en verano. Y por eso, porque andaba distraído, no se dio cuenta de que Rako lo había arremangado hasta que un sonido estrangulado se le quedó enganchado en la garganta:

—¿¡Sasha!? ¿¡Qué…!?

El pánico duró un único segundo, pero al caballero se le hizo infinito. Al siguiente, sus ojos pasaron de las dos mujeres cocinando a la bestia dormida, vigilando que continuaban cada una a lo suyo. Antes la muerte que atraer más atención sobre las cicatrices de su antebrazo. Luego carraspeó, tenso.

—Son antiguas.

—¿Lo son?

—Solo me dejan cicatriz las heridas que me matan —aseguró, encogiéndose de hombros—. Y hace mucho que me rendí a la evidencia de que no podía morir.

Lo miró a los ojos.

Sasha había esperado una mueca de horror. Lástima, incluso. Lo que se encontró, en cambio, fue peor. Fue una sombra que le decía que le entendía más que lo de jamás llegaría a imaginar. Una comprensión profunda, ácida. Rako le apretó con fuerza la muñeca antes de asentir, pero también tragó saliva, sobrecogido. Esta vez, Sasha quiso decirle que, de haber sabido qué destino lo aguardaba, lo hubiese matado en el momento en el que Verenize había ordenado su traslado a la celda de eternidad. Le habría hecho ese favor.

—Vale —accedió Rako al fin, retomando su tarea. Sasha abrió la mano para facilitarle el deslizar las vendas entre sus dedos, la magia removiéndose bajo su piel como miles de pequeñas agujas—. ¿Y qué me dices de esto?

Eso era más fácil de explicar, y ambos contemplaron el punto en el que la oscuridad se tragaba el segundo de sus nudillos. Rako tuvo el detalle de no mirarlo mientras Sasha, por primera vez en doscientos años, buscaba las palabras adecuadas para expresarlo:

—Es… ¿Recuerdas que Verenize y yo estábamos Vinculados?

La forma en la que puso los ojos en blanco le indicó que sí.

—Vale, pues… A ver, yo antes creía que quitarle la magia a otro era un eufemismo. Creía que sería como cerrar una puerta, sin más. Pero cuando en la Masacre tiré de su magia, se la quité. Literalmente. —Frunció el ceño, sin tener muy claro si estaba haciéndose entender —. Y no sabía dónde meterla o qué hacer con toda esa magia… Así que la escondí dentro de mí. —Estiró los dedos—. Aquí, en mis manos. La mía también está ahí; no deja de moverse, quiere que la use. Pero si le hago caso, si cedo… Verenize también podría usar la suya. Le estaría dando vía libre de nuevo.

Rako permanecía inmutable, fijando las vendas con los pequeños broches dorados, ajeno a la manera en la que Sasha estudiaba su rostro. Por un momento, contempló la opción de que no le creyese. Luego alzó la vista hacia él y, con un timbre de histeria en la voz, susurró:

—¿Quieres decir que tienes tu magia *y* la de *treinta reyes* encerrada en los dedos? ¿¡Por eso están negros!? ¿¡Se te están pudriendo!? ¡Sas…!

—¡No! —rugió él, pero bajó el tono en cuanto Hator se quejó en sueños—. ¡No! Están bien. Lo que pasa es que a la magia no le sienta bien la inactividad y se ha… ¿cristalizado? Algo así. No sé explicarlo,

Rako.

El daena volvió a asentir. En silencio, le dio un par de toquecitos en la palma para indicarle que ya había terminado con ella y acto seguido le señaló el brazo izquierdo. Solícito, Sasha se arremangó hasta el hombro, mostrándole el larguísimo corte. No parecía gran cosa a primera vista, aunque había sangrado lo suficiente como para saberlo bien profundo, así que cuando Rako desvió la mirada hacia las alforjas de las brujas Sasha se preparó para protestar. Sin embargo, no llegó a hacerlo, pues este desenrolló otro metro más de gasa, habiendo considerado y desechado la idea de coserle en ese mísero pestañeo.

Aún pasaron varios minutos antes de que Rako volviese a hablar:

—Deberías usarla. Poco a poco, al menos hasta que deje de dolerte.

—¿Cómo sabes que me duele?

Rako bufó, por fin atreviéndose a sonreír.

—Te conozco, Sasha. Podrían pasar otros cien años y seguirías poniendo la misma cara de tragarte el dolor.

La carcajada se le escapó antes de poder atraparla, tan amplia que obligó al daena a inmovilizarle el brazo. De pronto se sentía mucho más ligero, incluso bajo aquel intenso sol de media tarde que lo teñía todo de fuego, incluso con tanta piel expuesta, incluso rodeado de gente que apenas conocía y que le exigía enfrentarse a aquello de lo que llevaba huyendo siglos. Respiró hondo mientras se acomodaba con el otro codo en la rodilla y la mejilla en la mano recién vendada.

—Es una buena idea —reconoció—, pero el Vínculo se basa en el equilibrio. Si extraigo un único gramo de mi magia, un único gramo tendrá Verenize disponible de la suya. Estrictamente la misma cantidad. —Rako lo miró, comprendiendo. El toque de sus dedos era un fresco alivio contra su piel hinchada por el corte—. Tengo miedo de que note que la estoy usando y tire de ella.

Silencio.

Rako ya estaba colocando los pasadores cuando contestó:

—Aun así, deberías intentarlo. Porque no creo que Nize recuerde siquiera que tenía otra magia que no fuese la de Astrae, Sasha.

Había sido buena idea tomar uno de los caballos gandelleses para el daena real, puesto que habían sido entrenados para la guerra y seguían al pelotón aunque su jinete no controlase las riendas. Rako se lo había ofrecido a cambio de Sazala, y luego a Anna, pero, al final, lo importante era poder continuar en marcha incluso cuando su mente se apagara, dejándole hueco aun con los ojos abiertos.

Como en ese momento.

Sasha sabía que no era el único incapaz de guardarse el vistazo de reojo a sus manos flojas, a las riendas resbalando entre dedos abiertos, a la forma antinatural en la que su cuerpo se encorvaba como una flor mustia, su columna a merced del bamboleo del caballo, arriba y abajo, arriba y abajo. Hator se giró una vez más para comprobar que seguía ausente. ¿Ausente? Por Visné, Sasha ni siquiera sabía cómo llamarlo.

Al menos esa vez no había sucedido en mitad de una conversación, cuando de pronto su voz se volvía aguda, notándolo venir; o en sus paradas a comer, donde lo veían apresurarse a dejar el cuenco a salvo segundos antes de que su esqueleto se rindiese durante a saber cuánto tiempo. El tramo más largo se había dado un par de noches atrás, Sasha resignándose a cerrarle los párpados después de varias horas en vela esperándolo. El tramo más corto había durado apenas quince minutos y el daena había retomado su conversación con Hator con la mayor naturalidad del mundo.

Según se acercaban a la frontera con Agavlia el clima iba cambiando, el calor tornándose cada día más húmedo y los valles y leves colinas convirtiéndose perezosamente en pequeñas arboledas de finos pero altos árboles de hoja gruesa. Ellos zigzagueaban de una a otra, aprovechando el mínimo escondrijo que ofrecían sus troncos. Como el clima, el terreno también había mutado, ahora una cuesta continua de tierra formada por un millar de piedras que rodaban bajo los cascos de sus monturas. No era difícil avanzar, pero sí cansado, pues debían guiar de manera constante a los caballos por el camino menos pedregoso. A veces tropezaban, a veces resoplaban, a veces se veían evitando una pendiente especialmente empinada para encontrarse poco después en otra peor. Si les pillaba con Rako fuera de juego, Sasha o Hator le ataban las muñecas con las riendas y rezaban porque no se cayese ni de espaldas ni de bruces. De momento no habían tenido ningún susto, y eso que lo primero que se les había ocurrido había sido compartir silla con el daena para sujetarlo durante los trechos más complicados. «Vais a ir los tres de culo», había escupido Moira antes incluso de que la Elegida llegase a poner un pie en el estribo. «Que son caballos, no mulas de carga».

La única que no parecía preocupada por Rako era Anna. La pastelera se limitaba a mantenerse lejos de él (cosa casi inviable en un grupo tan pequeño, siempre en movimiento), fingiendo que ni siquiera existía. Obviaba sus comentarios, ignoraba sus preguntas, desviaba la vista hacia otro lado. Por supuesto, Rako se lo tomaba como un reto, presumiendo de las respuestas que lograba arrancarle por accidente o hastío, ajeno a la gravedad del asunto. A Sasha también le importaba poco si se llevaban bien o no, porque la profecía era más importante que cómo encajasen sus miembros, pero en ocasiones la sorprendía con los ojos clavados en Rako, su color cobre licuado de un odio tan

visceral que le paralizaba en el sitio. Así había mirado Verenize a su doble cuando nadie lo miraba a él, y Sasha le había dejado hacerlo, le había dejado odiarlo tan libremente que el rey le había creído de su lado. ¿Estaba repitiendo el mismo error con Anna? ¿Debería intervenir? Aunque ¿quién era él para dictarle a nadie qué sentir o no por los demás? Si la mayoría de las veces, como aquella, lo único que hacía la pastelera era poner los ojos en blanco y resoplar ante las ausencias de Rako…

Y por eso, porque la estaba mirando, fue el único en captar cómo su rostro cambiaba del desagrado a la sorpresa, y de la sorpresa al horror, antes de que aullara:

—¡Hator! ¡Para, PARA!

Al instante, el caballo de guerra de la Elegida retrocedió tan bruscamente que su grupa chocó contra el hocico de Sazala. Alterada, la propia Hator también chilló y tiró de las riendas, sin saber todavía qué era lo que asustaba tanto a su montura como para que intentase huir con semejante empeño, ignorando una y otra vez las órdenes de su dueña.

Anna no dejaba de señalar y chillar en ese batiburrillo de estridencias que se le escapaban cuando perdía los nervios, así que Sasha buscó el peligro, con una mano desenvainando su espada y con la otra aferrando las riendas del caballo de Rako. Lo encontró entonces, un relámpago viscoso y brillante, los colmillos mostrados mientras su cuerpo ondulaba en clara amenaza.

—¡Pero que es solo una culebra! —protestó Moira con su habitual ardor. A su lado, la montura de Hator consiguió retroceder, pegándose a Sazala por el flanco derecho y precipitando una miríada de piedras redondas cuesta abajo.

—¿Solo una culebra? —consiguió boquear Anna, pálida y roja al mismo tiempo—. ¿Solo una…? Moira, ese bicho es una puñetera verdebeso, y es más violenta que un borracho en un bar. No huye, ataca.

Como haciendo eco de sus palabras, la serpiente siseó con fuerza, toda su longitud un hervidero de lustrosas escamas negras. Sasha comprendió su nombre en cuanto abrió las fauces otro tanto, paladar y garganta de un intensísimo verde esmeralda.

—¿Es venenosa?

La cara de Anna era una respuesta en sí misma, pero contestó igual:

—Muchísimo. Si esa cosa nos pica estaremos muertos en un par de minutos.

—Pues nos buscamos otro camino y punto —resolvió Moira—. Hator, tira.

Pero la pastelera ya no les estaba prestando atención. Lo que hacía

era fulminar con la mirada a Rako con tal pinta de ofendida que por un instante Sasha creyó que este había vuelto y ya había cometido el error de hablarle. Tardó solo un segundo más en entender que Anna rezumaba rabia *precisamente* porque Rako seguía fuera de combate.

—¿Qué pasa? —preguntó Sasha, interponiendo un brazo entre Elegida y verdebeso para asegurarse de que Hator no se lanzase de cabeza a por ella (pues casi podría jurar haberla visto relamerse ante la idea de una nueva pelea, aunque fuese contra un reptil).

—Tienen el veneno más rápido del mundo —rezongó Anna, pasando la vista del daena a la víbora y de la víbora al daena—, pero *apesta.* Es prácticamente imposible colarlo en una bebida o mezclarlo con la comida, hasta el más tonto adivinaría que se lo quieren cargar.

Moira estrechó los ojos.

—Prácticamente —repitió.

—Y este imbécil va y se pone a echar la siesta justo cuando necesito saber si su madre sabía desolorizarlo.

—Eh —le reprendió Sasha el insulto.

—Desodorizarlo —corrigió Moira a su vez.

—¡La matamos y nos la quedamos hasta que despierte! —gritó por encima de ellos Hator, la sonrisa audible en sus palabras—. ¡Y si Rako dice que sí que puede le sacamos el veneno y ea!

Anna suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—No funciona así. Cuando mueren, las verdebeso expulsan el veneno internamente para infectar su carne.

De pronto interesada, Moira arqueó una ceja, y Sasha pondría la mano en el fuego (la vendada) a que desearía poder envenenarse a sí misma al morir. Se ahorró el decirle que le bastaría con morderse la lengua con esos dientes puntiagudos suyos.

Pero la serpiente no parecía tener intención de esperar a que se decidiesen, así que zigzagueó con las fauces abiertas en dirección a las patas delanteras del caballo de Hator. Aterrorizado, el animal se encabritó, y Sasha se volvió hacia Anna mientras sus propias monturas retrocedían por sí solas.

—¿Cuánto de preciado sería ese veneno si Rako supiese camuflarlo?

Ella entornó los ojos, pensativa.

—Bien tratado, es indetectable en la comida y no deja huella en el organismo. Si lo vendemos, ganaríamos suficiente como para comprarnos una finca resultona. Si lo usamos…, pues eso, la palmas en dos o tres minutos.

—Vale. Prepara un frasco.

No es que Sasha no le temiera a la muerte. De hecho, quizá la temía aún más ahora que sabía por lo que pasaban su cuerpo y su mente cada vez que la experimentaba. Sin embargo, morir también le

había enseñado que, en ocasiones, merecía la pena arriesgarse a esos segundos de pánico y desesperación que devoraban hasta el último retazo de lógica en sus neuronas.

Por eso se negó a pensarlo dos veces antes de envainar su espada, desmontar y avanzar a paso lento hacia la verdebeso.

—¿¡Qué haces!? —chirrió Hator.

—Tranquila —contestó, voz calmada—. Soy inmortal.

Y, aun así, trató de hacerlo con todo el cuidado del mundo. Oyó cómo las chicas contenían la respiración (oyó cómo *Moira* contenía la respiración) al mismo tiempo que la víbora lo encaraba con un siseo tan intenso que le vibró en el interior de los huesos. Solo tenía que inmovilizarla contra el suelo y evitar que le hincase los colmillos. Si lo pensaba, no era tan difícil. Se refería a fallar, claro.

Hazlo de una vez, se dijo, y por alguna razón sonó como la voz de Moira.

Eso fue lo que le hizo saltar, sus manos aterrizando al instante sobre piel más blanda y cálida de lo que habría apostado. La verdebeso se movió como un látigo, retorciendo su cabeza triangular hacia él a la velocidad del rayo, pero Sasha fue solo un pestañeo más rápido y deslizó una palma por sus escamas resbaladizas hasta aplastar lo que debía de ser su cuello contra las porosas piedras de la pendiente. Era bonita. No le sorprendió: estaba acostumbrado a que las cosas bonitas fuesen también terriblemente letales.

Por el rabillo del ojo vio cómo Anna desmontaba para correr hacia allí, en sus manos una pequeña ampolla de cristal y una fina y tensa tela anudada como falsa tapa. Él la miró, interrogante, y ella se apresuró a contestar:

—Es para que no entre sangre o saliva, solo veneno.

Sasha asintió, así que Anna se cernió sobre la serpiente, frasco alargado en ofrenda para que lo mordiese.

Todo ocurrió muy rápido.

Justo mientras Sasha izaba su cuello escamoso hacia el tarro, la serpiente chasqueó con virulencia, tratando de liberarse del agarre. Se le escurrió por entre los dedos de la izquierda, increíblemente rápida, y el miedo a que le cayese encima a Anna lo impulsó a tirar de su cola hacia atrás con la otra mano para apartarla de ella. Fue un movimiento instintivo, acto reflejo, más desesperado que inteligente, pero en cuanto se dio cuenta de que eso lo dejaba al descubierto ya era tarde. Hator chilló para advertirle, Anna chilló de pánico. Él se ahorró el escándalo por puro orgullo, apretando los dientes con la misma fuerza con la que la verdebeso le hundía los suyos en la piel.

—¡Sasha!

El dolor tardó apenas unos segundos en aparecer y, cuando lo hizo, vino acompañado de una tormenta eléctrica que lo dejó ciego y sordo,

descargas blancas que iban adueñándose de todo su cuerpo. Notó cómo sus pulmones se paralizaban, convirtiéndose primero en piedra y luego en hielo. Le temblaban las manos, le temblaba la sangre.

—¡No! ¡Sasha! —seguía gritando Anna, pero su voz era ahora diferente, extraña—. ¡Lo siento! ¡Lo siento!

Logró hacer un gesto brusco con la mandíbula, porque hablar cruzaba cualquier límite, demasiado concentrado en no soltar al monstruo que acababa de matarlo. A Anna también le temblaban las manos (¿o eran sus pupilas manchadas, que las veían borrosas?) alrededor del frasco.

Sus padres lo habían criado para ser testarudo. Sasha había tomado ejemplo de su madre, cabezona como una mula; y de su padre, que prefería romperse el brazo a darlo a torcer. No sabía ser de otra manera. Y lo demostró de sobra aquel día, aprovechando sus últimos segundos antes de morir para guiar la cabeza de la verdebeso hacia la ampolla y obligarla a clavar los colmillos en la tela. El veneno era ligero, agua, y de un color amarillento que le recordó a la bilis que ahora le ardía en la garganta. Le pareció irónico que fuese el mismo que le corría por las venas, pudriéndolo de dentro hacia fuera. Si pudiese reír, lo hubiese hecho. Tampoco era capaz de recordar cuándo había dejado de respirar, ni cuándo había comenzado a sufrir espasmos, la falta de oxígeno comiéndoselo todo.

—Ya está, Sasha —le llegó la voz de Anna, y el toque suave de sus dedos en el hombro—. Ya está.

Le hubiese gustado dejar a la verdebeso en libertad, pero ya no se fiaba de ella. No cuando pequeñas estrellitas de color rojo y azul parasitaban los bordes de su visión, picoteándole los ojos, las pestañas, los dedos. Sus manos le obedecieron una última vez, aniquilando de un golpe seco a la serpiente.

Se miró la mordedura. Los dos pequeños agujeros en su mano izquierda le recordaron a la cavidad de una encía sin diente, y la comparación desencadenó finalmente el tan característico pánico. No merecía la pena intentar pensar con lógica, porque su cerebro insistía en chillarle una y otra vez que se estaba muriendo.

Sasha murió con un gemido en la garganta y con la mano de Anna en el hombro.

De tal muerte, tal resurrección.

Lo primero que sintió fue el oxígeno llenando sus pulmones, hinchándose como la vela de un barco bajo el viento raso. Después, la luz le atravesó los párpados, y poco a poco empezó a distinguir las venas finas que los decoraban, el implacable sol de mediodía

calentándole entero. El latir de su corazón le retumbaba en los oídos, retomando su compás habitual. Era un regreso lento y nivelado, por partes, y Sasha no recordaba la última vez que había vivido uno así. Los dos anteriores habían sido tan desagradables y violentos como la flecha que le había agujereado la garganta.

El último sentido en despabilarse fue el tacto, que le trajo el cosquilleo de la hierba contra la nuca. ¿Se habían desviado a una de las arboledas? Qué pérdida de tiempo, sabiendo que despertaría tarde o temprano…

Cuando abrió los ojos, Rako estaba *rugiendo*. Sasha se lo quedó mirando, sus oídos registrando el sonido a la perfección pero su cerebro aún luchando por transformar el movimiento de sus labios en algo coherente. Solo le había visto enseñar los dientes de esa forma una vez, inmovilizado por los soldados del Orden, junto a los cimientos del Mausoleo. Gritaba que Sera le quería, que él la quería, el nombre privado de la princesa en su lengua firmando su sentencia de muerte.

—¡… muerto!

Ah. Esa palabra sí tenía sentido, teniendo en cuenta la situación.

Aunque se notaba lento y pesado, en trance, Sasha consiguió girar la cabeza hacia las presas del daena: Moira con su escudo de ojos en blanco y brazos cruzados; Hator con las mejillas laceradas de rojo y conteniendo las lágrimas a base de morderse el labio. Rabia. La conocía ya demasiado bien como para saber que ese cuadro de síntomas significaba nada más y nada menos que rabia. Los ignoró para buscar a Anna con la mirada, nervioso al no localizarla de primeras. ¿Y si la verdebeso se le había escapado? ¿Y si la había mordido a ella también? ¿Y si…? Ah, no, ahí estaba. Sana y salva y con los ojos fijos en el frasco lleno de veneno, ajena a la acalorada discusión. Sasha jamás la había visto tan pálida.

—Que no nos quedaba otra, joder. Te lo hemos dicho mil veces.

—¿Teníais alguna la serpiente enrollada en el cuello y el único modo de no morir asfixiada era ofreciendo a Sasha a cambio?

—¡No! —contestó Hator entre dientes, tomándose la pregunta en serio—. ¡Pero sí que intentó atacarnos! ¡Varias veces!

—¡Me da igual!

No parecía haber pasado mucho tiempo desde su muerte. O, por lo menos, no desde que Rako se había enterado. Sasha se removió, tratando de incorporarse para decirle…

—¡Sasha!

Incluso bajo la neblina de la resurrección pudo ver cómo Hator se le lanzaba encima sin pensar, y también cómo Rako alzaba una sola mano en advertencia. Más tarde, recordar el gemido angustiado de perrillo que la chica soltó al detenerse en seco le sacaría una sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó desde el otro lado de aquella frontera imaginaria.

Mientras Rako lo ayudaba a sentarse, Sasha se toqueteó la cara y el torso, comprobando que todo estaba en su sitio, que todo funcionaba como debía. El daena le dejó hacer, observándolo con una ansiedad tan intensa (no, eso era *pánico*) que terminó por contagiársela. Y ahora temblaba, temblaban los dos. De nervios y de alivio y de todo.

—Estabas muerto. —Su voz sonaba ronca, incrédula—. Estabas literalmente muerto, Sasha. Estabas frío y rígido y…

Él asintió.

—Sí. Creía que lo sabías, lo de… lo de la inmortalidad.

Rako no contestó, solo frunció los labios. Ah, joder. Debería disculparse, ¿verdad? Aunque ni siquiera tuvo tiempo de abrir la boca antes de que Moira, haciendo gala de esa actitud de mierda tan característica suya, escupiera:

—Y lo sabía. Se lo hemos dicho nosotras, pero el muy imbécil ha decidido acusarnos de asesinato en vez de pararse a pensar.

—¿¡A *pensar*!? —chirrió este, lívido—. ¡Despierto y lo primero que veo es el cadáver de mi amigo! ¿¡Cómo querías que reaccionara!? ¿¡Crees que voy a daros las gracias por usar su inmortalidad para conseguir caprichos!?

No. Eso estaba mal. Sasha carraspeó, adelantando la mano hasta apoyarla en el hombro del daena. Aún le dolía hasta el último de los nervios, de los tendones, y exhaló en un suspiro todo el esfuerzo invertido en ese simple gesto.

—Eh, tranquilo… Me ofrecí yo mismo. Una verdebeso, Rako. Merece la pena, ¿verdad?

Sus nudillos estaban blancos, y lo siguieron estando incluso después de asentir. Por el rabillo del ojo, Sasha vio acercarse a una cautelosa Anna que lo estudiaba de arriba abajo con la ampolla todavía bien aferrada entre los dedos. En su interior, el líquido amarillento se pegaba al cristal como queriendo sustituir al que su cuerpo había diluido. Tragó saliva, de pronto inquieto por tenerlo tan cerca.

—Sasha, lo siento… —musitó ella—. Yo también… Ha sido la primera vez que te he visto mo… así. Lo siento. No debí dejarte hacerlo. Rako tiene razón, era solo un capricho, no d…

—Basta —la cortó mientras comenzaba a estirarse, haciendo chascar varias vértebras—. Parad de comportaros como si la hubiese palmado. Ya he vuelto; estoy vivo. —Y, sin moverse siquiera—: Rako, ¿sabes desodorizar veneno de verdebeso?

Este no perdió ni un segundo antes de abrir la boca para recitar lo que, a oídos del caballero, parecía un batiburrillo de palabras sin sentido. Aunque para Anna sí debía de tenerlo, porque abrió mucho

los ojos y apretó los labios, atenta (ávida) como nunca antes.

—Perfecto —suspiró Sasha—. Vale, ahora escuchadme. —Y ellos lo hicieron, cuatro pares de ojos fijos en él—. No quiero más represalias ni acusaciones en mi nombre. Aunque Rako no hubiera sabido tratar el veneno, habría merecido la pena arriesgarse. Soy yo quien tiene la vida eterna; sería egoísta no usarla a nuestro favor. Asumiré todo riesgo que no podáis correr vosotros mismos, porque es lo que quiero y porque es lo mínimo que puedo hacer después de… después de todo.

Le gustaría haberse perdido cómo Moira alzó las cejas, tan de acuerdo con lo dicho que resultaba hasta ofensivo. Rako no parecía (para nada) convencido, pero optó por desviar la mirada y callar. Las otras dos asintieron con gravedad, y solo entonces Hator se atrevió a saltar sobre Sasha con los brazos por delante.

El caballero aguantó derecho de milagro, sin entender por qué lo apretaba con tanta fuerza o, en primer lugar, por qué lo estaba abrazando. Luego Hator se rio en su oído, una risotada hecha de burbujas de hojalata que lo dejó aún más descolocado. Por encima de la maraña rubia de su pelo vio suavizarse el rostro de Rako (magia) y el de Anna retorcerse con una mueca de incomodidad.

—Entonces —dijo la chiquilla al apartarse, mientras le ayudaba a deshacerse de los mechones que le había metido en la boca por accidente—, ¿esto significa que podemos batirnos a muerte en duelo?

—¡Hator! —rugió Moira.

—¿Qué? ¡Cuanto más real, mejor aprenderé! ¡Y ya le has oído…!

—Ven aquí.

Rezongando por lo bajo, Hator se apresuró a obedecer. Daena y caballero se quedaron allí sentados, contemplando en silencio cómo las tres mujeres empezaban a recoger lo poco que habían desempacado en esa parada. Aún quedaba día por delante, Sasha más que dolorido pero demasiado tozudo como para pedir un descanso después de su discursito de mártir. Bueno, ya se acostumbraría a la vida en unas horas. Lo primero era reunir fuerzas para levantarse…

—Sasha —llamó Rako, y él se detuvo al instante, mirándolo. Este no le devolvía la mirada, demasiado interesado en sus propias manos —. Siento haber montado un espectáculo. Yo… debería haber estado ahí, pero no lo estaba, y…

Consiguió esbozar una sonrisa incluso con esos labios tan resecos mientras se inclinaba para darle un leve apretón en el antebrazo. Rako había hablado en su lengua materna, y el familiar sonido raspado de las palabras le sentó incluso mejor que el agua de después. Era una sensación agradable, calmante, como todo recuerdo de su hogar que no estaba teñido de Verenize.

Le hizo sentirse en casa, aun a kilómetros, a siglos, de ella. Le hizo sentirse vivo.

No llegó a contestar, pero Rako entendió igual.

Rako y Hator jugaban con las manos entrelazadas en un puente que unía el espacio entre sus dos caballos. Las carcajadas le llegaban amortiguadas, porque Moira ya les había chistado un par de veces, pero ellos seguían absortos en su batalla de pulgares, dejando pasar las horas una tras otra como si hubiesen encontrado la panacea del entretenimiento en ese juego para críos de seis años. ¿Cómo aguantaban, si él se aburría con solo oírlos…? Aunque tampoco los culpaba, claro. Uno había pasado doscientos años encerrado en una celda blanca y otra diecinueve entrenando únicamente para luchar, luchar, luchar. Tenían derecho a recuperar tiempo perdido.

Anna se había quedado algo rezagada, la nariz hundida en su libreta de recetas, repasando unos nuevísimos apuntes sobre veneno de verdebeso. Estaba tan concentrada que ni siquiera las risotadas de los dos chavales que encabezaban la marcha lograban molestarla.

Fue ese momento exacto el que Moira escogió para colocarse a su lado. Él mantuvo la vista fija en las manos de Rako y Hator, resistiéndose a prestarle ni un gramo de su atención.

—Así que este es el culpable de que estemos todos aquí.

Sasha frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Rako —aclaró ella, señalándolo con la barbilla—. Se cargó a la princesa Sera, ¿no? Nos lo dijiste tú mismo. Y, si ella no hubiese muerto, la historia sería diferente…

No supo qué contestar. A veces se le olvidaba que, en realidad, ignoraba qué le había ocurrido a Sera aquella mañana de invierno. Y, aunque en algún punto entre los veintidós años y los doscientos había aceptado que jamás lo sabría, el misterio permanecía allí, tan enterrado en sus recuerdos como la magia en sus manos (e igual de infecto). Incluso ahora, Sasha no dudaba de que Nize hubiese visto el asesinato en los recuerdos de su daena. De lo que dudaba era de que ese recuerdo fuese auténtico.

—También dije que no estaba seguro… —carraspeó—. Rako siempre negó haberlo hecho y yo le creo. Además…, estaban enamorados. ¿Por qué iba a matarla?

Se permitió mirarla de reojo, encontrándose con una mueca imposible de catalogar entre condescendencia, sorpresa o incredulidad. Fuese como fuere, luego eligió alzar las cejas.

—No sé en tus tiempos, caballero, pero en los míos no es poco común que alguien asesine a su pareja.

—Tampoco en los que crecí yo —admitió él, asintiendo levemente

—, pero Rako la adoraba. Jamás le haría… jamás le hubiese hecho daño. Ni a ella ni a nadie.

—¿Como jamás le hubiese hecho daño a nadie tu rey?

Eso dolió. Una vez más, Sasha pensó en todos esos detalles que había pasado por alto, recuperando las conversaciones que recordaba solo a medias, las miradas de reojo, la sangre en las manos de Verenize tras destrozarle el rostro a un sirviente. Había habido tantos mudos gritos de auxilio… Pero el caballero había sido ciego y sordo ante lo que estaba ocurriendo justo frente a él. Había dejado que pasase. Se había arrodillado ante Nize y había renovado su juramento segundos después de verle perder el control… Prácticamente le había dado *permiso* para seguir haciéndolo.

En la Masacre, Verenize lo había mirado con pupilas doradas y luminiscente piel de luna mientras le decía que necesitaba una respuesta. ¿Cómo no creer que seguiría a su lado, si le había consentido todo lo demás? Las torturas, los gritos, los círculos.

Una nueva carcajada lo devolvió al presente, y alzó la vista a tiempo para cazar a Hator vengándose de su derrota a golpes de mano abierta. Rako se quejaba por vicio, tan escandaloso y agudo que Sasha dudaba de que le estuviese haciendo daño de verdad. Aunque con el brío que se gastaba la rubia…

—Pasa algo con ella, ¿verdad? —dijo entonces Moira, volviéndose para estudiarla con ojos entrecerrados—. En su cara.

Valoró cuánto tiempo tardaría Rako en irse de la lengua antes de decidirse a contestar. Seguramente una semana, máximo dos. Tres, si se le entretenía lo suficiente. Y tenía la sensación de que Moira se guardaría el secreto hasta entonces, por mucho que su Vínculo con Hator fuese casi visible a la luz, como un hilo de telaraña bajo el sol.

Así que asintió y:

—Sí. Es idéntica a la princesa Sera. En todo. Aspecto, voz, maneras… Es como verla viva otra vez. —Respiró hondo—. Rako cree que es su reencarnación.

Su reacción le confirmó que ya llevaba días sospechándolo. Ni gritos ahogados, ni más cejas alzadas, ni palidez. Solo sus labios retorciéndose en un desdeñoso gesto de aversión.

—Y también cree que va a volver a caer rendida en sus brazos, por lo que veo. Pues que se quite esa idea de la cabeza, porque conozco a Hator y no es ninguna princesita vederesa. No lo es para nada.

—Sera tampoco —protestó Sasha, seco—. Sera era… eso, Sera. Da igual. De todas formas, Hator tiene los ojos marrones, así que la reencarnación queda descartada. Por eso Gandell nos dejó entrar. —Los de Sera habían sido azules, como los del resto de su linaje. Como los de Nize—. Y Rako lo sabe. Sabe que no son la misma persona.

Eso pareció poner fin al asunto, aunque Moira no regresó junto a

Hator. Se quedó allí, a su lado, por lo que supuso que aún no habían terminado. A fin de cuentas, la arquera no le dirigía la palabra si no era para soltarle un corte o para tratar algún tema relacionado con la misión.

Cuando volvió a hablar, sus cuerpos arrojaban la sombra más breve del día y Rako había cometido el error de interrumpir el estudio de Anna para preguntarle qué había de comer. Los rugidos de la pastelera acompañaron la voz de Moira:

—La magia del rey nos daría ventaja.

—¿Qué?

—Rako dice que podrías llegar a controlar la magia que le robaste, que no se daría cuenta.

Sasha abrió la boca para rebatírselo, pero la cerró en cuanto se dio cuenta de que no sabía qué responder. ¿Por qué toda esa conversación giraba alrededor de Rako? ¿Por qué parecía que esos dos cotilleaban a sus espaldas? Aunque era imposible, ¿no? Los habría escuchado. Los habría *visto*.

No se le escapó cómo Moira bajaba la vista hacia el negro de sus dedos. Él la imitó, en su mano izquierda ya brillantes las dos pequeñas cicatrices que la verdebeso había dejado a su paso. Se removió, incómodo.

—Rako no es mágico —dijo—, no sabe…

—No pierdes nada por intentarlo.

—Es demasiado arriesgado. Si Nize nota que la estoy usando, tirará de ella y… No le viste la noche de la Masacre, Moira. —Al pestañear, ahí estaba. Grabada en el reverso de sus párpados, resplandeciente, la aureola sagrada que lo había coronado—. Con esa magia podría invocar a los mismos dioses.

—O quizá podrías invocarlos tú.

La blasfemia le quemó los tímpanos y Sasha siseó, intentando quitársela de encima. El solo pensamiento de atraer la séxtuple mirada de un dios le levantó tal escalofrío que se envaró sobre la silla de montar, abrumado, comprobando por puro instinto que la inmensa mayoría de su piel permanecía cubierta.

Todo bien. Todo en orden.

Cuando logró calmarse lo suficiente como para contestar ya era tarde: Moira había retomado su lugar en la vanguardia de un trote ligero, y charlaba con Hator como si jamás se hubiese marchado. Mejor, en realidad. Mientras respiraba hondo, Sasha contempló de nuevo la magia gangrenada en sus manos.

La resurrección había purgado toda herida de su cuerpo, llevándose por fin consigo el icor del demonio espía y desterrando para siempre el corte del brazo, ni una sola cicatriz como recuerdo. Pero los cristales de magia se le clavaban por dentro, incansables,

siempre seguidos de ese chillido lejano con el que los elementos le suplicaban que les dejase entrar. O salir. Sasha ya ni siquiera recordaba cómo había sido capaz de hablarles.

Y se preguntó, por primera vez, si no sería eso que ennegrecía sus dedos otra arma más de la profecía.

Lo despertó una violenta sacudida a su lado seguida de un grito ahogado.

Sasha se incorporó como punzado por una aguja, su mano izquierda volando hacia su espada y los dientes ya apretados, pero apenas había cerrado los dedos alrededor de la empuñadura cuando se dio cuenta de que no existía amenaza alguna de la que defenderse.

Desde su puesto de guardia, Moira se giró perezosamente hacia allí. Sus ojos se encontraron por encima de la hoguera y él asintió, sin gastar saliva en decirle que todo iba bien. Que solo era otra de las pesadillas de Rako. Ella le devolvió el gesto y volvió a lo suyo. Sasha, por su parte, se recolocó la manta y se acercó al daena, quien se había incorporado sobre los codos pero mantenía la cabeza gacha, la curva de su espalda aún subiendo y bajando al compás de su respiración agitada.

—Ey… ¿estás bien? —preguntó en susurros, dándole un leve apretón en el hombro.

Rako se pasó las manos por el pelo húmedo de sudor antes de desplomarse de nuevo sobre las mantas y revolverse hasta quedar boca arriba. Por un momento, Sasha pensó que fingiría no haber soltado jamás semejante alarido, aunque finalmente el daena asintió.

—Sí, perdona.

—No es nada. Yo ya estaba despierto. —La mentira piadosa le aguijoneó la lengua.

No era fácil. No lo era para ninguno de los dos, pero para Sasha suponía un horror añadido tener que enfrentarse al rostro aterrorizado de Rako, pues su adiestramiento como caballero lo forzaba a actuar, a encontrar la manera de proteger a un Nize que no era Nize.

Y, sin embargo, Rako tenía la forma de su nariz, sus pómulos altos, sus cejas claras. Era imposible que su mente no le jugase malas pasadas, ahogándole al mismo tiempo en el pánico de verle y en el deber de mantenerle a salvo.

Sasha se recostó de lado, usando el brazo izquierdo como almohada. Rako lo miró de reojo y arrugó la nariz, recordándole con ese simple gesto que continuaba ofendidísimo porque sus heridas hubiesen desaparecido al resucitar («Tan arduo esfuerzo en vendarte… ¡para nada!»). La pomposidad de la queja le hacía sentir mejor, y eso

el daena lo sabía muy bien.

Aunque, a decir verdad, le parecía injusto que Rako siempre supiese cómo normalizar su inmortalidad mientras él ni siquiera sabía qué decirle en esas ocasiones. Se sentía oxidado después de tanto tiempo teniéndose solo a sí mismo.

Al menos Rako seguía consciente. Una suerte, porque las pesadillas solían traer consigo una honda ausencia que se alargaba hasta el amanecer.

—Rako.

—¿Hm?

—¿Cómo aguantaste… tantos años?

No había sido eso lo que había querido decir, y se mordió con fuerza el interior de la mejilla como si así pudiese tragarse sus palabras. Sin embargo, a Rako no pareció molestarle la pregunta, girando también sobre su costado hasta quedar ambos cara a cara. Echó un vistazo breve a Moira antes de susurrar:

—No lo sé. —Sasha tardó en darse cuenta de que volvía a usar su lengua materna, ahora una suerte de código secreto entre los dos—. A veces sigo creyendo que estoy en la celda. Cuando mi mente se apaga es allí donde voy. —Se mordió el labio, buscando el modo de explicarse—. Es como si… como si algo dentro de mí se negase a creer que soy libre. Me obliga a volver.

—Lo siento tanto…

—No lo hagas. Estamos juntos ahora, y nos vengaremos.

A Sasha le hubiese gustado no ser tan evidente como para desviar la vista. Rako frunció el ceño, esperando una respuesta que no llegó. Y era consciente de lo patético que debía de parecerle, negándose a hacer algo no solo *profetizado,* sino que ya había hecho en incontables ocasiones. Simplemente tenía que matar a una única persona más, a una. Así de fácil, liberaría al continente entero del monstruo que lo había torturado durante siglos. Sasha entendía el odio y la rabia de Moira igual que entendía la forma en la que Rako lo miraba en ese momento.

—¿Por qué no quieres matarlo, Sasha? Después de todo lo que ha hecho… Venfica, mis padres…, Sagrarés…

El caballero dio media vuelta; el daena suspiró con tristeza. No estaba preparado para hablar de lo que lo retenía, de las contradicciones entre costillas. Por eso esperaba que darle la espalda, junto a su silencio, finalizase la conversación.

No funcionó, claro.

—En la Resistencia decían que era porque estabas enamorado de él.

Fue su cuerpo el que se giró bruscamente, el que se cernió sobre Rako y rugió:

—Eso es *mentira.* No hay momento en el que no desee haberlo matado aquella noche. No hay nada de él que no quisiera hacer desaparecer. *Nada.* No he vivido ni un solo día de estos doscientos años sin decirme…

Ni siquiera supo cómo continuar, la garganta cerrada del insulto. ¿Eso era lo que pensaban de él? ¿Esa era la única razón que encontraban para justificarle? Ni el honor, ni el deber… No. La rabia le picaba en la punta de los dedos, aplastando su magia contra músculo y tendón hasta doler. Rako, en cambio, lo contemplaba sin haberse movido ni un mísero centímetro, expresión extrañamente pétrea, tranquila. Tampoco se movió al decir:

—Pero sabes que él sí, ¿verdad?

—¿Qué?

—Nize, de ti. ¿Por qué crees que sigue buscándote después de tantos años?

Al principio, no supo qué responder. Quizá por cómo Rako le sostenía la mirada, sus ojos de cobre un aro de lava a la luz de la hoguera. Lástima. Lo que había en sus ojos era lástima.

—¿Porque me odia…?

No había otra razón. Sasha lo había traicionado, tal y como había traicionado a Rako, atrapándolos a los dos en el castillo. Se merecía que el daena lo odiase con la misma intensidad con la que lo odiaba su rey, y era incapaz de comprender por qué no lo hacía.

Rako rio.

—Sí, bueno. Quizás esa es la segunda cosa que siente por ti.

Y luego, sin más, se arrebujó en su manta y cerró los ojos, poniéndole punto y final a la conversación más rara que habían mantenido desde su regreso al mundo real. Sasha lo miró durante unos segundos, descolocado, antes de seguir su ejemplo y, lentamente, volver a su lugar ya frío entre las mantas.

Otra razón más para no dormir.

6
SECUESTRO SISTEMÁTICO

Anna había tenido el detalle de prepararle un revuelto de restos con la excusa de que lo poco que les quedaba en las alforjas se echaría a perder si no se usaba y, la verdad, Sasha le estaba agradecido. Aunque incluso recién resucitado había insistido en ceder su parte, ahora se alegraba de pasar ese brevísimo rato de descanso sentadito a la sombra de una arboleda con su cuenco de puré de setas. Ni siquiera recordaba la última vez que había probado bocado.

La frontera con Agavlia se daba de forma natural gracias a la enorme cordillera que la separaba de los pueblos libres, aquí y allá banderas de color blanco y dorado señalando los pasos controlados por el ejército de Veda. Para atravesarla sin ser vistas, las brujas habían tomado un estrecho puerto de montaña secreto que siquiera se arriesgaban a mentar por miedo a que Rako resultase un espía involuntario. Él se había encogido de hombros, ni molesto ni dolido.

Mientras se llevaba la cuchara a la boca, Sasha contemplaba cómo Moira limpiaba la olla que Anna, ahora echada tranquilamente en la hierba, había usado para cocinar. Más allá, Hator y Rako combatían una vez más, quizá la cuarta ronda de la tarde.

Con el paso de los días, se había dado cuenta de que Rako no se movía como lo había hecho antaño, cuando eran compañeros de guardia. Mucho del cambio provenía de las cicatrices que le cruzaban el torso y del hombro permanentemente hundido, sus ataques ahora más lentos, más bruscos. Y, sin embargo, seguía haciendo gala de esas fintas y engaños en los que Hator caía una y otra y otra vez, acostumbrada a toscos maestros de esgrima que le habían enseñado a luchar solo de frente. Eso no le impedía ganar la inmensa mayoría de los asaltos, Rako demasiado oxidado como para frenar sus feroces embestidas.

Le divertía mirarlos porque no parecían practicar para matar. Había demasiadas carcajadas, chillidos y provocaciones de por medio, señales más típicas de entretenimiento que de entrenamiento.

En ese momento Rako se deshacía de la camisa para limpiarse el sudor del rostro, el sol delineando en luces y sombras su cuerpo de nadador, conseguido tras toda una vida dedicada al mayor acontecimiento cultural de los reinos del mar Indra.

La Cruzada se celebraba cada tres años y consistía en una maratón acuática en la que competidores de los cinco reinos recorrían a nado la costa espiral de Veda. El primero en alcanzar la playa central de la península, situada en la capital, era proclamado ganador y considerado un héroe entre los suyos. Tanto la propia competición como los festejos que la seguían solían alargarse durante semanas, multitudes acampando en la arena para jalear a los participantes al pasar, apuestas y peleas y jolgorios y triquiñuelas pasadas de generación en generación con la esperanza de adelantar un mísero puesto en la clasificación. La Cruzada se remontaba tan atrás en su historia que ningún registro recogía su origen, tan coral que su propio nombre compartía pronunciación y escritura en cualquiera de las lenguas espirales, heredado de un tiempo en el que todavía formaban un solo pueblo.

Era la única tradición conjunta que había sobrevivido al ascenso al trono de Verenize.

Rako no había ganado ninguna de las tres veces que se había presentado, pero en la última de ellas había quedado en segundo lugar, provocando que Nize pasase lo que a su caballero le habían parecido *décadas* refunfuñando por lo bajo, aprovechando cada ocasión para felicitar a su doble de una forma para nada sincera. Rako simplemente le daba las gracias y sonreía, radiante, ajeno a la ironía en sus palabras.

Sasha rio entre dientes, alegrándose de que la presencia del daena le ayudase a recuperar cada vez más y más recuerdos sin que le rompiesen por dentro.

—Se lo pasan bien, ¿eh? —rezongó Anna, con un retintín tan parecido al de ese Nize que acababa de recordar que se le escapó una carcajada—. ¡Oye! ¿Y tú de qué te ríes?

Pero tras su ceño fruncido había un sonrojo de sorpresa que no se le pasó por alto, de pronto consciente de que aún guardaba una de sus notas entre la ropa. Debería tirarla antes de que alguien la encontrase.

Por supuesto, la tranquilidad no podía durar.

El sonido del cuerno cortó el mediodía como lo haría un rayo en una tormenta, su estruendo llegando tarde a sus sentidos. Al instante, hasta el último de sus músculos se tensó, y Hator se giró rápidamente hacia allí mientras Rako se apresuraba a recoger el velo que había

dejado tirado entre sus bártulos. No había terminado ni de abrochárselo cuando Moira se lanzó al interior de la arboleda, cruzándola a toda velocidad para investigar de dónde procedía la llamada. Siempre la pionera. El caballero se sorprendió siguiéndola, hojas y piedras crujiendo bajo sus botas, ambos frenando en seco al alcanzar el otro lado. Desde luego, había sido buena idea subir la colina para resguardarse en ese último bosquezuelo antes de retomar su camino hacia la cordillera.

Encabezaban la marcha diez soldados a caballo vestidos con las capas claras del ejército espiral, a quienes acompañaban cuatro escuderos enarbolando incansablemente el estandarte del reino que Sasha tanto echaba de menos. Uno de estos últimos llevaba al cuello el dichoso cuerno, pero desde la cordillera ninguna bandera les devolvía el saludo: el sonido no había llegado hasta allí.

—La Campaña —susurró Moira, con un gemido de angustia que no la había oído hasta entonces.

Sasha asintió. Cuando el resto los alcanzó, Hator y Anna bajaron la vista al suelo en señal de respeto, de luto, pero Rako se acercó un poco más, curioso, los ojos castaños muy abiertos.

—Al menos podrían esperarse a después del Solsticio —protestó débilmente Anna, apoyándose en un árbol cercano—. Qué crueldad…

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso?

«Secuestro sistemático», lo había llamado Moira.

A los pies de la colina y tras los diez jinetes, un grupo de más de cuarenta niños los seguía a paso lento. Ninguno sobrepasaría los once años, y muchos llevaban de la mano a otros más pequeños. Sasha detectó incluso a un par de bebés que lloraban con fuerza, asidos con blandos arneses de trapo a la espalda de los más mayores. La garganta se le cerró en un nudo.

Todos y cada uno de ellos exhibía un aro de oro al cuello y una fina cadena unía sus muñecas en diez brillantes filas cuyo extremo sostenía el jinete correspondiente.

—Cada año, Verenize envía a la Campaña a recorrer los pueblos de los territorios bajo su mando —explicó Moira con un tono de voz extrañamente suave, girándose hacia Rako—. Buscan niños invocadores a quienes instruir en la Espiral. Cuando crezcan, serán parte del ejército de Veda.

Rako abrió la boca, horrorizado, aunque todavía tardó en contestar:

—Pero… ¿Y sus familias…?

—No creo que les den a elegir.

—¿Y si no quieren ser soldados?

—No creo que les den a elegir —repitió Moira, incisiva, y Rako asintió.

Contemplaron la marcha en silencio durante unos minutos mientras el sol abandonaba su trono. Sasha lo sentía por los niños, por todos ellos, pero especialmente por aquellos lo suficientemente mayores como para recordar lo que se les arrancaba. Muchos habrían conseguido esconder su magia durante años; otros habrían invocado a su primer demonio a esa edad; pero ninguno de ellos olvidaría ya sus raíces.

—Son… pocos —dijo Rako un poquito después, la voz en un hilo.

Esta vez fue el caballero quien respondió:

—Por eso ahora también busca más allá de sus fronteras. Cada vez hay menos invocadores y más brujos.

—Así que era verdad —susurró él—. La magia de elementos… sí que es una epidemia.

No supo qué contestar ni a eso ni al silencio que continuaba extendiéndose entre ellos como miel espesa. La Campaña parecía haberlos dejado sin fuerzas, sin voz, y Sasha no podía evitar pensar en maneras de… Pero era imposible, porque se encontraban demasiado cerca de la cordillera… Y aquella no era su misión. Sería tomar un riesgo estúpido, innecesario. Sería gritar a los cuatro vientos que existían.

—¿Acamparán? —preguntó entonces Rako.

—Seguramente —contestó Hator, alzando la vista hacia el sol—. Los niños se cansan pronto y tendrán que darles de comer… Espero. No creo que lleguen al primer puesto de control de la cordillera hasta mañana por la tarde.

De alguna forma, eso fue la señal de salida para lo que todos habían estado pensando. Moira se arrodilló para contar el número de niños mientras Hator avanzaba lo justo para calcular a ojo la distancia hasta la primera de las ondeantes banderas. Anna, en cambio, marchó a recoger el diminuto campamento. Caballero y daena se limitaron a esperar pacientemente.

—Cuarenta y tres niños, entre ellos cuatro bebés. Diez jinetes, cuatro escuderos. Los caballos son de guerra, y parecen frescos… Han hecho varias paradas hoy.

—Y harán otra en nada —añadió Hator, señalando un punto poco más allá de su colina—. Probablemente hagan noche en el riachuelo en el que hemos rellenado las botellas esta mañana. Tenemos que esperar a que el sol caiga para comprobar si entablan contacto con la cordillera.

—Si intercambian saludos, aunque sea con antorchas, no deberíamos proceder. —Moira frunció los labios—. No sé cómo vamos a retroceder lo suficiente con cuarenta niños en una sola noche…

Hubo un pequeñísimo silencio mientras Sasha estudiaba a los diez jinetes. Los superaban en número casi cuatro a uno, pero confiaba en

que Moira fuese capaz de deshacerse mínimo de un par con el arco antes incluso de ser vistos. No quería que los niños los delatasen… Aunque era inevitable, supuso. Sin embargo, un asalto nocturno imposibilitaría la retirada completa antes del amanecer, teniendo en cuenta la dificultad añadida del terreno; y uno demasiado temprano aún pillaría en guardia a las tropas alpinas…

No había otra opción, entonces.

—Mientras despliegan el campamento. Ahí es cuando debemos atacar.

Descender la colina sin ser descubiertos fue todo un reto en sí mismo, contando con que habían decidido que Anna se les uniese con uno de sus vestidos menos amenazantes, de un terciopelo rosa dulce que destacaba sobre la hierba como una maldición. Habían comprobado que ningún soldado portara armas de largo alcance, por lo que calculaban un margen de tiempo mínimo entre que la pastelera se mezclase entre los niños para mantenerlos calmados y alguno de los militares reparase en su presencia. Sasha quería pensar que la noche nublada y el ajetreo del levantar su tosco campamento les darían un par de minutos más.

El olor a barro fresco se le colaba por la nariz, cubiertos de arriba abajo de ello como estaban para mimetizarse en la noche temprana. Lo sentía en el rostro, en el cuello, en la armadura, y a Hator le aplastaba también el pelo, pues de otro modo su color rubio habría llamado la atención como un cometa. Luego se volvió hacia Anna. Respiraba agitadamente, los ojos pardos muy abiertos, lo que lo llevó a acercarse y susurrar:

—Todo irá bien. Si alguno te descubre demasiado pronto Moira lo derribará antes de alcanzarte. —Le posó la mano en el brazo, instándola a mirarlo una última vez—. Ella nunca falla.

Anna sonrió, nerviosa, y desvió la vista hacia un punto por encima del hombro del caballero. Cuando este siguió la dirección de su mirada, se encontró con la propia Moira, quien intentaba disimular a toda costa una mueca orgullosa. Más allá, Rako susurraba breves instrucciones a Hator, rostro oculto tras uno de sus pocos velos opacos y torso acorazado con el jubón de cuero negro que Sasha se había agenciado en Tolren.

—A ello —la alentó Moira en un tono para nada animado, pero a Anna no pareció importarle, ya que se deslizó sobre la hierba seca del valle en un silencio muy poco propio de ella. La observaron con el aliento contenido, los soldados de la Campaña vociferando aquí y allá, desplegando pequeñas tiendas, encendiendo hogueras. Una hilera de

fuegos decoraba la cordillera, señalizando los puntos clave del ejército espiral, pero ningún tipo de comunicación se había dado entre ambos grupos. Que ellos hubieran visto, claro.

No hubo gritos cuando Anna alcanzó la primera fila de niños, solo breves murmullos y miradas curiosas. Sasha vio cómo los conquistaba con sonrisas y un dedo en los labios, pidiendo su silencio, la otra mano viajando entre los cabellos de los más pequeños en una caricia tan delicada como el terciopelo de su vestido. Después se inclinó a preguntar algo ante lo que algunos negaron y otros señalaron hacia el interior de la manada.

—La gran mamá —murmuró Moira, la sonrisa escondida en sus palabras, y él no pudo menos que asentir.

La pastelera avanzó agachada entre los niños, vigilando las idas y venidas de la brigada sin cesar pero también sin notar que el volumen de los susurros empezaba a crecer, chiquillos esperanzados y nerviosos y asustados ante la llegada de una desconocida de largos cabellos de cobre que buscaba al mayor de todos ellos.

—Prepárate —musitó Sasha, aunque no había terminado de decirlo cuando oyó tensarse la cuerda del arco de Moira, flecha ya preparada entre sus dedos.

Apenas un minuto después de que Anna se reuniese con un chico sorprendentemente mayor, quizá de trece o catorce años, uno de los niños soltó un chirrido de emoción que cortó el campamento en dos. Sasha lo sintió en los músculos.

—¡Eh! ¿Quién puñetas eres tú?

La flecha que le atravesó el cuello fue la señal de salida.

Sasha confió en que Anna hubiese logrado difundir su plan de calma y silencio a los niños mientras todo su cuerpo le impulsaba hacia delante, a recorrer los pocos metros de distancia entre la base de la colina y los soldados que ya los esperaban espada en mano. No pareció haber funcionado, porque al chocar de su arma contra otra un niño chillaba y chillaba muy cerca de él. Su parte más animal quiso apartarlo de una patada, histérico, pero la parte de sí que mantenía la calma en las batallas se limitó a retroceder hasta las hogueras del campamento, obligando al soldado a perseguirlo.

Se notaba que hacía tiempo que su contrincante no combatía. Quizá por eso formaba parte de la Campaña y no de la primera línea de batalla. Sin embargo, sus movimientos eran ágiles y descansados, llenos, así que Sasha tardó un poco más de lo normal en desarmarla.

La soldado miró a su espada caída entre los dos y luego a él.

No habían tenido intención de matar, al menos no Sasha, pero un brillo salvaje inundó los ojos oscuros de la mujer antes de extraer un puñal de su bota y abalanzarse como una bestia hacia los niños.

No.

—¡No! —exclamó él, y arremetió a la desesperada para intentar acertarla en cualquier parte, cualquier punto, la soldado haciéndose de un tirón iracundo con la primera criatura que se cruzó en su camino. Sasha conocía el procedimiento.

Si no puedes vencerlos, destruye su objetivo.

Una flecha perforó limpiamente el cráneo de la mujer y el niño chilló aún más alto, aunque pronto un adolescente surgió de entre el barullo para llevárselo lejos de allí. Saltaron por encima del cadáver, de su rostro enterrado en el suelo y del agujero que no paraba de sangrar. Sasha alzó la vista hacia Moira, descolocado, pero ella ya apuntaba al siguiente objetivo y él debía hacer lo mismo. Así que lo buscó, sus ojos recorriendo la estampida de armaduras y espadas que chocaban y chirriaban sobre hogueras y mantas. Los niños parecían apiñarse más allá de la zona de peligro y, por un segundo, respiró tranquilo.

Al menos hasta que dos hombres se precipitaron sobre él. Sasha los esquivó en el último segundo por puro instinto. Ignoraba que su cuerpo recordara aquellas fintas, o que sus piernas guardaran tanta fuerza aún como para hundirse en vientres poco protegidos o para crujir rodillas en su camino. Oyó el chasquido del hueso antes que el grito de su dueño y acto seguido se impulsó sobre su rótula hundida para encarar al segundo, filo estallando contra filo, su acero siguiendo el contrario hasta alcanzar la empuñadura.

Luego retrocedió para evitar un ataque del soldado en el suelo, nunca tan mortífero un hombre como a punto de rendirse. Se alegraba de haber comido aquella tarde y de no arrastrar las heridas que hubiesen impedido a su espada incrustarse con tal fuerza en ese estómago. Primero vino un gemido de dolor, después el eco desagradable de algo pesado y pringoso al aterrizar sobre la hierba. Y, al final, el grito descarnado del soldado caído al sentir el cadáver de su compañero desplomándose sobre su pecho.

—¿Un poco de ayuda? —oyó exclamar a Hator, la voz aguda—. ¿Por favor?

Hizo recuento sin pensar. Cinco cadáveres y medio en el suelo y Hator peleándose como siempre con multitudes; los soldados también como siempre creyéndola la rival más débil y fallando estrepitosamente en el intento por derribarla. Sin embargo, tres parecía ser su número límite, así que Sasha esprintó hacia allí y cerró el brazo como un cepo alrededor del cuello del más cercano, preparado para cercenarlo.

No llegó a hacerlo, porque entonces su mirada dio con Rako. Con Rako inmovilizado en el suelo, tratando de zafarse de la soldado que tenía una rodilla clavada con saña en su hombro débil y una daga corta entre las manos. El hierro al rojo de sus ojos era un aullido

animal, desesperado y colérico, pero no lograría deshacerse de ella. Tampoco defenderse.

—¡Rako! —llamó, a pesar de todo.

A pesar de saber que, aunque no hubiera finiquitado a su presa en ese mismo momento, aunque la sangre no hubiera manado a borbotones de su garganta, la distancia entre ambos seguiría siendo imposible de acortar a tiempo. Arrojó a un lado el nuevo cadáver sin consideración alguna, echó a correr con su nombre en los labios. Demasiado lejos, demasiado lejos, demasiado…

Alargó la mano para llamar al viento, pero el viento no contestó.

Y la mujer dejó caer la daga. Y Sasha oyó el grito, tanto el de Rako como el de Hator como el del aire por fin llevándose a la soldado consigo y rompiéndola contra el suelo con una virulencia que jamás habría relacionado con ese elemento. Quizá porque solo cumplía órdenes.

No le dio tiempo a darle las gracias a Hator, ni siquiera a llegar junto al daena, antes de que otro guerrero de Verenize le saliese al paso.

Le gustaría decir que este defendió su vida con honor, pero a Sasha el agotamiento ya le supuraba a raudales, así que retrocedió un único paso antes de atrasar el brazo y usar todo el impulso del giro para derribarlo de una sola estocada.

Al igual que la flecha había marcado el inicio de la batalla, el aterrizaje sordo del cuerpo del último soldado marcó su final.

Aliviado, Sasha contempló cómo Rako se ponía ágilmente en pie con ayuda de la Elegida, ambos sonriéndose el uno al otro como lo harían las hienas tras la cacería. Sus ropas manchadas de barro le impedían distinguir si goteaban también rojo, así que dio un paso hacia él…

—Sasha.

No, el plan no había funcionado, y los niños gritaban, azuzados por los cadáveres de sus captores y el hedor de la sangre. Pronto el vocerío llamaría la atención de la guardia alpina, y si decidían mandar a un pelotón a averiguar qué estaba pasando… Al darle la espalda a la cordillera se encontró con la mirada urgente de Anna, la manada de crías agolpándose a su alrededor, buscando su calor.

—¡Haz algo! —le gritó él, aunque ni siquiera se le ocurría qué podría calmarles.

—¿¡El qué!? —replicó ella en el mismo tono.

Con cautela, Moira probó a acercarse a un niño, las manos alzadas en son de paz y una sonrisa tensa en el rostro. Por supuesto, sus dientes puntiagudos solo provocaron otra oleada de pánico.

Sasha no había oído un sonido tan aterrador en su vida. Había oído alaridos de miedo, aullidos de pánico, pero nada se comparaba a

los chillidos de puro terror que ahora aguijoneaban cada fibra de su cuerpo. Soltó la espada, enseñándoles las palmas junto a Moira, pero eso pareció ponerlos aún más nerviosos.

Hasta que llegó la música.

Lo hizo poco a poco, primero como un murmullo al final de su cerebro, muy similar al canto de las cigarras en verano, increíblemente presente e invisible a un tiempo. Luego se cernió sobre los chillidos, acunándolos, algunos niños deteniéndose en seco para volverse hacia la voz; ojos abiertos y llorosos y naricillas sorbiendo con fuerza. El caballero tuvo el impulso infantil de imitarlos, la canción tan grabada en su interior, tan conocida, que resultaba prácticamente imposible no seguir la letra.

A su lado, Moira suspiró, ojos clavados en cómo Anna guiaba el compás con una sonrisa amable mientras enjugaba lágrimas aquí y allá.

Que salga el sol un día más, un día más.
Que salga el sol un día más, un día más.
Que me acune con su oro una vez más, una vez más.
Que me guíe con su luz un año más, un año más.

Sus hombros se destensaron de un latigazo, de pronto muertos y agotados. La oración al Solsticio de Año Nuevo sonaba igual en todos los idiomas, la primera canción que aprendían los niños tras la de su cumpleaños. Una vez controlada la crisis con el canto de sirena de Anna, Sasha se puso manos a la obra y comenzó a arrastrar mantas y tiendas de campaña sin montar para cubrir los cadáveres. Más allá, Rako y Hator hacían lo mismo, él sujetándose el hombro con una mano temblorosa y ella vigilando sus pasos.

—Parece magia —dijo Moira, mientras cubría el último rostro con una de las banderas caídas del ejército.

—Lo es —contestó él.

—¿Todos bien? ¿Alguien herido?

Sasha terminó de romper la última de las cadenas con sus propias manos, tan fina que apenas hacía falta un tirón brusco para partirla, pero la niña lo miró como si acabase de levantar una montaña. Echó la cabeza más y más hacia atrás según el caballero se ponía en pie, con la boca muy abierta, y luego salió disparada en la dirección contraria, de vuelta a las faldas de Anna. Continuó mirándolo desde allí con desconfianza, vigilante.

—No parece que hayan herido a ninguno —contestó al fin Sasha, girándose hacia Rako—. Menos mal.

La verdad, Sasha se sentía ligeramente desplazado.

No había pasado ni media hora desde la batalla y, aunque todavía luchaban por frenar el revuelo de chillidos y protestas de los niños, sí que habían conseguido que formasen una fila para librarlos de las cadenas que los habían convertido en rebaño. Los más mayores, un chico y una chica de trece años, habían aprovechado su influencia sobre el resto para terminar de tranquilizarlos, además de recurrir a la canción de Anna cuando parecía que todo volvería a descontrolarse.

Por eso, en aquel momento, los nenes rompían las barreras de su miedo para acercarse a sus salvadores. Muchas de las niñas se arremolinaban alrededor de Hator, ayudándola a quitarse los pedazos resecos de barro del pelo y exclamando «oohh» y «aahh» cada vez que aparecía un reflejo dorado debajo. Los demás parecían repartirse entre Rako («¿Por qué no te quitas el velo? ¿Tienes hocico de zorro debajo? ¿Eres una chica? ¿Eres un lagarto?») y Moira, esta haciendo un esfuerzo titánico por mostrarse amable e incluso permitiéndoles sostener su arco por turnos. Por supuesto, los más pequeños aún seguían sentados alrededor de la pastelera, peleando por su atención.

Pero Sasha estaba solo. No solo eso, sino que pudo ver casi segundo a segundo cómo un niñito que no alzaba más de medio metro del suelo pasaba por su lado alegremente hasta que levantaba la vista hacia él y echaba a correr en estampida hacia las piernas de Rako.

—Pero ¿qué pasa? —protestó, revisando que no quedasen restos de sangre esparcidos por su cuerpo.

—Bueno, Sha —rio Rako, mientras se inclinaba para revolverle el pelo al zagal—, eres el único que lleva armadura completa. Y, además…, eres enorme. Les das miedo.

—¿Mied…? Soy igual de alto que tú.

—No decía de altura.

Y se señaló los hombros y brazos en un gesto burlón que Sasha tardó en comprender. Y prefirió no haberlo hecho, porque en cuanto entendió se sintió extrañamente culpable, sabiéndose amenazador a ojos de aquellos niños. Muchos lo miraban con suspicacia, otros se escondían detrás de los adultos. Se mordió la mejilla por dentro, sin saber si quedarse muy quieto (como en un río al pescar, esperando a que los peces se acostumbrasen a su presencia) o si ignorar el asunto. A fin de cuentas, no necesitaba gustarles, necesitaba mantenerlos a salvo.

Cosa que no conseguiría si no los ponían en marcha ya mismo, mientras la noche aún fuese cerrada.

—Anna —llamó—. Ve preparándote, voy a…

Pero ella no le estaba escuchando. En cambio, el color le había

huido del rostro, y alzó la mano rápidamente para señalar algo a su espalda. Sasha tuvo tiempo de desear que no fuesen flechas antes de que sus ojos detectasen el movimiento: luces que subían arriba y abajo, decorando la cordillera con serpenteos flamígeros.

Mierda, pensó, *un código*. Los cantos y el barullo debían de haber alertado a la guardia, lo que, en realidad, era lógico…

No sabía qué hacer. ¿Ignorar la llamada y sacar a los niños de allí a toda velocidad? ¿Contestar una serie de fogonazos y esperar que tuviesen sentido? Hiciesen lo que hiciesen, lo primordial era salir corriendo de allí, así que tragó saliva, volviéndose hacia los críos…

—Sasha. —Era la voz de Rako—. ¡Sasha!

Él lo miró, confuso.

—¡Los espejos! ¡Están usando el código de los espejos!

Al principio no lo comprendió. No comprendió qué tenían que ver unos espejos con las fogatas allá en la cordillera, al menos hasta que un destello se abrió paso en sus recuerdos, Nize y él riéndose en las almenas ante otra estupidez más llegada de la costa de enfrente. Y los destellos se convirtieron en llamas, y las llamas en un ondulante y volcánico:

«¿Todo bien? ¿Necesitáis refuerzos?».

—¡Contesta! —casi ordenó, pero Rako obedeció igualmente, primero librándose del chavalín aún aferrado a sus rodillas y luego lanzándose a por uno de los tocones de la hoguera más cercana. Lo vio agachar la cabeza, pensando, pensando, antes de alzar la improvisada antorcha y:

«Todo correcto. Son solo niños».

La respuesta no tardó en llegar, el silencio pesado y meloso en el valle.

«No decías eso cuando el pequeñajo del año pasado te mordió la nariz, Kevan».

Kevan estaba muerto.

«Haznos un favor a todos y vete a dormir».

«¡Hasta mañana!».

«Hasta mañana».

Rako dejó caer el tocón sobre la lumbre.

Anna parecía una de esas ninfas de las leyendas con su vestido de terciopelo rosa esparcido sobre la grupa de la yegua blanca. En algún momento de la noche su cabello ondulado había escapado del broche que lo mantenía preso, manchando sus hombros de mechones de cobre, y Sasha no era el único que de vez en cuando se giraba a mirarla solo por el placer de hacerlo. A los niños más pequeños los

habían aupado a los caballos de granja de Sasha y Anna, quedándose a cambio las monturas bélicas de los soldados vedereses, mucho más útiles.

Sasha sonrió al acercarse a la pastelera y esta le devolvió una sonrisa nerviosa y calmada a un tiempo:

—No me puedo creer que haya salido bien.

—Yo tampoco —contestó él, pasando la mano por el cuello del animal—. ¿Estás segura de que podrás con toda la manada?

Ella asintió, girándose para comprobar que el resto del grupo seguía azuzando a los niños para que se arremolinasen tras la yegua blanca. Anna había querido caminar junto a ellos, pero el más mayor había opinado que sería mejor si les hacía de luz guía, así que esta había aceptado a regañadientes, con la condición de cargar con uno de los bebés. Ese que ahora dormía plácidamente contra su pecho. No por mucho rato más, claro. Sasha no quería estar presente cuando comenzase a berrear.

—Será por poco tiempo. El aire le ha dicho a Hator que el primer pueblo está a unos kilómetros en línea recta, así que aprovecharemos el abrigo de las colinas… y, ya allí, me encargaré de que los adultos los vayan devolviendo a sus aldeas.

—Hay niños que ni siquiera se saben el nombre de la suya.

—Lo sé —asintió Anna, mordisqueándose el labio inferior—. Ensayo y error, supongo…

Gastaron el pequeño silencio de después en contemplar a los demás. Rako llevaba a una niñita en brazos que jugueteaba con el extremo de su velo, la trenza que Hator andaba terminando en ese momento debía de ser la número veinticinco y, con la ayuda de la adolescente, Moira subía a un diminuto chavalín a la grupa de Sazala… Ah, Sazala. Sasha iba a echarla de menos. Aunque (y no quería admitirlo) la ausencia de Anna se notaría aún más.

—¿Qué harás después? —preguntó al fin, alzando la vista hacia ella—. Has dicho que volverás a tu villa.

Rio, cantarina, y el bebé en sus brazos se removió.

—Solo para poner al día a mam… a mi madre de en qué ando metida. Lo siento, Sasha, no vais a libraros de mí tan fácilmente.

—Pues a mí me da que será de tu madre de quien no te librarás tan fácil —rio él también—. Me la puedo imaginar perfectamente atándote a una silla mientras gruñe algo como «¿Matar al rey? ¡Tonterías! ¡Que se muera él solo si tantas ganas tiene!».

A Anna la carcajada le salió por la nariz, lo que hizo torcer el gesto al bebé. Le quedaba bien entre los brazos. Sasha no quería que abandonase el pueblo otra vez. No se merecía arriesgar la vida (una vida mortal) por su cobardía. Y, aun así, se forzó a recitar las palabras de rigor:

—Te esperaremos una semana en la arboleda de esta mañana. Al octavo amanecer retomaremos nuestro camino, contigo o sin ti.

Ella asintió, muy seria.

—Y no les dejes invocar a ningún demonio —añadió el caballero, sin molestarse en disimular la preocupación—. Ya he oído a los más mayores decir que los suyos se oponen a la influencia de Astrae, pero no los quiero cerca de los niños. Esas criaturas engañan hasta al más listo, Anna, por favor.

—Tranquilo —le contestó con voz suave, inclinándose para apoyarle la mano libre en el hombro. Aún no se había desvestido la armadura, y el barro seco cayó al suelo al contacto—. Descansad estos días. Y come, Sasha, por los dioses. Aunque sea… cualquier alimaña que consiga cazar Moira.

Luego deslizó la punta de los dedos por su brazo con suma lentitud, terminando por tomar su mano en la suya para darle un apretón tan breve como firme. Sasha sintió el tacto del papel contra la palma y ella enarcó una ceja, sonriendo como si fuese una más de las niñas que jugueteaban alrededor de Hator. Negando con la cabeza pero incapaz de contener la sonrisa, se guardó la última de sus notas en un pliegue entre acero y tela.

Esa mujer no tenía remedio.

—¡Todo listo! —exclamó Rako tras ellos, ganándose las primeras lagrimitas de la nena en sus brazos. A Sasha no se le escapó el rictus de disgusto de Anna al mirarlos, pero decidió pasarlo por alto en pos de una despedida pacífica.

Retrocedió un par de pasos, dejando que los niños terminaran de agolparse en torno a la pastelera. Muchos evitaban hacer contacto visual con él, incluida la pequeña admiradora de Rako, quien solo accedió a abandonar sus brazos cuando Sasha hizo ademán de ayudarla.

La verdad, Sasha no quería ni que Anna marchara ni que regresara. Era un sentimiento extraño, aunque le alivió verlo reflejado en las dos brujas mientras terminaban de llenar las alforjas de los caballos de granja con provisiones robadas. No estaba seguro de si Rako sentía lo mismo.

—Una semana —le recordó Moira, tono neutro.

—Que sí, que sí…

—No nos hagas esperar —lloriqueó Hator—. Por favor, vuelve pronto.

Tampoco les hizo esperar para partir, despidiéndose con un par de besos lanzados al aire y con una risita que a Sasha le quitó parte del peso de encima. El rebaño marchó tras ella como soldaditos en miniatura, a paso lento y torpe, algunos girándose para agitar sus pequeñas manitas en despedida. A la zaga, el par de adolescentes le

dedicó una reverencia respetuosa a cada uno, agachando un poco más la cabeza ante Sasha.

Reparó en que el chico llevaba de la mano a la niñita que había huido a todo correr nada más liberarla, sus enormes ojos azules ahora fijos en él. Sasha no supo si desviar la mirada o sonreírle, pero ella decidió en su nombre:

—Buenas noches, señor caballero.

Fue la primera vez en doscientos años que su antiguo título no le levantó escalofríos, así que en cuanto los perdió de vista intentó combatir la ternura que ahora sentía por dentro con la severidad que le tocaba transmitir.

Por eso se volvió hacia Rako y, sin mediar palabra, lo enganchó del brazo para levantarlo de un tirón brusco. Sin embargo, no fue su largo gemido dolorido lo que confirmó sus sospechas, sino la sangre en su costado, brillante y fresca entre las manchas de fango. No se lo había imaginado, entonces. Realmente la daga había traspasado piel y músculo.

—¿Creías que podías escondérmelo?

—¡No! —replicó este, voz blanda de dolor—. ¡Pensaba decírtelo cuando Hator ya me hubiese vendado!

Al instante, la acusada alzó ambos brazos en son de paz:

—¡Lo siento!

Detrás, Moira suspiró, ya hastiada.

—Vámonos —resopló—. No querremos seguir aquí cuando amanezca.

Sasha asintió, y soltó a Rako con menos delicadeza de la pretendida. Por suerte, Hator reaccionó rápido, cazándolo al vuelo en cuanto lo vio trastrabillar.

Menuda semanita le esperaba.

No sabía hasta qué punto había necesitado descansar hasta que lo hizo, horas y horas de noche y amanecer tendido cuan largo era sobre sus mantas. El sueño fue tan profundo que ni siquiera se dio cuenta de cuándo llegó, pero sí de cuándo se fue, picoteado aquí y allá por los susurros (graznidos) de las dos brujas. Sasha se removió contra el suave pelo de la frazada, espía involuntario de su conversación:

—No puedes hacer eso.

—Tú misma me dijiste que este podía ir en diagonal.

—Pero solo en la parte izquierda del tablero.

—¿Y qué parte es esta, lista?

—¡La derecha, Hator, imbécil!

Se atrevió a echar un vistacillo, más impresionado por su energía

que molesto por haber sido despertado. Estaban tumbadas con las cabezas muy juntas y los codos plantados en la hierba, concentradísimas en un tablero de colorida madera plagado de figuritas cuyos detalles no lograba distinguir desde allí.

Le recordó mucho a un antiguo juego de estrategia con el que entrenaba la mente la milicia vederesa, pero aquel era hexagonal en lugar de cuadrado, con seis colores y no dos. Otra evolución, supuso.

No hacía falta conocer las reglas para saber que Moira iba ganando.

—¿¡Estás haciendo trampas!?

—Como si las necesitase.

—¡Eh!

Aunque el amanecer se había comido todo lo demás, el sol no acababa de asomarse tras la cordillera. Así, la mañana andaba aún a medias, teñida de esa luz azul pálida, como en un sueño. Normalmente comenzarían entonces a recoger el campamento, pero ese día daban inicio los ocho amaneceres de espera, y no pensaban moverse ni un metro más allá de la arboleda. En silencio, Sasha agradeció saber que podría dormir incluso hasta el mismísimo atardecer, si quisiera.

Así que retomó su postura de sueño, decidido a ignorar las voces de las chicas, no sin antes comprobar que Rako seguía ausente (como llevaba desde el momento en el que habían vuelto al campamento, cayendo con un sonoro golpe sobre la hierba), pero se topó con sus ojos pardos bien despiertos y una sonrisa vivaz.

Sasha se la devolvió.

—¿Qué tal el costado? —susurró en su lengua natal, señalándose el suyo propio por si acaso Rako no alcanzara a oírle.

Lo vio llevarse la mano a la herida, como si necesitase tocarla para saberlo. La noche anterior, Moira y él lo habían vendado con torpeza, su cuerpo inconsciente un enorme inconveniente para hacerlo correctamente (exitosamente). «Habrá que coser», había dicho ella. «Esperemos a que vuelva», había contestado él, mientras fijaba la última tira de venda con uno de los pasadores dorados.

—Pincha —respondió al fin, y Sasha rio por lo bajo. Luego alzó la vista hacia las brujas—. ¿Cómo pueden estar despiertas?

Él se encogió de hombros.

—Jóvenes y resistentes…

—Hablas como un abuelo, Sha.

—*Soy* un abuelo. Tengo… doscientos… —No acabó la frase, un enorme bostezo deformando las palabras.

—Pues a dormir otro rato más, yayo.

Sasha quiso reír y protestar, pero de algún modo se encontró durmiendo de nuevo.

El tiempo pasaba como miel espesa cuando no tenía nada con qué ocuparlo.

Habían contemplado cómo un escuadrón alpino bajaba a investigar qué había ocurrido con la Campaña, y mientras los soldados peinaban el terreno se habían cuidado de no poner un solo pie fuera de la pequeña arboleda en la que se escondían. Para su alivio, no enviaron a ningún otro escuadrón a recuperar a los niños, pero sí quemaron los cadáveres de sus compañeros en el mismo lugar donde habían caído, las oraciones llegándoles claras y fúnebres gracias a la acústica de las colinas. También el chillido del halcón mensajero que alzó el vuelo pocas horas después, directo a las tierras agavles más allá de la cordillera.

—Verenize sabrá que hemos sido nosotros —masculló el daena entre dientes, evitando mirar la puñalada que en esos momentos cosía Moira.

Esta gruñó, y Rako se apresuró a retomar la posición más cómoda para ella, la cual ni se acercaba a la más cómoda para él. A fin de cuentas, solo podía levantar el brazo izquierdo hasta cierto punto debido a la forma en la que sus músculos habían cicatrizado en la celda de eternidad. Sasha vigilaba de cerca el proceso, todavía ligeramente molesto porque no le hubiesen dejado hacerlo a él, pero aún más porque Rako hubiera intentado ocultarle la herida. A cada nueva puntada, este siseaba primero y se mordía el labio inferior con saña después, fulminando a Moira con la mirada.

—No seas quejica —protestó entonces Hator, aprovechando un mínimo claro entre los árboles para tomar el sol—, que no son ni trece puntos. ¡No es nada!

La verdad, a Sasha también le apetecía sentir los rayos en la piel y no en la camisa. Se notaba extraño. ¿Por qué? ¿Era por la ausencia de Anna? No, no era por eso. ¿Por el calor…? Jugueteó con el puño de sus mangas, pensativo, oyendo la conversación pero sin escucharla realmente.

—Quizá para ti, que estás acostumbrada a partirte la cabeza por ahí como el animal salvaje que eres.

—¡Mentira! ¡Mentira, retíralo! ¡Moira, dile algo!

—Tiene razón —fue lo que dijo Moira, concentrada en el próxima pespunte—. ¿Cuántas heridas de las que tienes ahora son de batalla y cuántas de caerte al andar? La de la rodilla no cuenta.

—¡Me la hice entrenando!

—Porque te tropezaste.

Rako estalló en carcajadas, a las que siguieron varios gemidos de dolor y un par de insultos por parte de la arquera.

Ah, así que era eso. Por eso se sentía tan raro.

Hacía mucho que no sentía la camaradería, que no la tenía delante tan clara y brillante y tan *cálida*. No sabía cuándo había ocurrido, pero de pronto el continuo vocerío que tanto le había molestado al principio era ahora un arrullo que indicaba que todo iba bien, que todo estaba en su sitio.

Sabía que también era gracias a Rako. De algún modo, el daena real se había convertido en un puente entre pasado y futuro, entre caballero y brujas, siempre apañándoselas para encajar allá donde fuere y de hacer encajar a los demás. Era algo que Nize siempre había odiado de él…, lo que a Sasha le había resultado incongruente, teniendo en cuenta que el príncipe lo conseguía incluso con mayor soltura, sin ser consciente siquiera de ello. Por supuesto, Sasha nunca se lo había dicho. Nize aborrecía cualquier similitud entre ambos.

—Hala, ya está —sentenció Moira, cortando con sus dientes de piraña el último hilo.

Los tres se inclinaron para comprobar que el corte estuviera perfectamente sellado, y Sasha tuvo que reconocer que él no habría podido hacerlo mejor. Quizá por eso de que cuando sufría cualquier herida grave optaba por matarse antes que pasar el mal rato de cosérsela. Había perdido práctica.

Con el gesto aún torcido, Rako dejó que Moira le parchease la puñalada con venda adherente. Al humedecerse, su adhesivo olía tan fuerte como la savia de aquella arboleda, y el caballero se encontró bufando para librarse del hedor. Hator no se había movido ni medio centímetro del claro soleado, aunque sí había cerrado los ojos, intentando echarse una siestecita. Sasha observó cómo le suplicaba al aire que «le soplase la carita». No lo hizo.

Tampoco había acudido en su ayuda la única vez en dos siglos que le había llamado.

Sasha bajó la vista hacia sus dedos negros, la magia cristalizada aguijoneándole los músculos con más fuerza que nunca. Siempre había creído que podría volver a utilizarla cuando quisiera, pero no había sido así. ¿Y si Hator no hubiese reaccionado a tiempo? Recordaba su propio brazo estirado, chillándole sin voz al viento, y el silencio. También recordaba el silencio.

A lo mejor Rako tenía razón. A lo mejor tenía la magia podrida, y debería…

—Deberías ir saliendo a cazar algo, Mo —sugirió el propio Rako, sin molestarse en ponerse la camisa antes de desplomarse junto a Hator.

—¿Para qué? Si no podemos encender fuego; el humo se vería desde los puertos de montaña.

Él entreabrió un ojo, perezoso.

—Pues yo no pienso comer crudo una semana entera. Tenemos un arroyo y dos brujas…, solo tenéis que pedirle al agua que cueza.

Oh.

—No… no se me había ocurrido —confesó Moira tras unos segundos, levantándose para alcanzar su arco—. Es mejor idea que comernos las verduras malas de la Campaña.

Hator solo sonreía, como si hubiera sido ella quien le había propuesto la idea al daena. Este la imitó y, de pronto, las dos sonrisas eran las de Sera y Nize, dos pequeños príncipes recién pescados en alguna fechoría. Pero, al mismo tiempo, seguían siendo suyas.

Se miró las manos de nuevo.

Quizá para que parase de doler tenía que dejar de vivir en el pasado.

Con un suspiro y un arrojo que hacía siglos que no sentía, Sasha se remangó hasta los hombros y reclamó un pedazo de claro junto a Rako. Cerró los ojos; respiró hondo. El ardor del sol sobre sus brazos desnudos le sacó una sonrisa.

Al final se comieron las verduras malas de la Campaña.

Que en realidad no estaban malas, era solo que Moira libraba una batalla interna contra los calabacines y berenjenas que ninguno de los otros tres lograba entender.

La falta de grandes mamíferos en la escueta arboleda los obligaba a cazar camadas enteras para alimentarse (a lo que se negaron), mientras que derribar a los pájaros carroñeros de la zona llamaría demasiado la atención. Así, desecharon la carne roja enseguida, y en cuanto la noche cayó Hator tomó su diminuta red de pesca (que, a juzgar por su estado, apenas la habían usado) y serpenteó hasta las aguas del arroyo junto a la colina, vivaces y rápidas tanto en velocidad como en guiar un montoncito de peces hacia ella.

Dos jornadas de espera bastaron para invertirles el horario. Dormían la mayor parte del día (mitad porque poco más podían hacer y mitad porque el calor asfixiante les impedía abandonar la sombra de los árboles), mientras que al atardecer volvían a la vida, aprovechando la crecida lunar para bajar a recoger lo que el agua les hubiera dejado en la red, para moldear las erráticas estocadas de Hator e, incluso, para perder un par de partidas contra Moira en su juego de estrategia.

Sasha había tenido razón: se trataba de una evolución del de su época, aunque pensado para más jugadores, hasta seis ejércitos en miniatura diferenciados por colores. Los primeros días jugaron un único color cada uno, pero Moira era orgullosa y Sasha terco, con lo que acabaron agenciándose los sobrantes. Y, aun así, se las apañaban

para ser los últimos en pie. A Hator y Rako no parecía importarles, retirándose con la salida del sol a echarse su primera siesta del día o a limpiar el pescado.

Sin embargo, fue al tercer ocaso que Sasha se acercó a Rako. Este lo vio venir, pero igualmente se tomó su tiempo en desperezarse, los huesos de su espalda chasqueando uno tras otro. Luego lo miró con una sonrisita perezosa y el pelo revuelto espolvoreado de briznas enganchadas entre mechones.

—¿Cuánto rato llevas despierto?

—Un par de horas —contestó Sasha, mientras combatía un bostezo que el otro le había pegado—. ¿Tienes algo importante que hacer hoy?

Rako ladeó la cabeza, curioso, y su sonrisa se retorció como el ondular de una serpiente.

—Sabes que no.

—¿Me acompañas?

Ni siquiera contestó antes de ponerse a rebuscar entre sus cosas una camisa que vestirse. No podían irse muy lejos, claro, así que Sasha le guio hasta la misma linde de la arboleda, a cubierto de las miradas de las dos brujas que ya empezaban a despabilarse.

Allí, Rako se sentó en mariposa con la espalda apoyada en el último árbol y esperó. La bajante comenzaba a pocos pasos, haciendo de la colina un mirador involuntario hacia los rescoldos de la pira funeraria de la Campaña. Sasha se sentó frente al daena.

—No quiero hacerlo delante de ellas —empezó a explicarse, mientras se reajustaba las mangas enrolladas al hombro. Aún se estaba acostumbrando a la sensación—. Odio cómo Moira me mira las manos, y estoy seguro de que Hator intentará darme consejos que solo le valen a ella porque el Mundo la adora.

Aunque Rako seguía sonriendo, había ahora una sombra confusa en sus labios, y Sasha frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Rako rio.

—Ah, nada. Solo que… estaría bien saber de qué me estás hablando.

—Oh.

Rio aún más fuerte, pero luego se separó ligeramente del tronco, ojos fijos en sus dedos negros.

—¿Es que quieres hacer magia?

—Sí —carraspeó, acercando las manos palma arriba al espacio entre ambos—. Intenté llamar al aire la otra noche, cuando lo de la Campaña, pero no funcionó. Me… preocupa estar llegando al punto de no retorno.

Las palabras no reflejaban exactamente lo que le reconcomía por dentro. La verdad absoluta hubiera sido «Me aterra que mi cobardía

traiga aún más muertes», pero Rako siempre había detestado a los cobardes y, aunque ambos sabían que lo era, Sasha quería demostrarle…, no, demostrarse a sí mismo que estaba dispuesto a cambiar. Y el primer paso pasaba por recuperar su mejor arma.

Rako asintió, la luz del atardecer resaltando la cicatriz que le delineaba la mandíbula. Allí no había motivos para cubrirse con un velo.

—De acuerdo —accedió al fin, sin apartar la vista de sus manos—. Aunque… Supongo que lo recuerdas, pero yo no soy mágico. No voy a poder ayudarte más allá de… ¿darte ánimos? ¿Es lo que quieres?

Esta vez fue Sasha quien rio por lo bajo y Rako quien alzó las cejas, confuso.

—No te voy a impedir que lo hagas, pero no es nada de eso. —Luego entrecerró los ojos, sin saber cómo explicarle…—. La magia atrae a la magia. Es la razón por la cual los niños invocadores…, y, bueno, también los brujos, tienen que aprender rodeados de otros brujos e invocadores. Debe haber algo al otro lado que primero aliente su magia a salir, ya sea otro invocador o incluso algún amuleto imbuido de magia ajena…

—Entiendo —respondió Rako, aunque Sasha no lo tenía tan claro—. Quieres que sea tu amuleto.

—Algo así.

—¿Se te ha vuelto a olvidar que no soy mágico?

—Ahí es donde te equivocas.

La socarronería con la que el daena arqueó una ceja le dijo que estaba a punto de echarse a reír otra vez, por lo que chasqueó la lengua para que se dignara a ponerse serio (aunque todavía distinguía un rastro divertido en su mirada).

—Por supuesto que no eres mágico, pero has estado dos siglos encerrado en un lugar que sí lo es. Quedan restos en tu cuerpo y, si me dejas, puedo usarlos para tirar de mi magia.

Rako frunció los labios, comprendiendo de pronto.

—¿Como cuando dejas algo olvidado en una habitación y cuando vuelves está lleno de polvo?

—Exactamente como cuando dejas algo olvidado en una habitación y cuando vuelves está lleno de polvo.

—No me puedo creer que hayas repetido la frase entera.

—Rako —resopló, con una sonrisa velada—. ¿Vas a ayudarme o no?

—Claro.

—Extiende las manos.

Aunque vacilante, este obedeció. Con cuidado, Sasha le tomó de las muñecas, las giró para que la palma mirase al cielo y luego descansó las suyas encima hasta sentir el chispazo de energía que

había estado buscando. Rako dio un respingo, pero no se movió. Si cernirse sobre sus manos unidas contaba como no hacerlo, claro.

—¿Qué ha sido eso?

—Estaba comprobando… Ahora no te muevas, ¿vale? Voy a usar el polvo como imán.

Sasha siempre había creído que le sería fácil reconectar con los elementos si alguna vez quería hacerlo. Habían formado tan parte de él como su piel color bronce o sus ojos negros, y aunque nunca habían sido tan complacientes con él como lo eran con Moira o Hator, antes de desterrarlos de su cuerpo había oído sus voces y nanas cada día, una segunda familia en la que apoyarse. Perder su único medio de conexión con el Mundo había sido tan horrible como huir de Venfica sabiendo que quizá no volvería a ver a sus padres. Desde entonces la tierra que pisaba parecía más seca, el agua más turbia, el aire más viciado y el fuego más frío: muerto. El mundo había estado muerto.

Obligar a la magia de sus dedos a moverse fue más doloroso de lo esperado. El primer susurro hizo que los cristales le vibrasen en las yemas, desplazando músculo y venas, ese mínimo movimiento partiéndolo de dolor como un rayo, agudo y punzante y muy parecido a lo que cualquier reo habría llamado tortura.

Sobrecogido, Sasha dejó escapar un grito ahogado, y se detuvo un único segundo a tomar aire antes de volver a intentarlo. Rako tuvo el detalle de no apartar la vista de sus manos.

El segundo intento le obligó a tensarlas, ahora convertidas en garras que temblaban violentamente. Dentro, las agujas rebuscaban un hueco libre de carne por el que colarse, fallando estrepitosamente y disolviéndose en un millar de erizos de mar. Sasha sabía que eso era el primer paso, convertir el cristal en partículas cada vez más pequeñas hasta que poco a poco su magia pasase de ser algo sólido a la voz que le había arrullado en sus días de mortal; pero su parte animal, la que le suplicaba que huyese del dolor, decía todo lo contrario.

Así que se negó a escuchar, y de ahí vino el tercer, cuarto, quinto intento. Notaba cómo temblaba hasta el último rincón de su cuerpo, sus pulmones pugnando por llenarse de oxígeno y por tanto su pecho subiendo y bajando en angustia. Las gotas de sudor brotaron de una en una y luego se convirtieron en una segunda piel, dejándole pegajoso y sucio. Perdió la cuenta al décimo intento.

Cuando el cielo terminó de oscurecerse, Rako se atrevió a hablar:

—Creo que es suficiente por hoy.

—Pero no he conseguido nada —gañó él entre dientes—. Solo que se remueva…

Lo oyó chasquear la lengua con fuerza.

—Estás sangrando.

Y era verdad. Sasha pestañeó, atendiendo por fin a las pequeñas

gotas rojas que habían brotado de sus dedos de carbón como espinas en el tallo de una rosa. Con un gruñido, apartó las manos de las suyas para limpiarlas en la hierba aún cálida.

—¿Es que creías que lo ibas a conseguir en un solo intento? —trató de animarle Rako de esa manera suya que siempre incluía un retazo de amigable sarcasmo. Lo acompañó además con un par de palmadas en el hombro y una gran sonrisa zorruna—. Primero se van a vengar de que los hayas ignorado durante doscientos años, Sha. ¡Eso lo sé hasta yo!

Desde luego, sonaba a algo que haría el Mundo. Sasha frunció el ceño, pero cuando alzó la vista para contestar él ya miraba más allá, a lo que podía entreverse de riachuelo desde allí. Hator recogía las redes de pesca, dando un brinco asustado al sacarlas del agua y otro emocionado al girarse hacia Moira y susurrar (gritar) «¡Cangrejos!». Cuando se fueron, Rako le dio un apretón en el hombro.

—Anda, vete a dar un baño mientras hacemos la cena. Te vendrá bien.

Aunque asintió, y aunque se levantaron a un tiempo, Sasha frunció el ceño y dijo:

—Pero mañana seguimos.

—Pasado mañana.

—Mañana —insistió, con tal gruñido que hizo que Rako alzase los brazos en rendición.

—Arg, ¡de acuerdo! —Y siguió refunfuñando mientras se perdía entre la espesura—: Doscientos años haciéndose el duro y ahora le entran las prisas…

Aún sentía el zumbido de la magia inquieta en los dedos, pero Rako tenía razón: un baño le vendría bien. Con cuidado de no mancharse de sangre, el caballero se deshizo de la tensa camisa y comenzó a bajar la colina.

El primer roce llegó al quinto día y, para sorpresa de todos, los implicados no fueron Sasha y Moira. Pero, para sorpresa de nadie, sí que tuvo que ver con la arquera.

Quizá la culpa fue del sofocante calor que les impedía dormir, o del hecho de que todavía quedaban varias horas para que anocheciera, o incluso puede que porque el agua se les había gastado esa mañana y la súbita actividad en la cordillera les imposibilitara salir a repostar, dejándoles la lengua seca y los nervios a flor de piel.

Fuese como fuere, comenzó mientras Sasha se secaba el sudor de la frente con el revés de la mano, cuidándose de ni rozar las yemas sensibles tras tres noches seguidas tratando de contactar con el

Mundo. Al final, había aceptado tomarse un día de descanso, pero Rako igualmente se mantenía fuera de su alcance, por si las moscas. En ese momento, por ejemplo, andaba cortando las mangas de todas sus camisas (que tampoco eran muchas) con unas tijeras de costurera que debía de haberle birlado a Anna. Parecía orgullosísimo de su trabajo mientras las comparaba con las de las brujas, abiertas a los costados hasta casi la cintura. Cada vez que Sasha vislumbraba la franja de un sostén entre las aberturas volvía a pensar en lo ofensivo que habría resultado exponer tanta piel en su época y en lo poquísimo que importaba en el presente.

A él tampoco le importaba ya. De hecho, hasta se veía tentado de seguir el ejemplo de Rako, ahora que empezaba a acostumbrarse a llevar los brazos al descubierto…

—Te he dicho que dejes eso.

—Y yo te he dicho que me dejes en paz.

Al principio, ni siquiera les prestó atención. Las riñas entre ambas brujas habían terminado por convertirse en zumbido ambiental, tan naturales como el silbido de un mosquito de madrugada o el ronroneo quedo de un gato adormilado, pero muy pronto el nivel de violencia lo sacó de su ensimismamiento.

—*Basta.* —Alarmado, Sasha se volvió a tiempo para ver cómo Moira agarraba del brazo a Hator, los nudillos blancos de apretar—. ¡Quédate quieta!

—¡Suéltame!

Debería haber supuesto que algo así pasaría tarde o temprano.

—¡Eh! —rugió Rako entonces—. ¿Qué coño haces? ¡Suéltala!

Moira ni siquiera lo miró.

—Métete en tus propios asuntos.

—¡Mo…!

—Y tú cállate y suelta eso.

Con un chirrido mitad dolorido mitad frustrado, Hator finalmente cedió, soltando un pedazo de pan ya duro. Sasha se envaró, preparándose para lo que se venía porque conocía a Rako, porque empezaba a conocer a Moira y porque, ante todo, se conocía a sí mismo. Y, sin embargo, el daena real fue más rápido:

—¿En serio? ¿Qué te importa que…?

—Cierra la boca —le cortó Moira, liberando a Hator con un empellón tan brusco que esta trastabilló—. No tienes ningún tipo de autoridad sobre nosotras.

—Ni tú sobre Hator.

Moira alzó las cejas.

—Llegaste tarde, Rako, así que te perdiste la parte en la que explicaba que la profecía, *el Mundo,* me escogió personalmente como protectora de su Elegida. Yo decido qué es lo mejor para ella. Tú, en

cambio —y entornó los ojos, pensativa, antes de continuar—, solo serás carnaza. Algún tipo de trampa que necesitaremos más adelante, seguro. Para qué sino iba querer el Mundo tu cara.

El caballero eligió ese momento para levantarse, intentando utilizar lo imponente de su complexión como herramienta disuasoria (nada prendía más rápido en Rako que el dolor), pero, por supuesto…

—¡Ser su protectora no te convierte en su dueña! —rugió el daena —. ¡Si tiene hambre debería comer! ¿No te has parado a pensar que quizá necesite más que nosotros?

—Es muy fácil decirlo con el estómago lleno, ¿eh? —contraatacó ella, afiladísima—. No lo tendrías si la dejase comer todo lo que quiere. Ninguno de nosotros, nunca.

—Yo no necesito comida —Sasha trató de mantener la voz lo más calmada posible—, y ya dije que podíais contar con mis raciones cuando hiciese falta. Íbamos a tirar ese pan, Moira. Estás siendo ilógica.

Esta se limitó a poner los ojos en blanco mientras Rako, incrédulo, se volvía hacia la tercera en discordia. Resultaba extrañísimo verla así, todavía junto a Moira, cabeza gacha y mirada fija en el suelo, en completo silencio.

—Hator, ¿no vas a decir nada?

Un segundo, dos. Tres. Al final, ella negó con la cabeza.

—Soy… demasiado impulsiva. Ya me lo decían los sabios, en Graendar. Moira se encarga de pararme los pies, y lueg…

Moira no sonreía. Nada en su porte insinuaba triunfo o victoria, solo convicción absoluta. Sasha sabía lo difícil que era proteger a alguien. Sobre todo si nadie te había enseñado cómo hacerlo. Así que adelantó las manos en son de paz y dijo:

—Moira, igualmente…, no creo que tus formas sean las correctas. Creo que…

Ah, había bajado la guardia demasiado pronto. Ahí estaba de nuevo, el veneno, impregnando unas palabras demasiado bien pensadas:

—Crees mucho, caballero. Como que eres el más indicado para darme consejos, cuando a ti la jugada te salió de pena.

Le dio tiempo a cerrar los ojos, dolido, antes de que Rako perdiese el control y se abalanzase sobre ella con un rugido colérico que Sasha solo registró cuando ya lo había atrapado, inmovilizándole a duras penas los brazos a la espalda. Las brujas lo miraban desde el otro lado del claro, Hator con los ojos muy abiertos y Moira con una mueca de asco que seguramente escondía su sobresalto.

—¡Sasha no hizo nada malo! —aullaba Rako, el grito escapando corroído y asfixiado entre sus dientes apretados—. Pero ¿¡sabes lo que vas a conseguir tú!? ¡Convertirla en otro Verenize!

Fue a tirones bruscos que Sasha lo arrastró hasta la linde de la arboleda. El daena se resistió la mayor parte del trayecto, pies bien plantados en tierra, pero tuvo el detalle de permanecer en silencio (si gruñir podía considerarse como tal) hasta que Sasha lo empujó contra un árbol. A pesar de no andar muy lejos, las brujas quedaban ocultas a la vista tras el follaje, lo que no logró amainar el incendio de verano que era ahora Rako.

—¿Qué hostias ha sido eso?

—¡Odio cómo la trata! —Y apoyó la cabeza en el tronco, visiblemente frustrado—. ¡Lo odio!

—Ya, pero no podemos… entrometernos a la fuerza; están acostumbradas a tratarse así. Poco a poco…

Rako lo miró a los ojos y, si no fuese porque lo conocía como lo conocía, Sasha hubiese creído que sus mandíbulas, que se cerraron como un cepo, habían estado a punto de morderle.

—¡Tú también lo odias, veo cómo las miras! Y encima están Vinculadas…, ¿no lo notas? Cuando Moira le habla así el aire huele a óxido. Tiene que ser horrible estar dentro, estar…

Al parecer, el rastro que había dejado la celda de eternidad en su cuerpo era más profundo de lo que Sasha había calculado, porque, sí, claro que lo notaba. Algo que Rako no debería poder percibir. Algo que llevaba dándole escalofríos desde el principio, desde que advirtió por vez primera que el Vínculo entre Elegida y protectora no se había dado de forma natural. Había sido impuesto, obligado, y eso provocaba rozaduras en su magia, en su coexistencia. Los Vínculos no estaban pensados para fortalecer el poder de dos guerreros, sino su relación. Pero si no había relación…

—Escucha —dijo al fin—. Lo entiendo. Entiendo que esto te afecte, porque Hator…

—Ni se te ocurra decir que me afecta porque se parece a Sera, Sha —*Sha.* Dicho en ese tono, su nombre le dio náuseas—, porque sé distinguirlas perfectamente.

Abrió la boca para replicar; la cerró. No era eso lo que había querido decir, ¿o sí? Ya no lo sabía.

—Me afecta porque estamos juntos en esto, en matar al rey, y no lo vamos a conseguir si nos pudrimos desde dentro. Me importa una mierda mi papel en la profecía, o el de Moira, si vuelvo a…

Rako alzó un dedo, amenazante, pero el caballero se sabía a salvo de su rabia. Ventaja con la que, por desgracia, no contaban los demás.

Nunca terminó la frase. Solo siseó entre dientes, la frustración manando a oleadas de él con tal intensidad que adquiría consistencia propia. Al final, se enderezó, tomó aire largamente, bajó la vista hacia lo que aún aferraba con fuerza en un puño.

—Mejor si me guardas esto un rato.

Sasha asintió y adelantó la mano para que Rako dejase en su palma las tijeras.

«No me fío de Rako».

Eso decía la última nota de Anna.

Sasha le dio la vuelta, esperando encontrar algo más. Nada. Aquello era tan Anna como lo habían sido sus notas de flirteo. Al menos las que había leído. Y la pastelera lo sabía, sabía que había dejado de abrirlas, él mismo se lo había dicho varias veces, así que no entendía ni por qué ella seguía insistiendo ni por qué él había decidido leer esa última.

Le parecía innecesaria. Total, Anna nunca se había molestado en disimular sus sospechas sobre Rako. ¿Y por qué tanta inquina? ¿Era por su rostro, tan idéntico al de Verenize que se veía incapaz de separar a uno de otro? ¿Por la celda de eternidad? ¿O por…?

No. Ni siquiera Anna sería tan inmadura.

—¿Practicamos?

Alzó la vista, curioso. Hator se acercaba a Rako a paso fingidamente resuelto, ofreciéndole una de las espadas de los soldados caídos, esa que el daena había decidido agenciarse. Dio un saltito por encima de los restos del enorme salmón que el agua les había llevado hasta su red en lo que Sasha sospechaba un intento muy poco sutil por calmar los ánimos, ya que ni aquellos peces eran típicos de la zona ni su tamaño tan exagerado. Y, como con aquel calor infernal sería imposible preservarlos, habían decidido por unanimidad llenarse el estómago al máximo con el escamoso golpe de suerte. «Anna le hubiese sacado mejor partido, con sus hierbecitas y sus sales…», se había lamentado Hator, poniendo en palabras la segunda opinión unánime del día.

Y, aun así, se la veía más que saciada.

—No sé —contestó Rako—. ¿Te ha dado tu madre permiso?

A ella se le escapó un gritito ahogado y Sasha se apresuró a adelantarse a las fauces ya abiertas de Moira:

—Rako, *no.*

Este lo fulminó con la mirada al segundo, sus labios retorcidos en una mueca de disgusto. Sasha se la sostuvo, pétreo, pero no tuvo que hacerlo durante mucho tiempo, porque entonces Rako suspiró, extendiendo el brazo hacia la chiquilla, quien corrió a tirar de su muñeca hasta ponerlo en pie. Después, en completo silencio, marcharon hacia el pequeño claro de luna donde pasaban las horas muertas entrenando. Él se les unía a menudo, para corregir los movimientos de uno y de otro, pero no esa vez.

Lo que hizo fue girarse hacia Moira.

—Siento la conducta de Rako de esta mañana, y, como su amigo y antiguo capitán, me hago responsable. —Ella frunció el ceño—. Sin embargo, has de saber que tiene razón. Hasta el Mundo lo sabe. No puedes proteger a la Elegida mientras seas el primer peligro para ella.

Había ojeras bajo sus ojos oscuros. No se había fijado antes, demasiado preocupado por la magia de sus dedos, pero ahí estaban. Moira alzó una ceja, y también las manos, ocupándolas en trenzar su larguísima cabellera.

—Si tiene razón, ¿por qué no decírmelo delante de él?

—Porque sois iguales —respondió, sin pararse siquiera a pestañear —. Daros la razón significa daros vía libre para que hagáis lo que os dé la gana… Aunque ese es otro tema. Que Hator llegue a enfrentarse a Verenize en su mejor versión es trabajo de todos, y para eso no solo necesita entrenamiento, conocimiento y fuerza, sino también apoyo.

—La teoría te la sabes bien, ¿eh?

Él ignoró el comentario y continuó:

—Es posible que Hator necesite consumir más energía porque gasta mayor cantidad. No sé si tiene que ver con su condición de Elegida, pero impedírselo, y hacerlo como lo haces, acabará por atrofiar vuestro Vínculo. Y te aseguro que no quieres tener eso dentro.

Milagrosamente, Moira no replicó. Solo frunció el ceño, observándolo a plena vista como lo haría un depredador tras la maleza. De pronto, Sasha supo que le estaban ocultando algo. Lo supo por cómo desvió la mirada hacia el eco metálico del entrechocar de espadas, interrumpido aquí y allá por pullas y risas.

¿Qué era? ¿Qué acababa de decir? Repasó sus propias palabras. La falta de energía de Hator, su condición de Elegida, el Vínculo.

—Moira —llamó, y ella volvió a mirarlo, muy seria—. Ya sé que no fui el mejor caballero, y que cometí errores. Pero han pasado doscientos años; he aprendido de ellos. No soy el mismo Sasha al que Verenize engañó en sus propias narices… Si lo fuera, el Mundo no me hubiera metido en esto. Os hubiera mandado primero a por la Manera y ya luego a por mí.

Le había dado muchas vueltas. Si los elementos únicamente requirieran su bendición, no lo obligarían a cruzar medio continente con la futura asesina de su antiguo mejor amigo. Era demasiado peligroso, demasiado arriesgado. Así que debía de haber algo más. Debían de *necesitarlo* para algo más.

—Tú también deberías aprender de mis errores —concluyó al fin, con un pequeño suspiro—. No puedes permitir que nadie le haga sentir así. No queremos más Verenizes.

«Tengo que hacerlo», le vino a la memoria la voz del rey Aurel, sus tristes ojos azules siguiendo la figura de su hijo entre los jardines del

castillo. «No hay otra manera, Sasha».

Moira fue capaz de actuar, ladeando la cabeza con una sonrisita. Falsa, claro.

—¿Y qué si no paro?

En ese momento, una pequeña brisa les revolvió el pelo, pero no se llevó consigo el bochorno que aún flotaba en la noche, porque su paso por allí no era casual. Era una advertencia, y Moira se tensó como la cuerda de su arco.

—Que serás reemplazada.

Sasha sabía que Rako estaba conteniéndose para no hacer ningún comentario sobre sus mangas de nuevo bajadas. Parte de él se lo agradecía, pero la otra estaba deseando que lo soltase de una vez. Solo esperaba que no fuese ninguna perorata sobre enfrentarse a los miedos, porque poco tenía que ver esta vez su cobardía. Simplemente, todavía le quedaba trabajo por delante. Todavía le costaba aceptar que lo único que le ayudaría a ser quien debía ser se encontraba en tierra y no allá en el cielo, al final de una escalera de cristal y con seis ojos de largas pestañas. Y, aun así, pasar tanto tiempo con toda esa piel al aire libre había acabado por revolverlo, lo que quedaba de devoto en su interior reprimiendo las náuseas a todas horas.

—Poco a poco —optó por decir Rako finalmente, en vedés, mientras se aseguraba de que no se les veía desde el campamento—. Como con la magia.

Al cazarle frunciendo los labios, el daena resopló, divertido.

—No soy quién para juzgar las recaídas, Sha.

Sasha asintió. Luego se sentaron cara a cara en silencio, Rako como siempre buscando un árbol donde descansar la espalda. Al parecer, su entrenamiento con Hator había limado asperezas entre ambos (si es que había habido alguna en primer lugar), y él se alegraba de haber hablado con Moira. Pero también…

Rako lo miraba ya con una ceja arqueada, como si presintiera el cambio de tema. De hecho, se le adelantó:

—Antes de que digas nada —y alzó las manos en son de paz—, lo sé, lo sé. No debo meterme donde no me llaman…, me pierde la lengua… Lo sé.

Cuando vivían en la corte también había sido así. Rako yendo por libre y disculpándose antes de que nadie tuviese la oportunidad de reprenderlo por sus errores. Había funcionado incluso con Rarra, quien comprendía que el daena no se había unido a la guardia por voluntad propia y quien, ante todo, valoraba la franqueza. Sasha había aprendido mucho de ella. Cuándo aflojar, cuándo apretar, cuándo ser

duro y cuándo blando… Le habría gustado aprender más, aprenderlo todo, aunque poco hubiera podido sacar de aquellos pedacitos sanguinolentos amontonados a los pies del trono.

—Me alegra que seas capaz de verlo —carraspeó él, incómodo—, pero no era eso de lo que te quería hablar. Dame las manos.

Rako cumplió, ofreciéndolas palma arriba, y Sasha las cubrió con las suyas, también palma arriba. Antes de continuar, puso en marcha el burbujeo interno de los cristales, manteniéndolos en movimiento.

—Esta tarde me he sobrepasado y te he tratado como si aún fuese tu superior. Ha sido desagradable y no tenías por qué obedecer. Lo siento.

Estaba claro que eso no era lo que Rako había esperado, porque primero entornó los ojos, negando mínimamente con la cabeza, buscando el truco; para luego negar con más brío, ahora los ojos muy abiertos:

—¡No! ¡Sha…! ¡No! ¡Es todo lo contrario!

Sasha bufó, desconcertado.

—¿Todo lo…? Cualquiera diría que te gusta que te mangoneen, Rako.

Tomado aún más por sorpresa, el daena estalló en carcajadas, su cuerpo entero vibrando de risa según se acomodaba contra el tronco del árbol. Sasha sonrió, aunque no sabía muy bien por qué.

—¡No! —repitió Rako, todavía riéndose—. Bueno… ¡No!

—¡Decídete!

Lo dicho: Rako yendo por libre. Al final, pareció calmarse lo suficiente como para respirar hondo, repiqueteando animadamente el dorso de sus manos con los dedos.

—Me refería a que…, antes, durante ese instante, has sido tú. Has sido el Sasha que yo conocía, el futuro mando supremo de las fuerzas armadas vederesas, hasta Verenize seguía tus órdenes. No… —y arrugó la nariz, quizás arrepintiéndose según decía—: No el fantasma triste y apagado que llevo viendo hasta ahora. Tenías otro nombre, ¿verdad? Cuando te escondías.

Sasha asintió.

—Sherezade.

—Pues creo que sigues siendo un poco Sherezade.

—Pero eso es algo bueno —replicó enseguida—. Al menos, para mí.

—¿Lo es?

Silencio.

¿Lo era?

—Necesitamos a Sasha de Corte, capitán de la guardia real. Y tú lo necesitas más que nadie.

Una vez más, no podía darle la razón, por mucho que la tuviese.

Así que lo que hizo fue removerse, sintiendo músculo y hueso como piedra mientras se concentraba en el negro de sus dedos.

—Estoy en ello.

—Lo sé —sonrió Rako—. Pero bueno, volvamos a lo nuestro, que he estado pensando… Mira, ¿tú con qué elemento tenías más afinidad cuando hablabas con el Mundo? Porque a lo mejor en lugar de usarla sin más deberías contactarlos uno a uno.

No es que le extrañase que Rako tuviese buenas ideas (siempre había sido avispado), lo que le sorprendía era que no se le hubiese ocurrido primero a él. Así, mientras amasaba su magia, comenzó a darle vueltas al asunto. De los cuatro elementos que conformaban el Mundo, Sasha siempre había sentido más cercano al aire, pues lo respiraba a cada segundo, le mantenía vivo, en contacto constante con la inmensa mayoría de su cuerpo, y sospechaba que todos los brujos compartían el sentimiento. A fin de cuentas, el aire era el primer elemento en tocarlos al nacer y el último en abandonarlos al morir.

Luego estaba el agua, que únicamente había cedido a las peticiones relacionadas con Nize o Sera (la sangre azul siempre su punto débil); y el fuego, con el que había logrado contactar de muy joven, mucho antes de lo habitual para un brujo, pero no profundizar la relación más allá de encender y apagar candeleros. Recordó con nostalgia la mancha chamuscada en el destartalado techo de la casa de sus padres.

Así que…

—La tierra, supongo —respondió con cautela—. Si no es el aire, es la tierra. Porque cuando me enfrenté a Verenize fue ella quien entendió al momento qué era lo que quería hacer y cómo.

Los huesos del rey rompiéndose bajo el mármol que lo apresaba resonaron en sus oídos, pero los ignoró. Rako no dijo nada, lo cual fue todo un detalle por su parte. Lo único que hizo fue asentir e inclinarse hacia delante hasta que sus manos tocaron la hierba entre ambos. Después lo miró, expectante.

—Prueba ahora.

Fue diferente. No milagrosamente diferente, porque aún estaba lejos de poder siquiera oír sus voces, pero su magia parecía haber encontrado un punto fijo al que aferrarse, disolviéndose en pequeñas oleadas de dolor, firmes y huecas y rítmicas como el martillo en la forja. Aún quedaban esquirlas punzantes que lograban rasgar los tejidos, rojas canicas brotando del centro de sus huellas dactilares o asomando por el hueco entre uña y carne. Casi se había rendido a la idea de tener siempre sangre seca bajo las uñas.

Sin embargo, más allá de las últimas astillas de cristal, Sasha notaba los grumos de la magia ya disuelta, día tras día diluyéndose en su sangre y volviendo a circular. Era magia espesa y gruesa, y al caballero le gustaba imaginársela muy parecida al hielo machacado de

los granizados de limón de Venfica, esos que en verano florecían en cada esquina y que podían ser tan ácidos o tan dulces como uno quisiera.

Era un avance, Sasha lo sabía. Su cuerpo, no tanto.

Por lo menos cada vez aguantaba un poquito más, un ratito más.

Notó a Rako estudiar su rostro, quizá ya preparándose para decirle que parase, pero la voz que alcanzó sus oídos no fue la suya, sino la de Hator:

—¡Oye…! ¡Ah! ¿Perdón?

Sasha abrió los ojos, el sudor ahora una segunda piel sobre la suya, agobio viscoso del que ni siquiera la brisa nocturna conseguía liberarle. Se esforzó en sonreírle mientras se estiraba (una vértebra de su nuca chascó), pero ella solo arqueó una ceja, suspicaz.

—¿Interrumpo?

—Un poco —rio Rako, aunque sonreía amablemente.

—Espera, espera. ¿Estás intentando hacer magia?

Eso era justo lo que había querido evitar. Pero Hator lo había pescado con las manos en la masa (casi literalmente), así que las alzó sin molestarse en asentir, el pestilente rojo comiéndose el negro de sus dedos. De pronto fue consciente de lo mucho que olía a hierro, y torció el gesto.

—¡Pero…! ¿Por qué no nos has pedido ayuda a nosotras? —protestó Hator, con un pisotón infantil—. ¡Yo puedo…! ¡Seguro que puedo hacer algo!

—Claro que sí —intercedió Rako en su nombre—, pero Sasha quería hacerlo por sí mismo. Asuntos pendientes y todo eso. ¿A qué venías?

Eso pareció distraerla, porque abrió muchísimo los ojos, muy rápido:

—¡La red! ¡Ha vuelto a llenarse de cangrejos! Moira está calentando el fuego, así que daos prisa… —Y luego echó una elocuente mirada de arriba abajo al caballero—. Pero tú primero date un baño. Apestas a sangre.

Ah, la sinceridad de los críos. Sasha no pudo menos que reírse, desentendiéndose de las burlonas protestas de Rako y las excusas a voces de Hator. Al final, el daena cerró el puño derecho en esa nueva seña de silencio que había surgido con los años, apuntando a las antorchas de la cordillera, y ella calló de golpe.

—¡Daos prisa! —repitió, con un susurro airado, antes de desaparecer rumbo a sus queridos cangrejos.

Rako negaba con la cabeza.

—A veces es como tener una hermana pequeña. —Entrecerró los ojos—. Sí, es justo como si fuese mi hermana.

A Sasha el comentario le hizo sonreír. Al menos hasta que intentó

apañárselas para ponerse en pie sin tocar el suelo ni ninguna de sus prendas con las manos manchadas. No lo consiguió, claro, así que Rako acudió al rescate, aferrándolo por la muñeca para terminar de incorporarlo de un tirón. Tampoco consiguió recolocarse a tiempo la manga arrugada antes de que este bajase la vista hacia allí. Lo peor fue verlo tratar de mantener la naturalidad, peor incluso que su pulgar deslizándose sobre el relieve de sus cicatrices.

—Ah, Sasha —suspiró—. ¿Has hecho algo más en estos doscientos años aparte de morir?

El caballero lo miró.

—¿Y tú?

Rako solo sonrió antes de dejarlo ir. No era una sonrisa feliz.

La última noche fue rara, los cuatro aprovechando el poco tiempo de reposo que les quedaba alrededor de la borboteante olla. Hator se había sentado muy cerca de Sasha, ambos inclinados sobre sus dos espadas, comparando materiales. Él le hablaba del misterio del acero de Sagrarés, codiciado en todo el mundo por su increíble dureza, por su filo cuasi eterno y por las elegantes ondas de diferentes grises que recorrían cada hoja; y de cómo Verenize se había hecho con el monopolio tras destruir el reino, convirtiendo aquel metal de crisol en la marca insignia de su ejército. «Una vez robada la técnica secreta, podría habérsela vendido a otras naciones, o continuar con la exportación tradicional sagrarense, pero decidió quedársela. Todo acero de Sagrarés procede ahora de la Espiral. Ni siquiera los descendientes de los niños de Sagrarés que consiguieron escapar con vida saben ya replicarlo».

Nize bien se había encargado de ello.

Al otro lado del claro, Rako volvía a sisear entre dientes mientras Moira revisaba los puntos de su costado. La cuchillada parecía estar sanando bien, aunque dejaría otra cicatriz más, a juego con las que le cruzaban el pecho y simétrica al negro tatuaje de luna creciente que todo soldado vederés poseía. A Sasha le gustaba ver que tanto la arquera como el daena real podían apartar sus diferencias cuando se trataba de una herida abierta.

—¿Qué pone?

Hator recorrió con una yema la inscripción de la hoja sagrarense, siguiendo las líneas estilizadas pero ensortijadas de su lengua materna. Sasha era consciente de que el lenguaje había cambiado, evolucionado para adaptarse a los gustos del rey espiral; y lo mismo había ocurrido con su escritura.

—Sasha de Corte, caballero de Verenize • de Veda. No más fuerte,

sino justo.

«No más fuerte, sino justo», repitió, esta vez en vedés. Hator lo miró.

—¿Es el lema de tu familia?

—No —respondió, con una pequeña risa floja—. Mi familia no era noble, no teníamos… Es el lema de los capitanes de la guardia vederesa, o al menos lo e…

—¿¡Que no eras noble!? —Ella abrió mucho los ojos—. ¿Y cómo es que te hicieron caballero? ¡Siendo brujo, además…!

La risita del daena les llegó como un eco, seguida de un quejido de dolor. Mientras la arquera le rugía que se quedase quieto, Hator se giró hacia él, curiosa.

—Ya te contesto yo —«Rako», resopló Sasha, poniendo los ojos en blanco—: Pegándole una patada a un soldado del Orden.

—¿En serio?

—Tal cual te lo cuento. Sasha era como un perro salvaje de pequeño, le gruñía y le mordía a todo.

—¡Para! —protestó él, divertido, pero no le contradijo. Después de todo, decía la verdad.

Aunque el estricto entrenamiento militar había pulido a aquel crío bruto de mecha corta hasta convertirlo en un ejemplo perfecto de autocontrol, Sasha no olvidaba las polvorientas calles entre las que había crecido antes de trasladarse al castillo. Recordaba la confusión en los ojos azules de Nize cuando el rey se lo había presentado como su futuro caballero. También el orgullo, años después, al ver el vendaje sobre sus escarificaciones recién talladas.

Pasó la mano por la hipnotizante marea de grises de su espada.

No más fuerte, sino justo.

—Algún día os contaré esa historia.

Hator se encogió de hombros, aceptando la respuesta, y señaló otro punto de la hoja antes de hacer una nueva pregunta.

«Las forasteras han preguntado por ti. Lorea dice que habrás preñado a alguna. Guna dice que eras de una avanzadilla de la Espiral».

El octavo amanecer los encontró mirando al horizonte. Habían acordado que Anna se reuniría con ellos de madrugada, aprovechando así las sombras para alcanzar la falda de la montaña. Y, aunque esa sería la situación ideal, antes incluso de que la pastelera marchara habían decidido por unanimidad que, de darse el caso, podían aplazar el momento de partir hasta el alba.

Y allí estaba.

Sasha arrugó la nota que Anna le había colado en la tarta de

manzana, aquella que su madre le había llevado al huerto de albaricoques. Era extraño pensar que se la había guardado bajo el nombre de Sherezade pero leído bajo el de Sasha, su vida por completo del revés. La lanzó al río y volvió a asegurar la silla de montar de su nuevo caballo de combate, espigado y negro como la brea. No era tan tranquilo como Sazala, pero sí obediente y rápido, militar, su hocico respingón y su cola siempre alzada señalando su linaje purasangre de la antigua Sagrarés. Era un buen ejemplar.

Continuaron recogiendo en silencio. Moira revisaba que no quedasen restos de grasa en el caldero, Hator fingía no prestar atención al horizonte y Rako ni se molestaba en disimular que estaba haciendo justo eso mientras se anudaba a la nuca un velo corto tan opaco como grueso. Desde ese ángulo tenía aspecto de bozal para perros. Quizá notándose observado, este se giró a mirarlo, la sonrisa oculta bien visible en sus ojos castaños.

A decir verdad, no se le ocurría por qué Rako tenía tanto interés en el regreso de Anna. La pastelera solo había sido desagradable con él, y Sasha estaba completamente convencido de que lo seguiría siendo aunque decidiese volver. Cosa que a cada segundo que el cielo aclaraba se iba haciendo más y más improbable.

Y él lo entendía. Por supuesto. Entendía que alguien con toda la vida por delante no quisiera arriesgarla en una misión suicida. Anna no era como ellos. Hator había sido escogida personalmente por el mismísimo Mundo, entrenada desde pequeña para aquello; Moira cosida a su sombra con un Vínculo que ninguna de las dos quería y ambas bendecidas o maldecidas con sangre de bruja, lo que les imposibilitaba cerrar los ojos a las exigencias de los elementos. A Rako, en cambio, parecía gustarle el plan de derrocar a Verenize tras siglos de tortura, y él… bueno, él no podía escapar. Era el Caballero, el Traidor. Tenía su propio lugar en la historia, aunque no era la que habría querido escribir de haber tenido oportunidad.

Así que, sí, quizás Anna hablase la lengua de la profecía, quizá formase parte de sus versos, pero solo eran palabras, no grilletes. Ella podía elegir.

Cuando el sol asomó por las colinas, Sasha suspiró y se giró hacia Moira.

—¿Por dónde queda la falla?

Esta señaló hacia el noroeste con la barbilla. Las ojeras seguían allí.

—Es un paso creado de forma natural. Le dije a Anna cómo encontrarlo por si se le echaba el tiempo encima, pero… no creo que fuese capaz de atravesarlo sola.

—¿Por qué? —Rako enarcó una ceja—. Es buena jinete…

Aunque Moira negó con la cabeza, fue Hator quien contestó, voz

débil y piel pálida:

—No es por el terreno, es por lo que hay dentro. Nosotras solo lo conseguimos porque íbamos juntas.

—Ni que estuviese encantado —bromeó él, su sonrisa clara a pesar del oscuro velo. Como ninguna respondió, el daena entornó los ojos, suspicaz—. No lo está, ¿verdad?

—No exactamente —contestó al fin Moira tras una breve pausa—, pero ya os contaremos cuando lleguemos allí. Es mejor no pensarlo mucho.

Sasha prefirió seguir el consejo, por lo que se limitó a auparse a su montura, señal de salida que los demás se apresuraron a acatar. A fin de cuentas, no es que andasen sobrados de tiempo.

—Pero ¿y si logra cruzar? —oyó murmurar a Hator, angustiada—. ¿Y si solo ha tenido un contratiempo?

—¿Te acuerdas del pueblo justo a los pies de la falla? —Sasha sintió la mirada de Moira clavada en su nuca y se la devolvió por puro instinto, encontrando en sus pupilas de noche otra pregunta completamente diferente que, por suerte, entendió enseguida. Solo cuando asintió se volvió de nuevo la arquera hacia su protegida—. Pasaremos la noche allí, por si acaso.

El ruidito de aprobación con el que Hator respondió les hizo sonreír.

Escrutaron una vez más el horizonte ya coronado por el sol antes de que Sasha se atreviese a tirar de las riendas de su caballo, el primer paso no más pesado que el segundo o el tercero. Se preguntó cuántos días duraría aquel silencio tenso, pastoso, porque, aunque había sido Rako quien los había convertido en camaradas y no en extraños, Anna era la pieza neutra que conocía tanto el modo de iniciar una pelea como de pararla. Y, aunque a Sasha le aliviaba saberla lejos del peligro, el capitán real que ya empezaba a ser reconocía la gran pérdida que suponía.

Descendieron la colina que les había dado cobijo durante la última semana, alforjas vacías, pero botellas a rebosar de fresca agua de río. Debían racionarla hasta llegar al pueblo al otro lado del paso, pues, por mucho que las brujas insistieran en que atravesarlo no les robaría más de un día, Sasha prefería no arriesgarse. Lo último que quería era pernoctar en la cordillera.

—No sé a ti —le susurró entonces Rako, acercando su caballo al suyo—, pero que Moira se calle el misterio me da más ansiedad que si hubiese soltado ya la bomba.

Sasha entendía el sentimiento y lo peor de todo: lo compartía. El secretismo, la expectación y él nunca habían sido grandes amigos, y que la arquera hubiera admitido tan abiertamente su inquietud (su debilidad) no le ayudaba a relajarse. A fin de cuentas, a ninguna de

ellas les faltaba precisamente valor… ¿Qué era? ¿Qué había en el paso de la cordillera?

—¿Te han dicho cómo lo llaman? Porque casi me meo encima —insistió Rako. El pelaje de su caballo era del mismo pardo que sus ojos y que su cabello revuelto, y a Sasha le distraían las pestañas claras del daena—. Se llama…

Rako parpadeó. Eran larguísimas.

—¿¡Anna!?

¿Perdón?

—¿El paso se llama «Anna»?

—¡No! —Y señaló a velocidad de estampida algo a su espalda.

Antes siquiera de que su cuerpo virara, su mente ya había unido los puntos que formaban los susurros histéricos de Hator (si es que podían llamárseles así) y la sonrisa traicionera de Moira. Sin embargo, cuando por fin lo hizo Anna lo recibió con la naricilla arrugada de sonreír y con el tintineo de pendientes chocando entre sí al colocarse un largo mechón cobrizo tras la oreja. Atrás había quedado ya el dulce vestido de terciopelo rosa, sustituido por frescas prendas de viaje rematadas con una capa casi etérea que la protegía del sol, brocado plateado decorando capucha y broches. Como no podía ser de otra manera, traía las alforjas a rebosar, y fue justo eso (ni la ropa ni la sonrisa ni la hora sino aquellas costuras a punto de ceder) lo que le hizo comprender que venía más que preparada para una segunda ronda.

Sasha sonrió.

—Has venido.

—Obvio —rio ella, recolocándose el mismo mechón de pelo, ademán que delataba el nerviosismo en sus manos—. Cada vez que pensaba en lo que estaríais comiendo me daba fiebre.

—Cangrejos —contestó Hator, pero el rugido de Moira aplastó su voz:

—¿¡Y qué hacías ahí escondida!? ¡Imbécil, casi nos vamos sin ti!

Anna rio aún más fuerte.

—¡Perdón! En el último pueblo me enseñaron un atajo para evitar las rondas de vigilancia de la cordillera. Eso sí, no sé lo que entiende esa gente por atajo, porque he tardado *el doble.* —Y se llevó la mano a los labios para ocultar una nueva sonrisilla de niña traviesa—. He llegado mientras recogíais, pero quería ver si realmente os ibais a ir sin mí…

—Pues claro —resopló la arquera—. De hecho, estábamos mejor así.

—¿En serio?

—¡No! —aulló Hator, con un puchero—. Pero, Anna, qué mala eres… Estábamos preocupados…

Rako volvió a inclinarse hacia él para susurrar:

—Yo hubiese hecho lo mismo.

—Lo sé.

Rieron por lo bajo, cómplices, lo que atrajo la atención de la pastelera. Ah, ahí estaban. El ceño fruncido y la ligera mueca de disgusto que ni siquiera se molestó en disimular. Como siempre, a Rako le dio igual, saludándola tranquilamente.

El caballero dejó que los abrazos, besos y saludos se alargasen lo justo como para que Hator quedase satisfecha, pero pronto tuvo que recordarles que tenían una cordillera por cruzar. Que ya se pondrían al día esa noche. Ellos asintieron, y, con una última mirada furibunda de Moira para Anna (que esta respondió con un pícaro guiño de ojo), reanudaron la marcha hacia la falla.

Sasha se preguntó desde cuándo aquella rara mezcolanza de personajes seguía sus órdenes.

7
QUE SALGA EL SOL

La falla cortaba la cordillera como una maldición.

Sasha tragó saliva nada más avistarla, una línea negra bajando de piedra en piedra como lo haría un chorro de sangre, irregular y grueso, provocándole la misma sensación que si realmente se tratara de sangre. La llamaban el Paso Caníbal y ya solo el nombre quitaba las ganas de preguntar por qué, aunque Rako, inasequible al desaliento, lo había hecho varias veces. Solo había recibido silencio en respuesta.

Avanzaban pegados a la roca, aprovechando que allí la cordillera crecía más vertical que en cualquier otro punto y los salientes los resguardaban de posibles puertos de montaña del ejército espiral. También habían optado por hablar lo menos posible, ya que ignoraban si sus voces levantarían eco entre los recovecos. Lo único que Sasha tenía claro es que no quería poner ni un pie en esa grieta y, sin embargo, iba a tener que hacerlo.

Y lo único bueno que ocurrió cerca de la sima fue que la pastelera extrajo de sus orondas alforjas cinco redondos pastelitos de manzana que había horneado para ellos. Por supuesto, tras los días de viaje se habían quedado algo duros, pero les supieron a gloria, y Sasha pudo perderse de nuevo en el toque mágico y completamente inimitable de los dulces de Anna. Echaba de menos su vida como cristalero. Echaba de menos el cristal, a veces, aunque la añoranza se derritió al ver a Moira tenderle lo que le sobraba de pastel a Hator, quien se lo arrebató de un zarpazo como haría cualquier hiena hambrienta. Moira puso los ojos en blanco; la hiena la ignoró, demasiado ocupada en tragar. Rako sonrió.

No, a Sasha no le gustaba el frío antinatural que parecía emanar de la grieta, pero al menos no tenía que cruzarlo solo. Y era una sensación extraña, porque hacía tanto tiempo que se sentía solo que ni

siquiera sabía cuándo había dejado de estarlo. La magia, grumosa como granizo, se le removió en los dedos, y supo que el Mundo le había dicho algo que aún no podía oír.

—Creo que es hora de explicarse —exigió Rako al fin, cuando las brujas se detuvieron frente a la entrada al Paso.

Como empezaba a ser costumbre, Rako tenía razón.

No había letrero alguno de advertencia al pie de la grieta: el propio paisaje ya lo decía todo. La cordillera parecía haber sido cortada en dos por un hacha mal afilada, y el potente azul del cielo era un segundo río cuya corriente en línea recta podía seguirse con la mirada hasta el final.

—¿Cuántos…? —comenzó Sasha, con un carraspeo delator.

—Treinta kilómetros —respondió Moira en tono grave—. A Hator y a mí nos llevó seis horas, pero no conocíamos el terreno ni la experiencia. Ahora iremos más rápido, pero preferimos no hacer paradas. —Calló un momento, pensativa—. No querréis hacer paradas.

De pronto, un largo silbido coronó sus palabras. No era un silbido salido de labios humanos, ni el resbalar del viento entre las piedras de la gruta, no. Era un sonido agudo y helado, sobrenatural, que se coló por cada uno de los poros de su cuerpo y le hizo desear volver al claro de la arboleda. La gota de sudor que le bajaba por la nuca acabó levantándole un escalofrío desagradable, como si un ciempiés helado le corretease entre las vértebras. Cerró los ojos durante un segundo infinito.

Así que era eso: había algo más en la falla.

—Instrucciones.

Moira asintió.

—Ante todo, silencio. Si se da una urgencia y hemos de hablar, lo haremos en susurros. —De un salto líquido, desmontó para sacar de sus alforjas un batiburrillo de trapos y cuerdas—. Y con esto evitamos que los cascos resuenen en la piedra. Tomad.

Se pusieron manos a la obra enseguida. Mientras Moira aseguraba los nudos con sus expertos dedos de arquera, Rako se removía, inquieto, mirando de reojo una y otra vez el violento corte vertical que marcaba la entrada.

—¿Por qué no hay soldados aquí? —preguntó—. Porque se puede ver perfectamente el otro lado. Se ve hasta el verde del prado a pesar de los treinta malditos kilómetros de distancia. ¿Y la vigilancia?

Ella continuó a lo suyo.

—No hay. Nadie pasa por aquí. Arriba hay un puente de cuerda, pero lo estuvimos vigilando un par de días y ninguna de las tropas lo utilizó. Ni siquiera pasaron cerca.

—Me faltan datos y no me gusta la conclusión a la que estoy llegando —refunfuñó Anna, aunque en el retintín de su voz se oía un

eco de miedo.

Nadie contestó.

Sasha empezaba a tener una ligera idea de por dónde iban las flechas, más aún cuando reparó en las cavidades en la roca, profundas e irregulares como el hueco de una muela arrancada. El estómago se le contrajo en un nudo corrosivo, pero se obligó a guardar la compostura por los dos que ahora cruzaban miradas, por primera vez dejando las garras de lado para encontrarse igual de perdidos.

—También es mejor que mantengáis la vista al frente —añadió Moira, volviendo a auparse a su yegua—. O en el suelo, o en la espalda del de delante, yo qué sé. O mirad al cielo. A cualquier sitio menos a los lados. Es q… Bueno, esto es más un consejo que una regla, pero es un recuerdo que se puede evitar con facilidad y yo hubiese preferido no tenerlo.

—Y no contestéis —terminó Hator—. Es lo más importante. Digan lo que digan, no contestéis. No podrán haceros nada mientras no sepan que sabéis que están ahí. Contestar es darles permiso.

—¿Permiso para qué? —preguntó Anna, pálida.

Sasha lo sabía. No había duda ninguna ya, los escalofríos mordisqueando sus omóplatos y él dando gracias por haber decidido ponerse la armadura a pesar del asfixiante calor (ese que la falla parecía haber absorbido).

Había una razón por la cual lo llamaban Paso Caníbal.

—Son güendigos, ¿verdad?

Las brujas se volvieron hacia la voz de Rako. Una vez más, ninguna contestó. Anna abrió la boca para decir algo, pero solo un gemido ahogado salió de ella.

—Por los dioses, son güendigos.

Al principio, todo fue bien.

La falla era estrecha, estrechísima, apenas quedaba el hueco de una mano entre estribo y pared. Sasha notaba la cercanía con la roca como un principio de claustrofobia, pero era aún peor cuando la piedra se abría en grietas y mínimas cuevas desde donde emanaba una brisa fresca que más que un alivio suponía otra señal de que algo había allí. El eco de sus respiraciones se colaba por las rendijas, viajando, chocando contra el siseo de un cuerpo arrastrándose. Ese que llevaba siguiéndolos de cerca desde que habían puesto el primer pie en el camino. Sin embargo, Sasha se cuidaba de mantener los ojos fijos en la columna de Hator, tal como Moira les había aconsejado, ni un solo vistazo en rededor. Por su postura, ella debía de estar haciendo lo mismo.

El orden en que marchaban también había sido cuidadosamente pensado. Hator iba en cabeza, pues decía recordar cada recoveco y cada curva, seguida por Sasha (el único en ofrecerse a ocupar el puesto de segundo al mando), Rako y Anna. Arco en mano, Moira cerraba la comitiva, atenta a cualquier amenaza que pudiera asaltarles por la espalda. Aunque lo único que Sasha oía a su espalda era el resollar entrecortado de la pastelera, y debía de angustiarle tanto como al resto, porque en un momento dado también oyó al daena real volverse para susurrarle algo que, por supuesto, no recibió respuesta. A ninguno le sorprendió: Rako sería la última persona de la que Anna querría recibir ánimos.

A la tercera hora comenzó el castañear de dientes.

Comenzó después de que se multiplicasen los cuerpos que se arrastraban, a veces Sasha notando una presencia justo a su lado, tan cerca que podría tocarlo si estiraba el brazo hacia la piedra. Sonaba al raspar de piel seca y crujiente contra tierra, y la respiración agitada de Anna se quebró en un par de sollozos quedos. Quiso girarse a comprobar que todo iba bien, pero sentía el silencio como un asfixiante cepo de castigo en torno a su garganta, a sus manos, y no tuvo fuerzas para liberarse. Por suerte, un tranquilizador arrullo coreó los sollozos hasta hacerlos menguar. Nunca supo si había sido Rako o Moira, solo que nada más acabar fue sustituido por el castañeteo de un millar de dientes.

—¿Qué coño… qué coño es eso? —oyó gemir a Anna alto y claro, y el ruido se intensificó, pequeños mordiscos en sus tímpanos.

Los güendigos eran criaturas de leyenda, pero, como los inmortales o los Vínculos, podían encontrarse unos cuantos desperdigados por la tierra moderna. Sasha los había visto dibujados en uno de los tomos de la biblioteca del Ala de Caballeros, aunque poco recordaba de ellos más allá de la figura a carboncillo de un esqueleto humanoide de piel podrida y ojos blancos como canicas, sin párpado. Las instrucciones para exterminarlos eran breves, y pasaban por la advertencia escrita en tinta roja de evitar confrontación a toda costa. A fin de cuentas, los güendigos, como humanos que habían sido alguna vez, preferían vivir en familia. Si solo uno de ellos atacaba, los demás lo seguirían.

Sabía perfectamente cómo llegaba un humano a convertirse en güendigo. Solía suceder por accidente, invocadores incapaces de pagar el precio de un Pacto por inmortalidad y que preferían alcanzarla a través de uno de los antiguos rituales. Rituales que abusaban de la energía de los sacrificios, de la sangre, de la carne humana. ¿El riesgo? Una sola palabra mal pronunciada y la inmortalidad era concedida, sí, pero el hambre jamás desaparecía. «Qué idiotas», había dicho Nize, doce años recién cumplidos y escondido en el Ala de Caballeros tras la última discusión con su padre. «¿Quién querría vivir para siempre?».

«Tú», quiso contestar en ese momento, dos siglos después. «Tú quisiste vivir para siempre».

—Tranquila. —Y esa era la voz de Moira—. Tranquila, Anna.

—Hay güendigos en el bosque al norte de mi pueblo —le cortó ella, con un susurro histérico—. Nadie entra, pero una vez una niña se coló… Trajeron sus huesos. Solo sus huesos, y… y tenían marcas de dientes.

Sasha conocía la historia.

—¿De verdad nos hacía falta esa información? —gruñó Rako.

A un tiempo, Moira y Sasha les chistaron, el siseo animando a las criaturas a acercarse incluso más. Por el rabillo del ojo captó cómo un relieve cambiaba de forma, antes una grieta profunda ahora infestada por dedos despellejados agarrados al saliente. Habría preferido no distinguir la piel parda, chasqueante y tensa como una hoja caída en otoño, ni sus uñas largas de mil años sin cuidar. No las quería cerca, no cuando podía incluso oler la pestilencia de la carne putrefacta, de la sangre seca entre dientes.

Los güendigos ya sabían que les habían oído, que les sabían presentes. Ahora solo tenían que conseguir que respondieran.

Sasha, dijeron.

Enfrente, la espalda de la Elegida se tensó hasta erguirse en una línea recta. Ah, se le había olvidado. Se le había olvidado que así era como conseguían hacerte hablar. Un escalofrío le bajó escalón a escalón por la columna, ardiente y helado a un tiempo, mientras más voces se iban uniendo a la primera. Algunas susurraban su nombre, otras lo chillaban. Otras aterrizaban justo en su oído y podía sentir su aliento contra el cuello. *Sha,* dijo otra más. La notó cerca de su rodilla izquierda.

Y luego le llamaron por su nombre privado.

El sonido de esas tres sílabas le subió por la garganta en una náusea, horrorizado al oír en aquellas voces podridas el nombre que hasta entonces solo sus padres habían pronunciado. ¿Cómo era posible…? ¿Cómo podían saberlo? Nadie sabía su nombre. Sus padres se lo habían llevado a la tumba y Sasha jamás lo había compartido con nadie. Era suyo. *Suyo.* Su nombre.

Sin pensar, alzó la vista hacia allí.

Deseó no haberlo hecho.

Al fondo de la grieta se movía una masa humanoide. Estaba hecha de las sombras que lo rodeaban, y aunque Sasha no lograba discernir dónde acababa o dónde comenzaba, dos lunas llenas lo miraban directamente a los ojos. Debajo, una larga dentadura que se abría y cerraba hasta crear un fantasma que castañeaba y castañeaba, los dientes cada vez más cerca y su nombre masticado entre ellos a cada segundo menos puro. No quedaban ya labios en esa cara, solo

putrefacción.

—Sasha. —Y estuvo a punto de contestar, de *chillar,* hasta que se dio cuenta de que aquel sonido no era silbante, sino real, sólido.

Rako.

Su cuerpo viró por instinto hacia él, por un segundo pensando que lo había llamado para despertarlo del horror, pero no. El rostro del daena estaba pálido y sudoroso, los ojos muy abiertos, y en su mano de nudillos blancos el velo que se había arrancado de un tirón para poder respirar. Jamás lo había visto así, descompuesto y tembloroso sobre su caballo, el pecho subiendo y bajando rápidamente en una espiral de angustia que Sasha conocía muy bien.

—¿Lo oyes? —chirrió Rako—. ¿Lo… oyes?

Él asintió. Los güendigos seguían retorciendo las diferentes versiones de su nombre. Unos lo llamaban por el diminutivo familiar, íntimo, de una sola sílaba. Otros usaban las dos sílabas públicas. La mayoría, las tres que componían su nombre verdadero. Tardó en darse cuenta de que ningún otro nombre se mezclaba con el suyo, y comprendió.

—Es un truco, Rako.

Sasha.

—¿No lo oyes? Mi nombre. —Había un pánico antinatural en su voz, crudo, muy parecido al aullido de un animal antes de ser sacrificado y desollado—. Es… mi nombre.

Sha.

—El tuyo no. Solo el mío.

Eso pareció tranquilizarlo, porque de golpe sus hombros bajaron y se llevó el velo al pecho. El caballero creyó oírle un gemido de dolor, aunque había sido demasiado débil como para asegurarlo. Cuando lo vio echarse hacia delante con un jadeo de alivio, la figura de Anna apareció detrás, ojos cerrados en pánico y manos cubriéndose las orejas, pero ni de lejos tan afectada como Rako.

Sasha ignoraba cuánta importancia tenía para el daena su nombre privado (quizá tanta como para él) y, sin embargo, reaccionó inconscientemente a la extraña mueca entre terror y alivio que le torcía el gesto, estirándose hacia atrás con una mano extendida. Rako notó el movimiento y se irguió para mirarlo. Aunque confuso, también alargó la suya. Sus dedos se entrelazaron en un apretón firme antes de volver a las riendas.

—Venga —alentó Hator con un suspiro—. Ya solo queda la mitad.

Fue una larga, larguísima mitad.

Las voces continuaron chillando su nombre en todas y cada una de

las variantes posibles; después de un par de horas la palabra desvirtuada de tal manera que Sasha siquiera diferenciaba si aquel era realmente su nombre o tan solo una sucesión de siseos. Los demás parecían encontrarse en el mismo punto, encorvados sobre el cuello de sus monturas y con la vista fija en sus crines. Sin embargo, el caballero sabía que el impacto era mayor para Rako y para él, quienes todavía mantenían su nombre privado en secreto y oírlo una y otra vez en esa voz tan poco familiar, tan cruel, tan *sucia,* suponía una tortura continua.

Se dio cuenta de que pensar en otras cosas ayudaba a amortiguar las llamadas, y aunque algo en su interior seguía estremeciéndose al sentir el aliento de los güendigos en cuello y piernas, aprendió rápidamente a dejar a un lado su miedo.

Lo primero que le vino a la mente fue la Anunciación de la noche anterior, más brillante y detallada que nunca después de toda una semana sin verla. En ella, Nize les hablaba de la enorme fiesta de Solsticio de Año Nuevo que se celebraría en la capital al día siguiente. Esa vez la ligera toga que le cubría el pecho era color nieve, y el aro que la mantenía fija, oro blanco. No había llevado corona, ni pulseras, ni pendientes, pero sí dos lunares falsos pintados en tinta plateada bajo sus ojos azules, y había sonreído con la delicadeza que le conferían al rostro esos tonos.

De los dos puntos plateados su mente saltó al lunar en el pómulo de Rako, a sus iris castaños que se convertían en lava volcánica bajo la lumbre y a su indescriptible expresión de pavor al creer que Sasha había oído su nombre completo.

Un miedo perdido con los siglos gracias a la desaparición de los nombres privados. Era, quizá, lo único bueno que le veía al reinado de Verenize, quien, al usar el suyo propio como título regnal, sentó precedente en toda la Espiral. La gente se había cansado de los tabúes, de los secretos. Se había cansado de las asfixiantes ropas que dentaban su piel, de tener que rezar en penumbra por miedo a que los dioses los mirasen con asco. Por eso, según las leyendas, Verenize había concedido la compleción del alma a todo su reino y a quienes se arrodillasen ante él en la Ascensión, cuando la mismísima diosa Var le había encomendado la sagrada misión de reinar sobre Sus hijos hasta que el último de ellos abandonara aquel mundo. Verenize •, el Eterno. El Primero y el Último.

Una sarta de mentiras que había comenzado en sangre y acabaría en sangre.

Pero, al menos, ni Moira ni Hator ni Anna tenían que esconder parte de su nombre para no deshonrar a toda su familia, ni cubrirse tan obsesivamente el cuerpo que solo la visión de sus propios brazos desnudos les revolviera el estómago.

—Hator, ¿estás bien?

Eso lo sacó de sus pensamientos y, aunque no tenía claro quién había hecho la pregunta, él la repitió, apenas un murmullo al reparar en los hombros temblorosos de la Elegida. Sus pequeñas manos vibraban como alas de abeja mientras se anudaba el pelo en un moño alto para apartárselo de la cara. A esa distancia, Sasha pudo ver las perlas de sudor en su nuca, la camisa empapada pegada a la piel; y oír el gemido quedo que se le escapó de entre los dientes.

—¿Hator? —insistió él.

De pronto, los güendigos callaron.

Su silencio era mucho, mucho peor.

Más aún cuando los oyeron revolverse, agolpándose unos sobre otros en una huida desesperada. Las manos aferradas a las grietas desaparecieron entre chasquidos, dejando a su paso el eco desagradable de roca rasgando piel acartonada, partida en dos con las prisas. Sus nombres se convirtieron en gemidos, los gemidos en aullidos y los aullidos en agudos lamentos que treparon hasta la línea de cielo coronando la falla. Sasha no sabía de qué estaban huyendo los güendigos, qué era lo que les daba tanto miedo, pero sí que provenía de Hator.

El caballo de la Elegida se había detenido de golpe, atrapándolos en el claustrofóbico camino. Ella encogida sobre sí misma, a cada segundo más y más acurrucada, su respiración agitada resbalando hasta colarse en las grutas de la cordillera, jaleando a los güendigos. No paraban de chillar.

—Sasha, ¡haz algo! —lo acució Moira, un susurro lejano que ya poco tenía de tal—. ¡Tenemos que seguir avanzando!

Se volvió hacia ella y la encontró en lo alto de una cuesta que no recordaba haber descendido, mandíbula tan tensa que podía señalar el punto en el que sus dientes colisionaban tras las mejillas. En sus manos, el arco. En las de Anna, las riendas. En las de Rako, su velo.

Y, en las suyas, arena.

No había esperado que la pared tuviese esa textura arcillosa, ni que fuese tan fácil trepar por ella. Sus dedos engarfiados en grietas erosionadas por el tiempo, allá donde apenas unos minutos antes habían ocupado los de los güendigos. Sabía que le observaban, sabía que lo único que lo salvaba de ser devorado hasta los huesos era ese aura que emanaba de Hator, tan espesa que la sentía como una segunda piel. Por el rabillo del ojo cazó un millar de lunas blancas sin párpado, un millar de dentaduras secas, pero logró deslizarse por la piedra en su camino hacia la Elegida como lo haría una lagartija. A fin de cuentas, no había espacio en tierra firme para sus hombros anchos: debía acercarse por aire.

—Hator —llamó al alcanzarla, aún aferrado a los salientes pero

apoyando parte de su peso en su yegua de batalla—. Hator, ¿qué pasa?

—No lo aguanto… Las voces…

—Venga, vámonos de aquí.

Aunque esta asintió, no hizo intento alguno de moverse, ni de apartarse las manos del rostro. Había lágrimas secas en sus mejillas y también nuevas. Tras un par de segundos de indecisión, Sasha se las apañó para sentarse detrás y pasarle los brazos por la cintura en busca de las riendas caídas. Dócil (maleable), ella se echó hacia delante para abrirle más hueco en la silla. Fue entonces cuando Sasha lo notó:

Hator olía a oro. A metálico, ácido oro.

Todo plan para terminar con aquella tortura quedó desechado en cuanto fijó la vista al frente. El verde estaba tan, tan cerca… Ahí los esperaba ya el otro lado. Más allá del olor a pavor que flotaba entre ellos, a metal que le subía desde los cabellos de trigo de Hator, Sasha podía distinguir el aroma a aire limpio, que no era más que la fragancia de flores silvestres.

No se molestó en girarse:

—Preparaos.

Tampoco se molestó en comprobar que lo habían oído, invirtiendo un solo segundo en enganchar las riendas de su montura a la de Hator antes de lanzarlos al galope de un talonazo. Los salientes de la falla rasgaron tela, piel y flancos, pero reducir la velocidad no era una opción. No cuando los güendigos parecían haber entendido que su única presa en quizá siglos se les escapaba. Garras y dientes y chirridos salieron a su encuentro y Sasha desenvainó la espada, desde la retaguardia ya llegándole el sonido inconfundible del acero al blandirse, del raspar de piel de güendigo contra el suelo y el crujido de flechas atravesando torsos podridos, pero no frenó. No se atrevió a frenar.

De pronto, el cielo se lo comió todo.

Agavlia los recibió con los brazos abiertos, ni una sola nube en su cielo azul y el más verde de los valles acunándolos como el regazo de una madre. Sasha siguió galopando con la Elegida firmemente pegada a su pecho mientras dejaban la cordillera atrás, atrás, atrás. También atrás restalló el grito de júbilo de Rako, el de alegría de Anna. Ninguno de los dos llevaba dolor consigo y por fin el caballero se decidió a tirar de las riendas para detener la marcha y volverse a mirar. El brazo del daena rezumaba rojo, al igual que un feo y grueso corte en la pierna de Anna, pero Moira parecía intacta y todos se sonreían entre sí.

Estaban bien. Estaban a salvo.

Después se asomó por encima del hombro de Hator, la única que continuaba en completo silencio. A ambos les bombeaba el corazón

con fuerza, Sasha podía sentirlos contra el pecho. Ya nada quedaba de ese extraño hedor metálico.

—Ey, Hator… ¿Todo bien?

Su respuesta fue doblarse hacia un lado y vomitar bilis. Alarmado, se apresuró a agarrarla de la cintura para evitar que cayese derribada por sus propias náuseas.

Cuando se volvió hacia Moira en busca de ayuda, esta negaba con la cabeza, los labios fruncidos en una fina línea.

Hator sollozó.

Aunque hacía el mismo calor agobiante que había hecho nueve horas antes, cuando aún se encontraban al otro lado de la cordillera, el frío de la falla les había congelado los huesos, así que apenas avanzaron medio kilómetro antes de refugiarse bajo la sombra de un árbol de grueso tronco desde el que se divisaba el valle entero.

Aglavia era más verde que los pueblos libres, bosques devorándolo todo y repleta de anchos ríos y lagos que equilibraban el desierto sureño. Las antiguas leyendas contaban que el dios del sol había tropezado con la cordillera y caído de bruces, reduciendo la tierra a arena y creando una frontera natural entre Sagrarés y Agavlia. De joven, Sasha le había visto cierta lógica al asunto, puesto que no existía otra explicación posible a que aquella exuberante vegetación mutase de pronto en árido desierto solo para alzarse de nuevo en las crecidas del principal río sagrarense. Por eso y porque el desierto dibujaba la silueta de un dios. En cualquier mapa podían diferenciarse con absoluta claridad los seis brazos y la cabeza coronada de llamas, la cual desembocaba en dunas directamente al mar interior de la Espiral.

Desde su puesto bajo el árbol alcanzaba a verse el ajetreo de una villa que, por la notable diferencia entre los descascarillados edificios centrales y las hileras de pulidas casas de madera que lo rodeaban, debía de haber crecido con rapidez en los últimos años. Parecía que el casco antiguo había quedado atrapado allí dentro, clamando auxilio, y Sasha supuso que se debía al incesante avance del ejército de Verenize, listo ya para conquistar los pueblos libres.

Allá abajo, los lugareños no perdían tiempo en decorar sus calles con banderines amarillos y turquesas, los colores del verano, y la música que se tocaba en cada esquina les llegaba a oleadas. También habían cubierto de paja la redondísima plaza, en sus bocacalles un batiburrillo de caballos de granja esperando a ser escogidos por algún valiente muchacho. Sasha recordaba las carreras de Año Nuevo, famosas entre los niños de la calle más que entre los de la corte,

puesto que seis victorias consecutivas significaban que uno de los dioses había pestañeado a favor del ganador y que lo seguiría haciendo por el resto del año.

Tenía trece años la primera vez que Sasha había conseguido sus seis victorias, todas ellas contra el príncipe que (con suerte) en unos meses le abriría otras seis marcas en el pómulo. Debieron de mirarlo varios dioses aquel Solsticio, porque el rey Aurel adelantó su ceremonia y pocas semanas después ya lucía sus escarificaciones de caballero.

—¿Es hoy el Solsticio? —preguntó Rako, alzando mucho las cejas y toqueteándose las vendas que Sasha le había enrollado en el antebrazo —. Pero si parece que raerge empezó ayer…

Como no podía ser de otra manera, acabó haciéndose daño, así que Sasha le hizo un gesto de advertencia y este apartó la mano con un bufido. Solo cuando se aseguró de que se quedaría quietecito volvió a concentrarse en Anna. O, más bien, en el largo corte de su muslo. Por alguna razón, la pastelera se negaba a llevar pantalones de montar, las faldas de sus vestidos demasiado finas como para repeler las garras de un güendigo, y, aunque al principio Sasha lo había creído simple decoro, a ella no parecía importarle subírselas hasta la cintura o apoyar la pierna desnuda sobre su regazo para darle completo acceso a la herida. A él sí que le importaba, claro, pero intentaba mantener el rostro neutro y los ojos lejos de la mueca divertida de Rako.

—Llevamos más de un mes en camino —contestó distraídamente Anna, incorporada sobre los codos para vigilar qué andaba haciendo Sasha con las manos—. Las chicas llegaron al pueblo a finales de daerge… —Chasqueó la lengua—. Si toda esta locura no ha terminado para cuando llegue sasemi me veré obligada a renunciar. No aguanto el frío y no pienso pillar una pulmonía por culpa del rey.

Él sonrió, tirando de las vendas que la pastelera había insistido en que le colocase. En realidad, el corte no era ni tan grave ni tan profundo como el sangrado había sugerido, pero si se quedaba más tranquila así…

—Muy optimista eres tú si crees que podemos conseguir en un par de meses lo que nadie ha conseguido en siglos.

Anna alzó las cejas, indiferente.

—Para sasemi quedan todavía *seis* meses, Sasha, que este año es intercalar. —Ah, sí. Siempre se le olvidaba ese mes extra que Verenize había metido a presión en su nuevo calendario tras reparar en que no le salían las cuentas—. Además, ¿cuánto se puede tardar en llegar a Graendar? ¿Otro mes? ¿Dos, si vamos lentos?

Sasha negó con la cabeza, todavía sonriente. Pocos metros más allá, Rako también sonreía. Anna lo miró y frunció el ceño.

—¿Y tú de qué te ríes, imbécil?

—Anna… —advirtió el caballero con un suspiro.

Esta bufó, desviando la vista hacia el pueblo. A sus afueras, las puertas del granero reformado que suponía la única posada estaban abiertas de par en par, y los muchachos que hacían rodar toda una hilera de barriles de cerveza a su interior parecían hormiguitas preparándose para el invierno. Nada más lejos de la realidad, claro.

—Ya está —sentenció en cuanto terminó de abrochar los modestos pasadores que mantendrían sujeto el vendaje. Por pura costumbre, le dio un par de palmaditas en el muslo para acompañar sus palabras y ella le dedicó una ceja enarcada y una sonrisa ladina—. No era nada grave.

Mientras se bajaba la falda, Anna abrió la boca para decir algo más, algo que conjuntaba con cómo se colocaba un mechón tras la oreja; pero Sasha ya no le prestaba atención, ojos negros fijos en las dos figuras que regresaban de su paseo.

Moira tenía una mano apoyada en la nuca de la Elegida en un gesto sobreprotector que él mismo se había visto adoptando con Nize cuando aún le aventajaba en altura, y la miraba con un semblante blando nada típico en ella, los labios curvados en un atisbo de sonrisa. En cambio, la sonrisa de Hator volvía a ser la de siempre, desterrado todo rastro de lágrimas secas. Sasha no podía ver el Vínculo, pero lo sentía tan brillante como una supernova.

—¡Moira y yo hemos tenido una idea! —exclamó al llegar hasta ellos, adelantándose con un salto de gacela que la libró de la mano de su compañera. De pronto, sus ojos se toparon con las vendas que Sasha enrollaba para guardar, y su expresión cambió—. Ay. ¿Estáis todos bien?

A fin de cuentas, la arquera la había arrastrado lejos de ellos en cuanto había terminado de vomitar. Él asintió y, como ensayado, Rako y Anna le enseñaron a un tiempo sus heridas ya tratadas, tan sonrientes como si hubieran ganado dinero con ellas. Aunque quizá sí que habían ganado algo.

—Bueno, dinos cuál es esa idea tuya —le azuzó Rako, divertido.

Fue Moira quien contestó, recuperando su impavidez habitual:

—Nos merecemos un descanso. Comer bien, dormir bien. —Y entrecerró los ojos. Si Sasha no la conociese como creía conocerla hasta diría que se había preparado el discurso—. Anna no ha parado en una semana y nosotros hemos tenido nuestros… roces. Lo de los güendigos ha sido la gota que colma el vaso.

La boca del daena se abrió en una pequeña pero significativa «O» y, aunque Sasha intentó contenerse, acabó cruzando miradas con él.

—¿Sabéis qué día es hoy? —canturreó Hator, pero no les dejó responder—: ¡Solsticio de verano! ¡Feliz Año Nuevo!

Tardó un poquito en comprenderlo. La pista final se la dio la

manera en la que todo el cuerpo de la rubia vibraba de energía. Esa no era la actitud de alguien que quería descansar. A su lado, Moira se encogió de hombros.

—Feliz Año Nuevo —felicitó el daena también, por acto reflejo—. Hoy es la noche más corta del año…

Sasha conocía la costumbre, pues las mejores siempre permanecían. Antes de que se diese cuenta había echado la cabeza hacia atrás en una corta carcajada que ignoraba de dónde venía (quizá de alegría por verse lejos del Paso Caníbal, quizá de nervios por encontrarse cada día más cerca de Nize) mientras Anna se quejaba de que ya estaba mayor para cuidar de otra manada de críos en el Solsticio. Como no podía ser de otra forma, Rako se apresuraba a recoger sus cosas, calculando en voz alta la hora a la que llegarían al pueblo.

Era la noche más corta del año y, por lo tanto, había que pasarla despierto.

Sasha se sentía raro.

No raro de la manera en la que llevaba sintiéndose desde que huyó de Veda, sino raro por no saber qué estaba ocurriendo exactamente. La idea le había parecido buena mientras trotaban hasta el pueblo e inscribían sus nombres en la lista para la copiosa cena de Solsticio de la posada, incluso al gastarse el dinero robado a la Campaña en tres habitaciones, pero había creído que la excitación de Hator se iría desvaneciendo junto con el día. También había pensado que pasaría lo mismo con la de los demás, o con la suya propia. Que caerían rendidos tras la tensión de siete horas de miedo y un buen jabalí asado, tierno y jugoso y cocinado a leña lenta; algo que las expertas manos de Anna no podían igualar al raso.

Pero no era lo que había pasado.

En ese momento tenían delante una jarra de cerveza cada uno y Hator aún rumiaba el último hueso de picota (un tipo de cereza famosa en aquel valle) antes de escupirlo al suelo como hacían los locales. La jarra de Sasha estaba medio vacía y, la verdad, tampoco sabría decir cuándo se la había bebido.

Parecía que el pueblo entero se encontraba allí apiñado, familias entremezcladas con soldados alpinos que, por lo mucho que sonreían y bebían, no debían de haber perdido a ningún compañero en la caída de la Campaña. A voces se hablaba de la milagrosa («misteriosa», si quienes conversaban pasaban cerca de los soldados) desaparición de los niños invocadores, pero, sobre todo, de que pronto llegarían las trece de la noche. Entre el revuelo, Sasha vio cómo comenzaban a

repartirse pequeños cuencos surtidos con trece picotas exactas. Ni una más, ni una menos. Al parecer, la tradición local exigía comerse una cereza en cada uno de los últimos trece segundos del Año Viejo.

—¡Pero si ya me he comido como veinte! —protestó Hator, estresada, cuando uno de los camareros le dejó el cuenco enfrente—. ¡No me caben más!

—Y son enormes —añadió Anna, pescando una del tamaño de una moneda—. ¿Cómo no se atragantan…?

—Bueno, bueno —les cortó Rako—. Vamos a intentarlo al menos, ¿no? ¿Qué podría pasar?

—Que vomite otra vez.

Al daena se le escapó una carcajada por la nariz, el sonido ligeramente amortiguado por el velo. Sasha había temido que su rostro cubierto llamase la atención, pero resultó ser cierto que en Agavlia esa costumbre formaba parte de la moda actual, y no era poco habitual guardarse la sonrisa tras tocados y mantillas de diferentes colores, larguras y texturas. Aquella noche, además, los aldeanos parecían haber sacado sus mejores galas para aguantarla en vela: joyería recargada, calzado abierto y tacones tan altos como bajos los escotes, aunque la mayoría de las mujeres optaban por sacrificar las infinitas faldas en favor de enseñar pierna. Anna entre ellas, por supuesto, radiante con su brevísimo vestido que dejaba a la vista el vendaje del muslo pero que arrastraba una sinuosa cola de gasa («No pienso ir vestida como un cualquiera al Solsticio», había dicho antes de subir a su cuarto a cambiarse).

En comparación, las prácticas prendas de viaje del resto del grupo los ponían en evidencia. Al menos les había dado tiempo a plantarse una muda limpia… Bueno, eso solo a los tres brujos, porque Rako se había pasado casi veinte minutos con los ojos entornados fijos en sus diez velos. La batalla final se había librado entre uno hecho de tintineantes aros plateados que le conferían aspecto de cota de malla y el azulado ganador, de tela fina y traslúcida. Sasha lo cazó guiñándole el ojo a una chicuela que llevaba uno idéntico.

Justo después, una mujer se subió a la barra de la taberna que, dadas las dimensiones del local, les quedaba bastante lejos. Armada con una jarra de cerveza, su marido se aseguraba de que no cayese al suelo repleto de huesos de cerezas aferrándola fuertemente por la cintura.

—¡Vecinos y vecinas del Guertal! —comenzó, alzando la cerveza en saludo y ganándose una oleada de vítores—. ¡Gracias por compartir con nosotros un Solsticio más! Y, a los nuevos soldados y forasteros, ¡bienvenidos a Las Cien Picotas! Llevamos desde el año 120…

—¡Miché, por los dioses! ¡Deja la publicidad para otro momento, que se nos pasan los Trece!

Aunque ella frunció el ceño, la protesta trajo carcajadas consigo:

—¡Ada! ¡Has sido tú, ¿verdad?! Ya vendrás pidiendo que te invite la casa a una copa, ya…

—¡Miché!

—¡De acuerdo, de acuerdo! —rio al fin, y acto seguido le dio un largo trago a su jarra. Sasha aprovechó la pausa para volverse un segundo hacia sus compañeros de viaje, algo perdido, pero le tranquilizó ver que parecían estar disfrutando del espectáculo. De hecho, Hator ya estaba preparada para la carrera, la primera de las cerezas en la palma—. Los que ya sabéis cómo funciona esto podéis seguir bebiendo. Los que no, ¡atentos! —A su lado, Rako asintió como si le hablase específicamente a él—. En un minuto dará comienzo la cuenta atrás de los últimos trece segundos del año, y por cada uno de ellos habréis de tragaros una picota. No os preocupéis, que las hemos deshuesado para evitar accidentes…

—¡Ese fue el mejor Solsticio de mi vida!

—¡Murió un hombre, Jaro!

—¡Sí, pero era un capullo!

Miché, sin duda la dueña de la posada, soltó una sonora carcajada, y no fue la única. Entre las risas surgió la rutina: hombres, mujeres y niños con el cuenco listo entre las manos volviéndose hacia la barra, donde Miché hacía equilibrios para intercambiar su eterna cerveza por las cerezas. Sasha los imitó y tomó una de las suyas con dos dedos, el agujero por el que el hueso había sido extraído tierno como una herida recién abierta. Las yemas se le mancharon de rojo, pero, por primera vez en mucho tiempo, era un buen rojo.

—¡Empezamos!

A su espalda, a Hator se le escapó un grito ahogado, nervioso, que fue acompañado por el inevitable «¿Tú eres tonta o qué?» de Moira. El caballero quiso intervenir, decir algo, pero entonces el **trece** vociferado retumbó por toda la sala, desencadenando una serie de chillidos histéricos que acabaron en un mordisco al unísono. Viendo que ya llegaba tarde, se apresuró a meterse la cereza en la boca, redonda y crujiente y tan dulce que por un momento ni siquiera pudo disfrutarla. Sobre todo porque el segundo vino y se fue, dando paso al doce, y al once, y al diez.

Los segundos se coreaban entre carcajadas chillonas que subían tres octavas cada vez que alguien se atragantaba, doblándose en dos. Le quedaban solo cinco en el cuenco cuando vio cómo Anna jalaba su jarra para intentar bajar una traicionera picota a la fuerza, con tan mala pata que acabó escupiendo la cerveza por la nariz. Sasha no recordaba haber estado jamás tan a punto de ahogarse. De la risa y de la última cereza que no conseguía terminar de tragar. Con lágrimas en los ojos, Rako chillaba en lugar de reírse y el gruñido de la pastelera

quedó ensordecido por un titánico:

—¡Feliz Solsticio 200! ¡Que salga el sol un día más!

«¡Que salga el sol un día más! ¡Un día más!», coreó toda la villa antes de vaciar sus copas de un trago y proceder a abrazarse y a besarse los unos a los otros. La dueña del local bajó de la barra colgándose del cuello de su marido, en sus labios un fácilmente legible «Feliz Solsticio, cariño».

Cuando Sasha se giró para felicitar a sus compañeros de mesa y de viaje se dio cuenta de que, en realidad, no los conocía de mucho. Aunque los cuatro le sonreían, deseándole feliz Año Nuevo a su vez, se suponía que el Solsticio debía celebrarse en familia, como la que había pocos pasos más allá formada por un padre, su hija preadolescente y el beso que le dejaba en la frente.

Y, sin embargo, sí que los conocía. Lo importante de cada uno, al menos. Sabía que Hator estornudaba si miraba al sol de frente y que había encontrado en los cangrejos de río su manjar predilecto. Que no cumplía ni por casualidad las expectativas esperadas para la Elegida de la Profecía y que era precisamente eso lo que la hacía perfecta. Sabía que a Moira le gustaban las manos de Anna o, como mínimo, que le gustaba mirarlas; y que era leal de una forma fiera y salvaje que Sasha había creído extinta entre humanos. Sabía también que Moira lo odiaba…, pero que mataría a sus órdenes.

Rako y Anna chocaron sus jarras antes de terminárselas. Con ellos había vivido ya varios Solsticios, pero en diferentes épocas, con diferentes nombres. Y, si poco quedaba ya de aquel Sasha confiado y soñador, aún menos del Sherezade que respiraba pánico mientras se arrastraba por los siglos de los siglos como una sombra de sí mismo. Ahora no era ninguna de esas dos versiones: era algo mejor. Podía ser algo mejor. Podía ser lo que ese mundo necesitaba que fuese.

Pero primero…

Sasha pensó en los niños de la Campaña cuando alzó la jarra para pedirle a Miché otra ronda para los cinco, y en las ganas que tenía de seguir conociéndolos cuando se acodó sobre la mesa y se inclinó hacia ellos con una ceja arqueada, fingiendo estar a punto de contar un secreto. Atraídas por el gesto, las chicas se apiñaron a su alrededor, ojos muy abiertos, curiosas. Oyó a Rako soltar un bufido divertido. Ah, así que todavía se acordaba…

El caballero sonrió y:

—¿Cuál es vuestra palabra preferida?

Parecía que su cuerpo ya solo sabía reír, reír, reír.

No recordaba en qué momento de la noche habían ayudado a

apartar las mesas para despejar el centro del granero y convertirlo así en un enorme salón de baile, los tablones del suelo crujiendo bajo el peso de centenares de pies que saltaban y bailaban y daban vueltas al son que dictaba la banda de música. Los niños también habían desaparecido y la cara más joven con la que se había topado en horas era la de Hator, la chiquilla ahora sajándole el sueldo de un mes a un pobre pícaro que se había atrevido a retarla a un pulso. No muy lejos, Moira, su eterna centinela, hacía honor a su título mientras comentaba la jugada con una chica bastante más alta que ella. Sasha sonrió.

La noche había empezado bien y se mantenía bien, aunque no podía decir lo mismo ni de su cabeza ni de sus manos trágicamente vacías. Había perdido a Rako entre la multitud, pero a cambio recordaba con intensa claridad el escándalo de sus carcajadas cuando Moira había contestado que su palabra preferida era «matanza». «Te pega», fue lo que dijo después, y a la arquera no le había dado tiempo a protestar antes de que Hator volviese a la carga con otra sarta de palabras favoritas.

Era un ejercicio típico de la milicia espiral, aquel juego, ideal para romper el hielo en las primeras salidas a campo con los nuevos reclutas, y aunque el Solsticio ni de lejos contaba como primera noche juntos, de alguna manera Sasha sí la sentía un poquito así. O, por lo menos, sentía que todos se estaban esforzando porque lo fuese.

El juego les había descubierto que no podían fiarse del idioma de la profecía, ya que, cuanto más repetían una palabra, más posibilidades tenía esta de convertirse en otra radicalmente diferente. No habían caído hasta la tercera jarra de cerveza, en mitad de una acalorada discusión sobre si «araña» se había pronunciado así desde el primer momento o si acababa de cambiar en los últimos segundos. Por supuesto, fue Rako quien llegó a la conclusión de que debía de tratarse de un sistema de defensa, una suerte de código indescifrable, y al resto se les escapó un largo «oooh» de comprensión al unísono.

La palabra preferida de Hator (entre otras muchas) era «granate» en agavle.

La palabra preferida de Moira era «matanza», también agavle.

La de Anna, «hiena» en su lengua materna, mientras que Sasha no lograba decidirse entre «aserradero» y «verdín» en vedés. Sin embargo, había reconocido la de Rako mucho antes de que sus labios, borrosos tras el velo, comenzasen a abrirse, embriagado de alcohol y familiaridad.

—Venga, suéltalo.

—¡Taberna! ¡Por la sonoridad de la erre!

—¡Qué va! ¡Es porque allí hay cerveza!

Los cinco se habían reído como si todos y cada uno de ellos tuviese doscientos años y jamás hubiesen estado más de dos metros separados

los unos de los otros. La magia del alcohol, había supuesto Sasha, mientras se levantaba para apartar las mesas a la orden de Miché.

Ahora se dirigía de vuelta a la barra, pueblerinos y soldados un borrón a su alrededor y la música de cuerda y tambor tronando en sus oídos a un ritmo nuevo para él. Era violento, seco, grave, le bullía en las venas y parasitaba sus latidos, forzándolos a moverse al compás. Pondría la mano en el fuego a que su sangre ya no era sangre sino música. O quizá cerveza.

De lejos consiguió distinguir el cabello color hojarasca de Rako, su nuca rapada un camino a seguir. Hablaba con la joven del velo gemelo, pero ella se había apartado el suyo, quizá con la esperanza de animarlo a revelar su rostro también. Suerte con eso, porque el daena tenía calculado hasta cómo apañárselas para colarse la copa bajo la tela en un movimiento al mismo tiempo ridículo y adorable. Bueno, más ridículo que adorable. O al revés, no lo tenía muy claro.

—Rako —llamó Sasha al llegar, apoyándole una mano en el hombro.

—¡Sha! —saludó este, dándole la espalda sin miramientos a su acompañante. Dolida, la mujer hizo un puchero, pero a Rako no pareció importarle, demasiado ocupado en colgársele del brazo. Sobre la barra, dos diminutos vasitos ya vacíos traicionaban que había continuado sin él—. ¿Qué, las has encontrado?

Ah, sí. Había ido a comprobar que las chicas estaban bien.

—Están… entretenidas. Me falta Anna.

—Oh, no te preocupes por ella —rio Rako, y señaló un punto perdido del salón—. Es la que más entretenida anda de todos.

Al principio, nada resaltaba en la selva de borrachos. Después sus ojos siguieron la flecha que era el dedo del daena y por fin localizó el primer retazo de pastelera: la cola de su vestido, enredada en el tobillo de un hombre anchísimo. Del resto, oculto tras el titán, solo logró distinguir sus brazos enjoyados rodeándole el cuello y su sonrisa pintada de carmín. Desde luego, esa dama se encontraba de todo menos en apuros.

Con una ceja arqueada y una sonrisa propia, Sasha empezó a decirle a Rako justo lo mismo que este le chillaba en la oreja:

—¡Por eso insistía tanto en tener una habitación para ella sola! ¡Qué lista!

Al caballero la carcajada se le escapó por la nariz, pero lo que no se le escapó fue cómo la joven del velo se inclinaba hacia Rako con una pregunta clara en la mirada. Tenía el arco del labio superior delineado con tinta metálica al más puro estilo de la Espiral y era imposible de ignorar. Sin embargo, el daena solo sonrió.

—Perdona, Nemes. No estoy interesado. —Y antes siquiera de que pudiera reaccionar—: Pero ¿sabes quién sí?

Rako se puso a su altura para disparar de nuevo su arco invisible, un ojo guiñado y el dedo índice recorriendo la multitud hasta dar con otra joven de vestido claro y cabellos aún más. Cazada con las manos en la masa, dio un pequeño brinco y se giró bruscamente hacia su grupo de amigos.

—¿Marata? —refunfuñó ella, frunciendo el ceño—. Pero si todo el mundo sabe que prefiere a los chicos.

—Pues yo estoy bastante seguro de que no. Te lleva mirando toda la noche, así que…

—¿Toda, toda?

—El mismo tiempo que me lleva fulminando a mí.

—Venga, vale —aceptó enseguida la chica, y le dio un par de palmaditas rápidas en el brazo—. ¡Gracias! ¡Feliz Solsticio!

Fue visto y no visto, pero sobre todo no visto, porque lo siguiente que supo fue que la tal Nemes ya estaba lejos de allí, apartando vecinos a empellones. Cuando se volvió hacia Rako, este le miraba con una chispa divertida en sus ojos de lava.

—Críos —suspiró—. No pierden el tiempo, ¿eh?

Sasha tampoco querría perder el tiempo si no tuviese toda una eternidad disponible. Y, por algún motivo, tampoco quería perder ni un segundo más de la suya. Tragó saliva, sintiendo cómo su cerebro terminaba de perder el rumbo, y Rako parpadeó con esas pestañas tan largas. El corazón le retumbaba en el pecho al ritmo de la extraña música de aquel siglo.

—Bueno —dijo al fin el daena, sonriente, apoyado en el borde de la barra mientras rebuscaba en sus bolsillos hasta encontrar un par de demos—, ¿qué vas a querer beber ahora?

El caballero se acodó a su lado al contestar.

Media hora antes del amanecer, los meseros comenzaron a repartir cálices de agua fresca. Sasha bebió con ganas, a grandes tragos; Rako se terminó el suyo de una sentada sin siquiera mirar el contenido y luego se encogió de hombros, quizá decidiendo que, a esas alturas, ya le daba igual.

El agua no sirvió para quitarles la borrachera, pero sí para que la lengua no se les trabase tanto al rezar cuando los primeros rayos de sol asomaron por el sinuoso horizonte del valle, las puertas del granero ahora abiertas de par en par y hasta el último cáliz alzado en su honor. Poco después, ya hidratados y rezados, los aldeanos inauguraron su peregrinación de vuelta al hogar, mientras que ellos partieron contracorriente hacia sus habitaciones.

La posada tenía tres pisos, cada piso seis alcobas y cada alcoba

mínimo tres soldados espirales (cosa que, por alguna razón, a Rako parecía hacerle muchísima gracia, soltando risitas entre dientes a cada uno con el que se cruzaban), así que no les había quedado otra que conformarse con las habitaciones sobrantes, lejísimos las unas de las otras. Se despidieron de las brujas en el primer piso, pero no fue hasta poner pie en el primer escalón que Sasha se acordó de ella.

—Espera —dijo, con la lengua débil, volviéndose hacia las chicas —, ¿y Anna?

—Anna lleva ya un rato en su cuarto —contestó Moira, sin siquiera apartar la vista de la cerradura con la que Hator se peleaba por abrir.

—Oh.

—Sí, oh. Anda, a dormir, que vais fatal.

—Es verdad —balbuceó Rako, esbozando una sonrisita de satisfacción—. Llevo un ciego que ni el rey… Pero nosotros no somos los únicos que hemos bebido de más, ¿eh?

—¡No estoy borracha! —protestó Hator, claramente borracha.

Ambos rieron, desencadenando una sarta de insultos y amenazas por parte de la Elegida, y a Sasha le gustó ver que hasta Moira aguantaba la sonrisa.

Lo siguiente que supo fue que estaban subiendo las escaleras y que le gustaría que parasen de moverse.

Y, lo siguiente, que Rako cerraba la puerta de la habitación mientras él se apresuraba a abrir el ventanal de un balcón muy poco funcional. Ni el aroma a sábanas limpias ni la brisa mañanera lograron llevarse el hedor viscoso del alcohol adherido a su piel, a su ropa, y las suelas de sus botas se le quedaban pegadas al suelo al andar, pero no le importó, demasiado cansado y vibrante de una corta pero larga noche bebiendo y riendo sin parar. Músculos de gelatina, cerebro de esponja. Solo quería dejarse caer en la cama, justo como Rako hacía en aquel instante en la otra, la luz del amanecer tiñendo de fuego su lucha por deshacerse de la camisa. Sin embargo, la espalda de nadador de Rako, esa que era al mismo tiempo suya y de Nize, le hizo cambiar de idea rápidamente. Con la misma rapidez, Sasha trastabilló hasta el baño para comprobar si la posada de Miché cumplía con lo que ofertaba.

Ah, pues sí. Allí lo esperaba la bañera prometida, lista para usarse.

Aunque sabía que no hacía falta, echó el cerrojo antes de empezar a desnudarse. También agradeció la falta de espejos: lo que menos necesitaba en ese momento era ver reflejados sus torpes movimientos de borracho para sentirse aún más patético.

Notaba su racionalidad al fondo del cráneo como posos de té amontonados al final de una tetera, solo removiéndose ligeramente al sentarse en la bañera de madera. El agua estaba templada, amable, y Sasha aún tardó un par de minutos más en animarse a limpiarse la

noche con la pastilla de jabón. Lo hizo sentado, sin moverse mucho para no marearse, y cuando terminó le costó encontrar las fuerzas para levantarse. Tanto que se quedó allí un buen rato, las rodillas asomando a la superficie y los ojos anclados en el pequeño ventanuco que filtraba el alba.

Había sido una buena noche. No estaba seguro de merecérsela.

—¿Sha? —llamó Rako, su voz una mezcla exacta entre preocupación y sueño.

Debería decirle que dejase de llamarle así.

—Voy.

Consiguió salir de la bañera a duras penas y se envolvió con la única toalla que encontró. El agua había logrado estabilizarlo un poco, pero también recordarle lo cansado que estaba, así que cuando regresó al cuarto para rebuscar entre sus bolsas algo que ponerse lo hizo con la mayor prisa posible, ávido por tumbarse de una vez en esa cama que lo llamaba, lo llamaba, la más cercana a la puerta. Se le escapó un larguísimo suspiro de alivio y placer al hundir por fin el rostro en la almohada, aspirando el olor a jabón de oliva tan típico de Agavlia antes de girarse hacia Rako, tirado en la misma posición en la cama de al lado.

—Ya puedes pasar tú.

Este gruñó.

—No, yo ya… mañana.

—Eres un guarro.

—Perezoso —corrigió él con una sonrisita, abriendo mínimamente los ojos.

Los volvió a cerrar al segundo, más relajado de lo que le había visto en varios días.

Así, con los párpados cerrados y la almohada ocultando el lunar de su pómulo, nada diferenciaba su rostro del de Nize, y Sasha tragó saliva, incómodo. El pensamiento le llevó de alguna manera a las gargantillas de oro de los niños invocadores, de pronto preguntándose si se habían deshecho de ellas. Tendría que consultárselo a Anna… También si estaban todos bien, o si la única niña que se había despedido de él había encontrado a sus padres. Recordaba su vocecilla como un eco de hada y se sorprendió sonriendo.

—Sienta bien, ¿eh?

Había cerrado ya los ojos, pero los abrió ante la pregunta de Rako.

—¿El qué?

—Volver a ser un héroe.

Sasha rio por lo bajo, negando con la cabeza, y el daena hizo lo mismo. Los sonidos vagos se convirtieron en una cadena de carcajadas flojas y tontas como el par de borrachos que eran. Al final, el caballero se arrastró hasta el borde de la cama y alargó el brazo para que Rako

chocase los cinco como habían hecho incontables veces cuando aún eran simples guardias del rey Aurel.

Por culpa del cansancio sus manos se quedaron perezosamente unidas, lo que les hizo reírse de nuevo, y cuando despertó horas más tarde no recordaría cuándo acabó de reír y cuándo comenzó a dormir.

Sasha nunca había visto a un ser humano moverse con tanta lentitud como Rako deslizándose hasta el baño al despertar. Lo hizo con toda una orquesta de bostezos, estiramientos y chasquidos de huesos que culminó en un torpe chapoteo al otro lado de la puerta. Él negó con la cabeza.

—Me bajo a merendar.

—A desayunar, dirás —oyó la voz amortiguada de Rako.

—Sabes que no.

No le llegó respuesta alguna, así que salió del dormitorio y bajó los tres pisos que lo separaban del salón principal de la taberna. La luz de media tarde la encharcaba de dorado, pequeñas motas de polvo flotando aquí y allá como pecas de hadas y las mesas de nuevo en su lugar. Todo estaba tal y como se lo habían encontrado al registrarse en la posada, ni un solo hueso de picota en el suelo. La única diferencia radicaba en la cantidad de asistentes, reducida a las tres jóvenes sentadas en una redonda mesa cercana. Hator y Moira vestían ya ropas frescas y sueltas de viaje; Anna había vuelto a decantarse por una de sus largas faldas, orillos decorados con intrincadas puntadas en hilo dorado. Sasha podría jurar que había visto esa prenda antes, aunque sin esos adornos, y se preguntó si la pastelera había retocado su vestuario para mimetizarse con la tan específica moda agavle. Era un movimiento inteligente, la verdad. Muy Anna.

Sasha alzó la mano para saludarlas, pero ninguna lo vio, concentradas en su conversación.

—Ah, el responsable —dijo una voz tras la barra, y se volvió hacia ella—. ¿También vas a querer «desayunar»?

Miché no esperó su respuesta, revoloteando aquí y allá hasta llenarle un vaso de zumo (que, por el color, podría ser de naranja, o melocotón, o la mitad de las frutas del mundo) y otro más pequeño de leche. Sasha sentía la lengua seca, pero ni rastro de resaca: mejor. Una de las pocas ventajas que traía consigo su resistencia de inmortal, pues, para él, vivir para siempre contaba más bien como maldición.

—¿Tostadas o bizcocho?

Cotilleó por encima del hombro los platos de las chicas aun sabiendo que ningún dulce estaría tan rico como los de Anna.

—Tostadas.

—¿Con tomate o mermelada? De picotas, claro.

Sasha entrecerró los ojos.

—¿Tenéis aceite?

—Que si tenemos aceite, dice el niño —resopló ella, pero acompañó la ironía con una risotada amable—. ¡No somos salvajes! ¿Sal o azúcar?

—Azúcar.

—¿Metálico o práctico?

—¿Perdón?

La mujer volvió a reír, la barra de pan en una mano y la otra ajustándose la pinza que le recogía el pelo claro. Aunque rondaría los cincuenta años, desprendía la energía de un chiquillo corriendo bajo la lluvia, y cuando se le encaró con una ceja bien alta Sasha echó de menos a su madre con la misma intensidad con la que Miché agarró el cuchillo para cortar el pan.

—Bueno —canturreó—, está atardeciendo, y vuestra hora de salida terminaba a media mañana…

—Oh.

—Así que tenéis varias opciones. Pagar la noche y no pasarla, pagar la noche y pasarla, o fregarme todos los cacharros de anoche que tengo en la cocina.

Sasha frunció el ceño. No quería malgastar el dinero saqueado de la Campaña, pero tampoco discutir con la tabernera. Lo último que necesitaban era montar bulla precisamente en la posada que alojaba a los guardias alpinos en sus días libres. Por eso suspiró, derrotado, mientras echaba mano al monedero para comprobar si llevaba suficientes monedas encima.

—Miché, ¿no le estarás cobrando al chiquillo solo por quedarse dormido?

—¡Tú no te metas!

El marido de la tabernera, enorme y barbudo, frunció dos cejas espesas como orugas, pero Sasha ya no les prestaba atención. Había captado su nombre en la voz de Hator, y aunque normalmente habría desconectado nada más asegurarse de que no se trataba de nada importante, el volumen al que hablaban se lo estaba poniendo difícil. Tenían suerte de que la profecía les brindase un lenguaje con el que ocultarse a plena luz del día. Con un disimulo más torpe que efectivo, apoyó un codo en la barra y se giró hasta incluirlas en su campo visual.

—No sé, hay algo en él que me escama —decía Anna entre sorbo y sorbo de su zumo—. ¡El mundo es enorme! ¡Es imposible que nos encontrásemos por pura coincidencia!

Y, por cómo Moira puso los ojos en blanco, Sasha supuso que ya habían tocado antes ese tema.

—¿Otra vez con lo mismo? —se quejó, confirmando sus sospechas—. Que es la profecía, Anna; nos empuja los unos a los otros, y Rako es de los nuestros. Era inevitable que nos acabásemos topando con él de la misma manera en la que era inevitable que salieses corriendo detrás de Sasha cuando nos lo llevamos.

La pastelera torció el gesto.

—Yo no salí corriendo detrás de nadie, estaba s… Mira, da igual, al caso: que no estoy diciendo que el chaval no sea un elegido del Mundo, estoy diciendo que podría ser algo más. —Dejó la copa en la mesa con un golpe sordo—. ¡Estuvo doscientos años con Verenize! ¡Han tenido tiempo de sobra para hacerse amiguitos! Toda esa parafernalia de los desmayos, ¿te crees que me lo trago…?

—Si Rako nos la estuviera colando, el Mundo lo sabría. Es omnipresente.

—Oh, perdona que me cueste aceptar que el aire tenga *ojos,* Moira.

—No tiene oj…

—Anna —intervino Hator, con un puchero—. Rako tiene que estar con nosotros. Siento que es… lo correcto, ¡y soy la Elegida por algo! Además, seguimos escondiéndole nuestros movimientos a corto plazo y él está de acuerdo, qué más quieres? ¿Taparle los ojos? —Sonaba dolida—. Me da pena que desconfíes de Rako cuando él siempre se está esforzando porque os llevéis bien.

—¡Ese es mi problema! ¡Que se esfuerza demasiado! ¡Es demasiado amable, demasiado todo!

A Moira se le escapó la carcajada, todavía masticando su tostada de tomate al contestar:

—Sí, fue muy amable cuando casi me raja la cara con las tijeras.

—¿Cómo?

—¡Moira! —aulló Hator, ofendidísima, y se volvió hacia la pastelera con los ojos muy abiertos—. No fue así, ¿eh? Solo las tenía en la mano cuando intentó pegarle.

—Eso no me tranquiliza, Hator, cielo.

—¿Sabes lo que creo que pasa aquí? Que estás celosa.

Hubo un pequeño silencio tenso que Sasha aprovechó para volverse de nuevo hacia la barra. Los taberneros seguían discutiendo mientras preparaban su merienda. *¿Celosa?,* se repitió, con la vista fija en las manos de Miché. *¿Celosa de quién?*

—¿Yo? ¿Yo de qué? ¿De quién?

—*Por favor,* Anna —resopló Moira, desdeñosa—. Pues de que Rako haya conseguido en un mes lo que tú no has conseguido en ocho años.

Si eso le supo amargo en la lengua a él, a ella aún más. La oyó replicar, palabras que sonaron tan venenosas como la verdebeso que lo había matado semanas atrás. Tardó en comprender qué le había impedido distinguirlas.

—Eh, muchacho —insistió el posadero, tendiéndole una bandeja de madera con dos tostadas, dos vasos y dos recipientes a rebosar de aceite y azúcar—. No le hagas caso a mi esposa, siempre intenta sacarles los cuartos a los forasteros.

Consiguió esbozar una sonrisa, todavía algo desorientado.

—Yo a eso lo llamo saber llevar un negocio.

—¿¡Ves!? —oyó graznar a la susodicha desde las cocinas.

Su marido puso los ojos en blanco, aunque sonreía cuando continuó:

—No hace falta que paguéis más de lo acordado anoche. A no ser que queráis ampliar vuestra estancia, claro. Eso sí que no puedo discutírselo.

Le gustaría saber por qué lo miraba así, con esa suavidad.

—Muchas gracias, pero mejor no despertar al dragón —contestó, divertido, mientras deslizaba sobre la barra los tres demos que supuso costaba la merienda—. Nos iremos en cuanto compremos provisiones.

La sonrisa del hombre se ensanchó. La verdad, Sasha no tenía ni idea de cómo se las había apañado para librarles de ese entuerto. A fin de cuentas, tenía sentido pagar por unas habitaciones que habían ocupado durante *horas* de más. Miché podría haberlos sacado a rastras de la cama y habría estado en su derecho. Le regaló una pequeña reverencia con la cabeza mientras recogía su bandeja, pero antes de poder dar un solo paso hacia las chicas, el posadero volvió a hablar:

—Andaos con ojo al cruzar el valle, ya habéis oído lo del asalto rebelde a la Campaña. —Y añadió, mirándolo directamente a los ojos—: Los soldados dicen que se han llevado a los niños como futuros guerreros para la causa.

Sasha apretó los labios, manteniendo el gesto lo más neutro posible. Debería haber sabido que los soldados contarían su propia versión de la historia.

—¿Es eso cierto? —solo preguntó, cauteloso.

—Al parecer tenían un arquero con ellos.

Desvió la vista hacia algún punto del salón y el caballero la siguió hasta toparse con los dientes aserrados de Moira. Respiró hondo. Pero, cuando volvió a encararlo, lo hizo con los hombros cuadrados y la mandíbula alzada en un gesto de arrojo, preparado para huir o atacar.

—¿No es extraño —continuó el tabernero, mientras guardaba la barra de pan— que haya el mismo número de niños secuestrados que de niños que han vuelto a sus casas? No se habla de otra cosa.

Silencio.

Finalmente, este le devolvió la reverencia, sonriente, y Sasha cerró los ojos durante un largo, larguísimo segundo.

—Que salga el sol un día más —se despidió el posadero.

—Un día más —respondió él.

8
CUÁNTO TIEMPO, CARIÑO

No habían tenido tiempo para saborear el regreso de Anna entre atravesar el Paso y celebrar el Solsticio, pero ahora su presencia se notaba como un segundo sol en el cielo. Brillante, cálido… y, a veces, demasiado ardiente. Al menos había traído dulces consigo, así que, junto con las provisiones que les habían granjeado los últimos demos de la Campaña, podrían ahorrarse el detenerse a cazar durante varios días. Cosa que Sasha agradecía, porque no quería pasar ni un solo minuto de más tan cerca del ejército de Verenize. Sobre todo después de su intercambio con el posadero. Si los aldeanos habían sido capaces de relacionarlos así de rápido con el ataque a la Campaña, de seguro que los soldados también.

Por eso habían cruzado el valle lo más rápido posible, los caballos militares avanzando como centellas, acostumbrados al ritmo y a la formación en grupo incluso más que sus jinetes. Todavía echaba de menos los andares tranquilos de Sazala, pero debía reconocer que alcanzar el primer bosque agavle al tercer día de camino suplía con creces la nostalgia.

Allí fue donde Anna les contó cómo había guiado a los niños al pueblo más cercano a la cordillera, padres y hermanos y abuelos abalanzándose sobre ellos entre gritos y llantos. Quienes no pertenecían a ninguna de esas categorías se habían movilizado rápidamente para hacer correr la voz entre las aldeas colindantes, llevándose ya consigo a los nenes que conocían el nombre de sus familiares o pueblos y dejando atrás a buen recaudo a los que ni siquiera sabían contar con los dedos sus años de vida. A Sasha le alegró oír que la niña de ojos azules se había reunido con su madre esa misma noche, pero no tanto que el bebé que la pastelera acunaba al partir no había tenido tanta suerte.

—Ah, y dejé todos los regalos de agradecimiento allí en casa, así que cuando acabe toda esta locura podéis pasaros a recoger vuestra parte. —Puso los ojos en blanco, exasperada—. Bueno, eso si siguen allí, que cuando me fui ya estaba mi madre dale que te pego con plantar un mercadillo para venderlo todo, no sabéis cómo es…

Sasha sí que sabía cómo era, y pondría la mano en el fuego porque, si a alguno de ellos se le ocurriese realmente volver para reclamar lo suyo, se encontraría con que la muy tunante solo habría conservado aquello que le fuera de provecho a su huerto o a su hija. Rio por lo bajo, ganándose una mirada orgullosa de la pastelera por haber conseguido arrancarle una sonrisa, y luego le aceptó otro pastelito de hojaldre.

La vuelta de Anna también se había traducido en un incremento de la tranquilidad del caballero. Aunque siempre se acababa haciendo lo que Moira quería y aunque supuestamente Hator tenía la última palabra, a Sasha le daba la sensación de que, cuando la pastelera estaba cerca, todos cedían terreno para llegar al punto en común. Y, vale, quizás Anna tenía un temperamento un tanto explosivo, pero se había ganado la confianza del grupo entero, incluida la de Rako. Ni siquiera había sido consciente del tiempo que pasaban las dos brujas entretenidas con ella hasta que le había tocado cargar con el muerto de sustituirla. No porque necesitaran que las cuidasen como a niñas, por supuesto, sino porque Sasha prefería pasar el camino en silencio, cavilando, planeando el siguiente movimiento… Silencio que muy pocas veces entendían.

Rako, en cambio, aún parecía conservar las costumbres de las largas tardes y noches de patrulla a su lado, subiendo y bajando escalinatas palaciegas o recorriendo las calles de la ciudad a la que menos quería volver del mundo pero a la que más extrañaba. Quiso guarecerse en esos recuerdos, en los serpenteantes callejones de Venfica, sus oratorios repartidos por cada punto cardinal, la forma en la que arcoíris de polvo caían como nieve en el Color…, pero no pudo, porque pensar en Rako respetando sus silencios en contra de su propia naturaleza parlanchina le trajo de vuelta la conversación entre las chicas en la posada del Guertal.

No le gustaba. No le gustaba que Moira hubiese usado el verbo «conseguir», como si existiese algún tipo de carrera entre Anna y Rako y él fuese el premio… Estaba cansado de ser el premio. Y Rako ni siquiera estaba compitiendo por nada, solo estaba siendo su amigo, como siempre. Cualquiera diría que porque Sasha eligiese a un antiguo conocido por encima de una chica guapa para pasar el rato ya significaba otra cosa completamente diferente. ¿Por qué? ¿Precisamente porque era callado y con Rako lo era menos? ¿O quizá porque había una gran diferencia entre lo que las chicas conocían de

él y lo que conocía el daena? ¿Entre lo que era cuando estaba con ellas y cuando estaba con él?

Ni siquiera él mismo lo sabía. Lo único que sabía era que Anna tenía claro desde hacía años que sus intentos caerían en saco roto, porque Sasha no estaba interesado. Ni en ella, ni en nadie.

Y, aunque lo estuviese, eso sería solo asunto suyo.

Cada vez que pensaba en el temita fruncía los labios, incómodo hasta la médula, pero con el tiempo el sentimiento se fundía con el vaivén narcótico de su caballo y con el parloteo constante de alrededor. También porque, a veces, alargaba la mano hacia Rako sin pensar y él se la tomaba sin preguntar; uno removiendo la magia granulada en sus dedos y el otro dejándose usar como gancho.

No era lo que estaban haciendo en ese momento, ocupados en zamparse unos dulces melosos a base de hojaldre, pistacho triturado y jarabe de miel. Otra de las infinitas ventajas del regreso de Anna: que se gastaba su propio dinero en que el equipo hiciese turismo gastronómico durante el camino. Y, aunque los vlakabe no eran precisamente ligeritos (la pobre no había caído en la ingente cantidad de agua necesaria para tragarlos), a ninguno se le ocurrió quejarse. Primero porque cumplían su función de aplacar el hambre hasta acampar a la noche y segundo porque podían comerse en marcha… si no se era tan torpe como Hator, claro.

Esta iba por su tercer pastelito y, milagrosamente, Moira aún no le había echado en cara su glotonería. De hecho, ahora que lo pensaba… No recordaba que hubiera vuelto a reprenderla desde su discusión con Rako. ¿Podría ser que…?

Entrecerró los ojos, suspicaz. Allí pasaba algo. Moira era demasiado orgullosa como para dar su brazo a torcer tan pronto (tara compartida por casi todos los miembros del grupo), así que ¿qué había cambiado? ¿Qué se le había pasado por alto o qué se habían callado? Al principio, sus cuchicheos de madrugada en otro idioma le habían parecido inofensivos, cotilleos entre amigas, pero cuanto más las conocía más dudaba. Y el olor a metal en los cabellos de oro de Hator mientras escapaban a galope del Paso Caníbal y los chillidos de pavor de los güendigos al oírla sollozar…

Sí, allí pasaba algo.

En ese instante, una brisa fresca le revoloteó por la nuca, un susurro del aire que aún no estaba preparado para descifrar. Sin embargo, el elemento no debía de haber hablado precisamente en susurros, porque de pronto Hator viró como movida por un resorte, sus ojos castaños buscando los suyos. Sasha le sostuvo la mirada. Fue la primera vez en casi dos meses de viaje que ese gesto no acabó en una sonrisa, ni en una risotada, ni en una pregunta sobre Verenize. No, acabó con ella frunciendo el ceño y removiéndose en el sitio,

visiblemente incómoda, antes de susurrarle a Moira en cortegués:

—¿Deberíamos decírselo? Lo de mi…

—No —le cortó esta, casi un gañido—. Todavía no.

Entonces, y solo entonces, Hator volvió a girarse hacia él para regalarle un guiño de ojo que debería tranquilizarlo pero que consiguió justo lo contrario.

—¿Lo has oído? —murmuró en su lengua materna.

—Sí —contestó Rako desde su caballo, también en vedés.

Ambas conversaciones terminaron ahí.

Aunque una parte de él sabía que estaba soñando, no podía despertar.

La sala del trono rebosaba de nobles y damas, del cénit más exclusivo de la corte vederesa. Sasha sentía el inconfundible peso de su armadura ceremonial, esa tan recargada de grabados que incluso mareaba mirarla durante mucho tiempo, y debajo la ropa oprimiéndole la garganta, las muñecas, los costados, como hacía milenios que no lo hacía. Quizá porque, en el sueño, no había pasado el tiempo.

Sasha recordaba aquel día.

No se habían cumplido ni veintiséis horas de la muerte de la princesa Sera y el rey Aurel debía designar a su sucesor. Las campanas habían repicado en luto durante toda la mañana, pero el último tañido, grave y solitario, era un llamado a los testigos del reino.

Llegaron al castillo poco después con ojos hinchados de llorar y ojeras de no dormir, estado que Sasha compartía solo en parte, pues se había comprometido a no derramar ni una lágrima por respeto a su príncipe, quien debía guardárselas por tradición. El mismo respeto que mostraban con falsos sollozos y pestañas adornadas de gotitas de cristal aquellos a los que la pena no les llegaba del todo. Nadie los juzgaría. A fin de cuentas, era obligación del pueblo llorar a su difunta princesa tanto como lo era la de los reyes no hacerlo.

Fue mientras paseaba la mirada sobre los rostros maquillados que reparó en que no se encontraba dentro de un recuerdo. Porque allí estaba Anna, vestida de recargado negro y cuello alto que jamás habría relacionado con ella, aunque más incongruente incluso resultaba Moira en armadura. Y no cualquier armadura: estrecha, ornamentada, de guardia real. ¿Qué hacían ellas allí? Todavía quedaban varias décadas para que siquiera sus antepasados nacieran.

Con ojos terriblemente secos, el rey Aurel comenzó su discurso. A sus pies, arrodillado ante el último escalón del trono, Nize.

Aunque desde allí Sasha no alcanzaba a verle la cara, tampoco le hacía falta. Ninguna otra habladuría había causado mayor revuelo que

la del príncipe heredero presentándose a su propio nombramiento con los ojos aún rojos y húmedos de llorar a su hermana. «Todavía es muy joven», había oído susurrar entonces a la prístina mayor. «¿Qué esperabais?».

La capa del príncipe atraía las miradas como la cola de un pavo real, rico terciopelo verde hendido de hilo de plata y manchas de sangre. Extrañado, Sasha frunció el ceño, y al seguir el rastro de salpicaduras con la vista se encontró con los pedazos del cuerpo de Rarra, un cúmulo de carne sanguinolenta ofrecido ante las rodillas de Nize. Las dos esferas sueltas de sus ojos negros rotaron hasta devolverle la mirada.

Ah. Así que era una pesadilla.

El miedo tardó en actuar, y para entonces Nize ya estaba en pie, cabeza gacha para recibir la fina y plateada tiara de príncipe heredero. Sasha intentó advertirle, aunque no sabía muy bien de qué, así que se volvió para buscar a Rako porque recordaba que había estado ahí, a su lado, sin molestarse en disimular las lágrimas.

—¿No es horrible? —sollozó Hator en lugar del daena.

—¿El qué? —se atrevió a preguntar, y su voz salió pastosa y lenta, como siempre que lograba hablar en sueños.

Pero ella solo señaló al rey Aurel, quien se derretía poco a poco sobre la grada de mármol, adoptando la forma negra y goteante de Astrae. El demonio abrió las alas con un sonido pegajoso, desagradable, y no cesaron de crecer, crecer, crecer, hasta que toda la sala del trono quedó encerrada bajo su cúpula membranosa. Sonreía cuando posó la corona sobre las manos blancas de Nize y cuando se apartó para que se presentase ante la corte. También sonrió cuando el príncipe dio media vuelta y lo hizo aún más cuando Sasha se dio cuenta de que esa persona no era Nize. Ni lo demás era un recuerdo: era una coronación.

El lunar del pómulo resaltaba como una escarificación de caballero, pero la sonrisa hambrienta que le devoraba el rostro lo desfiguraba hasta hacerlo irreconocible. De sus labios brotaba sangre espesa, tiñéndoselos de rojo, y Sasha no podía apartar la mirada ni de ellos ni del modo en que suspiró, aliviado.

—Larga vida al rey —dijo Rako, colocándose la corona sobre las sienes.

Despertó con un grito.

Tardó un par de segundos en comprender que no era suyo.

Se incorporó por acto reflejo, lanzando las mantas a un lado e intentando despejarse a toda prisa para entrar lo más fresco posible en

batalla. El hedor a demonio lo cubría de arriba abajo como una segunda piel y quiso cortarlo, al olor, al demonio, a sí mismo; por lo que su mano se movió sola hasta dar con su espada. El corazón le latía en estampida en el pecho, chillándole que debería haber sido el primero en reaccionar. Debería haber despertado nada más respirar esa peste a incienso.

—¡Sujétalo! ¡Sujétalo!

Sasha frenó en seco.

Hator tenía preso entre los brazos a un demonio soñador, y apretaba su cuello ancho de tapir con tanta fuerza que las venas se le hinchaban bajo la piel. El icor que supuraba entre el pelaje de la criatura no resbalaba lo suficiente como para liberarla de la tenaza, y cuando el demonio fue consciente de ello alzó su corta trompa y barritó, el estruendo haciendo vibrar tierra, sangre y bosque.

Rako no dudó antes de apuñalarle una, dos, tres veces. Fue un trabajo sucio que salpicó icor en todas direcciones y que se ganó el grito de protesta y horror de Anna, aún enredada en sus mantas. Con un único corte en la garganta habría bastado, pero Sasha supuso que no era quien para ponerse quisquilloso, no cuando había sido el último en despertar. A su lado, Moira bajaba el arco sin haber llegado a disparar ni una sola flecha y él la imitó, dejando caer su espada al suelo con un suspiro.

Después, el silencio se extendió aún más viscoso que el icor que ahora anegaba sus mantas.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar Anna.

—Un demonio soñador —contestó Hator, y por fin soltó el cadáver, que cayó a plomo, como si pesara toneladas—. Se comen los sueños buenos y dejan lo peor. Si te sorben entero pueden usarte como una marioneta… Total, tú estarás demasiado ocupado muriéndote de miedo, así que…

Todos bajaron la vista hacia el tapir. Era del tamaño de un cerdo, su pelaje canela idéntico al de los tapires reales salvo por el icor que lo empapaba por entero. Sasha torció el gesto. Aunque había visto a Verenize invocar un ejemplar para su examen de kyron, jamás había tenido que enfrentarse a su especie. «No quieres hacerlo», había dicho el príncipe al borrar el círculo.

—¿Cómo…? —balbuceó, antes de serenar la voz con un carraspeo —. ¿Cómo habéis conseguido escapar? No se puede salir del sueño una vez dentro.

Rako y Hator se miraron.

—Estábamos despiertos —contestó él, encogiéndose de hombros—. Me di cuenta de que algo iba mal cuando empezaste a revolverte, Sha, porque tú… tú nunca sueñas.

Era verdad. Había perdido la capacidad de hacerlo junto con la

mortalidad, así que lo único que poblaba ahora sus noches mientras dormía eran los anuncios que el rey colaba en todas y cada una de las mentes de su territorio. No era algo que echase de menos. Menos aún las pesadillas, como la que le había sacudido por culpa del demonio soñador.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —La pastelera sonaba chirriante de nervios—. ¿Es que hay invocadores cerca? ¿Nos están siguiendo?

—No creo —la tranquilizó Hator—. Es la cosa de Agavlia; está llena de demonios, y a los demonios les atraen las multitudes.

Sasha frunció el ceño.

—¿Cómo?

Las brujas se volvieron hacia él con las cejas alzadas en sorpresa.

—¿Qué pasa?

—Que qué es eso de que Agavlia… ¿Cómo ha pasado?

No le gustó que cruzasen miradas, y menos aún la cautela con la que Hator contestó:

—Los reinos del Eterno están plagados de demonios. Todo el mundo lo sabe. Yo crecí en el Punto Final, y allá arriba no suelen subir porque hay poca presa, pero el resto…

—Pero ¿por qué? Si todos los invocadores sirven en el ejército no debería haber ni un mísero demonio suelto.

—Ah, no lo sabes —dijo entonces Rako, desviando la vista, y Sasha se giró hacia él con un presentimiento caníbal en el estómago. No podía ser. Ni siquiera Nize era tan estúpido, ¿verdad? Sí, quizás ahora Astrae era básicamente su reina, y quizá doscientos años de Pacto los habían convertido en uña y carne, pero no había manera de que… era imposible que…

—Son demonios sin círculo —le explicó Moira, grave—. Hace mucho que no pisas la Espiral, ¿verdad? No es obligatorio ya borrar un círculo tras usarlo. Si el demonio tiene suerte y es lo suficientemente fuerte, se queda en nuestro mundo.

Así que sí que había sido así de estúpido.

—P-pero eso… ¡Un portal abierto atrae a más demonios! ¡Demonios sin Pacto! ¡Demonios que pueden cruzar en cualquier momento!

Ellas también desviaron la vista. Hasta Anna lo hizo, comprendiendo que aquello iba más allá de que Sasha lo considerase como lo que era: una locura, un peligro, una llamada a la invasión. No, iba de que cada vez que el caballero descubría algo nuevo de su antiguo protegido veía más y más irrevocable la espada en su cuello.

Demonios campando a sus anchas por la tierra. Inadmisible.

—¿Cómo lograsteis llegar hasta los pueblos libres sin toparos con ninguno? —susurró la pastelera.

—Es lo que he dicho antes —contestó Hator—. Les atraen los

grupos grandes. Más carne.

Silencio. Se quedaron mirando el cadáver del demonio soñador mientras Anna se ponía en pie por fin para apartar mantas y prendas del icor que las pringaba. Sasha ni siquiera lograba procesar la nueva información más allá de que su viajecito acababa de adquirir un cariz mucho, muchísimo más peligroso. Existían cientos de clases de demonios. Algunos inofensivos; otros, verdaderas máquinas de destrucción. Un simple tapir no era nada comparado con lo que podía llegar a arrastrarse a través de un círculo olvidado.

—Hablando de carne —dijo Rako entonces, entornando los ojos—. ¿Será comestible?

—¿¡Estás loco!? —le gritó Anna antes siquiera de que pudiese terminar la pregunta—. ¿¡Cómo nos vamos a comer a un demonio!?

Con un encogimiento de hombros, se volvió hacia las brujas, quienes ahora miraban al bicho con nuevos ojos.

—Hombre, no deja de ser un animal. —Hator le dio un par de toquecitos con la punta del pie—. Seguro que puedes adaptar una receta de cordero, o de cerdo…

—¡No es un cerdo, Hator! ¡Tiene icor, míralo, mir…!

—El icor no es venenoso —intervino Sasha, aunque no tenía claro si quería formar parte de esa conversación—. Solo es otro tipo de sangre, como la de los insectos o los moluscos.

—¿¡Tú también!? Es que no me lo puedo creer, es que… —La pastelera se revolvió, furiosa, chasqueando las fauces como un basilisco—. ¡Mira, vale, vosotros ganáis! ¡Vosotros ganáis! ¡Pero yo no pienso limpiarlo! A mí solo dadme la carne. ¡Sin una gota de esa…! —Bajó la vista hacia el líquido transparente que borboteaba entre las entrañas abiertas y aún cálidas del demonio—. Voy a vomitar.

Y, de hecho, lo hizo.

A partir de ahí, avanzar se volvió terriblemente difícil.

Continuaron atravesando el bosque, evitando los terrenos abiertos donde demonios más grandes podrían avistarlos, así como a las tropas de Verenize, mucho más numerosas ahora que se encontraban en sus dominios. El aire los guiaba entre la maleza con finas corrientes de brisa que removían las hojas formando un camino invisible, pero ni siquiera eso aliviaba el calor de principios de año. A veces a Sasha le daba la sensación de que no era él quien sudaba, sino el bosque entero, y que las hojas destilaban redondas gotas cálidas sobre su piel. Todo era espeso y húmedo y pegajoso: las serpientes enroscadas en las ramas más altas, los coloridos pájaros de pico tan enorme como pequeño su cuerpo, el destello de un pelaje lustroso tras la espesura

que se alejaba, se alejaba, se alejaba.

Y luego estaban los demonios. Los molestos mosquitos de ónice que zumbaban al picar, o las víboras de piel vuelta que arrastraban sus órganos sobre la hierba. Todos ellos fáciles de matar, pero no comestibles, como bien habían comprobado noches atrás con el tapir, carne amarga hasta la náusea. A Sasha le agotaba el doble saberlas muertes en vano, saber que no había absolutamente nada que aprovechar de esos cadáveres. Si al menos fuesen demonios de musgo, con su icor curativo…

Suspiró, agradeciendo el agua en los dedos.

El aire los había llevado hasta un río que cortaba el bosque en dos, al que habían seguido contracorriente hasta encontrar un claro lo suficientemente amplio como para resguardar también a los caballos. Allí pudieron limpiar por fin sus ropas sucias de icor, sangre y sudor, y en ese momento Anna se recostaba en la ribera cuan larga era con las piernas sumergidas hasta la rodilla. Al pasar por su lado, Moira le murmuró algo sobre la herida del muslo y ella gruñó en respuesta mientras se subía un poco más la falda sin siquiera molestarse en abrir los ojos.

Era su turno y el de Rako de lavar las mantas del grupo, así que se descalzaron, se remangaron los pantalones y se sentaron a la orilla para frotar las manchas pestilentes con las pastillas de jabón de la pastelera. Hator no tardó en unírseles, ella metida hasta la cintura en el río y ayudando más bien poco.

A Sasha le gustaban esos ratitos de descanso. El bosque parecía una sexta presencia entre ellos, agobiante y claustrofóbica, un ojo gigante que los observaba sin tregua, por lo que los claros, libres de árboles, le hacían sentirse extrañamente seguro. Se preguntó si se debía a haber crecido en la Espiral, donde mirase a donde mirase habría costa y mar y playa y cielo azul.

También le gustaban porque las conversaciones surgían aquí y allá, en voces cansadas pero alegres por el cambio. Mientras Moira le decía a Anna que ya no haría falta revendar la herida, Rako y Hator se salpicaban el uno al otro en una de sus guerras infantiles.

—¡Sasha! —exclamó Hator entonces, y él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—¡Tus manos!

Ah, eso. Sasha asintió, sonriente, tendiéndole la mano libre. Con un chapoteo un tanto torpe (y pisando deliberadamente las mantas que estaban limpiando), ella se acercó y la sostuvo entre las suyas.

—¡Estás a punto!

—Eso creo…

Por fin sus esfuerzos daban frutos. También Rako se inclinó para

cotillear, con una sonrisa mitad amable mitad orgullosa en los labios, los tres contemplando el retroceso del color negro en su piel. El caballero había creído que iría aclarando con el tiempo, tornándose gris, pero la magia había optado por abandonarlo poco a poco hasta dejarle ya apenas un toque de carbón en la punta de los dedos.

Aunque aquella no era la única señal de progreso; solo la única visible. Porque, un par de días atrás, Sasha había empezado a percibir además la presencia fantasma de los elementos arremolinándose a su alrededor en un zumbido nervioso, expectante. Los sentía lejos y cerca a un tiempo, como separados por una puerta de bisagras sueltas, tan sueltas que le devoraba el temor de que a Verenize pudiera llegarle algún eco. Sin embargo, ningún tirón ansioso había sacudido el Vínculo, así que seguía removiendo la magia una y otra vez, cristales y aristas convirtiéndose lentamente en arenas movedizas. Algunos pequeños grumos todavía resistían, rebeldes hasta el final, pero ya poco le importaban sus aguijoneos en el hueco entre músculo y tendón. *Pronto*, se dijo. *Muy pronto*.

No sabía cuánto.

—¿Qué es lo primero que harás?

—¿Llorar? —aventuró él, con una sonrisa débil—. No lo sé.

—Por favor —rogó Hator mientras le zarandeaba la mano, desesperada—, pídele al aire que sople fresquito un rato, dos minutillos aunque sea… Te echa tanto de menos que por ti seguro que lo haría durante *días.*

Sasha resopló, divertido.

—No creo. Nunca me han hecho tanto caso como a vosotras dos…

—¡Como con el tapiz! —graznó Rako, llevándose una mano a la boca para esconder la carcajada—. ¡Menudo cabreo se pilló el fuego!

—Ni me lo recuerdes.

—¿Cómo, cómo, cómo? ¿Qué pasó? ¿Qué tapiz?

—El favorito de Nize. —Es que el tío no perdía una para sacarle los colores, ¿eh?—. Casi salió ardiendo porque aquí nuestro am…

—¡Tenía quince años! ¿Cómo iba a saber que el fuego tenía la mecha tan corta?

Rako estalló en carcajadas. «¡La mecha!», aullaba, ahogado de risa. «¡Que tenía la mecha cor…!», y él le pegó un codazo, más mortificado por el chiste accidental que por el propio recuerdo. Hator, tan curiosa como siempre, preguntó:

—¿Y cómo era el tapiz?

Sasha iba a contestar, pero entonces lo olió.

Sus hombros se cuadraron al instante, tensísimo, y sus ojos recorrieron la maleza que los cercaba. Sin esperar invitación, un hedor a podredumbre se internó en el claro, acompañado del revelador olor del incienso. También olía a icor interno. Rápido, el caballero olfateó

el aire, intentando rastrear su origen.

—Sasha, ¿qué haces? —se burló Rako, alzando las cejas—. ¿Ahora eres un perro?

No necesitó chistarle, ni siquiera callarlo con un ademán, porque entonces su sonrisa se tornó agria y pasó a inhalar breve pero profundo por la nariz, calculador.

—¿Qué… pasa? —susurró Hator poco después, cuando ambos viraron hacia una misma dirección.

Noroeste.

—Es enorme —dijo Rako, y Sasha asintió.

En silencio, le hizo una señal a Hator para que saliese del agua; Moira ya esperándola en la orilla con una muda y su espadón. Anna enarbolaba su cuchillo de pelar patatas, pero se mantenía alejada, tal y como él le había indicado con otra seña muda. Desde el noroeste, más pistas. Chasquidos de ramas rotas a diferentes alturas, una bandada de pájaros alzando el vuelo despavorida. Con infinita cautela, la arquera retrocedió hasta las bolsas para arrojarles sus espadas a los pies, y, sin apartar la mirada de la espesura, Sasha se agachó a recoger la suya. Rako lo imitó.

La pestilencia incrementaba a cada paso que la criatura avanzaba, así como el sobrecogedor crujir de troncos y hojarasca. Rako había tenido razón: era enorme, y él no estaba seguro de querer averiguar qué tipo de demonio levantaba tal estela. Sin embargo, ya era tarde para tratar de escabullirse. Iban a tener que enfrentarlo, quisiesen o no.

—Apesta a icor interno —gañó el daena, torciendo el gesto—. Está herido.

En cuanto lograron vislumbrar por fin su figura, las manos de Sasha temblaron. Hubiese preferido seguir en la ignorancia otros dos, tres, cuatro segundos más. Se preparó para matar.

Aunque lo que hizo al final fue llevarse el índice a los labios en señal de silencio, movido por un instinto animal adquirido tras dos siglos de huida.

Era un demonio jabalí, pero tenía el tamaño de una casa.

Jadeaba profusamente, riachuelos de icor interno y saliva resbalando de entre sus dientes romos, lengua mutilada en varios puntos. Se detuvo en la linde opuesta, husmeando el claro con un morro titánico, sucio de barro y tierra. Al principio, Sasha no comprendió qué frenaba al jabalí de cargar contra ellos, de partirlos en pedazos con esos enormes colmillos curvados; luego advirtió la lluvia de flechas hendidas a lo largo de su lomo y todo encajó. Gruesas lágrimas de icor supuraban de sus ojos ahora heridos, hinchados, ciegos.

Estaba huyendo.

Sasha se volvió hacia los demás, quienes permanecían tan quietos como él. De Anna se fiaba, pálida y pegada al tronco de un árbol: no se atrevería a mover ni un músculo. El problema era Moira, flecha ya preparada y una mirada decidida en sus ojos negros.

«No», vocalizó él, gesticulando ampliamente para llamar su atención. Porque quizás el demonio jabalí no pudiera verlos, pero nada le impedía *olerlos*. Y, desde luego, poco podrían hacer con vendas y ungüentos si alguno de ellos acababa empalado en sus colmillos. Aunque Moira hizo un mohín de disgusto, no disparó.

El monstruo se adentró en el claro con un lamento, sacando a la luz más heridas de las que Sasha había avistado tras la maleza. Agujeros de lanza moteando su manto pardo, un espadón aún enterrado en el flanco izquierdo… Armas de soldados vedereses, las únicas capaces de infligir semejante daño a un demonio tan inmenso, tan atroz. ¿En defensa propia? ¿Por diversión? ¿Y qué más daba? Solo quería que hiciese lo que había venido a hacer y perderlo de vista.

Al parecer, el demonio jabalí solo quería beber.

Los cinco contemplaron cómo avanzaba afanosamente hacia la orilla, sus estertores a cada segundo más escalofriantes, cavernosos; y cómo hundía el hocico en el río. Su sangre transparente flotaba a la deriva, una capa irisada con la consistencia del aceite sobre la superficie. La arena del fondo se agitó bajo sus pezuñas.

A Sasha le dio tiempo a pensar en la magnífica criatura que había sido antes de que el jabalí alzase el morro en su dirección, abriendo las fauces noventa grados perfectos con un bramido que le encogió el estómago. Casi prefería los colmillos.

¿Quién anda ahí?

La voz tañó en el centro mismo de su cráneo, cansada y pesada, increíblemente anciana, y liberó un escalofrío que le bajó escalón a escalón por la columna. Sasha alzó las manos en son de paz, olvidando su ceguera por un momento mientras se aseguraba de reojo que nadie se movía.

—Somos viajeros —logró contestar tras tragar saliva—. No suponemos amenaza alguna ni deseamos serlo.

No oléis como humanos normales.

—Somos brujos.

No oléis como humanos normales, insistió. Ni como brujos. Oléis como algo más y como algo menos.

Sasha no entendía a qué se refería, aunque tampoco el demonio parecía entenderse. Vomitaba icor sin cesar, su gigantesco cuerpo derrumbándose sobre la orilla. Al caballero le recordó a aquella ballena varada en la playa de Veda, a su lado un Nize de trece años con los ojos muy abiertos, dividido entre salir corriendo hacia ella o de allí. Ahora él se sentía un poco igual. Quería ayudarlo, socorrerlo;

incluso sabiéndolo enemigo del Mundo, porque nada tan vetusto merecía morir así.

Oléis a demonio… y a nuestra sangre.

Eso sí lo entendió, y maldijo entre dientes mientras bajaba la mirada hacia las mantas a medio lavar.

El mugido iracundo no los preparó para la embestida que lo siguió, colmillos por delante y directo hacia ellos. Sasha gritó y ya lo tenían encima; Sasha gritó y Hator ya blandía su espadón en un círculo perfecto, la primera en reaccionar. No, no. No era así como se combatían esas mandíbulas, esos colmillos: nunca, nunca de frente. El jabalí la partiría en dos antes de que alcanzase siquiera a completar el tajo.

Rako también lo sabía. Quizá por eso Sasha oyó más que vio el salpicar del agua cuando el daena echó a correr hacia ella, dejando atrás olvidada la espada en su urgencia por convertirse en escudo.

—¡Rako!

Alargó la mano hacia allí como si pudiese frenarlo, como si pudiese evitar que el hueso ensartase carne, pulmón y aire. Gritos y chillidos y entre ellos el suyo propio, desesperado y horrorizado, y no sabía qué hacer porque no era tan rápido, no era tan fuerte, no era nada que pudiese salvar ya a Rako.

¡Por favor!

Le hubiese gustado no ver cómo su mano estallaba, cómo todo reventaba en una vorágine de sangre y magia, cómo las mandíbulas del jabalí se abrían de nuevo y seguían abriéndose y abriéndose y abriéndose hasta que el resto de su cuerpo también se abrió. Sin ruido ni llamas, el aire explosionó en lo más profundo de las entrañas del demonio, desgarrando hasta el último tendón tierno a su paso. Icor interno esparcido en todas direcciones, sus restos lluvia sorda sobre el río. *Plop, plop, plop* al caer.

Silencio.

Sasha se miró la mano derecha. El amasijo sanguinolento de sus dedos, las yemas abiertas como una húmeda flor roja. Había retazos de blanco. Luego la izquierda: ni rastro de negro en su piel, ni una mísera mota de carbón. Su pecho arriba abajo, el dolor comenzando a devorarlo; su cuerpo temblando y las lágrimas dejándolo ciego. Aunque no lo suficiente como para no ver que Rako estaba bien, que lo estaba mirando. Que todos lo estaban mirando.

Cuánto tiempo, cariño, dijo el aire.

Y perdió el conocimiento.

No le dio tiempo siquiera a desvelarse antes de que el dolor parasitase

hasta el último de sus sentidos. Jadeó, intentando incorporarse, pero una mano firme volvió a recostarlo contra el suelo. Cuando consiguió abrir los ojos reconoció primero las copas de los árboles y después a Anna, cernida sobre él a su derecha, entre sus dientes un hilo negro del que colgaba una aguja. A su izquierda, Rako vigilaba cada movimiento con el ceño fruncido y gesto sombrío.

—Parad —consiguió gemir, irguiendo el cuello para averiguar qué andaban haciendo. Tenía una idea, claro, porque él también había visto el estado de su mano antes de desplomarse—. Parad.

—Shh… —le chistó el daena, suave—. Ya casi está, Sha. Solo una puntada más.

—No. No, Ra…

—Ni siquiera sé cómo unir esto —oyó decir a Anna.

Rako chasqueó la lengua. Sasha no podía pensar. Ni siquiera lograba respirar. La aguja se clavaba en carne demasiado separada del hueso como para que volviese a la vida alguna vez. Notaba sangre brotándole de los oídos, la última barrera entre su magia y él destruida en la explosión del demonio jabalí. Podía sentirlos. Podía notar el frescor de la hierba y del barro sobre los que se hallaba tendido, vibrando, la tierra preocupada por su estado pero feliz de tenerlo cerca. El viento en el rostro, ahora mudo aunque orgulloso de haber sido el primero en hablarle. El agua le chillaba desde el río. Ojalá hundirse en el río.

—¿¡Cómo vais por allí!? —gritó Rako.

—¡Terminando! —Y esa era la voz de Hator.

Intentó volver a incorporarse, pero, como la vez anterior, Rako se lo impidió. Amenazador, alzó un dedo de advertencia, pero Sasha lo ignoró porque dolía demasiado. Dolía demasiado y no tenían medios para que la mano no se le cayese a cachos, por muy bien que Anna la reconstruyese. No, al final se infectaría y, tras ella, el resto de su cuerpo. El agua le susurró algo a través de sus lágrimas, algo de lo que solo comprendió el sentido. Asintió.

Utilizó las pocas fuerzas que no estaba ocupando en mantenerse consciente para aferrar la muñeca del daena con la mano sana. Rako bajó la vista hacia allí, su tez tostada contrastando contra la suya pálida.

—Ya está —anunció Anna entonces, antes de que Sasha pudiese decir nada—. Pero no sé cuánto aguantará…

Ambos contemplaron el revuelto de hilos que sujetaban piel y músculo alrededor de sus falanges. Parecían los garabatos a carboncillo de un niño aprendiendo a pintar, y Sasha sintió bilis en la garganta. No, desde luego, no aguantaría. Jamás podría volver a usar esa mano…, no en esa vida.

—Tenéis que matarme.

—¿Sha?

—Tenéis… Me duele demasiado y… se infectará —esperaba estar diciendo lo que creía estar diciendo, porque el dolor le aplastaba la lengua contra el paladar—. Moriré igual. Solo más tarde… y peor.

Anna lo miró también, durante un segundo, y luego cruzó miradas con Rako.

Sasha quiso chillar. No los quería tomando esa decisión en su nombre, pues incluso con la agonía comiéndose su raciocinio a dentelladas sabía que jamás aceptarían. Sentían demasiado, temían demasiado. Rako, adiestrado como soldado, no sabía cuándo rendirse. Y Anna era Anna.

Se revolvió, buscando a Moira con la mirada, la única que…

Ah, allí estaba, emergiendo del río con un manojo de flechas recuperadas del cadáver del demonio. Chica lista. Arrugó el gesto al ver su mano cosida y aún más cuando sus ojos negros se clavaron en los suyos.

—Moira —dijo simplemente.

Y ella asintió.

—Incorporadlo.

—¿Qué? ¡No! —protestó Anna, protegiéndolo con su cuerpo por instinto—. ¡Curará bien! ¡Ya he cosido heridas más veces! ¡Las vuestras! Y…

—Anna, basta. Le has oído tan bien como yo.

Mentiría si dijese que les estaba prestando atención, porque, en ese momento, Sasha se centraba únicamente en no hiperventilar. Ya faltaba poco. Que alguien les recordase que era inmortal, maldita sea. Que prefería vivir la desesperación y tortura ciegas de una muerte rápida a arrastrar una mano que se iría pudriendo durante días hasta matarlo igual.

Temblaba cuando por fin Rako le pasó el brazo por los hombros para erguirlo, y cuando logró abrir los ojos de nuevo Moira ya preparaba el arco a pocos pasos. Hator había apartado a Anna de su lado y ambas miraban al suelo, quizá para respetar su intimidad o ahorrarse el mal recuerdo. *Mejor para ellas*, pensó. Él, sin embargo, tenía la mala costumbre de querer mirar a la muerte a la cara cada vez que llamaba a su puerta. Sobre todo cuando era él mismo quien la invitaba a entrar.

—¿Quieres que aproveche alguna cicatriz? —preguntó Moira, extrañamente amable.

Asintió.

—De acuerdo. Rako, mantenlo recto. Sí, justo así…, pero quita la mano de ahí.

La flecha le atravesó el cuello tan certera como la primera vez.

Aunque su cuerpo seguía agotado por la tensión de luchar, perder el sentido y morir en menos de un solo día, cuando volvió a abrir los ojos no pudo más que dejar escapar un largo suspiro de alivio. Alguien lo había tumbado sobre un montoncito de mantas, dándole la sensación de flotar en una nube, y por el frescor de su piel suponía que el aire soplaba a su favor. No quería abrir los ojos aún y, por lo tanto, no lo hizo. Solo se quedó allí, acurrucado, habituándose a estar vivo.

Había resucitado tan rápido como había muerto, en esa ocasión el olfato el último de sus sentidos en regresar. Le sorprendió no distinguir el hedor de la sangre o del icor interno, sino un familiar aroma dulzón que no conseguía identificar. ¿Jabón? Tendría sentido, ya que también se notaba el pelo húmedo, y no de sudor, así que alguno debía de haber tenido el detalle de lavárselo mientras estaba muerto… El pensamiento no fue tan extraño como cabría esperar. Luego oyó el crepitar de una hoguera y voces alrededor del fuego.

Hablaban en susurros, como si temiesen despertarlo, aunque tampoco estaban diciendo nada importante. Reconoció el tono tenso pero firme de Moira y la palabra «coser». «Conejo», creyó oír contestar a Anna después, y la incongruencia de esa respuesta le dio ganas de sonreír.

Fue el eco de gente masticando y de cuchillos cortando lo que provocó que finalmente abriese los ojos, su estómago rugiendo de hambre. Nada como la primera comida tras revivir.

Se impulsó con las palmas para incorporarse y no sufrir ni un mísero grumo de magia gangrenada fue toda una experiencia. Asombrado, se miró las manos. Ni rastro del típico pinchazo de dolor que había aprendido a ignorar con las décadas, ni pizca de la sombra negra que antes le rapiñaba los nudillos. Hacía tanto, tantísimo tiempo desde la última vez que había visto sus dedos libres de carbón que ahora el verdadero color de su piel lo conmovía. O quizá se debía a que ahora el mundo por fin parecía completo. Más luminoso aun de madrugada, más lleno, más todo. Solo quería llorar.

—Ey, Sha. ¿Estás bien?

La voz de Rako le trajo calma, como el resto de su cuerpo mientras lo ayudaba a levantarse y unirse al festín. Porque era un festín. El zumbido interno que venía con recuperar su magia fue sustituido por la incomprensión según el olor a comida inundaba sus sentidos. Era imposible que hubiesen cazado o pescado todo eso en las pocas horas que había pasado ausente, teniendo en cuenta además que habían cambiado de claro.

En aquel, más recogidito, estrecho, la pastelera regaba un par de

gordas liebres asadas con un líquido espeso que tardó en reconocer como miel. No muy lejos, sobre unas segundas brasas, se tostaba a fuego lento un salmón de naranjísimas rodajas cuidadosamente limpiado. Tenían el aspecto crujiente de los platos de la Espiral y a Sasha le costó mucho no birlar alguna directamente con la mano.

—Ah, estás aquí —gruñó Moira entonces, regresando de quién sabía dónde con una jarra de agua fresca—. Tenía la esperanza de que no volvieses.

Anna dejó escapar un grito ahogado, ofendida, pero Rako rio con fuerza y Hator puso los ojos en blanco sin dejar de llenarse la boca de frutos secos. Pasas, cacahuetes, pistachos, nueces, avellanas, todos agrupados en una montañita a sus pies. Se preguntó si siempre habían tenido eso entre las bolsas y se les había olvidado decírselo.

—Qué peleona —se burló Rako, guiñándole un ojo.

Por supuesto, Moira no mordió el anzuelo. Lo que hizo fue fulminarlo con la mirada antes de sentarse a su lado y después dedicarle un gesto brusco a Sasha, apuntando a sus manos. Él obedeció y se las enseñó, al instante todo el grupo inclinado para examinarlas de cerca. Los labios de Anna se tornaron una «O» perfecta antes de encogerse de hombros y:

—Bueno. La verdad es que lo mío no hubiese cicatrizado así de bien.

—No habría llegado ni a cicatrizar —corrigió él—. La infección me habría matado antes.

—Una suerte que seas inmortal, ¿eh? —sonrió Rako.

—Algo así… ¿Qué es todo esto?

En ese momento, Hator esparcía diminuto confeti de almendra sobre las liebres asadas bajo la atenta supervisión de la pastelera, el cual se quedaba adherido a la miel previa. La piel crocante, dorada, parecía una cobertura de caramelo para la carne blanca, y aunque Sasha no necesitaba comer para sobrevivir sentía que si no le hincaba el diente en menos de dos minutos volvería a morirse.

—Un regalo —contestó al fin Moira, mientras se acercaba las escudillas para repartir las raciones—. El agua nos lanzó al gordo apenas unos minutos después de que la palmaras y las liebres vinieron aquí a morirse en cuanto encendimos el fuego. Ya te dijimos que te habían echado de menos.

—Dan ganas de morirse más a menudo, ¿eh?

—¡Rako! —riñó Anna, aunque Sasha asintió distraídamente, contemplándola retirar la comida de las brasas y soltarla en las escudillas que Moira le iba tendiendo. Cuando el daena hizo amago de querer ayudar, todavía con una sonrisa socarrona en los labios, ella le chistó.

La verdad, Sasha no se sentía especialmente querido por los

elementos, pero sí agradecido de haber logrado conectar con el aire lo justo como para expandirlo en el interior del demonio jabalí. Se le había olvidado lo que era tener ese poder. Volvió a mirarse las manos.

—¿¡Por qué a mí no me das pescado!? —se quejó Rako, zarandeando su plato vacío delante del mohín disgustado de Anna.

—Porque es para Sasha.

—¡Pero si hay un montón…!

—No creo que a los elementos les haga gracia que te comas su regalo. No creo que les hagas gracia, en general.

Teatral, el daena se llevó una mano al pecho:

—Perdona, pero es *a mí* a quien el aire le ha salvado el culo a petición de Sasha. ¡A mí! He ganado, pastelera, dame mi pez.

—Dale el pez, Anna —dijo Moira, con una sonrisa relajada que resultaba antinatural en ella. Negaba con la cabeza, divertida, y a Sasha se le escapó la respuesta de Rako, absorto en la carcajada que la arquera le devolvió. El daena rompió a reír, y sus risotadas incontrolables se mezclaron con las de Moira, y luego con las de Hator, y luego también con las de Anna.

El caballero no sabía por qué se estaban riendo, pero tampoco le importaba. Estaba a gusto. Estaba feliz. Estaba vivo. Y, cuando por fin Rako le pasó su escudilla de liebre, salmón y frutos secos, se dio cuenta de que también se sentía a salvo.

Era el turno de Rako de montar guardia, pero Sasha no podía dormir.

Ambos contemplaban las llamas de la hoguera danzar sobre las palmas del caballero, el lametón del fuego apenas un fantasma cálido en su piel. Cuanto más lo miraban más presumía, dividiéndose en mil chispas o comprimiéndose en una canica incandescente que a Sasha le daban ganas de guardarse en el bolsillo. Rako llevaba la misma expresión encantada de las noches de bengalas, allá en la antigua Espiral.

Las tres mujeres dormían, cerrando el círculo a pocos pasos, por lo que intentaban hablar en susurros (aunque se les olvidaba a menudo). Anna había sido la primera en caer, tan acurrucada en sí misma que resultaba imposible distinguir pierna de brazo; mientras que las brujas se habían quedado dormidas la una frente a la otra, cuchicheando en su idioma. Ahora ellos también cuchicheaban en su lengua materna, lo que hacía que, sumado al fuego en sus manos, Sasha sintiese toda aquella escena como un potente *vistoyá*.

—No entiendo por qué no lo llevabas siempre encima —decía en ese momento el daena, luces y sombras dibujando filigranas de oro en su rostro—. Como los marineros con los pájaros, ¿sabes cómo te digo?

Una bola de fuego al hombro, siguiéndote a todas partes…

Él rio ante la ocurrencia.

—Eso sería… El fuego no es tan dócil, ni lo será. Ahora solo se está dejando hacer porque… No sé por qué, la verdad.

Las llamas ronronearon contra sus dedos en un chisporroteo que no captaron sus sentidos sino su magia. Sonrió. Su cuerpo estaba agotado, destrozado, pero no su mente. No la forma en la que sentía al Mundo de vuelta, llenándolo. Casi parecía que todo regresaba poco a poco a su lugar.

Rako se inclinó sobre la esfera, acercándole un dedo cauteloso.

—Hola, bichito.

Sasha tenía sus dudas sobre tratar al más salvaje de los elementos como a un cachorro callejero, si bien al fuego pareció gustarle, deshaciéndose durante un segundo en su dirección. Por lo visto, Rako aún poseía el don de caerle en gracia a toda criatura existente. Se preguntó si se debería a sus ofrendas semanales al oratorio de Haasevi, patrón de los animales.

La respuesta del fuego le llegó sin sonido alguno y el caballero asintió.

—Dice que tú también tienes que presentarte formalmente. Solo faltas tú.

Sin cambiar el gesto, Rako desvió la vista, pensativo. Quizás estaba eligiendo las palabras. Anna se había presentado con una risita traviesa y una reverencia corta justo antes de irse a dormir, sin darle al asunto la importancia que cualquier brujo le reservaría a su primer encuentro con el Mundo. A Sasha no le había ofendido. Seguía pensando que, en realidad, ni Rako ni Anna necesitaban presentarse, porque los elementos ya los conocían. Al final, había supuesto que querían hacerles partícipes de su presencia ahora que él había vuelto a su lado. Hacerles ver que entre ellos había más que simples humanos.

—Hola, elemento fuego. Soy Brako de Corte, daena real de Verenize el Eterno y guardia honorífico de la Espiral. Hijo de Halena de Corte, sejmekán; y de Josevii de Corte, guisandero. ¡Encantado!

Se le cortó la respiración.

Querría haber escuchado mal, pero Rako jamás habría pronunciado su nombre con tal seguridad sin pretenderlo. Pero ¿¡por qué!? ¡Delante de él! Angustiado, desvió la vista hacia las chicas para comprobar que seguían dormidas, que ninguna había escuchado por accidente el verdadero nombre del daena.

Cuando acabó, Rako le sostuvo la mirada con una ceja arqueada en ironía.

—¿Qué pasa? Creía que a los elementos se les confiaba el nombre privado.

—Sí —carraspeó, incómodo—, pero yo no soy uno de ellos.

No esperaba que se riese. Fue una risa corta, amable, aunque no conseguiría borrar el hecho de que ahora Sasha sabía su nombre. Sobre todo cuando Rako apoyó la mejilla en una mano y lo miró directamente a los ojos desde allí.

—Ah, así que tú sigues con lo de guardártelo, ¿eh?

En lugar de contestar, Sasha se inclinó para devolver al elemento a la fogata. El fuego saltó de regreso al resto de su ser, estirándose en una llamarada rebelde que duró solo un segundo. Al comprender que no obtendría respuesta, Rako añadió:

—Lo entiendo. Es una de esas manías enraizadas, ¿no? De esas que nunca logras quitarte.

Iba un poco más allá de eso, pero no quiso contradecirle.

—¿Cuál es la tuya?

Rako sonrió.

—Creer que todo va a acabar bien.

9
PARA EVITAR EL MAL

Había tenido razón.

Ni veintiséis horas después de recuperarlos, los elementos dejaron de acudir al instante a su llamada, volviendo a convertirse en la presencia fantasmal que Sasha recordaba, vigilante y atenta como una madre pero inalcanzable como el ente salvaje que era. Las brujas se encogieron de hombros, divertidas, y se ofrecieron a compartirle los diferentes métodos de comunicación que se habían ido descubriendo con los años. Al caballero le hacía gracia pensar en sí mismo dos siglos atrás, dando órdenes al Mundo a diestro y siniestro, desesperado porque le hiciera caso. Había sabido tan poco. Se había sabido tan poco, en realidad, de a lo que por entonces se le llamaba «magia de elementos»…

—El truco está en identificar cuál de ellos te hace más caso —comentaba Moira en ese momento, mientras se rehacía la trenza—. Y, a partir de ahí, encontrar una seña que pueda distinguir como propia. Una vez puedas llamarlo, ya se encargará él de avisar al resto cuando sea necesario. Por ejemplo —añadió, al cazarlo a punto de preguntar—, Hator se lleva mejor con el aire, así que le silba. El sonido le ayuda a prestar atención, reaccionar, porque no es que el viento tenga mucha capacidad de retención… y porque solo suele funcionar en estallidos, como con el demonio jabalí…

Sasha asintió. Ya se había fijado en que los silbiditos de la rubia iban seguidos más veces que ninguna por una brisa perezosa, aunque siempre lo había achacado a que al aire le gustaba la música. Por supuesto, no esperaba que el Mundo accediera a todas sus peticiones, pero ya solo contar con un modo de llamar su atención era más de lo que había tenido nunca.

Más allá, Anna les dijo algo que Sasha no llegó a entender pero

que Moira respondió con un asentimiento.

Se habían desviado ligeramente hacia el noreste, saliendo por fin del bosque para atravesar una meseta que muy, muy a lo lejos, terminaba en una cadena montañosa. En algún punto de aquellos picos se escondía la aldea de la Elegida. Aunque, por el poco interés que le mostraban las brujas a la sierra, Sasha suponía que aún quedaban días (o incluso semanas) de camino.

Aun así, no habían abandonado del todo el abrigo del bosque. Avanzaban siguiendo la linde, aprovechando el terreno despejado de la meseta para descansar pies y cascos durante el día y guarecerse entre los árboles por la noche. Cada pocos kilómetros, redondos pueblecillos brotaban en la llanura; nada digno de tildar como ciudad, lo que les daba confianza para acercarse a reponer alforjas cuando lo necesitasen. Que, según Anna, quien ahora volcaba los últimos gramos de cayena en una olla burbujeante, sería muy pronto. Habían hecho un breve parón para comer y Sasha dedicaba cada uno de ellos a escuchar a Moira, la única de las dos brujas que parecía capaz de explicar cómo controlaban los elementos.

—Sin embargo —continuó ella—, yo también uso los silbidos cuando necesito que el aire haga algo excepcional por mí, como redirigir la trayectoria de una flecha o aislarme de olores asquerosos que me impidan pensar con claridad.

Ah. Qué buena idea… A él nunca se le habría ocurrido utilizar al Mundo como apoyo además de como arma.

—¿Y tú a qué elemento le caíste en gracia? —sonrió Sasha.

—Al fuego —contestó, imperturbable—. A él hay que hablarle en susurros porque es un cotilla y siempre viene a ver qué andas cuchicheando.

La explicación le hizo reír, y Moira alzó las cejas.

—Últimamente te ríes mucho.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza, restándole importancia al asunto. Su cabello relucía como cortante obsidiana bajo el sol del mediodía y su tez de madera había oscurecido incluso más tras tantos días de viaje. La de Sasha también, aunque en menor medida, apenas una sutil diferencia de color entre torso y brazos. Se había dado cuenta hacía poco, mientras se desvestía para darse un chapuzón rápido, y le alegraba que nadie comentase cuándo o cuánto se animaba a mostrar en cada ocasión.

—No, no —carraspeó Moira—. Es solo que… es raro. Parecías mucho más serio cuando nos conocimos.

—¿Te refieres a cuando me mataste dos veces y luego me obligasteis a abandonar el único lugar en el que me sentía seguro para cumplir mi destino de ejecutar a quien todavía considero mi amigo?

La arquera entornó los ojos, alzando la barbilla en un ademán altivo que Sasha se conocía muy bien. Ah, qué orgullosos eran todos los hablantes de la lengua de la profecía. Quizá justo por eso los había elegido el Mundo.

—Sí —masculló sin más—. Cualquiera diría que te lo estás pasando bien.

—¿Algún problema?

—Que el final va a ser el mismo, Sasha. No lo olvides.

¿Por qué siempre hacía eso? ¿Hacerle sentir mal por sentirse bien? Era como si cada una de ellas tuviera una idea clara de cómo debía ser y les ofendiera personalmente que se saliese del guion. Anna cada vez que le veía hablar con Rako, Moira cada vez que le veía respirar sin dificultad, Hator cada vez que le veía pasar miedo.

Al menos, se dijo, Rako no quería que fuese algo que no era, porque le conocía. Rako le conocía de verdad.

En ese momento, una vorágine de carcajadas los interrumpió, y cuando ambos se volvieron para curiosear Sasha se pilló a sí mismo mirando al daena real de una manera en la que nunca antes lo había hecho.

Lo miró mientras las risotadas le saltaban las lágrimas y mientras se apartaba el velo para no asfixiarse, tras el cuero la horrible secuela del flagelo y sus labios llenos. Colapsó sobre la orilla, hendido bajo el peso de su propia risa, un zigzag de cicatrices nuevas y viejas convirtiendo sus costados en el atigrado pelaje de un tigre y su pecho subiendo y bajando sin pausa. A su lado, Hator imitaba ahora la forma en la que Rako escudriñaba su reflejo en el agua al afeitarse y Sasha reconoció cada aspaviento porque él también los había memorizado. No sabía cuándo, pero lo había hecho.

Desvió la vista, incómodo.

«En la Resistencia decían que era porque estabas enamorado de él», había dicho Rako, con sus ojos de Nize y sus dientes de Nize y sus labios de Nize.

—Me da que mejor seguimos en otro momento —le interrumpió Moira, levantándose de un movimiento fluido y haciéndole sentir aún más culpable—. Piensa en cómo llamarías la atención del elemento que más te quiere, que —y aquí esbozó una sonrisa nada amable—, según Rako, es la tierra, ¿no?

Si Moira llegó a verlo asentir, no dijo nada, sino que se alejó para ayudar a Anna con la comida mientras los otros seguían con su juego de imitaciones al que Hator siempre perdería porque el daena era experto en lo suyo.

Sasha se quedó allí, sin atreverse a moverse o a mirar de nuevo a Rako, sin dejar de darle vueltas al hecho de que la Resistencia lo había creído perdidamente prendado del rey. Solo de pensarlo le dieron

náuseas, pero también se preguntó… ¿Qué habría pasado de no haber huido? ¿De haber dicho que sí aquella noche? Si se habría atrevido a destruirlo desde dentro o si habría conseguido detener toda aquella locura permaneciendo a su lado. Si habría sido aún peor, si habría conseguido salvarlo. Si habría conseguido salvar más vidas que la suya propia.

Se preguntó si había fallado tan estrepitosamente porque los insurgentes tenían razón. Que era verdad, que había estado ciego de adoración y de todo lo que eso implicaba.

Pero, sobre todo, se preguntó si le estaba ocurriendo otra vez.

El pensamiento le dio pánico y algo más.

Decidió no darle muchas vueltas.

Tarea difícil donde las hubiera, pues una vez percibido ya no podía *despercibirlo*. Le recordaba a darse cuenta de que las asas de una jarra no le habían quedado simétricas cuando el cristal ya se había enfriado. Cuando una de ellas era un poco más cerrada, un poco más puntiaguda, un poco más suave. Nadie más podría verlo, no a simple vista, pero él sí, porque era suya. Él veía el fallo a kilómetros y volvía sobre sus pasos una y otra vez, pensando, pensando en cómo arreglarlo, en cómo lograr que nadie más advirtiera la asimetría en el cristal. Sus sentimientos por Rako eran el fallo y no podía dejar de mirarlos.

Los primeros días intentó convencerse de que era una falsa alarma. Era natural que siempre supiese dónde se encontraba Rako, porque parte de su entrenamiento como caballero consistía en conocer a toda hora la ubicación de cada guardia a su cargo. Era natural que solo se sintiese completamente tranquilo al tenerlo en su campo visual, o que se abstrajese mirándolo, porque le recordaba a su hogar, a la época en la que debería haber muerto. También era normal que cabalgasen siempre el uno junto al otro, como en los viejos tiempos, y que al bajar la guardia su mano tomase la suya como lo había hecho las semanas anteriores para remover su magia. Todos esos actos reflejos tenían explicación y ninguna de ellas tenía que ver con el corazón.

El problema radicaba en su forma de reaccionar ante tales actos reflejos. En la brusquedad con la que se apartaba al rozarlo por accidente, o la cabezonería con la que se negaba a mirar cuando chapoteaba junto a Hator en el río. En la forma en la que Rako lo notaba y aun así esbozaba una sonrisa tranquila. En el bufido de disgusto de Anna y la mueca sarcástica de Moira.

Nunca se había sentido tan inseguro, ni tan patético.

Todo el mundo señalando la anomalía en el cristal.

Intentó recordarse que aquel Rako era el mismo con el que había crecido, y que la única diferencia entre ahora y entonces era la ausencia de Sera y Nize. Pero ¿y si esa era precisamente la razón por la que Sasha no se había fijado antes en él? Nize. Siempre Nize.

El caballero se removió entre las mantas con un largo suspiro. Otra madrugada más sin pegar ojo, aunque las chicas lo habían obligado a tumbarse después de varios días acaparando vigías. Ahora le tocaba a Anna montar guardia, y, por lo sigilosa que estaba siendo, supuso que lo creía dormido. Y ojalá lo estuviese, ojalá pudiese liberarse un solo segundo de esa sensación de estar comportándose como un crío de cuatro años. No quería pensar en Rako. Solo quería dormir.

De pronto, oyó a su espalda el deslizar de tela y crujir de huesos que tanto identificaba con el despertar del daena. Sasha cerró los ojos (tampoco quería que lo acusasen de ni intentarlo siquiera), así que no pudo verlo levantarse, pero sí escuchar el chasquido de lengua con el que Anna lo recibió.

—¿Qué haces? —preguntó ella, el desagrado tangible en su voz.

Al desagrado le siguió el ruido seco de Rako saltando por encima de la hoguera para acercársele. Frunció el ceño.

—¿Tienes algo dulce por ahí? Acabo de volver de uno de mis viajecitos y me ha dejado mal sabor de boca.

—Pues bebe agua.

Hubo un pequeño silencio solo ocupado por el crepitar de las llamas. Por un momento, Sasha creyó que la conversación acabaría ahí, pero pocos segundos después Anna suspiró y se oyó otro roce de telas.

—Esta mañana estuve recogiendo frambuesas… Al parecer solo me gustan a mí, así que han sobrado muchas. Toma.

—¡Gracias! A mí sí que me gustan.

—Ya. Por eso no te ofrecí.

A Rako se le escapó una risita disimulada. Sasha hubiese querido verles la cara, pero no quería arriesgarse a que lo sorprendieran espiando. Aunque tampoco lo llamaría espiar… Ninguno se esforzaba por hablar bajo, ni estaban diciendo nada peliagudo o secreto. Al menos al principio, claro.

—Anna, ¿puedo hacerte una pregunta?

—No.

—¿Por qué desconfías tanto de mí? Que, a ver… Entiendo que mi pasado no es la mejor carta de presentación, pero…

—No te atrevas a mirarme así —le cortó, violenta—. ¿Qué te crees, que no lo sé? Tú también piensas que es por lo de Sasha, ¿verdad? ¡Pues no! —Después, un leve carraspeo, el intento de Rako por responder, pero Anna siguió hablando—: Soy más que mis deseos y que mis celos y que… Y no sé por qué, ¿vale? No sé por qué te tengo

tanta tirria, pero te aseguro…

Silencio de nuevo. Casi pudo oírle chirriar los dientes, frustrada. Esa era otra de las razones por las que Sasha la habría preferido lejos de la profecía. Porque Sasha la quería como se quiere a alguien a quien se conoce desde hace ocho años; no como ella le quería a él.

—Me alegro —contestó al fin Rako.

—¿Eh?

—Que me alegro de que pienses por ti misma. Eres la única de aquí que no es ni bruja ni ha estado comida por el rey durante décadas. Necesitamos… Necesitan algo así. —Y Sasha lo notó sonreír de esa manera triste que no debería ser sonrisa—. Alguien neutro.

Un bufido.

—No te creas que por darme la razón como a los tontos voy a bajar la guardia.

Él volvió a reír, sus pasos cada vez más próximos. Sasha se quedó lo más quieto posible mientras lo oía envolverse en sus mantas.

—No esperaba menos de ti. ¡Gracias por las frambuesas!

Y, esta vez sí, ahí terminó la conversación.

Haber retomado contacto con los elementos le traía recuerdos olvidados. La mayoría de ellos simples escenas de su infancia, momentos tontos como aquella vez que su madre había echado sal en lugar de azúcar al pastel o cuando Nize cayó de bruces en un lodazal y le hizo prometer que jamás se lo diría a nadie. No tenían mucha importancia más allá de lo que le hacían sentir, una mezcla amarga entre nostalgia y desencanto. Algunos los compartía con los demás, puesto que solían preguntarle de qué se reía por lo bajo; otros prefería guardárselos para sí mismo por mucho que insistiesen.

Sin embargo, había algo… algo que no había olvidado pero que los elementos parecían querer recordarle una y otra vez. No era solo un recuerdo, sino una orden del rey Aurel que aún se preguntaba si debería haber ignorado.

«No hay otra manera, Sasha», había dicho. El pequeño caballero se había llevado la mano a las escarificaciones recién abiertas, la carne aún hinchada y sanguinolenta, y recordaba haber pensado que no le debía lealtad a aquel hombre sino a su hijo. Pero aun así había obedecido porque por entonces había sido un crío sin fuerzas para retar a un rey.

Se arrepentía y quería quitárselo de encima.

Por eso rodó sobre sus mantas, echó una ojeada rápida a la espalda de Hator, quien vigilaba la oscuridad del bosque, y luego se cernió sobre Rako.

—¿Estás despierto?

Este suspiró al oírlo susurrar en vedés, aunque abrió los ojos para mirarlo por encima del hombro, mitad divertido mitad desdeñoso. Sasha no sabía cómo podía existir tal mirada, pero ahí estaba.

—Obvio. Es imposible dormir contigo dando vueltas como un loco.

—Ah. Perdón.

—Nada —respondió, disculpándolo con un gesto vago. Sasha volvió a tumbarse, ahora ambos cara a cara—. ¿Me vas a decir de una vez qué te pasa? Llevas días rarísimo.

Tuvo que controlarse para no desviar la vista. Sí, estaba raro, pero no precisamente por lo que iba a contarle (y tampoco le gustó saber que estaba siendo tan evidente). Rako alzó las cejas, expectante, sus iris aros de lava volcánica a la luz de la hoguera. Se parecía tanto a Nize… Casi sería como decírselo a él directamente. Al menos su rostro doble contaba con anclas que le impedían confundirlo con el rey, como el lunar del pómulo, la cicatriz de la mandíbula o el marrón de sus ojos.

—Es… lo de que me estoy acordando de cosas…

Su expresión se suavizó al instante.

—¿Echas de menos a tus padres?

Eso le tomó por sorpresa, de pronto un nudo en su garganta que solo consiguió eliminar a base de negar con la cabeza.

—Eso siempre, pero no es eso esta vez. Me… ¿Te acuerdas de cómo trataba el rey Aurel a Nize?

También le sorprendió el modo en que Rako frunció los labios y entornó los ojos, el claroscuro de la fogata convirtiendo la mueca en una máscara de asco.

—Sí. Sera era la única que no estaba podrida en esa familia.

—¿Nunca te dijo por qué lo hacía?

—¿Verenize?

—No, el rey Aurel.

Él sacudió la cabeza.

—Sasha, ¿qué…? ¿Por qué iba a hablar el rey conmigo? Si apenas lo hizo cuando me ascendió a daena real. Si a eso se le puede llamar ascender…

Dudó una vez más. Pero había pasado tanto tiempo… El rey Aurel era ya menos que polvo, y sacárselo de dentro le vendría bien. Oír que no había obrado mal, que simplemente cumplía órdenes.

—A mí me preguntó si me molestaba.

—Bueno —sonrió Rako—, es que a ti lo de disimular el cabreo nunca se te ha dado muy bien… ¿Qué le di…? No, ¿qué te contestó? Porque sé perfectamente lo que le dijiste tú.

Sasha se animó a devolverle la sonrisa antes de responder.

—Me dijo que no se enorgullecía de ello, pero que debía hacerlo

para evitar el mal. —Los labios de Rako delinearon la palabra «mal», pero le dejaron continuar—: Me contó que, cuando la reina falleció en el parto, Astrae le recitó una antigua profecía sobre un príncipe vederés que perdería la cordura con la muerte de su hermano. Se lo tomó como una advertencia.

El daena estaba tenso. Lo notaba en sus hombros cuadrados y en sus nudillos blancos de aferrar la manta con fuerza. Esta vez sí, él desvió la vista.

—Estoy harto de las profecías. ¿Sería la misma que la nuestra?

—No creo; esta ya se ha cumplido.

—Sí, desde luego Sera murió y Nize se volvió loco —siseó—. Yo lo hubiese preferido al revés, pero uno no puede ponerse quisquilloso con el destino, ¿eh?

Aunque no deberían dolerle sus palabras, tampoco pudo evitarlo. Porque él jamás… Sasha jamás desearía haber perdido a Nize en favor de Sera, ni siquiera si eso supusiera la salvación de reinos enteros. Todavía no se acostumbraba a saberse así de ruin, de egoísta, pero al menos había conseguido hacer las paces con el hecho de serlo. Por supuesto, ni se le pasó por la cabeza decírselo, no con todo lo que Rako había sufrido por querer a Sera. Sería sucio.

—Pero hay algo que no entiendo —añadió entonces el daena—. Si el rey Aurel creía que Nize…, ¿por qué no decírselo y…? ¿Y por qué le trataba así? ¿No sería eso empeorarlo?

—Astrae le contó que la única manera de evadir la profecía era romper al príncipe. Aislarlo del resto, impedir que forjase lazos que pudieran inestabilizarlo al perderlos. Ponerlo en contra de su hermana, porque ningún presagio puede cumplirse si faltan piezas. Si conseguía que Nize no la quisiera, Sera viviría.

Un sonido estrangulado abandonó la garganta de Rako. Luego se incorporó violentamente, ojos muy abiertos y dientes mostrados como los de un animal. La ira en su voz quemaba:

—¿¡Y a nadie se le ocurrió proteger a Sera!? ¡Era su vida la que corría peligro, no la de Nize! Y tú te lo *callaste.*

—El rey me prohibió hablar. Me dijo que no se podía cambiar el destino una vez conocido.

—¡Y una mierda! —rugió Rako, fuera de sí—. ¡Pisotear a un hijo es más fácil que pasarse toda la vida en alerta por el otro! ¡Así se aseguró un monstruo al que echar la culpa cuando mataran a Sera! ¡Se desentendió! ¡La dejó morir! ¡La…!

A Sasha le bastó apoyar una mano sobre la suya para callarlo, aunque no había sido un movimiento consciente, más bien urgente, pálido, culpable. Moira y Anna continuaban dormidas, ajenas a los gritos, pero Hator los miraba tan perdida como angustiada. Se alegró de que no entendiese vedés.

—Rako —lo llamó, en un susurro. Él le sostuvo la mirada a regañadientes—. No lo entiendes. El rey creía que Sera moriría a manos de Nize, y siguió creyéndolo después de su muerte.

Primero silencio, luego una risita incrédula. Después silencio otra vez. Desde sus mantas, de donde no se atrevía a moverse, Sasha lo vio parpadear muy despacio un par de veces antes de negar con la cabeza.

—Pero eso… no tiene sentido. Nize jamás le hubiese hecho daño. —Y añadió, como si quedase duda alguna—: Y yo tampoco.

El caballero asintió. De pronto, le parecía aún más ridículo haber seguido ciegamente las órdenes del rey Aurel, y recordó la virulencia con la que Rako había defendido a Hator de Moira tras la Campaña. «Vas a convertirla en otro Verenize». Se le encogió el estómago al pensar hasta qué punto había acertado.

—Debería habérselo dicho.

—Sí —contestó Rako con voz helada—. Deberías.

Notó el comienzo del pánico aplastarle el pecho, las costillas, el estómago. Le temblaban las manos, le costaba respirar bajo la recriminatoria mirada del daena, que le hacía sentirse atrapado en un incendio de verano, augurando su veredicto. Porque Sasha lo sabía y ahora Rako lo sabía también: que podría haberlo evitado. La muerte de Sera, las atrocidades cometidas en su nombre. Las cicatrices del flagelo y los dos siglos de encierro. Todo.

Rako entornó los ojos, pensativo, y por un momento se pareció tanto a Nize que el corazón le dolió de terror y algo más. Sobre todo cuando pasó a esbozar un fantasma de sonrisa, un gesto amable que no creía merecerse.

—Pero —prosiguió el daena—, como suele decirse, todos cometemos errores. Al menos tú aprendes de ellos. ¿Qué ibas a hacer? ¿Desobedecer al rey? No.

Sasha no contestó. Rako respiró hondo.

—En cambio, yo… yo sigo siendo igual de idiota que por entonces, enamorado hasta las trancas de quien no debo.

Eso dolió. Por supuesto. El suspiro le salió sin querer, y no pudo evitar volverse hacia la silueta vigilante de Hator.

—¿Otra vez, Rako…? Sabes que no es Sera.

Él enarcó una ceja, divertido, sin apartar los ojos de los suyos ni un segundo. No se le ocurría qué tenían sus palabras de gracioso, así que frunció el ceño, pero Rako no se dignó a responder. Solo sonrió («Buenas noches, Sha») y dejó escapar una breve risa antes de darle la espalda para seguir durmiendo.

Pocas horas después despertó con el eco de unas risitas.

Le costó horrores abrir los ojos, y cuando por fin lo consiguió el sol lo cegó, mucho más alto en el cielo de lo que debería: se les había pasado la hora. Por alguna razón, no le importó. Se sentía infinitamente a gusto, párpados pesados y cuerpo descansado. Se arrebujó en la manta con la que alguno lo había tapado durante la madrugada, dispuesto a descansar otro tanto.

Pero las risitas volvieron, impidiéndoselo, así que se incorporó un poco para buscar su origen.

Anna ponía los ojos en blanco mientras removía algo en una olla (que, por lo espeso y blanquecino de su contenido, Sasha diría que eran gachas), aunque como esa solía ser su expresión estándar pasó a otra cosa. Y ahí estaban los culpables, chistándose mutuamente como críos. Se habría limitado a pedirles que bajaran la voz si no hubiera caído antes en qué andaban liando.

Moira seguía dormida, cosa insólita, pues siempre era la primera en amanecer, y Rako le hacía cosquillas en la punta de la nariz con una flor silvestre. Por mucho que ella gruñera, se revolviera o intentara esconderse en sueños, el daena y su compinche rubia siempre encontraban un hueco por donde escurrirse. Anna lo miró con las cejas alzadas, exigiéndole que los riñese, pero ¿por qué iba a hacerlo? Sasha no tenía poder sobre ninguno de los dos, y, además…

—Me da que alguien se va a comer un bofetón en breves.

Ambos se volvieron enseguida hacia él, cazados en plena fechoría, pero luego Rako esbozó una sonrisa ladina y lo apuntó con la flor.

—¡Qué va! Si llevamos viajando juntos casi dos meses, somos amigos ya.

El resoplido de la pastelera dejó clara su opinión, por lo que no añadió nada más mientras empezaba a repartir las gachas en cuencos de madera.

—No sé si simplemente viajar juntos nos hace amigos —dijo Sasha con voz suave. No era asunto suyo si le gastaban o no bromas a Moira, pero no quería gritos tan de mañana.

—*¿Perdón?* —Hator hizo un puchero—. ¡Pues yo sí que os considero amigos! Y estoy segura de que Moira también.

—¿Cuánto de segura? —rio él, enternecido en contra de su voluntad.

Rako y Hator se miraron.

—Muy segura —contestó al final el daena en su lugar—, porque Moira y yo estamos enamorados.

—No lo estáis.

—¡Pero, Hator, no me arruines la jugada!

—¡Pues avísame antes!

Por desgracia, Moira gruñó, tomando aire largamente, y ellos retomaron sin miramientos su tortura.

Con un suspiro, Sasha aceptó la derrota, así que se levantó para echarle una mano a Anna. Ella susurró un breve «gracias» y le alcanzó el fardel de frambuesas; él distribuyó las pocas que quedaban en tres de los cinco cuencos. La última se la metió en la boca, para ir abriendo estómago, y en los tazones restantes dejó caer un par de cucharadas del diminuto y ya casi agotado tarro de miel que la pastelera le había acercado. Sabiéndose cerca de los pueblecitos de meseta, procuraban comprar raciones pequeñas, primero para ahorrarle peso a los caballos y segundo para evitar repetir sabores y acabar aborreciéndolos, cosa que Anna consideraría una tragedia (y nadie tenía fuerza suficiente para lidiar con sus manías).

A Sasha le gustaba esa rutina. Incluso se había acostumbrado al movimiento constante, a dormir al raso, a las guardias nocturnas. A que Rako y Hator se picasen el uno al otro durante las veintiséis horas del día y a los ladridos de Moira. A los cortes que Anna le soltaba al daena y las risotadas con las que contestaba él. La rudeza con la que Moira intentaba enseñarle a hablar con los elementos pero cómo suavizaba el tono cuando Sasha le daba las gracias. Los chistes malos de Hator pero cómo salía victoriosa más veces que ninguna en sus duelos. El odio absoluto de Anna por Rako pero cómo se aseguraba de que estuviera en buena postura cuando caía ausente.

Quizás esos dos tenían razón.

En ese momento, Moira se incorporó de un latigazo, lanzando a ciegas un puño que impactó de lleno contra el rostro de Rako. Ni uno solo de ellos faltó por gritar, alarmados, y el pobre daena cayó fulminado.

—Pero ¿qué…? —Mientras se frotaba la nariz, la arquera miraba mitad desorientada mitad suspicaz cómo una nerviosísima Hator intentaba apartarle al daena las manos de la cara para inspeccionar la magnitud de los daños—. ¿Qué coño estabais haciendo?

—El tonto —contestó Anna, conteniendo la risa a duras penas.

—¡No es gracioso! —protestó Rako enseguida, casi llevándose por delante a su compinche al encararla.

Tenía un labio partido y la barbilla llena de sangre, y, sin embargo, no tardó en echarse a reír también, carcajada seguida por un siseo de dolor que pronto volvió a convertirse en risa. Era una visión extraña, sus dientes manchados de rojo pero coronados con una sonrisa.

—¡Te lo mereces! ¡Te lo mereces! —rugió Moira, ya preparada para cobrarse su venganza—. ¡Te voy a romper el otro!

—¡No! —aulló él, protegiéndose con los brazos—. ¡Hator, ayuda!

—Uy, no, no, mejor no.

—¡Traidora!

Como había prometido, Moira le pegó de nuevo, pero esta vez lo hizo con una risotada infantil que Sasha jamás le había oído. Rako se

dejó hacer, por lo que acabó con la boca llena de hierba y flores mientras Anna se quejaba por detrás de que se le iba a infectar la herida.

—¡Venga, parad! —casi gimoteó, aunque todos podían ver la sonrisa escondida debajo—. ¡Luego os quejáis cuando la comida se os queda fría!

Sasha no sabía cuándo se había unido a las risas. No era la primera vez que pasaba, pero sí la primera en la que era consciente de ello. Por primera vez desde la Masacre se sentía conectado a algo, a alguien, y dudaba estar preparado para abrirle hueco de golpe a cuatro personas. La opresión en el pecho volvió con fuerza, aunque ahora muy diferente del pánico penetrante que lo dejaba débil y ahogado. Se parecía mucho a la felicidad. De hecho, ahora que lo pensaba, quizá lo era.

Qué horror.

—¿Sasha? Sasha, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Sí. No. Tardó en comprender por qué se habían quedado todos paralizados de pronto, mirándolo, pero luego fue rápido en desterrar con el brazo las lágrimas enganchadas en sus pestañas. Como no contestó (no creía poder hacerlo), trató de tranquilizarlos con un ademán vago. No pareció funcionar, porque nadie se movió. Al menos hasta que Rako encajó las piezas del puzle y cruzó el campamento para agacharse a su lado, labios aún manchados de sangre disimulando la emoción contenida. Le puso una mano en la nuca.

—Venga, Sha…, las gachas de Anna no están tan malas —dijo, teatral—. Tú aguanta, que mañana ya toca ir a por fruta al mercado.

—¡Oye!

Rako unió su frente a la suya; él clavó la vista en la hierba. Acto seguido, sintió unos bracitos arropándolo en un abrazo de oso. Los dedos en su rodilla eran los de Anna, la única del grupo con uñas perfectamente manicuradas, y aunque Moira se mantuvo alejada el simple hecho de que eligiera callar en lugar de morder ya fue apoyo suficiente. Sasha no apartó los ojos del suelo hasta que el momento pasó. O, más bien, hasta que se obligó a ponerle fin, murmurando que estaba deseando que se terminase la avena. Ellas rieron y se repartieron por fin los cuencos de desayuno.

En silencio, el daena se sentó a su lado y él tragó saliva.

Porque aquello no iba a durar. Era lo más feliz que había estado en siglos pero no iba a durar. En cualquier momento, Verenize los encontraría. Y Sasha sabía, *sabía,* qué sería entonces de cada uno de ellos.

—Anda, come —susurró Rako, dándole un leve apretón en la pierna.

Sasha obedeció.

—Rako, ¿puedes dejarnos a solas un momento?

Él alzó la vista del mapa, desorientado, pero se recuperó pronto:

—¿Vais a hablar de Graendar?

Sasha asintió. Y, aunque distinguió una sombra dolida en su semblante, Rako se levantó de un movimiento fluido que hasta el agua envidiaría y se alejó directo a los caballos, donde se entretuvo deshaciendo nudos en sus crines. Ni una sola de sus camisas había sobrevivido a la poda de mangas y ahora el tatuaje de medialuna negra en su costado parecía sonreírle burlonamente cada vez que lo cazaba mirando. Sasha chasqueó la lengua, molesto consigo mismo.

—¿Tenemos que seguir haciendo esto? —refunfuñó Hator, mirando también a Rako (aunque no de la misma manera, claro).

—Sí —suspiró él—. Mientras aún haya quien sospeche de sus intenciones, no se le hará partícipe de nuestros planes a corto plazo. A él no le importa.

Concentrado de nuevo en el mapa como estaba, se perdió las miradas acusatorias que ambas brujas le lanzaron a Anna, pero a ella sí que la oyó protestar, ofendidísima:

—¿¡Qué!? Ya le habéis oído, ¡a él no le importa!

—Ya. Seguro —rumió Moira, visiblemente molesta (cosa que le sorprendió)—. En fin. ¿Qué querías, Sasha?

No perdió tiempo. Cuanto antes acabasen, antes volvería Rako.

—Lleváis media hora rechazando todas nuestras sugerencias, así que si queréis que os ayudemos a buscar un pueblo que esté *exactamente* a mitad de camino tendremos que saber primero dónde está Graendar, ¿no?

Hator y Moira cruzaron miradas un único segundo antes de asentir («¡Alabados sean tus dioses!», exclamó Anna, todavía picada porque habían descartado su opción predilecta la primera), el Vínculo entre ellas tan tangible como el mapa entre sus manos. Últimamente lo notaba más brillante. ¿Había sido siempre así y lo percibía ahora con mayor nitidez gracias a su magia recuperada o habría cambiado algo en su relación?

—Atento —dijo la Elegida—, porque no lo pienso repetir.

Y señaló un punto al final de la cordillera, allá donde esta se retorcía sobre sí misma para deshacerse en una nueva meseta antes de, finalmente, abrirse al enorme golfo de Agavlia. Parte de aquel revuelto final de montañas pertenecía ya a Córtega, lo que le daba sentido al acento de Hator, aunque Sasha ni siquiera llegaba a imaginar la vida en un lugar tan escarpado.

—Vale —contestó, memorizando el lugar exacto—. Pues entonces sigo diciendo que deberíamos parar en Villa Alfera. Ya sé que no os

gusta porque es demasiado grande, pero ahí podremos abastecernos de todo lo necesario para aguantar hasta Graendar y además pasaremos más desapercibidos que en cualquiera de los puebluchos.

—A ver —resopló Moira—, con este calorazo vamos a llamar la atención vayamos donde vayamos, así que…

—Entonces, ¿Villa Alfera? —se aseguró él—. A la de una, a la de dos…

—¡Espera! —exclamó Hator—. Yo digo que es mejor parar dos veces, pero en pueblos pequeños, en estos…, antes y después de Villa Alfera. ¡Están lo suficiente lejos el uno del otro como para que no nos relacionen!

Sasha suspiró mientras la discusión comenzaba de nuevo. Anna se limitaba a recordarles sus preferencias de tanto en tanto, que se guiaban por la calidad del mercado, pero al menos Moira le explicaba a Hator que la milicia vederesa rotaba entre zonas, por lo que era factible que se topasen con los mismos soldados en el segundo pueblo. Ella no estaba muy convencida («¡Pues le pedimos al aire que nos avise, si eso!»); Moira lo estaba mucho («¡El Mundo no es tu puto criado!»).

Al final, Sasha desconectó. Solo quería que se decidiesen de una vez para poder hacer cualquier otra cosa que no fuese prácticamente espiar a Rako.

—Bueno, da igual —espetó Hator a saber cuánto tiempo después —. Sasha, decide tú.

—¿Yo?

—Sí, venga, lo que digas y punto. Me fío más de ti que de mí.

Él suspiró.

—Yo ya he dicho que a Villa Alfera…

—¡Pues hala, a Villa Alfera!

Moira y él se miraron, negando con la cabeza, y Anna tuvo el detalle de avisar a Rako antes de levantarse de que ya habían terminado. En un instante, solo la arquera permanecía a su lado, ambos contemplando cómo este dejaba atrás a los caballos, ya perfectamente peinados. Antes siquiera de poder saludarlo, Hator le chilló algo inteligible desde el otro extremo del campamento pero cuyo significado quedó patente gracias al eco de acero desenvainado que lo siguió.

Al pasar junto a ellos, el daena sonrió.

—¿Ya habéis acabado de discutir todos los planes que debería chivarle a Nize?

—Algo así.

Rako rio por lo bajo, agachándose para darle un golpecito con el índice en la punta de la nariz sin apenas detenerse en su camino hacia Hator. Sonriente, Sasha volvió a negar con la cabeza, y al girarse se

encontró con las alzadísimas cejas de Moira.

—¿Qué? —se le escapó, a la defensiva.

—Ah, nada —contestó ella, sospechosamente relajada—. Es que me estaba preguntando si en vedés tenéis una palabra para cuando los chuchos se emocionan mucho al ver a sus dueños volver del mercado… En agavle se dice «morindería», y en cortegués «arrobo»… ¿Te suena? A lo mejor comparte raíz con alguna.

¿Perdón?

—Eh… No, lo siento…

—Vaya. Me quedo con las ganas entonces de ponerle nombre al espectáculo tan patético que acabo de presenciar.

Sasha chirrió los dientes, pero fue capaz de sostenerle la mirada hasta que Moira se dignó a retirarse, la mueca en sus labios irónica y ácida.

10
UN MANTO ONDEANTE DE ROJOS

—¡Pero quédate quieto!
—¡Es que me haces cosquillas!
Moira chasqueó la lengua con hastío, pero Rako simplemente se encogió de hombros antes de volver a subirse la camisa para que siguiera revisando sus heridas. Mientras, los demás recogían los últimos retazos de campamento, Hator y Anna enrollando las mantas lo máximo posible y Sasha restregando la olla con un trapo que ensuciaba más que limpiaba. Frustrado, aclaró ambas piezas en el río, cuyo cauce viraba bruscamente en dirección a Villa Alfera, donde se compartimentaría en una galería de lagos y estanques.

Villa Alfera sería la primera ciudad agavle en la que pondrían pie, aunque hacía poco honor a tal título. Aún menos para Sasha o Rako, que se habían criado en la mayor capital del continente, donde todo eran palacios y templos. A esa distancia, el templillo acristalado parecía un simple invernadero y la torre del regente apenas sobresalía por encima del resto de casas y tabernas, mientras las características cúpulas de la arquitectura agavle convertían su silueta en una esponjosa nube dorada.

Cuando acabó de fregar se acercó a Moira, quien examinaba de cerca la puñalada aún rosada del costado del daena. Tenía una ceja enarcada, como si algo no cuadrase.

—¿Qué pasa? —preguntó Sasha, agachándose también.

—No necesito dos médicos.

—Cállate —dijeron a la vez.

Rako bufó (a lo lejos, Anna rio). El caballero contuvo la sonrisa.

—Está curando bien —lo tranquilizó Moira—. Demasiado, diría yo. ¿De cuándo era este, de la Campaña? —Rako asintió, ella arrugó la nariz—. ¿No crees que va muy rápido? No a un ritmo excesivamente fuera de lo normal, pero sí para una herida tan profunda…

Sasha entendía lo que quería decir. Le hizo una seña al daena para que les mostrase el corte más reciente, el que se había ganado en el Paso Caníbal: también más cerrado de lo que cabría esperar. Rako los miraba con semblante aburrido, las cejas alzadas con fingido

despecho.

—Puede que sea un efecto secundario de haber pasado tanto tiempo en la celda de eternidad —aventuró Sasha—. ¿Quizá su cuerpo se ha habituado a curarse más deprisa…?

—No, no, yo siempre he tenido salud de toro.

—Lo que tienes es una flor en el culo —replicó la arquera, automática.

—Y este al final no se infectó, ¿no? —preguntó Sasha, alzándole la barbilla distraídamente para ver mejor el labio que Moira le había partido apenas un par de días antes—. Vamos a tener que estar atentos.

—Pues eso te lo dejo a ti —rio la culpable mientras se incorporaba.

A Sasha no le dio tiempo a procesar el comentario, ni a comprender la sonrisa socarrona de Rako; ni siquiera a retirar la mano que aún sujetaba su rostro como si quemase, o a avergonzarse por ello. Porque mientras todas esas cosas pasaban a la vez algo a su espalda llamó la atención del daena y sus pupilas menguaron en dos pequeños puntos de horror en una inmensidad de hojarasca.

Tardaron menos de quince minutos en galopar hasta Villa Alfera, pero para cuando cruzaron el arco de entrada el dragón ya había destruido la mayor parte de la ciudad.

—¡Anna! —exclamó Sasha—. ¡Ayuda con la evacuación!

No se detuvo a comprobar si obedecía, aunque sí oyó el restallar de cascos alejándose por encima de los gritos de terror, auxilio y dolor. Le parecía haber caído de cabeza en una antigua pesadilla, a cada metro que avanzaban el demonio haciéndose más y más grande. Incluso desde allí podía Sasha distinguir el oro de sus enormes ojos, la pupila vertical negra como la puerta a los dieciocho infiernos. Vomitaba incendios a su paso, las calles ahora ríos de lava. Todo ardía.

Lo habían visto descender desde las montañas, una mancha hecha de oscuridad cruzando la meseta hasta caer en picado sobre su víctima. Habían reaccionado enseguida, saliendo disparados hacia Villa Alfera sin siquiera pensar, pero ahora que estaban allí Sasha se lamentaba de no haberse parado primero a planear la estrategia. Porque aquel monstruo… aquel monstruo era espeluznante.

Los dragones suponían una casta demoníaca tan inusual que el caballero los había creído extintos. Inusual y peligrosa, pues eran demonios que habían centrado su ascensión en el poder y no en el juicio. La mayoría acababa corrompiendo su cuerpo de formas aberrantes, bestias sedientas de sangre, vacías de raciocinio, incapaces

de hacer Pactos y, por tanto, de granjearse más precios para subir de casta. Sasha dudaba siquiera de que aquel demonio supiese qué estaba haciendo. Peor: Sasha dudaba siquiera de que supiese que ya no se encontraba en su propio mundo.

En ese momento, el dragón rugía mientras trituraba los restos del cristalino templo, diminuto en comparación con sus garras. Los pocos aldeanos que quedaban cerca huían hacia las afueras, tropezando con los cadáveres que sembraban las calles, muchos de civiles, sí, pero otros muchos también soldados, tanto autóctonos como condecorados con la característica capa blanca de las huestes espirales. Eran estos últimos quienes aún plantaban batalla en la plaza, gritándose entre sí, defendiéndose a duras penas del demonio.

—¡Civiles fuera! —bramó su capitana, apuntando a Sasha y compañía con una espada goteante de icor interno—. ¡Fuera!

—¡Venimos a ayudar! —contestó él por encima de los rugidos del dragón—. ¡Somos brujos!

Esta retorció el gesto en un rictus de asco, pero debió de pensárselo dos veces, porque al segundo les dio la espalda y preguntó:

—¿Podéis quitarle el fuego? ¡Es lo único que nos impide acercarn…!

Una enorme llamarada ensordeció sus palabras, provocando explosiones y gritos a su paso. La visión tampoco era mucho mejor, la plaza entera velada de humo y ceniza, y a Sasha el hedor del icor interno y de la sangre le revolvía el estómago.

—¡Lo intentaremos! —gritó Hator, tirando de las riendas de su caballo—. ¡Moira, flechas a los ojos!

—No —corrigió él, rápido—. Apunta al hueco entre el cuello y la mandíbula. La carne es blanda ahí, no hay apenas escamas.

Aquel era el único punto débil que recordaba de sus escasos estudios del tema, puesto que lo habían entrenado para combatir a demonios más habituales, los que realmente podrían amenazar su mundo. Actualmente, solo Verenize tendría poder suficiente como para invocar a un dragón, pero, dado que no poseía acceso a su magia, aquel debía de haberse colado por algún círculo abierto. Las leyendas los pintaban como criaturas rabiosas, monturas de dioses oscuros e invocadores perturbados, y Sasha no se creía que estuviese viendo uno con sus propios ojos… Que le tocase matarlo, además, era parte de su típica mala suerte. Si es que no moría bajo sus garras, claro.

Sus alas se alargaban hasta ensombrecer media ciudad, por fin las flechas de los soldados abriendo estrellas en la negra membrana y arrancándole aullidos más rabiosos que doloridos. Su cola de cocodrilo barría edificios enteros y, con ellos, a los desafortunados apostados en sus cúpulas, que saltaban desde allí con la espada por delante en un intento baladí por apuñalar carne. La inmensa mayoría, sin embargo,

perecía si bien entre el punzante espinazo que recorría su columna o bajo su fuego. Eran soldados valientes. Valientes y desesperados.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó entonces Rako, rostro protegido por el velo de cota de malla pero en sus ojos una chispa de miedo—. Está buscando algo.

—Un rey —contestó Sasha, mientras se abría al Mundo—. Ha perdido la capacidad de pensar, pero recuerda que su sangre le hará más fuerte… Aunque tampoco sabe ya cómo distinguirlo del resto de los humanos.

Sentía los elementos borrosos a su alrededor. La presencia de demonios siempre los inestabilizaba, los hacía perder consistencia, solidez; así que supuso que la del dragón había conseguido contaminarlos, ahora simples energías sin alma ni habla. Animales invisibles.

Hator lo miró con el pánico en el rostro. Ella también lo había notado, que el Mundo también quería salir huyendo. Sasha intentó trasmitirle su urgencia, el olor a sangre, las instrucciones, y cuando la oyó susurrar a unos pasos recordó a Moira poniendo los ojos en blanco mientras decía que el fuego solo prestaba atención a los secretos.

—Venga, fuego, amigo —susurró él también, preparándose mentalmente para volver a luchar sin magia—. Tú céntrate en no tocar humanos. No nos toques. Deja que te escupa, pero no nos toques.

A la siguiente llamarada, el fuego obedeció. Salió disparado como un maremoto incandescente, pero al acercarse al suelo se combó, manteniendo a los soldados a salvo. Viendo su oportunidad, Rako y Hator espolearon a sus monturas hacia allí con las espadas en alto. Sasha los siguió, el calor de las llamas a pocos metros y los capitanes vedereses gritándoles órdenes que ninguno entendió. El vientre del dragón era blando y ya sangraba en varios puntos, miel transparente embarrando una plaza ya de por sí resbaladiza de sangre y fango. Su caballo de guerra tironeaba de las riendas, inquieto, así que Sasha prefirió desmontar: se fiaba más de sus propios pies.

Sin fuego que la frenase, la guardia ganó terreno rápidamente, acuchillando carne tierna pero olvidando que el demonio tenía garras y, ante todo, dientes. Cuando sus fauces chasquearon como un cepo de hierro, él se libró por los pelos de un salto, aunque el soldado espiral a su lado no tuvo tanta suerte. Lo oyó gritar. Oyó sus huesos crujir al ser masticados. Olió la sangre enredarse con el humo y con el icor que resbalaba sobre escamas negras, muy negras.

Un enorme ojo dorado lo miró, anegado en lágrimas de icor, y su pupila se estrechó al instante.

Instante interrumpido por la hilera de flechas que penetraron hasta las plumas en su cuello, arrancándole un espeluznante berrido. Como

una botella descorchada, de los diminutos agujeros manó icor interno a borbotones. Le costó entender que los destellos plateados encajados entre aquellos colmillos gruesos como troncos y afilados como agujas eran restos de armaduras.

Antes de que el dragón pudiese erguirse de nuevo, Sasha atacó, hendiendo su espada en la carne gris de sus encías, buscando el hueco entre boca y colmillo. El torrente de sangre transparente que vomitó el corte se tragó su arma y sus brazos, tan pesado y denso que estuvo a punto de derribarlo. Con un gruñido de asco y pánico, arrancó la espada de su vaina dental y el dragón se sacudió, fauces abiertas para abrasarlo con una de sus llamaradas. Por suerte, el fuego fue más rápido, abriéndose en un sendero protector que lo dejó mirando la lava hirviente al fondo de su garganta. Quiso aprovechar la abertura para lanzar la espada en jabalina hacia allí, pero entonces el monstruo aulló de nuevo y se retorció sobre sí mismo, alertado por una nueva herida más allá. Hator le jaleaba desde el flanco trasero, carcajeándose mientras hundía otro trecho su espadón entre dos escamas de garra.

—¡Hator, cuidado! —oyó el grito de Rako, y también algo más.

Algo que no tendría que haber oído porque los alaridos de soldados y dragón deberían haberlo ahogado: un quejido quedo, sorprendido.

La sombra de la criatura se cernía ya sobre la Elegida cuando ella se dio la vuelta, alarmada, y Sasha echó a correr en su dirección porque *supo* lo que iba a pasar antes incluso de que Rako se desplomase sobre la capa de gelatinoso icor cubriendo el suelo. Ojos vacíos, desenfocados. Hueco.

La posibilidad de que la mente del daena se apagase en mitad de una batalla siempre había existido, pero se habían confiado tras tantas victorias. Y, como las desgracias nunca llegan solas, el dragón también lo vio. Vio el blanco fácil y su cuello serpentino se combó en un arco imposible antes de lanzarse en picado con las mandíbulas abiertas.

Después, todo pasó muy rápido.

Primero Sasha sintió un tirón. Fue un tirón violento y desagradable, que intentaba separarlo de algo tan suyo como sus músculos o sus huesos y que lo dejó sin aliento. Quería arrebatarle su magia, quería arrebatársela desde dentro. Horrorizado, trató de cerrarse en banda, pero no podía correr hacia Rako y concentrarse en el ladrón al mismo tiempo, por lo que acabó tropezando con el resbaladizo icor y cayó de bruces, su cuerpo entero tiritando porque conocía aquellas garras, conocía tal saña. Le había descubierto.

Verenize quería su magia de vuelta y la quería *ya.*

Después, Hator se interpuso entre Rako y dragón con los brazos extendidos y un destello decidido en sus ojos castaños. El caballero boqueó, el aire fallando en llenarle los pulmones pero el rugido

ensordecedor de Moira retumbando sin problema en sus tímpanos. Y aunque él también hubiese querido gritar, aullar, chillar, era incapaz de gastar energía en cualquier otra cosa más que en mantener al rey fuera de su cuerpo, convulsionando mientras se arrastraba hacia ellos, aterrado y cegado y…

Pero sobre todo cegado, porque cuando consiguió levantar la mirada pensó que había perdido el juicio. Que deliraba, que Nize había cortado los últimos hilos que lo cosían a la realidad. ¿Cómo digerir sino que lo único que impedía que las enormes fauces del dragón se cerrasen como un cepo espinoso fuesen las diminutas manos de Hator, encajadas entre colmillos? En sus brazos, venas hinchadas del esfuerzo de empujar hacia arriba, hacia arriba; un pie firme en la quijada inferior para mantenerla bien abierta. La bestia tronó bajo la fija mirada de sus presas, ahora petrificadas, silenciosas. Sobrecogidas.

—¡Sasha…! —suplicó Hator, y él reaccionó a duras penas.

Al final, consiguió remolcar su cimbreante esqueleto hasta sus pies, donde Rako yacía inconsciente. El dragón salivaba y mugía, contenido por una fuerza mayor que una simple humana; el otro monstruo insistía en despellejar aunque fuera una mísera tira brillante de la magia que le pertenecía por derecho. Y Sasha, medio ahogado, batalló por dentro y por fuera para encajar sus brazos bajo los del daena y arrastrarlo lo más lejos posible de la boca de paladar negro que amenazaba con partir a Hator en dos.

—¡Voy! —le gritó él, aunque tampoco tenía muy claro qué estaba diciendo—. ¡Mi magia…! ¡Nize…!

Moira llegó antes. Llegó en el momento justo para evitar que el dragón lograse zafarse de su minúscula enemiga, y lo hizo en forma de flecha. Atravesó limpiamente una de sus pupilas verticales, la diana perfecta, arrancándole el chirrido más escalofriante que Sasha había oído en su larguísima vida.

NO, pensó, pero no le dio tiempo a advertirle. Nunca le daba tiempo a advertir a nadie.

A ella tampoco le dio tiempo a disparar de nuevo. Esta vez, fue el demonio quien se adelantó.

Como un alud de carne y escamas, la cola del dragón lo barrió todo a su paso. Soldados, cadáveres, escombros, Moira. El crujido metálico de armaduras aplastadas sonó amable en comparación con el de cuerpos colisionando contra los restos del templo, todo aristas de cristal más punzantes que colmillos. Entre la nube de polvo, la arquera impactó contra el muro de entrada y su cuerpo cayó al suelo con un golpe sordo.

Y ya no se movió.

—¡Moira! —Había pavor en la voz de Hator. Había de todo menos tranquilidad—. ¡Moira!

Horas más tarde, Sasha no recordaría ni resguardar a Rako tras una muralla de cascotes ni regresar junto a la Elegida, sus músculos moviéndose por instinto hacia la bandera dorada que era su cabello. Tampoco recordaría erguirse a su lado, Hator aún apresando el hocico de la bestia y el remolino volcánico en su garganta vaticinando la siguiente llamarada. De todo aquello, solo el hedor de la sangre que brotaba de sus palmas permanecería.

—Devuélveselo —gorgoteó ella, temblando violentamente.

No necesitó aclaraciones. Por eso, cuando el dragón escupió fuego, Sasha lo empujó con ambas manos sin pensar, sin dudar, notando enseguida la resistencia de las llamas como un muro invisible. Los susurros de Hator rezumaban odio y rabia, siseos viperinos que acallaban todo lo demás.

El fuego los engulló durante un segundo infinito antes de obedecer, rebelándose contra su dueño y desandando el camino de regreso al tragadero.

Como prendido también desde las entrañas, Verenize soltó su magia, y solo entonces se permitió Sasha perder el sentido.

No tenía muy claro si regresaba de una muerte o de un desmayo, aunque, de guiarse por el chillido de hidra con el que su cuerpo lo recibió, apostaría por lo primero. Tenía la sensación de que el cráneo se le agrietaría de la presión, que caería en pedacitos en el cuenco de sus manos.

Nada más lejos de la realidad, al parecer, porque tras examinarse entero fue consciente de que había salido prácticamente ileso de su enfrentamiento con el dragón…, aunque había sido el único.

Lo habían tendido en uno de los muchos futones repartidos bajo los techos de ladrillo de un antiguo caserón. Filas y filas de heridos le arañaban los oídos con sus lamentos, y el olor a sedativo y antiséptico condensaba el ambiente. La mayoría simples aldeanos de piel quemada o miembros perdidos; la minoría soldados. No le sorprendió; sabía dónde había quedado el resto. Mientras intentaba salir del aturdimiento, un fogonazo dorado le devolvió los recuerdos, y se incorporó con un grito para buscarlos, para buscar a Rako, a Moira, a su gente.

Sin embargo, la suerte le sonrió por primera vez en siglos, ya que en ese momento recorrían el improvisado pasillo entre futones. Los brazos vendados de Hator absorbieron su atención, pero mientras ayudaba a una inestable Moira a caminar sonreía con la picardía de siempre. Ah, *Moira.* El suspiro de alivio que le aflojó el pecho al verla viva fue casi doloroso. Ella cojeaba, aunque muy levemente, y cuando

llegaron a su altura ni siquiera vislumbró vendaje alguno entre las aberturas de su camisa, solo un negrísimo cardenal con peor pinta que gravedad. Tras ellas, Anna y Rako cortaron de golpe sus cuchicheos en cuanto lo pescaron despierto.

—¡Sasha! —aulló Hator, desplomándose a sus pies y arrastrando a la arquera consigo, quien emitió un quejido quedo—. ¿Estás bien?

—Mejor que vosotras —contestó, ceño ya fruncido. Luego alzó la vista hacia los otros dos, todavía en pie—. ¿Y vosotros? ¿Y el resto de los civiles? ¿Los soldados?

Rako estrechó los labios en una fina línea antes de ordenarle calma con un gesto.

—Para el carro, capitán —y lo dijo con la voz rasgada—, que tú no tienes que hacerte cargo de nada. —Después, su tono se suavizó—. Nosotros bien. Anna ayudó con la evacuación, aunque lo que ves aquí es casi todo lo que hay. —Señaló a Hator—: Con esta más de lo mismo, vendas y para casa, y Moira en unos días estará perfecta. Nos han dicho que tiene suerte de no haberse roto las costillas.

—Pero yo estoy convencida de que lo están —masculló esta, amasándose el costado derecho.

Hubo un pequeño silencio que Sasha aprovechó para masajearse las sienes, intentando amansar el mareo. Aún le parecía un milagro haber sobrevivido, y además en ese estado. A lo mejor las chicas le habían caído en gracia a Sejmek. A lo mejor los dioses tenían curiosidad por ver hasta dónde llegaban.

—Y Rako también está bien —añadió Anna, sin ningún retintín—. Nada raro aparte de lo habitual.

—Me alegro —carraspeó él. No quería rememorar el pánico de verlo caer fulminado en plena batalla, aún demasiado reciente—, me alegro…

No hubo abrazos, lo que Sasha achacó al dolor, pero fue como si los hubiese habido. Susurros aliviados se entremezclaron unos con otros hasta encontrarse los cinco repitiendo el nombre de sus compañeros con la cadencia de una oración. Hator le tendió sus manos heridas; Sasha las tomó entre las suyas y apoyó brevemente la frente en el vendaje todavía limpio.

—¿Qué te pasó? —preguntó entonces Moira, estudiándolo de arriba abajo—. Cuando te vi ahí tirado creí que estabas herido, pero no te han encontrado ninguna lesión…

Él hizo un gesto vago con la mano.

—Verenize. Supongo que se dio cuenta de que había abierto el Vínculo, así que intentó recuperar su magia…

—Qué oportuno.

Sí que lo había sido, sí. De pronto, un escalofrío le mordisqueó la columna. ¿Y si…? ¿Y si el dragón…? ¿El dragón y el rey…? El

pensamiento lo dejó pálido, pero decidió guardárselo para sí. A fin de cuentas, incluso si Verenize contara con el poder y la sangre necesarios para invocar a un dragón desde tan lejos, carecía del ingrediente primordial: magia. Y tampoco podría haber ordenado a Astrae que lo llamara, pues los dragones no respondían ante los suyos. Entonces, ¿habría conseguido criar a un invocador tan poderoso como para servirle de magia andante…? No, imposible. Además, ¡Nize ni siquiera sabía que estaban en Agavlia! Imposible.

Pero posible, al mismo tiempo. Con Nize todo era posible.

—No os preocupéis, he vuelto a cerrarlo.

—Pero, Sasha —protestó Rako—, no puedes…

—No, no puedo —le cortó—. Por eso buscaré una manera de liberar solo mi magia, o de abrirlo únicamente cuando vaya a usarla… Hablaré con el Mundo.

Ellos asintieron. Agotado, Sasha recostó la espalda contra la fría piedra de la pared y cerró los ojos, zanjando el tema, así que Moira tomó el relevo, tan diligente como siempre:

—Vale, pues si todos estamos bien, mejor partir cuanto antes. Abastecernos aquí me parecería puro pillaje.

Esta vez, fue él quien asintió. Teniendo en cuenta la situación, quedarse en Villa Alfera no tendría sentido, menos aún cuando Verenize podría haber adivinado su localización a través del Vínculo. No, mejor volver al bosque, donde recuperarían fuerzas antes de continuar su camino hacia el siguiente pueblo. Comenzó a incorporarse, dispuesto a marcharse de allí en ese mismo momento, pero entonces Anna carraspeó, incómoda.

—Queda una cosilla…

Con un suspiro hastiado, Sasha abrió los ojos.

—He hablado con la gobernanta —se apresuró a decir—. Me ha dicho que quieren agradecernos la ayuda con un regalo, que por favor esperásemos unas horitas mientras lo preparan. Cuando Rako ha venido a recogerme la he dejado pidiéndonos desayuno.

—Oh. —Hator abrió mucho los ojos—. Qué… detalle.

—¿Lo de la comida? —sonrió Rako.

—No, idiota, lo del regalo —refunfuñó ella—, que ya era hora de que alguien me pagase por ser la dichosa Elegida. He parado a un dragón… ¡con estas manitas! No tenía claro si podía hacerlo, pero…

—Mira, ni me lo recuerdes —la interrumpió Moira, negando con la cabeza—. No sé cómo se te ocurren las tonterías que se te ocurren. ¡Podría haberte matado!

—¡Por poder podría habernos matado a todos! Venga, no seas así, que estamos bien. Sonríe un poquito.

No lo hizo. Solo la fulminó con la mirada, y eso le hizo sonreír a él. Era verdad: estaban bien. Y, bueno, podían permitirse un par de

horas de descanso a cambio de un regalito de agradecimiento, ¿no? Eso sí, esperaba que no fueran tan tétricos como para fabricarles un trofeo con alguna parte del cadáver… Había tenido suficientes dragones para el resto de su vida.

Hator vociferó algo sobre el desayuno y Anna le respondió con un ladrido ofendido, a lo que Moira se rebeló con otro rugido propio para luego pasar ambas a ayudar a la primera a ajustarse las vendas con total naturalidad. Entre la miríada de lamentos y llantos, las tres mujeres eran un rayito de luz. Rako se separó de ellas para sentarse a su lado, pero, aunque el caballero lo saludó con una media sonrisa, seguía sin sostenerle la mirada cuando dijo:

—Lo siento, Sha.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ahora sí lo miró. Muy fijamente, además.

—¿Cómo que por qué? Sabes por qué. Por arriesgar tu vida para salvar la mía. No tenías por qué sacarme de allí, fui yo quien decidí ponerme en peligro aun sabiendo que podría…

—Para —ordenó, grave, y Rako paró—. Esto no funciona así. Todos nos hemos puesto en peligro hoy por decisión propia, y ninguno estaba preparado para nada de lo que ha pasado. ¿No hubieses hecho tú lo mismo por mí? ¿Quieres que me disculpe porque Verenize me haya cazado en mitad del ataque?

—¿Qué…? ¡No! —Arrugó la nariz en una mueca de asco—. Ni se me ocurriría ex…

—Pues aplícate el cuento.

Silencio. Cuando por fin asintió, largos minutos después, él extendió la mano para chocar palmas, capricho que Rako le concedió con movimientos pausados, todavía dudoso. Mantuvo sus manos unidas durante uno, dos, tres segundos. Seis. Sasha tuvo que refrenar el impulso de entrelazar los dedos con los suyos.

—Gracias, al menos —insistió Rako.

—De nada, al menos —resopló él.

Sasha no había tenido mucha fe en que fuera a gustarle el regalo, pero se equivocó.

Tragó saliva, la temblorosa inmensidad de rojos tragándose sus pupilas, sin saber ni adónde mirar porque cada milímetro de laguna estaba cubierto de flores, flores, flores. Flotaban como nenúfares, y a la luz de media tarde convertían el agua en lava volcánica. Era precioso.

Se volvió, dubitativo, hacia el puñado de aldeanos ilesos que los habían guiado hasta las afueras de Villa Alfera, donde el río que

llevaban siguiendo desde el Paso Caníbal se abría en aquel lago antes de perderse en un laberinto de grutas y montañas. A su lado, las chicas contemplaban también la superficie decorada con ojos muy abiertos, mientras que Rako entornaba los suyos, lo único visible de su rostro velado.

—Espero que sea de su agrado —dijo la gobernanta—. Mis muchachos me dijeron que os oyeron rezar antes de dormir.

Sasha asintió, de pronto autoconsciente de que, sí, había rezado justo antes de rendirse al sueño tras comer. Había sido una plegaria breve, pero supuso que había bastado para creerlos tan devotos como ellos mismos. Ahora entendía las flores en el lago.

Allá a lo lejos, voluntarios llegados de pueblos vecinos empezaban a surcar las calles devastadas de la ciudad, apartando escombros, rescatando supervivientes, buscando a sus conocidos. El fuego se había extinguido, aunque aún tardaría horas en dejar de humear. En recuperarse de la tragedia tardarían mucho más.

Sin embargo, los niños y adultos que los rodeaban los miraban expectantes, casi emocionados, y fue justo eso lo que le hizo comprender que así habían mantenido a los nenes alejados de la muerte, distraídos del miedo mientras recogían flores y las colocaban primorosamente en el agua. La gobernanta, una anciana que se ayudaba de un retorcido bastón dorado para mantenerse en pie, les sonreía con ojos y boca, su túnica drapeada compartiendo los mismos brocados que Anna había cosido en sus faldas.

—La capitana Omelia no volverá con refuerzos hasta mañana por la mañana —informó, apuntándolos con un nervudo brazo desnudo—, así que tenéis tiempo de sobra para disfrutar del baño. Luego, ¡más vale que evitéis la ruta noroeste o daréis de morros con ella!

Sasha asintió. Anna no. Anna frunció el ceño y:

—¿Qué pasa porque nos crucemos con los soldados? No les hemos hecho nada malo.

—Que saben que somos brujos —resopló Moira—. Por ley, tienen que echarnos de la Espiral.

—¿¡Incluso después de ayudarlos!?

La anciana los miraba con un brillo sagaz en los ojos, pero el paso que avanzó fue inestable, por lo que un zagal se adelantó para que lo usase de segundo bastón, solícito.

—Os creéis la mar de sutiles, ¿eh? —Rio—. Poco pueblo habéis catado para no saber que los rumores ganan más carreras que un caballo. —Anna soltó un gritito ofendido—. Y ahora me negaréis haberle robado la Campaña al rey Espiral y celebrarlo luego con cerveza.

Fue por acto reflejo que Sasha rodeó el pomo de su espada, preparado para el aguijón pero obligándose a sonreír mientras los

demás cuadraban los hombros al verlo, tensos. Contestó con voz amable:

—Creo que os equivocáis…

—Cuando el río suena, agua lleva —le cortó ella, y con el mismo dedo enjuto los señaló uno a uno—: Un joven de rostro siempre oculto, una arquera de dientes puntiagudos, una guerrera de cabellos trigueños, una dama hermosa —cómo no, esta vez Anna emitió un ruidito complacido— y un soldado que responde al nombre del Traidor. Soy vieja, niños, pero no idiota. Y tampoco lo es Omelia. Sus refuerzos no son para la ciudad, ni siquiera para exiliar a un par de brujos. Son para atraparos.

Al oír chasquear la lengua a Moira, Sasha se giró hacia los demás. La preocupación se les veía clara en la mirada, pues ninguno había contado con que su batallita en la cordillera se hubiese extendido más allá de los pueblos limítrofes. ¡Menos aún con tal nivel de detalle…! Y, si los aldeanos lo sabían, si los soldados lo sabían, si todo el mundo lo sabía… También el rey lo sabría.

Mierda.

—Gracias por el chivatazo —se decidió a contestar Hator, muy seria—, y por el regalo. Será un honor limpiarnos el polvo del camino en este lugar.

—Y la sangre de la batalla —añadió la gobernanta con una pequeña reverencia.

Por supuesto, ni sangre ni polvo quedaba ya en ellos, pero el calor de mediodía los incitaba a sumergirse igualmente y el caballero pensaba rendirse nada más perder de vista a esa gente. Deseo concedido apenas segundos después, poco a poco los ciudadanos regresando a la reconstrucción de su hogar o a sus heridos. Los últimos en marchar fueron la anciana y su bastón andante, ella tras despedirse con un antiguo signo que Sasha no había esperado volver a ver jamás. «Seis vidas, seis victorias», significaba, y hacía referencia a las seis vidas completas que Raergha había tenido que vivir antes de permitírsele reencarnarse junto a su amor verdadero. Era una señal reservada a reyes y ejércitos que partían a la batalla. Le provocó un escalofrío.

En cuanto se quedaron solos, se volvieron todos a una hacia el lago, en silencio.

La expectación duró lo que tardó Hator en salir disparada hacia la orilla. Anna rio al verla tropezarse con sus propios pies; Moira resopló cuando empezó a luchar por desvestirse, el vendaje de sus brazos entorpeciendo sus sacudidas de perro callejero. Pronto, los demás la siguieron, por lo que él se encargó de pastorear a los caballos hasta la sombra de un enorme árbol combado sobre la ribera, sus hojas rojas intensificando la impronta onírica del paisaje.

Los miró mientras Moira ayudaba a Anna con la camisa que se le había enganchado en uno de sus muchos pendientes dorados y mientras Hator y Rako, ya medio desnudos, se peleaban por ver quién era el primero en tirar al otro al agua. Luego miró en derredor, comprobando que, efectivamente, se encontraran a solas.

—¡Sasha! ¿Vienes?

Eso quería. Quería unirse a las risas y a la complicidad, hundirse entre las flores flotantes, pero aún no se sentía del todo cómodo desnudándose delante de ellos y meterse vestido al agua solo lo pondría de manifiesto, lo que acabaría enrareciendo el ambiente… Carraspeó, paralizado, buscando cómo decirles…

—Siempre puedes unirte después —lo rescató entonces la pastelera, sumergida hasta los hombros y sujetándose el pelo en alto con una sola mano—. Yo me echaré un ratito al sol.

Ah. Ni siquiera se le había ocurrido. Sasha le sonrió por toda respuesta antes de aceptar esa tercera opción y partir en busca de alguna cala donde remojarse en privado. Ninguno lo miró raro al alejarse, ni le preguntó a dónde iba. Tal vez le conocían mejor de lo que creía. Tal vez no necesitaba preocuparse por lo que pensaran, porque él también los conocía mejor de lo que creía.

Fue disfrutando de las vistas mientras paseaba hacia la cascada que convertía el río en lago. No era muy alta, ni muy caudalosa, pero los siglos de erosión habían tallado una cuevecita a sus pies, avispas y renacuajos aprovechando la sombra fresca; y le hacía gracia cómo repiqueteaban las flores alrededor del espumoso remolino. Si no andase tan distraído por el espectáculo, quizá se preguntaría de dónde habían sacado semejante cantidad en pleno verano. El lago entero parecía un manto ondeante de rojos, con pétalos amplios y gruesos de colores brillantes.

Bien resguardado por el desnivel al flanco izquierdo y por los árboles de la ribera al derecho, Sasha se decidió por fin a desvestirse, pensando distraídamente en el mito que los aldeanos de Villa Alfera habían traído a la vida.

Formaba parte de las escrituras más antiguas de la historia, y narraba la seis milésima vez que el dios de la guerra, Visné, regresaba de librar a los (aún) pocos humanos existentes de la oscuridad que persistía en corromperlos. Irónicamente, el patrón de los soldados no disfrutaba combatiendo, por lo que había jurado solo usar su terrible poder destructor en defensa de los más débiles.

Aquel amanecer, Eavera, la diosa del amor, había hecho crecer una a una seis mil flores rojas sobre el mar, con la esperanza de que su intenso color enmascarase el de la sangre humana que su marido siempre había de limpiarse al volver. Y, como el amor todo lo puede, aquel día fue el primero en que Visné no derramó tristes lágrimas de

ácido.

Siempre había sido su favorito. Visné y el mito.

Aunque tan cerca de la corriente el agua debería estar fría, al sumergirse descubrió que el sofocante calor del mes de ruina había conseguido caldearla. Eso lo ayudó a quitarse la sensación de que la muerte se le había pegado como mugre a la piel, todavía perturbado por las víctimas inocentes, por el ruido sordo del cuerpo de Moira al caer. También ayudó la fragancia de las flores, que olfateaba casi sin pensar, y el eco de risas conocidas, familiares. Sí, quería estar con ellos, pero tampoco le disgustaba la idea de dedicarse un ratito para sí mismo, a solas con sus pensamientos. Así, comenzó a nadar hacia la orilla opuesta, abriéndose paso entre flores que se le aupaban a los hombros.

Se preguntó si Visné habría hecho lo mismo, y si Eavera se le habría unido o si lo habría esperado en la costa. Con ella nunca se sabía. Como el amor al que encarnaba, era la deidad más imprevisible del panteón. También la más cruel, siempre aferrada a su larga lanza de diamante, siempre presta a atravesar el corazón de quien osara cometer atrocidades en su nombre. Y se habían cometido tantas… Pensó en Nize. Él también creía actuar en nombre del Amor, aquel amor por su hermana por el que se había manchado las manos de sangre.

¿Cuántas vidas más habría de segar para que Eavera lo ajusticiase con su lanza?

Ah, sí. Se le olvidaba.

Los dioses no existían. O quizá ni siquiera ellos podían matarle. No sabía cuál de las dos posibilidades lo aterraba más, así que ahogó el pensamiento mientras buceaba de vuelta a la orilla.

Acababa de salir a tomar aire cuando algo le aferró del tobillo, hundiéndolo de nuevo en el agua. Sasha gritó burbujas de pánico y se revolvió ferozmente contra la fría garra que lo mantenía atrapado bajo la superficie. De nada le sirvió abrir los ojos, fondo fluvial enturbiando todo a su alrededor, manto rojo bloqueando la luz del sol. Y pensar que su espada estaba ahí, justo ahí, apenas a unos metros pero fuera de su alcance… Tendría que cambiar el orden, entonces: primero matar y luego respirar.

Sin embargo, en cuanto pataleó para enfrentarlo una hilera de burbujas le explotó en la cara y la cosa lo soltó.

Sasha rompió la superficie con una brazada visceral, poniendo distancia a toda velocidad sin mirar atrás. Enfrente la promesa de la orilla; detrás el estruendo de otro cuerpo saliendo al sol, el salpicar del agua, la carcajada.

Frenó en seco.

—¿¡Qué haces!? —Se le encaró, la adrenalina martilleándole el

corazón y su voz un rugido mucho más violento de lo que pretendía—. ¡Casi me matas del susto!

Rako rio más fuerte.

—¡Lo siento…!

Exasperado, furioso y abochornado, el caballero barrió la superficie para atacarlo con una ola de espuma y flores que el daena respondió con otra salpicadura bastante más inocente. Imbécil. Se lo llamó a viva voz mientras retomaba su camino hacia aguas menos profundas. Allí, a la falda de la ribera, el fondo era arenoso y suave, de grandes piedras con las que sería imposible tropezar. Rako lo siguió tranquilamente.

En realidad, no estaba molesto, sino todavía alterado del susto, así que cuando hizo pie se volvió a mirarlo con una ceja enarcada. Con el alboroto, el velo se le había escurrido, ahora la cadenita plateada reluciendo en su cuello como una gargantilla y el paño flotando como una medusa. Al llegar a su altura, el muy caradura ancló las manos en sus hombros para mantenerse a flote.

—¿Qué quieres? —espetó Sasha, pero, al contrario que antes, sonó más amable de lo que querría.

—Me han mandado a buscarte. —Ahora que lo veía, el corte en su labio inferior parecía estar curando bien. Se fijó en eso para no hacerlo en cómo el agua le agrupaba las pestañas, o en las gotitas pendiendo de cada vértice, o en las pecas de sus hombros descubiertos. Rako se apartó el pelo de la cara antes de continuar—: Venga, Sha, tú no te preocupes, que las flores lo tapan todo.

De eso ya se había dado cuenta él solito, por lo protegido que se sentía bajo el tupido manto rojo. Sin embargo, oírlo puesto en palabras le hizo ser consciente de pronto no de su propia desnudez, sino de la de *Rako.* Carraspeó, incómodo, la sangre picoteándole en las mejillas mientras retrocedía un paso por puro acto reflejo. Él lo dejó ir sin reservas, con naturalidad.

—No sé…

Siendo sinceros, lo último que quería en ese momento era volver con las chicas. Pero tampoco quería que Rako se fuese, deseo estúpido donde los hubiera porque ¿por qué iba a quedarse con él, allí solos, cuando podía estar junto a Hator? Y junto a las demás, claro. Rako era más de revuelo que de silencio.

El corazón seguía cimbreándole en el pecho como una colmena, aunque poca culpa tenía ya el sobresalto.

—Venga —repitió el daena con un chapoteo—, que les estamos poniendo nombre a las flores. Y no he querido aguarle la fiesta, pero para cuando me he ido Hator llevaba mínimo tres Sashas. La tienes encandiladita.

Eso le hizo reír. Rako le devolvió una sonrisa suave.

—No sé desde cuándo me quieren tanto.

Silencio.

—Yo tampoco.

Por el tono, no parecía que le estuviese contestando a él. No a esas palabras.

Sasha percibió el cambio entre ambos como una corriente, pero desconocía de dónde venía, o qué significaba. Trató de encontrar una explicación en sus ojos castaños, que le sostuvieron la mirada largamente, y cuando Rako acortó distancias de nuevo él se mantuvo en silencio porque por mucho que se acercara jamás haría lo que parecía a punto de hacer. Lo que todo su cuerpo quería que hiciese, tenso, muy tenso, petrificado por un escalofrío que le hizo entreabrir los labios, expectante.

Sintió antes sus dedos en la nuca que sus labios en los suyos, y durante los primeros segundos solo pudo centrarse en la forma en la que sus manos se deslizaban entre su pelo, pues esa ínfima caricia tenía mucho más sentido que el propio beso. Y, aun así, Sasha reaccionó por instinto y cedió, tanteando bajo el agua las crestas de sus costillas y cicatrices.

De haberse permitido siquiera imaginar algo así, habría fallado. Porque siempre había asociado al daena con el ímpetu y el frenesí, pero en la realidad habían sido reemplazados por la cadencia tranquila de quien sabía perfectamente lo que hacía. Y, desde luego, Rako sabía perfectamente lo que hacía cada vez que paraba a tomar aire solo para volver a besarlo.

Fue justo por eso que, en cuanto el beso cambió de compás (en cuanto se tornó voraz), Rako lo cortó de raíz. Sin piedad, sin miramientos, sirviéndose de los hombros del caballero para impulsarse fuera de su alcance. Y Sasha se quedó ahí, abrumado y descompuesto, incapaz de apartar la vista ni de sus labios hinchados ni de la risita triunfal que los abandonó después.

—Entonces, ¿vienes? —insistió el muy canalla, voz por completo natural.

Estuvo a punto de preguntar que adónde, pero por suerte su mente se recobró pronto, salvándolo del ridículo:

—No. Quizá más tarde.

Rako se encogió de hombros. Sasha no podía pensar.

—Vale —canturreó, alejándose un par de brazadas—, pero a la próxima no pienso ir a buscarte. Vas a tener que venir tú.

No creía que estuviese hablando de nadar. Rako se despidió con un simple «¡Hasta ahora!» antes de esfumarse, pero él tardó bastante más en recuperar el control de su cuerpo. Aún lo sentía ajeno mientras vadeaba hacia la orilla y mientras se sentaba allí, el agua arrullándole los costados. Su corazón latía a velocidad de estampida, y, como el

idiota redomado que era, se llevó la palma al pecho para notarlo repiquetear.

Luego le llegó la voz de Rako y los gritos de las chicas al recibirlo, seguidos de unos abucheos claramente para él. A pesar del estupor y de lo mucho que le temblaban las manos, Sasha sonrió.

Se les unió poco después, su ropa adhiriéndose a la piel aún mojada pero con andar firme. Ellos lo saludaron con sonrisas y nada en Rako, ni en su voz, ni en su forma de mirarlo, traicionaba lo que acababa de pasar. Sasha no era tan buen actor, pero nadie le estaba prestando atención, cada uno disfrutando del respiro a su manera. Por supuesto, Rako y Hator competían de nuevo, esta vez por ver quién nadaba más rápido. (Ganó ella, lo que al caballero le dejó mal sabor de boca. Al fin y al cabo, antes de que Verenize atrofiase los músculos de su daena para siempre, Rako había sido el mejor nadador del reino). A la sombra del árbol, Moira andaba rellenando cantimploras y botas, un proceso mitad laborioso mitad gracioso, ya que el agua, caprichoso elemento donde los hubiera, exigía de sus peticiones la rimbombancia y adulación propias de un rey. No obstante, nunca se había negado a tornarse potable para ellos, ni siquiera cuando el agotamiento les impedía mascullar más que un triste «por favor», así que Sasha estaba tranquilo.

Anna, cómo no, había cumplido su palabra y tomaba el sol en la ribera, los pies hundidos en el agua y el intenso pelo cobrizo recogido en un moño vago. Por alguna razón había vuelto a ponerse la ropa interior, todo un alivio para Sasha, que, si bien ya estaba habituado a las costumbres de aquella época, siempre prefería no tener que toparse con la desnudez de nadie. Tenía la sensación de que Anna lo sabía. Ella siempre notaba esas cosas.

Al igual que debió de notarlo sentarse a su lado aun con los ojos cerrados, porque preguntó:

—¿Cuánto tiempo vas a dejarnos jugar?

Él se limitó a alzar las cejas, aunque en cuanto cayó en la cuenta de que Anna (obviamente) no podía verle dejó escapar una pequeña risa y dijo:

—No soy yo quien decide cuándo nos vamos.

—Claro que sí. Lo sabes de sobra.

Sasha suspiró; ella sonrió. En realidad, lo había ido advirtiendo durante el último mes, que poco a poco las decisiones importantes pasaban a recaer más y más sobre sus hombros; además de actuar como representante del grupo a la hora de comunicarse en pueblos y tabernas. No tenía especial interés en la autoridad, pero había

adoptado aquel rol de forma orgánica, casi instintiva, pues tener gente a su cargo reactivaba la parte de él que alguna vez había sido capitán de la guardia real.

Incluso Moira parecía conforme con esto, a pesar de que seguía rebatiendo la inmensa mayoría de sus ideas y a pesar de que los desempates siempre se los dejasen a Hator (quien, a su vez, siempre se decantaba por él).

—¿Qué hora es? —preguntó Sasha al fin, derrotado.

Anna abrió los ojos un momento y estudió la sombra del árbol sobre el agua. Luego volvió a cerrarlos.

—Casi las dieciocho.

—Pues en una hora nos vamos.

En lugar de contestar, la pastelera rio por lo bajo y siguió a lo suyo, levantando la barbilla para que el sol le caldease también el cuello. Él la contempló durante unos segundos antes de atreverse a mirar de nuevo al lago, donde el revuelo había remitido y ahora brujas y daena charlaban tranquilamente, sentados allá donde el agua cubría hasta el costado. Hator les enseñaba algo que había desenterrado y ellos lo estudiaban de cerca con el ceño fruncido.

No pudo evitar pensar en ello.

¿A qué estaba jugando Rako? ¿Y por qué? ¿Por qué sin una mínima explicación, sin señales previas? ¿O sí había habido señales pero él no las había visto? O peor, ¿y si había sido *él* quien había estado mandando señales sin saberlo? No, no, imposible, si no hacía ni dos semanas que Sasha le había puesto nombre a lo que sentía por Rako. Aunque, claro, también podría haberlas estado mandando desde mucho antes…

«De que Rako haya conseguido en un mes lo que tú no has conseguido en ocho años», le había dicho Moira a Anna en el Solsticio.

«Vas a tener que venir tú», le había dicho Rako entre las flores.

El escalofrío que le bajó por la espalda no fue precisamente frío.

Sasha no había caído en la trampa la primera vez que había visto al daena real. Por entonces tenía nueve años y ya se conocía el rostro de Nize de memoria, incluso aunque el príncipe aún no tenía permitido darle órdenes. También se conocía sus pataletas de niño rico y qué las provocaba, así como su expresión en el segundo previo justo a desencadenar una de ellas.

Para Sasha, la diferencia entre ambos era abismal. Los adultos, simplemente, no se esforzaban por fijarse, ni siquiera en los rasgos más básicos. A fin de cuentas, a sus doce años, Rako era *mayor*. Más alto, más adelantado, más todo. El lunar de su pómulo le había dado envidia, porque él también querría haber nacido marcado, pero aquel primer día Rako había torcido el gesto de esa manera exacta que auguraba una pataleta legendaria y que tendría a la matrona

arrastrándolo a la sala del trono en menos de dos segundos. Sasha había tensado los hombros, preparado, pero entonces se había dado cuenta del engaño. La mueca había desaparecido tan rápido como había surgido.

«Vaya», había dicho el daena con una risotada. «Eres bueno».

Y luego crecieron, con quince años tan parecidos que Sasha debía concentrarse si los veía de lejos a pesar de que su instinto siempre apuntaba al verdadero príncipe. Luego volvieron a crecer, de nuevo Rako más alto que Nize y Nize farfullando entre dientes cada vez que lo veía pasar. Y, para su desdicha, crecieron una vez más, el príncipe pegando un último estirón con el que superó a sus dos guardias y del que había seguido presumiendo hasta el final.

Pero Sasha recordaba pensar que, si en algún momento el rey Aurel le hubiese confesado que en realidad Rako era el verdadero príncipe, él le habría creído con los ojos cerrados, pues había algo en su sangre que la teñía de azul. Y después estaba el pequeño detalle de que al caballero se le hacía más natural proteger a alguien que no lo miraba desde arriba. Pero eso era cuestión de gustos, claro.

Y, desde luego, Rako entraba de lleno en sus gustos.

En ese instante, el daena lo pescó espiando y le guiñó un ojo. Sasha ni siquiera se había dado cuenta de que lo había estado mirando muy, muy fijamente, perdido en sus pensamientos, y todo su cuerpo dio un salto, mitad avergonzado mitad ofendido.

—Madre mía —rio de pronto Anna, incorporada sobre los codos y mirándolos de hito en hito.

—¿Qué?

—Lo sabes de sobra —repitió, con el mismo tono de la primera vez.

Empezaba a cansarse de que cualquiera se creyese con el derecho a opinar sobre su vida y luego desentenderse de sus propias palabras. De Moira lo esperaba, lo daba hasta por hecho, porque tenía un gusto por el caos y por hacerle sentir mal al que ya se había acostumbrado; pero era raro viniendo de Anna. Quizá por eso no dijo nada. No estaba preparado para defenderse o debatir un asunto sobre el que ni siquiera sabía cómo se sentía.

Lo malo era que eso confirmaba sus peores temores: todo el mundo lo había visto, el fallo. La asimetría en el cristal. Lo bueno era que, al menos, en esa ocasión no había tenido que venir su madre a decírselo en su ochenta cumpleaños, su padre asintiendo al otro lado de la mesa y Sasha negándolo seis veces antes de rendirse.

La pastelera arqueó una ceja, esperando su respuesta. Era demasiado guapa. Guapa, orgullosa y venenosa. Que, por desgracia, eran las tres características que constituían el tipo de Sasha. Suspiró.

—¿Sabes quién odiaba a Rako sin ningún motivo también?

—¿Quién? —resopló ella.

—Nize.

Anna no se dignó a contestar.

Odiaba tener que pasar días de más en el bosque, sobre todo cuando tenía esa punzante sensación de que Verenize sabía exactamente dónde estaban, pero no tenían otra opción. No con Moira así.

Anna había partido en busca de algunas plantas para infusionar que aseguraba haber visto de camino (Sasha había creído oír mencionada la palabra «ortigas», pero debía de estar equivocado) y, antes de irse, Rako le había recitado un par de recetas de su madre en susurros, por si le eran de utilidad. Para su sorpresa, ella lo había escuchado con interés sincero.

Pero, en ese momento, Rako estaba sentado a su lado, ambos torpemente de espaldas al campamento para darle algo de intimidad a Moira, quien insistía en no necesitar consideración alguna con una voz limada por los bordes. Al menos Hator parecía mantenerla apaciguada allá atrás.

—Sabía que había gente que tenía siglos difíciles, pero lo de esta muchacha está a otro nivel —le susurró Rako, vigilando que la arquera no lo oyese.

Sasha asintió.

—Ya ves. Es como tener al enemigo en casa.

—¿Chicos? —Un susurro un poco más alto a su espalda—. ¿Me ayudáis un momento?

Ellos se levantaron como pinchados y cruzaron el breve claro en dos zancadas. Moira había conseguido dormirse, y desde su altura solo veían su espesa cabellera negra y la forma en la que abrazaba una manta doblada contra el estómago. Cuando Hator se estiró para tenderles un batiburrillo de trapos y pantalones manchados, Sasha los recogió sin decir nada.

—Poned esto a remojo en el río, por favor, que no es que andemos sobradas de ropa…

Visiblemente inquieto, Rako carraspeó.

—Esto es…

Ella arqueó una ceja, esperando.

—Es mucha sangre —completó al fin Sasha, atreviéndose a reflejar su preocupación—. ¿Estará bien?

—Claro que sí —contestó Hator, resuelta—. Los siglos de Moira son irregulares, así que cuando le viene parece que aprovecha los meses que ha faltado, pero está acostumbrada. Además, seguro que la infusión de ortigas de Anna le…

—¿De *ortigas*? —interrumpió de pronto el daena, a mitad de hacerse con el resto de trapos sucios—. ¡Pero que las ortigas pican! Moira no sobrevivió al coletazo de un dragón para que Anna la envenene ahora, cuando está débil.

—Que no te oiga decir que está débil —sonrió Sasha.

Ella rio por lo bajo, pero luego cerró el puño en señal de silencio y apuntó al río. Obedecieron, deteniéndose un solo segundo a recoger la redecilla que usaban más para remojar la ropa sucia en la corriente que para pescar. Rako tenía más maña para colocarla bien a la primera, así que mientras él se encargó de ir rebuscando las prendas todavía húmedas.

Sasha había perdido la cuenta de las horas que había pasado restregando sus propias ropas anegadas en sangre, pero tras casi tres meses de batallas y muertes el rojo había pasado a formar parte de la rutina del grupo, y ya no tenía sentido distinguir a quién le pertenecía cada estropicio. Sobre todo por pura empatía, pues la mayoría de las veces quien sangraba no se encontraba en condiciones de ocuparse de su colada. Y, aunque esta vez Moira no sangraba por ninguna cuchillada, el fin era el mismo: la sangre era sangre, sin más, y había que limpiarla.

Aprovechando que el agua fría suponía el mayor enemigo de la sangre caliente, lograron quitar el grueso de las manchas más recientes, pero para el resto, ya bien impregnadas en la tela, no quedaba otra que dejarlas en remojo y volver después con la pastilla de jabón. Sin embargo, en cuanto Hator los vio anudar la red se les acercó al trote para lanzarles algo que Sasha atrapó al vuelo.

Frunció los labios al reconocerlo.

—La arquería no es lo mío…

Ella se encogió de hombros. El arco de Moira se parecía a su dueña: pulido, brillante, tan curvado como una anguila pero nada resbaladizo, hasta madera y trenza compartían color negro. Sin grabados ni adornos, una obra de arte puramente funcional. Del portaflechas que Hator le encasquetó a Rako después podría decirse lo mismo.

—No me entero —dijo el daena, coreando los pensamientos de Sasha.

—Cena.

Ah, vale. Claro. Las alforjas seguían vacías, y esa vez no podían contar con que la arquera se apiadase de ellos. Tendrían que ocuparse por sí mismos. Asintió, echándose el arco al hombro y tomando el portaflechas de entre las manos de Rako.

—Yo me encargo. Si vamos los dos, haremos demasiado ruido.

—Pero yo sé reconocer plantas y frutos comestibles —replicó él—. Me niego a quedarme aquí esperando para tener que ir luego a la

crítica hora.

—Eso es… Qué poca fe me tienes, Rako.

—Te he visto tirar.

—¡Hace doscientos años!

Rako rio.

—¿Y cuánto has practicado desde entonces?

No quiso contestar, así que el daena blandió una sonrisita triunfal que decía «quien calla otorga» y Sasha echó a andar hacia el bosque con un bufido.

—¡No le perdáis ninguna flecha! —se despidió Hator.

Ellos intercambiaron miradas cómplices. Si Rako le tenía poca fe, desde luego ella le tenía demasiada.

Durante un rato avanzaron encorvados, procurando no pisar ninguna rama rota y bajo el amparo de frondosos arbustos. Aquí y allá el sol conseguía filtrarse entre las copas de los árboles, arrojando pequeñas cascadas de luz en las que flotaban motitas de polvo; y el silencio adquiría densidad a cada paso, todo mínimo ruido retumbando como un trueno en la quietud. El ulular de algún ave, el roce de su ropa contra las hojas, la respiración de Rako, espaciada y casi inaudible, radicalmente opuesta a cómo había sonado allá en el lago, dos días atrás. Sasha tragó saliva y se obligó a concentrarse.

Ya fuera porque el bosque los oía venir a leguas o porque su poca mañana con el arco entorpecía sus reflejos, el caballero falló tres tiros seguidos, luego cinco, luego seis. Rako recuperó cuatro de las flechas con cara de circunstancias, sin atreverse a decir en voz alta lo que ambos estaban pensando: que quizá debería probar suerte con un blanco más grande.

Pero es que allí los blancos grandes eran *demasiado* grandes.

Los dos suspiraron, aunque ni la cierva ni el cervatillo que la acompañaba parecieron reparar en su presencia, todavía pastando tranquilamente a varios metros de distancia.

—No quiero desperdiciar tanta carne —murmuró Sasha, y Rako se le acercó para evitarle alzar el tono—. Ni siquiera si nos quedara sal aguantaría mucho con este calor…

Él asintió distraídamente, absorto en la pacífica escena ante ellos. Sin embargo, de pronto abrió mucho los ojos y lo miró.

—¡No! —logró susurrar, airadísimo.

—Rako.

—¡Es un bebé!

—Rako —repitió, conteniendo otro suspiro—. Ya me has visto, no voy a poder acertarle a nada más pequeño…

—¡Delante de su madre!

La verdad, se sentía igual. Pero Sasha siempre había sido de ideas fijas, y la gente del claro iba muy por delante de cualquier otra

criatura. Abrió la boca para decírselo, pero al girarse hacia él su bota se topó con una rama podrida que crujió a tal volumen que el bosque entero dio un respingo. Una bandada de pájaros agitó las copas de los árboles al salir volando, ellos retrocedieron bruscamente, los ciervos huyeron en estampida a grandes saltos. Sasha reaccionó al instante, apuntándolos con el arco, pero para cuando los tuvo en el punto de mira la maleza se tragó el último destello tostado de su pelaje moteado.

—Genial —masculló, y le dio una patada a la dichosa ramita para liberar frustración. Volvió a crujir.

Rako sonreía.

—Estarás contento.

—No he sido yo quien ha pisado la rama, Sha.

—Pero te alegra.

En lugar de responder, se encogió de hombros, su mueca retorcida aún en ristre. Le prefería así, sin velo. Prefería verle.

Aunque tampoco tuvo mucho tiempo para distraerse, porque entonces el bosque los llamó de nuevo con un cacareo muy, muy cercano. Se quedaron quietos, estáticos, ambos acechando el mar de verdes y dorados hasta que Sasha captó un destello más allá, un sonido ajado de plumas sobre hojarasca. Parecía que, fuese lo que fuere, se dirigía hacia ellos, así que tiró del brazo del daena para volverlo en aquella dirección. Él obedeció, pero Sasha ya no lo soltó.

No fue algo que eligiese conscientemente, y más tarde le echaría la culpa del descuido al propio Rako, por desequilibrarlo en el lago. Se refería a no querer soltarle, claro. Lo vio bajar la vista hacia el punto en que sus dedos lo aferraban, ceja enarcada y sonrisa victoriosa, y quizá fue el no saber qué apuesta había perdido esa vez que, cuando Rako volvió a mirarlo a los ojos, su mano se movió sola, deslizándose brazo abajo en lo que no podría describirse de otra manera más que como caricia. Su piel se erizaba a su paso.

Lo que quería era acercárselo de otro tirón, pero Rako se le adelantó. Y no para besarlo, tal y como Sasha esperaba, sino para arrebatarle el arco bruscamente y disparar. Apenas pudo distinguir el instante en el que tensaba la cuerda del que la flecha abatía a un colorido pajarillo que ni siquiera tuvo tiempo de emitir ningún sonido. Sasha se sentía un poco igual. Cazado en un tropiezo.

Rako se limitó a sonreír mientras le devolvía el arco y avanzaba hacia su presa, un ave galliforme de larguísima cola arcoíris emplumada y cabeza azulona. Ambos la miraron (uno más satisfecho que otro).

—¡Pues ya tenemos cena!

—¿Dará para todos?

—Claro que sí —contestó el daena, ufano—, si esto debe de pesar

como… ponle dos kilos. ¿Crees que es un faisán?

—Si es un faisán no ha parado de comer en su vida —resopló él, y Rako rio, extrayendo la flecha para limpiarla en la tierra. Solo entonces se fijó Sasha en la perfección del tiro, directo al corazón—. No sabía que eras tan buen arquero.

—¿No? —Rako alzó las cejas, ya con el ave entre los brazos como si fuese un bebé y no su próxima cena. Luego se encogió de hombros—. Pues siempre lo he sido. ¿No te estarás quedando senil, Sha…? ¿Doscientos veintidós años es tu límite?

El caballero puso los ojos en blanco mientras echaban a andar de regreso al campamento.

—Debería ser el límite para cualquiera.

Rako rio de nuevo, y, durante un rato, el silencio fue su único acompañante. Al menos hasta que Sasha vio de reojo que seguía sonriendo, cuando decidió fulminarlo con la mirada hasta que se diera por aludido.

—Perdón —se disculpó por fin, tratando de desterrar la sonrisa. No funcionó—. Es que antes… Vaya, que puedes volver a llevarme del bracito, si quieres.

Suspiró.

—No, gracias.

—¡No dejes que un pajarraco muerto estropee el momento!

Eso le hizo gracia, pero se mantuvo en sus trece.

—¿Qué momento?

—*Sha* —protestó Rako en un grito ahogado.

Consiguió contener la risita que le burbujeaba en la garganta, aunque, a decir verdad, prefería fingir que nada había pasado: ni el beso, ni lo que sentía, ni lo que fuera que Rako sintiese. Por el simple motivo de que aún no había tenido tiempo para pensar… o, más bien, porque no se había dado tiempo para pensar. No quería complicarse.

Y abrió la boca para decírselo, para decirle que no quería complicarse la vida, pero lo que dijo fue:

—¿Y Sera?

Él frenó en seco, su sonrisa temblando por primera vez y un rastro de incredulidad en los ojos. Maldiciéndose por dentro, Sasha chasqueó la lengua, aunque se preparó para enfrentarse a las consecuencias: ahora no podía huir.

—No voy a dejar de querer a Sera nunca —respondió Rako, voz extrañamente serena—. Pero ambos hemos visto lo que pasa cuando te empeñas en vivir por los muertos.

El caballero desvió la vista. En sus recuerdos, serpenteando, llenando cada vértice de oro y pánico, Verenize le acunaba el rostro con las manos y sus palabras («Todo lo que hago, Sasha, lo hago por Sera») le martilleaban los oídos. Se sentía ruin por reavivar su muerte,

más aún en ese contexto.

—Y, además, ella habría querido que fuese feliz.

Eso aniquiló la conversación, así que Sasha asintió. Por su parte, Rako le dio un leve apretón en el hombro antes de reanudar la marcha.

No, el faisán no dio para todos.

A regañadientes, consintieron que Sasha les cediese su ración, aunque llegó a probarlo igualmente gracias a que el estómago de Moira se negó a terminarse la suya. Ahora arquera y caballero tomaban sorbitos del controvertido té de ortigas, ella para su siglo y él para acabar de saciarse. No estaba mal (aunque estaría mejor endulzado con leche o miel), pero Rako continuaba mirando la bebida como si les fuese a provocar urticaria en la lengua de un momento a otro.

Incluso con la manta todavía enrollada alrededor del vientre, Moira parecía encontrarse un poquito mejor, ya fuera por la siesta o porque le habían devuelto su arco intacto. Eso sí, de las flechas no había dicho ni mu, lo único que indicaba que aún no andaba del todo recuperada. Fue mientras le pasaba el vaso a la pastelera para que se lo rellenase que, con un tono extrañamente melancólico, dijo:

—¿Sabes? Mi hermano también solía hacer infusiones para nuestros siglos, aunque eran de otra planta…

—¿Jengibre, puede ser?

—Puede ser —asintió, divertida.

—No sabía que tenías un hermano —se aupó Rako a la conversación, hasta entonces concentradísimo en rebañar los finos huesos del faisán (los del plato de Anna, además, ya que iba rapiñando las sobras de los demás, protestando si alguien se había dejado «medio pollo» por roer)—. ¿Mayor o menor?

El ambiente mutó enseguida y Sasha escudriñó su alrededor, buscando el origen del cambio. Lo encontró en los hombros cuadrados de Hator, quien miraba de reojo a la otra bruja como si la mención a su hermano fuese un tabú a evitar. Ah, espera, algo le había dicho al respecto, sí, pero… ¿el qué? No se acordaba. Ni siquiera recordaba si el tema había surgido antes o después de que Anna se les uniese, aunque la sorpresa en su rostro hablaba por sí sola.

—Mayor —contestó al final, esbozando una sonrisa diminuta. Era una sonrisa que Sasha nunca le había visto, que suavizaba sus duras facciones y redondeaba sus dientes afilados—, me saca lustro y medio. Es el mejor millenguas de nuestra comarca… No sé si habrá aprendido alguno más, pero la última vez que lo vi dominaba trece idiomas.

Donde daena y pastelera acogieron la revelación con un largo «oooh», Sasha solo asintió. Debería haberlo sabido. Esos dientes… Sin embargo, había creído aquella comunidad desaparecida por completo tras la anexión de Agavlia a tierras vederesas y, sobre todo, tras la quema de Sagrarés. A fin de cuentas, las regiones fronterizas siempre se llevaban la peor parte.

—Por eso tu áglave es tan bueno —dijo él, encajando las piezas—. No es que seas de Córtega, como Hator. Eres de Ararse.

Ella levantó la barbilla en una inequívoca mueca de orgullo mientras le daba otro traguito a su infusión.

—Claro. —Pero, esta vez, con un regusto amargo en la voz—. Conseguí mis dientes a los catorce años, con el cortegués, aunque no es el que mejor se me da… No soy tan buena como mi hermano.

Sasha volvió a asentir. Aunque Moira lo tildase de comarca, Ararse suponía más una etnia que una zona, apenas una hilera de ciudades conectando el sur de Agavlia con el noreste de Sagrarés a través del desierto, de oasis en oasis. Toda ruta comercial que cruzase duna les pertenecía, por lo que, con los siglos, los arseres habían ganado práctica en eso de comunicarse, asegurándose así hasta el último trueque de la región, procediese del punto cardinal del que procediese.

Lo que, a su vez, los había erigido como los traductores más solicitados del continente. Hasta en las recargadas calles de Venfica se contaban historias sobre sus treinta y dos colmillos, sobre madres serrando la dentadura de sus hijos en cuanto controlaban su quinta lengua. «Conseguir los dientes», lo había llamado Moira. Por lo visto, creían que eso le daba espacio al paladar, a la lengua, para seguir aprendiendo.

Tampoco «millenguas» significaba lo que parecía significar. En realidad, dicho término se traducía como «lengua de lenguas», y se le reservaba a aquellos arseres que llegaban a dominar más de diez idiomas.

—¿Y cómo acabaste en Graendar? —preguntó entonces Rako, pensativo—. Tu desierto está a tomar vientos de aquí…

Hator permanecía en completo silencio, y Sasha recordó de golpe la flecha de Moira abriéndole la piel de la muñeca en aquel primer duelo de práctica con su protegida. «¿Quizás alguien esperaba ser la Elegida…?», había tanteado él, creyendo que su rabieta nacía de la envidia. «No, ella no», había contestado Hator. «Su hermano». Y el caballero no quería reconocerlo, pero desde que Nize cayera en la espiral por la muerte de Sera se alegraba de ser hijo único y le asustaban las relaciones fuertes entre hermanos. Sabía que no era lo común (la tragedia), pero tampoco podía evitarlo.

—Yo no quería ir. —Moira se encogió de hombros—. Pero los comerciantes traían noticias de una niña a la que los elementos

llamaban la Elegida y del lenguaje secreto con el que identificaría al resto de héroes de la profecía, y no hay lengua a la que mi hermano pueda resistirse.

—¿Así que decidió probar suerte? —preguntó Anna, sirviéndose un vaso de su propia infusión. Luego le ofreció un poco a Rako con una sonrisa traviesa y él arrugó la nariz por toda respuesta.

—Sí, pero antes se preparó los dos idiomas que le quedaban para nombrarse millenguas. Decía que no se presentaría ante la Elegida *infracualificado.* —Frunció el ceño, recordando—. Si lo acompañé fue porque me lo pidió, nunca se le ha dado bien estar solo y el viaje hasta Graendar no era precisamente corto. A mí la profecía me daba igual. Odio al rey como la que más, pero no quiero… no quería formar parte de ello.

—La intención no es siempre lo que cuenta —apuntó Rako.

Hubo un pequeño silencio en el que Moira asintió. Sasha no podía dejar de mirar cómo Hator arrancaba puñados de hierba, labios apretados en una fina línea. Se le escapaba qué parte de la historia la incomodaba tanto, teniendo en cuenta que todos sabían cómo acababa. ¿Quizás había ocurrido algo entre los tres? ¿Vendría de ahí toda esa animosidad que había ido disolviéndose con los meses…? ¿O era otra cosa?

—¿Y qué pasó? —la animó a continuar Anna con una voz increíblemente suave, muy parecida a la que le había dedicado a los niños de la Campaña. Le sorprendió que Moira no reaccionase a dentelladas.

—Pues que mi hermano llegó y se montó un revuelo de mil demonios —gruñó—. Todo el mundo estaba convencido de que era él: los sabios, los aldeanos, los brujos. Les habló de sus trece lenguas, de sus dientes, de que había escuchado la llamada del Mundo… Y Vedra no es brujo, ¿vale? Así que no sé qué lo llamó, si es que lo llamó algo, pero desde luego el Mundo no. Porque a la hora de la verdad no entendió ni una sola palabra de Hator. Ni una.

Sasha contuvo el suspiro.

—Pero tú sí, ¿verdad?

Ella lo miró. No hizo falta confirmación alguna.

—No me di cuenta, al principio. Creía que nos estaba saludando en nuestro idioma. Pero entonces vi la cara de mi hermano, lo vi intentar… Y Hator lo intentó también. Con mucho ahínco, además. —Paró para beber un poco de té, llevándose la otra mano distraídamente a la manta en su estómago—. Ahí le dije a los elementos que o elegían a mi hermano o a nadie, porque yo me negaba a participar en su profecía, pero ni me lo concedieron ni me dejaron en paz.

Típico de hermanos. No pudo evitar pensar en la de veces que

Moira le había echado en cara su debilidad por Nize, cuando ella había intentado desentenderse de su propio destino solo porque su hermano lo había deseado para sí. Pero así funcionaban los seres humanos: se protegían entre ellos. A cualquier precio.

Una vocecita le dijo que no se atreviese a comparar culpas. Sasha le contestó que ni siquiera consideraba a Moira culpable de absolutamente nada.

—¿Cuánto tiempo te lo callaste? —preguntó Anna, con los labios ligeramente entreabiertos de sorpresa.

—Un año.

—¡Un año…! —Rako tenía los ojos muy abiertos—. ¿Volvisteis a Ararse?

Ella negó con la cabeza.

—No. Vedra se emperró en estudiar el lenguaje de la profecía, así que nos quedamos allí. Yo pasé de ir a sus clasecitas con Hator, me ponía enferma verle balbucear sinsentidos, pero ya cuando le eché un vistazo a sus apuntes… —Chasqueó la lengua, por primera vez un reflejo de aversión y asco en el negro de sus ojos—. Creía que se estaba riendo de él. Nada tenía sentido. Las palabras cambiaban, la pronunciación cambiaba, la sintaxis, el ritmo… —Suspiró—. ¿Os acordáis de cuando en el Solsticio estuvimos diciendo nuestras palabras preferidas y al rato se transformaban en otra? —Ellos asintieron—. Pues hasta entonces no me di cuenta de que era el propio lenguaje el que mutaba. Pensaba que Hator había estado intentando marear a mi hermano para quitárselo de encima.

—¿Qué? ¡No! —protestó Rako, gesticulando ampliamente con los brazos—. ¿Cómo iba a hacer eso *Hator*?

La acusada ni agradeció la defensa ni apartó la mirada del suelo, y Sasha comenzó a notar un nudo en el estómago. Aunque estaba bastante seguro de que, fuese cual fuere el error que tanto la atormentaba, tenía más que ver con el miedo que Moira le daba (y con el virulento rencor que esta podía supurar) que con nada que hubiera hecho.

—¡Yo no la conocía! —se defendió Moira, dejando el té a un lado para rehacerse con brío el vago recogido que apenas contenía ya su larguísimo cabello—. No tuvimos mucho contacto ese año, y me aseguré de ello por *su* bien. No soportaba que encima pareciera que *de verdad* quería ayudar a mi hermano mientras le soltaba patrañas que no le iban a servir para nada.

—Eh. —Anna alzó un dedo en advertencia—. Relaja el tonito, anda, que ahora ya sabes que…

—No —la cortó Hator, interviniendo por fin con voz grumosa pero firme—. Eso ya está hablado y solucionado. Moira solo está contándolo tal y como lo vivió.

Silencio.

Sasha carraspeó.

—¿Es que queda algo por solucionar?

Ambas desviaron la vista, cada una a un lado, y tanto pastelera como daena suspiraron. Él, en cambio, se forzó a recordar que, por mucho que se las profetizase libertadora y caballero, a día de hoy no eran más que un par de crías con un arco y una espada. Demasiado jóvenes, demasiado pronto. Habían avanzado un largo trecho juntas durante aquel viaje, suavizando aristas y afilando ingenuidad, sanando un Vínculo dañado desde su creación, pero todavía quedaba mucho por hacer. Tardarían años en digerir su propio futuro, su rol en la historia del mundo, pero eso nadie se lo había dicho. Seguían creyendo que debían cumplir *ya*. Y no había prisa. Ante un reinado de dos siglos, una década más no suponía ninguna diferencia.

Quizá por eso el Mundo lo había incluido en su profecía. Para asegurarse de que no se lanzasen de cabeza a su destino antes de estar preparadas, para que respirase hondo y emplease doscientos años de madurez en cortar de raíz toda mala hierba que con veinte jamás habría visto. Y eso hizo:

—Vale, me queda claro. ¿Qué se supone que pasó?

—No se «supone» —rugió Moira al instante—, *pasó*. La muy imbécil me habló en nuestro idioma por accidente y como yo lo soy más me pilló distraída y contesté. Pero al menos no soy una chivata que salió corriendo para que los sabios nos Vinculasen en ese mismo momento.

—¡No sabía que nos iban a Vincular! —aulló Hator, visiblemente dolida—. Yo solo quería decirles que ya no estaba sola…

—Espera —les cortó él, horrorizado. Ya tenía sabido que les habían impuesto el lazo antes de lo que se consideraría siquiera apropiado, pero…—. ¿Es que os Vincularon nada más… nada más enterarse de que hablabas la lengua de la profecía? —Ambas asintieron, una ácida y la otra amarga—. Pero ¿y si hubiese sido yo? Si hubiese aparecido yo primero, ¿me habrían Vinculado contigo, sin más?

Las brujas cruzaron miradas. Lo único que le alivió fue no distinguir nada podrido tras ese intercambio. Fue Moira quien contestó:

—No, porque tú sigues Vinculado a Verenize. A ellos tampoco —y señaló a Rako y Anna con la barbilla—, por lo obvio. Pero de tener magia, y de haberla conocido antes que yo… Sí, seguramente sí. Porque lo que les interesaba del Vínculo era fortalecerla a ella, no a mí. Ni siquiera me preguntaron si era bruja o invocadora, les daba igual. Les dio igual pactar con un puñetero demonio para darle otra espadita a su Elegida.

—Pero eso es… —balbuceó Rako— horrible. El Vínculo no se creó para eso, el Vínculo…

Hator se encogió de hombros.

—Ya. Pero es cierto que nos ha hecho más fuertes y poco a poco vamos… controlándolo.

Sasha sabía a lo que se refería. Recordaba a la perfección los primeros días de Vínculo, siempre tenso por si Verenize decidía tirar de su magia. Porque era algo íntimo, algo suyo; y si él, que le habría confiado al príncipe su propia vida con los ojos cerrados, se había sentido así de expuesto… No quería ni imaginar cómo lo habían vivido dos desconocidas que además eran, cuanto menos, incompatibles. El rencor de Moira goteando a través del Vínculo, todos los días, a todas horas. Lo sentía por Hator.

—¿Sigue Vedra en Graendar? —preguntó Rako poco después—. Seguro que lo echas de menos…

Eso trajo de nuevo aquella sonrisa tan distinta a los labios de la arquera. A su lado, Hator esbozó otra muy parecida, y entendió que Moira le estaba trasvasando un chorrito de tranquilidad mediante su conexión.

—Mucho —admitió—, pero no, no está allí ya. No pudimos despedirnos en condiciones, pero antes de partir a buscar a Sasha me dijo que él marcharía para el norte, a Servea.

Rako frunció el ceño.

—¿A la Resistencia?

Ella asintió.

—Seguro que les vino de lujo —comentó Anna, también sonriente —. No se me ocurre ningún otro sitio donde un millenguas pueda ser más útil, con la mezcla de gente que tendrán por ahí.

Eso pareció ponerle punto final a la noche. Eso y el pequeño brinco que dio Hator justo después, seguido de un «¿Te duele?» al oído de Moira que el resto fingió no haber escuchado porque la pobre seguía sin dominar el arte del susurro.

Se desplegaron con la soltura de quienes ya se conocen, Hator preparándose para montar guardia y los demás para irse a dormir. Repasaron las horas a las que debían pasar el relevo, ya que habían alargado los turnos para suplir la falta de Moira, a quien no le habían dado opción a protestar. Bueno, protestar había protestado igual, pero en cuanto Hator había cotilleado su estado a través del Vínculo la había mandado de vuelta a tumbarse a gritos.

Estaba a punto de caer rendido al sueño cuando Rako le chistó por lo bajo. Sasha abrió los ojos, los del daena rojizos a la luz de la lumbre. Lo miraba desde el borde de su manta, casi rozando la suya, aunque todavía lo suficientemente lejos como para tener que esforzarse en agudizar el oído cuando susurró:

—Ninguno de los rebeldes que me sacó del castillo era millenguas.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué iban a mandar a un traductor a por ti?

—Bueno, claro…

Silencio. Rako parecía andar rumiando algo más, así que Sasha esperó mientras lo observaba mordisquearse la mejilla por dentro.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que… Vedra es nombre de chica, ¿verdad?

—Lo es en Agavlia —contestó él—, pero en Sagrarés es masculino.

Rako sonrió.

—Chico listo.

Estaba demasiado cansado como para preguntarle a qué se refería, así que se limitó a asentir; y el daena debió de notárselo, porque le dio las buenas noches y luego la espalda. Sin embargo, Sasha no cerró los ojos aún, contemplando la línea incandescente con la que las llamas bocetaban su silueta. Quiso tocarlo. Quiso deslizar las puntas de los dedos por el caminito rapado de su nuca antes de hundirlos entre aquellos mechones pardos convertidos en brasas. Parecían tan, tan suaves…

Pero lo que hizo fue darle la espalda también y dormir.

Intentarlo, al menos.

—¿Seguro que estará bien?

Lo preguntó con una sonrisa, pero no logró disimular la preocupación. Aún a su espalda, Rako rio.

—Tú mírala. Si parece que está pasando el mejor día de su vida.

Al otro extremo de la plazoleta, Hator reía y reía mientras un zagal de su edad le dejaba refunfuñando un par de monedas doradas en la palma. Su siguiente oponente la doblaba en tamaño, pero ella ni siquiera alzó las cejas ante las salpicaduras rojas en su delantal de carnicero antes de saludarlo con una enorme sonrisa y plantar el codo en la mesa.

—Este va muy confiado —comentó Rako y, aunque Sasha no se giró a comprobarlo, sabía que sonreía—. No le doy ni un minuto.

—¿Apostamos?

—¿Con qué? ¿Con el dinero que nos está ganando Hator?

Esta vez fue él quien rio.

Anna y Moira se habían quedado en el bosque, recogiendo el campamento. Con las alforjas vacías de provisiones y los bolsillos de monedas, se habían enfrentado a su primera situación real de falta de medios, pues ni volverían a tener tanta suerte como para toparse con otra Campaña que saquear ni querían presentarse como los héroes de

Villa Alfera. Por muy tentadora que fuera la idea de llenarse el buche gratis, sería peligroso exponerse así. Sobre todo sabiendo que la Espiral ya los tenía identificados.

Sasha no podía esperar a llegar a Graendar, aquel pueblo entre montañas al que, según las brujas, resultaba imposible ubicar (y más aún acceder) sin guía local. No podía esperar a volver a sentirse seguro.

Como toda gran solución, había empezado siendo una broma. Había empezado con Anna preguntándole a Hator dónde estaba el pastizal que le había sacado a base de pulsos a aquel muchacho del Solsticio, y con Hator confesando que «el muy listillo» lo había recuperado poco después gracias a una adivinanza «dificilísima». Y, después de reírse a su costa durante lo que a la pobre le parecerían horas, se había hecho un silencio pensativo igual de largo. «Mientras nadie le pida la revancha en acertijos, esto está hecho», había sentenciado Rako antes de partir a galope hacia el pueblo más cercano, donde Hator había irrumpido apostando cinco demos a que nadie conseguiría ganarle un solo pulso.

Las primeras rondas habían sido pan comido para ella, adolescentes que veían dinero fácil en tumbar a la rubita de la plaza pero que se marchaban cinco demos más pobres con el rabo entre las piernas. Muchos volvieron a por la revancha, uno incluso trayéndose una mesita de madera porque «cuando pudiera apoyar bien el codo otro gallo cantaría». Media hora más tarde, una yaya que no paraba de reírse había añadido dos sillas al conjunto y a la media hora siguiente una larga fila de envalentonados aldeanos esperaba su turno.

«Ah, qué lista», había murmurado Rako justo entonces, cuando Hator se había puesto en pie sobre su silla para anunciar que el vencedor se llevaría el bote entero.

Y en ese momento, dos horas después del primer pulso, el carnicero se ponía en pie entre ovaciones y burlas, mirándose incrédulo la mano que le había hecho perder cinco demos. Hator le dio un par de palmaditas en el brazo; la yaya le llenó un vaso de agüita. Alrededor de la pequeña mesa se había formado una marabunta de espectadores, los más avispados montando apuestas de la propia apuesta, aunque a esas alturas pocos jugaban ya su dinero en contra de la rubia.

De vez en cuando Sasha o Rako abandonaban la bocacalle desde la que vigilaban el circo para patrullar el resto del pueblo, asegurándose de que continuaba libre de tropas vederesas; tal y como habían comprobado antes siquiera de desmontar. Rako acababa de volver hacía un par de minutos de su última ronda, apareciendo tras él sin más saludo que un carraspeo.

—No deberíamos alargarlo mucho más —susurró Sasha, mientras

Hator guardaba otro puñado de monedas en su limosnera ya a rebosar —. Estas cosas acaban mal.

—¿Y qué van a hacer, acusarla de tramposa? —se mofó él—. ¿Llamar a los guardias solo para ver cómo Hator les da para el pelo también?

Eso le hizo reír, así que se giró para mirarlo. Rako seguía refugiado a su sombra, rostro oculto bajo aquel rígido velo opaco que tanto le recordaba al bozal de un perro rabioso, y Sasha no terminaba de decidir si le gustaba o no contar únicamente con la manera en la que el daena estrechaba los ojos para saber si sonreía. Supuso que sí cuando se vio tragando saliva y dándole de nuevo la espalda.

Por supuesto, Rako rio por lo bajo, el cuero amortiguando el sonido.

Había creído que las cosas se enrarecerían entre ambos tras preguntarle por Sera en el bosque, pero todo continuaba más o menos como siempre. La única diferencia radicaba en que el daena se mantenía a una distancia prudencial, desde donde todavía le dedicaba aquella sonrisa serpenteante que no había sido nada típica en él doscientos años atrás pero que, al parecer, lo era ahora. Aunque ¿cómo saber si lo había sido o no, si por entonces se la habría reservado para la propia Sera?

Esa (quizá no tan) nueva faceta de Rako se le escapaba de entre los dedos, le era tan incomprensible como claras le resultaban todas las demás, y por mucho que eso le frustrara trataba de racionalizarlo, trataba de decirse que, simplemente, le faltaba la experiencia necesaria para descifrar por qué el daena hacía lo que hacía o por qué él mismo hacía lo que hacía.

Vamos, que era un novato. Sí, quizás había estado enamorado de Nize (¿Lo había estado realmente? ¿Lo estaba ahora? ¿De quién?), pero, al contrario que Rako, el rey nunca había sido consciente de ese pequeño detalle… Gracias a los dioses.

Fue el propio Rako quien lo sacó del bucle apoyándole una mano en el arco de la espalda. A través de la fina tela de su camisa, sus dedos quemaban como hierro al rojo.

—Sha, ¿estás bien? No tienes buena cara.

Claro que no la tenía. Nada… nada de aquello era lo suyo. Lo suyo eran las espadas, la estrategia, el silencio. Lo suyo era cumplir órdenes. No lo era pensar sobre sentimientos o siquiera sentir ninguna otra cosa aparte de lealtad o cobardía o valentía o rectitud. Y quizá por eso, porque nada de aquello era lo suyo, cuando se giró lo suficiente como para encararlo Rako apenas alcanzó a retroceder, tomado por sorpresa. Solo apartó la mano por puro acto reflejo, aunque volvió a dejarla donde estaba en cuanto Sasha bajó la vista hacia ella, pétreo. Con su brazo en la cintura y diez centímetros de

distancia entre ambos, estaba bastante convencido de lo que iba a pasar a continuación.

Rako, con el ceño ligeramente fruncido, buscaba en sus ojos si se trataba de un paso en falso. Debió de encontrar respuesta pronto, porque entonces se llevó la mano libre al velo, engarfiando la punta de los dedos en su reborde para bajárselo, y a Sasha le latía tan rápido el corazón que dolía, o quizá lo que le dolía eran los dientes, de lo fuerte que los apretaba. Si no le besaba ya, se le astillarían los unos con los otros. Si no le besaba ya, su palma se le marcaría a fuego en la piel.

Sasha no apartaba la vista del velo, estático.

—Sabes que no voy a hacerlo, ¿verdad?

Las palabras cruzaron como una bofetada, todo su cuerpo cuadrándose al instante. No había sarcasmo en la voz del daena, ni burla, solo una sinceridad aplastante. Sasha se forzó a hablar, y a que la suya saliese, sino débil, al menos audible:

—¿Por qué?

—No quiero que se me pueda acusar de presionar a nadie de hacer nada.

Y retrocedió un único paso, esta vez apartando la mano en un movimiento tan delicado como deliberado. Sasha tardó en comprender que lo decía por Sera. Por la muchedumbre que lo culpó a gritos del regicidio, que dudó de su relación, de quién había manipulado a quién. Por la mentira por la que había pasado a la historia primero, por la que había sido abandonado a su suerte después. Incluso Verenize había dejado de mencionarlo con el correr de los años, incitando a su pueblo a olvidarlo. Enterrando en lo más profundo de su propio hogar a la única persona que conocía la verdad, incapaz de poner fin a su condena incluso si eso atraía a quienes aún recordaban su nombre, quienes aún confiaban en la versión de los hechos heredada de padres, abuelos, ancestros. La Resistencia había perdido todo un escuadrón para sacarlo de allí y ni siquiera ellos le habían creído inocente.

Quiso responder algo inteligente, algo que lo tranquilizara, que lo animase a besarlo por fin (porque, para su sorpresa, *quería* que Rako lo besara), pero no encontró nada. A fin de cuentas, se lo había dicho muy claro, allá en el lago rojo: «A la próxima no pienso ir a buscarte. Vas a tener que venir tú».

—Lo siento —añadió Rako.

—No, no hac… Lo entiendo.

Sus ojos se estrecharon: una sonrisa.

—Me da que es hora de irnos.

El caballero se giró a tiempo de ver cómo Hator anudaba la limosnera mientras los aldeanos protestaban a su alrededor. Ella tenía

el ceño fruncido («¡Que ya me he cansado! ¡Lo siento! ¡Otro día!»), pero también sonreía, alternando despedidas y protestas con las preguntas adecuadas, como, por ejemplo, dónde estaba la frutería y si allí también vendían sal y verduras. Sasha asintió, separándose aún más de Rako y echando a andar hacia las afueras, donde sus caballos pastaban a la sombra de un árbol.

La chiquilla no debería tardar mucho en unírseles, pues solo tenía que comprar lo estrictamente esencial para pasar la tarde. El resto del dinero lo gastarían ya al día siguiente, en el mercado del pueblo más cercano a las montañas. Con suerte, les sobraría suficiente como para concederse un par de mudas de ropa y trasnochar en alguna posada. Suspiró solo de imaginárselo. Llevaban sin dormir en cama desde el Solsticio, y, esta vez, Sasha estaría sobrio para apreciarla.

—¿Qué crees que va a traer? —sonrió Rako, con una ceja arqueada.

Suspiró de nuevo.

—Cualquier cosa menos lo que le hemos pedido.

Ya podían distinguir las facciones de Anna y de Moira cuando los soldados aparecieron.

Ellos tres reaccionaron con un resoplido hastiado. A lo lejos, en la linde del bosque, la arquera se lanzó en picado hacia un punto del suelo y al instante se encogió, abrazándose el costado. Sí, aquella vez tendrían que prescindir de sus flechas: no se fiaba de su puntería cuando las secuelas del coletazo del dragón aún torturaban su cuerpo.

Apenas cualificaban como escuadra, solo cuatro jinetes acorazados con las ligeras brigantinas del cuerpo de exploración vederés. Qué insensatez, qué disparate, arremeter contra ellos sabiéndoles capaces de tumbar a un dragón. Y sobre todo así, sin factor sorpresa ninguno. De verlos, su rey estaría abochornado.

Se volvió hacia Rako y Hator.

—No los matéis. Limit…

—Ya —lo cortó ella, mientras desenvaina—. No parecen muy avispados.

El daena hizo visera con la mano, los ojos estrechados en un par de rendijas rojizas y los labios torcidos en una mueca de vergüenza ajena.

—Ni muy mayores. ¿Serán nuevos reclutas?

—Supongo…

Pronto descubrieron que resultaba mucho más complicado ganar una pelea cuando uno intentaba mantener con vida a la persona que intentaba matarlo. Era cuanto menos frustrante, sobre todo cuando Sasha se dio cuenta de que Rako estaba en lo cierto: no eran más que

chavales. Y, si apenas tendrían edad para empinar el codo, menos aún para llevar a buen puerto ninguna de sus acometidas. Sus tajos torpes y brutos, inestables, impedían encontrar un hueco libre para derribarlos sin alcanzar algún punto vital por accidente, y no sabrían sacar ventaja de sus caballos ni aunque estos escupieran fuego.

Le dio pena el talento desperdiciado, ya que su oponente, además de corpulento, tenía madera para convertirse en un gran espadachín. Siempre conseguía librarse del caballero en el último momento, lo cual indicaba reflejos bien entrenados, pero lo echaba todo por tierra precediendo cada ataque con un grito. Aunque, a la tercera vez que esquivó el golpe de pomo que lo hubiera noqueado al instante Sasha dejó de lamentarse para pasar a chasquear la lengua, fastidiado. A pesar de las jornadas de reposo en el bosque, seguía dolorido, y si ese crío no paraba quieto ya mismo se vería obligado a echar mano de su magia. Y no quería. No quería volver a enfrentarse a Verenize, no tan pronto. No por esa tontería.

—¡Basta! —oyó la voz de Rako a su espalda—. ¿No ves que he podido matarte ya mil veces? ¡Pa…! ¡Para!

Seguida de un ruido sordo, un quejido y el eco de algo pesado aterrizando en la hierba. Uno menos. Sasha estuvo tentado de girarse a mirar, pero entonces su oponente se pegó al cuello de su caballo para tratar (una vez más) de herir al suyo, así que él aprovechó la cercanía y descargó el cuarto mazazo del día. Cuarto y último, porque el chaval por fin cayó fulminado, resbalando también de la silla hasta dar con sus huesos entre las patas del animal. Mierda. Maldiciendo entre dientes, se apresuró a pescar las riendas enemigas para evitar que algún casco topara con el cráneo desprotegido de su dueño. «Novatos y sin yelmo», tuvo tiempo de refunfuñar antes de que el aullido victorioso de Hator lo sacara de su asombro.

Sasha desmontó sin siquiera volverse hacia allí, respirando con dificultad. Apenas notó la mano amiga de Rako en el hombro al pasar por su lado, de lo cargados que sentía los brazos; y sus piernas, entumecidas de mantenerse en tensión sobre la silla, hormigueaban según el nuevo torrente sanguíneo las convertía en gelatina. Cuando finalmente se giró, Hator ponía los brazos en jarra frente al único de los soldados aún consciente mientras Rako le hundía una mano como una garra en el pelo para enderezarlo de un tirón brusco. La naturalidad rutinaria del gesto le supo amarga en la lengua.

—¿Por qué nos habéis atacado? —preguntó ella, aunque todos sabían ya la respuesta—. ¿Quién dio la orden? ¿De qué se nos acusa?

—¿Estás bien?

La voz de Moira lo sobresaltó. Sonaba preocupaba. A su lado, Anna contemplaba la escena con los labios apretados en una fina línea. Ni siquiera las había oído acercarse.

—Sí —contestó—. Solo cansado. Es más fácil matar que no hacerlo.

No supo si ella habría querido añadir algo más, porque entonces el chaval carraspeó, desorientado por la paliza, y empezó a balbucear:

—Nos… Se nos ordenó peinar la meseta, y supervisar las rutas entre aldeas. Atacar a primera vista a cualquier grupo de viajeros que casase con la descripción, así superase en número a la brigada de reconocimiento. Capturar con vida, de ser posible.

—¿Cómo iba a ser posible? —resopló Hator, poniendo los ojos en blanco, pero este no reaccionó a la burla, los suyos clavados en sus compañeros inconscientes.

—Están vivos —se apresuró a tranquilizarlo Sasha. Sabía qué significaba esa mirada hueca, perdida. La reconocía de verla durante años en su reflejo del espejo, tras la Masacre—. No matamos niños.

Eso pareció sacarlo del trance, porque cuando el soldado le rugió lo hizo mostrando los dientes como una alimaña, echado hacia delante en una postura amenazadora, casi orgullosa.

—¿Ah, no? ¿Y qué eran entonces los cuarenta niños de la Campaña? ¿Ganado? ¿Mercancía? —Escupió a sus pies. Sasha miró el escupitajo, descolocado—. ¡Habéis cruzado una línea…!

—¡No hemos cruzado nada! —ladró Rako, poniéndolo recto de nuevo con otro tirón de pelo—. ¡Los devolvimos a sus casas, a los cuarenta! ¡Ninguno sufrió daño!

—*¡MENTIRA!* Puede que engañéis a los aldeanos, pero nosotros sabemos la verdad, y nuestro rey también. Sabe dónde estáis, qué hacéis, qué coméis. No os queda mucho. No llegaréis a la montaña, ni tú —y lo miraba directo a los ojos— ni tu maldito séquito.

El caballero abrió la boca para protestar, pero, en realidad, no tenía ni idea de qué debía contestarse a eso. La absoluta certeza de que Verenize sabía dónde encontrarlo le hizo temblar, perder oxígeno, sus sentidos de pronto tanteando cada punto cardinal, buscándolo. Buscando la amenaza.

—¿Séquito? —repitió Hator, con el ceño fruncido.

—El Séquito del Traidor.

En cuanto pronunció la última palabra, Rako lo obligó a torcer el cuello y descargó el pomo de su espada contra la sien expuesta con la precisión de un herrero al martillar. El soldado ni siquiera exhaló un gemido de dolor o sorpresa antes de caer inconsciente, cuerpo pesado como un fardo.

—Lo que nos faltaba —masculló Moira—, que nos pusieran titulito.

—¡Y con Sasha de prota, encima! —Hator se cruzó de brazos, ofendidísima—. ¡Qué poco respeto! ¡Soy *yo* quien va a matar al rey!

—Tú reza porque ese rey tuyo crea que esto es una jugarreta de su

caballero y no toda una profecía en su contra, niña —la cortó Anna, con un timbre agudo que Sasha le había oído muy pocas veces. Miedo.

—Era broma… quería destensar el ambiente…

—Pues no es el momento, Hator.

No sabía cuándo se había dejado caer sobre la hierba, derrotado, y aún menos cuándo se había tumbado, los ojos fijos en el infinito cielo azul. Ellas continuaban discutiendo, aunque ahora sobre si debían galopar hasta Graendar de una sentada, incluso a riesgo de reventar a sus caballos, o seguir el plan original de hacer noche en el pueblo a los pies de la cordillera. A Rako no parecía interesarle la conversación, porque se sentó a su vera sin decir nada, dejándole decidir tranquilamente si hablar o callar. Tras unos largos, larguísimos segundos de silencio, una respuesta en sí misma, el daena respiró hondo y se tumbó también, recostando la cabeza en su pecho.

Las voces de las chicas no cesaron, pero cada vez sonaban más y más lejanas. Sasha se forzó a tirar de las riendas de su respiración desbocada ahora que Rako lo usaba como almohada mientras el pánico resbalaba de su cuerpo gota a gota, alimentando la tierra que lo acunaba, purgando los recuerdos que el nombre del rey traía consigo hasta que solo quedó cielo azul. Sí, ya habría tiempo para asustarse después.

Pero, en ese momento, Sasha prefirió enterrar los dedos entre los espesos mechones del cabello de Rako, su tacto suave como plumón. El daena real solo echó la cabeza hacia atrás, acogiendo el contacto con un murmullo plácido.

11
LAS CENIZAS

—¿Estaréis bien?
Moira asintió.
—Sí, no te preocupes. Si pasa algo enviaremos al aire a avisar.

—Mejor al aire que al fuego —sonrió Rako, mientras avanzaba un paso para darle un breve abrazo de despedida a cada una. Luego se internó en la pensión (alguien debía encargarse de aceptar la oferta), dejando a Sasha en la puerta con las tres mujeres.

—Nada de caprichos, ¿eh?

—Sí, papá. —Anna rio, poniendo los ojos en blanco—. Tú tranquilo, que nuestra mesonera ya nos ha dicho que no sabía ni si tenía cena para darnos.

—Vosotros vais a estar mucho mejor —refunfuñó Hator, al parecer decidida a prender fuego la destartalada posada con solo la fuerza de su mirada.

—No me dais ninguna pena, que lo de no guiarse por las apariencias lo aprendí a los diez años, no a los cien.

—¿¡Cómo íbamos a saber que en este cuchitril podríamos cagar a puerta cerrada!?

«Por mis muertos, Hator, qué soez eres», se quejó la pastelera mientras Sasha, ahora incluso más sonriente, decidía iniciar la ronda de abrazos en lugar de seguir echándole sal a la herida.

Se habían resistido a separarse con uñas y dientes, pero la paranoia había ido creciendo con el paso de las horas, por lo que, al final, no les había quedado otra que tomar medidas. Dividir el grupo, borrar sus huellas. Afortunadamente, lo primero lo habían conseguido sin problemas a pesar del ridículo tamaño del pueblo, ya que su ubicación al pie del paso de montaña le confería suficiente actividad en verano como para regentar dos mesones (aunque la diferencia de comodidades entre ambos resultaba abismal). Lo segundo, un poquito más complicado, suponía mentir a los lugareños, para quienes Anna sería la tía que se llevaba a sus sobrinas de veraneo a Venfica y, ellos dos, un par de colegas vedereses de peregrinación por los territorios de su rey.

Por supuesto, la mentira no duraría más de un día, lo que tardara la próxima brigada espiral en seguirles la pista hasta allí, pero con una noche les bastaba. Repondrían fuerzas para enfrentarse a la ruta alpina, comprarían en la propia posada lo necesario para sobrellevarla y marcharían a paso rápido.

—¿Dos horas tras amanecer en la salida noreste? —se aseguró Anna antes de soltarlo.

—Dos horas tras amanecer en la salida noreste —confirmó él.

Las chicas se alejaron para bordear las afueras del pueblo en su camino de regreso a la primera pensión, en la entrada sur. Cuando las perdió de vista, dio media vuelta para reunirse con Rako, y solo entonces reparó en los tres infinitos escarbados en el letrero colgante, medio escondidos tras la única tilde. Parpadeó, sorprendido. Hacía mucho que no se topaban con el emblema de la Resistencia. De hecho, ni siquiera había esperado encontrárselo por allí, ya que, tras dos siglos de control férreo pero pacífico del Eterno, la gente estaba empezando a olvidar que Agavlia nunca debió formar parte de Veda.

En el mesón se notaba el ambiente de víspera de séptimo, día de descanso semanal en todos los reinos de la Espiral, lo que les ayudaría a mimetizarse con los demás huéspedes. Cerca de la chimenea, una familia celebraba lo que parecía ser un cumpleaños, y al fondo, junto al ventanal, una parejita se miraba a los ojos con adoración mientras se daban de comer el uno al otro. Ese último espectáculo le hizo desviar la vista, incómodo, pero como no era quién para juzgar se aproximó a la barra, donde Rako ya se había ganado a la mitad del servicio.

—Ah, Sha —saludó este, allí acodado—. He pedido un par de habitaciones, pero solo una tiene aseo propio, así que más te vale compartir.

La sonrisa del posadero, patente tras un velo tan transparente que apenas parecía tangible, exigía a gritos cobrar por adelantado, así que Sasha se apresuró a echar mano de su limosnera.

—Espera, ¿por qué un par? Las chicas van a dormir las tres en una doble… Hator te mata si se entera de que te estás gastando el dinero del pulso en una individual.

Aunque Rako continuó sonriendo, también frunció el ceño durante un segundo fugaz, tan fugaz que creyó habérselo imaginado. Fuere como fuese, Sasha no había ni abierto la boca para remendar la orden cuando el daena se inclinó hacia él y apoyó una mano en su antebrazo:

—No quería hacerte sentir incómodo.

Ahora fue el caballero quien sonrió.

—Dormimos todos los días a menos de un metro…

—Ya, pero…

—Pero ¿qué?

Mentiría si dijera que no estaba haciéndolo a propósito. Alzó las cejas mientras lo observaba tragar saliva, todavía visiblemente dudoso. Se le presentaban pocas oportunidades para vengarse de todas las veces que Rako lo dejaba descolocado y azorado, y no pensaba desaprovecharla. Iba a pagarle con la misma moneda en cada una de ellas.

—Perdón, pero al final preferimos una doble —le dijo al patrón, la voz firme aun cuando se adivinaba una risita contenida—. Con baño, si puede ser, claro… —El hombre parecía personalmente ofendido por el cambio de última hora—. Lo demás todo como estaba. Cena para dos y cuadra también para dos.

—¿Cepillado para ellos?

—Ni para ellos ni para nosotros —sonrió.

—¿Herrado o repaso de arreos?

—No es necesario, gracias. Me encargo yo mismo de todo eso.

—¿Tampoco un examen galeno? Mejor prevenir que curar, si vais a subir al puerto a caballo.

—Mmm, no, gracias —repitió, aunque ahora un tanto inquieto. No quería perder ningún caballo por el camino. Los necesitaban—. Con un techo y cebada tienen de sobra. Son duros.

El posadero ni se inmutó al proseguir con la ronda de preguntas. Parecía un interrogatorio:

—¿Alguna alergia o intolerancia alimenticia?

—¿Los caballos o…?

Su mirada penetrante fue respuesta suficiente. Ambos negaron con la cabeza, intimidados.

—La ventana del cuarto, ¿orientada al oeste o al sureste?

—Nos es indiferente.

—Al oeste —lo contradijo Rako, contento de poder meter baza—. Duermo mejor cuanto más cerca de Venfica estoy.

Sí que se había aprendido bien su papel de peregrino beato, sí.

—El agua de la bañera, ¿caliente o fría?

—*¿¡Bañera!?* —chirrió el daena—. ¿¡Qué bañera!?

—Me acabáis de pedir que os mantuviese el baño.

—¡El *cuarto* de baño!

—Salvo las cuadras, por lo obvio, todas nuestras habitaciones cuentan con aseo privado.

—Pero ¿entonces lo del baño qué es? Ah, bueno, espera, que será un barreño comunal ahí donde el corral…

—No. En El Rajá no consentimos tales cochinadas.

Rako se lo quedó mirando, boquiabierto. De no ser por la tensión del ambiente, el caballero quizás hasta se habría reído.

—Caliente o fría —insistió el patrón, pétreo.

—Caliente —contestó Sasha a toda prisa, temiendo que los apuñalara.

—¡MORI!

El bramido les hizo pegar un salto, pero antes siquiera de poder volver en sí el posadero ya recostaba el pecho sobre la barra (ah, no, que se estaba *asomando* por ella) con el ceño fruncido vuelto hacia las escaleras que se perdían en el segundo piso.

—*¡MORI!*

—¡Que ya voy!

De pronto, una mujer de mediana edad apareció en esas mismas escaleras, sus labios torcidos en un rictus de disgusto que el velo no conseguía ocultar. Los miró sin interés alguno hasta que detectó la limosnera ya abierta, tras lo que rápidamente esbozó una sonrisa de las que solo sabría trazar alguien más que acostumbrado al negocio de agasajar al cliente.

—¡Oh! ¡Bienvenidos a El Rajá! —Y se volvió hacia el patrón—. ¿Una o dos?

—Una, con bañera caliente. Enséñales la del final, que quieren que mire *para Venfica.*

—Ah, no hace falta. —El velo de Rako, en cambio, apenas permitía adivinar su expresión. Eran sus ojos quienes sonreían por él—. Nos fiamos de vuestro crit…

—En El Rajá no se toma nada que no se haya probado primero —le cortó el hombre con voz seca—. Lo mismo con la comida.

Ellos se miraron. Al final, Sasha se encogió de hombros: no pensaba discutir con alguien que podría apuñalarlos de madrugada.

—Anda, ve tú mientras yo pido la cena…

—¡Sí, porque en El Rajá cambiamos el menú cada día, a elegir entre seis platos por servicio! —exclamó la señora, bajando un par de peldaños para pescar a Rako por el brazo—. ¡No me gustaría estar en tu pellejo, moreno, ya verás lo que te va a costar escoger!

—Eso espero —sonrió Sasha, negando con la cabeza mientras el daena se hacía con sus macutos antes de dejarse arrastrar escaleras arriba. Cuando se enfrentó de nuevo a la mole de barba y músculo que era el posadero, preparado para una nueva ristra de cortes, se lo encontró negando también con la cabeza, extrañamente blando.

—Este es el trato, muchacho —le dijo, alzando un dedo en amenaza—. Si mi esposa te pregunta, tú contestas que te ha costado *la vida* elegir, y yo, a cambio, os sirvo lo único que me ha salido comestible esta noche. Uno no está inspirado las veintiséis horas del día, ¿sabes?

El caballero contuvo la risa hasta que se dio cuenta de que lo decía en serio. Entonces rio con ganas.

Para cuando Rako regresó al recibidor, ya habían acordado tanto los tres platos del menú como los víveres que se llevarían consigo al día siguiente. Sasha reconoció el inconfundible ritmo de sus pasos según bajaba la escalera, pero al girarse lo descubrió ligeramente pálido, así que se tensó entero, listo para salir huyendo. Quizá se le había escurrido el velo y habían visto sus rasgos de rey; quizá sus vecinos de cuarto eran soldados espirales; quizá… Intentó mantener el tono neutro y calmo:

—¿Qué tal la habitación?

—Vengo a cambiarla otra vez.

—¿Y eso?

Rako carraspeó.

—Porque solo hay una cama. Grande, sí, pero…

La risotada de alivio que a Sasha se le escapó le impidió oír nada más hasta que tuvo su ceño fruncido justo al lado.

—¿De qué te ríes? No es gracioso. Es por los nervios, ¿verdad? No te preocupes, ahora lo arreglo. —Todavía rígido, Rako se puso de puntillas, intentando avistar al patrón tras el ventanuco que separaba cocinas y barra—. ¿En serio tenemos tan oxidado el agavle? Porque, vamos, si resulta que ahora usan «doble» para el tamaño y para la cantidad se han inventado alguna otra palabreja te juro q…

—Anda, déjalo estar, que como le vengamos con otro cambio este al final nos envenena. Y, por los platos que me ha dado a probar, créeme que está a puntito.

Rako *siseó:*

—¡No pienso dormir en el suelo solo porque le tengas miedo a un tabernero!

—No vas a dormir en el suelo. —Puso los ojos en blanco.

—¡Tampoco pienso dejar que duermas *tú* en el suelo!

Sasha suspiró. Y, con una calma que no sentía, dijo:

—Nadie va a dormir en el suelo, Rako.

El cuerpo del daena se enderezó como pinchado, y su dueño lo miró con ojos muy abiertos.

Por suerte, el temido patrón acudió en su auxilio (en el de ambos), gruñéndoles que ya lo tenían todo preparado en la mesita junto a la vidriera. Allí los esperaban ya el primer plato y un par de vasos de zumo de melocotón, la única opción sin alcohol del menú. No parecía ser muy común lo de tomar agua con las comidas en los pueblos de la meseta.

Por desgracia, Rako se recuperó enseguida de la sorpresa inicial, así que arqueó una ceja y esbozó una sonrisa viperina antes de seguirlo hacia la mesa.

—¿Me estás tirando los tejos, Sha?

—Sí.

—¡Sha!

En realidad, desestabilizar al daena resultaba bastante fácil. Y entretenido. Rio por lo bajo mientras se sentaban frente a frente, Rako otra vez con esa expresión desorientada de quien perdía la delantera. Pero Sasha no quería que toda la conversación girase alrededor de la única cama del dormitorio, o de lo que podría ocurrir o no allí, porque jamás tendría tanto aguante como el daena en un duelo de insinuaciones e indirectas. La vergüenza siempre lo derribaría primero.

Así que lo que hizo fue cambiar de tema, y Rako le dejó salirse con la suya.

Hablaron de Graendar, de los nervios del caballero por conocer al fin a quienes habían tratado con tal negligencia el Vínculo de las dos brujas. Rako los defendió. En su opinión, no todo el mundo sabía cómo reaccionar a una profecía, a lo que él contestó que esperaba únicamente sabiduría de aquellos llamados sabios.

Hablaron de la profecía, de los recelos del daena real ante el silencio del Mundo. Ahí Sasha tuvo que darle la razón. Para una profecía que parecía tener controlado hasta el más mínimo detalle, le escamaba que sus propios protagonistas todavía desconocieran incluso qué se suponía que vaticinaba.

—Es una trampa —masculló Rako, aplastando aún más las batatas machacadas.

—¿Cómo va a…? ¿Por qué iba a serlo?

—Porque es lo que pasa con las profecías. La gente las lee, interpreta su parte y al tratar de impedir la tragedia acaba provocándola. —Se encogió de hombros—. ¿Te acuerdas del *Réquiem por seis vidas*?

Ambos sabían que lo recordaba. Era el cantar preferido de Verenize y, como todo lo preciado para el rey, también lo había sido para su caballero en algún momento. No se molestó en responder.

—Si el Mundo se niega a darnos los versos es porque no nos van a gustar. —Y luego se quedó en silencio durante tanto tiempo que Sasha pensó que no añadiría nada más, pero lo hizo—: Como lo que me contaste del rey Aurel. Intentó «evitar el mal» y mira. Casi diría que lo azuzó.

Sasha no quería hablar de Verenize esa noche. Era el último asunto del que quería hablar, no con Rako, no allí.

Este pareció notar su incomodidad, y, en esa ocasión, fue él quien cambió de tema.

Con las horas, el crepitar de la chimenea y el murmullo del resto de los comensales le destensaron los músculos. La comida era rica y no muy pesada, el zumo espeso y dulce, y la cuajada fresca de postre encandiló a Rako de tal manera que hasta se giró para decírselo a Mori. Tras la barra, su marido le dedicó un asentimiento al caballero, creyendo las alabanzas parte del trato.

—¿Tú crees que nos venderían unas cuantas para las chicas? —andaba preguntando Rako entonces, mientras rebañaba la de Sasha. Ni aun así, con el velo aflojado lo justo como para colar la cucharilla por debajo, conseguía vislumbrarse un solo destello de sus labios.

—Mmm —fue lo único que contestó, sin siquiera despegar la boca del puño, donde la tenía apoyada. Sin embargo, se forzó a añadir algo más en cuanto lo notó mirarlo, interrogante—: Creo que a Moira no le gusta la leche…

Con una sonrisa, el daena dejó el pequeño vaso de arcilla a un lado.

—Estás cansado, ¿verdad?

—Sí. —Y se derritió sobre la mesa, hundiendo la cara entre los brazos—. Pero no quiero subir.

Como prefería no ver qué expresión ponía, mantuvo los ojos cerrados y la respiración serena. Por desgracia, sí lo oyó carraspear al comprender. Al menos se ahorraba tener que explicarse.

No es que no quisiera subir, no realmente. Lo que no quería era sentirse inseguro. Quería que aquella cena durase para siempre, los dos solos y charlando de tonterías o los dos tumbados cara a cara y haciendo justo eso mismo; o quizás cualquier otra cosa, quizás incluso besarse, quizás incluso más. Ojalá pudiera saltarse los pasos intermedios que le hacían sentirse idiota y roto y profundamente novato en todo aquello.

—¿Quieres que pida el cam…?

—No —le cortó con un graznido, y reunió fuerzas para incorporarse—. No lo… Es solo que no sé cómo subir. No sé qué hacer para subir.

Rako rio, sonrisa enterrada bajo el velo ya reajustado.

—Bueno, Sha —dijo, alargando una mano y entrelazando los dedos con los suyos sobre la mesa—. Sé que estamos en terreno desconocido, pero creo que al piso de arriba se sube por las escaleras.

Esa no era la cuestión, y Rako lo sabía. No dejó de hacerle gracia, aun así, porque tenía razón: por las escaleras. Las cosas se hacían como debían hacerse, paso a paso y sin darles muchas vueltas. Por eso Sasha le dio un leve apretón en la mano antes de soltarlo y ponerse en pie, y por eso el daena lo siguió sin dudar a pesar de la atípica torpeza de sus movimientos. Tras despedirse de los posaderos, dejó que Rako lo guiara hasta su cuarto.

Si había estado cansado, desde luego ya no lo estaba. De algún modo, la fatiga se había convertido en un cosquilleo que le correteaba por la punta de los dedos, por los hombros, por la columna, en un estremecimiento cálido y frío al mismo tiempo. No entendía por qué solía decirse que en esos casos el corazón latía a toda velocidad, si el suyo parecía llevar siglos paralizado, conteniendo aliento y sangre. Tragó saliva. Rako subió las escaleras con naturalidad (con la naturalidad de un buen actor), y mientras abría la puerta del dormitorio tatareaba incluso una cancioncilla entre dientes.

—Bienvenido a palacio —bromeó, adentrándose con las manos en los bolsillos.

Sasha nunca esperaba lujo de las posadas, pero tampoco semejante ratonera. Ratonera ocupada enteramente por una cama que juraría había sido montada allí mismo, pues ni siquiera el cabecero cabría por la puerta. Le puso nervioso. Le puso nerviosísimo.

Afortunadamente, el amplio ventanal de la pared oeste conseguía engañar al ojo, sumando un par de metros cuadrados falsos que Sasha agradeció en silencio. Y, como dándoles la bienvenida, una brisa nocturna atravesó sus hojas abiertas de par en par, pero las candelas aguantaron el revuelo. En la pared opuesta, la puerta del aseo le recordó que podría ser peor.

—Ya verás cuando estas se enteren de que «habitación y baño» significaba que la habitación tenía aseo *con bañera.* Yo digo que Anna me arranca los ojos de la envidia.

Mientras se reía, Rako se deshizo del velo y lo lanzó sobre el calzador a los pies de la cama. Tintineó al aterrizar, y ambos se lo quedaron mirando. Su dueño seguía con los ojos fijos en el mueble cuando Sasha pasó a mirarlo a él, pensativo. Los nervios también seguían allí, aunque ahora tenían un deje diferente, uno que no lograba identificar ni ubicar pero que se parecía bastante a la expectación. Se había tendido una trampa a sí mismo, acorralándose con Rako, porque sabía que si continuaba dándose salidas las iba a tomar todas. Siempre, siempre huyendo. Incluso de lo que no quería huir. Incluso de quien no quería huir.

—Sasha…

—No, espera.

—¿Sasha?

—Estoy pensando.

Rako asintió. Mejoraba bajo la luz de las llamas, del amanecer y del atardecer. De todo lo que tuviese que ver con fuego. Las velas dibujaban ahora calados de sombras y dorados sobre su piel, y se preguntó qué estaría pensando. Supo que la próxima vez que el daena abriera la boca sería para recordarle que él tenía la última palabra, pero Sasha ni siquiera iba a permitirle tener la primera, porque

cuando cruzó el cuarto sabía perfectamente lo que quería hacer. Y era una sensación extraña, porque no recordaba haber tenido nada tan claro desde su último despertar como mortal.

Notó al instante que Rako no había estado preparado. Lo notó en la forma en la que se quedó inmóvil mientras le besaba y también en su respuesta, manos aferrándole la mandíbula para no dejarlo ir. Pero, sobre todo, notó que había estado esperándolo con la misma ansiedad y tensión y desesperación que él, pues poco tardó en retomar el compás de aquel primer beso cortado en el lago. Y es que este no era lento, ni tentativo, ni pedía permiso. No, este beso era uñas clavadas en piel y dientes en labios y su lengua en la suya. Era Rako arrastrándolo con tanta fuerza que podría partirlo en mil pedazos y Sasha deseando que lo hiciese mientras le rodeaba la cintura con los brazos en un acto reflejo que había creído perdido con los siglos.

Ni siquiera se dio cuenta de cuánto control había cedido hasta que su espalda chocó con la puerta de entrada, aunque tampoco tuvo tiempo de sorprenderse o ponerle remedio porque Rako ya presionaba todo su cuerpo contra el suyo, ya lo aplastaba contra la madera podrida con el ensañamiento de un perro de caza. Y Sasha también quería tantearlo entero, marcarlo entero, pero entre su propia indecisión y la abrumadora determinación del daena solo se le ocurrió cumplir el más simple de sus deseos: colar *por fin* las manos tras las aberturas de su camisa (por primera vez dando gracias por los tijeretazos). Durante uno, dos, tres segundos, toda su atención se concentró en prensar las palmas en la curva de su espalda, en quemarse los dedos con el hierro al rojo de su piel. Pero al cuarto ya quería más. Al cuarto ya no podía parar de tocarlo, y quería que Rako tampoco pudiese.

No le hizo falta pedirlo. Fue el propio Rako quien dio el siguiente paso, abandonando sus labios solo para trazar con los suyos la línea de su mandíbula. Cuando le dejó un beso breve bajo el oído Sasha oyó su respiración agitada y se movió sin pensar, con la misma naturalidad con la que las plantas se arquean hacia el sol, recostando la cabeza en la puerta para exponer su cuello como una ofrenda.

Pero él no la tomó, sino que se apartó y estudió su expresión con ojos entornados, como si sospechara que Sasha aprovecharía ese hueco para escabullirse.

—¿Todo bien?

—Claro.

Sin rastro ya de prisa o hambre, Rako tironeó del bajo de su camisa todavía pulcramente remetida en el pantalón hasta liberarla, momento en el que deslizó ambas manos por debajo. Y Sasha, a pesar de saber lo que venía después, se tensó en cuanto las sintió por primera vez sobre su piel desnuda. Siguió tenso mientras dejaba que

las puntas de sus dedos delinearan los huesos de sus caderas, y mientras trepaban por sus costados, arrastrando la camisa a su paso. A esa distancia, el calor que Rako emanaba atenuaba la sensación de piel descubierta, pero no conseguía blindarlo de sus propios pensamientos: estaba compartiendo más de lo que había imaginado, y a mayor velocidad. Cuando un besó le cayó en la frontera entre clavícula y camisa, Sasha se estiró de nuevo, rehuyendo inconscientemente el contacto.

—Estás incómodo —sentenció Rako al instante, y dejó de tocarlo.

—No —respondió entre dientes—. Solo… poco acostumbrado.

—Esto no es lo tuyo, ¿eh?

—Sabes que no.

Sí. Rako lo sabía. Lo habían hablado mil veces, antes. Antes de que Sera muriera. Por eso el daena desvió la vista, mordisqueándose con nerviosismo el labio inferior.

—Entonces, ¿por qu…?

—Porque quiero. Sigue.

Y, para demostrárselo, Sasha aferró en un puño la lazada de su pantalón y lo atrajo de vuelta a su vera de un tirón brusco. No pensaba perder tiempo buscando las palabras adecuadas cuando podía simplemente presionar su erección contra la suya, mil veces más elocuente por sí sola que cualquier discursito sentido. Al parecer funcionó, porque Rako jadeó alto y claro, un sonido tan franco, tan genuino, que Sasha tuvo que morderse la mejilla por dentro para contener uno propio. No era fácil pescar al daena real con la guardia baja, siempre alerta, siempre listo para escapar (instinto que él entendía muy bien), pero, tras unos segundos de esconderse con la frente pegada a su hombro, accedió a darle un beso breve, suave. Reticente.

La verdad, le sorprendía tener tantas ganas de que Rako le creyera.

A Sasha nunca le había preocupado su nulo interés en el sexo. No le había interesado ni de mortal ni de inmortal, aunque en esos doscientos años se había animado a probarlo un par de veces. Tres, para ser exactos; junto a una cuarta que dudaba si contar o no porque solo recordaba sentirse como si estuviera huyendo en lugar de follando… Al final, había llegado a la conclusión de que no le reportaba nada, y tampoco terminaba de sentirse cómodo.

Por suerte, no lo necesitaba para sobrevivir.

Pero, en aquel momento, lo quería. Y, aunque no entendía por qué, sí sabía que tenía que ver con Rako, con que era Rako quien le besaba y quien le tocaba porque le gustaba todo lo que hacía y decía y más aún si le incluía a él. E ignoraba hasta dónde querría llegar o cuándo dejaría de sentirse tan seguro, así que…

—Vale —concedió Rako por fin, sus labios rozando los suyos—.

Vale. Me fío de que me dirás si quieres parar o si hay algo que no quieras hacer en vez de apretar los dientes y tragar como haces siempre.

El jadeo que se le escapó cuando acto seguido presionó una mano contra la tela tirante de sus pantalones debería haber sido respuesta suficiente, pero aun así esperó hasta verlo asentir antes de desanudar el cordón. Para el resto ya no pidió permiso, ni para colar dentro la mano ni para rodear su miembro con ella. Sasha cerró los ojos al oírlo maldecir entre dientes, demasiado ocupado en mantener la espalda anclada a la puerta y en impedir que sus caderas siguieran el subir y bajar y subir de su mano y sobre todo en no pensar por qué resbalaba tan bien. Se encontró aferrado a los brazos de Rako, intentando autoconvencerse de que todavía conservaba un mínimo control sobre su cuerpo aun cuando se notaba a cada segundo más y más borroso, mente a la deriva mientras el daena lo callaba a besos torpes que siempre terminaban con sus dientes atrapando su labio inferior.

Rako sonreía al apartarse una vez más; Sasha no. Sasha chasqueó la lengua y abrió los ojos solo para fulminarlo con la mirada, pero el muy listillo ni siquiera se molestó en explicarse. En lugar de eso, se arrodilló. Y él, que había hundido las manos en su pelo para acercarlo de nuevo, volvió a tensarse entero.

—¿Qué haces?

—Sha —rio, tras dejar un beso en la cima del hueso de su cadera —. Ya lo sabes.

Rako quería reducirlo a cenizas y lo estaba consiguiendo. La brisa que entraba a través del ventanal le helaba el sudor pero su lengua eclipsó cualquier alivio, incandescente y abrumadora y llena. Con una mano en la cintura lo mantenía quieto, con la otra se aseguraba de ser quien marcaba el ritmo, un compás que Sasha se veía incapaz de seguir porque era demasiado rápido y demasiado lento al mismo tiempo y no sería consciente hasta mucho después de la fuerza con la que cerraba el puño en torno a sus mechones castaños según su boca lo fundía todo a su paso.

Sin embargo, fue suave cuando le acarició la sien, perdido durante eones en la imagen de sus ojos cerrados y sus labios abiertos, brillantes de saliva y de algo más. El gemido con el que Rako respondió quedó encerrado en su garganta, y solo entonces el caballero se dio cuenta de que ya no sentía su mano inmovilizándolo contra la puerta. Quiso decirle que esperase, que no se tocase todavía, que quería hacerlo *él,* pero Rako escogió ese preciso momento para terminar de llenarse la boca con su erección, más por perseguir su propio placer que el suyo, destruyendo así el último hilo de autocontrol que le quedaba. Y aunque reaccionó enseguida, aunque trató de apartarse, ni Rako ni su lengua se lo permitieron.

El orgasmo se le clavó como una cuchillada, obligándolo a doblarse en dos mientras Rako tragaba. Le pareció que duraba incluso más que el beso con el que el daena lo recibió al levantarse para salir a su encuentro, y dejó tras de sí un escalofrío que le mordió los músculos, los nervios, las manos. Las mismas manos que acunaron su rostro, piel oscura contrastando vivamente sobre tez dorada al sol.

Sasha continuaba besándolo cuando Rako jadeó contra sus labios, y cuando le manchó la camisa con algo cálido, incluso cuando lo abrazó con fuerza después, enterrando la cara en su cuello. El cuerpo del daena ardía, le quemaba en cada vértice, pero eso a él le daba igual, solo quería echar raíces en aquel ínfimo espacio entre realidad y Rako mientras le besaba el pelo y seguía con la yema de los dedos el fantasma de su orgasmo columna abajo.

El silencio duró siglos, pero no se le hicieron tan largos como los que había vivido.

Antes de separarse, Rako le dio un beso perezoso que pronto se retorció en una mueca.

—¿Qué pasa? —susurró él.

—Estábamos tan preocupados por el número de camas, Sha —mitad rio, mitad gimió—, y al final ha dado igual. Puertas tenían todas las habitaciones.

Sasha rio también. A partir de ahí comenzaron a desenredarse poco a poco el uno del otro, aunque sus dedos permanecieron entrelazados un par de segundos más. Lo vio bostezar, estirarse, chasquear las vértebras; tuvo que rehacerse el nudo del cinto varias veces porque no podía dejar de mirarlo. Le parecía increíble que se moviera con tal naturalidad, tan relajado, como si llevasen juntos toda la vida. Quizá deberían llevar juntos toda la vida.

—¿Crees que la bañera seguirá calentita? —preguntó Rako.

—Eso espero —respondió, aunque no las tenía todas consigo.

—Vale, pues… ¿Quieres ir tú primero? ¿O me adelanto?

La pregunta lo descolocó hasta que cayó en la cuenta del mensaje que transmitían su camisa ya firmemente remetida en los pantalones o el esmero con el que se tiraba del puño de las mangas para cubrirse las muñecas. Comparado con el aspecto desbaratado de Rako, su porte pulcro y compuesto se leía como una suerte de armadura, de muralla.

No podía evitarlo, le salía solo. Lo de escudarse, lo de taparse. Pero por eso mismo le dedicó una sonrisa suave, tranquila, y avanzó un paso para darle un beso rápido antes de retrocederlo para sacarse la camisa por la cabeza. Sucia como estaba, la echó al suelo, y luego enarcó una ceja ante los esfuerzos de Rako por mantener la vista fija en cualquier lugar salvo en su pecho.

—Mi problema con la desnudez es religioso, no personal —le explicó Sasha en un susurro—. Si estoy contigo es como estar a salvo.

Está permitido.

—Eso es muy bonito —carraspeó él, abrazándole el cuello y acariciando su espalda tentativamente. Tenía el ceño fruncido, concentrado, aunque tardó poco en abrir mucho los ojos, como un búho—: Oye, ¿y dormir desnudos podemos? ¿Con la ventana abierta para que entre frío y nos acurruquemos?

Sasha volvió a reír. Era verdad; se reía mucho con Rako. Deslizó una mano camino arriba por su brazo, por su hombro, por su cuello, y él ladeó la cabeza para descansar la mejilla contra su palma. La sombra de sus largas pestañas dibujaba filigranas sobre sus pómulos. Algo le bombeó en el pecho, expandiéndose al respirar hondo, como si de pronto hubiera comprendido algo que antes solo alcanzaba a sospechar.

—Ya veremos —contestó finalmente, recordando de golpe la pregunta—. Depende de lo que me refresque el baño.

Rako arrugó la nariz, señal indiscutible de que pensaba salirse con la suya hiciera el calor que hiciera.

La travesía entre sueño y realidad era difícil de surcar.

Sobre todo cuando sentía que su cuerpo reposaba en una posición extraña, ajena. Porque, ¿qué era eso que aferraba con tanto ahínco entre los brazos? No existía ni una sola razón justificable para seguir soportando el calor que emitía, sin contar con eso otro que le cosquilleaba en la nariz de vez en cuando… ¿Plumas? ¿Hierba? Se movió un poco hacia delante y su cuerpo encajó con el suyo como lo harían las dos piezas de un rompecabezas.

¿Con el de quién?

Abrió los ojos antes de despertar del todo y, con el tiempo, llegó a entender que fue precisamente por eso que el pánico lo golpeó con tanta fuerza. Porque no había otra palabra para definir el terror, el *pavor,* de encontrarse entrelazado con Verenize • de Veda. El horror lo dejó sin aire y sin razón, llenándolo a cambio de una violencia desesperada que le hizo quitárselo de encima como si escaldara. Quería salir de allí, escapar, huir. Quería arrancarse la piel en los lugares donde lo había tocado, donde aún sentía el fantasma de su calor, su olor a mandarina y a melocotón y a oro.

El rey se escudó por instinto de un ataque que jamás llegaría, porque su caballero jamás le haría daño. Sasha lo miró, petrificado; y Nize también lo miró, increíblemente pálido, con el espanto que concedía la comprensión.

—Sasha —lo llamó al incorporarse, su voz teñida de algo muy cercano al dolor.

Fue justo su voz (siempre más grave, más adulta, más rasgada) lo que le ayudó a encontrar las diferencias. Se le metió por debajo de las uñas, y a pesar de continuar en guardia aquel mínimo susurro le hizo ver los ojos castaños y no azules, las pestañas curvas y no rectas, la brutal cicatriz que le mordía la mandíbula. El lunar en el pómulo.

Rako permaneció inmóvil mientras él lo reconocía. Durante un instante le dio vergüenza haberlos confundido, pero llegó y pasó al igual que el miedo, dejando a su estela el alivio de saberlo solo una mala jugada de su mente. ¿Quizá se había desvelado en mitad de la Anunciación…? No, no recordaba ni un mísero segundo de esta. Todavía temblando, Sasha se encogió sobre sí mismo y se apretó los ojos con las manos hasta que un puñado de estrellitas moteó la oscuridad tras sus párpados.

No iba a dejarle marchar, ¿verdad? Nunca iba a dejarle marchar.

—Lo siento, Sha —susurró Rako, extendiendo los brazos hacia él pero únicamente posando la punta de los dedos en sus piernas—. Me arrancaría la cara si pudiese.

Eso le hizo reaccionar, y mientras alzaba la vista para mirarlo deseó que fuese una de sus bromas para destensar el ambiente. Pero no era lo que decía su cuerpo, ni la manera en la que tragó saliva, ni la culpa en sus ojos de otoño.

—No.

Cruzó el océano de sábanas revueltas que los separaba para dejar primero un beso en el lunar de su pómulo (marca indiscutible de que no era Nize) y luego otro en sus labios. Rako se dejó hacer, muy quieto, como si esperase que Sasha lo apartara de otro empellón en cualquier momento. La verdad, él mismo tampoco tenía claro que no fuera a hacerlo. Así que, con un profundo suspiro, lo guio de vuelta al colchón y lo acunó largamente entre sus brazos, ambos reacostumbrándose poco a poco a la presencia del otro.

Por supuesto, al daena pareció costarle mucho menos, porque apenas unos minutos después ya le había encaramado la pierna a la cadera y rodeado el cuello en un férreo abrazo. Sasha sonrió, divertido. Y, extrañamente, fue esa despreocupación con la que le echaba todo su peso encima lo que consiguió terminar de calmarlo, su pecho arriba y abajo en tándem mientras el dormitorio iba tomando un cálido color dorado. Pequeños copos de polvo flotando frente al ventanal abierto de par en par, el zumbido de alguna abeja madrugadora allá afuera, el ritmo pausado del mundo real al despertar. Respiró hondo, respiró tranquilo.

—¿Qué hora es? —preguntó Rako un ratito más tarde sin molestarse siquiera en abrir los ojos, cuando él ya pensaba que había vuelto a dormirse.

—La de empezar a levantarse.

Y, sin embargo, ninguno de ellos se movió. No inmediatamente, claro. Al final, Sasha hizo de tripas corazón e intentó incorporarse, aunque le sirvió de poco, pues Rako se negaba a soltarlo.

—Rako, vamos, que ya hace rato que ha amanecido.

—¡No!

—Luego dices que si Anna te odia. Te lo ganas a puls… —Intentó incorporarse de nuevo, sin éxito—. Venga, va, déjame libre.

No obtuvo respuesta.

—¡Rako!

Pero Rako solo se le enganchó con una fuerza que jamás le había creído posible mientras chirriaba el «no» más largo que Sasha había oído en toda su vida.

—Ah… No deberíais habernos traído esas cuajadas…

Sasha contuvo la sonrisa a duras penas, pero no pudo evitar volverse a mirarla. Hator tenía los ojos cerrados, su rostro la más pura imagen de la melancolía, y cada dos metros soltaba un suspiro tan dramático como genuino.

Hacía ya varias horas que la meseta había empezado a empinarse, mutando sin prisa pero sin pausa en el muro montañoso que separaba Agavlia de Córtega. No era parte de la misma cordillera a la que llevaban siguiendo la pista desde el Paso Caníbal, sino un pequeño sistema independiente cuyas sierras increíblemente escarpadas marcaban el punto final del territorio agavle (de ahí su nombre). Tras la cima más alta del Punto Final comenzaba Córtega, desde la que alcanzarían a ver a lo lejos el famosísimo Golfo de Agavlia, un bocado de mar que se tragaba gran parte del reino y protagonista de la rivalidad más ridícula de la historia. Y es que *cada vez* que un agavle y un vederés coincidían en alguna taberna, el primero comenzaba a jactarse de que el golfo tenía más kilómetros de playa de los que la Espiral podría soñar, a lo que el segundo le recordaba el (dudoso) informe de Irún ⁝ de Veda, quien, picajosa como solo podía serlo un antepasado de Verenize, habría ordenado medir de cabo a rabo la costa de la península vederesa para refutar tal calumnia. Dependiendo del nivel de ebriedad, la disputa acaba ahí o pasaba a las manos con un «¡Mídeme esta!».

Para Rako, nadador condecorado de la Cruzada, dudar de la palabra de Irún ⁝ suponía dudar de sus logros, por lo que él siempre elegía la violencia. «Algún día me voy a comprar una cinta de costurero y me voy a ir a medir yo mismo la Espiral», había prometido (amenazado) una vez, mientras Sasha lo arrastraba de vuelta al castillo.

Quizá, cuando todo aquello acabase, podrían hacerlo. Podrían hacer algo tan tonto como gastar su tiempo en medir playas.

Collado arriba, la falda de las montañas bloqueaba cualquier brisa, su sombra inmensa mitigando aquel calor estático tan característico de la meseta. Sasha aprovechó la tregua ambiental para relajar los músculos, pues sabía que pronto habrían de enfrentarse a las famosas ventiscas del Punto Final, salvajes y cambiantes y rápidas. Hasta entonces, se contentaría con lo que tenía. Y lo que tenía era una sucesión de recuerdos de la noche anterior que prefería no tocar en público.

—Sasha. —Moira lo sacó súbitamente de sus pensamientos, y la miró, sobresaltado. Ni siquiera había oído a su caballo acercarse—. ¿Se te ha ocurrido ya algún modo de usar la magia a escondidas de Verenize?

Con un suspiro, bajó la vista hacia sus manos. Seguía sorprendiéndole encontrar el color amaderado de su piel, tras décadas y décadas encerrado en el negro de la magia gangrenada. Lo había echado de menos.

—No. De momento no me queda otra que acostumbrarme a abrir y cerrar el canal a toda prisa, para cuando necesite usarla. Tengo que empezar a practicar.

—Pues empieza ahora, ¿no? Aprovecha el viaje, que nos queda un buen trecho.

—Prefiero esperar a que lleguemos, porque los elementos se me vuelcan dentro como locos para saludarme en cuanto lo abro, y ahora que Nize sabe que quiero usar mi magia seguro que estará atento a cualquier cambio… No puedo arriesgarme a filtrar nuestra localización. —Incómodo, Sasha se estiró hasta oír el chasquido de una vértebra, su columna ya rígida tras horas de ascenso—. Me dijisteis que en Graendar el Mundo pesa más, ¿no?

En lugar de responder, Moira frunció el ceño. A su vera, Anna también. Fue ella quien preguntó:

—¿Eso quiere decir que has recuperado tu conexión con el rey?

—Nunca la perdí —contestó, encogiéndose de hombros—. Es solo que el Vínculo permite sentir la magia del otro y, sin magia, no hay nada que sentir. Pero no te preocupes, que con la distancia pierde solidez. Aunque lo abra, será muy diferente a cuando vivíamos los dos en el castillo.

—Cierto —intervino alegremente Hator, y ambas mujeres se volvieron a mirarla. Sasha no—. El Vínculo tiene sus cosas. Yo ahora ya lo controlo mejor, así que puedo decidir qué enseñarle o no a Moira, pero cuando algo me toma por sorpresa, como… —seguro que había arrugado la nariz mientras pensaba— como, por ejemplo, si me corto sin querer pelando fruta, pues no me da tiempo a ahorrarle ese

dolor. Pero en batalla me guardo lo que siento para mí, por si acaso.

—¡Oh! —exclamaron Sasha y Rako a la vez.

Se miraron, ambos con la boca ligeramente entreabierta como el par de idiotas que eran. ¿Cómo que «guardarse lo que sentía»? ¿Cómo que «ahorrarle ese dolor»? Sasha se sintió imbécil. Y pensar que podría haber controlado qué enseñarle o no a Nize… Pero el pasado ya no tenía remedio, así que se centró en lo importante: que, ahora que lo sabía posible, podría hacerlo en un futuro, cuando se hallasen en el mismo reino y Sasha necesitara su magia.

Aunque, si echaba la vista atrás, no le extrañaba que ninguno de los dos hubiera descubierto que existía manera de censurar su conexión. Los registros históricos apenas contabilizaban una docena de Vínculos en todo el globo, y, a falta de información de primera mano (pues poco podía uno fiarse de mitos religiosos y cantares populares), tanto el rey como su caballero habían asumido que debían compartir cada punzada de tortura o felicidad, que aquello formaba parte del precio. Además, una vez Vinculados tampoco habían tenido mucho tiempo para investigar el enlace. Habían estado investigando otras cosas.

Por el contrario, a las brujas no les había quedado otra que ponerle bridas a su Vínculo desde el primer minuto, pisoteando una y otra vez las fronteras de la otra hasta descubrir dónde comenzaba y acababa el terreno de cada una.

—Entonc… —carraspeó Rako, con la mirada desenfocada— entonces a lo mejor no te hace falta abrirlo y cerrarlo todo el rato. Es como dice Hator…, basta con controlar cuánta magia dejas salir. Como…

Sasha entrecerró los ojos, intentando descifrar su devenir mental, pero Hator fue más rápida, y cuando se inclinó hacia delante para poder mirar al daena en los suyos brillaba una chispa de comprensión:

—¿Como una mosquitera?

—¡Como una mosquitera! —asintió este, emocionadísimo.

—No entiendo.

—Te tiraste *días* con el Vínculo abierto y Nize ni se inmutó —se apresuró a explicar Rako, soltando las riendas para gesticular libremente—, solo se dio cuenta de lo que pasaba ya en batalla, así que no debe de notar cuándo abres el canal, sino cuándo usas tu magia. Por lo tanto, si lo dejas abierto lo suficiente como para darle paso a los elementos, para que no se alboroten cada vez que les pides algo…

Comprendió de golpe.

—Susurrar en lugar de callar —dijo al mismo tiempo que Moira.

No le sorprendió. A fin de cuentas, Rako y Hator siempre pensaban de forma más abstracta, más colorida. Ellos pensaban en términos

tangibles, aplicables.

—Sí, eso podría funcionar —continuó Sasha—. Le daré una vuelta.

Le daría más de una vuelta. Ahora que la proximidad con Graendar le corroía los nervios, impidiéndole dormir hasta bien entrada la madrugada, podía emplear las horas de insomnio para construir esa «mosquitera», esa red que le permitiera filtrar la cantidad justa de magia sin despertar al dragón. Contempló de nuevo sus manos, pensativo, y luego miró de soslayo a Rako, quien le guiñó un ojo. Sasha esbozó una sonrisa diminuta, consciente de que en cualquier otra situación (cualquier otro día antes de anoche) le hubiera sonreído más ampliamente. Más natural. Pero todavía no había decidido cómo comportarse alrededor del daena delante de las demás; y este, como siempre, le dejaba hacer.

La sonrisa que Rako había empezado a devolverle quedó congelada en una mueca cuando algo a la espalda del caballero atrajo su atención. Al instante, Sasha se tensó. Por favor, que no fuese otro dragón. Moira ni siquiera se había recuperado por completo del último. Sin embargo, esa vez no halló terror en sus ojos castaños, sino preocupación. Preocupación, confusión, incomprensión.

Sasha se volvió a mirar.

Una figura brillante cabalgaba directa hacia ellos. Montaba un pura raza de crines blancas y manto áureo, combinación preciadísima entre las altas esferas de la Espiral tanto en tiempos del rey Aurel como en los sucesivos. Su armadura plateada relucía bajo los rayos del sol, e incluso desde allí alcanzaban a distinguir las inclusiones de oro como cometas en un cielo mañanero o la capa de terciopelo dorado que le cruzaba el pecho.

—Viene solo —informó Moira, mientras alcanzaba su arco.

—Sola —corrigió Hator.

Esa pequeña aclaración hizo fruncir el ceño al daena real, y antes de que Sasha pudiera detenerlo este tiró de las riendas de su montura, frenando en seco. Los demás lo imitaron por pura inercia.

—¿Qué hace? —preguntó Anna—. ¿Por qué viene sola? ¿Querrá parlamentar?

—¿Parlamentar? —repitió Hator, incrédula. Sasha ignoraba si por la elección de palabra o por el pensamiento en sí—. Qué más da. Moira, dispara.

—Esperad.

La voz de Rako sonó tan tensa como sus músculos al momento de apartar firmemente el arco de Moira. Tenía los ojos entornados, entre reflexivo y alerta, un ave rapaz sopesando a su presa.

No fue hasta que la jinete se detuvo a pocos metros de distancia que Sasha reconoció el detallado grabado sobre metal mate, e intentó contener con todas sus fuerzas el escalofrío que le bostezó en la nuca.

Ni mucho menos tenían delante a un simple soldado raso, ni siquiera a una general de frontera. No, aquella mujer ostentaba la armadura de un capitán real, y solo existía un único lugar donde ejercer tal cargo.

La corte espiral de Verenize • de Veda.

Sasha fue el último en pasar a estudiar su rostro (si es que los demás habían gastado siquiera un segundo en los grabados) y se sorprendió alzando las cejas. Porque, aunque a lo largo de los siglos había conocido a infinidad de humanos y demonios cuya belleza había llegado a convertirse incluso en leyenda, todas estas parecían palidecer a su lado.

Su cabello negro y espeso, lustroso, le caía en ondas sobre los hombros, y su piel compartía con la suya el tono ocre pero más rico, más intenso, menos dañado por el sol. Sus pómulos altos daban paso a unas gruesas cejas perfectamente delineadas y a unos labios llenos, exuberantes, quizá su rasgo más atrayente si no fuese por aquellos incisivos ojos negros perfilados con tinta del mismo color. Pestañas tupidas, nariz afilada de tabique ligeramente curvo. Y oro, mucho oro. Aros del tamaño de un puño tintineando en sus orejas, anillos en sus dedos, gargantillas en su cuello, un falso lunar bruñido adherido al pómulo.

Desde luego, la capitana no había venido a luchar.

Rako desmontó con los ojos muy abiertos:

—¿Chandra?

Sonriente, ella se deslizó de su montura como una cascada de arena y lo recibió con los brazos abiertos. Rako la abrazó, riendo a carcajadas, y las demás miraron al caballero, como si él supiese qué estaba pasando. Y debieron de verle en la cara que no, que no tenía ni idea, porque Moira volvió a entesar el arco, insegura, de pronto los cuatro incómodamente conscientes de lo que podría significar aquel abrazo entre la caballero y el daena de Verenize el Eterno.

Pero, cuando se separaron, Rako les sonrió tan sincero como siempre.

—Eh, eh, relajaos… Esta es Chandra de Corte, capitana de la guardia real —se las presentó, todavía con una mano en su cintura—. Me ha rescatado ya dos veces; una de perder la cabeza en la celda de eternidad y otra al ayudar a la Resistencia a sacarme de allí.

Tras una mínima reverencia, la mujer signó un «Seis vidas, seis victorias» que Sasha devolvió por pura inercia, todavía descolocado, pero fue el único. Moira y Hator inclinaron la barbilla un par de grados por todo saludo. Anna se mantuvo inmóvil.

—¿Qué haces tan lejos de Venfica? —preguntó Rako en vedés, con un deje aprensivo—. Creía que Nize no te había descubierto.

—Y no lo hizo, pero… —Tenía el acento tan marcado que Sasha deseó poder simplemente escuchar la cadencia de su voz y no las

palabras—. Hay algo que debes… No. Hay algo que el Séquito entero debe saber.

Avanzó un paso hacia ellos, arrastrando al daena consigo, y sus ojos oscuros pasaron de uno a otro, como buscando algún tipo de fallo. Sasha supo lo que estaba haciendo, porque a él también le habían enseñado a sondear, a escudriñar. A tantear si alguno de los presentes le daba mala espina antes de decidirse a hablar. Pero al final:

—El rey sabe dónde está. Tiene un mapa.

¿Perdón? Sasha frunció el ceño, confuso. Esta vez, no fue el único.

—¿Dónde está el qué? —preguntó Rako.

—El arma. El arma que concederá a la Elegida profetizada el poder de matarlo.

La Manera, comprendió Sasha, y cuando se giró hacia Hator ella ya le devolvía la mirada.

A pesar de que la luz del atardecer cegaría hasta al halcón más avezado, se habían refugiado tras un montículo rocoso de todo par de ojos que quisieran rastrear el collado. Así que allí estaban, sentados en círculo, si es que al conjunto que formaban las chicas y Sasha a un lado y los dos vedereses en discordia al otro podía llamársele así.

—Yo solo pido —suplicó Anna nada más acomodarse, con una mano en el pecho— que, por piedad, hablemos en agavle. Y vosotros despacito, que no sé qué hacéis los de la Espiral para que nunca se os entienda ni papa en ningún idioma.

Rako rio, pero Chandra asintió, pétrea; lo que a Sasha le recordó inevitablemente a la capitana Rarra, siempre recta y seria de servicio pero amable y suave en privado, regalando sonrisas cuando nadie más miraba. Aunque Chandra parecía reservárselas para Rako, porque a ellos los trataba con cierto recelo que a Sasha le resultaba casi ofensivo. Después de todo, era ella quien debía ganarse su confianza, no al revés.

Para ello, primero habían probado a comunicarse con ella en el lenguaje de la profecía, pero no había funcionado. Eso solo había conseguido que Anna frunciese el ceño y que Rako se mordiese la mejilla por dentro, sabiéndolo otro obstáculo más entre su versión y la que ellos decidieran creer. Sin embargo, a Sasha lo que le interesaba era la opinión de las dos brujas, las únicas integrantes del Séquito (¿Séquito?) conectadas a los elementos y, por lo tanto, a la profecía.

De Hator poco había que decir: pasaba la vista de uno a otro, expectante y tensa, sin saber muy bien a qué atenerse. Moira, en cambio, no apartaba los ojos de Chandra ni un segundo, tan recia

como la propia capitana pero mirada más penetrante, más ávida, más… Ah, claro. Él contuvo la sonrisa, guardándose sus conclusiones para sí mismo.

—Vayamos por partes —comenzó por fin el caballero (y en agavle, para alivio de Anna)—. Chandra, Rako te ha presentado como la capitana de la guardia de Verenize • de Veda, ¿es correcto?

Esta asintió mientras recostaba la espalda en la roca. El chirrido de metal contra piedra disimuló un gruñido de Anna, así que Sasha optó por ignorarla:

—Pensaba que todos los habitantes de la corte eran afines al Eterno.

—La mayoría —afirmó Chandra, aún impávida.

—¿Te infiltraste en la guardia, entonces?

—No. Mi madre también fue capitana espiral, y mi padre, guardia real. Nací en la corte de Verenize •, supuestamente elegido por el dios Var para velarnos y guiarnos hasta el final de los tiempos.

—Var no dejaría a Verenize a cargo ni de un asado —refunfuñó de nuevo Anna, aunque esa vez el caballero sí se giró a chistarla. Ella chasqueó la lengua, pero enseguida se repuso y, con los ojos entornados, preguntó—: ¿Y cómo te diste cuenta de que os tenía comida la cabeza a ti y a medio continente con la tontería esa?

Aunque la expresión de Chandra no cambió ni un mínimo, Rako apoyó una mano en su muñeca todavía enguantelada. La capitana respiró hondo largamente antes de responder:

—Fue difícil, porque crecer en Veda significa invariablemente creer en su rey. Desde pequeña se me inculcó que Verenize era lo más parecido a una deidad que vería jamás y que debía protegerlo con mi vida, y a ello me entregué. El Eterno era amable conmigo, su Muerte también… Siempre nos cuidaron. A mí, a mi familia, a todos. No tenía razones para dudar. —Se encogió de hombros—. Y, si lo hice, fue porque el rey me encargó custodiar la celda de eternidad de su daena. Yo ni siquiera sabía que seguía allí. En la Espiral se piensa que lleva siglos muerto.

Normal. Según Verenize dejaba de mentar a Rako en sus Anunciaciones, incluso el propio Sasha había llegado a sospechar que lo había ejecutado. Aunque mantenerlo encerrado durante doscientos largos años tampoco suponía ninguna misericordia. Más bien una tortura ingente, un castigo inhumano para un crimen jamás cometido.

Rako lo miró a los ojos. «Ya no estoy allí», decían los suyos, tratando de calmarlo. «Ahora estoy aquí, libre, contigo».

Pero el castillo siempre acababa reclamándolo. Por mayor o menor tiempo, de día o de noche, pero lo hacía. Su existencia, como la del caballero, terminaba donde Verenize empezaba.

—No soporto que me manipulen —continuó Chandra entonces, y

el odio helado de su voz le erizó el vello de la nuca—. Tolero mejor las mentiras, porque hace falta valor para decirlas, pero callar y dejar que la buena fe de tu pueblo sea quien entierre tus pecados es cobarde. Es usarnos como escudo. —Rako agachó la cabeza—. Y, una vez descubierto el primer agujero, ya no podía parar de hurgar, de pensar en todo lo que me habían contado desde niña que nunca había salido de sus labios. Unas semanas después de ser asignada a su celda, averigüé que Rako conservaba plenas fac…, o, bueno, que podía comunicarse, así que empecé a interrogarlo.

—¿Y te fiaste de un preso? —preguntó Hator con cautela.

—Me fie de la lógica. Para mí, tenía más sentido que un rey hubiese masacrado a la mitad de su población y aún mantuviera a su lado al demonio con quien Pactó que la historieta de Var descendiendo la escalinata cristalina solo para coronarlo. Sobre todo después de escuchar la versión del daena real.

Y el propio daena real tomó la palabra de forma natural, orgánica. Parecían acostumbrados a conversar entre sí. O, al menos, Rako parecía acostumbrado a hablar y Chandra a escuchar, lo que más o menos confirmó al decir:

—Hacía siglos que no hablaba con nadie, así que no siempre conseguía hilar pensamientos… Pero cuando era capaz de concentrarme, ella me hacía preguntas muy concretas. Y no te creas que me daba mucho a cambio, ¿eh? La mayoría de las cosas de esta época las descubrí gracias a la Resistencia o a vosotros. Aunque tampoco me importaba; me bastaba con volver a usar la lengua. Se me había olvidado que tenía. —Frunció los labios, pensativo—. Ni siquiera recuerdo si sospechaba que tramaba algo.

El Séquito al completo asintió: entendían lo que quería decir. Y es que Rako, por entonces, no se encontraba en posición de ofrecerle nada elaborado a la capitana, pues su existencia en la celda se basaba en hacerse creer a sí mismo que no llevaba varias vidas allí encerrado; un mecanismo de supervivencia que le había evitado caer en la locura, sí, pero del que quizá ya nunca se libraría. Su mente seguiría apagándose de tanto en tanto, convirtiéndolo en una cáscara vacía a la que Sasha no soportaba mirar.

—Dos años después mi madre murió y yo ocupé su lugar en la capitanía de la guardia. —Chandra tamborileaba las uñas sobre el metal de su armadura—. Ni volví a visitar a Rako ni compartí con nadie lo que había descubierto. Tampoco tanteé al carcelero que me sustituyó; preferí mantenerme neutral. Así, desconozco si en la corte hay otros al corriente de la farsa en la que vivimos. De haberlos, son muy buenos actores.

—Como tú —dijo Anna.

La capitana arqueó una ceja.

—No, no, a Chandra eso no le hace falta —rio Rako—. Si no cambia la jeta ni aunque la maten, ya la ves.

—Vamos, que ahora mismo también está actuando.

—Anna —advirtió Moira, la voz tan grave que sonó a maldición.

Sasha pudo oír la queja antes incluso de que abandonase los labios de la pastelera:

—¡Es que no lo entiendo! ¡Ya solo nos falta sentarnos a escuchar al mismísimo rey! ¿¡Por qué les creéis!? ¡Que vienen del castillo! Y esta cómo ha sabido dónde estábamos, ¿eh?

Lejos de ofenderse, la acusada se dignó a poner los ojos en blanco antes de responder.

—Lo que el rey sabe, su guardia sabe. Es mi trabajo. Verenize solo os consiente la excursioncita porque a esta distancia no suponéis amenaza alguna.

—¿Y qué pintas entonces tú aquí?

—Os lo he dicho *literalmente* nada más desmontar.

—¡Pero en otro idioma!

Aunque a Sasha le aliviaba ver que no era el único capitán al que Anna conseguía sacar de quicio, se preparó para intervenir una vez más. Sin embargo (para su sorpresa), fue Hator quien cortó la discusión de raíz con una enérgica palmada en el centro del círculo. Anna torció el morro y se cruzó de brazos; Chandra focalizó su atención en la rubia, rostro aún impasible pero ojos curiosos.

—La Elegida, supongo —dijo, aunque no parecía suponer, sino afirmar.

—Sí —confirmó esta igualmente, serena como solo se la veía al combatir—. Vayamos al lío; ¿cómo sabes que el rey tiene un mapa con el paradero de la Manera?

Diligente, la capitana contestó sin falta:

—Porque lo vi, una vez que me mandó llamar a su estudio. Es un plano mudo, sin leyenda. Juraría que de la capital, pero no fui capaz de reconocer las calles ni encontrarle sentido a la simbología.

—Ah, ¿así que lo de que era el mapa hacia la Manera te lo sacaste del culo?

—No —y, esta vez, sí parecía ofendida—, lo saqué de él. De ellos. Cuando llegué, el Eterno y su Muerte estaban discutiendo en qué distritos reforzar la seguridad en caso de que vinieseis a por ella.

Silencio. Sin poder evitarlo, Sasha cruzó miradas con Rako.

—¿Ir a por ella? —La voz de Hator sonaba atónita—. ¿Es que creen que sabemos dónde está…?

Chandra asintió, como si fuera obvio. Después estrechó los ojos.

—¿No lo sabéis?

Nadie contestó.

—Bueno, no pasa nada —dijo la Elegida—. Viste el mapa, así que

nos lo puedes decir tú. ¿Dónde ponía que estaba?

—Ya os lo he dicho, no entendí la simbología. Ni siquiera entendí el plano.

—¿Nada de nada?

—No. Pero sé dónde lo guardan.

—¿Dónde?

Por primera vez, la capitana dudó. Y luego carraspeó, incómoda. Sasha frunció el ceño. De pronto, Anna soltó un sonoro grito ahogado:

—Quieres cobrarnos la información…

—Claro que no —gruñó Chandra, masajeándose las sienes con los dedos—. No dejaría la corte por un par de monedas.

—¿Dejarla?

—¿Crees que se puede traicionar al Eterno y luego volver a su vera como si nada? No. Verenize sabe cuándo mientes, lo sabe todo. —Había un tinte de amargura en sus palabras—. Y, si no lo sabe él, lo sabe Astrae, lo cual tampoco es mucho mejor. No, no. —Tan rápido como se había encogido, volvió a enderezarse. Los miró uno a uno a los ojos, en los suyos una miríada de emociones tras un semblante decisivo, firme—. Huí de la corte para deciros esto, y no me arrepiento. Ahora me asentaré en alguna aldea de los pueblos libres, donde al rey se le olvide que existo.

Sasha podría señalarle todos los fallos de ese plan, pero prefirió callar. En cambio, volvió a buscar los ojos de Rako, quien lo miraba en silencio. Aún seguían sosteniéndose la mirada cuando el caballero preguntó:

—¿Sabe Verenize que tu marcha tiene que ver con el mapa?

—No. Todavía ignora que no voy a regresar. Me ha enviado a capitanear las tropas de la meseta… Quiere que ataquemos Graendar.

—¡Pero si no sabe dónde está Graendar! —chirrió enseguida Hator, estridente como tiza sobre pizarra—. ¡Está oculta! ¡El Mundo la protege!

—¿Tan oculta como para que una brigada de cinco mil soldados no pueda dar con ella?

Hator calló. Todos callaron, digiriendo cada detalle muy, muy lentamente: el rey tenía intención de tomar Graendar, donde suponía que encontraría al Séquito; pero ignoraba que la capitana a quien había confiado la ofensiva no solo no pensaba llevarla a cabo, sino que proporcionaba al propio Séquito información de inteligencia sobre la única arma capaz de destruirlo.

No tenían tiempo que perder. Necesitaban ese mapa y lo necesitaban *ya.* Porque, en cuanto Verenize descubriera la traición lo primero que haría sería buscarle un nuevo escondrijo al mapa, o destruirlo. O peor: apoderarse de la Manera antes que ellos. Si es que no lo había hecho ya, claro. A fin de cuentas, estaban asumiendo que

la existencia de un mapa significaba que el rey desconocía el camino hasta ella.

—Chandra. —Sasha respiró hondo. Tampoco tenían otra opción—. ¿Dónde está el plano?

Y, como todo capitán de Veda, ella contestó rápida, diligente y precisa:

—Tercera planta del castillo, ala oeste. Se encuentra en desuso ya desde antes de la capitanía de mi abuela, pero nunca fue excluida de las rondas de guardia. Yo misma escolté al rey hasta los aposentos del corredor principal donde lo guarda, segunda puerta a la izquierda. No tienen nada de especial, ni se distinguen de ningún otro dormitorio perteneciente al servicio.

La incredulidad le aflojó la risa, una risita muda, derrotada, apenas un bufido, que desembocó irremediablemente en un larguísimo suspiro. Cerró los ojos. Se preguntó si habría acabado por adivinarlo con la mitad de pistas, o incluso sin ninguna. Claro que sí. Claro que sí, porque cuanto mejor se conocía a sí mismo más transparente resultaba Verenize.

—¿Eso es que te suena o que no? —preguntó Moira. Él abrió los ojos. Parecía hasta preocupada—. Ten en cuenta que el castillo puede haber cambiado con los siglos…

—No, no ha cambiado —la cortó, con voz agria. Al otro lado del círculo, Rako desvió la vista—. Sigue siendo el Ala de Caballeros. Supongo que de nada le servía sin uno.

Segunda puerta a la izquierda, ¿eh? Por supuesto.

Por supuesto que el mapa estaba en su cuarto.

12
COMO LAS COSAS VIVAS

—¿Puedo robártelo un segundo?
Chandra asintió, impávida, pero Rako sonreía mientras alzaba los brazos para encasquetarle al caballero el esfuerzo de ponerlo en pie. Sasha le concedió el capricho a modo de disculpa, como cada vez que lo excluían de la toma de decisiones.

Apenas diez metros separaban al Séquito de la capitana espiral, así que caminaron despacio, aprovechando la neutralidad de la pausa. Tras horas enteras discutiendo en bucle, Sasha se sentía agotado. Y, ahora que Rako entrelazaba su meñique con el suyo, feliz de reunirse por fin con su gente, también culpable. Como tuvieran que pedirle que se fuera otro rato con Chandra, se licuaría de angustia.

—¿Habéis llegado a alguna conclusión? —susurró el daena, aminorando el paso un poquito más.

—A todas y a ninguna —contestó, en el mismo tono—. El consenso general es que confiamos más en ti que en ella, pero no podemos arriesgarnos a que Verenize ataque Graendar. Tampoco a perder el mapa.

—¿Entonces?

Hubo un pequeño silencio en el que Sasha solo apretó ligeramente sus meñiques unidos. Rako volvió el rostro hacia él, la noche ya mordisqueándole con dientes de sombra aquí y allá.

—Ni se te ocurra, Sha —siseó, más amenazante que severo—. Si te atrapa…

Él esbozó una sonrisa, aunque ninguno se la creyó.

—No lo ha hecho en doscientos años.

—Porque no ha querido.

Eso le hizo chasquear la lengua. Ya. Era perfectamente consciente de que Verenize podría haberlo arrastrado de vuelta en cualquier momento, pero que había preferido no hacerlo porque lo quería regresando por voluntad propia (*Vuelve a casa, Sasha*). Y eso mismo iba a hacer, si al final decidían… ¿El qué? ¿Colarse en el castillo para robar el mapa? Era una locura. Rako lo sabía, Anna lo sabía, lo sabían todos. Y, aun así…

El daena lo soltó justo antes de entrar en el haz de luz que arrojaba la lumbre del Séquito, desde donde las chicas lo saludaron con murmullos cansados. Sasha cerró el círculo al sentarse a su lado, siempre de forma que pudiera tener vigilada a la capitana. Aunque Chandra no le daba mala espina. Solo le hacía pensar en lo difícil que le habría sido dar la espalda a todo lo que le habían enseñado, a todo lo que creía haber sabido; y en si le había costado tanto como a él.

—No vamos a ir al castillo —fue lo primero que dijo Rako, cruzándose de brazos.

A las demás pareció tomarlas por sorpresa, porque lo miraron con la boca abierta durante uno, dos, tres segundos. Cuatro. Al quinto, Anna se llevó una mano al corazón y empezó a balbucear, casi ofendida:

—No me puedo creer… que estemos de acuerdo. ¿Estás bien? ¿Estoy bien? Espera. —Y se volvió hacia Sasha, suspicaz—. ¿Ha dicho que vamos o que no vamos a ir?

—Pero ¿¡a ti qué te pasa!? —le ladró Moira al daena antes siquiera de que Anna terminase de hablar. Sus dientes aserrados le conferían aspecto de hiena—. ¡Nos hemos fiado de ella porque *tú* te fiabas!

—Y me fío —aseguró este—, pero tampoco soy idiota. —No les dejó protestar—: En serio, dadle otra vuelta. ¿No os había dicho el Mundo que sabríamos dónde encontrar la Manera una vez nos juntásemos todos los de la profecía? ¿Para qué necesitamos entonces el mapa? ¿Para qué vamos a meternos en la boca del lobo? No seáis tontas. Si alguna de vosotras entra en ese castillo, jamás saldrá.

Hubo un pequeño silencio en el que Moira boqueó como lo haría un pez, mitad frustrada mitad rabiosa. En cualquier otra situación, a Sasha le habría hecho gracia. Sin embargo, estaba demasiado concentrado en que Hator no había dicho apenas palabra desde que les había pedido amablemente a Chandra y Rako que se alejaran para poder hablar en privado. Hasta entonces:

—No, no nos dijo que sabríamos dónde encontrarla, sino que daríamos con la forma de llegar hasta ella. Es diferente. —Frunció los labios—. Y es esta, seguro, porque si no ya tendríamos a los elementos chillándonos lo contrario. Además, no quiero poner en peligro a mi gente. No podemos quedarnos.

—Oye, no es por ser irrespetuosa, pero vuestros elementos ya están empezando a cabrearme. —Anna hablaba con amargura, con vehemencia, y que Rako asintiera, dándole la razón, enrarecía la escena incluso más—. Se callan la profecía, se callan dónde está el arma que necesitamos para cumplirla…, ¡es que se callan hasta cuántos somos! ¿Por qué confiamos tanto en una…, eh, cosa que no confía nada en nosotros?

—¿Ahora también sospechas del Mundo? —graznó Moira

enseguida, fulminándola con la mirada.

Pero la pastelera no se achantó.

—Moira —suspiró—. Tienes que admitir que esto es rarísimo.

Lo era. Sasha no se atrevía a decirlo en voz alta, no cuando su magia amputada le impedía expresar a los elementos el espectro completo de sus emociones. Lo ciego de su fe en ellos en un extremo; lo deshumanizante de que los movieran como simples piezas al otro. Pero no era momento de discutir si el Mundo merecía su confianza, ni siquiera de debatir si estaba siendo injusto con ellos: era momento de elegir entre marchar al castillo o defender Graendar. Cada segundo contaba.

—Qué calladita estás, Hator —intervino entonces Rako, con los ojos entornados—. Tú sabes algo, ¿no?

La acusada dio un respingo, cazada de pleno, pero el daena real la miraba como si por fin hubiese descubierto algo y estuviera buscando el modo de arrastrarlo a la luz del sol. Hator carraspeó, incómoda al sentir todos los ojos sobre ella, y contestar le costó un par de intentos.

—Pues… A ver, sí. Sé que Chandra dice la verdad. Que hay un mapa y que está en el castillo. Es más; *sé* que es allí adonde debemos ir ahora, al castillo.

El silencio solo duró un instante. Luego todos hablaron a la vez. Pero por encima de las voces de protesta y de incredulidad, Hator lo miró a él, al único que permanecía callado. No tuvo que ordenar nada, decir nada, para que Sasha obedeciese:

—Basta.

Siguieron gritando.

—¡Basta!

Esta vez sí, la palabra restalló como un látigo, y los demás se encogieron como golpeados de verdad. Entre la espesa quietud que siguió al bramido, el caballero indicó a Hator con un gesto que podía proseguir.

—Moira y yo os hemos estado escondiendo algo. —La propia Moira emitió un ruidito de comprensión. Sasha aún no comprendía, pero sabía que lo haría muy pronto—. Hay… un quinto elemento con el que puedo comunicarme. A veces no me habla durante semanas, a veces no me deja en paz, pero siempre está ahí, mirándome, y lo ha estado desde que nací. Vosotros me visteis escucharlo una vez, en el Paso Caníbal. Allí me habló tan alto que creía que me reventaría los tímpanos.

Se acordaba de eso. De la palidez de Hator, del extraño olor metálico que había emanado de ella mientras la sacaba de allí. La bilis, las lágrimas secas, el fugaz intercambio en cortegués entre las dos brujas a sus espaldas un par de días después. Notó la mirada de Rako buscar la suya y Sasha asintió, aunque no se la devolvió. Así que

eso era lo que se habían estado guardando, ¿eh? Una quinta voz.

—No le siento parte *directa* del Mundo —continuó ella, mientras hurgaba con los dedos en la dura tierra de la montaña—, sino como un derivado, como… Bueno, da igual. El caso es que creemos que es la Manera, que me busca. Y cuando he visto a Chandra me ha hablado, me ha dicho… —arrugó la nariz— me ha dicho el nombre de vuestra capital, Venfica. Y cuando Chandra nos ha contado lo del mapa… Es un mapa de Venfica, ¿verdad? Está allí. La Manera.

Sus ojos castaños estaban clavados en los de Rako cuando este asintió.

—Sí —respondió—. Chandra desconoce si surgió allí de forma natural o si Verenize la trasladó para tenerla vigilada, pero da igual, la cuestión es que poner un solo pie en Venfica significa jugar a su juego. Sabe que tarde o temprano tendremos que ir a por la Manera. Estará preparado.

En su retiro no muy lejano, la capitana se había desvestido la armadura; bajo el peto una almilla traslúcida tan exquisita como todo lo procedente del reino del Eterno. No parecía interesada en espiarles, sino que contemplaba largamente una de las pocas constelaciones a las que Verenize no se había atrevido a renombrar.

Cuando Sasha volvió su atención al círculo, Anna lo miraba con una expresión muy cercana al pesar. Tardó en entender que lo que le apenaba era él. El dolor que la decisión final iba a traerle.

—¿Y qué? —resopló Hator, brusca de súbito—. Me importa una mierda lo preparado que esté, yo *tengo* que ir. He nacido para empuñar la Manera y matarlo con ella.

—¡Pero no tiene por qué ser ahora! —protestó Rako—. ¡Tienes toda la vida para hacerlo! Podemos ir cuando ganemos refuerzos, cuando sepamos qué es lo que dice exactamente la profecía, cuando…

Ella viró de nuevo hacia el caballero, pero Rako calló con un chasquido de lengua antes de que este pudiera mandarlo cerrar la boca. Sasha no sabía cuándo se había convertido en el perro guardián de Hator, ladrando a su señal, pero tampoco se sentía incómodo en su nuevo papel. Moira no intervino, impávida; Anna paseaba la mirada de Elegida a daena.

—Rako.

Él negó con la cabeza y cerró los ojos, como si quisiera escapar de la voz de Hator.

—Entiendo por qué no quieres volver. Jamás te obligaría a volver al lugar donde estuviste tanto tiempo encerrado… y sé que quizá ni siquiera seas capaz de hacerlo. Pero esta es mi decisión, mi misión, así que voy a ir a ese castillo, contigo o sin ti.

Durante un segundo, Sasha creyó que Rako iba a apagarse, su piel pálida y su mente regresando a fogonazos al horror de la celda. Quiso

dejarle combatir el pavor por sí mismo, pero entonces vio cómo intentaba ocultar el temblor de sus manos bajo las rodillas en mariposa y no pudo evitar alargar una mano para entrelazar firmemente los dedos con los suyos. Estaban fríos.

—Rako no irá —dijo Sasha, voz tranquila.

—No, yo qu…

—Puedes acompañarnos a Venfica, si quieres —concedió—. Pero no entrarás en el castillo.

—¿Vamos a ir, entonces? —preguntó Anna, con un chirrido agudo que dejó patente que no terminaba de creérselo—. ¿En serio? ¿Y encima sin usar nuestra mejor carta?

—¿Cuál es nuestra mejor carta?

Anna bufó y señaló a Rako.

—¡Es el doble del rey, Moira! ¡El *doble* del rey! ¡Podemos…! —Gesticulaba ampliamente, absorbida por su plan—. ¡Puede hacerse pasar por Verenize y colarnos en el castillo!

Sasha nunca había visto el rostro del daena real contorsionado en tal mueca de espanto, boca abierta para replicar pero sin conseguir acertar con la frase:

—No, no puedo… No podría…

—He dicho —gruñó Sasha, sosteniéndole la mirada a la pastelera con la máxima frialdad posible— que Rako no irá.

Resuelta, Hator se encogió de hombros.

—No pasa nada, Moira y yo nos bastamos solas.

—¡NO! —Rako *rugió,* echado hacia delante con los dientes mostrados—. ¡Tú no puedes ir! ¡No puedes ir o te encerrará para siempre!

—¿Qué? ¿Por qué?

Los gritos volvieron. El caballero respiró hondo, dejándoles reñir y replicar y señalarse los unos a los otros. Ya se darían cuenta de las tonterías que estaban diciendo, pues ni Rako con esas cicatrices podría ya suplantar a Verenize, ni su mente podría soportar verse de nuevo en el castillo; ni podían arriesgarse a que el rey le viese a Hator la cara. (La observó por encima de la fogata. ¿Le habría contado Moira lo que ocurría con su rostro? No lo parecía, por lo mucho que protestaba. Más secretos). Por supuesto, desecharon enseguida la idea de llevarse a Anna a la incursión. Llamaba demasiado la atención, y no sabría defenderse, de necesitarlo. Además de que ni conocía el idioma ni quería poner un solo pie en Venfica. Lógico.

Sasha continuó en silencio cuando pelearon por vetarlo a él de la misión. La vehemencia con la que querían protegerlo del rey resultaba hasta cierto punto enternecedora, pero absurda, ya que era el único que conocía el castillo. Aunque lo realmente absurdo era haber pasado doscientos años huyendo para luego volver. A escondidas, que no a

rastras (al menos), pero volver.

Volver.

No era miedo lo que sentía. Era otra cosa. Se parecía mucho, porque también se le pegaba al fondo del estómago, fría y oscura, pero se esforzó en aplastarla bajo el acalorado ir y venir de gritos. Se concentró en las voces conocidas más que en las palabras, y fue así como reparó en que faltaba la de Moira. Alzó la vista hacia ella. Por encima del crepitar de la lumbre, sus ojos negros lo miraban muy, muy fijamente, esperando.

Sasha entendió. Y Sasha asintió.

—Eh, chicos —intervino. Una. Vez. Más—, venga, dejadlo ya. Justo esto no hace falta decidirlo hoy. Hasta llegar a Venfica tendremos tiempo de sobra para trazar la estrategia…

—Sha, no vayáis al castillo.

Suspiró. No quería seguir pensando. Quería tumbarse e imaginar que el tiempo se había detenido en la noche anterior, imaginar que aquel no-miedo nunca le había germinado entre costillas, pero Rako le apretaba la mano y tenía que ser fuerte por él, por los dos, no podía… No permitiría que lo notase. El volver.

—Ya has oído a Hator —carraspeó—. Es lo que toca.

—¿Y es que Hator es la única que cuenta?

Ella dio un respingo, visiblemente dolida.

—De acuerdo —dijo Sasha. Si no había otro remedio…—. Que levanten la mano quienes crean que debemos refugiarnos en Graendar.

Podría haber votado con la mano libre, pero Rako tomó la decisión consciente de soltar la suya para hacerlo. Anna alzó el brazo bien alto. Sasha se preguntó cómo se las apañaba para tener las uñas tan bien cuidadas. Ah. Su cabeza. Le costaba concentrarse.

—Ahora, quienes crean que debemos robar el mapa.

Ninguno de ellos levantó la mano, pero no hizo falta. Pastelera y daena bajaron los brazos poco a poco, en silencio, ella con los labios fruncidos y él con la nariz arrugada. Luego se miraron el uno al otro, incómodos. Siendo tan diferentes, nunca habían sido tan parecidos. Anna giró la cara con un bufido indignado, los aros de sus orejas repiqueteando entre sí, pero Rako contraatacó con una última puñalada:

—Ir a Venfica significa rendir Graendar —le dijo a Hator—. Implica asumir la posibilidad de que no lleguemos a tiempo. Verenize puede atacar Graendar mientras vamos de camino porque piense que estamos allí; puede incluso atacarla después, cuando ya sepa que no, para hacerte daño. ¿Estás dispuesta a cargar con las consecuencias?

La Elegida entornó los ojos, encajando el golpe.

—Nunca he sido tan ingenua como para creer que la profecía solo

se saldaría una única vida. Soy perfectamente consciente de que estoy usando a mi gente como carnaza para ocultar nuestro cambio de rumbo. Pero cuanto antes mate al rey, antes estarán a salvo. Y no solo mi gente, Rako. También la tuya.

Esta vez, Rako no protestó. A diferencia del rey con el que compartía rasgos, él sí sabía aceptar una derrota.

—Pues decidido queda —sentenció ella—. Al alba partiremos hacia Venfica. Ahora, a dormir.

Sasha lo presenció tanto como lo sintió. La forma en la que Hator se puso en pie, regia y firme y tan sangre azul que durante un ínfimo segundo fue Sera. Sin pretenderlo (o eso creía), él se volvió hacia el daena y lo halló mirándola con pupilas dilatadas, brillantes. Podría poner la mano en el fuego a que Rako había cambiado de opinión.

La maldición del soldado, pensó. Uno nunca dejaba de estar bajo las órdenes de su rey. No realmente.

Ni siquiera había amanecido cuando abrió los ojos. De hecho, por la posición de las estrellas, apenas habían pasado un par de horas desde que había conseguido rendirse al sueño. Sin lumbre ni rescoldos, solo la luz de una redonda luna llena perturbaba la oscuridad del campamento, arrancando destellos de la armadura vederesa de Chandra. Le habían permitido reunirse con ellos poco después de la votación, y ahora que dormía hacía incluso menos ruido que despierta, sentada con la espalda apoyada en la pared rocosa y la mejilla en las rodillas. Sasha lo sentía por su cuello.

Giró sobre sí mismo para buscar un pedacito fresquito de manta donde volver a dormirse y se encontró con que no era el único en vela. No se lo pensó mucho antes de recolocarse más cerca, ambos tumbados al límite de sus mantas, cara a cara. Rako le sonrió por todo saludo, ojos cansados y pelo revuelto.

Todavía tardaron un par de minutos en hablar, oyendo sin oír el característico tamborileo de las uñas de Moira sobre su arco. Luego el daena real se aseguró de reojo de que seguía concentrada en su guardia nocturna antes de susurrarle a él en vedés:

—Sois una panda de idiotas.

Sasha le devolvió la sonrisa.

—Ya.

—No me puedo creer que hayas accedido tan fácilmente a volver al castillo. Es una locura.

—Ya.

—Y menos que vayamos a poner a Hator en peligro así.

—Ya.

Rako enarcó una ceja.

—¿Vas a seguir diciendo «ya» o vas a añadir algo más?

—Voy a seguir diciendo «ya» porque sé que no quieres hablarlo, solo quieres quejarte.

Ofendido, él abrió la boca para replicar, pero después se lo pensó mejor y se incorporó sobre un codo para mirarlo desde arriba. La luna le sentaba aún mejor que el fuego.

—Ya —admitió al final, con un suspiro, y Sasha sonrió aún más.

Tras una segunda ojeada hacia Moira, Rako se cernió sobre él y dejó un beso rápido en sus labios aún sonrientes. Sasha se esforzó en alargarlo, pero muy poquito, incómodamente consciente de que la arquera podría pescarlos en plena escenita con solo girarse. Aunque era cuestión de tiempo que alguna los viese juntos. A fin de cuentas, el grupo se mantenía unido las veintiséis horas del día.

Antes de volver a tumbarse, Rako tironeó de su manta hasta pegarla a la suya de punta a punta, ni una mísera línea de tierra entre ambas. Sus rodillas casi se rozaban, la sonrisa del daena victoriosa y los músculos del caballero relajándose por fin. A esa distancia casi podía sentir el calor que Rako emanaba a oleadas, y respiró hondo cuando este además descansó una mano en su mejilla, acariciando las dunas de sus escarificaciones con el pulgar. Cerró los ojos.

—No quiero dar ni un solo paso hacia allí —confesó poco después, en un susurro tan tenue que lo notó ladear la cabeza para oírlo mejor.

—Yo tampoco. Pero tengo una solución para eso.

—¿Sí?

El daena real esperó a que abriera los ojos para asentir con una mueca zorruna. Luego se aclaró la garganta y alzó las cejas, como preparándose para dar un largo discurso, cosa que le hizo sonreír de inmediato. Seguro que iba a soltar una tontería de las suyas, de esas que, de algún modo, siempre conseguían devolverle a la realidad. O, al menos, a una realidad en la que no tenía tanto miedo.

—Mira, el plan es sencillo —arrancó—. Nosotros hacemos como que estamos muy metidos en eso de asaltar el castillo, ¿vale? Nos lo curramos con estrategias y todo, y las acompañamos hasta el golfo, que… ¿qué serán? ¿Tres días de viaje desde aquí? —Sasha hizo el gesto universal de «más o menos» con la mano—. Vale, pues eso, las acompañamos hasta el golfo, las convencemos de pasar un día en la playita tranquilamente… y cuando toque subir al barco hacia Veda tú y yo salimos volando de allí. ¿Qué te parece? ¿Dónde querrás ir después?

El caballero frunció el ceño, de pronto tenso. ¿Qué…? Sintió la mano de Rako abandonar su mejilla para dibujarle espirales en la nuca con la punta de los dedos. Le sostuvo la mirada en silencio, sin saber cómo decirle…

—Sha. —Rako puso los ojos en blanco—. Ya lo sé. No vamos a irnos, ninguno de los dos. Solo sígueme el juego, ¿quieres? Venga, ¿dónde querrás ir después?

Oh. Él lo miraba mitad exasperado mitad expectante, así que hizo el esfuerzo de concentrarse en el juego. Existía todo un mundo más allá del que había pisado en sus doscientos años, pues nunca había querido alejarse mucho de Veda para no perder de vista a su rey. Pero si pudiese irse… Si decidiese irse algún día de verdad, borrarlo todo, con Rako, ¿a dónde iría?

—¿Al norte? —probó, encogiéndose de hombros—. Dicen que allá arriba los dioses pintan luces de colores en la noche.

Rako alzó las cejas.

—Odio el frío, pero vale. Nos vamos a ver tus luces. ¿Y luego? —Abrió mucho los ojos—. Espera, este es mi turno: luego nos vamos a las islas Bahli.

—¡Las Bahli están al otro lado del mundo! —Sasha rio por lo bajo—. ¿No quieres parar a ver nada más por el camino?

—¡No! Quiero palmeras. En Veda no hay.

—Pero hay playas.

—Ya, pero la Espiral no es una opción, Sha. De eso justo va el plan.

Sasha respiró muy, muy hondo. Al final, el único lugar que desearía visitar era una ciudad que llevaba dos siglos muerta. Y lo harían, en poco más de una semana volverían allí, y no estaba preparado para enfrentarse a los cambios. Porque echaba de menos las cristaleras del templo, el castillo tan negro y lustroso como obsidiana tallada, la titánica sala del trono, visible desde cualquier rincón de la capital gracias a su mirador Pactado. Los oratorios que brotaban como mala hierba aquí y allá, las ofrendas de flores a sus puertas, las fuentes con monedas en su fondo. Los azulejos blancos y negros de la Vía de Var y los granizados de limón que la parasitaban en verano. Las altísimas milhojas de la pastelería de Jorde y los lazos de hojaldre y miel de su archienemiga.

Rako parecía estar pensando en lo mismo.

—Eh, vosotros dos.

Ambos pegaron un brinco, volviéndose hacia la voz. El daena real intentó disimular dónde andaba su mano, pero la silueta oscura que era Moira al contraluz sonreía con dientes afilados, así que abortó misión y la enfrentó directamente:

—¿Qué quieres? —canturreó, aunque Sasha captó su inquietud tras el sarcasmo.

—¿Os importaría cortaros un poco más? —«¿Más?», chirrió Rako antes de que ella pudiera terminar—. Con dos o tres días me vale.

—¿Qué? ¿Por qué?

No les hizo falta más luz que la de la luna para verla poner los ojos en blanco.

—Porque Anna y yo hicimos una apuesta…

—Pero qué bajo.

—Bueno, no es que seamos las personas más íntegras del planeta. Y tú tampoco.

—Ahí me has pillado. —Rio el daena, apartándose de él para incorporarse sobre los codos—. A ver, ¿a qué habéis apostado? No, mejor no me lo digas, que ya lo sé. ¿Qué os habéis apostado?

Moira rio también y luego se inclinó hacia ellos:

—Si Anna gana, yo le enseño a disparar. Si gano yo, Anna me enseña a cocinar.

El grito ahogado del daena le hizo sonreír. Sasha ni se había movido ni tenía intención de hacerlo; se contentaba con mirar la escena desde las mantas, como si de una representación teatral se tratase.

—Pero ¿¡qué hacéis apostando eso!? —protestaba Rako entre susurros, airadísimo—. ¡Enséñale y punto! ¡Que tú aprendas a cocinar o no me la trae al fresco, pero que Anna sepa defenderse nos solucionaría media vida! ¡Que parece que quieres que la palme!

—Ah, *por favor* —escupió ella—. Sabes que no es tanto lo que se apuesta como… Va, déjame ganarle. ¿Qué te cuesta esperarte dos días? ¡Dos! ¡Tres, para asegurarme! ¡No os vais a morir!

—¿Y qué es lo que gano yo a cambio?

Poco a poco, el caballero dejó de prestar atención y cerró los ojos. El jueguecito de Rako y la intervención de Moira lo habían destensado entero, le habían hecho ver que nada había cambiado entre ellos. Que no importaba si iban a Graendar, a la Espiral o a las islas Bahli: ellos seguirían igual. Con sus piques y sus apuestas y su empeño por ocultar lo mucho que se preocupaban los unos por los otros. Extrañamente, el tira y afloja del regateo lo arrulló como una nana, y cuando los cuchicheos pararon y la mano del daena regresó a su mejilla apenas reaccionó.

—¿Has ganado? —alcanzó a susurrarle, sin siquiera abrir los ojos.

—Claro. Yo siempre gano.

Sasha sonrió.

No habían planeado tener que readentrarse en el bosque y, sin embargo, allí estaban.

Más largo que ancho, con día y medio les había bastado para atravesarlo, por lo que a la tercera noche ya se encontraron acampando a poco más de un kilómetro de la linde, donde los árboles

empezaban a espaciarse y los ululares a escasear.

Alrededor de la fogata, el ambiente era distendido y amigable. Aun a su ritmo, Chandra parecía abrirse a ellos pasito a pasito, y ahora charlaba con las chicas en un círculo muy apretado. Rako no les quitaba la vista de encima, cotilla como él solo, mientras Sasha se concentraba en liberar… solo un poquito… de magia. Por supuesto, falló una vez más, los elementos saludándolo con ráfagas de viento y fogaradas entusiastas, así que volvió a aplastarla en su interior. Suspiró. Al menos manipularla no era doloroso, como sí lo había sido el proceso de recuperación.

Mientras reunía fuerzas para la siguiente ronda, el castillo hizo acto de presencia en la conversación vecina. Ocurría a menudo (ocurría a todas horas), incluso en aquellos momentos reservados para descansar cabeza y cuerpo, ya agotados de estrujarse los sesos para dar con un plan que no dependiera mayormente de la suerte. El mapa de Moira parasitaba ahora el círculo de hierba formado por las cuatro mujeres, y su dueña le traducía a Chandra sus anotaciones en lenguaje profético. Hator asentía efusivamente, todavía masticando el último bocado de cena, pero Anna parecía más interesada en el rostro de la capitana espiral.

—A este ritmo, mañana a la tarde ya deberíamos haber llegado. —Chandra no apartaba la mirada del mapa—. Todos los días zarpan mínimo dos barcos hacia Venfica, así que podríais tomar el de las diecinueve, pero yo os sugeriría que vosotras dos y Rako os hiciérais primero con algo de ropa vederesa para no destacar en la Espiral…

—Anda, ¿y yo por qué no? —protestó Anna, ofendidísima porque alguien se atreviera a interponerse entre ella y el vestido vederés de sus sueños.

Solo entonces despegó la capitana los ojos del mapa, semblante como siempre impávido pero voz un tanto cálida:

—Porque tú ya pareces una dama espiral. He visto los bordados en tus faldas y camisas. La tela es más tosca, y los colores oscuros no están muy de moda, pero también se ve bien usar vestidos heredados de madres o abuelas, así que nadie sospechará. No, a ti solo te falta maquillaje y bisutería.

«Oh», logró balbucear Anna, llevándose una mano a los labios para disimular lo mucho que le complacía oír eso. No tuvo mucho éxito, sobre todo tras toparse con las cejas alzadas de Sasha, cuando pasó a fulminarlo con la mirada, retándole a decir algo. Él solo rio por lo bajo: se negaba a meterse en riñas con ella. A su lado, Chandra continuó hablando, desinteresada en todo lo ajeno al plan.

—Eso sí, yo tampoco me quedaría más de una noche en Oimpra, porque en cuanto empiece el Color doblarán los precios de los camarotes y la seguridad del puerto. Mejor aprovechar para llegar un

poco ant…

—¿Color? —le cortó Sasha, más brusco de lo que había pretendido en un principio. Si es que había pretendido algo siquiera, porque deseaba con todas sus fuerzas haber oído mal.

Todos se volvieron a mirarlo, unos más confundidos que otros. Hator fue la única que se dignó a responder:

—Es una festividad religiosa en la que… Espera, ¿cómo no vas a saber qué es un Color?

—Sé lo que es el Color —gañó él, frunciendo el ceño—. Pero ¿por qué hay uno ahora? Nize no cumple años hasta otoño, en verdae.

Silencio. Chandra enderezó la espalda, gesto que dejó patente que prefería desvincularse de esa parte de la conversación. Los demás intercambiaron miradas, Sasha a cada segundo más inquieto mientras buscaba una sola razón por la q…

—No has estado viendo la Anunciación últimamente, ¿verdad? —preguntó Moira, con extraña delicadeza.

Sasha negó con la cabeza. No. Hacía semanas que su horario de sueño se había ido a pique, así que solía desvelarse a mitad de Anunciación, y eso si llegaba siquiera a verla empezar. Lo había considerado un golpe de suerte, porque lo que menos necesitaba con todo lo que tenía encima era ver a un sonriente Verenize pidiéndole que volviese a casa, pero ya no estaba tan seguro. No con cómo lo miraba ahora Rako, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué…? ¿Qué ha dicho? —Tragó saliva—. ¿Algo sobre mí?

—No, menos mal —escupió Moira, con un rictus de asco—. Pero tampoco te va a gustar. Quiere celebrar un Color de Aniversario… Va a ser enorme. Ha invitado incluso a gobernadores de otros reinos.

—Pero ¿aniversario de qué?

—De la Masacre —contestó Moira.

—De la Ascensión —contestó Chandra.

Ambas se miraron, perplejas. A Sasha le hubiese hecho gracia si no fuera por esa cosa espesa y grumosa que empezaba a revolverle las entrañas, que le trepaba por la columna directa a su cerebro.

—¿Lo llamáis Masacre? —preguntó la capitana.

—Porque lo fue —gruñó Anna, entornando los ojos.

Él ya no las escuchaba. ¿Cómo podía ser…? ¿Cómo podía alguien celebrar la muerte de tantas personas? Y hacerlo además con un Color, atrayendo a los dioses por medio de risas y tambores y proyectiles arcoíris. Pero no tenía sentido, porque faltaba el contraste, faltaba la sangre azul purificándose en el templo a favor de su gente. Verenize quería festejar el exterminio de media capital; y los descendientes de las víctimas las creerían villanos y pecadores, como si Sasha no hubiese visto las calles sembradas de inocentes, sus ojos aún abiertos de horror. Como si no hubiese oído los llantos de los niños al

encontrar los cadáveres de sus padres, de los bebés hambrientos, el silencio en los hogares donde nada latía ya.

Recordó el espanto al atravesar su ciudad natal con bilis en la garganta por lo que acababa de hacer mientras rezaba y rezaba y rezaba porque el Pacto no hubiera tocado a sus padres; y recordó el alivio cuando se detuvo solo un segundo frente a su casa hasta distinguir sus voces… y la culpabilidad, también recordó la culpabilidad. La de alegrarse por dos vidas cuando mil se habían perdido mientras huía y huía y huía de allí. Todo tan vívido, tan marcado a fuego, que cuando se permitía rememorar un solo segundo de aquella noche podría jurar que volvía a oler la sangre del rey Aurel y la de su hijo y la de su reino.

Clavó la vista al suelo, intentando escapar. Intentando ocultar sin éxito cómo le temblaban las manos.

—Ellos estuvieron allí —contestó Hator, supuso que a alguna pregunta de Chandra que su mente había ignorado—, en la Masacre. Vieron morir a todo el mundo.

—Nosotros también morimos —añadió el daena real—. A mí me salvó la celda de eternidad. Sasha resucitó.

No lentamente, pero sí gradual, la presión de su pecho fue amortiguando, así que Sasha se aferró a lo que tenía cerca, a la hoguera crepitante, al mapa extendido, al tacto cálido pero no ardiente de la mano de Rako en su hombro. Al final, consiguió cuadrar los hombros y alzó la cabeza para mirarlos. Odiaba sentirse tan débil, ser tan… *frágil* en algunas cosas.

—No hay nada de lo que avergonzarse —le dijo entonces Chandra, sosteniéndole la mirada—. El rey también…

—¿El rey también qué? —la interrumpió Anna—. ¿Al rey también le dan ataques de pánico cuando piensa en toda la gente que ha matado?

—Sí, eso —insistió Rako, y su voz sonó grave, amenazante, casi un ronroneo—. ¿El rey también qué?

La capitana ni siquiera se inmutó. Se limitó a esperar su turno de palabra, ignorando al resto, sin apartar los ojos de él. A Sasha le dio algo de envidia su aplomo.

—Al parecer es habitual entre inmortales —continuó por fin—. Se lo oí decir a Astrae una vez… que los seres humanos no estamos hechos para vivir para siempre. Y, por eso, así como no podéis morir tampoco podéis dejar atrás lo que ocurrió, o lo que sentíais por entonces. Nada más importa. Seguís anclados en la persona que erais justo antes del Pacto.

Fue Sasha el primero en desviar la vista, y tomó aire, pensando… en que tenía sentido. Eso explicaba por qué su memoria funcionaba como lo hacía, sus recuerdos mortales increíblemente nítidos en

contraste con las imágenes borrosas, grises, que compilaban su existencia inmortal. Y siempre lo había achacado a su propia desidia por vivir, pero sí se había esforzado en olvidar, en perdonarse, y para nada. Demasiadas vidas rotas.

También le daba sentido al presente. A por qué desde la llegada de las brujas a su pueblecito todo parecía latir de nuevo, respirar de nuevo. *Él* respiraba de nuevo. Todo lo que lo conectara con su pasado mortal lo revivía como jamás lo había hecho ninguna de sus resurrecciones.

—Entiendo —respondió, simple.

Y la vida continuó.

O, más bien, Chandra continuó a lo suyo, señalando el mapa mientras les hablaba de barcos y posadas y disfraces. Y del Color. Sasha seguía aborreciendo la idea de un Color en nombre de la Masacre, pero, siendo sinceros, ya poco lograba sorprenderle del rey eterno. Al menos el bullicio de una Venfica pre-festival les daría ventaja, pues nadie sospecharía de tres simples turistas agavles, y menos aún de dos soldados de la Espiral. Por supuesto, Sasha detestaba la idea de vestir una armadura condecorada con los colores de Verenize, pero la prefería mil veces a las vaporosas prendas vederesas.

Demasiada piel al sol.

Se reclinó contra el árbol a su espalda, intentando recuperarse del molesto zumbido que todavía le vibraba por dentro, y aunque sentía los hombros rígidos aceptó con una sonrisa el agua que Rako le tendió. Le aliviaba que Chandra y Moira se encargaran de trazar el plan a seguir, pues no se veía capaz de desligarse lo suficiente de la situación como para resultar útil. Tampoco hacía falta: la capitana ya aportaba todo conocimiento sobre geografía espiral que Moira podría requerir de él; lujo del cual gozaría hasta llegar al Golfo de Agavlia. Allí, Chandra se despediría del Séquito para siempre, y a partir de entonces pasarían a depender de la información sociopolítica que esta les hubiera compartido por adelantado. Y de los recuerdos de Sasha, claro. Si es que servían de algo ya, desfasados doscientos años.

—Oye, Chandra… —comenzó Anna, recolocándose un mechón tras la oreja—, volviendo al tema del maquillaje… —Moira puso los ojos en blanco—. ¿Tú qué tipo de galena usas? Que llevamos dos días de viaje y no se te ha emborronado ni un poco. ¿Es en barra? ¿En polvo? ¿Pactada? ¿O es que te has repintado y no te he visto?

Esta primero frunció el ceño, desorientada, pero luego rio. Fue una risa corta, casi sorprendida, mientras se llevaba la punta de los dedos a los párpados, delineados como desde el primer día de un intensísimo color negro que afilaba sus ojos oscuros.

—No, no. Esto no es galena, es…

—¿Malaquita? ¿Resina?
—Es un tatuaje.
—¿Te has tatuado los párpados? —barbotó Moira, repentinamente interesada en la conversación.
La capitana volvió a reír, y Sasha y Rako cruzaron miradas con las cejas alzadas. Hator paseaba la vista de una a otra, a todas luces sin tener claro si debía sentirse impresionada o no, de modo que terminó por preguntar:
—Pero los tatuajes duelen, ¿no?
—Suelen —asintió Chandra—, pero yo apenas lo recuerdo. Me lo hice apenas cumplí la mayoría y luego pagué un Pacto para que la tinta no se desvaneciera. No soportaba perder tiempo en maquillarme, y teniendo en cuenta que en la Espiral nos tomamos muy en serio la decoración corporal… No podía rendirme a mi vaguería.
—No te imagino siendo perezosa —comentó Moira, desviando la vista. Chandra le sonrió a pesar de que ella ya no la miraba.
Un larguísimo suspiro de Anna recondujo la atención de todo el grupo, su rostro la más pura expresión de la melancolía. Rako bufó por lo bajo, divertido.
—¡Ah, quizá debería seguir tu ejemplo…! —exclamó, teatral como ella sola—. ¡Echo tanto de menos pintarrajearme…! Un mínimo colorcito en los labios, o en las mejillas… Dejé mis pinturas en casa porque estaba segura de que esta panda de asilvestrados se comería algún tarro pensando que era miel.
Moira hizo una mueca.
—Pero si en el Solsticio ibas como una puerta.
—¡Tuve que pedirle prestadas las suyas al soldado del cuarto vecino! Que, por cierto, tenía una barrita de pigmento plateado preciosa…
Chandra asintió de nuevo, tan cómoda como discutiendo estrategias de batalla.
—En los reinos espirales priman los maquillajes metálicos, pero al otro lado de la cordillera no es así, ¿verdad? Allí preferís tonos más… ¿naturales?
—¡Pues en Graendar no nos maquillamos! ¡Vaya pérdida de tiempo!
—A nadie le importa lo que hagáis en Graendar.
—¡Moira!
Sasha las contempló charlar sobre cosméticos y pigmentos durante lo que le parecieron años. No porque le aburriese el tema, sino porque no lo entendía. Salvo por las escarificaciones honorarias, Veda nunca había sido especialmente amiga de los adornos corporales, siendo el maquillaje más propio de los reinos del sureste, como Sagrarés o Agavlia. Sin embargo, sí recordaba a Verenize muy interesado en las

barritas que la princesa Caesia de Agavlia traía consigo en sus visitas veraniegas, pinceladas de colores resaltando como relámpagos en su tez morena. A Sasha siempre le había parecido bonito. No para sí mismo, claro, con lo que odiaba llamar la atención… A él lo que le gustaba era vérselo a los demás. O, más bien, le gustaba verlo tanto como le gustaba no verlo. Por eso solo sonrió cuando Rako se unió al jaleo, casi arrebatándole a Chandra de las manos el delineador dorado que acababa de extraer de sus alforjas. Todas rieron y formaron una piña alrededor del daena, repartiendo consejos y advertencias.

—¡Pero que no tenemos espejo! —protestaba una horrorizada Hator según Rako iba acercándose la punta del lápiz al párpado—. ¡Te vas a sacar un ojo!

—Que no, que no me hace falta. Tú asiente con la cabeza cuando vaya bien y niega cuando vaya mal y listo.

Al final, Sasha también rio.

Fue el primero en irse a dormir y el primero en despertar. En plena madrugada, cómo no. Notaba la respiración de Rako en la nuca, muy cerca, y su mano en la cintura, lo que le hizo preguntarse si habría olvidado su trato con Moira (¿o es que lo había soñado?). De un vistazo rápido al cielo estrellado, ahora más visible que nunca entre las copas de los árboles, calculó que apenas quedaba una hora para la Anunciación, así que más le valía darse prisa en volver a dormirse porque, esta vez, quería verle. No quería quedarse atrás en los planes, en las estrategias, solo porque la criatura sin muerte en la que Verenize lo había convertido era incapaz de olvidar. Aunque tampoco sabía si quería olvidar.

Rako respiraba tranquila, rítmicamente, y al moverse en sueños su mano resbaló por debajo de su camisa, sobresaltándolo con el frío roce de sus dedos pero ayudándolo a retomar el control. Sasha lo aprovechó para intentar acompasar su respiración a la suya, pues pensar en olvidar le daba tal pánico que solo aquel compás impedía que se asfixiara con él.

Había sonreído demasiado esa noche y ahora se sentía culpable y quería levantarse y comprobar una vez más que tenía más de seis vidas, pero para eso tendría que despertar a Rako y eso era lo último que quería.

De modo que cerró los ojos, ignorando el peso dentro de su pecho. Había aparecido mucho antes de su primera muerte, en la madrugada en que había encontrado a Nize sumido en Frenesí. Ojos vacíos, cuencos de ofrendas vacíos. Hendiduras de uñas en sus mejillas, aunque ninguna profunda. «Perdona, Sha», y una risita. «No lo volveré

a hacer». Las veces que Nize había tirado de su magia para llamarlo a su lado habían sido las mejores y las peores.

Se preguntó si habría manera de dejar la mente en blanco hasta que comenzase la Anunciación. También si la habría para mantenerla así mientras el rey hablaba y él evitaba por todos los medios no fijarse en el hueco de su clavícula o en aquel corte en el labio disimulado con pintura dorada o en los ojos azules de los que llevaba huyendo siglos. Pero, sobre todo, se preguntó cómo había podido estar tan ciego, y si habría cambiado algo de haberse dado cuenta por entonces de lo que sentía y no cuarenta años más tarde. Supuso que no: ambos habrían sido igual de desdichados durante toda su vida, pero al menos no se la habrían arruinado al resto del mundo.

—Oye, Sha…

La voz del daena real sonaba llena y vivaz, y Sasha sonrió. También volvió a sentirse culpable. Luego Rako le dejó un beso en la nuca mientras deslizaba la mano un poco más allá, yemas frías tanteando por debajo de la cinturilla de sus pantalones y todo su cuerpo pegándose al suyo. Encajaban. Era una buena forma de no pensar, de distraerse, aunque la mano del daena no avanzó más. Su piel quemaba al tacto y de nuevo Rako le recordaba a un incendio de verano, inesperado y brutal y reduciéndolo todo a cenizas. Pero ¿Nize? Nize era la bocanada de agua que por fin conseguía ahogarte. Ojalá lo ahogase. Sus manos en su cuello, el lugar al que pertenecían.

Tragando saliva, bajó la vista hacia la mano de Rako, increíblemente pálida bajo la luna, solo las puntas de sus dedos adentrándose bajo tela oscura. Tensísimo, la miró durante uno, dos, tres siglos, pero esta permaneció inmóvil. Tensísimo porque, como siempre, quería que fueran otros quienes decidiesen por él; lo que era injusto para todos.

Al final, reunió fuerzas para dar media vuelta y preguntar.

No llegó a hacerlo.

Rako todavía tenía los ojos ligeramente abiertos, pupilas fijas en algún punto perdido, y entre inspiración y espiración crecía ahora una pausa infinita, pesada, mecánica. Le daba escalofríos. Era en esos momentos, en los que Rako se apagaba, que el caballero tomaba verdadera conciencia de lo que Verenize les había hecho a ambos. «Perdona, Sha», había dicho. «No lo volveré a hacer».

Con un suspiro, Sasha se liberó delicadamente de su abrazo y se incorporó para tenderlo boca arriba. Sentía la mirada de Hator contemplarlo mientras recolocaba mantas y miembros por igual, pero ninguno de los dos dijo nada, porque no había nada que decir. Al cerrarle los ojos, la pintura dorada que le manchó las yemas le provocó náuseas; y aunque jamás le diría qué hacer o qué no hacer quizá la próxima vez que lo viera con los párpados delineados en oro

no podría soportarlo.

Luego se recostó a su lado, velándolo, pero Rako no volvió a respirar como lo hacían las cosas vivas hasta mucho después de la Anunciación.

13
DOSCIENTOS VEINTICINCO

Había echado de menos el mar.

No solo la humedad de la que Anna tanto se quejaba o la sal que deseaba tener agrietándole el pelo tras un chapuzón, o la característica arquitectura blanca de las culturas a orillas del mar Indra (que, en agavle antiguo, significaba «mar escondido»), no. Lo que más había echado de menos Sasha era la infinita línea de azul sobre azul, aquel punto en el que el cielo se unía con el océano y lo convertía en un trazo borroso, casi irreal.

Lo habían mirado durante lo que le parecieron horas antes de descender la última pendiente hacia la capital de Agavlia.

Oimpra no había cambiado mucho desde su última visita, ciento tres años atrás. Quizás había crecido un par de kilómetros, y sus palmeras otro par, pero los graznidos de las gaviotas seguían escuchándose por entre las calles encaladas, ensordeciendo el rumor del oleaje. Al contrario que en Venfica, pavimentada con adoquín y mosaico, allí los suelos se componían de multitud de piedras redondeadas sin patrón alguno, todas ellas grises, todas ellas idénticas.

Eso no les impedía pintarlas de colores, dibujando nuevas figuras cada pocos años, escenificando en el empedrado antiguas leyendas de dioses, héroes y reyes; y de las monstruosas criaturas a las que alguna vez vencieron. En su camino hasta el puerto pasearon sobre pulpos gigantes atravesados por la lanza de la deidad del amor Eavera, sirenas de cola madreperla y la famosa red de pesca de Orube, tejida con los cabellos del dios de dioses (cuyas piedras, coloreadas de azul nocturno y delineadas en dorado, causaban tal ilusión óptica de suelo enrejado que había hecho dudar incluso a Moira).

La ciudad entera era una gran obra de arte, vibrante y brillante y perlada, expandiéndose como una melodía de extremo a extremo del

golfo agavle. Y, aun así, a Sasha le parecía que sus cúpulas suaves y sus templos cristalinos palidecían en comparación con sus recuerdos de Venfica. Y, por la sombra melancólica en los ojos de Rako, él pensaba lo mismo. Nada como el hogar. Nada como Veda.

Aunque se notaba la influencia de Verenize incluso allí, en la capital de un reino que siempre había idolatrado la sencillez del color blanco. Se notaba en los detalles metálicos ahora por doquier, lanzando destellos de oro, rosa y plata en las verjas y en las ventanas, en las columnas y en las fuentes. Pero Sasha lo notaba sobre todo en la vestimenta de sus habitantes, antaño suelta pero opaca, simples nudos aquí y allá desbancados por enrevesadas capas diáfanas y fajines de hilo bruñido. Anna había sabido plasmar a la perfección los intrincados bordados en sus faldas, pero jamás serían suficiente. Jamás podría convertirse una prenda foránea en una pieza espiral. Faltaba encaje, fluidez, sutilidad.

Faltaba piel, esa que parecía esconderse y celebrarse a un tiempo, tostada contra los colores níveos y despuntando a través de los calados. Velos de guipur que cumplían inexplicablemente su función, vertiginosas aberturas que dejaban al descubierto las piernas a cada paso, brazos siempre al sol. El repiqueteo de tacones y sandalias sobre piedra pintada armonizaba con el tintineo de un millar de pulseras y collares al chocar entre sí, sus abalorios solo un poquito menos rutilantes que aquellos decorando las diademas y redes y pasadores de sus cómodos peinados.

Todo era exuberante pero ligero a la par, etéreo, un equilibrio que hasta el último agavle parecía dominar desde muy temprana edad.

Cosa que le había preocupado hasta que la modista terminó de recoger la mitad de la espesa melena de Anna con un pasador broncíneo y suspiró:

—Perfecta.

Sasha contuvo la sonrisa, apoyado en uno de los arcos de la sastrería con los brazos cruzados. Chandra los había llevado al barrio de los costureros, donde el vestuario de las altas esferas de Oimpra se confeccionaba al gusto; y aunque tras horas y horas de escandalizarse con los precios ya casi se habían rendido a sacrificar un par de cenas, al final habían dado justo con lo que necesitaban: una tiendecita de ropa prefabricada. Allí, las dueñas los habían recibido con los brazos abiertos, deseosas por mostrarles las bondades de lo que llamaban «lujo inmediato». ¡Lujo inmediato! Qué fácil se les timaba a los ricos…

Anna había sido la primera en abandonar la intimidad del biombo, pero Rako y Hator seguían refunfuñando al otro lado, luchando por averiguar cómo vestirse aquellas prendas tan ajenas. Moira, en cambio, estaba sentada en un banquito al fondo de la galería, repitiéndole a la segunda modista que no, que solo venían buscando

un par de mudas para esos tres; y que no, que ella no necesitaba nada, que ya estaba servida (a lo que esta respondió mirándola de arriba abajo con una mueca reprobatoria que lo dijo todo). Junto a él, Chandra sonrió, su armadura de capitana el motivo por el que ninguna de las dos estilistas había hecho preguntas. Ni de dónde venían, ni adónde iban, ni por qué tanta prisa. Después de todo, sus razones tendría un alto rango vederés para escoltar personalmente a esa jauría de turistas. Sasha casi podía leer los pensamientos de la modista más dicharachera mientras Anna se debatía entre dos cinturones que a él le parecían idénticos: ¿no había mencionado el Eterno haber invitado a su Color a un buen puñado de monarcas extranjeros? ¿Y si eran ellos? ¿Y si viajaban de incógnito? ¿Y si aquella era la oportunidad del milenio para publicitar su lujo inmediato? ¿¡Y si vestían sus galas en presencia del mismísimo Verenize • de Veda!? ¡Dinero, mecenas, fama!

—¡Con tantos pendientes deberías llevar el pelo siempre recogido, seqkra! —exclamó la modista con voz melosa, contando de uno en uno los agujeros de sus orejas—. ¡Madre mía, siete! No has perdido el tiempo, ¿eh?

Sasha frunció el ceño, alarmado. ¿«Seqkra», en serio? Si no se equivocaba, así habían designado en su día los sagrarenses a las personas de rostro bonito pero fondo ruin, término que media Espiral había acabado adoptando. Significaba «insecto». No era algo que se dijera en ese tono. No era algo que se dijera abiertamente, y menos aún en presencia del insecto en cuestión.

Cuadró los hombros, preparándose para intervenir de ser necesario.

—¿Eh? ¿Por qué? —Por puro acto reflejo, Anna se cubrió las orejas con las manos—. ¿Qué pasa con los pendientes?

—Ay, perdona —se apresuró a disculparse la modista—, que sois de lejos… No te preocupes, no es nada malo. ¡Todo lo contrario! —Rio—. En los reinos del mar Indra es costumbre agujerearse ambos lóbulos cada vez que se formaliza una relación importante.

Anna alzó las cejas, y no fue la única: Moira ladeó la cabeza, atenta, y Hator asomó la cabecita por detrás del biombo. Por su parte, él destensó los hombros, comprendiendo que «seqkra» había vuelto a cambiar de significado. O, por lo menos, había perdido su connotación ofensiva.

—¿Cómo de importante…? —comenzó la pastelera, aún reacia a bajar las manos.

—Cónyuges —espetó la segunda dependienta, increíblemente cortante para alguien que trabajaba de cara al público. El ocre de su tez era casi idéntico al de su compañera, y aunque parecía amar su trabajo tanto como esta, la comunicación no se le daba tan bien.

—¡Oh! Entonces… ¿Entonces aquí la gente me va a ver como una especie de bicho mantis o algo así?

Esta vez, Sasha rio, lo que le ganó un puchero mitad ofendido mitad disgustado por parte de Anna, pero es que la sola idea de que alguien pudiera mirar a la pastelera y pensar en un insecto que devoraba a sus parejas al aparearse le resultaba ridícula. No se excusó, claro, sabiendo que las modistas (con suerte, la amable) la sacarían de su error.

—¡No, no! —rio (efectivamente) la modista amable mientras la otra fruncía el ceño en un gesto de confusión—. Nuestras uniones no son indisolubles, ¡no hace falta que se te muera el novio para echarte otro! Así que más bien creerán que eres… de corazón ágil.

A Moira y Rako se les escapó una risotada por la nariz; sincronizados contra la pobre pastelera incluso con un biombo de por medio.

—De corazón ágil —repitió Anna, voz contenida—. Ya.

Lejos de agobiarse, la modista pasó a narrarles los complicadísimos entresijos de esa nueva tradición de la que Sasha nada sabía. Ni cuándo había comenzado, ni por qué, nada. Mientras él seguía atascado en el pasado, su propia cultura lo dejaba atrás, atrás, atrás. Antes en las bodas se habían intercambiado anillos, ahora se agujereaban lóbulos, y la última moda entre los jóvenes, según su anfitriona, consistía en llevar pendientes incluso sin consorte a la vista. «Eso sí», añadió, risueña. «¡Solo en una oreja! Ningún soltero quiere que le tomen por casado». Su mundo mutaba justo ante sus ojos y vaticinaba más cambios. Jamás conseguiría ponerse al día. Aunque tampoco sabía si querría ponerse al día alguna vez.

Estaba a punto de padecer otra crisis existencial cuando Chandra le apoyó una mano en el brazo y señaló la salida. Aliviado y agradecido a la par, Sasha avisó de un gesto rápido a Moira antes de seguirla hasta el exterior, donde el arco de entrada conectaba la tiendecita con el ajetreo de una calle en su apogeo. Viandantes subían y bajaban la cuesta empedrada, cargando con mayor o menor cuidado sus cestas mientras se detenían a admirar los brazaletes de la joyería de enfrente.

En lugar de hablar, Chandra le tendió la barrita dorada que tanto revuelo había levantado la noche anterior. Y, en lugar de preguntar, Sasha se la guardó en un bolsillo.

—No dejes que se te vean las marcas —le dijo al fin, con voz neutra—. Sería de muy mala educación y, sobre todo, sospechoso. Y que alguien esté atento a si se te borra, este delineador no fija muy bien. Es demasiado blando.

Asintió, conteniendo el impulso de comprobar si sus escarificaciones continuaban cubiertas por esa misma pintura bruñida. Supuso que sí, o Chandra le habría advertido. Chandra, cuyo pómulo

izquierdo no había sido mutilado seis veces sino agujereado una única vez. Aquella diminuta esfera dorada que la condecoraba y decoraba a un tiempo le resultaba mucho más elegante, menos intrusiva, que sus marcas de caballero, pero no se arrepentía: aún recordaba con cariño el orgullo al ganárselas. Lo que no le gustaba era tener que resaltarlas con tinta metálica.

Y, sin embargo, lo que le gustase o no importaba poco a la hora de hacerse pasar por un soldado espiral.

—Hay un puesto de control vederés en el cabo sur —informó la capitana, descendiendo el último escalón de entrada—, deberían tener varias armaduras completas de recambio. Haré noche allí, así que cuando acabéis aquí id directos a la posada; no me esperéis. No podemos arriesgarnos a que nos vean juntos, aunque ahora vistáis como nosotros.

Como nosotros, se repitió mentalmente, sin saber por qué. Chandra ni siquiera se despidió antes de echar a andar cuesta abajo, a su paso un par de patrulleros del Orden inclinando la cabeza ante su inconfundible capa cruzada de terciopelo dorado. A veces, Sasha lo echaba de menos. La rectitud de la guardia, la tranquilidad de saber siempre a qué atenerse. Los entrenamientos, las rondas, las vigilias. Los saludos, las órdenes, la rutina. Suspiró.

Como nosotros, y oyó los pasos de Rako a su espalda, también inconfundibles incluso revestidos del fresco soniquete de sandalias nuevas contra escalón blanco. Volvió a suspirar al darse la vuelta, el daena real ahora en perfecta sintonía con la ciudad gracias a sus prendas ligeras de bahía. Su toga parecía haber sido tejida con alas de libélula, irisada y etérea, prendida al hombro izquierdo por pequeños broches de falso oro y ceñida a la cintura mediante un fajín de material más consistente. En lugar de velo, menos común en el epicentro de Veda que en los reinos de su órbita, las modistas habían dado con la versión aristocrática del bozal de cuero, una pieza cuyo intrincadísimo encaje lograba ocultar por completo sus rasgos.

Sí, se mimetizarían a la perfección en la Espiral.

Por encima del tupido guipur, los párpados del daena se estrecharon en lo que no podía ser otra cosa más que una sonrisa. Sasha tragó saliva. Así vestido le recordaba demasiado a Nize, incluso con medio rostro velado, de modo que procuró fijar la vista en cualquier otro punto. En la piedra coloreada, por ejemplo, donde toda una cascada de blancos trepadores y negros derretidos plasmaba un encuentro eterno entre Déndera y Sejmek, sus dedos rozándose a mitad de pendiente. Años y años de lluvias y pisadas habían borrado la mayor parte de sus cuerpos, pero uno de los seis ojos del dios de la vida permanecía clavado en su amada.

—¿Cómo se llama al final la posada? —preguntó Rako, tan jovial

que casi sonó a canción.

—Te va a encantar —contestó él, sin apartar la vista del suelo.

—¡Já! ¿Qué es? ¿Cifra numérica aleatoria o criatura marina haciendo algo?

—Las Seis Rémoras.

El daena real soltó tal carcajada que Sasha lo fulminó con la mirada, intentando parecer molesto, pero este lo ignoró y dio una palmada victoriosa:

—¡Gané! ¡Me pido ventana!

Como todo parador costero, la mayoría de los ventanales de Las Seis Rémoras daban al mar. La brisa nocturna se colaba a trompicones, como las olas allá sobre la arena, impregnando cada mínima superficie con su olor a sal y algas. Rako no paraba de quejarse de esto, pero a él le recordaba tanto a sus paseos de niño por la playa de Venfica que ni siquiera le salía replicar, sentado en una mullida banqueta frente a la ventana de su dormitorio. Al menos aquel duplicaba en tamaño a la ratonera de la última vez, y, por cuánto les habían sangrado por una sola noche, más valía que la cama fuese también el doble de cómoda. Aunque ya podían darse con un canto en los dientes, pues a menos de una semana del Color el puerto de Oimpra rezumaba de visitantes tan deseosos como ellos por cruzar el Indra. Podrían haberles cobrado el triple, el cuádruple, y no habrían tenido más remedio que tragar.

Y es que no se hablaba de otra cosa. Sasha había oído los murmullos excitados a su alrededor mientras cenaban, mientras pagaban, mientras subían las escaleras hacia sus respectivos cuartos. «Un Color en vuestro nombre», había dicho Verenize la noche anterior. Al caballero le había hecho gracia, aunque de ese tipo de gracia infecta que le retorcía la mueca. El Color siempre había sido en nombre del pueblo. El Color no estaba pensado para celebrar los logros de un rey, y menos aún sus crímenes. Cualquiera diría que Verenize el Eterno conocería el significado de sus propias tradiciones, pero ni eso podía respetar.

Rako estaba sentado a su lado, ambos contemplando en silencio la noche y el puerto y el mar (y el reflejo de la luna sobre este). Quizá le pesaba el cansancio en los músculos tanto como a él, incapaz de reunir fuerzas hasta para ponerse sus ropas de cama. Aunque pareció conseguirlo entonces, cuando se echó hacia delante y señaló la lazada que sujetaba su máscara de encaje. Sasha no lo entendió, al principio, pero no tardó en tirar de uno de los largos cordeles trenzados para liberarlo de ella. Lo oyó respirar hondo cuando por fin el nudo cedió, y también cuando se levantó para deshacerse del resto del atuendo

agavle.

A Sasha le gustaba mirarle.

Y le gustaba hacerlo en momentos como aquel, a solas con un Rako concentrado en algo que no tenía que ver ni con Hator ni con Moira ni con nadie. Ni siquiera con él. En esos momentos al caballero le parecía entrever algo más, algo que nunca había visto en el Rako de doscientos años atrás y que tampoco sabría explicar, pero que ahí estaba. Quizá porque no solía verlo serio.

—Es increíble, ¿eh? —susurró entonces el daena, y Sasha volvió en sí; sus ojos castaños mirándolo desde el reflejo de un polvoriento espejo moteado de azogue—. Cómo lo han hecho para que no se me viese ni una sola cicatriz.

Él frunció el ceño. Estaba tan acostumbrado a verlas asomando por entre sus camisas cortadas que siquiera se había dado cuenta de la forma en la que su toga nueva las ocultaba. Y no solo las cicatrices. Con los labios apretados en una fina línea, Rako abrió el broche inteligentemente dispuesto en su hombro malo para enmascarar toda asimetría con su brillo. Debajo, una suerte de corsé de hebras metálicas que Sasha había supuesto puramente decorativo al vislumbrarlo tras la tela irisada hasta fijarse en qué cubría y qué no, qué enderezaba y qué no. Pero también lo vestían otros agavles, así que podrían existir mil razones culturales por las que las modistas solo se lo habían encasquetado a él. Rako se lo desabrochó, gesto pétreo, impidiéndole descifrar si le molestaba que hubieran escondido sus cicatrices.

Y allí estaban. Nervudas y finas como zarpazos, como dentelladas, trepando unas sobre otras, protuberantes raíces blancas a punto de brotar bajo su piel. Sasha recordaba el pegajoso hedor de la sangre al encontrarlo en las mazmorras, la imagen de la carne abierta y desgranada. Recordaba haber pensado que llegaba tarde, que estaba muerto. Ahora, Rako miraba las marcas como Nize lo había mirado a él. No era asco. Era otra cosa.

Consciente de que las palabras le fallarían, el caballero se quitó la camisa y la dejó cuidadosamente doblada sobre la banqueta antes de unírsele frente al espejo. Cuando llegó a su lado, le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndolo hacia sí.

Aún sin decir nada, observaron las diferencias entre ambos. El color arena de la piel de Sasha, más oscuro allá donde el sol lo había tocado; el moreno de Rako, casi pálido en comparación. Los anchos hombros de guerrero de uno, el torso de nadador del otro, el tatuaje de luna creciente que compartían en el mismo costado. Los latigazos blancos del daena real, la larga cicatriz negruzca que cruzaba el pecho del caballero, estrecha pero profunda, revestida de una textura escamosa, resbaladiza, ajena.

Distintas heridas, mismo agresor.

—¿Qué es…? —comenzó Rako mientras lo encaraba, tanteando con un pulgar la falsa piel de serpiente. La primera noche a solas se había callado las preguntas, más concentrado en tocarlo que en saber, pero a Sasha no le hubiera importado respondérselas, ni entonces ni ahora.

—Verenize invocó a un demonio de musgo —explicó con voz suave—. Este es el aspecto que deja al curar.

—Pero parece…

—Ya.

Rako asintió, trazando la negra cicatriz con la punta de los dedos de principio a fin, de clavícula a ombligo, y luego lo abrazó por la cintura. Sasha lo imitó, aunque las mil capas remanentes de ropa agavle le entorpecieron el camino. Al oírlo farfullar entre dientes, el daena real echó la cabeza hacia atrás con una carcajada, así que él aprovechó para dejarle un beso justo en la nuez. Su risa le vibró en los labios.

—¿Por qué no te quitas el resto? —preguntó Sasha, intentando sonar más sugerente que curioso. No tuvo éxito, claro.

—Porque —contestó Rako, tamborileando entre sus omóplatos con los dedos—, si te soy sincero, no tengo ni idea de qué tengo que quitarme ahora. Hay… demasiadas… capas para lo poco que tapan.

—¿Te ayudo?

—Sí, por favor.

Así que retrocedió un paso para estudiar el revuelto de telas de diferentes texturas. Juntos concluyeron que deberían empezar por el fajín, pero era más fácil decirlo que hacerlo, pues ninguno tenía claro cómo funcionaba esa especie de nudo plano que mantenía el atuendo entero en su lugar. Al final, el daena acabó apoyando los brazos en sus hombros y dejando que Sasha se encargara de desentrañar el misterio.

—¿Por qué no me han puesto lo mismo que a Hator? —se quejó Rako, mientras él le giraba la cintura para seguir el recorrido del lazo—. Se ha tirado toda la noche diciendo que iba *fresquísima*… Seguro que iba con el meaniños al aire, la muy salvaje.

—Rako, por favor —rio.

Pero tenía razón. Por edad, a Hator le había tocado enfrentarse a la moda juvenil espiral, y lo que las modistas habían llamado «vestido», Sasha lo habría llamado «retal», compuesto meramente por dos kilométricas bandas de tela cosidas primero a un collar y luego al cinturón, ambos rígidos aros metálicos. Sin embargo, debía reconocer que el conjunto aguantaba bien el trote al que la rubia lo sometía: solo se le había visto una teta una vez. Aunque nadie se había escandalizado por el espectáculo, claro. Allí al único al que le daban vértigo las largas longitudes de piel desnuda era a él.

—No me das la razón porque sabes que la tengo.

Estaba a punto de admitirlo cuando por fin logró deshacer el nudo, así que se apresuró a cazar al vuelo la cascada de prendas sueltas mientras Rako le daba un par de palmaditas celebratorias en la espalda.

—¡Gracias! —canturreó, y luego lo atrajo para besarlo.

Aún no acababa de acostumbrarse a eso. Pese a que Rako siempre había sido muy táctil (así expresaba camaradería, cercanía, confianza), aquello era diferente. Era de nuevo esa sensación de que nunca lo había conocido del todo hasta tenerlo en los labios.

Aprovechando que tenía los brazos ocupados con su ropa, Rako profundizó el beso, levantándole escalofríos según deslizaba ambas palmas caminito abajo por su columna; y él respondió más por instinto que por hábito, ojos cerrados mientras el daena real le dejaba la mente en blanco. Le costó acordarse de respirar, pero cuando lo hizo el aroma de Rako era una mezcla de todo lo que habían visto en Oimpra, desde la sal del mar hasta el pan dulce del postre, un contraste de extremos que Sasha notaba en la lengua y en los labios y hasta en las yemas de los dedos, los que por algún motivo seguían sin tocarlo.

—Espera, Rak…

Rako se apartó sin rechistar con las manos en alto, al instante, tan natural como le había sido acercarse, aunque esta vez no le dedicó la sonrisita zorruna que se reservaba para cuando conseguía hacerle perder pie, sino que le sostuvo la mirada con un suspiro tranquilo, comprensivo, amable. El silencio se alargó hasta que Sasha se atrevió a moverse, volviendo sobre sus pasos para dejar el batiburrillo de tela sobre la banqueta. A su espalda, el eco sordo de algo pesado aterrizando en el colchón. Algo con dos piernas, dos brazos y un lunar. Y aunque pensó en tumbarse a su lado en cuanto terminara de estirar cuidadosamente cada una de las prendas, cuando trepó a la cama su cuerpo decidió hacerse un hueco entre las piernas del daena y cernirse sobre él.

—Debería haberme aprendido cómo se ponía cada cosa —se lamentó entonces Rako, acariciándole los brazos de muñeca a hombro. A Sasha le gustaba mirarlo, pero le gustaba aún más hacerlo desde arriba, su corto cabello esparcido sobre la almohada—. Me veo pidiéndole a Chandra que me vista.

Rio al imaginárselo. Rako también. Así, a la tenue llama del único candil del cuarto y de la luna allá en el cielo, su piel no parecía ni roja ni azul, sino el más puro reflejo de luz diurna sobre vidrio. Aquel pensamiento fugaz le cortó la respiración, porque existía un dios…, el dios de la verdad, invisible e intangible, que ante los humanos se aparecía con cuerpo de cristal. Y jamás se le ocurriría compararlos,

pero…

Pero si de algo sabía Sasha aparte de espadas y armaduras era de cristal, y de cómo había tenido que arder para ser perfecto.

Ajeno a sus ideas blasfemas, Rako le rodeó el cuello con los brazos y lo atrapó entre sus muslos desnudos como un cepo antes de arquearse contra su pecho. Su piel lo quemaba incluso a través de los toscos pantalones de viaje y, ah, ahora sí, ahí estaba la sonrisita taimada, casi oculta en la comisura de sus labios.

—¿Por qué no te quitas el resto? —ronroneó, imitando su burdo intento de seducción anterior.

Sasha bufó, avergonzado, pero lo más bochornoso de todo fue que al daena sí le funcionó.

Siempre le había dado la sensación de que las armaduras vederesas tenían algo raro, pero nunca había sabido decir el qué. Era solo eso, una sensación, aunque se parecía a la huella que dejaba un conocimiento deliberadamente olvidado, o a esos sueños a los que no se les prestaba atención porque ¿qué importancia podría tener un sueño? Ninguna. Nada, tonterías.

El mal llamado Séquito se había reunido en el dormitorio del traidor que les daba nombre por dos sencillas razones:

La primera, porque era el más grande.

La segunda, porque Rako se negaba a salir de la cama, ojos aún hinchados de haber dormido del tirón y envuelto en sus sábanas como si de una bata de estar por casa se tratara. Anna ya llevaba cuatro indirectas más que directas sobre los dos barcos que habían perdido por su vaguería, así que Chandra se había ofrecido a enseñarle a vestirse (razón principal por la que seguía en cueros). Sin embargo, Hator parecía haber decidido que su colega necesitaba apoyo y se había desplomado en mitad del colchón, brazos y piernas estiradísimos y su vestido arrugadísimo una barrera humana entre daena y capitana.

Desentendiéndose del drama, Sasha ayudaba a Moira a ponerse la armadura prometida, pues ella poco entendía del tema y aún tendrían que pasar otros doscientos, cuatrocientos, seiscientos años antes de que él olvidara algo tan intrínseco a su ser como aquella disposición de piezas y correas y lazadas.

Y quizá por eso, porque no necesitaba prestar atención a lo que hacía, su mente insistía en escaquearse del presente una y otra vez. Sus ojos se desviaban por sí solos hacia Rako, sabiéndolo desnudo bajo las mantas, y los suyos siempre lo cazaban con las manos en la masa. Era entonces cuando el daena arqueaba una ceja y fingía no estar

sonriéndole como lo estaba haciendo (inocente y ladino al mismo tiempo, más listo que el hambre y que el morder y que el tragar) de igual manera que Sasha fingía no estar recordando en ese mismo momento lo que estaba recordando: el subir y bajar de Rako sobre su regazo la noche anterior, o lo fuerte que le había clavado las uñas en los hombros para impulsarse de nuevo, o los «no, *no*» jadeados entre dientes cuando el caballero osaba alejarse aunque fuera un mínimo segundo, un mínimo centímetro.

Su único consuelo era que la travesía a Veda duraba seis días, y en un barco no había muchos lugares a los que ir. Mal para ellas, perfecto para ellos.

—¿Seguro que es mi talla? —preguntó Moira, tirando del cordel del guardabrazo—. La noto bastante… estrecha.

—¿Estrecha? —Sasha retrocedió un paso para echarle un vistazo general—. No debería. Y tampoco lo parece —añadió, dándole un par de palmaditas enérgicas en la mano para que parase de aflojar todo nudo a su alcance—. De hecho, te queda como hecha a medida, mira, muévete. —Aun con la nariz arrugada, Moira obedeció—. Con más brío, mujer. —Eso le ganó un pomposo pero increíblemente fluido corte de mangas—. ¿Ves? Lo tienen bien estudiado. El número de placas, el peso, la flexibilidad…, aunque no tiene sentido, porque…

—El metal está Pactado —le cortó Chandra; diligente—. Se adapta a los movimientos y envergadura del cuerpo de un modo en que cualquier otra armadura no podría, lo que nos permite forjar solo cuatro tamaños en masa. Lo notarás en cuanto te pongas la tuya, tú que tienes experiencia con ellas.

Él asintió, enfrentándose por fin a su propio uniforme. Le había dado sus medidas a la capitana (inamovibles tras dos siglos de crecimiento interrumpido) sin mucha esperanza de verla volver con nada que se adecuase a su torso ancho y a sus brazos robustos. A fin de cuentas, todo soldado espiral con el que se habían topado hasta entonces compartía la misma complexión espigada, fibrosa, como si el ejército de Veda primara ahora la agilidad sobre la fuerza bruta. Cosa que, si se paraba a pensarlo, era tremendamente Nize.

Pero había algo en aquel diseño que no era *para nada* Nize.

Cambió a velocidad de estampida su camisa de noche por el jubón interior, una almilla ceñidísima aunque anormalmente elástica, como tejida con tendón en lugar de hilo, que se adhería a cada uno de sus músculos con la presión exacta para no asfixiarlos. Mangas prietas hasta las muñecas, sin puños ni botones; collar alto hasta cubrir la nuez, detalle que creyó que lo agobiaría pero que olvidó tras respirar hondo sin problemas… Sin embargo, lo que más le extrañó fue su color: de un profundo azul irisado, semejante al plumaje de un pavo real, en total discordancia con la bandera vederesa, con los colores de

su rey, incluso con la moda de su gente.

La distorsión entre simbología y armadura acrecentaba pieza tras pieza. Y es que, conociendo a Nize, cualquiera diría que habría apostado por ornamentación exuberante, ensortijada, de hombreras crestadas, guanteletes afilados como garras y acero bañado en oro falso; pero no había sido así. No, lo que Sasha se abrochaba ahora era sobrio, elegante, sobre sus brazos una cascada de láminas pulidas, solo discretas filigranas mordisqueando ambas coderas.

El peto se cerró de un chasquido y él trazó con dedos ya enguantados las delgadas franjas verticales escarbadas en el pectoral. Dentro de las franjas, grabados. Diminutos, imperceptibles al ojo no atento, casi un secreto entre soldado y coraza. Las hombreras, unidas por una fina cadena puramente decorativa, contaban con dos alerones pensados para desviar todo ataque dirigido a su cuello, pero juntas apenas pesarían la mitad de lo que pesaban las que le había vendido el ladrón de Isgard, allá en Gandell. Por primera vez, comprendió por qué las tropas vederesas vestían noche y día la armadura completa, independientemente del estado de alarma: ni la más ligera de las brigantinas rivalizaría en comodidad con aquel metal Pactado. Aquel metal dúctil que, juraría, se doblaba o dilataba bajo sus movimientos por mucho que sus ojos aseguraran lo contrario.

Desde la esquina del dormitorio, el espejo reflejaba la imagen del capitán que debería haber sido, y quizá por eso no acababa de atreverse a mirar. La plata del acero armonizaba con el azul de la almilla, pero era el contraste de ambos colores sobre su piel oscura lo que aunaba el conjunto, lo que lo completaba. Y jamás lo reconocería en voz alta, pero le parecía una maravilla. Ni muy recargada, ni muy ligera. Ni muy pesada, ni muy liviana. La armadura perfecta, en su opinión.

Cinco pares de ojos clavados en él y una larga espiración por parte de Chandra. Sonó a suspiro.

Rako fue el primero en hablar:

—Como un guante. Aunque tampoco me extraña, teniendo en cuenta que se diseñó para ti.

—¿Perdón?

—La armadura —insistió, señalándola con la mano—. ¿No lo ves? Ni siquiera tiene los colores de Veda, tiene los tuyos. Lo que te sienta bien y lo que te gusta. Nize la encargó contigo en mente, Sha. Por si volvías.

Silencio. Silencio pesado, espeso, violento.

Le habría gustado que aquel nuevo equipamiento militar se le hiciera incomodísimo tras la revelación, pero no ocurrió. Porque seguía encajando con cada una de sus articulaciones, curvas o vértices, con el tono de su piel, hasta con su prototipo de armadura ideal. Lo

tenía todo, al milímetro, el trabajo concienzudo de quien lo conocía como a la palma de su mano. Ni siquiera el saberse descubierto una vez más con la guardia baja consiguió que quisiera deshacerse de ella. Más bien lo contrario.

Al final, Hator rompió el silencio de un carraspeo:

—Joder, Sasha. Sí que está obsesionado contigo ese chaval.

—Sí —respondió (gruñó) Rako, mirándolo como lo hacía cada vez que hablaban de Nize—. Totalmente obsesionado.

La coartada era la siguiente: Moira y él eran hermanos, soldados de la meseta a quienes Chandra habría enviado a informar al Eterno de la situación en Graendar. En cambio, para disgusto de Anna, Rako y ella fingirían ser primos cortegueños (el parentesco más próximo que esta había permitido) que llevaban a la hija de un amigo común a celebrar el Color por vez primera.

A Sasha le parecía que daena y pastelera podrían pasar perfectamente por hermanos (al igual que daena y Elegida, por descontado), pero ni habían querido abusar del cuento ni ponerle más presión encima a Anna, no mientras siguiera costándole digerir la de capas y capas de mentiras que hacían falta para burlar a Verenize. «¿Es que no basta con la ropa? ¡Si parecemos sacados de la mismísima corte espiral!». Ahí, el caballero había preferido morderse la lengua. Ya se daría cuenta ella sola al llegar a Venfica de la diferencia abismal entre nativos, ahijados y extranjeros. De que necesitaban las mentiras porque nadie podría imitar el modo en que se movía un cuerpo nacido en un reino acostumbrado a tomar y tomar y tomar, en la que el privilegio moldeaba mente, identidad y orgullo. Así que no, no bastaba con la ropa, pues en cuanto Anna abriese la boca o cediera el paso a un agavle o fallase en distinguir entre joyería y bisutería de un vistazo los vedereses la sabrían una impostora.

Chandra era el ejemplo perfecto. Incluso criada como soldado y tiznada de traición, su porte continuaba reflejando toda una vida en lo más alto de la cadena alimenticia. Quizá por eso no veía el peligro de pasearse frente a los mil vigías del Orden agavle que podrían reportar su ubicación a sus superiores de la capital. O quizá por eso los propios vigías no veían nada alarmante en la presencia de una capitana real entre sus calles: Chandra asumía que tenía *derecho* a hacer lo que gustase allí.

Pero Chandra tampoco era idiota, así que aquella mañana se mantuvo convenientemente ocupada en el paseo marítimo mientras ellos cruzaban el muelle en pos del primer barco hacia Venfica. Ya habría tiempo de despedirse después, por turnos, cuando se hubiesen

asegurado los camarotes.

—Vale, entonces… Al final yo pido dos billetes de adulto para nosotros y uno infantil para Hator, ¿no?

—¡Que no! —protestó la Elegida—. ¡Que me da igual que nos salga más barato, no soy una cría! ¡Ese dinero lo gané literalmente con el sudor de mi frente y yo elijo en qué gastarlo!

—Y luego dices que Anna es cabezota —siseó Moira, sin molestarse siquiera en mirarla—. Al menos no nos hace perder dinero.

—¿¡Me has llamado cabezota!?

—¡Pero no a malas…!

—A ver, chicas. —Rako indicó con ambas manos que bajasen el tono de voz. Y, aunque aquel no era exactamente el problema (pues el barullo propio del puerto difuminaba sus gritos), Sasha agradeció el gesto cuando el trío calló—. Vamos a calmarnos, ¿de acuerdo? —«¡Yo estoy calmada!», exclamó la rubia—. Hator, ya oíste a Chandra. En Venfica todo es mucho más caro, nos vamos a quedar pelados enseguida, y allí no podemos ponernos precisamente a echar pulsos en plena Vía de Var. ¿Qué te cuesta decir que todavía no has cumplido los diecinueve? Nada.

Ella se cruzó de brazos, a punto de replicar, pero luego debió de reconsiderarlo, porque no dijo nada. Rako se volvió hacia las demás:

—Y disimulad un poco, anda, que no es tan difícil.

—No todos poseemos las exquisitas dotes interpretativas de un daena real —dijo la pastelera, mientras se miraba las uñas recién pintadas.

—No estoy de humor, Anna.

—Comprensible. Debe de ser horrible tener que pasar los larguísimos diez minutos que dura la cola para los billetes lejos de Sasha.

Se arrepintió al instante, claro, aunque solo a raíz del suspiro hastiado que soltó el propio Sasha. Por Visné, siempre igual. Al menos esta vez Rako tuvo el detalle de no entrar al trapo. Con los ojos cerrados, el caballero se masajeó las sienes, rumiando la incipiente jaqueca que entre unos y otros le estaban provocando.

—Sherezade —corrigió al final—. Es de lo único de lo que os tenéis que acordar; de llamarme Sherezade. Nadie se llama Sasha en Veda. Y con Rako es tan simple como Rao, o Ra. Cualquiera de las dos vale. ¿Podéis… —y no quería sonar así de ácido, pero…— retener esa mínima información? ¿Podréis hacerlo durante los larguísimos diez minutos que dura la cola para los billetes?

Nadie contestó, así que Sasha asintió.

Como ensayado, Moira dio un paso al frente para situarse a su lado, recta militar y arco a buen resguardo dentro de un brillante estuche de cuero negro que Chandra había sumado voluntariamente al

par de armaduras robadas. Así, marchando al mismo paso, vestidos con el mismo uniforme, pudo entender por qué la gente solía tomarlos por hermanos. Más aún cuando se cruzaron de brazos a la vez mientras esperaban su turno en la fila.

La verdad, a Sasha siempre le había pesado eso de ser hijo único. De pequeño había pasado años enteros suplicando a sus padres que le dieran un hermanito, aunque ya por entonces había sido consciente de que su propio nacimiento provenía de un desliz. No se arriesgarían de nuevo. No en aquella reencarnación, dilapidada tras haber intercambiado sus nombres privados demasiado pronto. Bastante piadosa se había mostrado Var con ellos permitiéndoles traer al mundo a un niño concebido en pecado, su sangre de brujo una clara advertencia de lo que le ocurriría al próximo. Sin embargo, Sasha había tenido la suerte de crecer junto a Nize y Sera, a quienes más tarde se unirían Rako y ner Aren, y durante un tiempo estuvo convencido de que aquella era la familia numerosa por la que tanto había rezado. Que aquellos eran sus hermanos.

Luego abrió los ojos.

—¿Ochenta…? —La voz de Moira lo devolvió a la realidad. Ni siquiera se había dado cuenta de que había llegado su turno—. Ah, pero eso es precio para ida y vuelta juntas, ¿no? No, nosotros solo queremos ida.

El segundo al mando de la nave, un señor bajito de reluciente calva y bigote repeinado con cera, se limitó a estrechar los ojos.

—Ochenta demos por persona cada trayecto. Noventa si trae montura.

—¿Perdón? —balbució Sasha, ceño fruncido—. Pero si ayer costaban sesenta demos los dos billetes y cinco cada caballo…

—Haberlos comprado entonces.

Entornó aún más los ojos cuando el caballero se cernió sobre él, quizá leyendo una amenaza en el gesto. Amenaza inexistente, claro. Simplemente, a Sasha a veces se le olvidaba lo intimidante que podía resultar su corpulencia, sobre todo acompañada de aquella armadura vederesa.

—Señor —comenzó, restándole dureza al ademán con voz amable—, somos soldados…

—Soldados de lejos, al parecer —masculló el segundo al mando, y giró la cara para escupir en el muelle. Sasha hizo un esfuerzo inhumano por contener la mueca de asco, pero Moira ni se inmutó—. El mar cuesta para todos lo mismo. Y no lo digo yo, mi capitán, lo dice tu rey. Paga la cuenta y luego quéjate a él.

Ni siquiera intentó hacerle entrar en razón. Moira tampoco. En su lugar, esta ladró un seco «ahora volvemos» y lideró la marcha de vuelta al paseo marítimo, donde se refugiaron en el primer callejón

que encontraron, esperando que el resto del grupo captara la indirecta. Y, al parecer, sus expresiones de fastidio fueron lo suficientemente elocuentes, porque pronto allí estaban los otros tres, inquietos y confusos.

—Malas noticias —les informó Moira de inmediato—: Los billetes han subido de precio. Ochenta cada uno.

—*¿Ochenta?* —exclamó Rako, incrédulo—. No puede ser, ¡eso es un robo a mano armada! ¿Tenemos siquiera…?

—No. —Sasha negó con la cabeza—. No habíamos calculado… Es demasiado.

—¿Qué podemos hacer?

—¡**Nos colamos**!

—No, Hator.

Mientras discutían lo indiscutible, él se volvió hacia el muelle, vigilando ansiosamente la silueta del enorme navío. Aunque aún le quedaban un par de horas para zarpar, de perderlo no tendrían otra que apoquinar lo que quisiera cobrarles el de la noche, pues todo barco que partiera después llegaría ya tarde al Color. Pero no se le ocurría nada, *nada,* porque ni aun dejando los caballos en tierra les daba para…

Y entonces Anna comenzó a tirarle del brazo, arrastrándolo consigo uno, dos, tres pasos.

—¿Qué haces?

Por supuesto, no contestó. Solo se dignó a decirles a los demás que siguieran a lo suyo mientras ella insistía en remolcarlo callejuela arriba. No tenían tiempo para eso. No tenían tiempo para nada, pero igualmente Sasha suspiró, cruzó miradas con Rako, asintió y dejó que la pastelera volviera a sumergirlo en aquel laberinto de calles empinadas que era Oimpra.

Al salir a la vía principal, su armadura obró el milagro, partiendo en dos mitades la marea de gente. Anna ya no le tironeaba de la muñeca (sería raro que una simple ciudadana mangonease así a un soldado), por lo que únicamente debía seguir el camino que marcaba el brillante faro rojizo de su melena recogida. Una de las veces en las que ralentizaba el paso para no perderlo entre la multitud, Sasha acortó distancias y:

—¿De qué va esto?

—De conseguir dinero.

—Pues no parece que le hayas dado muchas vueltas a… sea lo que sea esta idea tuya.

Anna lo encaró bruscamente, sus aros dorados entrechocando unos contra otros en un escándalo tintineante al unísono con el del resto de bisutería que le decoraba los brazos, los dedos, el cuello. Abrió la boca para contestar, ofendidísima, pero un segundo milagro la hizo tragarse

el orgullo y retomar la marcha, ahora recta y altiva.

—Anoche, mientras vosotros… dormíais, nosotras salimos a dar una vuelta.

—*¡Anna!* ¡Que el índice de criminalidad de Oimpra sea ridículo no quiere decir que…!

—Tranquilo —rio—, no pasó nada. Solo nos compramos unos helados y fuimos a curiosear los puestecillos del paseo marítimo… y otros un poquito más adentro.

De pronto, Anna se metió de cabeza a la calleja más angosta que Sasha había visto hasta entonces, de suelos ensombrecidos bajo prendas puestas a tender allá en lo alto y farolillos de colores a esas horas de la mañana todavía apagados. Allí la sal del mar quedaba atenuada en favor de otro aroma que Sasha no lograba discernir (¿incienso? ¿Era incienso? ¿Demoniaco o resinoso?), y al fondo de la callejuela, donde el perfume alcanzaba su cénit, un pequeño toldo color ocre del que pendían monedas cosidas. A su vera, una anciana fumaba de una larguísima pipa dorada mientras se balanceaba adelante y atrás en su mecedora de mimbre. Sonrió al reconocer a Anna, complacida, pero torció el gesto nada más divisar al soldado tras ella.

—¿Me traes a un vigía, muchacha?

—Solo para garantizar que me darás un buen precio, yaya.

Esta seguía estudiándolo con esos ojillos de alimaña cuando preguntó:

—¿Es de lo que me hablaste ayer?

—Sí.

—Entonces te habría dado un buen precio con o sin testigo.

—Es mi marido.

La carcajada que abandonó la garganta de la anciana sonó tan retorcida como las arrugas en su piel, revelando una pareja de puntiagudos colmillos dorados. No le sorprendió. Sasha había visto fundas como aquellas cientos de veces, en la Anunciación, afilando los caninos del rey, confiriéndole un aspecto aún más inhumano. En todas ellas recordaba haber pensado que se parecía a Astrae.

—¿Cuál de los siete? —preguntó la anciana, señalándose la oreja antes de chupar una infinita calada de su pipa. Ah, de ahí venía el olor a incienso. Menos mal. Hubiera odiado tener que vérselas con demonios tan temprano. Igualmente, Sasha se mantuvo firme y pétreo, dejando que Anna interpretase su papel por los dos.

—Pero qué cotilla —rio esta, y solo entonces empezó a rebuscar algo en el interior de su bolsa de viaje.

Inmune al agravio, la arrugada cotilla se inclinó hacia delante, deteniendo el vaivén de su mecedora, y en cuanto Anna extrajo un diminuto saquito de fieltro el cuerpo entero de Sasha reaccionó a ella,

hombros cuadrados y dientes apretados mientras revivía aquella muerte con todo lujo de detalle. Lo observó cambiar de manos; primero la anciana abriendo el saquito y luego sujetando con dos dedos una ampolla de cristal henchida del líquido transparente que Sasha había tenido en las venas. Tras sacar el tapón, se la llevó a la nariz y aspiró y aspiró y aspiró.

—Mmm… No huele, no tiene color… —la alzó para estudiar su contenido al trasluz—, tampoco grumos… Está bien tratado. Hace mucho que no veía un veneno de verdebeso así de bueno, niña. ¿Eres sejmekán?

Anna asintió, los labios fruncidos. El gesto le fue devuelto.

—Deberías ir al palacio del Eterno. Dicen que su Muerte anda buscando una nueva.

—¿Su… Muerte?

—La demonio, niña.

—Oh.

Ni la falsa sejmekán ni el más falso incluso vigía supieron qué contestar. Al final, la mercader (aunque nadie emplearía precisamente tal término para definirla) cerró sus dedos oscuros alrededor del frasco.

—No tengo tanto metálico a mano como para comprártelo íntegro, pero puedo pagarte en producto. Ya viste anoche…

—No —la interrumpió Anna, cortante, por lo que se disculpó rápido con una pequeña reverencia—. Aunque muchos de vuestros artículos me serían preciadísimos, y estoy segura de que volveré algún día a por ellos; ahora mismo necesito… *necesitamos* dinero.

La anciana sonrió.

—Suena a que la parejita quiere salir volando cuanto antes del nido.

—Algo así.

—¿Quizá se avecina otro par de agujeros en tus orejas?

—Algo así —repitió, tensa.

Una nueva carcajada.

—No te pongas nerviosa, chacha, que has sido tú quien ha traído al Orden a mi puerta. —Calada. Larga, larguísima calada de pipa—. De acuerdo. ¿Qué te parece darme un cuarto? Es todo lo que puedo pagar ahora mismo.

Sasha no pudo evitarlo:

—¿Y cuánto es eso?

—¡Por el Eterno! ¡Ya empezaba a pensar que tu octavo era mudo! —Anna le rio el comentario, colocándose un mechón rebelde tras la oreja—. Pues por esto, soldado… —frunció los labios— por esto puedo daros veintic… No, veinte mil demos. Sin regateos.

Veinte. Mil. Demos. Anna no había mentido al decir que un solo

frasco podría conseguirles una finca. Sin atreverse ni a respirar, la contempló mientras fingía ponderar la oferta, vista alzada al cielo y dientes hendiendo el labio inferior. Tras dos minutos exactos, la pastelera finalmente accedió:

—Bien. Está bien. Pero quiero dieciocho mil en varillas reales de una onza; y no me digas que no tienes, porque sé que sí. Los dos mil demos restantes me los repartes en diez sobres y los sobres en cinco bolsas. Todo de cuero, no de fieltro.

—No te gusta que el dinero suene, ¿eh?

—Algo así —respondió de nuevo. Aunque, esa vez, lo hizo con una sonrisa.

Con una carcajada rasposa, la anciana se internó en su cavernosa tienda. Anna no la siguió, sino que permaneció a su lado, bajo el toldo, tatareando distraídamente una canción de cuna; así que Sasha decidió posponer las mil preguntas agolpadas en su lengua.

Mil años después, cuando ya empezaba a inquietarse por perder el barco, el cúmulo de arrugas que era la mercader emergió de entre las montañas de baratijas con cinco faltriqueras de piel raída pero dura, de esas que los peregrinos utilizaban para guardar las caracolas recolectadas en su camino hacia Venfica. Le tendió cuatro a él y la quinta a Anna, aún abierta. Dentro, dos sobres. Dentro de cada sobre, como bien le mostró, un puñado de monedas y una única barrita de oro puro sellado con la luna real. Finalmente, en compartimentos separados, la ampolla de veneno (ahora un poquito menos llena) y una nota escrita con tinta roja. El recibo, supuso. Aunque, teniendo en cuenta el tipo de transacción (de negocio), seguramente fuera otra cosa.

Después se despidieron con un apretón de manos, sonrientes, y abandonaron el callejón.

Ya estaban cerca del muelle cuando Sasha por fin habló:

—Me puedo imaginar dónde aprendiste a administrar ingentes cantidades de oro de dudosa procedencia; trabajé ocho años recogiendo albaricoques para tu madre. —Anna rio—. Pero ¿por qué dejamos que Hator echase sesenta pulsos si teníamos veinte mil demos en tu bolsillo?

Ella volvió a reír.

—Porque, al contrario que los albaricoques, esto no puede venderse en cualquier lado —pio, risueña—. ¿Ves cómo a veces tengo buenas ideas? Nunca me tomáis en serio…

Sasha suspiró.

—Siempre te tomamos en serio, Anna. —Y era verdad—. Con lo único con lo que… —Otro suspiro—. Tienes que dejar a Rako en paz. Ya nos has dicho por activa y por pasiva que te escama y que no le aguantas, vale, mensaje recibido. Todos respetamos tu opinión,

aunque no la compartamos. Todos, Rako incluido. —De reojo, la vio agachar la cabeza—. Ahora tienes que parar de ser tan dañina con él.

No había… planeado soltarle la perorata. Pero supuso que había estado ahí, latente, desde la primera pullita envenenada contra el daena real. Porque Sasha lo conocía y sabía el enorme esfuerzo que le suponía tragarse la rabia, mantenerse fuera de su círculo de ataque; pero ella siempre lo encontraba. Y, algún día, Rako estallaría.

Solo esperaba que sus estallidos no se parecieran a los de Nize ni un cuarto de lo que se parecían sus rostros.

—Bueno —dijo Anna tras una breve pausa, mientras se le colgaba del brazo con la solidez de una hiedra trepadora—, la verdad es que no ha hecho nada malo en todo este tiempo. O, más bien, no ha hecho nada que yo no haría.

Eso le hizo sonreír y sonrojarse a la par, aunque lo disimuló bastante bien. Ella también sonreía, y, por primera vez desde el Solsticio, Sasha se sintió verdaderamente tranquilo a su lado. Le dolía reconocer que había estado arrastrando una tensión que solo aparecía cuando se quedaban a solas, nacida de aquella conversación escuchada por accidente («Pues de que Rako haya conseguido en un mes lo que tú no has conseguido en ocho años»).

—Venga, intentaré portarme bien a partir de ahora —prometió—; empezando por hacerme pasar por su hermana en el barco. Podríamos decir que Hator es nuestra prima pequeña, y así sería más fácil colar que es menor de edad, ¿cómo lo ves?

Sasha sonrió.

—Perfecto. Después de todo, los hermanos suelen pelearse muchísimo.

—Eso dicen —murmuró ella, pensativa—. Aunque a saber si es verdad, porque yo hermanos no tengo…

—Ya. Yo tampoco.

La conversación terminó ahí, pero Anna estrechó aún más su brazo entre los suyos.

Con los nervios y las prisas, Sasha tardó en darse cuenta de que algo faltaba. Echó la vista atrás, inquieto, observando cómo Rako pagaba tres pasajes en monedas de diez demos, pero no fue hasta que Moira y él pusieron pie en cubierta que descifró aquella desagradable sensación de ligereza, de manos vacías; y es que al reunirse con el resto del grupo no habían gastado ni un segundo en explicar de dónde había salido el dinero. Simplemente se habían repartido las pesadas faltriqueras y dispersado por el muelle, adoptando enseguida sus nuevas identidades (ya tendrían tiempo de sobra para preguntar

después).

Pero claro que faltaba algo. Faltaban cinco caballos y una capitana.

Y Moira debió de verle la aprehensión en la cara, porque dijo:

—Como no sabíamos si traeríais suficiente para cubrir sus gastos, decidimos dejárselos a Chandra. En Venfica solo serían un estorbo y con lo que saque de venderlos podremos devolverle un poquito de todo lo que ha hecho por nosotros.

—Oh —alcanzó a contestar. Le parecía la solución perfecta, aunque…—. Me hubiera gustado despedirme de ella.

—No te preocupes. —Se encogió de hombros—. Tarde o temprano volveremos a encontrarnos.

De eso Sasha no estaba tan seguro, pero, como siempre, calló. A fin de cuentas, Chandra siempre había sido muy clara: les proporcionaría ayuda para camuflarse en la capital, un pretexto para plantarse en el castillo y, por supuesto, toda información necesaria para perpetrar el robo, pero no formaría parte de la operación. Ni de la operación, ni del Séquito, ni de nada. Comprensible. No a cualquiera le mecería la pena perder la vida por hacer lo correcto, y bastante había hecho ya Chandra para alguien que había decidido simplemente huir lo más lejos posible. Ojalá él pudiera huir lo más lejos posible.

De pronto, aquel último pensamiento le sonó oxidado. Porque, en realidad, ya no quería huir. No estando tan cerca de Veda.

Mientras aguardaban a que algún grumete los guiara hasta su camarote, Sasha miró de reojo a la arquera, quien llevaba con los labios fruncidos desde que el nombre de Chandra había salido a colación. Se planteó si decir o no lo que le rondaba por la cabeza. Al final:

—Deberías haberte animado a hablar más con ella.

—No eres el más indicado para darme consejos románticos, caballerete.

Al caballerete se le escapó un grito ahogado.

—Eso ha sido… un golpe bajo.

Moira alzó la mandíbula como si le hubiera echado un piropo, pero, lejos de ofenderse, Sasha bufó, divertido.

—¿En serio? ¡Qué suerte…! Aunque, bueno, supongo que vos no lo veréis igual…

—Así es —carraspeó Sasha—. Aprecio el privilegio de asistir a un Color en la capital, pero hubiera preferido hacerlo como público y no cubriendo bajas.

Rako arqueó una ceja y sonrió. Lo supo por la forma en la que sus ojos se estrecharon, en la que se recolocó un mechón de pelo tras la

oreja. Brazos cruzados, velo de guipur, un hombro apoyado en la puerta de su camarote. Camarote situado literalmente a la otra punta del suyo. «Un duro golpe para el romance», se había mofado Moira.

—Quizá podáis rascar algún hueco… —dijo Rako, mientras oteaba el pasillo por encima del hombro del caballero—. ¿Viajáis solo?

—No —contestó, rigidísimo—. He venido con mi hermana, también soldado, aunque ahora anda explorando la cubierta.

—¡Ya somos dos! —rio el daena. Le impresionaba la naturalidad con la que mentía, tan orgánico como el respirar, comparado con lo difícil que a él le resultaba hilar falsedades—. Bueno, más bien cuatro; mi hermana también está ahora en cubierta. ¿Os imagináis que se hacen amigas?

—¡Oh! Eso sería…

—¿Queréis entrar?

Sasha se apresuró a asentir y Rako se hizo a un lado, abriendo una mínima rendija entre su cuerpo y la puerta. La cerró de un portazo a su paso, y el largo, larguísimo resoplido que vino después le hizo saber aun sin mirarlo que estaba poniendo los ojos en blanco.

Al contrario que su compartimento, encajado en lo más profundo de la sentina, el de Rako y las chicas contaba con un ventanuco redondo de vidrio sellado y enrejado sin óxido a través del cual se veía más cielo que mar (pero más gaviotas que cielo). Bajo el ojo de buey, el primer lecho, separado de los otros dos por un pasillito de apenas medio metro. En el pasillito, tres bolsas de viaje tiradas de cualquier modo, y rodando arriba y abajo por el suelo uno de los frascos de especias de Anna que ninguno se molestó en recoger. La verdad, Sasha se sentía un poco como ese frasquito, embotado y mareado, pero afortunadamente en eso de navegar no era ningún novato, así que sabía que acabaría acostumbrándose.

—¿Por qué no se iba? —gañó Rako, arrancándose el velo de un gesto brusco—. Hay que ver lo cotillas que son algunos; mira que quedarse ahí plantado escuchando…

—A lo mejor solo te estaba mirando. Eres muy guapo.

Desde luego, hacer cumplidos no se le daba bien. Y, aunque Rako siempre lo tenía en cuenta, en ese momento se volvió hacia él con una ceja enarcada.

—El velo me tapa la cara —le recordó, puntilloso, antes de soltar un bufido de resignación y dejarse caer sentado en el colchón bajo el ventanuco—. Por lo menos ya tenemos excusa para pasearnos juntos gracias al metomentodo del camarote veintisiete. —Por fin se dignó a sonreírle—. Menudo arte tirando la caña, capitán Sherezade. No hace ni dos horas que hemos zarpado y ya has pescado.

Sasha frunció el ceño por toda protesta, guiándose más por su sonrisa que por la burla. Seguía siendo un poco falsa, pero ya conocía

suficiente al daena real como para saber que no querría hablar del tema. Y es que, al parecer, a Rako no le hacían ni pizca de gracia los curiosos. Como para no, con su historial…

—Lo de que Moira ya está en cubierta sí es cierto, ¿no?

Asintió.

—Aunque yo diría que más bien ha huido…

La risita de Rako fue una pequeña victoria en el ambiente viciado del camarote. Después, un segundo frasquito de especias escapó del macuto de la pastelera y se unió al primero en su ruidoso peregrinaje de ida y vuelta. El de Hator necesitaba un buen remojo, todo manchado de barro y ramitas casi fosilizadas.

—¿Qué tal las niñas?

—¿Las niñas? —repitió Rako, seguido de una repentina carcajada —. No son precisamente niñas, Sha.

—Lo sé, lo sé… —Sacudió la cabeza con un suspiro culpable—. Es solo que, a veces, cuando estoy con ellas, soy… tan consciente de todos los años que he vivido…

El daena lo miró largamente, su expresión de pronto suave, blanda. Sabía de qué sensación le estaba hablando. De tener veinte y doscientos años a la vez. De haber vivido pero no haber crecido. De charlar con Anna y ver en ella a una mujer seis años mayor y, al mismo tiempo, a una cría que aún ni rozaba la treintena.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó entonces Rako.

—Doscientos veintidós.

—Los tres patitos —rio.

—¿Y tú?

La pregunta pareció tomarlo por sorpresa, porque abrió mucho los ojos, la boca, y carraspeó algo ininteligible antes de quedarse en silencio. Sasha solo le devolvió la mirada, sin comprender cuál era el problema, por qué Rako lo miraba como pillado en algo increíblemente vergonzoso, pálido y sin aliento. Entonces lo vio intentando esconder el temblor de sus manos en los bolsillos de sus recién recuperados pantalones de viaje, y eso le hizo entender, y entender le hizo tragar saliva, sintiéndola amarga y ácida y todo a la vez.

Sasha acortó la ridícula distancia que los separaba y se acuclilló frente a él, posando una mano en su rodilla y la otra en su mejilla.

—Tienes doscientos veinticinco, Rako.

Este hizo ademán de apartarse, pero debió de cambiar de idea, porque en el último segundo volvió el rostro hacia su palma, refugiándose en ella.

Sasha supuso que a él también le habría ocurrido, de haber pasado siglos encerrado en aquel lugar. Seguro que se le habría olvidado todo. Su edad, qué día cumplía años, cuántos debía cumplir, cuántos habían

pasado desde la última vez que vio la luz del sol. La extraña niebla de la celda de eternidad le vino a la memoria y se imaginó allí. Contuvo el escalofrío.

Pero Sasha se acordaba de todo. Sasha siempre se acordaba de todo. Y por eso, si Rako necesitaba su memoria para coser los parches rotos de la suya, él se la daría. Todo lo que necesitase, todo lo que quisiese. Se lo daría.

—¿Qué quieres hacer? —susurró, agachando la cabeza para buscar su mirada.

Rako se encogió de hombros, todavía un tanto perdido.

—Solo dormir. Solo un rato. Solo…

—Me parece bien. —Y le sonrió—. ¿Quieres el lado de la ventana?

Él asintió.

14
CINCUENTA INCOHERENCIAS POR MINUTO

Sasha no podía menos que admirar lo mucho que habían cambiado los barcos desde su última travesía marítima. Los recordaba más oscuros, más sucios, más todo. Recordaba preferir pasar la vergüenza de pedirle a Nize que le dejara hacer sus necesidades en el beque cubierto reservado solo para oficiales y altos mandos antes que compartir las letrinas con los demás guardias y marineros, donde había vivido verdaderas pesadillas. Y cómo olvidar el hedor y sabor del agua estancada, el no poder limpiarse a fondo y el tener que recurrir a la cerveza a partir del quinto día en altamar.

Ahora, el único olor impregnado a la madera del navío era la característica huella inciensada de los demonios, prueba innegable de cada uno de los Pactos allí firmados. Pero no sería Sasha quien se quejara, porque para eso debería usarse la magia de círculos, para progresar. Beques cubiertos para todos, materiales impermeables, barriles que conservaban el agua intacta… y el Pacto que había marcado un antes y un después en la historia: bodegas heladas donde la comida aguantaba semanas y semanas sin necesidad de salar. Todo un avance de dominio público que, si bien ya empezaba a verse hasta en las tabernas más recónditas de la Espiral, le había sorprendido encontrar en un barco.

Sin embargo, la mejora que se llevaba el premio consistía en una larga estancia destinada a la higiene, con sus bañeras como barricas de vino que transformaban el agua marina en un líquido quizá no potable, pero sí lo suficientemente limpio como para quitarse la sal y el sudor pegados a la piel. Comunitaria como era, Sasha se había resignado a no lavarse en los seis días de viaje, pero ya al segundo se encontró escabulléndose en mitad de la madrugada, con tan mala suerte que coincidió con una mujer que habría tenido la misma idea.

Ella obvió educadamente su presencia, así que él escogió la bañera más apartada de la suya e hizo lo propio.

En ese momento anochecía el tercer día y Sasha salía a cubierta, donde tripulación y pasajeros por igual montaban las mesas y banquetas que durante el resto del tiempo permanecían guardadas. Hator les había conseguido sitio en un extremo casi pegado a la borda, allá en la última fila, lo que le ganó un comentario brusco por parte de Moira que él no alcanzó a oír, demasiado ocupado en llegar a ayudar a Anna con las bandejas de la cena. Cuando terminaron de repartir escudillas, vasos y cubiertos, el caballero todavía tardó un par de segundos en sentarse junto a su falsa hermana, su primer instinto siempre hacerlo junto a las otras dos.

—¿Y Rako? —preguntó Hator, curioseando por encima de su hombro.

Él carraspeó.

—Indispuesto.

«Oh», dijeron ellas al unísono, y le hubiera resultado gracioso si no fuera por lo que aquello implicaba.

Siendo sinceros, Sasha ya empezaba a habituarse a las fugas de conciencia del daena, más frecuentes ahora en altamar (quizá por notarse encerrado de nuevo). Se giraba en mitad de una siesta y ahí estaban sus ojos desenfocados, su cuerpo hueco. Pero no pasaba nada. Ya volvería. Le guardaba su parte del almuerzo para luego y a otra cosa.

Quienes no parecían lograr acostumbrarse eran ellas.

Y es que, a pesar del acuerdo tácito de darse unas pequeñas vacaciones los unos de los otros durante la travesía, seguían pasando bastante tiempo juntos. Solo se separaban cuando alguien encontraba algo mejor que hacer, como una partida de cartas, algún marinero parlanchín o la intimidad de un camarote vacío en el que poder hacer ruido. O en el que simplemente descansar, como habían hecho Rako y él esa tarde.

Mientras pensaba en ello las chicas ya daban buena cuenta de la cena, un revuelto de huevos y tocino que contaba hasta con sazonamiento, acompañado por jarras de agua y cerveza que viajaban de mesa en mesa. Hator, como siempre, había engullido la carne sin apenas masticarla; y Moira la estudiaba con ojos entrecerrados, rumiando lentamente un pedazo de pan. Aquella noche, Anna se ahorró la crítica culinaria de turno, disfrutando del simple placer de no haber tenido que cocinar.

—Ay, mierda, Sherezade —dijo entonces Moira, antes siquiera de terminar de tragar (cosa rarísima en ella)—. Casi se me olvida otra vez. Mira, antes de irse… —visto y no visto, soltó el tenedor y se sacó algo del bolsillo— Chandra me dio esto para ti. Me dijo que había

estado dudando, pero que nos serviría para cuando… Ya sabes. Para cuando entremos.

Sasha frunció el ceño, pero extendió la mano igualmente, momento que Hator aprovechó para hacerse con otro pedazo de tocino de la bandeja (*El mío*, le dijo una vocecilla interior). Anna no, claro. Anna, cotilla como ella sola, se echó hacia delante para no perder detalle.

Sobre su palma cayó un grueso anillo signatario cuyo sello mostraba una luna creciente. Las puntas de la luna se tocaban, creando una circunferencia que poco tenía que ver con los círculos concéntricos pertenecientes al emblema original de Veda, pero era justo su ausencia lo que convertía aquella sortija dorada en su llave de paso al castillo.

—¿Qué es? —preguntó Anna, sus ojos titilando rojizos bajo la tenue luz de los farolillos diseminados por cubierta—. Aparte de un anillo, digo.

—Es un sello de caballero —contestó, mientras se lo guardaba también en el bolsillo. No le parecía… adecuado llevarlo en ningún dedo, ni siquiera colgado al cuello—. Sirve de credencial identificativo en caso de delegar poder en un portavoz d… —Hator torció el gesto y él recondujo su respuesta—: Que cuando el caballero del rey le da este anillo a alguien ese alguien puede hablar en su nombre.

Ambas brujas asintieron, satisfechas con la explicación. Sin embargo, Anna frunció el ceño.

—¿Y por qué te lo ha dado? Se suponía que no ibais a hablar con nadie, ni en su nombre ni en ninguno.

—Es lo que vamos a intentar —la tranquilizó él, pinchando por fin la poca carne que Hator le había dejado—, pero está bien tener esto, por si necesitamos su autoridad en algún momento. —Frunció los labios, absorto en las múltiples posibilidades que les brindaba aquel sello—. Es un gran regalo. Con esto incluso podría dar órdenes.

Sin abusar, por supuesto, pues la guardia real era orgullosa y no se dejaría avasallar por un extraño; pero con los más novatos quizá les funcionara… A fin de cuentas, Verenize ya había Anunciado que en el castillo «honrarían el Color hasta el sexto amanecer» (lo que, para quien supiera leer entre líneas, pronosticaba una cogorza de proporciones míticas), así que los guardias andarían vigilando a los invitados, no a sus compañeros, conocidos o no.

Sí, era un gran regalo. En sus tiempos, como caballero del rey (y, por tanto, mando supremo de todas las fuerzas armadas vederesas), aquel sello había pertenecido a Rarra. Nunca lo llevaba puesto, responsable del poder que contenía, de las posibles consecuencias de caer en manos equivocadas, y hasta ese mismo momento Sasha no fue consciente de que, en otra vida, habría caído en las suyas. En otra

vida, Nize habría heredado la corona de su padre y él habría heredado el anillo de su mentora.

Sin poder evitarlo, recordó el montoncito de carne cruda al que Rarra había sido reducida la noche de la Masacre, y se preguntó adónde habría ido su ropa, su armadura, su espada. Él ahí solo había visto sangre y pulpa.

¿Habría sobrevivido únicamente su sello de caballero? ¿Habría rebuscado Verenize entre sus entrañas hasta encontrarlo? ¿Se lo habría arrancado para dárselo a Sasha al igual que le había arrancado la corona a su padre, una doble sucesión a la fuerza, con uñas y dientes, como todo lo que el Eterno tocaba?

¿O simplemente habría ordenado fundir uno nuevo, sabiendo que su caballero veneraba los símbolos del pasado como reliquias sagradas?

¿De verdad seguía creyendo que volvería a su lado?

—Cada vez me convence menos este plan —rezongó Anna, mareando su revuelto con un pedazo de pan duro—. Nunca me ha convencido, pero cada vez menos.

Moira se encogió de hombros.

—Pues es lo que hay. Al menos ahora tenemos un arma más.

—Hombre, no sé yo si cualifica como arma…

—Te llama el aire —las interrumpió bruscamente Hator, sin siquiera parar de masticar—. Rápido.

Sasha frunció el ceño, desconcertado. Por lo general, si el Mundo quería hablar con él, picoteaba los bordes de su magia hasta que se atrevía a abrir una rendija. Que fue lo que hizo entonces, poco a poco y con cuidado, molesto consigo mismo por no haber encontrado aún el modo de utilizarla sin dejarla expuesta al rey. Al instante, la llama del farolillo más cercano viró hacia él, tumbada en horizontal sobre la cera, así que Moira la apagó de un soplido para evitar ojeadas curiosas.

¿Qué pasa?, preguntó Sasha, intentando no ablandarse ante la característica calidez que los elementos traían consigo.

El aire vibró, feliz, dispuesto a responder, pero no llegó a hacerlo.

Por un segundo, pensó que Verenize los había pillado, que intentaba recuperar su magia a zarpazos, escarbando con saña el tuétano cobrizo que los unía, pero no era la misma sensación. Tenían en común el pánico que tironeaba de todos y cada uno de los tendones de su cuerpo, paralizándolo, mientras él intentaba defenderse de algo que no podía ni ver ni oír ni tocar. Se estaba muriendo, lo notaba. Se estaba *muriendo.* Aterrado, se llevó una mano al corazón, que latía como sabiendo que dejaría de hacerlo en cualquier momento.

Hator hizo amago de levantarse; Anna la detuvo. Por Visné, no podía morir allí. No delante de tanta gente. Si lo veían resucitar, el

milagro correría como la pólvora por la ciudad en cuanto desembarcaran. Moira le aferró el brazo con fuerza; él comenzó a ver borroso al mismo tiempo que sus pulmones dejaban de hincharse.

Lo peor vino después, cuando se dio cuenta de que aquella muerte era diferente. Que era todas ellas, todas sus muertes en una sola, que lo corroía y lo desmembraba y lo reducía a un despojo de venas pulsantes y miedo mudo. No podía moverse. No podía moverse. Por primera vez, tuvo miedo de morir. Tuvo miedo de no volver jamás.

¿Qué lo estaba matando? ¿Qué era lo que le estaba matando?

¿Nize?

De pronto, la muerte se marchó. No brusca y rápida, como escaldada; sino lenta y serena, como un amanecer, como una misión cumplida. Y, sin embargo, quedaban vestigios de su paso en el temblor de sus manos y en las lágrimas agolpadas en sus pestañas. Las contuvo, tomando un largo trago de aire que luego salió trémulo de entre sus dientes.

—¿Sash… zade? —La mano de Anna entró en su campo de visión y se posó sobre la suya. Ardía. No. Era su propia piel la que estaba helada—. ¿Qué ha…?

Abrió la boca para contestar que no lo sabía, pero mientras lo hacía se dio cuenta de que sería mentira. El aire le revolvió el pelito entonces; una caricia maternal, de disculpa. Ah. ¿Por qué habría querido el Mundo enseñarle eso? ¿O solo había sido una desagradable coincidencia? Sasha tragó saliva que supo a bilis y por fin reunió fuerzas para dedicar a las chicas un gesto tranquilizador. No surtió mucho efecto, porque seguía temblando.

—No pasa nada —insistió, voz ronca—. Solo es Nize. Se ha muerto.

Silencio.

—¿Cómo…? —comenzó Moira, visiblemente incómoda—. No sabía que podías sent…

—Y no las siento, no mientras el Vínculo permanezca cerrado —carraspeó, todavía notando las oleadas de aquella muerte ajena deslizarse por su piel—. Ahora acababa de abrirlo.

Era un sentimiento extraño, saber que Verenize estaba muerto en ese preciso momento. ¿Qué habría pasado? ¿Un asalto rebelde al castillo? ¿Una mala caída? ¿Qué? Para él había sido horrible. Horrible.

El eco de los cuchicheos terminó de devolverlo al mundo real, y al echar un vistazo rápido a la miríada de miraditas y sonrisitas traviesas que intercambiaban comensales y tripulantes Sasha retiró la mano de debajo de la de Anna, volviendo a sus cubiertos (aunque no tenía claro que fuera a usarlos ya). Siguiendo su ejemplo, Moira por fin le soltó el brazo.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Hator, y, por su tono, cualquiera diría que estaba preocupada por el rey.

Por supuesto, nadie contestó. Mientras se masajeaba el brazo para reactivar la circulación, Sasha cerró el Vínculo de nuevo, aplastando su magia con ahínco, con prisa. Notarlo volver a la vida no sería tan espantoso, pero no quería sentir nada que viniese de él.

«Bendición, maldición, dolor, placer», había dicho Astrae.

El sol del mar doraba el doble.

Mañana del cuarto día, pastelera y caballero juntitos en cubierta, aunque no precisamente disfrutando del viaje. Y es que la pobre Anna siempre lo pasaba mal al despertar, sus mareos y náuseas matutinas la torturaban hasta bien pasada la hora del almuerzo, cuando desaparecían como por arte de magia. Con esto en mente, aquel día Sasha le había sugerido adelantarla un poquito, por si acaso era la comida lo que neutralizaba el malestar, pero ni media hora después se la había encontrado echando hasta la primera papilla por la borda. Así que, sin tiempo que perder, Sasha se había hecho con dos taburetes y allí estaban, la una abrazada al parapeto y el otro sosteniéndole la manita.

Tras un rato en el que el caballero se limitó a cerrar los ojos y disfrutar del calor suavizado por la brisa oceánica, un largo gemido le instó a comprobar cómo andaba. Moño medio deshecho, una gota de sudor bajándole por la sien, piel pálida del que aún tiene algo por soltar… Pintaba mal. Le dio un apretoncito de ánimo.

—¿Por qué me pasa esto a mí…? —gimoteó Anna en respuesta, limpiándose el sudor de la frente con la mano libre—. Podría estar… tan a gusto… tomando el solete.

Él sonrió, pero no dijo nada. En su lugar, rastreó la cubierta con la mirada en busca del resto del grupo. Por supuesto, al primero que localizó fue a Rako, quien jugaba a las cartas con uno de los tripulantes. Sus cejas alzadas auguraban otra victoria, racha que a Sasha le fascinaba, teniendo en cuenta que en su día había sido pésimo («El rival más débil de Veda», solía burlarse la propia princesa de Veda). Oculta bajo el velo, una sonrisita socarrona claramente visible.

Allá en proa, en cambio, Hator echaba la siesta en una de las tumbonas destinadas para los pasajeros de más alto nivel adquisitivo, la mayoría vacías debido al escandaloso precio que suponía su alquiler. Y Sasha no sabía cuánto tiempo llevaba ahí tirada, pero más le valía haberle pedido al aire que la protegiera del sol o acabaría de color rojo. Era increíble, lo mucho que le gustaba tomar el sol a esa

muchacha. Parecía una lagartija. Aunque todos lo parecían, en realidad, si se paraba a pensar en la de veces que habían aprovechado los altos del camino para descansar bajo los rayos, su piel más y más oscura según trascurrían las semanas.

Moira, como siempre no muy lejos de su protegida, fue fácil de encontrar. Por segundo día consecutivo, un grumete le daba charleta mientras fregaba el suelo, totalmente convencido de que los monosílabos que recibía en respuesta denotaban interés genuino. Eso le hizo gracia, y al volverse para contárselo a Anna se le ocurrió una idea mucho mejor: ya sabía cómo revivirla.

—¿Cómo va nuestra tapadera? ¿Somos creíbles?

Muy lentamente, la pastelera despegó la mejilla del parapeto para mirarlo. Después dejó escapar un suspiro de hastío tan falso como el interés de Moira en el friegasuelos.

—Más que creíbles. Estamos dando tanto que hablar que les da igual si Hator suelta cincuenta incoherencias por minuto, a ellos lo que les importa es el enredo. Que hay apuestas, Sasha. *Apuestas.*

—¿Sí? —Sonrió él, divertido—. ¿De qué?

—¿¡De qué va a ser!? Pues sobre quién retoza con quién. O, en tu caso específico, con quien *más* puedes hacerlo.

Sasha tardó un par de segundos en comprender. Luego rio, y por lo bajo, entre dientes:

—¿No les basta con Rako?

—¡Sasha! —aulló Anna con lo que parecían sus últimas fuerzas. Teatral pese a todo, dio media vuelta sobre el taburete para apoyar también la espalda en la borda (pero sin soltarle la mano, claro)—. ¡No te estás poniendo en situación! Mira, imagínate. Dos pares de hermanos suben a un barco y uno de los mayores enseguida hace buenas migas con el menor del otro par… El primer día se les avista ya en el mismo camarote. —Sasha no pudo más que reír de nuevo—. Pasan tanto tiempo juntos que las dos hermanas, abandonadas, también se hacen amiguitas… ¿Me sigues?

—¿Creen que estás liada con Moira? —probó, presenciando cómo el color iba regresando a las mejillas de la pastelera—. Pero si te queda pequeñísima…

—Con la armadura parece mucho mayor. —Ella entornó los ojos—. Aunque ya te digo yo que a esta gente los años que nos llevemos no les quita el sueño. Total, los amoríos de barco se acaban en cuanto tocan tierra, así que ¿qué más da? —E hizo un gesto vago con la otra mano, zanjando el tema—. ¡El caso! Que los amigos de mis amigos son mis amigos, así que empezamos a pasarnos el día todos juntos, *los cinco,* no solo hermano con hermano y hermana con hermana… El roce hace el cariño, ya sabes. Y ahora estamos tú y yo a solas, en un rinconcito donde nadie pueda oír lo que nos decimos mientras tú me

cuidas porque estoy enferma y Rako le hace ojitos a un marinero.

Sasha se volvió vergonzosamente rápido a mirarlos, cazándolos en el momento justo en que el marinero se quitaba uno de sus pendientes de oro para dejarlo en la palma bien abierta del daena real. Ufano, Rako le guiñó un ojo al perdedor.

—¿Es eso lo que está haciendo? —Preferiría no haber sonado tan angustiado.

—Es todo pose, idiota —rio Anna—. Rako es muy buen actor, pero ante todo es listo; sabe que el rey estará atento a cualquier barco que atraque en su puerto. No se esperará que un escándalo amoroso tenga que ver con el corrillo de imbéciles que quiere matarlo, y menos aún que el más picaflor de ellos sea su por siempre amado caballero.

No contestó, no al principio. Solo se la quedó mirando mientras ella se recolocaba el moño con una sola mano, ojos fijos en el daena y expresión indescifrable.

—Suena a que habéis estado hablando.

Anna se encogió de hombros.

—Compartimos camarote, es inevitable. Sobre todo cuando los ronquidos de Hator no te dejan dormir.

Eso le hizo reír, y la pastelera por fin volvió el rostro hacia él. Sonreía. Una sonrisa suave, tranquila. Aunque seguía siendo bastante antagónica con Rako, desde su conversación en Oimpra el caballero había notado ciertas diferencias, como que parecía más dispuesta a escuchar. O, por lo menos, a morderse la lengua.

—¿Y en qué resultado hay más dinero puesto?

—En que en cualquier momento tú y yo nos escabulliremos a tu camarote.

—¿Y Rako?

—No se le ve muy preocupado ni por su hermana ni por su actual ligue. Algunos incluso dicen que lo aprueba.

—¿Cómo te enteras de estas cosas? —farfulló Sasha, incrédulo—. ¿Y qué pasa con Moira entonces?

—Que, *obviamente,* no se quiere meter en terrenos que su hermano mayor conoce mucho mejor que ella.

—Obviam… ¿Y Hator? ¿Con Hator no hay ninguna apuesta o qué?

—Pues es que no da mucho juego, entre que dijimos que es nuestra sobrina y que se pasa el día por ahí brincando como un perrillo. Es más bien la mascota del barco.

Volvió a reír y, esta vez, Anna se le unió. Ahora que sabía que esa constante sensación de estar siendo observado provenía de un puñado de cotillas que derrochaban tiempo y dinero en vidas ajenas, su cuerpo entero se relajó. Estaba acostumbrado a las identidades falsas, pero no a compartirlas con otros, y menos aún a utilizarlas para pasearse por la Espiral a plena luz del día en lugar de para esconderse

en el rincón más remoto del continente. Se le hacía raro.

—Pues lo siento por los que han apostado por nosotros dos.

Ella frunció el ceño.

—Tampoco es tan descabellado…

—No, claro —se apresuró a decir—, no en este contexto.

Durante un segundo, Anna frunció el ceño incluso más, pero cuando se le encaró lo hizo de forma fluida, calmada. Cosa que sirvió de poco, porque Sasha ya se conocía esa fachada de indiferencia suya, así que aguardó con ojos entornados a que soltase prenda.

—Oye, Sasha, a ti no te gustan las chicas, ¿no?

Ahí estaba. Él permaneció quieto; ella no: sus dedos aún entrelazados con los suyos tamborileaban un ritmillo que intentaba ocultar su nerviosismo.

—¿Dices… románticamente?

—Ajá.

—Pues… sí que me gustan, sí. —Y carraspeó—. O sea, nunca me ha pasado, pero podría pasar. No lo descarto.

Anna desvió la vista, mordisqueándose sin pensar el labio inferior. Sasha fingió no ver el destello de dolor que cruzó su rostro (quiso dejárselo para ella, respetar su intimidad), pero ya que se había abierto la veda de las preguntas íntimas aprovechó para quitarse de encima una propia:

—¿Por qué seguir mandándome notas?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por costumbre…? Nunca las leías, así que…

—Leí unas cuantas —reconoció, removiéndose sobre el taburete—. Las primeras… y luego las dos últimas. No tenían mucho que ver unas con otras.

—Ya. —Puso los ojos en blanco, como si eso pudiera disimular lo rojas que se le habían puesto las mejillas—. En realidad, dejé de tirarte los tejos muy pronto. Las demás notas solo eran una manera de hacerme creer que estaba cerca de ti, porque lo de intentar ser tu amiga tampoco salió muy bien. —Frunció los labios, pensativa—. Y eso que me esforcé muchísimo.

Sasha asintió, dándole la razón. Pero el problema era que las notitas habían llegado primero, por lo que él se había cerrado en banda ante cualquier acercamiento amistoso posterior. Mentira. Se había cerrado en banda desde el principio. Anna jamás había tenido ninguna oportunidad, porque Sasha no arriesgaría vidas inocentes por echar raíces junto a nadie. No, el Sasha que había sido Sherezade nunca había necesitado (querido) ni amigos ni parejas. Solo trabajar duro para que, al caer el sol, su mente agotada fuera incapaz de digerir la Anunciación.

—La verdad —confesó—, me ponían bastante incómodo.

—¿Cómo iba a saberlo? —replicó ella, de pronto una gota de veneno en la voz—. Nunca me lo dijiste, en ocho años. Aunque, por lo menos, ahora sé que eso es lo que haces cuando no te gusta algo. Simplemente le das la espalda y finges que no ha pasado.

El ataque le pilló de improviso y siseó, tocado y hundido, al mismo tiempo que Anna cerraba los ojos y aspiraba entre dientes, enseguida arrepentida.

Pero, siendo sinceros, tenía razón. Y él lo hacía de forma inconsciente, pero lo hacía: intentar olvidar que Rako lo había besado en el lago para evitarse quebraderos de cabeza, tirar las notas de Anna durante ocho años en lugar de pedirle que parara, huir de Veda durante doscientos años porque no sabía cómo matar a su mejor amigo… Había vivido vidas enteras fingiendo que nada de aquello había ocurrido.

¿Cuándo había empezado a ser así? ¿Tan esquivo? ¿Tan… *cobarde*? Debía de haber sido antes de la Ascensión, pero no lograba identificar la primera vez que había decidido cerrar los ojos.

—Sasha, lo siento… Y mira que justo el otro día me echaste la bronca por bocazas…

—No, no —la tranquilizó, dándole un leve apretón en la mano—. No has dicho ninguna mentira. Sería injusto que yo pudiese hablar y tú no.

Al principio, Anna dudó. Luego dijo:

—Qué caballeroso. —Y rio—. Bueno, claro. Como lo que eres.

Rio más fuerte cuando el caballero puso los ojos en blanco, hastiado y divertido a un tiempo. De pronto se sentía muy cercano a Anna.

Durante un segundo, deseó haberla dejado entrar ocho años atrás. Porque, en realidad, sí que había necesitado un amigo. De hecho, nunca había dejado de necesitarlo, y ahora que tenía varios no sabía qué hacer con ellos aparte de mantenerlos a salvo de Verenize. Lo cual era irónico, teniendo en cuenta el motivo que los había unido.

—Anna, eres preciosa, e inteligente, y…

—¿Qué haces? —le cortó, mirándolo con un mohín mitad ofendido mitad burlón—. Pero serás creído, soltándome el típico discursito de rechazo cuando ni siquiera estaba haciendo ninguna declaración de intereses… Déjatelo para otra, que yo ya sé que soy muy guapa y muy lista —sentenció, toda orgullosa—. Sinceramente, tú te lo pierdes.

—Por supuesto —dijo él, sonriente.

Jamás dejaría de admirar la confianza de la pastelera en sí misma, su manera de ser tan arrolladora. Empezaba a sospechar que el Séquito del Traidor, como los habían llamado, se componía de personas que seguían adelante pasase lo que pasase, sin mirar atrás; quizás elegidos precisamente para tirar de él, quien no paraba de

mirar atrás.

Casi en acto reflejo al pensamiento, Sasha dejó un beso rápido en sus nudillos fríos. Le estaba pillando el tranquillo a eso del contacto físico. Encantadísima, Anna sonrió mientras miraba de soslayo por encima del hombro del caballero.

—Ah, la apuesta a mi favor acaba de subir.

Estuvo a punto de girarse a mirar, pero entonces reparó en que seguía pálida.

—¿Todavía andas mareada?

Ella suspiró.

—Todavía, dice… Si con toda esta conversación estoy hasta peor… Puede que vomite otra vez, de los nervios.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Una manzanilla?

—Ay, sí, por favor. Un movimiento maestro.

Evidentemente, Sasha no lo hacía para jalear las apuestas, pero de camino a los fogones un tripulante que no le sonaba ni de vista le guiñó un ojo, así que se resignó a desempeñar su papel esbozando una sonrisa cómplice.

Fue ese ridículo intercambio, y no la manzanilla, lo que le devolvió el color a Anna.

Despertó poco después que el sol, pero todavía tardó un rato en abrir los ojos, acunado por la calma reinante en el camarote. El crujido de la madera del navío apenas perturbaba el silencio, solo ruido de fondo mientras Sasha escuchaba atentamente la respiración de Rako. El aspirar largo, los segundos de pausa, la espiración breve. Aunque el calor los había separado en algún momento de la madrugada, sus cuerpos parecían empecinados en permanecer conectados, la pierna del daena un peso muerto sobre la suya.

Primera noche de travesía durmiendo juntos y ojalá lo hubieran hecho desde el principio.

Cuando finalmente abrió los ojos, los rayos mañaneros lo toqueteaban todo como un niño curioso, convirtiendo en un lienzo casi cegador las estiradísimas sábanas de la cama vacía de Moira. Las suyas se le enroscaron aún más en los tobillos mientras se giraba hacia Rako, dispuesto a recuperar terreno perdido, ofensa que desveló al daena lo suficiente como para volver el rostro hacia él pero no tanto como para dignarse a abrir los ojos.

—Buenos días —susurró Sasha, dejándole un beso primero en la mejilla y luego en los labios.

Rako emitió un ruidito de protesta, quizá temiendo que ya tocara levantarse, pero el caballero no tenía intención alguna de sacarlo de la

cama. Total, para el desayuno todavía faltaban un par de horas (al que ni siquiera tenían por qué acudir), y tampoco existía destino que alcanzar a pie o a caballo. No había prisa, ni obligaciones, ni nada. Podían quedarse allí tumbados todo el tiempo que quisiesen.

En una invitación muda, Rako alzó un tanto la barbilla, así que él se incorporó sobre un codo para sembrar en ella un caminito de besos. Y luego en la comisura de su sonrisa perezosa, y luego en sus párpados aún cerrados, y luego en su sien; en cualquier centímetro de piel descubierta al alcance. Lo cual sumaba muchos, muchísimos centímetros, contando con que seguían desnudos de la noche anterior.

A Sasha le gustaba esa sensación de pequeño mundo cerrado que habían construido en aquel compartimento, como escondidos en una minúscula bola de cristal donde nada ni nadie más podía entrar. Allí solo había cabida para sus dedos deslizándose por entre el pelo fino de Rako (el suspiro quedo con el que los recibió le sacó una sonrisa) y para el subir y bajar del navío, ese que Sasha quería imitar con sus cuerpos. Por eso se pegó contra él, entrelazando sus piernas con las suyas sin parar de besarlo, aprovechando aquella franja de tiempo en la que el daena todavía no se había vestido su coraza de sarcasmo y despreocupación; aquellos brevísimos segundos entre sopor y vigilia en los que Rako no podía ser nada más que Rako.

Le alivió oírlo reírse por lo bajo, con la de comidas que sus vacíos le habían forzado a saltarse. Sasha solía llevarle sus raciones después, cuando regresaba al mundo real, pero nunca parecía tener hambre; solo sueño. Tanto sueño como miedo tenía el caballero a que las ausencias continuaran multiplicándose incluso en tierra firme, por lo que agradecía y adoraba cada instante que pasaba consciente.

—¿Qué andas tramando? —murmuró Rako, divertido, mientras Sasha pasaba a cernirse sobre él, pero en lugar de una respuesta recibió otro beso. El primero del día en los labios, lánguido y lento como un despertar.

Decir que el daena correspondió al beso sería darle demasiado mérito. Más bien se dejó hacer, maleable en su duermevela, aunque en algún punto entre separar los labios para abrirle paso y su lengua buscando la suya sin pensar debió de darse cuenta de lo que estaba pasando, porque profundizó el beso durante un segundo antes de cortarlo.

Por fin Rako había abierto los ojos, ceño fruncido en lo que Sasha consideró una acusación por atreverse a despertarlo. Falsa, claro, así que allá que bajó de nuevo para seguir con lo suyo, pero entonces el daena trató de apartarle la cara con una mano. Mano que él atrapó al vuelo y aprisionó contra el colchón.

Se miraron. Rako arqueó una ceja, retándolo.

Un segundo intento de beso, una segunda mano saliéndole al paso

que acabó junto a la primera. Y ahora el daena sonreía, triunfal, como cada vez que perdía. O que se dejaba ganar.

—¿Algún motivo en especial para semejante despliegue de energía a estas horas intempestivas? —resopló Rako. Su voz todavía ronca de sueño le hizo sonreír—. ¿Me he perdido algo?

—No —contestó—. Hoy no.

Pero aun así Sasha presionó las caderas contra las suyas con todo el peso de su cuerpo, firme e intencionado. El gemido que abandonó los labios de Rako fue de sorpresa, y cuando lo notó arquearse hacia él notó también su erección contra el muslo, no del todo dura pero ya goteante; y aunque logró contenerse para no moverse ni un mísero milímetro más no pudo evitar aplastar sus muñecas con fuerza, enterrándolas en las sábanas.

—¿Quieres que… haga algo? —preguntó Sasha, pasándose la lengua por los labios.

—¿No es lo que venías buscando?

Se encogió de hombros, de pronto inseguro. Rako escondió el rostro tras su propio brazo, tratando de amortiguar un chirrido de frustración contra la piel. Incluso a esa corta distancia Sasha podía ver la tensión de sus músculos, pero también el velo de somnolencia y fatiga que aún los emborronaba, dejándolo desmadejado pero impaciente, rendido pero expectante.

—¿Qué quieres? —insistió.

—Lo que sea estará bien. —Y, tras unos segundos, sacó la cara de su escondrijo para mirarlo a los ojos y añadió—: Solo si te apetece, claro.

Por supuesto que le apetecía, pero Rako tenía motivos de sobra para querer repetírselo. No porque las otras veces no le hubiese apetecido (jamás había hecho nada sin ganas, ni se había sentido obligado a hacerlo), sino precisamente porque el daena sabía que en ese aspecto eran extremos opuestos.

Si de Rako dependiera, se pasarían el día retozando por ahí sin vergüenza ninguna, así que al principio a Sasha le angustiaba pararle los pies, por si se ofendía o se aburría o se empeñaba. Pero ahora que había visto que no pasaba nada le costaba menos dejarse llevar, pararse a diferenciar cuándo no quería de verdad y cuándo se estaba negando el capricho inconscientemente, cuándo quería de verdad y cuándo estaba intentando contentarle inconscientemente. Y, en la inmensa mayoría de ocasiones, era justo la avidez con la que Rako le buscaba lo que accionaba algo en su interior, como pirita contra pedernal, una chispa que solo saltaba con el roce.

—Pero pareces cansado…

—Creo que he estado toda la noche en la celda —asintió, y volvió a cerrar los ojos—. No he dormido mucho. No de verdad.

Sasha se inclinó para besarle bajo la oreja; Rako suspiró. Luego alzó los brazos para rodearle el cuello con mucha, muchísima fuerza; tanta, que los suyos cedieron y tuvo que recostarse a su lado para no aplastarlo. Y, aun así, el daena real no lo soltó.

A veces Rako hacía eso. Abrazarlo como si lo supiese, como si supiese que faltaba poco para ausentarse de nuevo. Como si quisiera anclar su cuerpo al del caballero en un último intento desesperado por no volver a la celda, odiando no solo todo el tiempo juntos que el rey ya le había robado, sino también el que le arrebataría en un futuro.

Estuvo a punto de decirle que mejor no, que mejor dormir otro ratito, de lo sumamente agotado que lo veía, pero ya empezaba a conocerlo. A Rako le frustraba en extremo *perder oportunidades.* De estar con él, de estar con él así, a solas y tranquilos. Preferiría desmayarse de extenuación a desaprovechar las no pocas pero sí espaciadas ocasiones en las que era Sasha quien lo buscaba.

Por eso dijo «Entonces déjame a mí», deslizando una mano por su costado hasta su rodilla, la que se aupó a la cintura para poder pegarse al daena de arriba abajo, piernas entrelazadas y pecho contra pecho. Rako hundió el rostro en su cuello; Sasha la mano en el espacio entre ambos. Empapado y resbaladizo como estaba, le fue fácil marcar el mismo compás pausado, suave, de todos los besos que habían compartido esa mañana. Porque podrían tener rapidez o brusquedad en cualquier momento, pero no silencio y tiempo. Ya nunca más silencio y tiempo. Incluso si se escabulleran para enredarse en algún callejón de Venfica, incluso si tuvieran ánimos suficientes como para hacer algo más la noche previa al Color, en cuanto saliera el sol habrían de ponerse en marcha otra vez. Allí no tendrían mañanas así, largas y plácidas y arrulladas por la respiración anhelante y a cada segundo más agitada del daena real.

Y ni siquiera sabía si saldría vivo del castillo.

—Sha —lo llamó en un susurro, cuando emergió para besarlo. Beso que no llegó a ser beso, solo un jadeo contra sus labios, como si decir su nombre le resultara tan sencillo y natural como no decir nada; como si ni siquiera fuera consciente de las maldiciones o siseos o gemidos que se le escapaban entre bocanada y bocanada.

Supo que estaba cerca poco después, en cuanto Rako enterró los puños en su pelo y comenzó a mecer las caderas más rápido, urgente, intentando convencerle sin palabras de que le siguiera el ritmo. No lo hizo. No lo hizo ni aunque su propio cuerpo protestara, sintiéndose ya tirante y húmedo solo de oírlo y tocarlo y tenerlo serpenteando contra él. No, Sasha se mantuvo firme hasta el final, dispuesto a alargar el momento lo máximo posible.

Rako soltó un quejido agudo, breve, lleno, que hubiera conseguido hacerle cambiar de parecer si no fuera porque se rompió justo

entonces. Y, mientras Sasha lo guiaba a través del orgasmo, él le clavó las uñas en la nuca para atraerlo en un beso violento y autoritario que no admitía réplica, ordenándole que abriera los labios y se dejara hacer. Esta vez sí que lo hizo. Se dejó hacer hasta que lo notó derretirse de vuelta a sí mismo, piernas temblorosas y piel volcánica, palpitante en cada vértice en el que se tocaban.

—¿Bien? —preguntó Sasha, apartándose lo justo para buscar sus ojos.

—Sí, sí —contestó él, y entre cada palabra intercalaba un beso corto—. ¿Tú? ¿Quieres?

Asintió aunque no había tenido en mente llevarse algo a cambio. Había supuesto que Rako caería fulminado como por un rayo apenas terminase, roncando antes siquiera de darle tiempo a reaccionar; y tampoco le habría importado. Pero prefería esto. Prefería al daena invirtiendo esa última oleada de adrenalina en rodear su erección con dedos aún cálidos mientras él presionaba los labios contra su garganta, allá donde su pulso golpeaba con mayor fiereza. Quiso morder. No lo hizo. La mano de Rako arriba y abajo sin pausa ni compasión y las de Sasha ahora sujetando su mandíbula para besarlo vehementemente en la boca. Quiso morder. Lo hizo. Lo hizo y el sonido que recibió en respuesta debería haber sido de dolor, pero sonó a todo lo contrario.

No tardó en correrse después de eso, un fogonazo que prendió hasta el último de sus nervios y que se extinguió tan rápido como había estallado, licuando todo pensamiento a su paso. Con un largo suspiro de alivio, Sasha unió sus frentes y lo abrazó muy, muy fuerte, sin importarle si lo rompía o si se manchaban aún más. Aunque a Rako parecía importarle incluso menos, porque solo se revolvió para enroscarle los brazos al cuello, decidido a seguir durmiendo. Protestó cuando el caballero se despegó de su lado para pescar del suelo alguna camisa sucia con la que limpiarse y protestó de nuevo cuando se la restregó también a él por el estómago. Sasha negó con la cabeza, sonriente, mientras por fin volvía a tumbarse, un brazo extendido para hacerle hueco. Rako se acurrucó enseguida contra su pecho, donde continuó removiéndose en busca de la postura idónea (lo que, al parecer, pasaba por tironearle de la muñeca hasta conseguir que lo abrazara por la espalda). Hacía demasiado calor como para aguantar mucho rato de esa guisa, y de hecho ya una gota de sudor le rodaba nuca abajo, pero Sasha esperaba haberse dormido antes de que Rako lo apartara en sueños a manotazos.

Tuvo suerte. Lo último que notó en el segundo previo a la inconsciencia fueron sus labios subiendo hasta sus marcas de caballero.

15
VENFICA

Sasha había soñado muchas veces con su regreso a Venfica.

Sabía que no la encontraría tal y como la recordaba, pues llevaba dos siglos sin arriesgarse a poner pie más allá de Oimpra, donde se había reunido con sus padres en fechas especiales hasta que, durante el octogésimo cumpleaños de su madre, se habían despedido por última vez. Ya estaban viejitos, le habían explicado, así que preferían saberlo a salvo muy lejos de allí que ponerlo en peligro a cada poco; pero ciento setenta años después Sasha habría preferido saber cuándo habían muerto. Qué habían hecho con sus cenizas. Si dormitaban en el lecho marino, como ellos siempre habían deseado, o si habían sido esparcidas desde el Cenicero de Veda, el punto más alto del reino.

Las primeras diferencias aparecieron ya de camino. A partir del cuarto día, el barco se adentró en el mar espiral, y caballero y daena habían sustituido camarote por cubierta, viendo pasar la enroscada topografía de su tierra natal. Rako le había señalado las zonas más penosas de atravesar a nado, trampas mortales para cualquier competidor de la Cruzada; así como los islotes donde paró a reposar el año que quedó en segundo puesto. A cambio, Sasha le señaló los Espejos que, en su día, comunicaban mensajes encriptados entre costas. Incluso tras siglos de abandono, muchas de aquellas altísimas torres perduraban, ahora en ruinas.

Pero Venfica… ah, Venfica era una criatura radicalmente diferente.

Su puerto por fin hacía honor a la capital imperial a la que servía, tres veces más grande del que había partido aquella noche. Titánicos arcos blanquecinos arrojaban su sombra sobre las múltiples pasarelas de madera clara, alimentando la impresión de costillar perteneciente a un antiguo leviatán varado en la costa. Las banderas blancas y doradas ondeaban aquí y allá, y el olor a pescado fresco solo quedaba

amortiguado por el aroma inciensado de los demonios.

Cuando desembarcaron lo hicieron los cinco juntos (acompañados de un último murmullo a sus espaldas); unos ataviados con frescas ropas agavles y otros con armaduras birladas. Ninguno resaltaba entre pescadores y compradores, su vestimenta igual de suelta, de clara, de efímera; la única divergencia el porcentaje de oro mostrado.

—El Luna Alegre debería estar por aquí —señaló Rako en el mapa de Venfica que acababan de comprarle a una mujer estratégicamente posicionada a la salida del puerto para sacarle los demos a los visitantes traídos por el Color—, porque Chandra nos dijo que preguntáramos al llegar donde la Vía de Raergha se encuentra con el Barrio de Siembra… Ese era el tuyo, ¿no, Sha? ¿Nos guías tú? Que no parece que el casco antiguo haya cambiado mucho, así visto en el plano…

Pero se equivocaba.

Según se internaban en Venfica, a Sasha le iba creciendo la sensación de que sus ojos captaban dos ciudades a la vez. Porque ahí estaban los mismos puestos de granizados, ahí los mismos suelos de azulejo, las mismas fuentes repletas de monedas…, y, sin embargo, nada era lo mismo. Todo había cambiado. La estructura de los nuevos edificios le resultaba ajena, ventanales de arcos puntiagudos y cúpulas brillantes como recubiertas con pirita rematadas por pináculos florales o lunares; el interior de las tiendas visible desde la calle gracias al intrincado calado geométrico de sus fachadas, y eso solo las que no habían reemplazado las paredes por simples cortinas de coloridos abalorios.

Aquellos ojos suyos no alcanzaban a retener todos los detalles (dibujos sobre dibujos, figuras sobre figuras), todas las diferencias entre lo que había sido su Venfica y lo que ahora era la Venfica de Nize. Todo del color del hueso limpio, reluciente, ni una mínima mota de polvo en la calzada; todo adorno metálico en lugar de cerámico. En las avenidas principales el mercado característico del Color ya agotaba los polvos arcoíris que se arrojarían al día siguiente, pigmentos tan intensos que el púrpura no parecía púrpura, que el rojo no parecía rojo, el azul no parecía azul. Y es que parecían algo más, como si los propios dioses hubieran descendido para tornarlos reales con su toque. Hator se había quedado embobada ante un tenderete especializado en amarillos, petrificada por la potencia de los tonos. Al contraste, su cabello trigueño casi se veía gris.

—¿Era así cuando vivíais aquí? —preguntó Anna, mientras acariciaba distraídamente una de las columnas espirales que circundaban una plaza desconocida para el caballero—. Tan… Tan *todo.*

—No —contestó él. A su lado, Rako asintió—. Era… menos. No

peor, solo menos.

—¿Qué es «menos»?

Sasha ancló la mirada en las yemas de Hator, ahora manchadas de amarillo. Trastabilló con las palabras, buscando la manera más sencilla de explicar el desfase entre pasado y presente. Solo se le ocurría compararlo con aquel juego de encontrar las doce diferencias pero usando las imágenes psicodélicas de dos caleidoscopios: por mucho que su cerebro las supiera desiguales, apenas alcanzaba a nombrar los colores.

—Menos recargado —ofreció al final Rako, encogiéndose de hombros—. Antes era más sobrio, de piedra sólida y madera gruesa. Lo único diáfano era el templo. Ahora todo está marcado. Y, llamadme loco, pero… ¿hace más calor?

Ah, sí. Sasha lo había atribuido a la armadura (o a su creciente ansiedad), aunque ahora entendía el empeño vederés por vestir lo mínimo posible. ¿Podría haber cambiado hasta el clima…? Una gota de sudor le escurrió por la sien, y se apresuró a comprobar que la pintura de sus escarificaciones aguantaba sin derretirse.

—¿Será por eso?

Cuatro cabezas se volvieron adonde apuntaba el dedo empolvado de Hator, arriba y arriba hasta dar con una torre que se elevaba metros y metros sobre la ciudad. Fina como una aguja de tejer, varias escalinatas de caracol trepaban el muro sin tropezar entre sí de camino al balcón circular que la coronaba. Fue después, cuando dejó de intentar distinguir si algo pendía allá bajo la bóveda, que reparó en los grabados de sus blanquísimas paredes. No, no eran grabados. Eran trazos. Unos dorados, otros negros. Siempre a mano alzada. Tragó saliva, horrorizado.

Círculos de invocación.

—Ah, Chandra me habló de ellos… Son seis —explicó Rako, mientras señalaba al norte, donde entre callejas asomaba la cúpula de otra aguja—. Los llaman faros, y los invocadores los usan como lienzo. Aquí ya no existe límite de círculos entre lunas, así que pueden dibujar los que les plazca, pero solo en los faros. —Miró de reojo al caballero y respondió antes incluso de que preguntara—: Están Pactados para registrar la identidad del invocador, casta del demonio y Pacto realizado. A Verenize no se le escapa nada.

—No —siseó Sasha, con un deje ácido—, solo cientos de demonios. Me dirás tú quién es el imbécil que vuelve por voluntad propia a su mundo si esta gente no borra ni un puñetero círculo.

Rako negó con la cabeza.

—Lo que hacen es encalar los faros cada… —Entrecerró los ojos, pensativo—. Perdón, no sé cada cuánto tiempo me dijo.

Los demás asintieron en silencio, todavía contemplando la atalaya.

Plantados en mitad de la avenida como estaban, la marabunta amenazaba con arrastrarlos corriente arriba, pero resistieron sus empellones. Sasha fue el primero en moverse, reconociendo en la bocacalle a mano derecha un posible vestigio de su antiguo barrio.

—¿Qué tenía que ver la torre con el calor? —preguntó Anna unos minutos después, ya en la tranquilidad del ramal.

Dos jóvenes vedereses casi se rompieron el cuello para seguir mirándola, los ojos como platos, y si no fuera por el influjo opresivo que la capital ejercía sobre él le habría encantado sonreír. Se le olvidó responder mientras pensaba en eso, en lo mucho que le estaba afectando regresar al hogar. Fue Hator quien lo hizo:

—Abrir un portal es justo como abrir una puerta. Si hace calor al otro lado, se te cuela dentro. —Tras ella, Moira asintió—. Y en su dimensión hace mucho, mucho calor. Así que, si aquí se las dejan todas abiertas, al final es normal que la temperatura se les haya ido de madre.

—Lo mismo con los olores —añadió la arquera—; en realidad no son los demonios los que huelen a incienso, sino su atmósfera. Por eso Venfica entera apesta.

—Pues yo no noto que apeste…

—¡Porque no tienes el olfato entrenado, Anna!

—Bueno, ¿y qué? Mejor que huela a incienso que a humanidad, ¿no?

Ignorándolas, Sasha se concentró en el pavimento del distrito, último superviviente de las mil remodelaciones reales, y utilizó sus recuerdos para guiarse entre callejones, plazoletas y arcos. Mantuvo la vista fija en aceras y alcantarillado para evitar mirar más allá de los faros, más allá de los tejaditos decorados con espejuelos, donde a lo lejos se erguía la silueta sombría del castillo de Venfica. Verenize estaba allí. Verenize estaba allí. Allí, Verenize. Por alguna razón, no conseguía librarse de ese pensamiento. Imaginarse recorriendo de nuevo aquellas galerías que formaban tan parte de su hogar como la casa en la que había nacido le provocaba pánico y anhelo a un tiempo. No veía la hora de entrar al castillo, no veía la hora de huir de la capital.

Como atraídos por un imán, sus ojos se desviaron un fugaz segundo hacia allí. Allí.

Había cambiado menos que su ciudad, su brillante piedra negra aún con el aspecto vítreo de la obsidiana pero ahora cúpulas y torres remachadas en oro, oro, siempre oro. Los edificios ocultaban el salón del trono, y se preguntó si seguiría abierto al mundo, mostrando a súbditos y enemigos por igual las entrañas de su gloria. Del templo, situado al otro extremo de la Vía de Var, no llegó a entrever ni los arcos (tampoco le sorprendió: los templos siempre parecían rehuirlo).

Y, si nada divisaba del templo, menos todavía del tercer y último vértice sagrado de la capital espiral: el Mausoleo de la Princesa.

Sasha tampoco sabía si quería verlo.

Sin embargo, tuvo que enfrentarse a otras cosas.

La pastelería preferida de su madre, para su sorpresa, continuaba siendo una pastelería. El local había sido reformado por completo, sumando incluso una terraza en la azotea, pero aunque el cartel del mismo nombre presumía de operar «**Desde 32 a.a**» (Antes de la Ascensión), Sasha dudaba de que sus dueños descendieran de Jorde. Eso sí, las milhojas tenían la misma pinta.

La casa de sus padres era ahora una cristalería.

Eso le hizo sonreír, rememorando los años pasados templando sílice en los pueblos libres. Le pareció una bonita coincidencia.

El oratorio de Haasevi permanecía inmutable, con sus carillones y móviles mecidos por la brisa. A falta de fruta o carne que ofrendar a los animalitos bajo su protección, Rako vació su odre de agua en uno de los cuencos disponibles. No habían ni terminado de doblar la esquina cuando Sasha vio por el rabillo del ojo a un gatete moteado campando felizmente hacia allí. Fue al volverse para decírselo al daena que se dio cuenta de que Anna y él habían aminorado el paso, e intercambiaban murmullos fieros mientras señalaban un carrito de sorbetes.

—¿Qué pasa?

Rako lo miró, tras su velo de guipur el destello de una sonrisita socarrona, pero Anna ni siquiera dio muestras de haberlo oído antes de marchar hacia el vendedor ambulante. Evidentemente, las brujas la siguieron sin presentar batalla, atraídas como polillas a la luz por los vivos colores del hielo teñido. Formaban un trío extraño: una belleza con mil pendientes en las orejas, una chicuela enfundada en un vestidito de seda que contrastaba con sus músculos y una soldado espiral con pinta de no haber visto un granizado en la vida.

Al siguiente parpadeo ya estaban pidiendo.

—¿Quieres uno? —le preguntó Rako, tomándolo del brazo para conducirlo hasta ellas—. Tienen de limón.

Él frunció los labios, vacilante. En su día, los sorbetes de limón habían supuesto casi su único capricho, así que se moría por probarlos, pero le daba un miedo terrible agriar el recuerdo del mejor sabor del mundo. No, mejor no. ¿Para qué arriesgarse? Si seguro que encima lo habría engrandecido con el paso del tiempo, y ni siquiera usarían los mismos limones… Nada, nada. Prefería conservar intacto aquel pequeño pedacito de su Venfica.

Sin embargo, para cuando llegó a esa conclusión el dependiente ya estaba preparando el pedido de Rako y las chicas concentradísimas en remover el hielo machacado de sus vasos. Sandía para Anna y Hator;

naranja para Moira. Luego otro de sandía para el daena, sabor inexistente dos siglos atrás, y para él…

—Oye, esto está muy bueno —comentó Anna mientras se alejaban.

—La sandía es solo agua rosa —bufó Moira.

—¡A mí me gusta! —La tercera en discordia—. Mi madre decía que si me tragaba las pipas me convertiría en una.

—Pues más bien te has convertido en melón.

—¡Eh!

Sasha sonrió. Parecía que les gustaba Venfica. Contempló a la todopoderosa Elegida reírse como un cerdo de los malabares que Rako tenía que hacer para colar la cañita por una diminuta abertura en el encaje de su velo. Moira también se reía, incluso Anna. Y, cuando por fin probó el suyo, de un amarillo radiante, el sabor era ácido pero dulce y el frío no llegaba a pasarle los dientes, un equilibrio perfecto con el que había tardado tres vidas en reencontrarse.

Suspiró, dejándose guiar ahora por la arquera y su mapa camino del Luna Alegre. Dejándose guiar por su propio barrio, al que reconocía y descubría a un mismo tiempo. No como aquel sorbete de limón, idéntico al de sus recuerdos.

Algunas cosas nunca cambiaban.

—Es que *sabía* que os habíais dormido.

Sasha despertó de un brinco, su cuello castigándolo al instante con un latigazo de dolor. Mientras trataba de aplastar el dolor con una mano, el dormitorio del parador fue tomando forma a su alrededor. Enfrente, la figura agarrotada de ojos hinchados que era Moira se volvía hacia la puerta, mirando sin ver cómo Rako (negando con la cabeza como haría una madre al encontrarse a sus hijos roncando en la alfombra) cerraba la puerta a su espalda.

—No, estábamos… —balbuceó ella, y bajó la vista hacia el mapa lleno de anotaciones entre ambos— repasando el plan. Queremos estar preparados.

—¿Y os ha parecido buena idea hacerlo tirados en el suelo?

Moira torció el gesto, pero un enorme bostezo le impidió replicar.

Aunque tampoco hacía falta, porque la ausencia de mesas o sillas hablaba por sí sola. Sus dos únicas opciones habían sido colchón o suelo, entre las cuales habían elegido la menos peligrosa. Y la más inútil, al parecer, ya que el cansancio los había derrotado igualmente. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaban así, dormitando contra el pie de cama más cercano, de modo que se volvió hacia el ventanuco para buscar respuesta en la posición de la luna.

—Son las cuatro —se adelantó el daena—. Anda, meteos en la

cama.

Ambos se levantaron dando tumbos, sin molestarse en preguntarle a Rako cómo había sabido qué cuarto les había asignado el posadero del Luna Alegre a los hermanitos soldado. Rako siempre se enteraba de todo.

—¿Hator está… —Moira hizo una pausa para desperezarse; Sasha la imitó. Los huesos de su espalda chasquearon al unísono— dormida?

—Malamente. No para de dar vueltas, pero es normal. Está preocupada por mañana. Todos lo estamos.

—Vale…, pues voy para allá.

—¿Dónde, con nosotros?

La arquera frunció el ceño.

—Con *ellas.* ¿Es que no venías a cambiarme el sitio?

—¡No! —Parecía indignadísimo—. ¡Venía porque estaba seguro de que seguiríais dándole al mapita!

—Ah. ¿Me quedo, entonces?

—No, no, ya no —refunfuñó Rako mientras ellos contenían la sonrisa—. Ahora no te me vas a echar atrás. Venga, marchando. Verás qué alegría se lleva Anna.

Mitad amodorrada mitad divertida, Moira le consintió el capricho y se despidió de Sasha con un fugaz apretón en el brazo. Por alguna razón, eso le trajo el recuerdo de otro cuarto compartido, allá en una posada de Gandell. Aquella noche, un ataque de pánico lo dejó sin aire y ella lo remató con palabras («¿Tan patético te has vuelto?»). Tres meses después él respiraba hondo y ella le daba las buenas noches al salir.

No sabía cuándo había pasado.

Con un bostezo, Sasha se frotó los ojos, limpiándose los restos de fatiga. Y mientras oyó los tablones crujir a cada paso de Rako, oyó el chasquido del beso corto que dejó en sus nudillos. Y sintió sus manos rodeándole las muñecas, las sintió tirar delicadamente de ellas para descubrirle el rostro primero y guiarlo hacia una de las camas después (por supuesto, la que más luz lunar absorbía). No le dijo que esa se la había adjudicado Moira, porque ya daba igual y porque Rako habría hecho exactamente lo mismo: lanzar el macuto de la arquera al otro colchón sin pararse a mirar si aterrizaba en blando o rebotaba hasta el suelo. De eso ya se encargaba él. Le dio por pensar entonces en lo característico que habían sido aquel par de movimientos, lo mucho que los definían a cada uno: Rako en la vanguardia, abriéndose paso; Sasha en la retaguardia, vigilante.

A pesar de que la brisilla nocturna vederesa aliviaba más que enfriaba, el daena se acurrucó bajo las sábanas finas como hojarasca, adonde él lo siguió sin peros. Otro efecto secundario de la preocupación, aquel raro silencio entre ambos. Rako lo abrazó, usando

su pecho de almohada, y cerró los ojos.

Sasha solo aguantó dos minutos sin decirlo. Sin decir:

—¿No vamos a hablar de mañana?

La respuesta llegó enseguida, tras un suspiro disfrazado de resoplido.

—No, Sha, no vamos a hablar de mañana. Porque entraréis al castillo, robaréis el mapa, y volveréis con nosotros sanos y salvos.

—¿Tan fácil?

—Tan fácil.

Asintió. Tampoco aguantó otros dos minutos más despierto.

Despertó en ese espacio de tiempo entre la noche y el día en el que las estrellas se habían ido pero el sol aún no llegaba. Una luz grisácea, casi neblinosa, vaticinaba los pocos minutos que le quedaban para tener que salir de la cama, enfundarse aquella armadura diseñada para él y marchar al corazón de sus recuerdos. Al Color, al castillo, a Verenize.

La verdad, no sabía cómo sentirse. Volver a Venfica le había dejado entumecido, desorientado, lleno de una añoranza tan teñida de amargura que germinaba en una nueva emoción por nombrar. Tampoco tenía nombre para ese otro vértigo reflejo al pensar en la posibilidad real de toparse con él en algún corredor, al pensar ya solo en *verle* en el Color… Pero, como no quería enfrentarse todavía a eso, recurrió al truco más simple para despejarse: mirar a Rako.

Ah.

Sasha no diría que había perdido la fe, no cuando aún a veces se descubría entonando su antigua plegaria a la dama lunar antes de acostarse. Más bien diría que había olvidado que rezar y creer eran dos cosas distintas, el desamparo de siglos sin respuesta convirtiendo los ritos en rutina, despojándolos de significado. Sin embargo, en aquel momento, con Rako dormido a su lado (tapadito hasta arriba, respirando su propio oxígeno), lo recordó todo. Porque eso era lo que hacía Sasha. Recordar.

Recordó cada oración, cada reverencia y cada leyenda; cada una de las seis vidas de Raergha. Recordó los nombres de las sesenta divinidades del panteón y los de sus hijos y los de sus amados y los de sus demonios. Recordó de qué estaban hechos los dioses, y lo hizo al ver el oro con el que el amanecer transformaba a Rako en uno de ellos.

Y entendió por fin, por primera vez desde que se arrodilló ante Var con cuatro añitos, por qué la gente necesitaba creer. Por qué buscaban darle un sentido a eso que ahora le crecía por dentro y que latía y que

le hacía querer confinarse para siempre junto al daena entre aquellas cuatro paredes. Tenía lógica que algo así, que algo tan fuerte e inexplicable como lo que sentía por Rako, lo hubiera forjado un dios.

Pero…

Pero también entendió cómo avanzaba la oscuridad de los humanos, de qué partes de sus cuerpos incompletos se alimentaba hasta corromperlos, tal y como hiciera primero con los demonios. Y la notaba relamerse cada vez que Rako cerraba los ojos y él acunaba su rostro entre las manos, justo cuando aquel lunar de su pómulo desaparecía bajo la caricia.

Porque entonces Sasha ya no veía al daena sino al rey, y eso lo ahogaba en un pánico tan virulento como el anhelo que lo acompañaba.

Era un secreto. Un secreto entre su oscuridad y él.

—Está rica.

—¡Está mala!

—Está rica.

—¡Está mala!

Sasha apartó a los dos nenes, educado pero firme, quienes se prepararon para protestar hasta que la visión de su imponente armadura les hizo repensárselo y retomar su disputa con la misma ferocidad. Desconcertada, Moira ojeó de pasada el origen de la discordia, una bebida blanca que uno de los niños se aferraba contra el pecho mientras su amigo la miraba con cara de asco.

—¿Qué es eso?

—La bebida tradicional del Color —respondió él mientras rodeaba a un grupillo de yayas. A ese paso no iban a llegar al faro en la vida—. Se hace con chufa.

—¿Qué es una chufa?

—Un tubérculo.

Pocas cosas despertaban la curiosidad de Moira, así que se volvió a mirarla sin parar de abrirse camino por entre el conglomerado de asistentes al Color, más denso según se acercaban a la Vía de Var, donde familias enteras acampaban desde el amanecer para agenciarse un sitio privilegiado. Si no fuera por sus uniformes militares, alguna matriarca recelosa de sus intenciones ya les habría soltado un buen sopapo.

—¿Quieres probarla?

—No, gracias —contestó rápidamente la arquera, torciendo el morro—. No tiene… buena pinta. ¿Está buena?

—Ah, el gran debate. —Sonrió, nostálgico. Discutir sobre las muy

diferentes (y vehementes) opiniones referentes al sabor de la horchata formaba tan parte del Color como la propia bebida; solo otro vederés podría entenderlo. Pero Rako se había quedado en el parador junto a las chicas, esperando su regreso durante no más de veintiséis horas. Después, asumirían lo peor y marcharían sin mirar atrás—. A mí me gusta el primer trago. Los demás ya me saben raro.

—Eso es… muy específico.

—Te sorprendería la de gente que piensa igual.

—Sois raros, los vedereses.

Sasha rio.

—Tienes los dientes puntiagudos, Moira.

Para su sorpresa, ella también rio. Era una carcajada corta, rasgada y salvaje, que sobresaltó a más de uno pero que encajaba perfecta en el barullo previo a la ceremonia. Tampoco ellos desentonaban, su tez oscura mezclándose con el moreno natural y la piel cobriza de la nueva generación de vedereses. Qué maravilla. Qué diferente a los tiempos de Aurel ⁘, cuando las políticas autárquicas de Veda aún entorpecían cualquier intercambio cultural, lo que se reflejaba en la heterogeneidad de su gente.

Por eso mismo el enlace entre Sera ⁙ y el heredero de Agavlia había generado tanta expectación, el propio rey Aurel preparando el terreno poco a poco para abrir compuertas al resto del mundo. Una capitana sérvea para él, una niña de Sagrarés para la futura reina, un brujo nacido y criado en Venfica (al que jamás preguntó por su ascendencia) para el príncipe… Cada caballero seleccionado cuidadosamente a mano, como piezas de diseño.

Verenize • había sido más rápido. A fin de cuentas, después de masacrar media ciudad tampoco le quedaba otra opción: necesitaba adultos que cuidaran de sus huérfanos, que echaran las redes de pesca, que ocuparan los hogares vacíos y prosperaran bajo su ala. Y fueron muchos los habitantes de las recién anexadas Agavlia y Córtega quienes respondieron a la llamada de su conquistador, repoblando así Venfica con un torrente de nueva sangre, nuevos colores, nuevos idiomas y oficios y sueños.

Eso era Venfica ahora, un sueño. Una mezcolanza de arenas blancas, tostadas y oscuras, de cabellos rubios y castaños y negros, lisos y enroscados; de iris de mil tonos, de acentos toscos y musicales; todos ellos órganos indispensables del titánico espécimen latiente que conformaba la Espiral.

El faro parecía aún más alto a ras de suelo, así que Sasha prefirió ahorrarse el vértigo y mantuvo la vista fija en los ornamentos del enverjado que lo aislaba de la multitud.

Amparados por sus armaduras vederesas, atravesaron el arco de entrada sin problemas y tomaron la primera de las tres escalinatas

exteriores, peldaño a peldaño la ciudad más y más abajo pero no la expectación o la ansiedad, brotando de sus palmas y nuca en gotitas de sudor. Los muros encalados vibraban con el poder de cientos de círculos por borrar, y Sasha agradeció que los invocadores tuvieran prohibido acceder a los faros durante el Color (nadie quería más demonios presentes en la ceremonia salvo aquellos con papel propio en su apertura).

Erigido estratégicamente en el distrito vecino a la Vía de Var, a mitad de camino entre castillo y templo, les fue sencillo encontrar un buen lugar desde el que otear ambos extremos.

—¿Cuándo empieza? —preguntó Moira, acodándose sobre el pasamanos.

—En nada.

Estaba nervioso. Estaba nerviosísimo. Trató de concentrarse en la masa humana agolpada en las calles, en el perímetro de seguridad que formaban los soldados lanceros primero alrededor del castillo y luego del templo, pero al final no pudo evitar beberse con los ojos los dos edificios más importantes de su existencia, ávido por detectar cada mínimo cambio en sus muros.

No encontró ninguno. Allí seguían los arcos blancos del cristalino templo, antesala perfecta al Otro Cielo; allá la cavidad escarbada en piedra que era el mirador real del castillo y… Ah, el castillo. A semejanza del cuerpo perenne de su dueño, tras los nuevos embellecedores dorados el exterior del castillo permanecía inalterado e inmutable, como testigo de lo que ya no está, como la cabeza decapitada en una pica; una advertencia, un símbolo de victoria.

Verenize había hecho del cadáver de su pasado su hogar, y brillaba.

Fue con dificultad que Sasha consiguió apartar la mirada del salón del trono, de sus columnas bruñidas y de sus suelos marmóreos y de la inminente aparición del rey. Tragó saliva, se aseguró (una vez más) de que el Vínculo estaba cerrado a cal y canto, tragó saliva de nuevo. En cualquier momento. Verenize, en cualquier momento.

Divisó el punto de la plaza donde se les había comunicado el regicidio de Sera. Él tenía la cara manchada de púrpura y amarillo; Nize, de naranja y verde. Eran felices y mortales.

De pronto, Venfica ardió.

Las ovaciones se elevaron rápidas y eléctricas, una estampida de aullidos y lloros de júbilo según el mirador del trono se iluminaba con su presencia. Sasha creyó quedarse sordo y ciego antes de que sus ojos por fin obedecieran la orden de clavarse en él, irremediablemente reconocible incluso a esa distancia.

Su corazón se saltó un latido, pero no fue el único. Moira dejó escapar un grito ahogado, tan mudo como el gemido que Sasha sentía

en la garganta, pálido y descompuesto mientras Venfica entera seguía intentando reaccionar ante su rey. Ante su sonrisa viperina extrañamente amable, ante sus brazos bañados en oro líquido, ante la tinta metálica en sus párpados, ante la ausencia de una corona que ni quería ni necesitaba, pues solo los humanos necesitaban coronas y a Verenize • de Veda le encantaba demostrar que ya poco tenía de humano. Por eso cuando dio un paso en el aire no cayó, sino que sus pies descalzos hallaron un peldaño tras otro, revelando una escalinata invisible que se tornó cristal para él.

Despacio, teatral, Verenize descendió hasta la muchedumbre, enterrando aún más hondo en sus cerebros la idea de que solo a su vera conseguirían cruzar la verdadera escalera de cristal al Otro Cielo. Le pareció al mismo tiempo una blasfemia y una maravilla, el insulto a sus dioses subiéndole bilis al paladar pero la forma en la que rey y vidrio encajaban forzándolo a Creer.

—Lo adoran —oyó gruñir a Moira.

Y era verdad. A Sasha el fervor le llegaba a oleadas, cálidas y cándidas como el beso en la frente con el que Verenize bendijo al primer bebé, como el caminito abierto a su paso por la marea, apiñados unos contra otros para cederle espacio a pesar del deseo por tocarlo, por rozarlo aunque fuera con la punta de los dedos. Los cánticos al nombre de Var intercalaban ora sí ora no el prefijo del Eterno en un eco rítmico de Veres y Vares hasta transformarlos en un único nombre, en un único dios. Y es que ¿cómo no creerle hijo de la diosa de dioses, si sus ropas traslúcidas parecían tejidas con niebla marítima, si el azul de sus ojos se distinguía a kilómetros de distancia, si ni siquiera el polvo de las calles se atrevía a ensuciarle los pies…? ¿Si a su espalda, como una segunda sombra, se erguía el demonio más letal de la historia, alas membranosas escudándolo sutilmente y ojos dorados reflectantes como los de un felino? Nadie cerraba filas tras ellos porque nadie osaría pisar el icor que Astrae dejaba a su estela, y desde allá arriba la procesión era un lento reguero iridiscente rodando cuesta abajo hasta el templo. El vocerío no cesaba, los salmos tampoco. El Color aún no había empezado, pero Venfica ya estaba de fiesta.

De entre el vendaval de sentimientos encontrados Sasha solo logró identificar el miedo. Miedo a que el rey detectara su presencia como un perro de caza y sus ojos siguieran el rastro hasta los suyos; miedo a que toda aquella parafernalia funcionara, pues Verenize no necesitaba siquiera predicar para arrancarle la devoción de las entrañas, para adueñarse de su fe. Sasha quería rendirse. Sasha quería Creer. Sasha quería dejarse caer en el agujero negro de su influjo y parar de pensar. Descansar. Por fin.

Pero se mantuvo en su sitio, labios fruncidos y puños apretados

hasta incrustar uña en carne. Esta vez, sí fue el único. Moira subió un par de peldaños para no perderse detalle, embelesada por las arenas movedizas de vedereses que, en ese momento, borboteaban en la plaza del templo mientras el Eterno atravesaba el muro de lanceros. Ningún kleo lo esperaba en sus imponentes escaleras de entrada: él era ahora dios, monarca y sacerdote; el principio y el fin, la luna y el sol. Él lo era todo, *todo*.

Cuando Verenize alzó el brazo para trazar los doscientos círculos de invocación que requerían dos siglos de reinado Sasha se tensó, pero nada destelló en sus dedos, vacío de magia como estaba. Y, aun así, incontables portales agujerearon el cielo de Venfica, sus vórtices eclipsando al mismísimo sol. De hasta el último de ellos emergieron titánicas fauces de caimán que se abrieron como cepos a un gesto de su falso invocador, exhalando el primer chaparrón de polvo arcoíris.

Y el Color comenzó.

Y Verenize entró en el templo, su caballero alcanzando a verlo llevarse una mano al hombro para desvestirse antes de que dos soldados del Orden cerraran las puertas tras el Eterno y su Muerte.

—Y ahora a esperar —resopló Moira, mientras se sentaba con desgana en las escaleras.

Él, en cambio, retrocedió hasta pegar la espalda a la pared encalada, donde respiró todo lo hondo que sus pulmones le permitieron. Abajo, Venfica libraba una vez más su batalla de colores, nativos y visitas arrojándose rojos, azules y verdes entre risotadas y chillidos que Sasha no había sabido cuánto había echado de menos hasta aquel preciso instante. Quiso cerrar los ojos, pero no pudo.

Le temblaban las manos de nostalgia y algo más.

16
LA SOMBRA BAJO LA SUPERFICIE

Hasta el agua olía a rey.

Era un aroma denso, metálico, lo suficiente intenso como para quedar adherido a la ropa pero no tanto como para llamarlo hedor. También olía a barro, y a madrugada, y a los mil polvos de colores que le habían llovido encima, ahora hundidos en su fondo.

El barquero los conducía hacia el castillo con el remar metódico de quien lleva años surcando el mismo recorrido, indiferente al jolgorio reinante a ambos costados del canal. Allí, la típica farra nocturna en la que mutaba el Color tras caer el sol nada tenía ya de sagrada, horchata reemplazada por otras bebidas menos inofensivas y cánticos dignos de una piara de cerdos. Aun rígido por los nervios, Sasha no pudo evitar sonreír al reconocer los versos, pues había habido un tiempo en que sus noches de Color consistían también en festejar con amigos y no en infiltrarse en el castillo que lo vio crecer. Moira lo miró de reojo, pero no dijo nada. Ninguno de los tres dijo nada.

A diferencia de los borrachos y la música, el río era nuevo.

Se había enterado de su existencia mientras trazaban el plan, cuando Chandra había sugerido que tomaran «una medialuna» hasta el castillo. Y, si a Sasha le había sorprendido descubrir que Venfica ahora tenía río más le había sorprendido lo del Gremio de Luneros y sus elegantes barquitas heredadas de generación en generación. La explicación, en cambio, le pareció la misma historia de siempre: Nize desoyendo consejos y luego fingiendo que la pifia resultante formaba parte del plan desde el principio.

Aunque Sasha tampoco se lo habría visto venir, claro. Se refería a que la red de túneles que Nize se había empeñado en tender bajo la capital le fuera arrebatada por el mar, inundando la inmensa mayoría de galerías subterráneas. «El corredor entre puerto y castillo se llevó la

peor parte», había dicho Chandra desapasionadamente, «así que lo mandó reconvertir en el Canal de la Reina». Según su abuela le había confiado, suponía menos lío aprovechar las obras del río artificial para rehabilitar por entero el subsuelo de Venfica que revelar la propia existencia (y fracaso) del entramado real.

Pero, como experto enmascarador de errores, Verenize había matado más de dos pájaros de un tiro; o esa fue su sensación al verse las caras con el fastuoso embarcadero del que brotaba el Canal y comprender que no había sido añadido al castillo sino restado. Otro pedazo más de historia arrancado de cuajo, otra bóveda escarbada en la roca como en su día se escarbó el mirador del trono pero sin la sobriedad característica de eras pasadas. Aquello concordaba más con el estilo de Nize: intrincados ornamentos como estalactitas geométricas de obsidiana, miles de espejuelos que al titilar de los candiles convertían la cúpula en un segundo firmamento nocturno… Allá donde mirara encontraba decoración sobre decoración sobre decoración, un caleidoscopio de piedra volcánica y estrías doradas cuya estructura cóncava magnificaba el eco del agua.

Sintiéndose un tanto incómodo, trató de recordar la distribución del castillo. ¿Qué parte de sus muros había sacrificado el rey para hacerle hueco a aquella enorme declaración de intenciones? Porque, al igual que preservar la fachada intacta, abrir otra ingente entrada a la que podía accederse simplemente navegando río arriba desde el puerto guardaba su propio mensaje. «Adelante», decía. «Atrévete a retarme. Te lo pongo fácil. Te abro las puertas, cierro los ojos, bajo la guardia. Si te atreves, adelante. No tengo depredadores naturales, solo presas. Soy todo tuyo. Dame una razón para volver a sentir miedo».

Por suerte, ellos no querían retarle. Ellos solo querían llevarse un pedacito de papel.

—Primera vez en el palacio espiral, ¿eh? —sonrió entonces el lunero, impulsando la barca con esa jabalina que tenían por remo. Ellos se volvieron a mirarlo—. Se os ve en la cara.

Moira asintió, mueca ligeramente torcida.

—Es que no me imagino a los mozos descargando aquí la compra del puerto. Es todo… demasiado…

«Bonito». La palabra que Moira no quería decir era «bonito».

El barquero rio.

—Ah, no, no. El Canal de la Reina es de uso privado, mi señora. Solo nuestras medialunas lo recorren, y solo admitimos clientes previamente aprobados por la Corona o avalados por sus confidentes. Aristócratas, embajadores, soldados… —arquera y caballero intercambiaron miradas—, nadie desembarca sin conocimiento de nuestro vere.

Otra vez ese término. «Vere». Sasha lo había oído corear junto al

nombre de Var en el Color, y le provocaba un malestar que le venía de muy adentro, de la parte de sí que aún rezaba. Quería pensarlo un simple diminutivo cariñoso, una forma de expresar lealtad priorizando prefijo sobre nombre; ya que «vere» designaba el número sagrado en la lengua madre de la Espiral (*Vere vedra, vere nize.* Seis vidas, seis victorias)… Y, sin embargo, sospechaba que había algo más. Quizá por cómo lo pronunciaban, rozando el fervor. Sasha esperaba que solo fuera un nuevo sinónimo de «rey». Sasha sabía que no lo era.

Atravesaron por fin el arco de entrada a la bóveda estrellada, tan inmenso que tuvo tiempo de sobra para distinguir las amenazantes agujas de un enrejado levadizo convenientemente camuflado entre racimos y racimos de témpanos negros. *Ja.* Ni siquiera el Eterno le hacía ascos a un buen rastrillo, ¿eh? Aunque debía admitir que los cuatro únicos elementos del embarcadero, sin importar su esplendor o exuberancia, tenían su razón de ser. La cascada artificial como broche para el Canal de la Reina, la escalinata emergida peldaño a peldaño de las profundidades fluviales, el limitado pero lujoso vestíbulo y, por último, el soldadito de tez cobriza montando guardia junto a la arcada de paso al castillo. Ese que cuadró los hombros en cuanto Sasha se puso en pie sobre la medialuna con la firmeza y rectitud del capitán que jamás había dejado de ser. A veces se le olvidaba. A veces se le olvidaba que lo habían criado para eso, para alzar la barbilla y mirar al guardia como hacía en ese momento, exigiendo sin palabras el respeto que le correspondía por derecho.

El silencio se alargó mientras el lunero abarloaba su barquita hasta rozar los escalones, así que Sasha lo rellenó con algo de teatro, catapultando con el pulgar una reluciente moneda al cuenco de propinas tallado en proa.

—Gracias por el viaje.

—A vos, capitán.

—¿Capitán? —farfulló el centinela, todavía un poco perdido, mientras se acercaba a recibirlos. Tenían suerte: parecía joven, quizá recién debutado.

Sin molestarse en confirmarlo o desmentirlo, caballero y arquera desembarcaron a un tiempo en el primer peldaño seco y subieron el resto con semblante pétreo. Incluso Pactada, al chaval la armadura no le sentaba nada bien, y Sasha pensó que existían personas hechas para llevarlas, como la propia Moira; y personas que no, como aquel novato. Se sintió mal.

—Buenas noches, guardia…

—Rene, guardia Rene de Corte.

Asintió.

—Guardia Rene, somos el capitán Sherezade y la alnaibe Maeva de Villa Alfera. En nombre de la capitana Chandra de Corte —y, como

hiciera anteriormente con el lunero, se quitó el guantelete para mostrarle el sello de caballero engarzado en su meñique— solicitamos audiencia inmediata con la Luna de Veda.

En cuanto los grandes ojos castaños del tal Rene reconocieron el emblema una sombra fascinada veló su rostro, aunque pronto mutó en una nueva mueca que a Sasha no le gustó ni pizca. Miedo, indecisión, angustia, todo a la vez y todo malo. Muy lentamente, volvió a ponerse el guantelete.

—¿Es muy urgente? —preguntó el soldadito con un hilo de voz.

Silencio. Sasha le sostuvo la mirada desde la cima del trecho que le sacaba de altura.

—Tú qué crees —espetó finalmente Moira, saltándose el protocolo pero despabilando al chaval, ahora ojiplático—. ¿Sabes lo que significa «inmediata»?

Aturullado, Rene asintió y desvió la vista hacia la entrada a su cuidado, lo que al caballero le dio una idea de lo que ocurría. Y es que en Venfica no estaban acostumbrados a las malas noticias, a la guerra. Eso era algo que les pasaba a los demás, a soldados que nacían y morían por expandir el imperio de su rey-dios en las lejanas fronteras al otro lado del mar. No allí, en la Corte, donde las batallas solo suponían movimientos en tableros de estrategia y cartas traídas por aves mensajeras.

Y, además, estaban en plena celebración real del Color. Una vez recibido e identificado hasta el último invitado, Verenize mantendría a sus guardias más fieles, más fuertes, consigo en el salón de festivos; y a los más serviciales (a los más reemplazables) allá donde no molestaran. Como, por ejemplo, custodiando un embarcadero ya vacío.

Vaya, que el pobre soldadete ni había esperado tener compañía ni sabía qué hacer con ella.

—L-lo siento, pero tengo órdenes de no abandonar mi puesto bajo ningún concepto, de modo que… eh… —parecía costarle formular frases propias— no puedo transmitir vuestro requerimiento a mi superior…

—Calma, guardia Rene —lo interrumpió él—. Jamás os pediría que faltarais a vuestro cometido. —Su suspiro aliviado fue cómicamente audible—. Por suerte, no precisamos de escolta. Conocemos el camino.

Rene se quedó pálido. O, al menos, eso supuso, porque nada más terminar la frase Sasha se encaminó hacia el arco de entrada a paso sólido, seguro. Bastaba con creérselo. Con *recordarse* que no existía rincón del mundo conocido que le perteneciera más que aquel castillo. Era su hogar. Y esas escaleras de caracol tras el arco eran lo único que lo separaba de él.

Las mismas escaleras por las que entonces apareció una guardia real de piel oscura como brea, cabellos enroscados y cejas alzadas en la mueca más hastiada que Sasha había visto jamás (y eso que conocía a Moira).

Los tres frenaron en seco, intrusos y guardia estudiándose mutuamente, alerta. Sasha abrió la boca para presentarse; ella a saber para qué. Rene se les adelantó a todos:

—¡Alférez! ¡Justo a tiemp…!

—Si ya sabía yo que tú a mí hoy me la liabas —siseó la supuesta alférez, fulminándolo con esos ojos negrísimos, y Rene gimió como un cachorro herido—. ¿¡Qué es esto!?

Con «esto», por cómo los señaló después, debía de referirse a ellos. A su lado, Moira se envaró, ofendida, pero él quedó a la espera de la respuesta de Rene:

—Oficiales de Agavlia, alférez. Vienen en nombre de la capitana espiral.

—¿De *Chandra*? —chirrió—. ¿¡Y cuándo pensabas decírmelo!?

—Me d-dijisteis que si… Que no podía…

La mujer lo acalló de una sola mirada cortante.

—Ya hablaremos luego —sentenció, antes de volverse hacia ellos con la resolución y elegancia de una verdadera guardia vederesa. A ella la armadura le caía perfecta. De no ser por la crudeza con la que trataba a su subordinado, casi le daría envidia—. Bienvenidos a la corte espiral. Siento la indiscreción, pero he de… —Sasha enseñó una vez más el sello de caballero—, ah, así me gusta. Rápido y listo, no como *otros*. Alférez real Mar de Corte, a vuestro servicio.

Y acto seguido les tendió ambas manos, las que ellos estrecharon al estilo militar, entrelazando los dedos con los suyos. Sasha había estado aguardando aquel primer control de reconocimiento, así que se cuidó de mantener meñique y anular unidos, tal y como Chandra les había enseñado. Si fallaron, la mujer no dio muestras de ello.

—Capitán Sherezade y alnaibe Maeva de Villa Alfera —ofreció él, tanteando el terreno.

—Lo sé —replicó ella, y puso los ojos en blanco—. La capitana dio aviso de vuestra llegada, pero no os esperábamos tan pronto. Acompañadme al salón de festivos, allí seréis libres de colorearos las manos, comer y beber junto al resto de invitados. Nuestro vere os buscará al final de la noche.

Después dio media vuelta y echó a andar sin siquiera comprobar si la seguían, sin siquiera despedirse de la desdicha humana que era el guardia Rene. Ellos tampoco lo hicieron. Lo que hicieron fue intercambiar una mirada rápida, única indicación de que estaban pensando en lo mismo: que Chandra no había enviado ningún aviso al castillo. De lo cual se extraían dos conclusiones.

Una; la alférez les había soltado esa mentirijilla para alimentar el mito de la guardia real omnisciente.

Dos; se dirigían directos a una trampa.

Le costó concentrarse en cómo sortear la segunda opción cuando la escalera de caracol desembocó a un costado del titánico vestíbulo principal. Ah. Estuvo a punto de detenerse a contemplar el estómago de piedra negra del castillo, los candiles flotantes componiendo las constelaciones del cielo más allá de la cúpula, las vastas escaleras de camino al salón del trono, sus puertas macizas cerradas a cal y canto.

La última vez que había puesto pie allí tenía veintidós años y el suelo estaba plagado de cadáveres. La primera vez tenía siete años y el pie aún dolorido de pegarle tremenda patada a un soldado con la boca muy sucia.

Volvió a ser ambos Sashas en ese momento, uno acongojado por el horror allí vivido, otro sobrecogido por la inmensidad de sus dimensiones. Durante sus primeros años recordaba haberse preguntado si lograría acostumbrarse al lujo, si algún día se darían cuenta de que se les había colado un perro callejero y si lo echarían a patadas entonces. Pero nadie lo echó. Se fue él mismo. Por eso ahora lo que se preguntaba era qué habría cambiado de no haber defendido al principito. *Probablemente nada*, se dijo amargamente. *La única diferencia sería que yo no habría sobrevivido a la Masacre.*

La alférez real los condujo por la misma escalinata por la que el caballero había huido dos siglos atrás, la música y el vocerío de la fiesta a cada escalón más nítidos, menos brumosos. Guardias allá donde mirara pero relajados, casi somnolientos, y al adentrarse en la primera planta algunos invitados errantes comenzaron a hacer acto de presencia, ataviados con ropajes tan efervescente como la sidra en sus copas y cabellos recogidos con exquisitos pasadores dorados. Tintineantes pulseras en los corredores, silenciosos pies descalzos sobre las alfombras. Orejas agujereadas, labios pintados de oro rosa, corsés metálicos. La cantidad de tela invertida para lo poco que tapaba le enrojecía las mejillas, así que ancló los ojos en la nuca de su guía. Fue entonces cuando reparó en la gargantilla de oro bruñido que asomaba por encima del ajustado cuello de su almilla militar. Comprendió enseguida, porque ya había visto aquel collar más veces. Cuarenta y tres veces, para ser exactos. Una por cada niño de la Campaña.

Invocadora.

¿De dónde vendría? ¿De Córtega? ¿De Agavlia? Porque a los invocadores vedereses no se les marcaba como al ganado. A ellos se les permitía decidir unirse o no a las huestes espirales. Y muchos de ellos se alistaban, por supuesto, quizá por devoción, quizá por tradición, quizá por otra cosa. Sasha había escuchado que las familias

entregaban a sus primogénitos mágicos a Verenize como si fueran simples ofrendas de comida y no vidas humanas; pero también que aquellos niños deseaban ser elegidos tanto como él había ansiado sus escarificaciones. Ciegos por servir. Ciegos por estar un poquito más cerca.

En un mundo donde la magia de círculos se hallaba en aras de extinción, Veda era en sí misma un milagro, linajes enteros nacidos con sangre de invocador y todos ellos dispuestos a seguir trazando círculos. El último reducto de una bendición ancestral. La última esperanza de los demonios. Todo lo que Venfica tenía de sueño lo tenía también de pesadilla.

La impotencia de saber su hogar convertido en un arma con el que destruir el de otros lo empujó a actuar antes de tiempo, nada más pasar al salón de festivos, más enorme incluso de lo que lo recordaba pero aún bordeado por aquella galería de columnas tras las que de cría Sera se escondía para beberse a sorbitos el vino que todavía no tenía edad ni para oler. Un cortinaje de abalorios ambarinos pendía entre las columnas, concediendo a sus invitados una falsa sensación de intimidad que Sasha aprovechó para embestir a la alférez brutalmente contra la pared.

No bastó con eso, claro. Nadie se ganaba un puesto de mando en la guardia espiral sin un mínimo de resistencia. Ella alzó la mano para trazar un círculo; él le rompió los dedos. Una pena, que el bullicio ahogara su aullido de dolor. Una pena, que la penumbra de la galería delatase el destello de un segundo círculo a escondidas, a la desesperada, con la mano ilesa. Moira fue más rápida, dejándola inconsciente de un despiadado mazazo en la sien con el pomo de su daga. Ni siquiera el estruendo de la armadura al caer repicó por encima de la música.

Esperaron uno, dos, tres segundos; por si acaso. Luego Moira lo fulminó con la mirada.

—¿Para qué hemos acordado señales de aviso si no las vas a usar?

—Vi una oportunidad y la aproveché —mintió, encogiéndose de hombros—. Venga, ayúdame a ponerla contra la columna.

—¿Contra la columna? —inquirió ella, desorientada, pero se puso manos a la obra igualmente, aupando a la alférez por el otro costado.

—Sí. Si la ven ahí tirada pensarán que…

«¡Vaya moña lleva esa!», se carcajeó justo entonces una parejita de chicas que necesitaban de la otra para mantenerse en pie, mejillas arreboladas de alcohol y rumbo incierto. Sasha se llevó el susto de su vida, aunque al menos le sirvieron de ejemplo.

La soltaron de cualquiera modo y luego la recolocaron para que pareciera otro invitado más desfasado a sidras, Moira añadiendo la guinda del pastel al echarle encima un buen manojo del cortinaje de

cuentas, lo que disimulaba el brillo acerado de su armadura. Mientras él le recostaba la cabeza sobre la cortina como si la estuviera usando de almohada, Moira observaba la celebración por la rendija abierta.

—Podríamos prender fuego al salón —dijo, voz grave—. Atrancar las puertas y dejar que el Mundo se los coma.

Sasha se puso en pie.

—No —contestó, aun sabiendo que no iba en serio—. Aquí también hay inocentes.

Ella alzó muchísimo las cejas.

—¿Estás seguro?

—No —repitió—. Pero tampoco quiero averiguarlo.

—Mmm.

En lugar de ponerse en marcha, cometió el error de seguir la dirección de su mirada.

Verenize parecía acabar de sentarse tras horas bailando, cabello revuelto y húmedo, hombros derrotados y una copa de inocuo mosto en la mano. Se reía a carcajadas sofocadas de algo que le contaba una mujer rubia apostada en el reposabrazos del trono mientras el mejunje de nobles y embajadores charlaba y bebía y danzaba sin parar de orbitar a su alrededor porque todo el mundo quería su pedacito de rey.

Aún entre risas, Nize y la mujer intercambiaron copas, y él giró la suya para beber del mismo lugar exacto en que lo había hecho ella. Se le veía relajado, cómodo, seguro. Feliz.

—Sasha —lo llamó Moira, suave, tirándole ligeramente del codo.

Y aunque quería seguir mirándolo, regodearse de ser, por una vez, quien espiaba entre tinieblas, tenía claras sus prioridades. Así que despegó la vista de sus brazos dorados al tiempo que un sonriente Verenize se volvía a decirle algo a la nada. No, a la nada no: a la sombra que se inclinó para escucharlo, hasta entonces mimetizada con el dosel de terciopelo negro tras el trono, redondo como una luna nueva (o como un portal). La verdad, le alivió verla allí. Un vigía menos del que preocuparse mientras rondaran por el castillo.

Desanduvieron sus pasos hasta el vestíbulo, donde un guardia los saludó con una inclinación de barbilla, y tomaron las escaleras contrarias para subir al segundo piso. A partir de ahí, su presencia levantaría sospechas incluso entre la guardia, pues las rondas de apoyo formadas por soldados eventuales se concentraban en las plantas bajas, de modo que pasaron a valerse de cada recoveco ensombrecido, a aguzar el oído antes de doblar alguna esquina. Con que un solo guardia los pescara husmeando por ahí, saltaría la alarma.

Sin embargo, Chandra los había informado bien: no se toparon con nadie hasta alcanzar lo más profundo de la tercera planta. Allí, vestíbulos y corredores habían sido despojados de toda decoración,

desde alfombras a tapices, protegiendo el camino al Ala de Caballeros con una pátina de piedra desnuda, aburrida, la mejor forma de mantener alejados a los fisgones. Aunque, si eso no funcionaba, el centinela a la entrada del Ala de seguro lo haría, una mole de armadura pulida y barba espesa mínimo tres cuerpos más ancho que él.

—Echo de menos mi arco —suspiró Moira, estudiándolo desde el recodo.

Sí. El arco les hubiese venido de fábula, pero traerlo a una supuesta audiencia con el rey habría resultado sospechoso, así que la bruja había tenido que resignarse a apañárselas con una espada que apenas sabía empuñar. De hecho, Sasha dudaba de que fuera a usarla. No cuando tenía a mano la daga con la que desollaba a sus presas, manejable y familiar.

Sasha se asomó también, sopesando cómo abordarlo. No podían contar con que la armadura lo ralentizara, Pactada como las suyas; ni con colarse sin ser vistos, aquel ancho corredor la única vía de acceso. Menos aún con el elemento sorpresa, pues lo perderían en la carrera hasta allí. Tampoco quería apostarlo todo a su superioridad numérica. A fin de cuentas, algo más que tamaño debía de tener aquel gigante para que Verenize le confiara las puertas del mapa a su muerte.

Se mordisqueó el labio, indeciso. Si ese hombre enganchaba a alguno de los dos, no lo soltaría jamás. Y él podía resucitar, pero Moira no.

—¡Te pillé!

Sufrió cinco ataques al corazón en lo que tardó en volverse y encontrarse con un par de pupilas nubladas. A su lado, Moira contuvo la respiración, y él la imitó mientras la sirvienta se les acercaba brincando como un conejito. Al final de la galería, el gigante maldijo entre dientes, igual de taquicárdico que ellos:

—¡Pero, mujer, que podría haberte matado!

Esta rio, por fin recurriendo a su bastón guía, cuyo puntero de madera comenzó a traquetear ruidosamente contra el suelo. Les pasó de largo, sin siquiera sospechar de su presencia, y Sasha recitó mentalmente seis salvas al dios ciego por aprovecharse tan suciamente de una de sus hijas.

—Peor muerte es un Color sin ti.

Oh.

El gigante suspiró, recibiéndola con un beso en la coronilla.

—Mira que te dije que no subieras…

—Y yo que te iba a traer tu copita de mosto a medianoche quisieras o no.

Copita que no fue copita sino petaca, la que extrajo de entre los pliegues de su vestido y con la que se lio a darle golpecitos en el peto

hasta que él la aceptó.

—Como te vea Mar…

—¡Bah! La muy arpía estará demasiado ocupada contando cuántas guardias más te puede poner en mis vacaciones.

—Ha sido casualidad. No sabe que estamos juntos.

—Otra razón más para empezar a decírselo a la gente.

—Y vuelta la mula al trigo…

Sasha parpadeó, confuso, y se volvió hacia Moira. Tenía los labios entreabiertos, mitad sonrisa mitad sorpresa, y en los ojos una chispa divertida que le contagió en cuanto le devolvió la mirada. Increíble. Estaban en mitad de una operación a vida o muerte y ella poniendo la oreja para no perderse detalle del chisme. ¡Si ni siquiera los conocía! Aunque tampoco tenían otra cosa que hacer hasta que la novieta se fuera (y parecía ir para largo…), así que intentó desconectar de la discusión por puro respeto mientras Moira se lo pasaba pipa.

Se estaba preguntando quién le habría contagiado la vena cotilla (¿Anna? ¿Rako?) cuando la arquera se pegó contra el muro a toda prisa, dos pares de suelas resonando cada vez más cerca. Le dieron ganas de cerrar los ojos, como si así pudiera impedir que el centinela los descubriera al acompañar a su querida de regreso al rellano, pero entonces la parejita apareció por la esquina y Sasha se preparó para atacar.

Desde luego, la diosa del amor se merecía otras seis salvas, porque ninguno reparó en ellos, embobados como estaban en el otro. Vaya dos…

No se habían alejado ni medio metro cuando Moira echó a correr hacia el Ala de Caballeros, cosa que estuvo a punto de provocarle el séptimo infarto de la noche hasta que comprendió que el Mundo había insonorizado sus pasos. Por Visné, entre unos y otros al final le mataban de un susto. Con la adrenalina aguijoneándole cuello y manos, esprintó tras ella y no pararon hasta hundirse en las sombras del corredor indefenso.

—¿Por qué estamos teniendo tan buena suerte? —boqueó Moira, vigilando el arco de entrada, la última fuente lumínica del Ala.

Él se encogió de hombros.

—O ellos tan mala.

Prefirió no pensar qué les haría Verenize a aquellos guardias, sirvientes, alférez, si lograban escabullirse con el mapa sanos y salvos. En su lugar, señaló con la barbilla a lo lejos, a la mole regresando a su puesto. Moira asintió, pero no se movió. Ah, claro. Era él quien conocía el camino.

A diferencia del resto del castillo, cuidadosamente conservado, el Ala de Caballeros reflejaba su verdadera edad. Doscientos años de polvo se acumulaban sobre las alfombras y las arañas tejían espesos

doseles en las candelas a medio derretir, en los pomos, los marcos, los techos. Tapices carcomidos por polillas, ventanales opacos por la suciedad, el antaño aroma a ropa limpia sustituido por el característico olor del abandono. Le dolía ver su hogar así y, al mismo tiempo, le consolaba sentirse tan identificado con su decadencia. Él también notaba el cuerpo cubierto de telarañas, mala hierba creciendo entre costillas, ratas royendo sus nervios. La puerta más cercana daba a la sala de entrenamiento y no pudo evitar acariciar la manilla con la punta de sus dedos acorazados. Aún recordaba los nombres de todas y cada una de las armas al otro lado (si es que Nize no la había saqueado para su ejército).

Lamentablemente, el plan no incluía espacio para melancolías, así que lideró la marcha a paso ligero, el polvo de las alfombras horadado por un delator surco de pisadas que se perdía bajo el umbral de su antiguo cuarto.

Su antiguo cuarto.

El aire tuvo que ayudarlos a forzar el cerrojo, y a Sasha no le sorprendió no respirar el ambiente viciado de dos siglos sin ventilación. A través del ventanal las luminarias de las calles asaeteaban las sombras y las sombras a él, reconociendo en ellas la silueta de su cama, su sofá…, sus libros. Allí seguían sus cuatro últimas lecturas, tres tomos sobre la mesita de la antesala y el cuarto en la de noche. Justo donde los había dejado.

—¿Todo bien? —preguntó Moira, colándose por el mínimo hueco entre puerta y caballero—. Vaya… No vivías mal, ¿eh? Tenías hasta salón.

—Y balcón —añadió él, avanzando un paso para romper el hechizo —. Empieza por los cajones de las mesillas y el escritorio, yo revisaré el armario. Con el tamaño que nos dijo Chandra, podría estar escondido dentro de algún libro, o entre la ropa…

A un susurro de la arquera, una esfera minúscula prendió en su palma. No iluminaba mucho más que una vela, aunque con eso bastaría. Lentos pero seguros, se pusieron manos a la obra, la madera carcomida de cajones y puertas poniéndoles difícil lo de no hacer ruido. Sasha se reencontró con sus prendas de entrenamiento, con su colección secreta de guijarros redondísimos, con la pintura de invocación que le había requisado a Nize la noche de su Frenesí. Miró bajo la almohada (alabada fuera Var por no encontrar el mapa allí), bajo el colchón y entre las páginas de cada uno de los libros de la estantería. Luego oyó a Moira examinar el baño, del que salió con las manos vacías y los ojos fijos en las capas de polvorientas alfombras que cubrían el suelo por entero. Sí, iba a ser gracioso levantarlas sin estornudar.

Entonces, lo vio.

Era un quinto libro a medio leer, un compendio de técnicas de regadío que le había comprado de segunda mano a un vendedor ambulante de Córtega. No recordaba haberlo movido de la mesa al sofá, pero había aparecido ahí poco después del asesinato de ner Aren y ahí se había quedado. Crujió cuando lo recogió, y supo que tenía el mapa entre las manos antes incluso de reparar en la esquinita de pergamino asomando por el canto.

—¡Mi vere!

Se le heló la sangre en las venas, el oxígeno en los pulmones y el horror en la lengua. El alarido provenía del fondo del corredor, tan sorprendido como alarmado, y aunque Moira extinguió la llama de un plumazo de nada sirvió, pues los candeleros del pasillo prendieron todos a una, arañando las sombras. Se miraron, petrificados. Se suponía que tenían más tiempo. Se suponía que, de descubrirlos, el rey enviaría primero a sus hordas. Oía sus pasos. Oía sus pasos y el tintineo de pulseras al caminar y si no hubiera tenido tanto miedo quizá Moira no habría necesitado embestirlo contra el muro en el mismo momento en que la puerta se abría violentamente, ocultándolos tras ella. Esta vez sí, Sasha cerró los ojos, mentalizándose para el fatídico ridículo de que la puerta les rebotara en el hocico.

Pero eso nunca pasó. Resguardados entre puerta y pared, contuvieron la respiración hasta la asfixia, esperando, esperando, rezando. Sasha presionaba el libro fuertemente contra su pecho, como si pudiera incrustárselo en la carne con solo empujar lo suficiente, y al abrir los ojos y encontrarse la puerta a menos de dos centímetros de distancia lo aplastó incluso más.

A su derecha, Moira parecía haber suspendido hasta el último proceso vital de su organismo, de lo silenciosa, de lo inmóvil. A su izquierda, el quicio entre bisagras suponía la mirilla perfecta por la que espiar, aunque no se atrevió a hacerlo. No cuando desde allí ya distinguía las estrías plateadas en su hombro, único vestigio de que aquel cuerpo eterno alguna vez fue mortal.

Así que bajó la vista al libro de regadío, al triangulito de papel entre sus páginas, pero la antinatural parálisis de su pecho no hacía más que recordarle por qué se ahogaba en pánico. Porque estaba ahí, justo ahí. Al otro lado de la puerta, escudriñando el interior del cuarto en penumbra sin hacer ni un ruido. Hacía doscientos años que no estaban tan cerca. Pero Sasha no temblaba. Tampoco hiperventilaba. Por la impresión, suponía: ni siquiera su instinto sabía cómo reaccionar. Para su sorpresa, Moira le aferró la muñeca y apretó. No sintió nada a través de la armadura, pero agradeció el apoyo.

—¿Sasha…?

Su nombre, como siempre, lo primero y lo último que pronunciaban sus labios. Le pareció irónico. También horrible,

también natural. Mientras luchaba por no responder, Sasha prensaba con saña la magia escondida en sus yemas, imaginándolas diez celdas de eternidad de sangre y hueso. Lo oía respirar bajo el umbral muy, muy lentamente, expectante. Expectantes los dos. El rey por encontrar y su caballero por ser encontrado.

—Astrae —llamó Verenize.

Una sombra alada eclipsó toda luz del corredor.

—¿Sí?

—Lo tienen. Da la alarma.

—¿Muertos?

—No. —Su voz sonaba tal como la última vez que lo había tenido a esa distancia—. Los quiero vivos.

Y cerró la puerta sin hacer ruido.

Le resultaba incongruente. Que los latidos de su corazón no los hubieran delatado, que Verenize no hubiera escuchado aquel tronar pulsante mutilando sus tímpanos, acallando incluso el gemido de pavor y alivio que silbó por entre los dientes aserrados de Moira.

—¿Lo tienes de verdad? —jadeó sin siquiera mirarlo, concentrada en recuperar el aliento.

Sasha abrió el libro. Sí. Lo tenían de verdad.

—Perfecto. Ahora, ¿cómo...? ¿Cómo salimos de aquí?

Qué buena pregunta. Habían trazado mil planes de huida en caso de ser descubiertos, pero siempre contando con enfrentarse a los guardias de turno que intentarían reducirlos, no con el mismísimo Eterno movilizando al castillo entero. Por tanto, la única respuesta posible era muy simple: como fuese.

No se hacía ilusiones. Sabía que, llegados a ese punto, difícilmente saldrían de allí con vida, y cuando regresaron al vestíbulo del Ala de Caballeros y lo encontraron desprovisto de su titánico vigía Sasha lo vio claro. Verenize no perdería tiempo en cazarlos; le bastaba con cerrarles el paso. Acordonar cada entrada, cada balcón, cada resquicio abierto a la noche. Y después, como el agua que hunde un barco, comenzaría por abajo y treparía piso a piso sin prisa, sin pausa, sin piedad. Los acorralaría.

Quizá por eso se le ocurrió. Lo de arrastrar a Moira escaleras arriba, lejos de la riada de guardias y demonios que ya inundaría las primeras plantas.

—¿Te acuerdas de que Chandra me confirmó que algunos pasadizos secretos de mi época seguían en activo?

Moira gruñó.

—¿Esos que nos recomendó *encarecidamente* no usar porque a ella se los enseñó el propio Verenize?

Esta vez, fue el caballero quien gruñó.

—Los mismos. Pero creo que este no lo tendrá tan vigilado.

—¿Y eso por qué?

—Porque pasaba por una parte del castillo que ya no existe.

Un tercer gruñido puso fin al intercambio, así que Sasha apretó el paso, dejando atrás la planta de oratorios para adentrarse en la séptima, toda ella un preludio a los aposentos reales donde la familia real había pasado la mayoría de sus días. También la hallaron vacía. No muerta, pues se notaba habitada y atendida, pero vacía. Seguramente el servicio hubiera sido llamado a retirarse de inmediato para evitar daños colaterales. Mejor. Eso le permitía mantener la vista al frente, a salvo de distraerse con cualquier pomo dorado que le hiciera preguntarse si Verenize se habría adueñado al final del estudio de su padre, si seguía disimulando las resacas en la sala de lectura, si habría vuelto a utilizarse la de música, si…

En el rellano de la escalinata hacia la torre de aposentos había un tapiz. No era el mismo de siglos atrás, ahora sustituido por una gloriosa representación de la diosa Var bendiciendo Venfica durante la Ascensión; pero sí lo era la rejilla de ventilación oculta al otro lado, idéntica a las otras miles desperdigadas por palacio salvo por una diminuta diferencia: al pulsar el cuarto ojo de los seis troquelados, la rejilla cedía, activando el mecanismo de apertura.

Se quedaron muy quietos mientras una franja de piedra se tornaba más y más porosa, carcomida por un antiguo Pacto hasta reducirse a una montañita de grava a sus pies. La oscuridad del pasadizo les devolvió la mirada, húmeda y densa.

—Si nos lo encontramos tapiado —carraspeó Sasha—, podrías intentar pedirle al Mundo que desgrane la roca, y, dependiendo de la altura, que frene la caída. Tendrán vigiladas las ventanas, no los muros.

Moira suspiró.

—La tierra no cambiará tanto por mí. No soy Hator.

—Bueno… Al menos nos serviría de escondrijo mientras pensamos otro plan.

La miró de reojo. Tenía los labios y el ceño fruncido.

—¿Tenemos otra opción?

—No.

—Pues ea.

Nada más internarse en el pasadizo, la piedra se recompuso a su espalda y la oscuridad se los comió. Sus paredes estrechas y bajas los obligaron a avanzar de costado y encorvados, tanteando primero a cada paso los escalones erosionados, resbaladizos, traicioneros. No dijeron nada cuando la única flama que acudió a la llamada de Moira fue una chispa borrosa, débil, afectada por la presencia de demonios; ni cuando tras una masa indefinida de tiempo aquel intestino de peldaños y humedades viró bruscamente, trayendo consigo el eco de

las entrañas del castillo. Órdenes, música, risas. Guardias rastreando, sirvientes cuchicheando e invitados ajenos a lo que ocurría más allá del salón de festivos. Y, sin espacio para estirarse o volverse, la roca arañaba constantemente todo vértice que sobresaliera de sus cuerpos, sumando a la sinfonía el chirrido aserrado de piedra contra armadura. Sonaba a quejido. Le ardían los músculos, los tendones, del esfuerzo de caminar encogido; también los pulmones, de la falta de oxígeno, más acuciante a cada metro descendido. El olor a incienso de mil invocaciones se filtraba a través de la piedra.

Al final, el fuego los abandonó, derrotado, y Sasha podría jurar que el túnel se contrajo a su alrededor, como si solo la luz lo hubiera mantenido a raya. Tragó saliva. ¿Cómo iba la tierra a perforarles una salida si ni siquiera una chispa sobrevivía allí? Debería haberse entregado. Debería haberle dado el mapa a Moira y sacrificarse por ella. Tenían a Hator; podían prescindir de él. Pero en lugar de eso Moira moriría emparedada y él resucitaría junto a sus restos por toda la eternidad porque jamás reuniría valor para regresar al séptimo piso y enfrentarse a Verenize. No, espera. Todavía no era tarde. Todavía podían dar media vuelta, tod…

Y entonces chocó de bruces contra una pared. Detrás, Moira siseó ante el estruendo, alarmada, pero pronto la tenía pegada a la espalda, riéndose entre dientes como la hiena que era.

—Ya querías escaquearte partiéndote la crisma, ¿eh?

No replicó, demasiado ocupado en palpar la roca con la esperanza de encontrar justo lo que encontró. Qué gran prueba de que Var velaba por ellos, aquellos seis ojos troquelados. De sobrarle el aire, habría roto a llorar. O a rezar. El repique metálico de guantelete sobre rejilla fue todo lo que necesitó Moira para comprender la situación, así que callaron durante unos larguísimos minutos, atentos a cualquier ruido al otro lado. Nada. Sasha presionó el cuarto ojo y la piedra se deshizo.

Tras la piedra, una puerta. Tras la puerta, un pasillo. En el pasillo, celdas de eternidad.

Mientras Moira echaba un vistazo rápido en busca de enemigos, él cerró lentamente el portón de la falsa celda de eternidad que encubría el pasadizo, su laberíntico cerrojo otro engaño más. No pudo evitar preguntarse en cuál de sus vecinas había estado Rako.

—Vamos —graznó la arquera, liderando la marcha.

Se notaba que Verenize no hacía prisioneros. El corredor de máxima seguridad había perdido la pulcritud humana de la que había hecho gala en tiempos del rey Aurel, ahora ruinoso y frío, olvidado. E insólitamente silencioso. Aunque jamás esperaría oír ni un murmullo de los condenados eternos (si es que quedaba alguno cuerdo), sí debería de llegarles al menos cierto alboroto desde los sectores

venideros, donde ya se acumularían los típicos borrachos y montabullas derivados del Color. Y, sin embargo, solo se escuchaba un borboteo constante.

—El Canal —dijo Moira, aliviada—. ¿Lo oyes? Parece que corre por aquí cerca. Si el agua se porta, a lo mejor podemos bucear hasta pasado el embarcadero…

Unos metros más adelante, el sector de eternidad terminaba bruscamente, y Sasha frunció el ceño. No recordaba esa puerta. Recordaba un vestíbulo en el que convergían los diferentes corredores, recatado y funcional como lo era todo en los calabozos reales gracias al histórico reacondicionado de Irún ⁘ tras las atrocidades allí cometidas por su madre.

Al otro lado de aquella puerta que no debería existir, el agua resonaba muy, muy fuerte, y eso tampoco debería. Las celdas de eternidad apenas suponían un tercio de las mazmorras, aún quedaba trecho hasta la salida, ahí debería estar el vestíbulo, no el Canal. No tenía sentido, no tenía sentido que…

Adivinó por fin qué parte del castillo había inmolado Verenize para construir su lujoso embarcadero privado antes incluso de que Moira entornara la puerta y el reflejo múltiple de miles de espejuelos se derramara por los suelos del corredor de máxima seguridad.

Le pareció lógico de una forma retorcida, desoladora: a un rey que no hacía prisioneros le sobraban las mazmorras. Irun ⁘ habría remodelado la violencia de su madre, pero Verenize • había demolido su propia violencia.

—Malas noticias —gañó Moira, oteando por la ranura—. El plan de bucear Canal arriba queda descartado. Han bajado el rastrillo y lo tienen bien vigilado.

Sasha resopló. Cómo no.

—¿Cuántos son?

—Siete guardias y tres demonios. Son como… arañas gordas. —Torció el gesto—. *Muy* gordas.

Tejedoras. Eso complicaba (aún más) el asunto.

—Vale, escucha —susurró, y la instó a mirarlo a los ojos—. Estamos detrás de la cascada, ¿verdad? Al fondo del embarcadero. —Ella asintió—. Bien. Pues tú quédate aquí escondida y pídele al Mundo que vaya levantando el rastrillo mientras yo los distraigo, ¿vale? Son solo tres demonios, no deberían darme problemas. Y en cuanto veas que cabes por debajo te echas al agua y que te saque disparada de aquí.

Moira lo fulminó con la mirada.

—¿Y tú qué? Son demasiados, incluso para ti.

—Yo soy inmortal —le recordó, suave pero firme—. No pretendo hacerme el héroe, solo quitárnoslos de encima, pero lo más importante

es llevarle esto a Hator. Ah, y mejor si lo impermeabilizas, que ya no tiene edad para chapuzones.

Él le tendió su librito de regadío; ella se lo guardó en el morral. Él inclinó la cabeza como despedida; ella lo imitó. Sin protestas, sin dramas. Ni le chocó ni le dolió. Más bien lo contrario. De todo el Séquito, solo Moira entendía que valía más el mapa que el Traidor. Que, puestos a perder a uno de ellos, el futuro siempre debía prevalecer sobre el pasado. Sasha era un filo romo, y ambos lo sabían.

Y, como ambos lo sabían, le tomó completamente por sorpresa que Moira abriese la puerta de un patadón, cuchillo de caza desenvainado y un silbido tan potente entre los labios que sus tímpanos vibraron. Tras la cascada, las figuras distorsionadas de siete guardias y tres tejedoras se volvieron hacia ellos, sus gritos de alarma aplastados bajo el bramido del rastrillo alzándose muy, muy lentamente.

—Pero ¿¡qué haces!?

—De aquí salimos los dos o no salimos ninguno, Sasha.

Maldita loca. Entre angustiado y conmovido, la siguió de un salto a través de la cascada a tiempo para verla esprintar sobre el agua como una flecha. Las muecas horrorizadas de los soldados apiñados en el embarcadero casi le sacaron una carcajada, pero las tejedoras descubrieron enseguida el trampantojo y chillaron, coléricas. Sasha no tardó en unirse a la batalla, empuñando por fin su espada mientras recorría el puente astutamente sumergido, su negra piedra invisible a la vista. Una de las arañas le cortó el paso: abdomen gelatinoso, fauces goteantes y ocho finísimas patas interconectadas por hilos del mismo icor meloso que lloraban sus ocho ojos dorados. Se preguntó cómo les permitía Nize corretear por su castillo, con el pavor que le daba todo bichejo de más de seis pies. Supuso que, cuando eras la criatura más poderosa del mundo, pasabas de sentir miedo a provocarlo.

Céntrate, se riñó, pescando de entre sus recuerdos lo que Rarra le había enseñado sobre tejedoras. Perfectas para atrapar, perfectas para corroer. Su seda de icor necrosaba la carne y sus mandíbulas segregaban ácido, pero si uno conseguía sortear esas dos cosillas de nada los demonios araña resultaban muy fáciles de matar. Con cercenarles el vientre bastaba, justo como hizo en ese instante, ayudándose del resbaladizo icor para derrapar bajo sus patas y sajar de arriba abajo su pulposo punto débil. Esquivó la humeante cascada de vísceras rodando sobre sí mismo, y no había empezado siquiera a incorporarse cuando un guardia avispado trató de ensartarlo en el sitio. Chico listo. Sasha hubiera hecho lo mismo, aunque él jamás habría tomado tanto impulso, ofreciéndole en bandeja varios huecos azules entre placas en los que enterrar su espada. El pobre cayó de bruces junto a la tejedora, donde se revolcó escandalosamente sobre un charco de icor, ácido y sangre.

Moira también se las apañaba bien. Una vorágine de llamas la cubría por entero, manteniendo a raya a los soldados pero no a los demonios, quienes sabían tan bien como ella que el Mundo perdía consistencia en su presencia. En cualquier momento, se apagaría o la quemaría, toda su energía concentrada en seguir levantando el rastrillo; así que Sasha se lanzó hacia allí, cercenando de un único tajo cuatro altísimas patas. Patas que la tejedora no necesitaba para atenazarle el muslo con sus fuertes mandíbulas. Mierda. Sintió antes la presión del acero al ceder que la agudeza espumajosa del ácido corroyendo piel y músculo, y aunque la finiquitó mientras colapsaba el daño ya estaba hecho. Sasha trastabilló, ciego de dolor; los guardias vitorearon, envalentonados. Moira se adelantó para sostenerlo; la tercera araña arremetió contra ella.

Después de eso, pensó que lo conseguirían. Después de que Moira plantase ambas palmas en el cuerpo bulboso del demonio y este prendiera en llamas como aquellas estatuas de corcho y paja que algunos pueblos costeros de Veda encendían a finales de verano. Aunque los guardias aprovecharon que Moira ya no era quien ardía para echárseles encima, aunque todo apestara a carne quemada, a orina e incienso. Y a sangre. A ingentes cantidades de sangre. La suya propia, escurriéndole costado abajo por una astuta punzada en la axila; la de Moira, tosida entre sus dientes aserrados tras un puñetazo enguantelado. Pero ahora que se enfrentaban solo a humanos sobrevivir no parecía tan difícil, jaleados por la rabia y la adrenalina y la experiencia.

Y por el rastrillo chorreando sobre el Canal, una boca abierta a la libertad.

—¡Vamos! —rugió Sasha, empujando a Moira hacia la orilla. Tras ellos, el fulgor de dos círculos gemelos iluminó la bóveda como un rayo. Ahí llegaban los refuerzos—. ¡Vamos!

Saltaron al agua. Y seguía oliendo a rey, a hierro y a barro. Le heló los huesos y le encendió las heridas, pero se forzó a bucear en pos de la arquera, guiándose por las corrientes que levantaba a su paso. El Mundo acudió raudo, tirando de ellos para llevarlos lejos, lejos de allí, y cuando Sasha se atrevió a abrir los ojos las burbujas que brotaban de la garganta de Moira eran una risotada de victoria. Él rio también, sabiéndose a salvo entre los brazos del agua.

Al menos hasta que algo frío y afilado le atravesó el pecho de parte a parte, desterrándolo virulentamente al fondo del río.

En un principio, se centró en seguir nadando. Ya tendría tiempo de curarse o matarse después, ya fuera de su alcance. Y dio una brazada, dos, antes de darse cuenta de que no podía avanzar. ¿Por qué? ¿Por qué se había quedado ahí estancado? ¿Por qué Moira era un hervidero despavorido de burbujas y por qué la corriente arrastraba jirones y

jirones de rojo? Necesitaba salir a la superficie. Se iba a ahogar. Se iba a ahogar.

El dolor llegó con la comprensión, con sus manos encontrando la púa de hierro que lo anclaba al fango: el rastrillo había caído. El rastrillo había caído sobre él. *En* él.

«**Vete**», ordenó, aunque ignoraba si Moira podría entenderle, si el Mundo lograría entregar el mensaje entre tanta sangre. Oía al agua chillar en su interior, chillar mientras le inundaba los pulmones y mientras se colaba por el túnel de carne rota en su pecho, urgiéndole a abrir el Vínculo (a salvarse); pero Sasha no cedió. Su magia debía permanecer encerrada a toda costa. No pensaba en otra cosa. En eso y en que no podía moverse, no podía moverse, solo tragar más y más agua, más y más rojo. Se preguntó si moriría antes desangrado o ahogado.

Sasha había muerto veintiséis veces en doscientos años.

Aquella fue la peor.

La primera de las mil peores.

Porque Sasha volvió, como siempre hacía, solo para encontrarse todavía allí, bajo el río, el agua ya dentro de sus pulmones lista para ahogarlo de nuevo. Hundido, un naufragio de huesos y carne, una resurrección de aullidos y burbujas, aterradoramente consciente de que, mientras siguiera allí, seguiría muriendo. El hierro que perforaba su esternón lo mantenía preso en el fondo, en la pesadilla, en la oscuridad, así que intentó extirpárselo para escapar, arrancárselo de raíz aunque eso le costara todas y cada una de las costillas, aunque eso lo partiese en dos. No funcionó. Y por mucho que gritara y gritara y gritara, sabía que nadie vendría. Ni siquiera lo oirían. El agua lo aplastaba contra el fango, el fango emborronaba el agua. Se notaba agonizar antes incluso de terminar de revivir; y viceversa. No había paz, solo muerte.

Sasha contó trece muertes antes de perder la noción del tiempo y del horror, petrificado por el pensamiento intrusivo de que Verenize iba a dejarlo allí, resucitando y muriendo y resucitando y muriendo, en bucle.

Para siempre.

Esta vez, para siempre no fueron doscientos años.

Vomitó lodo rojo al despertar, y solo el tronido de sus arcadas le

hizo comprender que ya no se encontraba varado en el Canal. Un gemido mitad pavor mitad alivio arañó su garganta en carne viva, la vida llenándolo al mismo tiempo que el río lo abandonaba y no sabía dónde estaba o quién o qué remolcaba la catarata de agua, sangre y lágrimas que era su cuerpo. Tampoco le importaba. Solo quería mantener los ojos bien abiertos, asegurarse de que nada ni nadie lo devolvía al río.

Y lo que veían sus ojos era un largo, larguísimo corredor de piedra. Dos guardias lo acarreaban por las axilas, resollando del esfuerzo, y Sasha intentó revolverse, escapar, pero sus músculos se negaron a obedecer, aún acongojados del terror de mil asfixias. Los entendía. Él ni siquiera concebía cómo era capaz de *pensar*.

Hacía mucho que no sentía un frío tan intenso, tan incómodo, las prendas bajo la armadura adhiriéndose a su piel como gelatinosa membrana, empapadas y pesadas. Un escalofrío se le enroscó en la columna mientras rebuscaba entre sus recuerdos brumosos el último destello de Moira alejándose en la oscuridad. Si le salieran las palabras, daría gracias a los dioses por llevársela de allí. Porque Sasha sabía, *sabía,* qué aguardaba al final del corredor.

—Me va a matar —gimió uno de los guardias.

—Calla —le reprendió el otro—. Lo has encontrado, ¿no? Te debería premiar, más bien.

—Pero…

—Tú solo… tú limítate a contestar *solo* lo que te pregunte. Por nuestra madre, Rene, que como largues de más te mato yo.

Sasha lo oyó tragar saliva. Rene. ¿El mismo Rene del embarcadero? ¿Ese Rene lo había sacado del río? Otro al que darle las gracias. Eso si lograba conservar la lengua, por supuesto.

Pestañeó y de pronto una puerta se cernía sobre ellos. No recordaba los últimos seis metros. Tampoco haberles sangrado encima. Y, aun así, el reguero a su paso no mentía. Ah, claro. Había parado de ahogarse, pero el agujero seguía allí. Pulmón perforado, costillas reventadas, corazón ileso. Así que de ahí venía el silbido, ¿eh? De su respiración: se estaba muriendo. Bueno. Desde luego, prefería palmarla por falta de sangre que por abundancia de agua. Sasha tosió rojo; Rene llamó a la puerta.

Y su voz. Su voz al otro lado diciendo «Adelante».

La puerta se abrió sola y ellos lo arrastraron hasta el interior del cuarto, donde lo soltaron sin miramientos. Sasha aterrizó de bruces. Ojalá poder quedarse así, acurrucado sobre la piedra desnuda, en lugar de gastar sus últimas fuerzas en incorporarse bien recto de rodillas y sostenerle la mirada.

Sonreía, cómo no, aunque lo contemplaba con la cabeza ligeramente ladeada, con los ojos ligeramente entornados, como

tratando de reconocer a su antiguo caballero en el despojo sanguinolento que agonizaba a sus pies. Sasha tragó saliva al verle abrir los labios para hablar, dudar, y finalmente cerrarlos en una fina línea. Se sintió sucio e insignificante a su lado, todo ropajes diáfanos y aroma a sidra dulce, inmaculado y dorado como solo podía serlo un rey recién purificado en el Color. Ni siquiera las notas inciensadas de su Muerte lograban deslucir el efecto. Todo lo contrario: lo potenciaban.

Al final, el Eterno alzó la vista hacia la pareja de guardias.

—Uno de vosotros tiene que irse —dijo, con un tono calmado y suave (terciopelo) que Sasha no esperaba.

—Rene, sal.

El suspiro del aludido sonó aliviado, y Verenize enarcó una ceja, su sonrisa creciendo el milímetro necesario para retorcerse.

—No. Mejor vete tú.

El otro guardia se envaró. Seis segundos, fue cuanto tardó en reaccionar. Luego agachó la cabeza y marchó sin despedirse, derrotado, momento que los pulmones encharcados de Sasha escogieron para acuchillarlo con un nuevo acceso de tos. La sangre le manchó los labios, la barbilla, las rodillas. El suelo. Ah, colapso respiratorio. Qué mejor excusa de por qué temblaba. Los bordes de su raciocinio volvían a tambalearse, pero su instinto le impedía apartar los ojos del rey. Verenize, en cambio, seguía sin mirarlo, aún estudiando al guardia Rene.

—Tu hermano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha sido él quien lo ha encontrado?

Un pequeño silencio antes de:

—N-no, Su Luna. He sido yo.

Su Luna asintió, repentinamente blando. A Sasha le gustaría poder recordarle al chaval la advertencia de su hermano, porque incluso la naturalidad con la que Verenize se recolocó el manto de hilo bruñido sobre el hombro era una trampa, una forma de hacerle creer que había bajado la guardia. Pero con él no funcionaba. Él todavía era capaz de ver la sombra del monstruo bajo la superficie del mar. Su sonrisa era el mar. Y el monstruo…

—Excelente, guardia Rene —casi ronroneó Nize—. ¿Dónde estaba? Hace *horas* que dejamos de buscarlo.

—Pues… en el río.

—¿En el río?

—Bueno, más bien… dentro. La verja debió de ensartarlo mientras escapaba y habrá estado ahí desde entonces. Me di cuenta por las burbujas, así que fui corriendo a avisar a Iglese para sacarlo…

Sin cambiar el gesto, sus ojos azules regresaron al caballero. Luego

se cernió sobre él, tan, tan lentamente que sus múltiples alhajas siquiera tintinearon, pero a Sasha se le aceleró el corazón de tal manera que temió desangrarse en el minuto siguiente. Verenize pareció pensar lo mismo, porque clavó la vista primero en su costado abierto y después en sus labios goteantes de rojo.

—Oh, Rene, tampoco hacía falta correr. Mi caballero es muy resistente. Unas horitas de asfixia no son más que un chapuzón para él. —Y rio—. ¿Verdad que sí, Sha?

Siendo sinceros, podrían haberle dicho que había pasado años bajo el agua y se lo habría creído. Un primer espasmo de muerte lo recorrió, arrancándole un gemido torturado por toda respuesta, y Verenize alzó las cejas. Eran rectas y finas, claras, aquella noche sin pintura o joyería. Tampoco su nariz, ni sus pómulos, y, tras varias copas, ya tampoco sus labios. Sasha lo prefería así, con el rostro limpio, aunque sus párpados sí permanecían delineados de oro líquido. Quiso creer que se fijaba en esas cosas solo para ignorar el pánico que ahora impregnaba hasta la sangre manando a borbotones de él. Seguro que Nize podía *olerlo*.

Quizá por eso el rey se inclinó incluso más, más cerca. A pesar de ver ya borroso, juraría que tras su sonrisa asomaban colmillos.

—Cuánto has tardado en volver —le susurró con voz pausada, sinuosa. Íntima—. ¿Es que no me echabas de menos?

Reaccionó antes su cuerpo que su mente, al instante algo oscuro y pesado impactando en la mejilla de Verenize. Este ni siquiera trató de esquivar el escupitajo, limitándose a chasquear la lengua con una mueca de disgusto, pero sonreía cuando se limpió el coágulo de sangre para restregárselo al caballero por la cara. El gruñido frustrado que se le escapó al intentar apartarse fue patético.

—Llévatelo arriba —ordenó el Eterno mientras se enderezaba, negando con la cabeza—. A ver si se muere rápido y recupera sus modales.

Mira, en eso coincidían: Sasha también quería morirse cuanto antes. Ansioso por cumplir, el guardia Rene lo instó a levantarse de un tirón tan brusco que no habría podido tragarse el alarido de dolor ni aun queriendo. Vio las estrellas y la nada, ciego y sordo y mudo mientras sus tejidos se desgajaban otro tanto. Todavía le daba vueltas la cabeza cuando registró la tensión del chaval, su miedo. Y la voz helada de Verenize:

—¿Qué haces?

Silencio.

El soldadito balbuceó. Su rey tenía las cejas alzadísimas, un gesto mitad atónito mitad incrédulo pero absolutamente falso. No como su sonrisa, invisible y profética a la par.

—¿Ll-llevármelo…?

Ahí estaba, el monstruo.

—Si vuelves a hacerle daño a mi caballero, Rene de Corte, le arrancaré las uñas a tu hermano una a una.

A partir de ahí, Sasha no fue consciente de mucho más. Solo de la manera en la que Rene temblaba y de todos y cada uno de los sollozos que no logró contener mientras lo arrastraba a un lugar al que el caballero no llegó vivo.

17
LIBÉRANOS

Cuando resucitó, primero se tomó su tiempo en respirar. Respiró muy hondo, notándose por fin entero y sano, y al abrir los ojos la claridad matutina le transmitió la misma sensación de plenitud que el oxígeno en sus pulmones. Sin embargo, la calma no duró mucho, ni tampoco el calor del sol, porque entonces la noche se cernió sobre él y le alzó la mandíbula con una mano húmeda.

Tardó en enfocar los pequeños detalles que componían la sombra. Dos ojos dorados estudiándolo atentamente, una marea de lágrimas revistiendo la piedra volcánica de su cuerpo, mil gotitas transparentes lanzando destellos irisados… Sasha suspiró. A la luz de la mañana, Astrae no parecía un demonio; parecía una reina. Elegante y hermosa y mortífera y sobrenatural, pero una reina. Fue al encontrarse sus miradas que esta se enderezó, brazos cruzados y labios fruncidos.

Incapaz de soportar su escrutinio, Sasha se concentró en averiguar dónde y cómo estaba, lo que tampoco le resultó muy difícil: encadenado de pies y manos a una de las arcaicas butacas de la sala de música, pero no en la sala de música, sino justo encima, en la antecámara de los antiguos aposentos de Verenize. La reconoció enseguida aun desprovista de alfombras y sillones precisamente por la de círculos y círculos que el rey había trazado en sus suelos cuando aún era príncipe. Había muchos más de los que jamás habría sospechado; oro, carboncillo y sanguina deslucidos con el tiempo. Dudaba de que el Eterno aún usase aquel cuarto, pero cuando su Muerte plegó las alas ahí estaba, sentado al borde de la cama y vestido únicamente con un lustroso pero arrugadísimo quimono. No parecía haber dormido mucho (aunque, por las marcas de almohada en la mejilla, había amanecido hacía bien poco), la cola del demonio enroscada en su tobillo el único adorno del conjunto.

—¿Qué vas a hacer con él?

—No lo sé. —Verenize suspiró, pasándose una mano por el pelo revuelto—. ¿Tú qué harías?

Hablaban como si el caballero no estuviera presente.

—Oh, ya lo sabes. Ejecución pública.

Resuelta, Astrae se sentó a su lado en el colchón. Y Sasha no quería verlo, pero relucía como un rayo de sol. Se refería a lo unidos que estaban el Eterno y su Muerte. *Simbiosis*, pensó. Porque, tras doscientos años juntos, se movían como habiéndose parasitado el uno al otro, ella adoptando expresiones del rey, tornándose más y más humana; él apropiándose de la sabiduría de la criatura, puliendo su ya de por sí demoniaca astucia. De no ser físicamente el día y la noche, cualquiera los tomaría por siameses.

Verenize no respondió. Solo continuó mirándolo como si fuera un desagradable inconveniente en su camino. Inconveniente que se solucionaría con aplicar la lógica aplastante de su Muerte. Ejecutarlo frente a toda Veda mandaría un mensaje: que el rey había acabado con su único depredador natural, con la última esperanza de victoria. Que quienes vinieran después podrían enterrarlo, ahogarlo, quemarlo o incluso trocearlo, pero jamás *matarlo.*

—Hemos hablado de esto millones de veces —dijo Astrae tras unos minutos, sin pizca de hastío. Aunque ambos lo miraban, Sasha sentía que solo uno de ellos lo veía—. Escoge cualquiera de las otras opciones.

—Pero esas eran en caso de que regresara a mí por voluntad propia —resopló él—, no en caso de que liderara a una panda de profetas a matarme.

—Cierto.

Silencio. Durante dos siglos, Sasha había deseado la muerte de la misma forma en la que de niño deseaba entrar al templo, como un privilegio que le era otorgado a todo el mundo menos a él, confiando ciegamente en que algún día llegaría su turno. Nunca llegó; ni siquiera por su propia mano, así que se había resignado a seguir latiendo, esperanzado y derrotado a partes iguales.

Y, sin embargo, ahora que estaba tan cerca, ahora que se encontraba frente a la única persona capaz de concederle al fin su deseo, no sentía alivio sino pánico. Quería huir, huir tan lejos como le permitieran sus piernas, porque toda muerte a sus manos sería la última.

Pero lo que hizo fue cuadrar los hombros y sostenerles la mirada, desafiante. Ya que también le habían arrebatado el consuelo de morir sin miedo, al menos lo haría con la cabeza bien alta.

—¿Qué quieres, Verenize?

Este parpadeó, desconcertado por el nombre, pero se sobrepuso

pronto y esbozó una sonrisita curiosa.

—¿Qué voy a querer? Mi magia. —E hizo un gesto vago con la mano, restándole importancia al asunto—. Es lo único que necesito y lo único que voy a exigir de ti. —Sasha empezó a negar con la cabeza; Nize chirrió rabiosamente los dientes—. Abre el Vínculo y devuélvemela.

—No.

Aun sonriente, la tensión quedó patente en la despreocupación falsa y ácida con la que se encogió de hombros. Seguía tenso cuando se puso en pie, y cuando Astrae lo imitó al momento, desenroscando por fin la cola de su tobillo.

—No hay peor precipicio que precipitarse, se suele decir. Así que duerme, descansa, medítalo. Sin prisa. Total, tenemos todo el tiempo del mundo.

No echaron la llave al salir.

Ni siquiera alcanzó a pestañear en los segundos entre que la puerta se abrió y Nize le cayó encima como un vendaval, labios fruncidos en una línea más fina incluso que la que decoraba de plata sus párpados. Pero el rey no lo miraba a los ojos, sino a las manos, y por eso su caballero las cerró en un puño por puro acto reflejo, para proteger la magia presa. No le quedó duda de que venía a quitársela cuando aun así consiguió arrancarle el guantelete izquierdo.

—Aquí está —susurró él, de pronto inmóvil. No sonaba victorioso; sonaba perplejo.

En su meñique, bruñido y reluciente, el sello de caballero de Chandra.

—¿Quién te ha dado esto?

No respondió. Solo la trémula llama de los candiles del vestíbulo exterior iluminaba los aposentos, pues ni las candeladas de la ciudad llegaban tan alto ni la de la luna tan lejos, la noche espesa y negra tras la cristalera. Suficiente para alumbrar su rostro en calma. De esa calma que por dentro hervía.

—Sasha. ¿Quién…?

Odiaba su nombre en sus labios.

—Que no te lo voy a decir.

Nize parpadeó. Luego sonrió, suave, casi amable.

—Es verdad —suspiró, enderezándose. Y, con chasquear los dedos, un eco metálico marchó rítmicamente hacia ellos desde el vestíbulo. Los andares de un guardia real—, a veces se me olvida que no necesito ni preguntar. Gracias por recordármelo, Sha. Siempre tan útil.

Sha. Quería vomitar (quería oírlo otra vez). La alférez Mar entró en

su campo visual y se cuadró en mitad de la antesala, esperando órdenes. Mientras Verenize retrocedía para sentarse de nuevo al borde de la cama, esta le dedicó al caballero una elocuente mirada del más ardiente desprecio. Sasha ni se inmutó (se la merecía), así que ella volvió a centrarse en su rey, ahora de brazos cruzados, perezosamente reclinado contra el poste del dosel; una pose de indiferencia perfeccionada con la eternidad.

—Un memorial, Mar, si eres tan amable.

Sasha se envaró y la sonrisa de Verenize creció, quizá satisfecho por haber conseguido sacarle una reacción. La alférez, en cambio, preguntó:

—¿Un tragarrecuerdos, mi vere?

—No recuerdo que exista otro demonio con el mismo nombre.

Mortificada, ella se apresuró a trazar el círculo de invocación en el aire. Durante unos segundos, Sasha miró el círculo, desconcertado; y luego al rey, a sus brazos bañados en tinta plateada hasta sobrepasar el codo, a sus dedos como guanteletes de finas garras. Se sintió idiota al caer en que, por supuesto, Nize era incapaz de invocar un solo demonio, por bajocasta que fuere. Y, aunque siempre había sabido que era Astrae quien obraba todos sus milagros, nunca se había parado a pensar que incluso ella tenía sus límites: ningún demonio podía abrir portales. Tal habilidad nacía y moría con los invocadores.

Y, por culpa de su caballero, Verenize ya no era invocador.

Sasha permaneció inmóvil mientras un memorial atravesaba la espiral del portal, aleteando elegantemente hasta posarse en la rodilla desnuda del Eterno. Como todos los de su clase, parecía más ensueño que demonio, y, para alguien familiarizado con el cristal y con lo que con este podía hacerse, las coloridas vidrieras de sus alas de mariposa eran una obra de arte. Casi se le olvidó que pronto tendría su lengua hundida en el cráneo.

—Puedes retirarte.

En lugar de obedecer, Mar de Corte carraspeó, incómoda:

—Los memorial solo aceptan recuerdos cedidos voluntariamente, mi vere.

Su vere la miró. Sonreía como lo harían las pirañas.

—¿Y qué te hace pensar que no lo serán?

El silencio apenas duró un par de segundos antes de que la alférez real hiciera una pequeña reverencia y regresara al vestíbulo del torreón, cerrando la puerta tras ella. Menos duró todavía la oscuridad, pues los candiles del cuarto prendieron todos a una sin mandato alguno. Fue entonces cuando Sasha reparó por primera vez en que a la sala de aseo le faltaba la puerta, y algo en aquel tenebroso agujero le hizo desviar la vista, inquieto.

Sus ojos se resistían a mirar al memorial, pero la otra criatura era

aún peor. Verenize se cernía sobre la polilla blanca, seguramente regateando el precio en privado, su moderno atuendo vederés más efímero incluso que el de la noche anterior. Le recordó al vestidito que las modistas agavles habían escogido para Hator, infinitas cascadas de tela clara cosidas a dos aros rígidos que hacían las veces de gargantilla y cinto. Sin embargo, una segunda gargantilla descansaba sobre la primera, de la que llovían mil cordeles diamantinos. Parecía fuera de lugar, más estorbo que adorno, y solo por eso se dio cuenta de que no era un collar, sino un velo. Un velo astutamente escogido para encubrir toda secuela de insomnio sin sacrificar su sentido estético. Muy Nize.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves?

Lo dijo con una ceja enarcada y media sonrisa, ufano y mordaz a un tiempo, haciéndole saber que lo había pillado mirando. Como el caballero no se molestó en contestar, Nize fingió un puchero y le dio un toquecito entre las antenas al memorial, que alzó el vuelo al instante.

Sasha trató de apartarse, pero encadenado como estaba a los brazos y patas de la poltrona poco pudo hacer, y pronto la polilla aterrizaba en su pómulo. Se acomodó allí, haciéndole cosquillas con sus patitas peludas, pero cuando desenroscó la lengua para taladrarle la sien al caballero le dio de todo menos risa. Primero dolor, según la sentía penetrando más y más profundo; luego asco, una gota de algo cálido rodando mejilla abajo. Reconoció el olor de su propia sangre y contuvo un gemido.

—¿Qué tal si me dices al menos el día y la hora en que el anillo llegó a ti? —propuso Nize, mirándose ensimismado los dedos tintados de plata—. Saldríamos ganando los dos, y no querría inmiscuirme en tu… intimidad.

La última palabra fue una risita entre dientes. Sasha querría prestarle atención, descubrir la trampa, pero ahora el memorial lo *relamía* por dentro, así que estaba demasiado ocupado en no perder el control (la dignidad).

—N-no. Si te doy la mano, me arrancarás el brazo.

—Pero qué mala imagen tienes de mí. —Puso los ojos en blanco—. Tú mismo. Demonio, ya sabes qué hacer: busca el sello. Empieza desde ahora y ve retrocediendo.

Fue muy distinto de la primera vez. Doscientos años atrás, el caballero había cedido un único recuerdo, acotando el intervalo de recolección, trasplantándolo de su cráneo al del príncipe de forma orgánica, natural; el memorial un mero puente entre ambos. Pero en aquella ocasión su lengua de mariposa sorbió y sorbió como la horchata del Color a través de una pajita, atiborrándose de imágenes y sonidos que Sasha no quería compartir con nadie. Se resistió cuanto

pudo y el hedor a sangre aumentó, inundando cada reborde borroso de rojo mientras sus recuerdos marchaban a paso lineal pero vertiginoso, deforme, una ráfaga tornasolada sin freno.

Aun cuando Nize ignoraba todo recuerdo en apariencia superfluo, algunos sobresalían sin permiso de su dueño, nítidos e ineludibles. La primera resurrección bajo el río y su consecuente espanto. El Eterno bendiciendo a un bebé con un beso en la frente de camino al templo. El granizado de limón en su mano, la de Moira dándole un pequeño apretón de buenas noches, la de Hator empolvada de amarillo. Un destello de encaje. La línea entre cielo y mar desde el barco. Su propia voz susurrando «Entonces déjame a mí» y Rako sonriendo entre las sábanas. Anna dándose cuenta de que había vuelto a pifiarla. La muerte de Verenize a través del Vínculo y, justo antes, Moira tendiéndole el anillo de Chandra.

El memorial extrajo la lengua como escaldado por el puré de sus recuerdos. En eso también se diferenciaba de la primera recolección: en el después. Sasha no se sentía real. Se sentía expuesto, vacío. Vaciado, más bien, por mucho que su memoria permaneciera intacta. Las manos le temblaban, la boca le sabía a sangre. Le costó comprender que no manaba del orificio en su sien; sino de su nariz, pero no tuvo fuerzas para echar la cabeza atrás, solo de sorber y tragar. Y así, encorvado, desmadejado y marchito, el caballero lo buscó con la mirada.

Verenize estaba lívido.

Continuaba de brazos cruzados, rígido cadavérico, hasta sus ojos azules parecían haber perdido color. Ojos que jamás lo habían mirado así. No era odio ni traición, como en la noche de la Masacre. Tampoco sarcasmo disfrazado de melancolía, como en las Anunciaciones. Era algo más y algo menos. Era una vulnerabilidad que casaba con su pose afectada y con cómo se mordisqueaba el labio inferior, pero no con la sensación estremecedora de que, si Nize iba a matarlo en algún momento; sería en aquel.

—Así que Chandra.

Silencio. A pesar de la amargura patente en su voz, Sasha sabía que la traición de su capitana era lo que menos le dolía. ¿Por qué seguía conociéndolo tan bien? ¿Por qué sabía que estaba al caer, el estallido? El rey lo destruiría como a tantos otros antes, le daría muerte allí mismo, sin ceremonias, y, para el caballero, sería la primera y la última a sus manos.

Cuando Nize abrió los labios de nuevo, también supo lo que saldría de ellos:

—¿Quién…? ¿Quién es la cría? La rubia. ¿Quién es?

—Verenize…

—¡Deja de llamarme así! —bramó por fin, levantándose como un

vendaval—. Ya no eres parte de Veda, no te lo mereces. ¡Dime quién es!

Hator. La Elegida. La copia de Sera. El rostro del Eterno se retorcía de dolor y angustia y algo muy parecido a la incredulidad (¿esperanza?), a cada segundo más salvaje, más al límite. Ahora Sasha ya no era el único en temblar, pero Nize tiritaba de rabia, digiriendo poco a poco todo lo que el memorial le había enseñado. Adivinó el momento exacto en que recuperó el recuerdo de sábanas blancas por cómo entornó los ojos, por cómo torció los labios en una mueca de horror, de asco.

—Rako —escupió—. *Por supuesto.* No le bastaba con follarse a mi hermana, también tenía que follarse a mi caballero. ¡Por supuesto! ¿Qué más me puede quitar?

Su caballero abrió la boca para *rugir,* su cuerpo entero un avispero de repulsión; pero Nize fue más rápido, o más feroz, porque antes de emitir ni un mísero sonido ya lo tenía a dos centímetros, gritando a pleno pulmón:

—¡NO! ¡Como se te ocurra usar la lengua para defenderle te la arranco!

Pero luego se llevó las manos a la cabeza, así tuviera que sujetarse el cráneo para mantener cada pieza en su lugar. Siseaba mientras se clavaba las uñas con saña y Sasha quería gritar. Era demasiado. El miedo, el odio: demasiado. Solo quería que Nize lo matase de una puñetera vez porque si tenía que volver a oírle nombrarlo como a una simple posesión más encontraría la manera de matarse él mismo. Aunque no funcionara. Aunque resucitara. Todas las veces que hicieran falta.

Y quizá Verenize se lo leyó, quizá se lo leyó en los dientes apretados o en las venas tirantes de su cuello, que quería morir. Y quizá por eso le concedió su deseo, volviéndose hacia el rincón más oscuro del cuarto, donde enseguida destellaron dos ojos reflectantes. Sasha se quedó sin aire. Había estado allí desde el principio. Había estado allí desde el principio y…

—Mátalo —ordenó el Eterno.

Su Muerte obedeció.

Los echaba de menos.

No quería reconocerlo, porque no se encontraba en posición de ponerse melancólico, ni de bajar la guardia, pero tampoco podía evitarlo. Esperaba que hubieran huido muy, muy lejos de allí, y que estuviesen a salvo allá donde hubieran acampado. También que ni se les ocurriera intentar rescatarlo, por mucho que Rako protestase y por

mucho que Anna llorase. Confiaba en Moira y, extrañamente, también en Hator, para contener cualquier locura que les pasase por la cabeza.

Pasaba las horas muertas pensando dónde andarían, qué estarían haciendo. Él, desde luego, no estaba haciendo gran cosa. Segundo día de encierro y no parecía que Verenize tuviera intención de ejecutarlo en breve, como había propuesto Astrae. El sol empezaba a rodar pared abajo, derretido en atardecer, su rastro dorado el único entretenimiento posible en aquel cuarto. Aparte de los recuerdos que se le levantaban como costras, claro. Debajo, la herida palpitaba como recién abierta cuando sus ojos daban con otro detalle más de su pasado. El diván donde dormía durante sus noches junto al príncipe, el grabado de sacros sigilos en el ventanal, los círculos en el suelo… Quizá debería haberse quedado. Quizá debería haberse quedado a su lado y destruirlo desde dentro.

Ese pensamiento afloraba ahora a menudo, pero luego Sasha bufaba, amargo. ¿Qué iba a destruir él por entonces si ni siquiera podía hacerlo dos siglos después?

La puerta chirrió en mitad de uno de esos bufidos suyos y un latigazo de dolor le trepó por el cuello de lo rápido que se volvió a mirar. El alivio por no encontrarse con Verenize duró poco, pues Astrae tampoco es que fuese precisamente bienvenida, ni siquiera cuando reparó en la bandeja de comida humeante que levitaba tras ella. Al caballero le bailó en la nariz el aroma de la carne braseada, del romero, del pan recién hecho, pero se mantuvo alerta mientras vigilaba al demonio acercarse a paso lento.

Un chasquido de dedos y Sasha se encogió, aquel sonido lo último que habían registrado sus tímpanos antes de morir la noche anterior. Y, sin embargo, seguía vivo. Parpadeó, anonadado. En lugar de palmarla, las cadenas de sus muñecas habían caído al suelo con un escándalo seco, liberándolo. Astrae se detuvo a pocos pasos; la bandeja suspendida entre ambos. Sasha paseó la mirada de la comida al demonio y del demonio a la comida. Ternera sazonada con cristalitos de sal gruesa, pan de aspecto crujiente y esponjoso a un tiempo y hasta una copa rebosante. Debería decirle que no necesitaba ni comer ni beber, pero, dioses, cuánto quería hacerlo.

Tragó saliva.

—¿Dónde está la trampa?

Astrae no contestó, solo chasqueó los dedos de nuevo. Solícita, la bandeja renqueó en su dirección y Sasha alzó los brazos para dejarla adherirse como imantada a los del asiento.

No hay, dijo al fin, con voz pausada. Cuando termines, las cadenas volverán a atraparte. Si te guardas algún cubierto, lo sabremos. Si intentas algo con la comida, lo sabremos. Si intentas escapar durante tus almuerzos, lo sabremos. La torre

está Pactada, no puedes salir. El agua no es agua, no puedes hablar con ella.

—¿Dónde está la trampa? —repitió, esta vez más extrañado que receloso, sin esperar realmente una respuesta. Quizá porque ahora tenía la bandeja justo bajo sus narices y dos días sin comer volvían loco a cualquiera. Aun así, un pensamiento le cruzó el cráneo como un tiburón, raudo y sombrío e igual de inquietante—. ¿Va a venir? —Y carraspeó—. Verenize.

Astrae sonrió. Al contraluz, sus rasgos eran un lago de alquitrán, pero sus colmillos resaltaron como los del tiburón en su cerebro.

¿Por qué? ¿Es que quieres que lo haga?

—No —se apresuró a contestar.

Ella rio mientras se acomodaba el cabello mojado sobre un hombro, a sus pies ya un charquito de irisado icor, y cuando supuso que no diría nada más se marchó sin despedirse. Una vez a solas, Sasha se preguntó por qué estaban siendo amables con él. Por qué no lo encerraban en el pasadizo más profundo del castillo, donde el asfixiante calor húmedo de las entrañas vederesas convertiría sus órganos en un caldo borboteante hasta perecer cada día de sofoco y de hambre y de dolor. Aunque, en realidad, aquello encajaba más con el estilo de Nize: libertad vigilada. Esperar pacientemente a que bajara la guardia, a que se creyera a salvo entre esas cuatro paredes, para luego… Para luego ¿qué?

Decidió centrarse en el presente. Por ejemplo, en la comida con la que no sabía qué hacer. ¿Debería negarse a comer, como declaración de rebeldía? ¿Estaría envenenada? Eso también sería muy Nize. El rey ni siquiera olería el veneno, por supuesto (jamás se arriesgaría a finiquitar el juego por accidente), aunque la noche anterior había demostrado conocer bien los límites del Pacto: para romperlo, debía morir a sus manos, no a sus órdenes. Sasha olfateó la ternera. Nada raro. Ojalá hubiera prestado más atención a Anna cuando parloteaba sobre toxinas tan miméticas como agua.

Mira, a la mierda. Si moría envenenado, resucitaría en su cénit físico, y, si no, recuperaría energías con la carne. Ambas opciones tenían sus ventajas (aunque, siendo sinceros, prefería la segunda), así que se quitó el guantelete restante y se lanzó a por los cubiertos, resistiendo la tentación de engullir la carne a mordiscos. Se notaban. Cómo se notaban, las manos que cocinaban para el rey. La calidad, el sabor. El toque del romero le resultó familiar, pero no logró ubicarlo en el tiempo, ni le trajo más recuerdos de los ya despiertos. En la copa, mosto de uva en lugar de agua, lo mismo que Verenize había bebido durante su fiesta antes de aceptar la sidra de la mujer rubia. Al parecer, ahora era bebida típica en Veda.

A cada bocado, a cada trago, Sasha era más y más consciente de lo

mucho que Verenize había afectado al reino, al continente. Todo lo que había apreciado en su día, hasta el más mínimo detalle, formaba parte de la cultura vederesa moderna; y de lo que había aborrecido no quedaban ni los restos. Como el vino. No le sonaba haber visto una sola vinoteca en Venfica.

Prefirió no forzar mucho sus recuerdos, todavía sensibles de usarlos. De que el rey los usara, más bien. La esperanza en su rostro al reconocer el de Sera, la cólera en sus dientes perfectos al ver a Rako tan cerca de su caballero. Tan, tan cerca. Sasha suspiró, intentando apartar las imágenes, pero es que lo echaba mucho de menos. A Rako. Lo echaba de menos de una manera punzante, casi dolorosa (casi culpable).

Quiso rescatar algún buen momento, pero fue otra cosa lo que le vino a la mente. Le hizo dejar de masticar un segundo, sus hombros de golpe pesados bajo el desaliento de aquella mañana.

El quinto día de travesía marítima había amanecido ligeramente fresco y los había pillado abrazados, ambos refugiados en el calor del otro, ni muy dormidos ni muy despiertos. Al menos hasta que el estómago del daena real había tenido a bien recordarle con un rugido atronador que debía nutrirse de algo más que de mimos. Se habían reído, se habían separado, y después Sasha se había levantado para vestirse mientras Rako refunfuñaba en la cama como un niño malcriado. Recordaba sentirse tan en calma, tan bien… Tan completo.

Al volverse, ya listo para salir a cubierta, creyó que la celda se lo había llevado de nuevo, por la forma en que sus ojos castaños lo miraban, vacíos. Solo el brillo de algo indescifrable en aquellas pupilas dilatadas lo delató. Parecía dolor. O melancolía. Rako le recorrió con la mirada de arriba abajo, despacio, serio. Sasha no supo si hablar.

Y, entonces:

«Ojalá todo esto fuese verdad».

Sasha tardó en comprender y, la verdad, habría preferido no hacerlo. Habría preferido no sentir cómo su pecho crujía bajo un peso demasiado grande, un horror con el que iba familiarizándose cada día otro tanto. Pero jamás abandonaría a Rako en aquel limbo, sin saber dónde estaba la línea entre lo real y lo imaginario, dónde terminaba la celda de eternidad y dónde comenzaba su vida. Por eso se sentó a su lado y, como hacía siempre que Rako dudaba, posó una mano en su mejilla, anclándolo a la calidez del contacto, a la sensación de solidez.

«Es verdad, Rako».

Después, el daena había cerrado los ojos y cubierto su mano con la suya, rindiéndose. ¿Ante sus palabras o ante la celda? Sasha aún lo ignoraba. No había querido insistir, ni preguntar; no había querido presionarlo, temiendo entrometerse en el mecanismo de su mente.

Ahora, habría querido darle más vehemencia a su voz y a sus besos, por si nunca volvía.

Aunque estaba bastante seguro de que no iba a volver.

Cuando terminó de comer, Sasha dejó los cubiertos sobre la bandeja y las cadenas se alzaron para apresarlo de nuevo.

La media tarde lo despertó con una migraña indescriptible. Era un zumbido, un chillido entre músculo y piel; todo su cuerpo anormalmente laxo, como habiendo pasado horas tenso, al límite. Se parecía mucho al dolor que acompañaba algunas resurrecciones, pero sin haber muerto. Porque no había muerto, ¿verdad? Repasó sus últimos instantes consciente, cuando el cansancio iba avanzando terreno y él, que se había prometido no pegar ni media cabezadita, había caído rendido tras tres noches en vela. Quizá de ahí venía el tirón en el cuello y en las muñecas y en partes del cuerpo cuya existencia no había descubierto hasta entonces.

Verenize entró riendo al cuarto, rostro vuelto hacia Astrae, quien le devolvía una mirada extrañamente cálida. Se complementaban a la perfección, él níveo y decorado, ella ónice y sobria, dos partes de un todo. Cada interacción entre ambos le hacía sentirse un intruso, y habría apartado la vista de no haber notado que el rey evitaba mirarlo a los ojos. Al menos hasta que tomó asiento de nuevo en la orilla de su cama adoselada, cuando lo taladró con esos dos dardos azules. Sasha le sostuvo la mirada, pétreo.

—Espero que la siesta te haya merecido la pena —canturreó Verenize a modo de saludo—, porque desde luego a mí lo de tirar comida a la basura me parte el corazón.

¿Tirar comida…? Pero si no había dejado ni las migas. A no ser… Sí, allí fuera el sol colgaba alto. Demasiado. Tragó saliva y la notó ligera, renovada. Sin duda, su organismo estaba sufriendo efectos secundarios de origen desconocido, pero también recuperándose a una velocidad con la que Sasha ya estaba (por desgracia) familiarizado.

—¿Me… —comenzó, con un carraspeo— matasteis anoche?

—¿Qué?

—Que si he muerto esta noche.

El Eterno arqueó una ceja, como si la pregunta le hiciese gracia, y luego cruzó miradas con su Muerte. Y, aunque la sonrisa no le tembló ni un segundo, tendrían que pasar mil siglos más para que Sasha olvidara la mecánica de sus embustes. Así eludía cualquier acusación, no desmintiéndola sino ridiculizándola, logrando con solo gestos y risitas que su víctima dudase hasta de su propio nombre. Así lo había callado a él infinidad de veces, cuando aún no eran ni rey ni traidor.

Ya no más.

—Nize —casi rugió.

—Tampoco tienes permitido llamarme así.

—¿Y cómo quieres que te llame entonces?

—Oh, existen múltiples opciones —hizo un ademán vago con la mano—: Su Majestad, Su Luna, mi vere, mi rey, mi señ…

—Ni de coña.

Nize puso los ojos en blanco teatralmente y por un momento Sasha se preguntó qué estaban haciendo, riñendo como si volvieran a tener doce años y no millones de cadáveres a la espalda. Lo invadió una vergüenza cruda, primigenia, que lo hizo enderezarse y cuadrar la mandíbula mientras el rey decía:

—No he venido aquí a discutir tus modales, así que ahórrate la saliva para cuando te toque suplicar.

Sasha pensó que la palabra «suplicar» quedaba bonita en sus labios. O al menos creyó hacerlo, pues el pensamiento llegó y marchó a toda prisa, dejando un regusto amargo y pestilente a su estela. Le quemó la lengua, pero sobre todo el honor, y por eso calló. Verenize lo dejó arder unos larguísimos segundos antes de:

—Ya has reflexionado suficiente. Mi magia, ¿vas a devolvérmela?

De pronto, su voz sonaba menos humana. Más suave, más grave, más fluida. Una advertencia escondida tras las comisuras de su sonrisa. Partió en pedazos la mínima entereza que Sasha había logrado reunir, aunque disimuló las esquirlas con estoicismo y monosílabos.

—No.

—¿Y si digo las palabras mágicas? —Sonrió—. *¿Por favor?*

—Tampoco.

Metamorfosis. No había otra palabra para describir la diferencia entre el príncipe que conocía y el rey que había masacrado naciones enteras. La sonrisa desapareció de su rostro y ya no era Nize sino Verenize quien suspiraba largamente, siempre, siempre actuando.

—Tendré que arrancártela, entonces.

De no haberle arrancado ya los recuerdos, Sasha lo habría creído otra farsa. Como si necesitase más pruebas de que el Eterno no amenazaba; prometía. Eterno que se puso en pie mientras se quitaba una de sus múltiples sortijas. Dorada como sus colmillos falsos, engarfiada como las garras de Astrae. Eso tampoco le sorprendió: todo en Verenize era letal. Su lengua, su aspecto, su joyería de filigrana enroscada, afilada, punzante.

El caballero permaneció firme mientras su rey se aproximaba, nudillos blancos de aferrarse fuertemente a los reposabrazos. Sin embargo, Verenize venció su resistencia con humillante facilidad, despegándole los dedos uno a uno para luego girarle la mano palma arriba.

—Mantenla así —ordenó, y creyendo que le hablaba a él Sasha estuvo a punto de soltar una carcajada perruna, incrédula, pero en cuanto intentó rebelarse cerrando el puño este se negó a obedecer. Por mucho que forcejeó contra la magia de Astrae, solo consiguió temblar de esfuerzo (de miedo)—. Perfecto, gracias.

Tuvo que ver cómo Verenize se inclinaba para escoger uno de sus dedos inmóviles. Sasha aplastó aún más la magia escondida en sus yemas, martilleante y desbocada y líquida. Un eco le silbó en la nuca; el aire intentaba decirle algo. ¿Qué era? ¿Qué quería? No podía arriesgarse a abrir el Vínculo para averiguarlo, no en ese momento.

Siseó más de impresión que de dolor cuando Verenize hundió la púa en su anular, abriendo una impecable línea recta desde la segunda falange hasta la yema. Su sangre brotó como invocada y manchó las manos del rey de espeso rojo. La magia palpitaba ahí, justo ahí, y Verenize debía de saberlo, debía de sentirla, porque apretó con saña la herida como esperando verla supurar entre la sangre. Y, durante unos segundos, Sasha creyó que así lo haría.

Al final, Nize chasqueó la lengua, decepcionado, pero él no se atrevió a apartar la mirada del corte. El corte a través del que había intentado extirparle la magia, mucho menos peligroso lleno de rojo que sus ojos llenos de azul. Le aterraba pensar en mirarlos, tan cerca y tan azules como para ahogarse en ellos (y de pulmones encharcados el caballero sabía mucho).

—Dámela —le susurró—. No quieres que siga, Sha.

Supuso que había negado con la cabeza, pues el rey frunció los labios. Podía notarlo arañar el Vínculo, tirar de su magia con todas sus fuerzas ahora que apenas los separaban unos centímetros, pero no había rendija por la que colarse, portón que astillar, cerradura que forzar, y cuando Nize desistió lo hizo con un suspiro resignado que le erizó el vello de la nuca porque Nize *nunca* se resignaba. Sin embargo, su voz sonó clara al llamar al guardia Rene, quien acudió raudo y torpe. Eso también le extrañó. No la torpeza del chaval, sino su presencia. ¿Qué había sido de la alférez Mar?

—Tijeras —dijo el rey, simple y llano.

—¿Tijeras? —Rene balbuceó—. ¿Qué clase de tijeras? ¿Qué queréis cor…?

Cerró la boca de golpe. También la puerta al marchar. Ni el Eterno ni su Muerte cambiaron el gesto mientras esperaban; ella inmóvil, él mordiéndose el labio inferior, la vista aún fija en sus anillos manchados de sangre ajena. *Tijeras*, se repitió Sasha. *Tijeras*. No preguntó para qué las quería. Hasta Rene lo sabía. Era obvio. Tan obvio como lo era para Verenize que su magia se hallaba en las manos de su caballero; y como lo era para Sasha que el rey haría cuanto fuera para recuperarla. Pero no funcionaría, eso también lo sabía. Lo

sabían los dos. Que la magia permanecería adherida a su cuerpo, aun despiezado y deshuesado.

Por todos los dioses. Iba a cortarle los dedos.

Se echó a temblar, su pecho arriba y abajo empavorecido y su corazón una estampida, bombeando más y más sangre que caía *tap tap tap* al suelo desde su anular. No iba a hacerlo, ¿verdad? Solo quería acojonarlo, seguro. Solo eso. Pero Nize evitaba mirarlo a los ojos y eso era mala señal y Sasha no podía soportar…

—No lo hagas —consiguió decir al fin, su voz ahora lija en la garganta—. No lo hagas.

En cambio, la suya fluía como agua limpia entre sus labios, las palabras bien elegidas, casi ensayadas:

—Devuélvemela y saldrás ileso. Dejaré que te vayas, incluso. ¿No es lo que quieres? ¿Volver con tu gente? —Una pequeña pausa y Sasha supo lo que vendría después—. ¿Con Rako?

Las lágrimas llegaron al mismo tiempo que Rene llamó a la puerta. Verenize no contestó, todavía expectante, así que murmuró una disculpa mientras pasaba. En completo silencio, Astrae los señaló con la barbilla, el guardia se les acercó y su rey alargó una mano. Solo entonces entraron en su campo visual, gruesas y doradas, con forma de garza. Su madre había usado unas parecidas, para remiendos, pero desde luego aquellas no estaban pensadas para ser empuñadas por ningún costurero. Quizá por un jardinero. O por un rey.

Nize tomó de nuevo su mano en la suya y a Sasha se le escapó un quejido estrangulado. A su alrededor, la habitación se retorcía lentamente sobre sí misma, distorsionando masas, colores, sonidos. Le faltaba oxígeno y en muy poco tiempo le faltaría algo más.

—Sha, venga —insistió él—. Solo tienes que soltarla. No quiero tener que abrirte.

Pero sí que abrió las tijeras, el eco metálico subiéndole náuseas al paladar. No, eso no estaba pasando. Las hojas encajaron con delicadeza tras el primer nudillo de su dedo corazón. Su mano tiritaba contra el acero.

Iba a pasar. Nize iba a cortarle los dedos, falange a falange. El horror se lo comió todo y por fin lo miró a los ojos:

—Por favor.

—Solo dile que vuelva conmigo.

—No puedo… No puedo…

No podía permitírselo. No podía ser débil ahora. Tenía que ser valiente por primera vez en su vida, fuesen cuales fueren las consecuencias. El rey chasqueó la lengua y cerró las tijeras un poquito más, un poquito más, un poquito más. Se detuvo cuando la piel cedió, el pico de la garza ya rojo. El caballero cerró los ojos para no verlo, para no flaquear.

—Sha.

—No.

Y, de pronto, el estallido.

Verenize aulló como lo haría un sol al morir, pura rabia, y por un segundo Sasha pensó que ya estaba hecho. Las tijeras, su dedo, la sangre. Pero no sentía dolor, no aparte del que le agujereó los tímpanos con el repiqueteo de acero contra losa. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué los gritos? ¿Por qué los dientes del rey tan apretados como para astillárselos los unos con los otros y por qué su propio miedo a punto de romperle las costillas?

No tuvo forma de evitar que Nize le aferrara visceralmente la mandíbula con uñas que se clavaban como alfileres.

—¿POR QUÉ NO PUEDO HACERTE DAÑO?

Y al soltarlo un nuevo grito de frustración, de criatura herida, antes de:

—¡**FUERA**!

Astrae entornó los ojos, pero obedeció, disolviéndose entre tinieblas.

Cuando Verenize volvió a encararlo Sasha no vio a un rey, ni a un príncipe. Ni siquiera a un ser humano. Vio lo que las leyendas describían como dioses vengativos, todo garras y oro y fauces.

La bofetada que vino después le partió el labio y lo que le quedaba de raciocinio, anegando su boca de óxido. Quiso mantener la cabeza gacha, pero el instinto lo obligaba a tenerlo vigilado, a no perder de vista el peligro.

Verenize se cernió sobre él, la amenaza clara en el ronroneo de su voz:

—Voy a encontrar la manera, Sha. Ya no de quitártela, no. Sino de que me la des tú.

Un escalofrío volcánico, lento, se deslizó por su columna como una serpiente incandescente. El rey no lo tocó, ni siquiera lo rozó, y sin embargo al retirarse por fin lo hizo con el mismo compás sinuoso, pausado. Sasha no respiró tranquilo hasta que sus pasos se perdieron en la distancia.

Las tijeras, como su valentía, quedaron olvidadas en el suelo.

Verenize regresó a horas intempestivas, la madrugada plagada de estrellas parasitando de sombras los aposentos. Al corte del anular le había crecido costra; lo sabía por el tacto, pues prefería no abrir los ojos. Cada vez que lo hacía, las tijeras los atraían como un imán, brillantes bajo el único rayo de luna creciente, trasladándolo sin piedad a las uñas del Eterno clavadas en su piel, a ese revés más

desesperado que furioso, más atajo que escarmiento, con el que había descargado su frustración. Tenía la firma del rey Aurel. «Para evitar el mal», había dicho dos siglos atrás, mientras contemplaba la mejilla aún hinchada de su hijo desde la balconada. Ahora Sasha era el mal y, por tanto, Nize lidiaba con él tal y como había aprendido de su padre.

Sasha empezaba a comprender que la pregunta no era si saldría de allí con vida.

La pregunta era si saldría de allí intacto.

Y, quizá por eso, cuando la puerta chirrió el caballero solo suspiró, resignado, reacomodándose en el butacón. Con cuidado, dado que, a pesar de amoldarse perfectamente a sus medidas, los rebordes de la armadura comenzaban a incrustársele en cada vértice; una sensación casi claustrofóbica que sus manos todavía desprotegidas envidiaban.

—Me da pena —empezó Verenize— que te estés perdiendo todo el Color, con lo que te gusta.

—El Color solo es un día —repuso, recto y calmo.

—Este no. Es un Color de Aniversario, Sha, la celebración dura seis noches.

Los candeleros del vestíbulo pintaban la estancia de amanecer, y a su antiguo dueño con ella. Sus ropajes de macramé, color salmón al titilar del fuego, intercalaban nudos y cordones en patrones tan intrincados como refinadas las telarañas de oro en sus hombros, sus brazos, sus piernas. Un arete en la nariz, tinta dorada en el arco del labio y en la mano una copa cristalina. Ah, eso explicaba su acento de nuevo tan marcado, tan *vedés*. Gutural, grave, vibrante. Y es que, aun siendo Veda la única nación cuyo idioma no evolucionaba con sus hablantes sino con su rey, cuando el alcohol le tocaba la lengua Verenize volvía irremediablemente a sus orígenes.

El mutismo de Sasha le arrancó un siseo ofendido, lo que normalmente vendría seguido de arrojarle la sidra a la cara por puro despecho, pero lo que hizo fue inclinarse a su nivel y enseñarle los dientes como cualquier animal herido:

—Podría borrarte la memoria, ¿sabes? Podría vaciarte entero ahora mismo y hacerte creer que soy un dios, como cree todo mi reino. Y tú me seguirías con los ojos cerrados.

No, si encima querría que le diera las gracias. Resopló, desdeñoso, aunque en lugar de burlarse acabó escupiendo otra cosa:

—¿Y por qué no lo haces?

Verenize parecía haber estado esperando esa pregunta, porque sonrió, sonrió como lo había hecho en la Masacre y como llevaba haciendo desde entonces, acortando distancias entre ambos sin dejar de mirarlo a los ojos. Sasha le aguantó la mirada hasta que algo frío le giró la muñeca a traición. Otra vez. Otra vez pillado con la guardia baja. Sintiéndose estúpido, se apresuró a cerrar el puño, pero sus

dedos no debían de ser el objetivo del rey aquella noche, ya que coló la mano bajo la ajustada manga de su almilla, descubriendo teatralmente su antebrazo.

—Porque me gustas así —respondió al final, en un susurro, mientras deslizaba las uñas entre los surcos ahora expuestos de sus cicatrices—. Porque esto es lo que pasa cuando estamos separados.

Por primera vez en doscientos años, Sasha quiso matarlo. Y fue ese impulso el que lo llevó a atraparle la muñeca en el momento justo, aun sabiendo que poco podía hacer salvo apretar y apretar y apretar. Con suerte, le rompería algún hueso. O varios. Verenize no intentó resistirse, ni siquiera dio un mísero tirón. Solo se lo quedó mirando mientras sus venas se hinchaban bajo la eterna capa de pintura metálica, poniendo de relieve un entramado de cicatrices largas y finas que, como las de su caballero, delataban más de una, dos, tres muertes. Ah. Así que aquel era el verdadero propósito de revestirse ambos brazos con tinta. Maquillar el dolor. Se le encogió el estómago.

Pero eso no explicaba nada, no excusaba nada, porque Nize no se estaba haciendo eso solo a sí mismo, se lo estaba haciendo *a los dos:* mantenerlos vivos, alargar lo que fuera que quisiese conseguir con todo aquello. Lo estaban sufriendo los dos.

—Mátanos.

El rey exhaló una risita cansada, breve, antes de liberar la mano de entre sus dedos sin hallar resistencia. Sí la halló después, cuando malgastó ese mínimo resquicio de fe en intentar tocar sus marcas de caballero. Ahí Sasha apartó la cara bruscamente y lo miró a los ojos, desafiante, retándole a probar suerte de nuevo ahora que sus dientes quedaban tan cerca. No lo hizo. Solo respondió:

—Aún no.

—¿Cuándo?

—Ya lo sabes —dejó caer la mano, lo que debió de recordarle la sidra en la otra, pues bebió un trago larguísimo—; cuando Sera vuelva. Aunque parece haberlo hecho ya, ¿no?

Esta vez, su risa repicó sonora e irónica, y sus ojos volvieron a contemplarlo largamente, de arriba abajo. Fue en silencio, como en trance, que hizo amago de cernirse sobre él, entreabriendo los labios no para hablar ni para morder sino para… Para nada, al parecer, porque al siguiente parpadeo Verenize ya se erguía muy recto, muy firme, fulminando con la mirada la copa entre sus dedos.

Por supuesto, no se molestó en despedirse antes de marcharse. A Sasha no le importó. Todo lo contrario: murmuró una plegaria a la dama lunar cuando la congoja le dejó ver que la puerta seguía abierta. Gracias, gracias. Necesitaba la luz. Necesitaba los candiles del vestíbulo acompañándolo hasta el amanecer.

Y, sin embargo, pocos segundos después oyó el inconfundible giro

del pomo, la puerta cerrándose con el más cuidadoso y calculado sigilo. Solo así, a oscuras y alerta, pudo Sasha detectar el aroma del incienso abandonando la estancia.

Astrae.

Milagrosamente, consiguió dormir.

Y durmió del tirón, hasta bien entrada la mañana, despertando renovado y descansado a pesar de la enorme rozadura que era ahora su cuerpo. Intentó consolarse con esa pequeña victoria, pues ni el Eterno ni su Muerte lo soltarían hasta haberle sonsacado la magia. Ahí se quedaría día y noche, mes y año, deteriorándose sin prisa pero sin pausa. Se preguntó si podría morir de eso, de vivir eternamente engrilletado y acorazado. Aunque daba igual. Total, resucitaría solo para repetir el ciclo…

La décima vez que se planteó cuánto tardarían las úlceras por presión en matarlo decidió que tenía demasiado tiempo libre (si estar prisionero podía considerarse tiempo libre, claro); y poco después cayó en que llevaba días sin necesitar ir al baño. Un vértigo le retorció las entrañas cuando las piezas encajaron. En fin. Muy Nize eso también, lo de encadenarlo indefinidamente a una silla y no querer lidiar con la parte sucia del encierro. Aunque saberse Pactado le inquietaba mucho menos que la incomprensión, pues si el objetivo era que molestara lo menos posible ahí estaban las celdas de eternidad. ¿Sería porque querían tenerlo bien a mano? ¿Y por qué no suprimirle el apetito sin más? ¿Por probar en un futuro si el hambre le reblandecía? ¿O es que necesitaban que comiera? ¿Entonces sí que lo estaban envenenando?

Quizá lo importante no era alimentarlo, sino vigilarlo. A fin de cuentas, solo Astrae perturbaba su aislamiento forzado, siempre a las mismas horas, siempre con una bandeja de comida recién horneada. Al llegar chasqueaba los dedos y las cadenas caían; al partir cerraba tras ella y el icor derramado se evaporaba en exactamente seis horas y treinta y seis segundos. Desayuno, almuerzo, merienda, cena y vuelta a empezar. Todo sin intercambiar palabra, gracias a Var. De Nize, ni rastro. Estaría por ahí, bebiéndose hasta el agua de los floreros mientras algún noblezuelo le regalaba los oídos, así que Sasha no esperaba verlo mínimo hasta la clausura de ese Color suyo. Mejor.

Dos días después de caer las tijeras al suelo, donde aún permanecían, el caballero rompió la rutina:

—¿Cómo consientes que Nize te tenga de sirvienta?

Ella sonrió. Luego chasqueó los dedos, las cadenas lo liberaron y la bandeja ocupó su lugar. Aquella tarde, su merienda consistía

sencillamente en un cuenco de yogur con frambuesas, pero algo en la forma en la que estaban repartidos los frutos le recordó tanto a Anna que se le encogió el pecho. De pronto ya no tenía ganas de hablar, solo de añorar. Mala suerte.

Hay una razón por la cual soy yo quien te da de comer, Sasha de Corte.

Frunció el ceño, desorientado. Astrae no parecía haber contestado a su pregunta, sino a otra muy diferente.

—No sabía que los demonios pudieran ser caballeros —aventuró, y cuando su sonrisa creció dedujo que había acertado. Suerte del principiante, suponía, porque a él nunca se le habían dado bien los acertijos, ni las palabras veladas, ni los dobles sentidos. Eso se lo dejaba siempre a Nize, quien, versado en el arte del engaño, había leído cada intento de manipulación demoniaco como tinta sobre pergamino.

Hasta Astrae.

—¿Qué le dijiste? ¿Qué le contaste para que decidiera masacrar a toda una ciudad? ¿A su propia gente?

Había notado que se envolvía el cuerpo desnudo con las alas durante sus visitas a solas, un detalle increíblemente considerado que, sin embargo, le dejaba un regusto amargo en la lengua. Todo lo que Astrae supiera de él, de sus inquietudes o deseos, no había salido de sus labios, sino de los del rey.

Asumir y errar comparten caminar, caballero. Únicamente me limité a darle lo que quería. Lo que necesitaba.

—Mentira.

Astrae parpadeó, nada sorprendida por la dureza de su voz, casi un gruñido feral. De sus ojos dorados brotó icor como lágrimas de cocodrilo.

Yo estaba ahí, le recordó, simple. Lo vi. Vi cómo, cuanto más te necesitaba tu rey, más te negabas a obedecer. Solo sabías decir no, no, no. Yo solo hice lo que deberías haber hecho tú.

No lo entendía. Fuera farsa o verdad, no lo entendía.

—Pero ¿por qué?

Su sonrisa regresó.

Será un gran rey, suspiró. Y, como todos los grandes…

Sasha aguardó, expectante, pero Astrae lo dejó con la miel en los labios. Otra pregunta sin contestar, otra respuesta para una pregunta que ni siquiera tenía aún. Gruñó al oírla salir del cuarto, sintiéndose mitad frustrado mitad insultado, aunque pasó a soltar un alarido de alivio en cuanto aprovechó para ponerse en pie. Sus rodillas chascaron, sus músculos chillaron. Sin embargo, era el único rango de movimiento al que podía aspirar con los tobillos engrilletados, así que

se encargó de estirar cada tendón, de supervisar cada úlcera bajo la armadura. Luego se quitó los guanteletes por tercera vez aquel día y abrió y cerró los puños. Volvería a ponérselos justo antes de terminar de comer, para que las cadenas lo encontraran bien protegido aun cuando Verenize ya le había demostrado que, de querer herirlo, lo haría con coraza o sin ella… Pero lo prefería así. Prefería el roce del peto a la comodidad de la almilla, el peso del acero a la ligereza del elástico, porque nada le angustiaba tanto como sentirse indefenso. Cuantos más centímetros entre el rey y él, mejor.

Solo había probado el yogur de la madre de Anna una vez, hacía ya varios años, pero podría jurar que sabían igual. La nostalgia por aquella vida tranquila de arados, campos y mermelada lo abrumó, forzándolo a centrarse en el presente. Jamás regresaría a ningún pueblo si no encontraba la manera de salir de allí.

«Será un gran rey», había dicho Astrae.

¿Es que no lo era ya?

Aquello no podía estar pasando.

Durante un segundo, Sasha se sintió fuera de su cuerpo, perdido, la sensación de irrealidad tan potente que le cosquillearon las puntas de los dedos, y los labios, y las mejillas. *Estoy soñando*, pensó, aunque no era precisamente un sueño amable, ni siquiera bueno. Solo increíblemente confuso. Nize se reía por lo bajo, abrazado a una mole que lo arrastraba a empellones hacia las profundidades de sus aposentos; la misma mole que barrió las tijeras de un puntapié para apartarlas de su camino. Fue justo la estridencia de metal sobre piedra lo que lo despabiló del todo.

Comprender qué estaba ocurriendo no lo mejoró. Más bien lo empeoró. Porque, por supuesto, bajo el haz de luz procedente de la puerta abierta la mole no era mole sino hombre, ni el abrazo era abrazo sino las manos del rey hundidas en su cabello claro con una desesperación que Sasha solo relacionaba con resucitar y con follar. La incredulidad dio paso a la vergüenza, incisiva e iracunda e hirviente.

Abrió la boca para protestar (para rugir), pero entonces Nize lo miró directamente a los ojos por encima del hombro de su amante. Le sostuvo la mirada mientras ladeaba el cuello, una invitación muda que los dientes del hombre tomaron, y una vez lo tuvo distraído ya ni siquiera se molestó en disimular cuando se llevó el índice a los labios para ordenarle silencio. Por desgracia, Sasha no pudo rebelarse, pues acto seguido Nize le guiñó un ojo, divertido, y procedió a ignorarlo por completo. Y eso lo dejó sin habla.

¿Por qué?

¿Por qué allí?

Nize tenía mil rincones donde revolcarse con sus escarceos amorosos, no había razón alguna por la que hacerlo *delante de él.* Sasha tragó saliva, incómodo hasta la médula pero incapaz de no mirar. Así que lo vio sonreír al aterrizar de espaldas en la cama, lo vio separar las piernas para abrirle paso al noble, reír de nuevo cuando este lo atrajo hacia sí de un tirón.

—¿Qué tengo permitido hacer? —Su voz sonaba ronca.

Sasha quería *gritar.*

—Lo que quieras —respondió Nize, alzando las caderas hacia él—. Aprovecha.

El noble apartó la primera capa de tela y Sasha la mirada. Le temblaban las manos, temblaba de arriba abajo, pero no sabía si de la impresión o del bochorno o de la rabia. Porque podía cerrar los ojos y apretar los dientes pero no acallar el chasquido de los besos, el roce de sábanas. El tintineo del oro, los susurros entre jadeos. Le oía alto y claro, como si le tuviese debajo y no a varios metros; lo estaba volviendo loco. Quería que acabara antes de que pudiera recordarlo. Antes de memorizar las variaciones de sus sonidos, antes de que la imagen de sus piernas ciñendo la cintura del noble escarbase un nido en sus retinas, quedándose para siempre.

Tampoco entendía por qué estaba tan enfadado. Si era porque Nize le trataba como poco más que un mueble o porque lo hacía aun sabiéndolo todo lo contrario. Si era porque ignoraba si con ese numerito quería arrancarle una reacción que jamás obtendría o si de verdad le daba absolutamente igual follar en su presencia. Si lo hacía delante de él porque no podía hacerlo con él.

O si lo hacía porque sabía que Sasha se rompería la cabeza buscando respuestas.

Nize dejó escapar un gemido ahogado y le recordó a Rako.

Pensar en Rako le hizo sentir sucio.

Oír el final fue peor que oír el principio, pero mantuvo los ojos fijos en el suelo y los puños fuertemente cerrados. No captó qué se decían en murmullos (gracias a Visné), y solo alzó la vista cuando un firme «no» abandonó los labios del rey.

—¿No?

—No —repitió Nize, presionando el pecho del hombre para quitárselo de encima.

Sin protestas ni regateos, este se enderezó y comenzó a recolocarse la ropa, muy distinta de la amalgama traslúcida típica de Veda. Pantalón, camisa y cinto, que no fajín… Desde luego, no era de por allí. Quizás incluso venía de fuera de la Espiral. Nize esperó pacientemente a que terminara, incorporado sobre los codos, y luego señaló la puerta. No con desprecio, ni con indiferencia (de hecho, le

sonreía), pero Sasha sintió el gesto como algo definitivo. Una orden.

Fue cuando el noble dio media vuelta que por fin reparó en él. Frenó en seco, alarmado, y aunque tenía razones de sobra para poner el grito en el cielo Sasha enarcó una ceja, retándole a hacerlo. Sin embargo, en cuanto el silencio se alargó medio segundo más de lo excusable Nize suspiró:

—Aligera, Témere.

El tal Témere respondió como pinchado, abandonando los aposentos de su vere a paso altivo. Sasha lo siguió con la mirada hasta que no tuvo más remedio que volver a fijarla en la cama, donde Nize se limpiaba el estómago con una esquinita de su atuendo.

—Ya puedes irte, gracias —dijo este.

Al instante, un parche de tinieblas perdió solidez, y el caballero chirrió los dientes. Estaba harto de no poder distinguir cuándo Astrae rondaba cerca y cuándo no, los perfumes, afeites y sales de baño con los que el Eterno se acicalaba velando astutamente el incienso de su Muerte.

Ser consciente de que se encontraban a solas lo relajó lo suficiente como para tensarse de nuevo.

—Espero que te lo hayas pasado bien.

Nize rio por lo bajo.

—Mucho, la verdad.

Lo dijo mientras se dignaba a sentarse, obligándolo a apartar la vista una vez más. Una sinfonía de chasquidos le dijo que se estaba desperezando; el eco sedoso de después, que había empezado a vestirse.

—No te preocupes, Sha, mañana no se acordará de nada. Lo tengo controlado.

—Le habrás visto *crecer*.

Él rio otra vez, tranquilo, así que Sasha se arriesgó a mirar. Andaba peleándose con el fajín, intentando reproducir sin mucho éxito la complicadísima lazada original.

—Válgame Var, qué va… Ni siquiera yo soy tan retorcido. Es un *desta* de Córtega.

Sasha chasqueó la lengua. No sabía qué le sacaba más de quicio de Nize, si la naturalidad con la que abordaba el asunto o que al final hubiera conseguido hacerle saltar.

—No me mires así —rezongó el muy caradura, poniendo los ojos en blanco—. Siempre vengo aquí para esto y no pienso cambiar mis costumbres solo porque estés tú. —Con un suspiro resignado, se anudó el fajín de cualquier manera antes de añadir—: Sería sospechoso, además. Nadie recuerda que estás aquí. Salió caro, pero ya viste que mi gente es demasiado confiada. Nos protejo mejor si no tienen prenda que soltar.

Como su caballero seguía en silencio, Nize lo estudió mientras terminaba de adecentarse a su ritmo.

—Pareces tenso.

«Qué perspicaz», quiso ladrar, ácido. No lo hizo.

—Ah, ya veo… —Y alzó las cejas teatralmente, lo que debería haberle dado una pista de lo que iba a decir—. Me parezco a Rako.

Le costó no morder el anzuelo. Porque quería contestar que no era eso, que para nada era eso. Que aunque tuvieran el mismo rostro lo que salía de entre sus labios jamás sería lo mismo, y ahí radicaba la diferencia. Pero sabía que debía permanecer calladito o Verenize lo deshilacharía poco a poco, tirando de cada uno de los hilos que le dejara al alcance.

—Es eso, ¿no? ¿Te ha dado envidia? Celos, ¿quizá?

Aguantó el tipo con los dientes apretados, concentrado únicamente en sostenerle la mirada, en ignorar la curva de su sonrisa cómplice, paciente, eterna. Jamás lo soltaría.

—Ni por asomo —cedió al fin.

Supo que había estado esperando esa respuesta por cómo se encogió de hombros, un movimiento casi ensayado, lleno y perezoso a un tiempo.

—Ya. Nunca te ha interesado mucho todo esto.

E hizo un ademán vago con la mano, señalando las sábanas revueltas, la cascada de prendas a medio vestir, los manchones dorados tras caldear el sudor la pintura de sus brazos. Un escalofrío le aguijoneó la nuca, el cuello, la cara, lento y vergonzosamente ardiente, al comprender hasta qué punto le conocía Verenize.

—Mejor para ti, en realidad —concluyó, poniéndose en pie para después salir del cuarto sin dirigirle una sola mirada más.

¿Quieres que te mate?

—¿Hm?

Te están saliendo escaras.

Sasha parpadeó; Astrae no. Todavía más dormido que despierto, él se miró los brazos, pero la armadura ocultaba las llagas. Volvió a mirar al demonio. ¿Así se había ganado a Nize? ¿Con amabilidad, con empatía? Todo falso, seguro. U otro de sus planes. Algo feo habría detrás. Y, aunque el Color había acabado y le aterraba la idea de enfrentarse débil y ulceroso a un Verenize descansado y desocupado, no podía permitírselo. No podía permitirse confiar en la buena fe de un demonio.

Muy a su pesar, negó con la cabeza.

Astrae suspiró. Parecía triste.

Se sentía raro al caminar tras tantos días sentado, invadido por la impresión de que sus pies no pisaban el suelo, que sus rodillas se doblaban de forma errónea; y aferraba el mango de su espada envainada como un ciego su bastón. El guardia Rene se la había tendido con una reverencia y, durante un glorioso segundo, Sasha había creído que venía a rescatarlo. Luego había anunciado que la Luna de Veda requería su presencia y Sasha le había arrancado la espada de las manos con la brusquedad del chasco. Pero ahora solo quedaba espacio para la cautela según el chaval lo escoltaba muy recto a través del castillo, radicalmente opuesto al manojo de sollozos que había sido al arrastrarlo en sentido contrario.

Mientras descendían, Sasha aprovechó que ya no necesitaba esconderse por las esquinas para ojear el camino, atento a cualquier hueco por el que escabullirse. Empezó asomándose disimuladamente por la galería porticada, dispuesto a contar cuántos guardias entrenaban en el patio de armas. Se llevó otro disgusto. Allá abajo, el patio había sido reconvertido en jardín, donde seis canales marmóreos atravesaban varios círculos concéntricos de árboles frutales y arbustos floreados hasta desembocar en una altísima fuente de alabastro, centro neurálgico de aquel fresco refugio. El borboteo del agua ofrecía una cadencia rítmica, calmante; y farolillos como estrellitas titilaban sobre el fastuoso claroscuro de azulejos y follaje.

La ausencia de soldados, lejos de alegrarlo, lo desesperó: más muestras de lo invencible que Verenize se sentía. El guardia Rene lo miró de reojo, curioso, pero él fingió no darse cuenta.

Para su sorpresa, pasaron por delante del salón del trono sin detenerse, y tomaron la escalinata opuesta al de festivos, alejándose del enjambre de sirvientes que limpiaba a conciencia las secuelas de seis jornadas de celebración. Copas por el suelo, cintas en las lámparas, una sandalia olvidada en mitad de un escalón.

Esta vez, cuando notó la mirada indiscreta del chaval sí se volvió, pillándolo ya con la boca abierta, la que cerró de golpe, súbitamente pálido.

—¿Qué?

—Solo que…, eh, que en otras circunstancias nuestro vere os habría citado aquí, pero dado su estado actual vuestra reunión ha sido trasladada al cenador real. ¡Es todo un honor!

Sasha frunció el ceño. ¿Citarle? Era su prisionero. Verenize no tendría por qué citarle en ningún lado, solo arrastrarlo hasta allí. Y tampoco lo llamaría «reunión». Encuentro forzado, más bien. Como

todos hasta entonces… Aunque, siendo sinceros, agradecía el cambio. La novedad del escenario, la libertad de movimiento, el alivio de notar por fin la armadura separada de las llagas.

—¿Te ha dicho Verenize para qué quiere verme?

Rene sonrió.

—Para cenar, claro.

Le dio un escalofrío. No su respuesta, sino la sensación repentina de no estar hablando con el mismo Rene que lo sacó del río. Aquel lo había tratado con la aprensión del saber quién era. Este otro lo trataba como a un invitado, como si jamás lo hubiera enjaulado maniatado en los antiguos aposentos de su rey.

Ser convocado al cenador real no suponía ningún honor para el caballero. A fin de cuentas, sería incapaz de enumerar las veces que había puesto pie allí de mortal. Era donde terminaban todos los Colores, la larga mesa de nogal repleta de fruta arcoíris; era donde acababa arrastrando a Nize siempre que despertaba por alguna pesadilla. Lo recordaba envuelto en una manta fina tras su último Color juntos, y manchado de icor la madrugada que fue atacado por demonios sin portal.

Y allí lo esperaba él, ya sentado a la cabecera, copa en mano y cuerpo girado hacia Astrae. Al fondo del cenador real, el titánico ventanal mostraba el recorrido completo de la Vía de Var, incluyendo el pináculo natural que era la luna creciente sobre el lejano templo. Pero ahí terminaban las similitudes con sus recuerdos, la mesa ahora saturada no de fruta sino de platos humeantes, ninguno característico de la gastronomía vederesa. Finalmente, Verenize se volvió hacia ellos, en sus labios un rastro de sonrisa de lo que hubiera estado hablando con el demonio.

—Ah, Sha, qué bien verte tan pronto. Creía que darías pelea.

—Me lo he planteado.

Sus ojos azules se posaron en su escolta.

—Guardia Rene, podéis retiraros por hoy. Marchad a casa.

Lo oyó pegar un brinco.

—¡Hala! Huy, eh… ¡Gracias, mi vere!

—A ti.

Permaneció inmóvil mientras el chaval salía pitando, cerrando las puertas del cenador a su paso. Dudó primero. Luego ya no:

—¿Qué le habéis hecho?

Verenize alzó las cejas, burlesco.

—No sé a qué te refieres, Sasha. Rene de Corte siempre ha sido muy jovial.

No hablaba de eso y ambos lo sabían. Tuvo que presenciar otro intercambio de miradas entre rey y demonio, aunque esta vez Verenize ni siquiera se estaba esforzando especialmente en mentir.

Tampoco en hacer nada salvo estar ahí sentado, vestido con prendas de aspecto cómodo y ni pizca de joyería o maquillaje. De pronto se parecía más que nunca al Nize junto al que había crecido, a pesar de su piel expuesta, a pesar del demonio a su vera, a pesar de dos siglos.

Durante un momento, Sasha pensó que ahí quedaría la cosa, pero entonces el rey suspiró y:

—Borrar recuerdos no es una ciencia exacta, ni sencilla. A veces desaparece más de lo que calculo, y la mente humana rellena los huecos como puede. —Se encogió de hombros—. Pero es interesante cómo nuestra mente ignora aquello que no quiere ver. O aquello que no soportaría saber. ¿Entiendes por dónde voy?

Podía imaginárselo. Porque Rene había sonreído mientras lo desencadenaba, como si fuese un juego.

—¿Alguna vez te ha pasado? —preguntó Nize.

—No.

El Eterno asintió, satisfecho con la respuesta; su Muerte retiró el butacón contiguo al suyo, un mandato mudo. Sasha tardó un par de segundos en moverse, sin ganas ni de seguirles la corriente ni de comer. Por pura costumbre, sus ojos estudiaron la sala, aunque de nada sirvió: se la conocía de memoria. No había más salida que por la que había entrado, y a esa altura saltar desde el ventanal prometía una muerte segura. Además, aterrizaría justo en el río artificial que lo había ahogado mil veces, experiencia que prefería no repetir. Ni siquiera por huir de Verenize. De algún modo, le alivió saber que había algo que lo aterraba más que el rey.

Aunque ya no le daba tanto miedo. No cuando todo pánico había nacido del creer que, de reencontrarse alguna vez, volvería a arrodillarse ante él. Del creer que, de concederle al Eterno una segunda oportunidad, eso que sentía por él (innegable e infecto) triunfaría por fin sobre su sentido del honor.

Pero no había sido así. Seguía siendo Sasha, el Traidor; a su lado o a kilómetros.

—Nos vemos luego.

Sintió en la nuca la marcha del demonio, un vaho de sombras espeso, pesado, tanto como el silencio que se extendió inexorablemente entre ellos. Un minuto, dos. Sasha paseó la vista por las bandejas; Nize por su rostro.

—He aprovechado que tenemos guisandera nueva para hacer algo diferente —comenzó finalmente el rey—. Ahí tienes codorniz al limón sagrarense, creo que te gustaba; y esto es corderroz con una salsa de a saber cuántas y qué especias porque la señorita no habla vedés, crema de calabacín, pan de cilantro…

—¿Qué es esto? —le cortó, antes de que pudiera seguir nombrando platos de los que no pensaba probar bocado.

—Pues, si no me lo señalas, Sha, difícilmente voy a sab…
—No. *Esto.* Qué es.
Fastidiado, Nize chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco. Seguía medio acodado sobre la mesa, postura relajada que a Sasha no le encajaba con la situación. Pero es que Nize nunca encajaba con ninguna de sus situaciones. O quizás era él mismo quien no entendía de qué iba todo aquello.
—Me pareció el momento de sentarnos a hablar como las personas adultas que somos, ahora que el Color ha terminado y tengo tiempo para ti.
Sasha frunció el ceño.
—¿Una negociación?
—Puedes llamarlo así.
Fue cuando Nize empezó a servirse que él reparó en la ausencia de sirvientes, platos humeantes pero cubertería sin una sola huella dactilar. Así que había dicho la verdad, ¿eh? Realmente le había borrado la memoria a toda su gente para mantenerle en secreto… Tenía sentido. Si Verenize anunciara públicamente tener bajo custodia al Traidor, el mundo entero se dividiría entre quienes exigirían su cabeza y quienes se lanzarían a rescatarlo. En su lugar, Sasha también querría ganar tiempo primero. Para pensar, para calcular, para… Bueno, para negociar. Lo cual lo llevaba una vez más al tentador aroma del banquete, que le hacía salivar; a los últimos matices incensados, que confirmaban la marcha de Astrae; al rey concentrado en rellenarse la copa y no en él.
—No se me ocurre qué podrías ofrecerme a cambio de tu magia.
¿Por qué no lo mataba? Era la vía más rápida de recuperarla. Y de asegurarse un imperio infinito.
—Te sorprenderías —casi canturreó, mezclando alegremente el corderroz y esa salsa misteriosa cuyo color ocre vaticinaba picante. Le pareció inadecuada. No la comida, sino la situación. No deberían discutir el futuro de toda la nación mientras cenaban, como si fuera una simple conversación de sobremesa. O, más bien, mientras Nize cenaba, pues Sasha seguía inmóvil. Ese Nize que ahora lo señalaba con su cuchillo, ceño fruncido y boca llena—. Venga, hombre, come algo. Que la chiquilla se ha pasado el día cocinando.
Tampoco entendía por qué le habían puesto tanto tenedor como cuchillo. De carne, además. Podría clavárselo. Podría empuñarlo y enterrárselo en la yugular en menos de un segundo. Y, sin magia, sin Astrae, Nize tendría las de perder. Tan fácil, tan sencillo. Era incongruente, y por eso por fin preguntó:
—¿Por qué no me matas?
Él respiró hondo antes de responder.
—Sería la opción más equilibrada, ¿verdad? Ambos

conseguiríamos justo lo que deseamos. Yo, mi magia; tú, morirte. —Sasha torció el gesto—. No intentes negarlo, todo el mundo lo sabe. Pero no pienso darte el gusto.

—¿«Darme el gusto»? En eso consiste precisamente negociar, Nize.

—Oh, ¿es que estábamos negociando ya? Porque entonces proponerme que te mate nada más empezar no ha sido tu mejor idea.

—No te he pr… —Chirrió los dientes, resistiéndose a caer en su juego—. No pienso morir mientras tú sigas vivo.

—Postura muy egoísta por tu parte.

—Todo lo contrario.

Nize resopló con hastío y le dio un trago a su mosto. Luego carraspeó, volvió a beber, volvió a fingirse inmaculado y omnisciente.

—En realidad, da igual si lo es o no, porque ni yo voy a matarte ni tú vas a matarme. —Se encogió de hombros—. Ese es el tema, ¿no? Por eso los elementos han tenido que recurrir a semejante panda de idiotas para sacarme del trono. Como si una copia barata de mi hermana pudiera afectarme. —Su voz se agrió en otro carraspeo que sonó doloroso (y debió de serlo, por cómo torció el gesto, incómodo) —. Ni siquiera recuerdo quién más había en tus recuerdos. ¿Una arquera? ¿Qué pretende, dispararme desde la plaza? ¿Rako, que no podría dejar la polla quieta ni aunque le pagaran? Y tú, que no puedes ni mirarme a la cara.

Anna, pensó. *Te falta Anna*. Pero mejor que Nize no supiese siquiera de su existencia. Así estaría a salvo.

—Vale, lo capto. Ahora di tu oferta.

Al rey se le retorció la sonrisa y abrió los labios para contestar.

De ellos solo salió sangre.

Nize se llevó una mano a la garganta, entre sus dientes un estertor ahogado, errático. Después vino una arcada, llenándolo todo de rojo; después sus ojos azules clavados en los suyos, mirándolo con una incomprensión y una rabia tan descarnadas que el cuerpo del caballero respondió por instinto. Su butacón volcó estrepitosamente al ponerse en pie y casi tropezó con sus patas cuando retrocedió sin pensar, sin poder apartar la vista del rey que seguía vomitando sangre, incrustándose las uñas en el cuello. Luchaba por hablarle a través de la asfixia, pero Sasha solo tenía ojos para sus dientes blancos teñidos de grana.

Un portazo lo sacó del trance y dio media vuelta con los brazos alzados en señal de inocencia.

Anna echó la llave.

—¿Anna?

—¡Vámonos! —masculló la pastelera, en un susurro que quería ser un grito—. ¡Corre! ¡No sé si Astrae puede oírle!

Dio un paso hacia ella, dejando las preguntas para más tarde, pero

en mitad del segundo frenó en seco porque no podían desaprovechar esa oportunidad. No cuando ignoraban si tendrían otra tan llana, tan increíble, como aquella.

El Eterno convulsionaba mientras intentaba levantarse, fauces mostradas como una alimaña y garras tan rojas como doradas habían sido las noches anteriores. La ponzoña le pintaba las venas de relieve y la piel de hipoxia, todo en su interior ahogándose, estallando, muriendo.

Sasha reconocía los síntomas.

Veneno de verdebeso. Tratado, mejorado, perfecto.

Nize sonrió cuando Sasha empuñó su cuchillo de carne y más aún cuando lo inmovilizó contra el asiento. Incluso anquilosado bajo el peso del caballero, sus manos encarnadas serpentearon hasta las suyas, una cerrándose en torno al guantelete de la que le aprisionaba la garganta y la otra alrededor del filo serrado. No parecía querer defenderse o detenerlo. Sasha hubiera preferido que forcejeara.

Alzó el cuchillo.

—Hazlo, Sha —alcanzó a gorgotear Verenize, y él ya no sabía si la voz salía de sus labios o de las pompas de sangre al reventar—: Libéranos.

Y eso era una orden. Y Sasha obedeció.

Pero mientras cargaba contra el cuello del Eterno su cuerpo entero se contrajo, chirriante, como si hasta el último de sus tendones se resistiera a darle muerte. Gruñó, traicionado por sus propios músculos, la punta del cuchillo ya encajada en piel y carne, abriendo una diminuta estrella roja bajo su nuez. Quería enterrarlo hasta el final, quería acabar con esa amenaza para siempre, quería… Verenize lo atrajo hacia sí, alentándole a hacerlo. Sí, quería matarlo. *Quería matarlo.* Anna dijo algo que no escuchó, sus cinco sentidos consagrados al rey agonizando entre sus manos.

Sasha apartó el cuchillo y Nize sonrió, triunfal, antes de morir.

No perdió más tiempo, retrocediendo mecánicamente con la esperanza de que Anna supiera cómo sacarlos de allí. Durante un instante, sus ropajes de sirvienta lo confundieron. Oro en cada vértice, velo sobre sus rasgos, y cuando señaló el ventanal todo estaba borroso, incluso los sonidos, incluso el tacto de su mano en la suya. «No. La caída nos mataría», se oyó decir, aunque no recordaba haber abierto la boca. Algo le oprimía el pecho y no era ni la muerte del rey ni un ataque de pánico. No. Era otra cosa. Anna le hablaba por encima del dolor pero no distinguía las palabras.

—¡… magia! ¡Sasha!

¿Había dicho eso? De pronto, comprendió que la presión en sus costillas no era sino la llamada desesperada del aire, pues los pitidos con los que llevaba martilleándole los oídos desde la primera catarata

de sangre azul no habían logrado hacerle mella. «¡Magia!», repitieron los labios de la pastelera. Ah, claro. Magia. Verenize estaba muerto: no podría robársela.

Abrió el Vínculo hasta casi desgarrarlo y el Mundo lo llenó con la fuerza de mil soles. El aullido del viento le estalló los tímpanos, las llamas de las candelas lamieron los techos. Ahora lo sentía todo. Todo. Dos regueros cálidos corriéndole cuello abajo, la frialdad de la luna en el rostro al abrir Anna el ventanal, cada úlcera bajo la armadura, la piedra del castillo y el olor a *silencio*.

La pastelera le dio un pequeño apretón en la mano para atraer su atención:

—¿Saltamos?

El río estaba abajo. El río en el que se había ahogado mil veces estaba abajo y Sasha no podía dejar de mirarlo.

—No te preocupes, el aire nos recogerá.

—¿Desde cuándo eres bruja?

Anna rio, amable.

—No lo soy, Sasha. Solo estoy siguiendo el plan. Anda, vámonos.

Ella subió de un brinco al alféizar y él la siguió. Solo entonces fue Sasha consciente de que había escapado, que estaba escapando, y se volvió para contemplar por última vez el cadáver de Nize. Sus ojos azules continuaban abiertos, persiguiéndolo aun en la muerte. Ojalá lo hubiese matado. Quizás así podría parar de huir. Cuando tomó a Anna entre sus brazos se dio cuenta de que todavía tenía el cuchillo fuertemente agarrado en un puño.

Ella se abrazó a su cuello.

—¿Listo?

No, pero saltó igual.

18
EN EL ACUÍFERO

Sasha solo había pasado una semana sin ver las estrellas, pero había echado de menos a todas y cada una de ellas. Las admiró desde aquel bote que navegaba tan quejumbroso como veloz hacia la primera línea de costa espiral frente a Venfica. Ni siquiera las potentes luminarias de la capital conseguían opacarlas. Allí estaban las cinco puntas del arpón de Orube, o las seis de la cornamenta de su horóscopo, pertenecientes al ciervo que había guiado a Eavera hasta su nuevo cuerpo. El cielo era lo único que no había cambiado en dos siglos.

—¿Estás bien? —susurró Anna, inquieta—. No comiste nada, ¿no?

—Sí a lo primero, no a lo segundo —respondió con una sonrisa leve, por fin despegando la vista del cielo.

Aún sentía el eco fantasma del viento contra el rostro al saltar desde el cenador real, la angustia al hundirse en el río, las manos amables de la pastelera al recordarle que debía pedirle al Mundo que los mantuviera a flote. El Vínculo sangraba como una herida abierta a cada metro que se alejaban del castillo y los elementos peleaban por su atención mientras remolcaban aquella medialuna en la que Sasha no recordaba haberse subido. Nize seguía muerto.

Al candor de una diminuta (y extrañamente solícita) llama, Anna lo examinaba en busca de heridas e infecciones, las piezas de su armadura ahora amontonadas bajo la bancada como pétalos plateados. Él se dejó hacer, más desorientado que débil, aunque dio un brinco cuando la pastelera empezó a esparcir algo espeso y frío sobre las llagas que asomaban entre los rasgones de su almilla.

—Me tomé la libertad de saquearles la despensa —rio Anna en voz baja pese a encontrarse solos en mitad de la nada—. La de potingues que tenían allí, Sasha. Preparados Pactados, hierbas, algas…

—Anna. ¿Cómo… cómo lo hiciste? ¿Cómo envenenaste la…?

Ella sonrió, pero sus heridas le importaban más que sus preguntas, así que permaneció callada hasta terminar con su torso, cuando Sasha le tendió la mano izquierda. Para el corte en su anular, tan fino como profundo, aplicó sobre la costra una diminuta canica de pomada que le arrancó un siseo. Escocía. Anna ni se inmutó.

—¿Recuerdas a la yaya de Oimpra, la que me compró el veneno de verdebeso? —Sasha asintió—. Me dijo que en la corte espiral andaban buscando una sejmekán.

—Oh.

—Moira regresó de madrugada y al amanecer yo ya estaba yendo al castillo —explicó, y durante un breve segundo sus manos temblaron sobre las suyas—. Como no hablo ni papa de vedés casi me largan de allí, pero «sejmekán» se dice igual en todas las lenguas, así que hicieron llamar al demonio y ella me metió directamente a las cocinas. Me dijo en agavle que sería evaluada después del Color, y que mientras tanto ayudara al resto. Pelar patatas, picar cebolla, lo típico. —Frunció los labios—. Remunerado, además. *Muy* remunerado.

Le dieron ganas de reír. Eso era… una negligencia de proporciones míticas, aunque ratificaba que los vedereses no estaban acostumbrados a recibir su propia medicina (la del engaño, la mentira justo bajo sus narices). Tampoco habrían esperado una ofensiva tan pronto, a las pocas horas de capturarlo, y menos aún venida de las cocinas. Había sido un plan arriesgado (un plan idiota, más bien), pero había funcionado.

—Astrae debería haber podido reconocerte —murmuró. Anna arqueó una ceja, interrogante—. Nize me… —carraspeó— Nize miró en mis recuerdos. Pensé que los habría compartido con ella.

—Pues no parece. —Se encogió de hombros mientras guardaba la pomada en un bolsillo de sus faldas de sirvienta—. Y cara a cara nunca coincidimos, porque me tenían prohibido abandonar las cocinas o la despensa donde dormía, así que…

No se lo podía creer. Es que no se podía creer la suerte que habían tenido. De que Verenize hubiera estado tan absorto en él como para no reparar en ella, de que la algarabía del Color los hubiera cegado…

—Al segundo día empezaron a encargarme platos sencillos, siempre a horas extrañas y siempre con prioridad absoluta —continuó, acunando de nuevo su mano en un gesto natural, distraído, quizá para comprobar que estaba ahí, que era real—. Otro de los pinches me chivó que las órdenes venían «de arriba» y me aconsejó «echarle ganas» por si el Eterno estuviera evaluándome a traición, así que, *obviamente,* lo que pensé en echarle fue veneno. —Ella puso los ojos en blanco; él sonrió—. Pero siguieron pidiéndomelos incluso con Verenize presente en pleno banquete, por lo que debían de ser para

otra persona… Para alguien al que los «de arriba» no querían en los convites pero sí bien alimentado.

Así que a eso le había sabido la comida. Al hogar. Musitó una plegaria, sobrecogido. Había sido real. La familiaridad de unas frambuesas repartidas de cierta manera, la textura característica de una receta propia, todo. No habían sido ni coincidencias ni reminiscencias; había sido Anna, desde el principio. Anna le había dado fuerzas aun sin saberlo y por Visné que nada volvería a saberle tan dulce como verla a salvo y sonriente y Sasha también sonrió porque muy muy pronto estarían todos juntos otra vez. Lejos de él. Movido por un impulso nacido del cansancio y del alivio, se inclinó para dejar un beso breve en esas manos que lo habían puesto en libertad.

—Has sido muy valiente, Anna.

—Siempre lo he sido —replicó ella, izando la barbilla en su particular mueca altanera—. Sobreviví a una travesía con cuarenta niños, Sasha.

Este rio por lo bajo.

—Cierto, cierto…

Anna podía bromear cuanto quisiera, pero acababa de convertirse en una de las pocas criaturas que habían logrado arrancarle una vida al rey. Verenize ya jamás olvidaría su existencia. Ni su rostro.

El litoral marcaba una franja divisoria entre la noche estrellada y su reflejo oceánico, más y más ancha según avanzaban. Pese a la victoria, los días de encierro le pesaban en la lengua, en los huesos, incapaz siquiera de articular las preguntas agolpadas en su pecho. Suspiró. En fin. El silencio tampoco estaba mal. Sin embargo, Anna pareció leer que necesitaba rellenar los huecos, y así lo hizo:

—Hoy por la mañana me han pedido preparar un festín. Tres servicios, tres ayudantes y total disposición para gastar o solicitar cualquier ingrediente. La única condición era que debía usar mis propias recetas, las de casa. Nada de platos vedereses, nada de lo que hubiera visto cocinar durante el Color. ¿Número de comensales? Dos. —Y chasqueó la lengua, presumida como ella sola—. Blanco y en botella. Contaba con que me tocaría arrastrar tu cadáver por medio castillo, eso sí, aunque también con que resucitarías antes de que nos pillaran… —Su fachada flaqueó medio segundo—. Bueno, en realidad no pensé mucho el plan, pero confiaba en que todo saliese bien, ¡y mira!

«¡Y mira!», decía la loca. Le costó sudor y sangre no soltarle el sermón ahí mismo, rumiando en cambio cómo agradecerle haber arriesgado su vida por él sin sonar escandalizado. No llegó ni a abrir la boca. Con un suspiro, Sasha comenzó a cerrar el Vínculo, los elementos rezongando a su alrededor al reconocer los primeros

síntomas de la despedida. Al otro lado, el corazón de Nize bombeaba de nuevo, cada latido una onda en el mar entre sus dos orillas, un escalofrío efervescente, anhelante. Pero no tenía otra opción; a esa distancia aún podía localizarlo. Cuando la magia quedó sellada bajo sus dedos, el corte de su anular cedió a la presión y se abrió, sacándole un siseo a él y un grito ahogado a ella.

Debía encontrar el modo de abrir el Vínculo sin que Verenize advirtiera ni la más mínima rendija. Era urgente.

Antes de perder contacto, el agua dio un último empujón al bote, pero no alcanzó a cubrir el resto del camino. Sasha tanteó las sombras para hacerse con los remos; Anna le chistó como a un chucho para quitárselos. Decidió no protestar, sobre todo cuando se volvió hacia la costa, donde ahora una nueva canica flamígera les hacía de faro. Se le aceleró el corazón.

En cuanto la medialuna tocó tierra Moira atrapó ágilmente la proa para evitar que la resaca los arrastrara de vuelta al mar. Él se apeó enseguida, restándole peso, y juntos la arrastraron playa adentro. Luego se miraron, el semblante de la arquera pétreo y broncíneo bajo el titilar de la llama. Estaba rígida, y muy callada, y Sasha no entendía qué est…

—Te dejé allí —dijo al fin, con voz ronca.

Así que era eso. El caballero negó con la cabeza, sabiendo exactamente cómo se sentía. La culpa, la carcoma, la impotencia. Se las conocía bien, porque él también había abandonado a alguien una vez. Una vez que había durado dos siglos y no siete días.

—Y allí debería seguir —replicó, firme—. Lo que habéis hecho es una locura y…

Anna lo interrumpió con un larguísimo suspiro de hastío y bajó del bote de un salto para envolver a su amiga en un abrazo enorme. Sin embargo, fue el hecho de que Moira se lo devolviera sin dudar lo que le cerró la boca. La pastelera no la soltó del todo al separarse, cuando lo encaró:

—Pero ha salido bien, así que ahórrate la bronca, Sasha. Nos la sabemos.

Una vez más, lo dejó pasar. Tenía razón. Como siempre. De modo que asintió, con ese mismo gesto aceptando también la disculpa que ni Moira pondría jamás en palabras ni él necesitaba oír. Aunque, por si acaso, se acercó para darle un pequeño apretón en el brazo. Esta inclinó la cabeza por toda respuesta.

—¿Y los demás? ¿Todo bien?

No se esperaba aquel intercambio de miradas. No se lo esperaba para nada, y menos aún que rehuyeran la suya después. Notó bilis en la garganta.

—¿Qué ha pasado?

Era una cueva y no era una cueva.

Sasha había fruncido el ceño al divisar la grieta en la loma, donde habían encajado una manta para taponar la luz del interior. Al parecer, la tierra había tenido el detalle de abrirse para ellos, horadando en su estómago una cúpula que a Sasha no le daba mucha confianza. De sus paredes porosas llovían finas cascadas de polvo ante el más mínimo movimiento, y del techo pendían las raíces de los árboles costeros que empleaban como leña. Sin rendija de escape, humo y lumbre caldeaban el ambiente, convirtiendo aquel reloj de arena en una sauna accidental. El olor del pescado braseado ocupaba más espacio incluso que los propios peces puestos al fuego, gordos como faisanes.

Por supuesto, nada más verlo Hator se le había lanzado encima con su típica falta de consideración por las heridas ajenas, pero él se había tragado el gemido de dolor para estrecharla entre sus brazos. «Estoy bien, estoy bien», susurró al oírla sollozar contra su pecho. Calló cuando por fin reparó en Rako.

Silencio.

Bajó los brazos, sin saber en qué momento Hator se había refugiado en los de Anna. No quería que lo miraran como lo estaban mirando, pero que miraran a Rako era peor todavía, porque ninguna lograba disimular el desaliento, la desesperanza. La pena.

Según Anna, llevaba así desde la misma inauguración del Color. Según Moira, habían decidido sacarlo de Venfica mientras la pastelera interpretaba su papel, por si acaso era la cercanía del castillo lo que trastocaba su mente. Según Hator, los elementos no se ponían de acuerdo sobre si un vacío tan largo suponía una mala señal o simplemente una mala racha. Sasha no intervino, no hizo preguntas, ojos fijos en el cuerpo inerte de Rako. Cuanto más escuchaba, más se tensaba, invadido por el miedo irracional de que aquel exhaustivo parte concluiría con alguna de ellas acercándose al daena para cubrirle el rostro con la manta tal y como se hacía con los cadáveres.

No pasó, claro. De hecho, ninguna se movió mientras Sasha se sentaba a su lado y le tomaba el pulso. Estable. También su respiración, de largas pausas entre aspiración y espiración, seguía el compás característico de sus ausencias. Ausencias que nunca habían durado más de unas horas.

Esta ya superaba la semana.

—¿No se ha despertado ni una vez?

Ellas negaron con la cabeza. Hator se retorcía los dedos en un tic extrañamente culpable.

—¿Ha… Habéis conseguido que coma o trague algo?

—Solo líquidos —respondió Moira, acomodándose al otro extremo de la cueva (lo cual no era muy lejos)—, y solo con ayuda del Mundo.

—Una vez casi lo ahogamos —confesó Hator, sin mirarlo a los ojos. Ah, de ahí el tic. Sasha se estiró para darle un apretoncito en el gemelo, esperando transmitirle el mismo aplomo que le gustaría poseer.

—Seguro que despierta pronto. —Y, con una sonrisa que tampoco sentía, añadió—: Rako no se perdería un buen cotilleo sobre Verenize ni borracho.

Tardó en darse cuenta de que ese comentario no hizo sino echarle más leña al fuego, absorto como estaba en las líneas de los pómulos del daena, obscenamente visibles por la pérdida de peso. No aguantaría mucho más a base de agua. Debía despertarse ya. *Ya.* «Despierta», estuvo tentado de ordenarle, como si Rako le hubiera obedecido alguna vez. Apretó los dientes a tiempo.

—Sasha —llamó entonces Moira—, ¿estás bien?

Se volvió hacia ella, desconcertado. La pregunta había sido suave, amable, pero ocultaba cierto tono debajo que se reflejaba en la forma en la que las tres mujeres lo miraban. Con preocupación, sí, pero también con algo más. No era una pregunta normal y no sabía por qué. ¿Culpabilidad? Esperaba que no, pues ninguna de ellas tenía la culpa de que Verenize hubiera conseguido atraparlo; ni siquiera Moira. Todo lo contrario, de hecho: sin ellas jamás habría escapado.

Se estremeció al imaginarse una eternidad allí, manos atadas, armadura opresiva y el ir y venir de la pesadilla dorada.

—Ahora sí —contestó, sincero.

Moira frunció los labios.

—¿Te ha hecho algo? Verenize.

—Lo que ha podido.

No le dio tiempo a enseñarles el corte del anular antes de que sus rostros cambiaran. La boca de Anna se abrió con un horror pálido, mudo, pero de la de Hator salió un sonido estrangulado que Sasha solo le había oído a los perros apaleados. Moira enseñaba los dientes, lívida, y por primera vez parecía dispuesta a usarlos, a destrozarlo a dentelladas hasta reducirlo a una masa palpitante.

La incomprensión apenas duró un instante, el blanco de los nudillos de Hator susurrándole que había respondido a una pregunta completamente diferente. Moira no se refería al rojo en su palma ni al púrpura en su mandíbula, no. Moira se refería a la posible (horripilante) relación entre lo que el rey sentía por él y las marcas de cadenas en sus muñecas. Entre la imposibilidad de defenderse y los siete días en los que la había sufrido. En el dormitorio de Verenize. Con Verenize.

—No —logró articular, la palabra casi una arcada—. No. Nada

de… Nize jamás me haría nada en ese sentido, no es…

Nunca había sentido tal asco como en ese momento. Nunca. Le aguijoneaba las yemas de los dedos y le vaciaba los pulmones. Le arrancaba la sangre del rostro y le encogía el estómago. Tenía ganas de vomitar. Ni siquiera se le había ocurrido que Nize pudiese hacerle algo así. *Y no lo ha hecho*, se recordó. *No lo ha hecho*.

—Bueno —escupió Moira, rígida y aliviada a la vez—, sigue siendo un asesino, pero al menos sabemos que no es un violador.

Anna estaba agotada, así que no quiso meter mano a los peces tostándose al fuego, pero sí se animó a dirigir a Moira, quien siguió sus instrucciones sin rechistar, ambas disfrutando de dejarle lo complicado a la otra. Mientras, Sasha aprendía de Hator los cuidados rutinarios del daena real. Cómo abrirle la boca para limpiar el exceso de saliva, cada cuánto cambiarlo de postura para prevenir las mismas úlceras que le adolecían a él, en qué ángulo exacto colocarle la cabeza para evitar atragantamientos. Su almohada, una simple manta enrollada, estaba empapada de saliva. Eso era buena señal. Significaba que no estaba deshidratado. *Insostenible*, pensó (pensaron, supuso). No solo el cuerpo de Rako, sino la situación: ni podían aventurarse a buscar ayuda médica en terreno enemigo ni podían quedarse allí escondidos esperando un milagro. Porque, tarde o temprano, los encontrarían. Tarde o temprano tendrían que ponerse en marcha. Y abandonar a Rako no era una opción.

Que Rako muriese tampoco era una opción, pero Sasha no quería pensar en eso aquella noche. Primero quería descansar (dormir, con suerte). Junto a él, estuviera o no despierto.

—¿Crees que…? —comenzó Hator, pero quizá vio algo en su rostro, porque calló.

Justo después Moira los llamó a cenar y repartieron medio pescado para cada uno, la carne blanca y blanda tan típica de las especies espirales. Sasha comió mayormente en silencio gracias a Anna y sus aventuras en el castillo, como siempre narradas con una miríada de detalles que solo le interesaban a ella pero que las brujas absorbían de buena gana: las costumbres vederesas, las joyas que vestían o las especias que empleaban. Aquel noble de Servea que la confundió con una *desta* cortegueña y su cara al contestarle que no, que ella era simplemente la guisandera. La primera vez que había visto al Eterno, a través del cortinaje de abalorios del salón de festivos; y lo raro que se le había hecho tener tan cerca a ese hombre que solo conocía de sueños. La última vez que lo había visto, pálido y sanguinolento, momentos antes de que Sasha la tomara en brazos y saltara al vacío.

Cuando a la pastelera se le agotaron las anécdotas, por desgracia, llegó su turno. Aunque, como ninguna le pediría compartir sus batallitas, se limitó a informar de lo justo y necesario, es decir, que Verenize había intentado extirparle la magia, que no lo había conseguido y que el rescate había llegado en mitad de una negociación. Moira le preguntó qué le había ofrecido el rey; Sasha se encogió de hombros. Ni idea. Y es que, sabiéndole Nize dispuesto incluso a dejarse trocear antes que devolvérsela, ¿qué habría pensado darle a cambio? ¿Qué habría considerado que el caballero pondría por encima de su propio cuerpo, libertad, dolor…?

Ni se acordaba del sello de Chandra hasta que Anna lo mencionó.

—Hay algo… —carraspeó, removiéndose en el sitio— que tengo que contaros. Quería ver primero si Sasha sabía algo…, pero veo que no, así que…

Su voz fue perdiendo fuelle con cada palabra hasta tornarse un murmullo agobiado al final.

—¿El qué? —la alentó Moira, tras intercambiar miradas con Hator.

Pero Moira era Moira, así que, en lugar de afable, sonó insistente. Funcionó, igualmente:

—Vale. Pues…, la noche del carrito, la única que me dejaron salir de las cocinas, ¿cuando lo del *desta* de Córtega…? —Ellos asintieron —. Pues eso, que al volver esa madrugada a las cocinas con mi carrito de sobras me los crucé. Al rey y al demonio, digo. —Volvieron a asentir, esta vez más tensos—. Me paré y me acuclillé detrás del carrito como para recolocar los platos de abajo, porque venían hablando y quería cotillear si decían algo de Sasha… Ya, ya sé que fui tonta, sobre todo porque con mi vedés reconocería su nombre y poco más… —Anna sacudió la cabeza, consciente de que se estaba yendo por las ramas—. El caso es que los entendí.

Sasha frunció el ceño, descolocado, y volvió la vista hacia las brujas, por si acaso su reacción le daba alguna pista. Nada. Parecían igual de perdidas que él.

—¿Hablaban en tu lengua, entonces? —preguntó Moira—. Espera, ¿en cuál? ¿En la mezcla esa atroz de sagrario y agavle que os gastáis en los pueblos libres? —«¡Oye!», protestó Anna, pero la otra ni se inmutó, absorta en sus cavilaciones—. Bueno, es lógico que usen otro idioma diferente para hablar de temas sens…

—¡No! —la cortó la pastelera, gesticulando a toda prisa—. ¡No es…! ¡No era el mío! ¡Era el *nuestro*! ¡El de la profecía!

Y, de súbito, el revuelo. Los tres brujos se lanzaron a discutir al mismo tiempo, distintos grados de «Imposible» y «¿Estás segura?» en bucle mientras Anna asentía y asentía, pálida. Sasha también palideció, petrificado en mitad de otra pregunta. Porque se dio cuenta de que lo habían asumido. Habían asumido que el lenguaje de la

profecía los protegía de quienes querían impedirla, pero el Mundo nunca se lo había confirmado, ni demostrado, ni nada.

—Claro —se le escapó, apenas un susurro.

Seis ojos mirándolo.

—Claro, ¿qué? —espetó Moira—. No hay nada claro aquí.

Abrió la boca para explicarse, la cerró. Chasqueó la lengua. Las palabras, como siempre, se le escapaban. Pero es que tenía sentido. Tal y como lo veía, tenía sentido. No. No era *solo* que tuviera sentido: es que era cierto.

—¿Estás segura? —repitió.

Por milésima vez, Anna asintió, recolocándose nerviosamente un mechón suelto tras la oreja. Sasha se fijó en aquello mientras ordenaba sus pensamientos.

—El lenguaje de la profecía es…, eso, un lenguaje común para los miembros que componen la profecía. Para todos. —Pudo ver, casi al ralentí, cómo Moira alzaba las cejas. Muchísimo—. No solamente para quienes la llevarán a cabo. Eso incluye a Verenize, pues es la razón misma de su existencia. También a Astrae. Ambos son tan parte de la profecía como nosotros.

Silencio. Entendieron a la primera, Hator varada en una queja muda, Anna frunciendo los labios, Moira entornando los ojos hacia la fogata. Las llamas se retorcieron fugazmente bajo su mirada, así rociadas con alcohol, y Sasha supo que la arquera exigía respuestas. Exigía saber si el Mundo había decidido callar mientras ellos tomaban aquel lenguaje como prueba irrefutable de que cada uno de sus hablantes contribuiría al cumplimiento de la profecía. Que cada uno de ellos, por insólitos o débiles o sospechosos que resultaran, era indispensable para matar al rey.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué habéis dejado que creyésemos…? —empezó a farfullar Hator, contestando a algo que ni Sasha ni Anna habían podido escuchar—. ¿Por qué tanto secretismo? ¿Qué dice exactamente la profecía?

El fuego volvió a flamear. Una advertencia, un recordatorio. Sasha sabía que no soltaría prenda. La notaba, la inseguridad. Germinando en el centro de sus entrañas, pesada y espesa, teñida de recelo y de rencor. No quería desconfiar del Mundo. Y no quería hacerlo, pero entonces la voz de Rako le vino clara a la mente. «Es una trampa», había dicho. Y «si el Mundo se niega a darnos los versos es porque no nos van a gustar». Fue a hacerse eco de sus palabras, ya que él no podía, pero se detuvo cuando reparó en Anna, en cómo parecía no encontrar hueco por el que volver a hablar. Eso intensificó su recelo (congoja).

—Hay algo más, ¿no?

Ella lo miró. Moira gruñó. Hator solo bajó los hombros, derrotada.

—Todavía no os he contado lo que oí.

¿Es que podía empeorar?

Por supuesto que sí.

—Estaban hablando de Chandra —dijo, y bajó la vista hacia las manos de Sasha. Este la imitó, encontrándose con el sello de caballero en su meñique. Encajaba tan perfecto que ni siquiera había sido consciente de que seguía ahí. Incómodo, se lo sacó para guardárselo en el bolsillo. No le parecía correcto vestir una insignia que no se había ganado. Una que no debería significar nada para él—. Verenize parecía alterado y no paraba de repetir que Chandra no lo traicionaría. Me dio pena que la hubieran descubierto tan pronto, pero entonces dijo que… que después de todo lo que había hecho por él… que por qué fingir que nos ayudaba a colarnos en palacio si luego iba a darle el anillo a Sasha y arruinar absolutamente todo.

Al principio, no lo entendió. Fue solo cuando Moira se envaró, el rastro de la traición endureciendo sus rasgos, que la verdad cuajó. A él se le escapó un suspiro largo, triste; a Hator un balbuceo que nadie consiguió descifrar pero al que Anna contestó igual:

—Sí. Todo lo que Chandra nos contó era mentira, estaba planeado de antemano. El rey sabía que íbamos al castillo. *Quería* que fuésemos.

El recuerdo de Verenize entrando como un maremoto en sus antiguos aposentos, arrancándole violentamente el guantelete y contemplando el anillo como si fuera una maldición. ¿Habría habido allí una doble traición? ¿Habría traicionado Chandra a su rey, al final, proporcionándole al caballero el único artefacto capaz de burlar toda seguridad intramuros? ¿O había sido un descuido? ¿Un malentendido, quizá…? No, eso no tendría sentido. Nada lo tenía, en realidad.

—A Nize le descolocó que yo tuviera el anillo, es cierto —corroboró—. Si hurgó en mis recuerdos y todo para averiguar cómo me había llegado… —Siseó entre dientes—. Ah, mierda. Se… me había pasado contaros lo del memorial a vosotras dos. Ahora sabe quién y cómo sois. Lo siento.

No quiso ver el reproche en sus ojos, así que se volvió hacia Rako, quien continuaba inconsciente, respirando como ninguna otra criatura viva lo hacía. Contuvo el impulso de acariciarle el pelo, de suplicarle que regresara a su lado. Aunque, siendo sinceros, prefería retrasar lo máximo posible el momento de decirle que su querida Chandra había resultado una doble traidora. A ellos, a Verenize.

—No pasa nada, era inevitable —lo tranquilizó Moira, con voz extrañamente suave. Esta vez *sí* había sonado afable, y él la miró, suspicaz—. De hecho… Sasha, lo del anillo… —Ella desvió la vista hacia Hator, como buscando apoyo. *Apoyo.* Le puso el vello de punta—. Esto de Anna confirma lo que nosotras llevamos pensando unos días. No te va a gustar, pero tienes que escucharlo.

Ni siquiera le gustaba *antes* de escucharlo.

—¿El qué…?

—Para empezar, que Chandra está muerta.

No le gustó, no, pero tampoco le sorprendió. A fin de cuentas, Verenize no era muy amigo del perdón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó aun así.

—Porque me lo dijo la voz —contestó Hator, sosteniéndole la mirada—, la v… El otro elemento, el que creemos la Manera. Si Verenize la ha matado es porque realmente piensa que lo ha traicionado.

—¿Y…?

—Y eso nos lleva a Rako.

—¿A Rako? —chirrió Sasha, a cada segundo más y más frustrado. Qué larga se le estaba haciendo esa noche, esa conversación. Casi prefería seguir sentado junto a Nize—. No entiendo. No entiendo qué tiene que ver Rako aquí.

Fue Anna quien respondió en esa ocasión, y él la encaró, esperanzado, pues aunque ella era siempre la primera en arramplar contra Rako, también era la primera en reconocer cuándo una sospecha carecía de sentido. Pero, lamentablemente, sus ojos le pidieron disculpas antes incluso de empezar a hablar.

—Chandra era su amiga. Solo confiamos en ella porque Rako lo hacía. Y ella sabía exactamente dónde encontrarnos y qué plan teníamos porque Verenize lo sabía. —Calló un instante, pensativa—. Lo único que el rey desconocía era que Chandra te había dado su sello, Sasha.

Las demás asintieron. Él no, aunque entendía el razonamiento. Y por eso se preparó para replicar, para argumentar que no existían pruebas concluyentes. Para explicar que su amistad con Chandra no le hacía partícipe de su traición. Sin embargo, Moira se le adelantó:

—¿Recuerdas dónde estábamos cuando te lo di?

Sasha bufó. Claro que se acordaba. En la cubierta del barco, cenando. Se lo había echado al bolsillo con la misma incomodidad culpable que hacía unos minutos, y poco después había abierto el Vínculo solo para encontrarse con Nize muriendo al otro lado. Cuadró los hombros al notar el comienzo de un escalofrío, pero se quedó muy quieto, esperando, esperando.

—¿Y dónde estaba Rako?

Oh. Ahora sí, el escalofrío bajó, y él arqueó la espalda, asqueado. Por dentro un vacío, un vértigo, un horror. Chirrió los dientes.

—No estaba.

Porque estaba en su camarote, en uno de sus vacíos. Justo como en ese preciso momento.

Se giraron a mirarlo.

Sasha no quería ni oír hablar del tema, pero con cuatro personas encerradas en una cueva del tamaño de un salón resultaba imposible. Hacían un alto cada vez que alguna de las brujas debía pedirle al agua que se deslizase por la garganta de Rako, y cuando Anna se concentraba en prepararle nuevos brebajes con lo comprado en Venfica (o birlado del castillo). Pero siempre volvía.

El consenso general era que Verenize estaba usando a su daena como espía involuntario, lo que explicaba por qué la Resistencia había logrado «rescatarlo» a pesar de los múltiples intentos fallidos previos. También explicaba todo lo demás, pero no el estupor del rey al ver el rostro de Hator en los recuerdos de su caballero. Pues, si realmente recibiera información interna del grupo, aquello no debería de haberle tomado por sorpresa, ¿no? Sin contar con que Nize *jamás* habría permitido que Rako lo tocara. Este último punto lo dijo en voz alta y con la lengua de trapo, y ellas tuvieron que darle la razón.

Así que ¿había fingido Nize la noche del memorial… o les espiaba de algún otro modo?

Ninguno quería darle muchas vueltas a esa pregunta.

La luz del mediodía conseguía filtrarse por entre los pliegues de la manta encajada en la grieta de entrada, trazando una estría dorada que encendía las motas de polvo y arena suspendidas en el aire. Bajo su halo, Anna comentaba que la última infusión había devuelto algo de color al daena, pero él lo achacaba a un simple efecto lumínico. Total, su cuerpo permanecía rígido, sin siquiera movimiento alguno tras los párpados o variación en el subir y bajar de su pecho. Sasha le había echado tanto de menos como al oxígeno al ahogarse y ahora ni siquiera podía decírselo.

—¿No vamos a hablar de la Anunciación?

Aquel era el otro tema peliagudo.

Hator tenía ojeras, cosa no muy común en ella; y Moira el pelo enredado, tampoco nada común. El caballero empezaba a sospechar que el confinamiento les sentaba mal, el Vínculo fusionándolas en una única criatura agitada. Anna esperó respuesta durante uno, dos minutos, pero nunca llegó. Y es que ninguno sabía cómo abordar eso más que utilizando los velos de Rako hasta agenciarse unos propios.

Se refería a la recompensa, claro. A Sasha le revolvía la energía que el rey irradiaba esas dos últimas Anunciaciones, cuando normalmente aparecía repantingado en el trono, laxo y sonriente. Le angustiaba verlo ataviado con el rojo del luto, sus fauces escondidas tras los sedosos flecos de un velo que parecía sangrar y sus ojos entornados en un azul tan oscuro que al caballero le recordaba a asfixiarse en el río. Gesticulaba con músculos tensos y nudillos pálidos

mientras condenaba al Séquito por el asesinato de Chandra de Corte, y cada siseo sonaba a herida abierta, palpitante, carne cruda. Verenize • de Veda era un corazón con forma humana y lo habían apuñalado, se desangraba de rabia sin su capitana, muerta a manos del Traidor. Y, para el reino, que latía a su compás, esa era la Verdad. (Sería demasiado vergonzoso admitir que su antiguo caballero se le había escapado con ayuda de una simple pastelera). Aunque lo que más odiaba Sasha de las nuevas Anunciaciones no era la mentira, sino sus recuerdos. Los recuerdos que el rey le había robado y de los que ahora compartía fragmentos, recortes, mostrando los rostros de los miembros del Séquito del Traidor.

«Traédmelos», decía. «Y hasta el más ambicioso de vuestros deseos os será concedido por mi Muerte. Yo invito».

—Vale —refunfuñó Anna—. Como queráis.

Con un suspiro, Sasha se puso en pie y aguantó el peso de sus miradas hasta escurrirse por la segunda y última grieta del refugio, esa que serpenteaba loma adentro hasta abrirse a un acuífero aún más pequeño que la propia gruta de acceso. Al contrario que la cueva, aquello era todo piedra, escarpada en lo alto y resbaladiza en los lugares donde el arroyo subterráneo había exfoliado la roca en su peregrinaje hacia el mar. El sol asomaba por un solitario orificio entre estalactitas, un regalo del Mundo que suponía su única fuente de luz natural y oxígeno. Por fortuna, su haz se derramaba sobre el río, traicionando su escasa profundidad, pero al caballero de poco le servía distinguir el fondo. El día anterior se había quedado mirando la corriente durante varios minutos, convenciéndose de que no, no iba a ahogarse en menos de un metro de agua. Pero algunas muertes eran muy difíciles de olvidar.

Dejó su ropa bien dobladita a la entrada, más como recordatorio que como advertencia, pues sabía que ninguna de las tres mujeres lo seguiría. Primero porque respetaban su intimidad y segundo porque aquella salita trasera se había convertido en una suerte de fuga común, el único lugar donde poder escapar del ambiente opresivo de la cueva principal, de reunir un poquito de soledad, de calma.

Sasha la consiguió durante cinco minutos.

Luego Hator apareció, la vista fija en el suelo y saludando muy bajito antes de llamar a una puerta invisible con los nudillos.

—¿Podemos hablar un momento? Puedo quedarme aquí mirando para abajo, o ponerme de espaldas. Como prefieras.

—No, pasa —carraspeó—. Cabemos los dos.

—¿Seguro?

—Claro.

Aún sin mirarlo, Hator pasó al acuífero y se desnudó entera, dejando la ropa hecha un gurruño sobre la suya. Luego se zambulló

estrepitosamente, directa a sentarse en un socavón con el que ya parecía familiarizada, donde se abrazó las rodillas. A ella el agua le cubría los hombros, pero a él solo hasta el costado, así que agradeció la semipenumbra reinante. Aunque, en realidad, la punzada de ansiedad al exponerse tanto ante otra persona nunca llegó. Respiró hondo, aliviado. Era una buena señal.

—¿Qué pasa?

Ella le hizo un gesto para que esperase un momento y él asintió, mirándola distraídamente sumergir la cabeza para después apartarse todo mechón chorreante de la cara. Entre la tenue luz dorada, el cabello rubio empapado y los ojos cerrados, se parecía más a Sera que nunca.

—De eso te quería hablar —suspiró Hator, con un deje de fastidio.

—¿De qué?

—De mi cara. De cómo me miras a veces y de cómo lo hace Rako y ahora, además, también el puñetero rey espiral. —Lo miró directamente a los ojos, muy recta, eligiendo con cuidado cada palabra pero entonándolas con brío—: Escucha, ya sé que no soy la persona más inteligente del mundo, pero de tonta no tengo un pelo. ¿Qué me veis?

Sasha tardó en responder. Primero, solo preguntó:

—¿No lo has hablado con Moira?

Mala idea.

—¿Con Moira? ¿Es que ella lo sabe?

Esa vez, optó por callar, aunque también pareció ser la decisión incorrecta, porque en la forma en la que Hator entrecerró los ojos leyó el alud recriminatorio que le estaría enviando a la otra bruja a través del Vínculo. Sasha frunció los labios, sin saber qué decir. Estaba acostumbrado a la Hator tranquila, flexible, la que sonreía y reía, no la que reclamaba información con mueca grave y resuelta. Se había guardado la conexión entre princesa y Elegida para no complicarle más las cosas al grupo, a la propia Elegida, pero ahora que Verenize la había visto no tenía sentido seguir manteniendo el secreto. Una vocecilla molesta le dijo que nunca había tenido sentido.

—Vemos a Sera ⁝⁝ de Veda, legítima reina de la Espiral —comenzó, sin rodeos—. Sigue siendo la razón principal por la que Verenize dice hacer todo lo que hace. Conquista por y para ella, esperando el día en que se reencarne para cederle el trono que le pertenece por derecho.

Hator asintió, pétrea.

—¿Tanto me parezco?

Ya no dudó:

—Eres prácticamente idéntica. No logro encontrar diferencias entre tu rostro y mis recuerdos del suyo, tampoco en tu manera de moverte, hablar o luchar. Te pareces más a ella de lo que Rako y Nize

se parecen entre sí, y ellos son contemporáneos, no…

—No nacidos con doscientos años de distancia, sí —le cortó Hator, cerrando lentamente los ojos.

Sasha la observó respirar hondo mientras digería la información.

—Rako y yo descartamos que fueras su reencarnación porque el color de vuestros ojos no coincide —añadió un poquito después, cuando la consideró lista para continuar—. Sera los tenía azules, como todos los reyes vedereses. Además, ya deberías haber empezado a recordar tu vida anterior, y, que yo sepa…

Ella negó con la cabeza y reabrió los ojos, en ellos una mezcla de aplomo y pánico tan extraña que Sasha no supo reaccionar. Menos aún cuando preguntó, sin titubeos:

—Pero *¿soy* Sera?

Silencio. Él frunció el ceño, perdido; ella insistió:

—¿La tengo dentro, latente, y algún día me echará de mí? Porque eso fue lo que pasó con la reencarnación de Eavera. El cuerpo no… El humano no…

—Sera no es una diosa, Hator —la tranquilizó Sasha—. Por muy azul que sea su sangre, el ciclo de purificación es el mismo para todos; reyes y labriegos, kleos y reos, invocadores y brujos. Si no ha pasado al Otro Cielo, renacerá, y lo hará siendo exactamente igual por dentro y por fuera. Tú ya no cumples uno de los requisitos. Y, además…

—Pero…

—Y además —repitió, firme, y ella enmudeció al instante—. Sera jamás haría eso. Sera preferiría no reencarnarse nunca más a robarle la vida a otra persona.

Todavía no parecía convencida, mordisqueándose el labio con la misma saña inconsciente con la que se estrechaba las rodillas contra el pecho.

—¿Aunque eso supusiera dejarle reinar para siempre?

Sasha sonrió.

—Sí. Porque sabe que para destronarlo ya estamos nosotros dos.

Por fin, Hator le devolvió la sonrisa. Una pequeñita, de esas que solo esbozaba al agotarse (una rareza, por tanto); radicalmente ajena a las de Sera. Quiso decírselo, quiso decirle que tenía más características propias que el marrón de sus iris, pero ella habló primero, casi en un murmullo:

—Habría sido muy buena reina, ¿verdad?

Sasha cerró los ojos. La recordó dorada y fiera, riéndose a carcajadas histéricas en la sala de curas por la forma tan tonta en la que se había partido el brazo. Él tenía once años y auguraba la peor de las sentencias (¡Mira que embestir así a la mismísima princesa heredera en un simple entrenamiento!), pero el rey Aurel solo puso los ojos en blanco mientras le aseguraba que Sera se habría roto algo con

o sin su ayuda.

—La mejor —respondió finalmente, con otra sonrisa. No era alegre, pero tampoco triste. Ya no.

Permanecieron en silencio durante un rato, Hator chapoteando y él disfrutando de la quietud. Luego, muy poco a poco, volvieron a hablar. No de Sera, ni de Rako, ni de la profecía, no. Hablaron de espadas y de caballos, y de granjas y de campos, y de la cocina de Anna, y de todo aquello que extrañaban de su tierra pero que nunca habían dicho a viva voz. Hator le habló de la potrilla que había perdido en un incendio de verano y Sasha de la cabra que solía colar la cabeza por una ventana de la casucha de sus padres. Ella de lo mucho que le había impresionado el mar y él de su dios preferido. Ella confesó tener poca idea de la religión de los seis ojos y él le contó un par de mitos, los que pensó que le gustarían. Le gustaron.

Cuando decidieron salir del agua tenían las yemas arrugadas y hubieron de vestirse casi a tientas, el anochecer ya inundando el acuífero. Sasha no recordaba haber hablado tan de seguido con Hator en todos esos meses viajando juntos, y solo entonces fue consciente de que nunca se había molestado en conocerla. Que era él quien había mordido el anzuelo del Mundo, él quien había visto en ella a Sera y asumido que el resto sería igual. Ni siquiera Rako, con su percepción de la realidad distorsionada; ni siquiera *Nize,* para quien había sido diseñada, habían caído en la trampa. Se sintió culpable por no haberse dado cuenta antes, pero también feliz, porque ahora lo sabía.

Hator le dio un empujoncito para que se metiera de una vez en la grieta y Sasha sonrió al obedecer.

El despertar de Rako lo pilló pensando en Nize.

Era un pasatiempo espantoso, porque consistía en repasar cada mínimo detalle de su vida desde el preciso momento en que se conocieron, preguntándose si habría podido hacer más, o menos, o si debería haberse relacionado de otra manera con él, más como ner Aren con Sera. La vergüenza aparecía a partir de la noche en que sus padres le habían hecho ver que la presión de su pecho no era (solo) culpabilidad, sino algo mucho peor. La arrastraba desde entonces, ineludible aun en la muerte. Moría y revivía avergonzado, reconcomido por la incomprensión de sentir algo así hacia alguien a quien apenas podía considerar ya humano, más demonio que persona y más monstruo que demonio. Nunca localizaba cuándo había empezado. O quizá siempre había estado ahí, en la patada al guardia que lo había catapultado a la corte, en las escarificaciones de su pómulo.

Pero peor aún que darse cuenta de que estaba enamorado de Nize fue darse cuenta de que *todo el mundo lo sabía.* Lo había notado en la Resistencia, en la clase de preguntas que le hacían, y en cómo le trataba ahora Moira, ahora que Sasha le había demostrado que podía resistirse al rey. (No la juzgaba. Él mismo tampoco lo había tenido claro). Y la noche anterior Anna le había preguntado si aquella era la primera vez que veía morir a Verenize, y que si estaba bien. Sí, era la primera vez que le veía morir. Sí, estaba bien. Simplemente no entendía cómo podían seguir allí. Los sentimientos.

Su madre lo había llamado «destino». Sasha lo llamaba «esperanza inútil». Porque el Nize del que estaba enamorado no era el mismo Nize que ahora ocupaba su cuerpo, y le dolía saber que él también… Que si nada de aquello hubiera pasado, quizá podrían haber…

Pero. Rako.

Al principio había creído que solo le gustaba Rako porque se parecía a Nize. De todos sus pensamientos intrusivos, aquel era el más ruin, pues tenía mucha parte de verdad. Le había hecho sentirse sucio, le había mantenido noches y noches en vela. Luego se había forzado a reflexionar, desoyendo la voz de su autodesprecio hasta encontrar la suya propia, hasta escuchar lo que ya sabía: que Rako le gustaba precisamente porque no le hacía sentir que ser Sasha de Corte fuera un pecado. Porque le había hecho ver que nada tenía de malo querer seguir siendo caballero, que nada había de rastrero en hablar de honor o lealtad. Que daba igual cuántos vieran en él al Traidor mientras Rako viera al hombre que había debajo. Al hombre que había sido doscientos años atrás y al que era ahora, más fuerte, más sabio, mejor. No más feliz, porque Sasha no creía que ninguno de ellos volviera a serlo tanto como en aquella época, pero sí más libre. En cuanto toda esa pesadilla de reyes y tronos acabase, libres los dos. O, por lo menos, Rako lo sería. Él tenía otros planes.

Planes relacionados con Nize.

—¡Sasha!

Se incorporó bruscamente. Hator se había cernido sobre Rako, su pelo suelto una cascada dorada impidiéndole ver más allá, y fue eso y no el grito lo que tensó por entero su cuerpo, comiéndose a sí mismo de miedo y angustia. Ahí estaba. Rako. ¿Habría dejado ya de respirar? ¿Se le habría parado el corazón? ¿Se estaba muriendo justo ante sus ojos sin que pudiera hacer absolutamente nada por evitarlo…?

Antes de darse cuenta ya avanzaba hacia ellos. No era el único, como tampoco fue el único en frenar en seco cuando la temblorosa mano del daena real abandonó muy, muy lentamente las mantas para enredarse entre los mechones rubios de Hator. Sasha, de todo aquello (del revuelo, de los gritos, de las lágrimas), solo recordaría eso: su mano sobre fondo amarillo, las venas verdes bajo la piel, los tendones

como cuerdas.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —solo repetía ella, con ojos vidriosos y voz tan aguda que costaba distinguir las palabras.

Moira venció al estupor la primera, y, preocupada pero sonriente, se asomó por encima del hombro de su amiga. Los oyó intercambiar saludos rápidos, quizá también algo más, pero la voz de Rako salía áspera tras siglos sin usarse, así que no entendió nada. Luego entre ambas lo ayudaron a incorporarse sobre los codos y el daena miró en rededor. Bueno, no miraba, buscaba. A él. Solo entonces Rako vació todo el aire de sus agarrotados pulmones, infinitamente aliviado, y en un pestañeo Sasha ya se acuclillaba junto a las brujas para darle la bienvenida.

—No esperabas que fuera a volver, ¿eh? —le dijo el caballero, comenzando a sonreír.

—Ni siquiera sabía si *yo* iba a volver.

Rako le rodeó el cuello en un abrazo que apenas podría llamarse así, de lo débil, de lo frágil, pero pronto Hator se sumó a la maraña de brazos y los estrujó con fuerza. Tras ellos, Moira soltó uno de esos bufidos con los que disimulaba sus risitas afectuosas. Sasha no quería soltarlo, no aún, pero hubo de hacerlo cuando el abrazo se alargó demasiado, incluso para él. Rako le dio un breve beso en los labios al separarse. Y después, como pinchado, volvió la vista hacia el otro extremo de la cueva, donde Anna picaba las últimas sobras para preparar caldo. Al notarse observada, esta le devolvió la mirada, pero ninguno hizo siquiera amago de saludarse. Justo cuando creía que la escena se torcería, la pastelera habló:

—Os dije que mis infusiones estaban funcionando.

—¿Seguro? —rio Rako, voz aún rasposa—. Porque recuerdo tomar algo tuyo justo antes de caer redondo.

Anna lo apuntó con el cuchillo:

—Menos buscarme las cosquillas, chaval, que podría haberte envenenado la papilla.

—¿Es que no lo has hecho?

Ella se encogió de hombros, sonriente; él le devolvió una sonrisa de granuja, nariz arrugada y todo. Sasha no podía dejar de mirarlo, por fin en movimiento, por fin respirando como debía. Iban a salir de allí, los cinco. Quizá con el rostro cubierto y a hurtadillas, pero los cinco juntos. Era el primer rayito de esperanza que sentía desde que Anna lo sacara del castillo, la primera buena noticia.

Rako no parecía querer perder ni un segundo.

—Bueno, ponedme al día. ¿Qué tal vuestra excursión? ¿Todo bien, estáis bien? Parece que sí, ¿no? ¿Tenemos el mapa? Y, eh… —sus ojos dieron con las raíces suspendidas sobre sus cabezas—, ¿dónde andamos? ¿Cuánto tiempo llevo fuera?

Ellos intercambiaron miradas. Fue Moira quien respondió, sorteando convenientemente una de las preguntas:

—Sí, todo y todos bien, mapa incluido. Y hoy cumplías diez días, así que no te fuerces. Lo importante es que ya estás de vuelta. No hay prisa.

«No hay prisa», repitió él sin emitir sonido alguno, como si no acabara de comprender su significado. Luego se envaró, alteradísimo.

—¡Claro que hay prisa! ¿¡Por qué no habéis ido ya a por la Manera!? ¡No podemos arriesgarnos a que le busque otro sitio! ¡No podemos tirar por la borda tod…!

—Tranquilo —lo interrumpió Sasha, posándole una mano en el pecho. Su corazón latía demasiado despacio para lo agitado que estaba, razón de más para agravar la voz y—: No la va a mover. No creo que quiera esconderla en ningún otro lugar.

Rako arqueó una ceja.

—¿Y qué lugar es ese?

Él suspiró.

—El Mausoleo de Sera.

Aquel pedazo de pan duro era el primer alimento sólido que Rako comería en días, pero también el último hasta nuevo aviso, pues de las provisiones de Venfica nada quedaba ya. Menos todavía les quedaba de tiempo en la cueva, donde Moira seguía planeando cómo, cuándo y dónde desplazarse y reabastecerse.

Lo miró. Rako masticaba despacio, sin apartar los ojos del tragaluz natural, el haz de atardecer pintando su color castaño de rojo. No estaba hablando mucho, y Sasha lo conocía demasiado como para achacarlo a una garganta dolorida del desuso. Era porque esa mañana Moira le había impedido salir de la cueva. Con una excusa ridícula, además, tan claramente falsa que Rako se había vuelto hacia él, interrogante. Sin fuerzas para enfrentarlo, Sasha se había limitado a encogerse de hombros. Pero el daena real era muy buen actor, así que cuando horas más tarde le había pedido que lo acompañara a darse un agua lo había hecho con una gran sonrisa y voz ligera.

Y allí estaban, tumbados desnudos sobre la resbaladiza piedra del acuífero, tan angosto que Rako descansaba los pies en la pared opuesta.

—Me lo vas a contar, ¿verdad? Lo que pasa.

Y allí estaba.

—Sí —contestó, simple.

—Pues vamos.

Rako volvió el rostro hacia él, esperando. Lo miraba con las cejas

alzadas pero con semblante neutro, lo cual significaba que no estaba enfadado, sino dolido por haber tenido que preguntar. Sasha tomó aire, buscando la manera menos dolorosa de decírselo, la más efectiva, directa, como partir un hueso limpiamente para que sanara más deprisa.

—Es bastante posible que Verenize nos esté espiando a través de ti.

Primero Rako suspiró. Luego rehuyó su mirada y lanzó la última pizca de pan al agua, que huyó corriente abajo hasta desaparecer. Ojalá supiera en qué estaba pensando.

—Así que la teoría de Anna, ¿eh?

—No ha sido solo…

—Ya —le cortó, cerrando los ojos durante un larguísimo segundo —. ¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¿Qué…?

—No —le cortó ahora él, y se alzó sobre un codo para mirarlo desde arriba—. No es por nada que hayas hecho, sino por cosas que han pasado. Que Verenize siempre supiese dónde estábamos, que ambos ignorarais que yo tenía el anillo de Chandra, incluso que te encontrásemos en Gandell. Que te dejase escapar.

—Que tirase de tu magia *justo* mientras luchabas contra un dragón —añadió Rako, y Sasha se quedó pasmado. Ni siquiera había caído en ese detalle.

Con un chasquido de lengua, el daena se incorporó y se tapó la cara con las manos. También chasquearon sus vértebras cuando hundió la cabeza entre las rodillas, la más pura imagen de la frustración. Quiso tocarle, darle un apretón en el hombro, al menos, pero no sabía si Rako querría ese tipo de apoyo. Temblaba de rabia, casi podía oír el chirrido de sus dientes.

—Y, ahora, ¿qué? —preguntó, voz amortiguada—. ¿Me vais a dejar aquí encerrado? ¿O vais a intentar sacarme a patadas una información que no tengo? ¿O a…? —Rio, amargo—. Ah, seguro que Anna se lo está pasando de miedo. Seguro que ya anda preparando el sueltalenguas que *yo* le enseñé. Cría cuervos, dicen.

—No, Rako. Ninguno creemos que seas… partícipe voluntario de esto. —Sasha por fin reunió valor para acercarse y apartarle suavemente las manos—. Ni siquiera Anna.

Rako se dejó hacer, pero en cuanto sus ojos encontraron los suyos maldijo por lo bajo y giró la cara de nuevo, enterrándola esta vez en el hueco del codo.

—Ah, joder —gañó entre dientes—. ¿Y si ve a través de mis ojos?

—Es… probable.

De hecho, el único remedio que se les había ocurrido por el momento era cegarlo. Vendarle los ojos, ponerle una capucha, cosas así. Si querían mantenerlo a su lado, tendrían que tragar, ya que ocultarle sus planes y destinos no había funcionado. Necesitaban más

protección. Incluso aunque Sasha aún albergara dudas, incluso aunque aún hubiera demasiados cabos sueltos.

—Eh, venga —trató de animarlo, con el tono más suave posible—. No empieces antes de tiempo, tampoco. —Y entrelazó los dedos con los suyos, dándoles un leve apretón—. Pocas pistas puede sacar del interior de una cueva, y nosotros ya estamos acostumbrados a no hablar de sitios cercanos delante de ti. No habrá deslices.

Poco a poco, Rako asomó la cabecita. A cambio, el caballero le dio un pequeño beso en los nudillos, sonriente, pero esto, por alguna razón, le hizo fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Sasha.

—¿No tienes miedo?

Comprendió al instante. Aludía al punto débil de la teoría, a por qué, si Verenize realmente los espiaba a través del daena, no había intervenido al verlos juntos. Porque bien sabían ambos que habría dinamitado su propia tapadera solo para impedirlo.

—¿Y qué va a hacer? —Rio—. ¿Matarme?

Rako frunció los labios.

—No, a ti no. A mí.

Una bofetada hubiera sido más fácil de encajar. Sasha le sostuvo la mirada, sin habla, mitad mortificado mitad dolido, porque no tenía modo de contradecirle esa vez. Y porque era injusto. Era injusto que intentara cargarle con la culpa cuando Rako, chivo expiatorio o no, llevaba la sentencia de muerte escrita en la cara. Ambos lo sabían. Que, al final, Verenize lo mataría. Por celos, por venganza, porque ya no le sirviera de espía; igual daba. El resultado sería el mismo.

—Lo siento —susurró Rako, devolviéndole el apretón en los dedos —. Eso ha sido… Perdón…

—No pasa nada. Es normal.

Pero Rako se apartó igualmente, derrotado, volviendo a recostarse en la orilla con los ojos fijos en el techo. Sasha lo contempló desde allí. En esos diez días, a su cuerpo le había dado tiempo de sobra para consumirlo de dentro hacia afuera, tirando primero de reservas y luego de carne. Sus costillas ahora resaltaban como rejas, y su columna era una rama de espino, engarfiada a unos músculos que aún tardarían semanas en sobreponerse. A veces parecía a punto de romperse. A veces parecía ya roto.

—Nunca voy a ser libre —lo oyó decir entonces, más para sí que para él—. Estoy fuera, pero sigo dentro.

No supo qué responder, porque se sentía igual, así que optó por besarlo. Normalmente, con eso bastaba. Con eso se leían. Rako abrió los labios en silencio, una bienvenida triste pero en calma. Estaban juntos en esto y lo estarían hasta que Verenize fuera ejecutado. Imaginarse eso último dolió, pero más dolía aún ver a Rako deshecho

en un charco de dudas, de pena, sin saber si abrir o cerrar los ojos, si hablar o no, si llorar o no. Sintió el rastro húmedo de una lágrima al acariciarle la sien y suspiró contra su boca antes de apartarse.

El beso terminó con un chasquido que reverberó por la roca del acuífero hasta desembocar en la cueva principal. Desde allí les vino de vuelta un resoplido de Anna seguido de un «No me bastaba con verlos que ahora encima me toca *oírlos*» refunfuñado. Durante un breve (brevísimo) segundo, ellos dos se miraron, paralizados, pero entonces Rako rompió a reír, de pronto radiante, y Sasha escondió la sonrisa abochornada en su cuello. También oyeron las protestas y chistidos de las brujas, aunque ya era tarde, toda sensación de privacidad perdida.

—¡Pero qué envidiosa es! —se burló el daena, las lágrimas cortadas de golpe—. Seguro que se llevaría genial con Nize, rabiando juntos.

Eso le tomó desprevenido.

—¿Tú crees?

Rako volvió a reír.

—Son iguales. De rencorosos y de todo.

—Por eso. Nize detesta que la gente se le parezca.

No entendía por qué Rako querría hablar de Nize justo en ese momento, pero mientras lo observaba arrugar la nariz y darle vueltas al asunto supuso que era su forma de digerirlo. De hacerlo más pequeñito, más mundano. Quizás a él, recordarlo como el príncipe que había sido y no como el rey que era ahora le ayudaba a verlo menos invencible. A Sasha le pasaba al contrario.

—Es verdad… —dijo al fin Rako, rodeándole el cuello con los brazos—. Nunca lo había pensado. Por miedo a la competencia, supongo.

—¿Competencia?

En lugar de contestar, el daena simplemente lo atrajo de nuevo hacia sí, risueño. Y, cuando lo besó, Sasha supo que le estaba devolviendo el golpe al rey. Pero le dejó hacer, porque si la venganza de Rako implicaba sus manos y sus labios y la sonrisa que notaba en ellos, bienvenida fuera.

19
NADA NUEVO BAJO EL SOL

Todo empeoró desde entonces.

Sasha se asfixiaba bajo el velo de cuero de Rako, respirando su propio oxígeno sin pausa, caliente y cargado. Le recordaba más a un bozal, por eso de hacerle sentir como un perro a punto de ser sacrificado por morder a su dueño, o quizá porque lo obligaba a alzar la voz para hacerse oír, las palabras deformes y el resto acallado. Se preguntaba cómo conseguía Rako sonar tan natural con eso puesto.

A su lado, Hator llevaba el velo de calado negro, su elegancia vederesa desentonando con sus toscas ropas de guerra pero encajando perfecta con las líneas de su rostro. Lo miró de reojo al sentirse observada y sus ojos castaños se estrecharon, revelando una sonrisa.

El Mundo los había ayudado a localizar el pueblo más cercano, del que ya comenzaban a distinguir diminutos puntos ardientes en la noche. Fue Hator quien detectó el reflejo cristalino del templo objetivo, tan modesto como el resto de la aldea y situado a sus afueras. Ambos se deslizaron sigilosamente hacia allí, ya que muchos locales de alimentación solían agolparse en torno a los templos con la esperanza de recibir su bendición de forma indirecta pero constante.

Por supuesto, a ninguno le gustaba tener que robar, pero salir a la luz del día ya no era viable, no cuando Verenize bien se había encargado de que hasta el último niño o anciano de sus dominios pudiera reconocerlos en el acto. Habrían de acostumbrarse a la vida del fugitivo. Sasha no, claro. Sasha tenía experiencia de sobra.

«El Séquito del Traidor», los llamaba el rey en cada Anunciación, acuñando oficialmente aquel horrible apodo que él tanto detestaba. No por la parte de Traidor; sino por la connotación subyacente en la palabra Séquito. Como si le rindieran pleitesía, como si lo quisieran sentado en el trono espiral. Como si hubieran vuelto la espalda al

legítimo rey para seguir a su caballero. Nada más lejos de la realidad.

Porque la realidad era que todos ellos seguían a Hator.

La Elegida.

La que en ese momento se hallaba varios metros por delante, el aire silenciando toda brizna de hierba seca con riesgo de chasquear bajo sus suelas. Novata. Ser inaudible no les hacía invisibles, y, con la luna convirtiendo su cabello rubio en una hoguera plateada, Sasha debía prestar doble atención a las ventanas, los porches, los corrales, tratando de anticiparse a cualquier perro guardián o aldeano trasnochador.

—¿Es que no van a callarse ni un puto segundo? —siseó Hator cuando se detuvo al resguardo del templo a esperarlo—. Me están poniendo histérica.

Sasha aguzó el oído, alarmado, pero solo distinguió la cacofonía natural de la madrugada, ululares y grillares continuos, rítmicos, sordos. Le puso una mano en el hombro para que se concentrara en el almacén de enfrente, sabiendo que la perspectiva de volver a llenarse la tripa le ayudaría a obviar el ruido. Funcionó. Hator tragó saliva y, para su sorpresa, él también lo hizo.

Rápidos, cruzaron la calle polvorienta y se pusieron manos a la obra. Mientras Hator silbaba muy bajito, transmitiendo al Mundo sus deseos, él comprobó todas las ventanas en busca de una mínima rendija por donde colarse. Los postigos crujían con solo rozarlos, madera vieja, y Sasha chasqueó la lengua, frustrado. Con el aire atento a su Elegida, el ruido volvía a ser un peligro.

Aire que, al parecer, no estaba muy dispuesto a colaborar.

—Venga —susurraba ella, inclinada sobre el pomo de la puerta—. Lo necesitamos, lo sabes. Nos llevaremos lo justo para recuperar fuerzas y ya… Vamos, vamos, ábrenos, por favor… Aunque sea por Rako… —Calló un segundo; luego resopló—. ¿En serio crees que Sasha me dejaría hacer eso? ¡Si hasta traemos dinero!

Al momento, el caballero notó una brisa obstinada en la nuca, instándole a pronunciarse. Estuvo a punto de finiquitar la discusión por la vía rápida, pero justo cuando iba a abrir el Vínculo para aprovecharse de la alegría del Mundo un escalofrío le bajó escalón a escalón por la columna y su cuerpo se giró hacia la calle por sí solo.

Había un niño mirándolos.

La lámpara de aceite que sostenía en una mano iluminaba sus mofletes redondos, llenos, su figura menuda cubierta enteramente por una gruesa capa a pesar del calor veraniego. Los estudiaba con curiosidad, con los ojos entornados, quizá debatiéndose entre dar o no la voz de alarma. Por eso Sasha se quedó quieto, muy quieto; y por eso Hator alzó ambos brazos en gesto de paz. El niño frunció el ceño, suspicaz. ¿Cuántos años tendría? ¿Doce, trece? ¿Qué hacía vagando en

plena madrugada?

—Buenas noches —saludó Hator con voz distendida.

Este no contestó, todavía cavilante. Había algo en él… Había algo en él que no cuadraba, que le daba mala espina. No sabía si era la gravedad de su semblante, tan extraña en un chaval de su edad, o si era otra cosa. Esa otra cosa que Sasha notaba bajo la piel, en el zumbido de la magia atrapada en sus dedos mientras los elementos intentaban transmitirle palabras que no entendía.

—Así que sois vosotros —dijo simplemente el niño. Su voz aún conservaba la musicalidad de la infancia, pero cierto reborde en ella vaticinaba los primeros cambios—. El Séquito.

Hator abrió la boca para replicar, pero Sasha la detuvo con un ademán. Ignorándolos, el niño osciló el candil de lado a lado, buscando al resto del grupo con unos ojos demasiado inteligentes.

—Déjanos ir —le pidió entonces Sasha, a un tiempo comprendiendo y no comprendiendo qué estaba pasando, movido únicamente por la inquietud de la brisa en su pelo—. Llevamos dinero encima, podem…

—No —le cortó el niño, con un graznido seco—. Tú eres el peor de todos. Mi hermano llora cada día por ti, por lo que le hiciste.

¿Hermano? Sasha pestañeó, descolocado. ¿Qué hermano? Pero si no se habían visto en la vida. Si jamás había puesto pie en esa parte de Veda. Si… De pronto, algo le aferró con fuerza el brazo. La mano de Hator. Estaba helada.

—Sasha, en el cuello.

Se le encogió el estómago al ver la gargantilla de oro con la que se identificaba a los invocadores de la Campaña.

—No conozco a tu hermano —balbuceó para ganar tiempo, aunque solo podía pensar en cuántos años llevaba aquel niño sirviendo a Verenize, formándose para ser un arma, estudiando círculos y demonios—. ¿Cómo se ll…?

—¿¡Cómo se llama!? —escupió este, con un chirrido de rabia. Sus estrechos hombros temblaban—. ¿¡Me estás preguntando cómo se llama tu rey!?

Su rey, su hermano. La bilis le trepó a la garganta cuando las piezas encajaron, más ácida incluso cuando un segundo niño emergió de entre las sombras con la misma capa, la misma gargantilla, la misma lámpara, la misma edad. No eran niños corrientes: eran soldados. Y el Vínculo entre ambos tan reciente que dolía sentirlo, que apestaba a hierro y a impotencia. A resistirse el uno al otro sin idea de cómo hacerlo, pisoteándose las fronteras y la conciencia; demasiado jóvenes como para controlar un Vínculo. Nunca había visto nada tan descorazonador. Los Vínculos no eran para todo el mundo, y menos todavía para nenes que aún nada sabían de sí mismos. Lo miraron

muy rígidos con ojos de distinto color pero idéntica frialdad y Sasha supo que aquello solo podría acabar de dos modos: la conciencia de uno absorbiendo la del otro, convirtiéndolo en un simple peón a sus órdenes; o ambas mentes fusionándose en una única conciencia que se rompería en cuanto alguna de sus mitades pereciera.

Así que eso hacía Nize con sus invocadores. Vincularlos. Vincularlos desde pequeños, maleables e indefensos y tan ciegos de adoración que lo llamaban «hermano»; demasiado ocupados en no perderse en su compañero como para cuestionar a su rey. Porque eso era lo que Verenize quería: soldados ciegos, soldados poderosos, soldados dispuestos a morir por proteger a quienes sentían como una extensión de su propio cuerpo.

Qué horror, qué horror, qué horror…

—¿Es él? —preguntó el otro niño. Su voz ya era grave. Llevaba las de ganar.

—Sí.

—Parece un perro, con ese bozal.

—Lo que es.

En perfecta armonía, cada uno trazó un círculo diferente, pero en la oscuridad de la noche no ardieron dos círculos sino cuatro. Ah, mierda. ¿Cómo no ganar cualquier guerra si sus soldados Vinculados eran capaces de duplicar el número de demonios en el campo? Y es que, al igual que el rey Aurel había abierto mil portales en el Color con la magia acumulada de sus predecesores, los Vinculados usaban la de su compañero para desdoblar la propia. O eso suponía, porque era la primera vez que Sasha veía algo así. Nize nunca había usado la suya para duplicar sus círculos, solo como reserva. Quizá no era posible, al tratarse de magias tan diferentes. O quizá por entonces ni siquiera había sabido que podía hacerse.

Cuatro demonios brotaron de las espirales.

Era un espectáculo terrorífico.

—¡Sasha! —lo llamó Hator, ya enarbolando su espadón—. ¡Desenvaina!

Obedeció por inercia, con la cabeza no en los niños ni en sus demonios sino en cuántos soldados Vinculados tendría el ejército espiral, cuántos les estarían siguiendo la pista, cuántos estarían al caer. Había un límite de demonios a los que podían enfrentarse en un mismo asalto y Sasha no pensaba volver al castillo, no como prisionero. Y tampoco permitiría que se llevasen a Hator. Antes la muerte. ¿Quién sabía lo que le haría Verenize a la «copia barata» de Sera…? Pero tampoco quería hacerles daño a esos críos; no se lo merecían. No habían tenido más opción que obedecerle, que creerle su hermano. Que quererlo.

Abrió el Vínculo.

Lo hizo de un tirón, sin pararse ni a pensarlo, y el Mundo le cayó encima como atraído por un imán, elementos atronadores y oídos sangrantes, como siempre que le daba paso de esa manera. Solo un estallido. Solo un estallido y volvería a cerrarlo.

No tenían tiempo para ser silenciosos, pero fueron los niños quienes chillaron cuando el suelo bajo sus pies perdió consistencia; templo y almacén hundiéndose por igual en las arenas movedizas. Más preocupados por no cobrar que por la seguridad de sus invocadores, los cuatro demonios se volcaron en ayudar a los niños, quienes se aferraron desesperadamente a púas y cuernos con esos bracitos suyos.

—¡A por él! —aulló el mayor, aun con el barro al cuello—. ¡A por el Traidor!

Solo uno de sus demonios cumplió, lanzándose a por ellos con las fauces por delante, así que solo uno sirvió de ejemplo, ajusticiado por la Elegida de un único tajo. Ni siquiera tocó tierra. El fuego se lo llevó antes, prendiéndolo en llamas. Los otros bramaron, revueltos de rabia; los niños patalearon con mayor brío, creyendo que el Traidor y su magia infecta se los tragarían para siempre. Esa era la clase de monstruo que la historia decía que era. Uno capaz de matar niños a sangre fría.

Hator ya alzaba su montante para finiquitar al resto de demonios cuando el pueblo entero les salió al paso, un enjambre de labradores que amenazaba con cercarlos, armados con herramientas de campo y cuchillos de cocina. Antorchas en las manos, fiereza en los ojos. Nada enardecía tanto a las masas como un hijo en apuros, fuera o no propio.

Con la inestabilidad de la urgencia, la Elegida reculó y proyectó la polvareda de las calles contra los aldeanos, extinguiendo sus antorchas y cegando sus ojos. La oscuridad trajo consigo el caos, y los gritos, y la cólera. Hator lo agarró del brazo al pasar corriendo por su lado, pero Sasha no se movió, clavado en el sitio por las miradas de odio de los dos pequeños invocadores. Ninguno tenía los ojos azules y, aun así, no podía ver más que a Verenize en ellos. Quería decirles… Quería…

—¡VAMOS! —le rugió Hator, pegándole un empellón cargado de magia—. ¡Y, por mis muertos, cierra el Vínculo, que lo noto hasta yo!

Fue la histeria en su voz lo que le sacó del trance. Salieron de allí a velocidad de estampida, hostigados de cerca por los vecinos más furibundos. Los persiguieron sin descanso, los dejaron sin aliento, y solo cuando llegaron al callejón sin salida que era la playa, cuando se rindieron a la idea de plantarles cara (de cobrarse vidas), el aire los derribó y un manto de arena los arropó de pies a cabeza. Sasha no se resistió, exhausto como estaba, ni siquiera al distinguir el rumor de la marea sellando su escondite. El manto pesaba como una losa, le aplastaba el pecho, las piernas, la boca. Oyó chapoteos y vocerío, oyó las olas del mar. Oyó el silencio.

Cinco siglos o cinco minutos después, la presión menguó y Sasha se atrevió a incorporarse. A su lado, Hator escupía arena sobre arena, aún medio enterrada en la costa. A su espalda, el sol naciente.

No dijeron nada antes de echar a correr hacia la cueva.

Respiraron tranquilos al divisar la manta todavía encajada en la grieta, pero no aminoraron el paso. Podrían seguir buscándolos. Podrían estar muy cerca. Hator arrancó la manta de un tirón y el amanecer lo colmó todo de rojo, despertando abruptamente a Anna y atrayendo las miradas alertas de Rako y Moira.

—Nos vamos —ordenó Hator, sin resuello—. Ahora.

Durante los días siguientes avanzaron hacia el oeste, cayendo de lleno y sin remedio en la trampa espiral de la península de Veda, su principal método de defensa. Mar al norte y al sur, la distancia entre costas demasiado ancha como para cruzarla sin ser vistos; una muralla de soldados al este, impidiéndoles volver sobre sus pasos, empujándolos inexorablemente hacia el corazón del reino: Venfica.

Atrapados entre la espada y la pared, pasaban los días escondidos bajo tierra y las noches escurriéndose como ratas en las tinieblas. Parásitos del Mundo, del que dependían para beber, comer, dormir, incluso respirar. Todo, absolutamente todo lo que se llevaban a la boca, les era dado en bandeja. Peces, pájaros, roedores. El agua manaba de las grietas, el fuego se internaba en las presas para evitarles encender una hoguera.

Una mañana, Anna preguntó por qué la tierra no hacía brotar frutas o verduras; Moira contestó que el Mundo no hacía milagros, solo favores. Los milagros eran cosa de demonios. No pudo añadir nada más, porque entonces una brigada de reconocimiento marchó por encima de su escondrijo y hubieron de callar.

Cuanto más se acercaban a Venfica, siempre dorada y reluciente en la orilla opuesta, menos fuerzas tenían. Y Sasha quiso proponer tirarlo todo por la borda y partir ya mismo al Mausoleo, pero un solo vistazo a sus rostros le cerró la boca. Ninguno se encontraba lo suficientemente en forma, con el estómago lo suficientemente lleno, y Rako ni siquiera había tenido oportunidad de recuperarse de su larga ausencia. No, no probarían suerte con más misiones suicida. No se meterían de nuevo directos en la boca del lobo. Ya se les ocurriría algo, seguro. Seguro.

Desvió la vista hacia Rako, acurrucado en un rincón y, por la cadencia de su respiración, profundamente dormido. Terco como él solo, seguía sin quitarse la cinta con la que le habían tapado los ojos antes de abandonar el acuífero. Sí, les había dicho varias veces que no le importaba, que prefería mantenerlos a salvo a ver la luz del sol, pero tras seis días de oscuridad Sasha empezaba a preocuparse. A fin de cuentas, ¿qué diferencia había entre la celda y aquello?

Si ya ni siquiera hablaban. Si el día anterior Sasha se había tumbado a su lado y al ir a entrelazar los dedos con los suyos Rako había apartado la mano, suave pero firme, dándole la espalda para dormir.

Suspiró.

Verenize era todo plata, nieve y mar en aquella Anunciación.

Con los días, parecía haberse calmado, recuperando poco a poco su porte calmo y distendido, el trono un simple diván de mármol. Los párpados delineados del mismo azul que sus ojos suponían la única nota de color, el resto un continuo plateado, desde el pigmento en sus brazos hasta la joyería, hasta los colmillos falsos. Su atuendo blanco, blanquísimo, como sus dientes rectos y como el sonido de su voz.

Detrás la sombra perpetua de Astrae, nunca nítida pero absoluta, más advertencia que compañía. Esa noche su negro cuerpo era un violento contrapunto al de su rey.

—Hoy amaneceremos siendo más grandes —comenzó Verenize, sonriendo suavemente—. Hoy saldrá el sol un día más y con su oro acunará a nuestros nuevos hermanos. Más allá de la cordillera agavle que antaño nos separaba, los pueblos llamados libres han comprendido por fin que no existe libertad sin unidad, tomando así la mano que tantas décadas permaneciera tendida. La súplica de Var ya no hallará oídos sordos allí. —Suspiró, y su sonrisa se tornó melancólica—. Hoy estamos más cerca de cumplir su único deseo, la conjunción de sus hijos en tierra, nuestras manos entrelazadas para juntos velar por quienes vendrán, quienes marcharon, quienes regresarán. A ellos, que serán vosotros y vuestros seres queridos reencarnados, debemos brindarles un mundo mejor. El único mundo que tenemos.

De haber oído toda esa sarta de mentiras despierto, Sasha se habría echado a reír. Qué palabras tan bonitas para decir que, tras años de letargo, sus anhelos de conquista habían despertado, cobrándose su primera víctima. ¿Y cuál mejor que los pueblos libres, cuya falta de regencia común había supuesto el escondrijo perfecto para el Traidor? No quiso ni preguntarse cuánta sangre se habría derramado en defensa

de aquel título. Libres. Lo que ya no eran.

Verenize dibujó en sus mentes un amplio mapa de fronteras doradas, añadiendo grácilmente al reino de Veda los dos territorios en los que los pueblos libres habían sido fraccionados. Mientras, compartía pequeñas curiosidades culturales, como el idioma de remiendos que hablaban (al que pronto se antepondría el vedés), su «cándido» sistema de trueques (la divisa vederesa ya extendida pero poco usada), su terrenal desprendimiento religioso (por no llamarlos apóstatas)… Incluso gastó unos segundos en alabar el carácter rebelde y resiliente de sus gentes, retratando sin fallas el orgullo tan particular de Anna. Verenize sabía de lo que hablaba. Verenize se aseguraba de procurar a sus nuevos súbditos una bienvenida esplendorosa, cálida, para intentar paliar el dolor y la vergüenza de su derrota. Ni rastro de sarcasmo en sus palabras. Solo la verdad.

—Desde este amanecer en adelante, Carve y Carvei compartirán los mismos derechos y deberes del resto de ciudadanos de la Espiral, como la protección de nuestro ejército o el pago de impuestos. Bajo tal precepto, sus invocadores, merecedores de una educación apropiada, podrán encontrarla en la Academia de su nueva capital, Venfica; siempre que así lo deseen. —Y una breve risa amable, casi maternal—. Dicho esto, el reino de Veda os recibe de brazos abiertos, olvidando los antiguos agravios que nos enemistaron para escribir, juntos esta vez, el siguiente capítulo de nuestra historia.

Por primera vez, nada mencionó del Séquito, primando la conquista («La bienvenida», se corrigió, con retintín) sobre el luto por Chandra de Corte. Sasha no sintió alivio.

Porque cuando abrió los ojos Anna estaba llorando y temblaba, temblaba mientras balbuceaba palabras inconexas. Aun soñoliento todavía, Sasha consiguió ordenar a sus miembros que espabilaran, y llegó a su lado al mismo tiempo que Moira. Los dos brujos cruzaron miradas, buscando guía en el otro, pero fue a él a quien Anna se aferró.

—Sasha. Mi madre. Mi gente.

—Lo sé —contestó, su voz aún ronca—. Seguro que está bien, ya la conoces. Estarán todos bien.

—¡NO! —chilló, histérica, y se lo sacudió de encima bruscamente —. ¡No estaban preparados! ¡No nos lo esperábamos, no…!

Hator y Rako permanecían mudos, sin saber qué hacer. Ella tenía los ojos muy abiertos; él las ojeras muy profundas. Se había quitado la venda, asustado por los gritos, y miraba a la pastelera con la misma desolación hueca que el resto. Sasha no pudo sostenerles la mirada, a ninguno. Tampoco pudo evitar imaginarse la aldea que lo había acogido esos últimos ocho años arrasada, los campos de albaricoque de la madre de Anna reducidos a cenizas, su pequeño horno ahora

solo un cementerio de ladrillos. Los soldados espirales lo reconstruirían todo, fingiendo que nada había ocurrido, y entre sonrisas los llamarían hermanos porque así lo quería su rey.

De pronto, Anna se volvió hacia Hator como un animal salvaje, dientes chirriantes y nudillos blancos:

—Lo vas a matar, ¿verdad? ¿¡Verdad!?

Esta dio un respingo.

—Claro, Anna. Es para lo que estamos aquí. Todos nosotros.

—Todos —repitió ella, pensativa. Durante unos segundos, no dijo nada. Luego sus ojos vidriosos cayeron en Rako y—: ¿Te estás divirtiendo? ¿Te ha sabido bien la venganza?

—¿Cómo…?

La voz del daena era apenas un hilo, pero Anna no le estaba hablando a él. Anna le estaba hablando al rey.

—Porque si le ha pasado algo a mi madre, *mi vere*, te juro que la próxima vez te dejaré secuelas.

Sasha se estremeció, recordando entonces los ojos vacíos y los labios sanguinolentos de Nize al morir a sus manos. No había caído antes, pero sí, sí, aquella puñalada a los pueblos libres no era conquista sino represalia, porque quizá no podía tocar a la pastelera que lo había envenenado, pero sí a todo cuanto amaba. Se le revolvió el estómago. Verenize siempre ajustaba cuentas con sangre.

Rako no contestó. Solo tragó saliva y asintió, cubriéndose los ojos de nuevo con la cinta.

Ninguno consiguió dormir mucho más ese día.

Por algún extraño acuerdo tácito, no hablaron del tema antes de partir, ni siquiera durante las horas de madrugada que pasaron surcando el irregular terreno entre villas. Quedaba poco para el plenilunio, lo que implicaba más visibilidad pero menos seguridad, continuamente en guardia, forzando la vista y agudizando el oído. Anna abría la marcha a paso firme, seguida a una distancia más que prudencial por Rako y Hator, aunque en la noche ciego y lazarilla parecían una única entidad. A base de cabezonería habían logrado cierto tándem, y tras varios días ya avanzaban si no con soltura, al menos con presteza. Y sin accidentes, lo más importante. No había sido así, al principio, cuando Rako se había negado a que «lo llevaran de la manita» y había acabado cayendo de bruces al primer desnivel. Ahí Hator se había agachado a ayudarlo, él había apartado bruscamente el brazo y justo cuando Sasha estaba a punto de intervenir ella le había susurrado algo al oído. Rako había fruncido los labios y, al final, se había dejado hacer.

Pensaba en eso a menudo. En que quizá él también debería hacer eso, insistir. Preguntarle por qué estaba tan lejos, por qué se había cerrado en banda, qué podía hacer para arreglarlo. Pero toda su existencia consistía en no imponerle su voluntad a nadie, y le daba pánico intentar abrirlo a la fuerza y que eso los rompiera a los dos.

—Tiene que ser horrible.

Se volvió hacia Moira, sobresaltado. Ella no lo miraba a él, sino a Rako.

—¿El qué?

—Saber que puede estar traicionándonos cada vez que abre los ojos.

Sasha suspiró. Odiaba ser tan fácil de leer, pero, al mismo tiempo, eso allanaba el camino, ¿no? A los demás, al menos. Hacia él.

—¿Crees que por eso está… así?

Triste. Callado. Hermético.

—No lo creo, lo sé. Y tú también.

Asintió. Claro que lo sabía. Y, aun así, habían tenido que dárselo bien masticadito para poder digerirlo. Notó un nudo en el estómago. No quería que Rako se sintiera culpable por algo que no podía evitar, por algo que siquiera tenían seguro, pero tampoco sabría qué decir para consolarlo si luego iba a volver a pedirle que se vendara los ojos. Sería cruel.

Cumplido su papel, Moira asintió también y volvió a concentrarse en el terreno.

—Gracias —susurró igualmente Sasha, sincero—. Siempre estás atenta a todos.

Ella lo despachó con un encogimiento de hombros. Por alguna razón, parecía incómoda, o hastiada. Sería el cansancio. Llevaban en tensión muchos días ya.

En retrospectiva, aquel había sido el primer síntoma.

—Hay algo que no entiendo —le susurró Anna mientras extendían las mantas.

Sasha se detuvo a mirarla. Era lo primero que decía desde la Anunciación, quizá porque había tenido tiempo de calmarse durante la noche o quizá porque Rako y Hator no estaban presentes. Seguían allá afuera, aprovechando las últimas horas de negrura para que el daena hiciera sus necesidades, dado que incluso eso debía hacerlo a ciegas y entre que Hator le buscaba un sitio, se apartaba lo justo para concederle un mínimo de intimidad supervisada y retomaban la marcha ya habían perdido de vista al resto del grupo. A Sasha le mortificaba hasta pensarlo. Él se sentiría como un perro, sacado de

paseo dos veces al día y siempre con correa.

—¿El qué?

Anna tenía los ojos hinchados de alguna recaída previa, pero ahora parecía más compuesta. No necesitó ni dos pasos para sentarse a su lado, bajo las mantas la tierra aún húmeda, recién excavada, tan cerca del mar que la cavidad entera olía a sal y pescado. Durante unos segundos, contemplaron en silencio cómo Moira extraía de suelos y paredes agua para sus odres.

—Ayer, Verenize dijo que los invocadores de los pueblos podían ir a Venfica solo si querían. Es… ¿Significa eso que no habrá más Campañas?

Sasha frunció el ceño. Se le había olvidado esa parte del discursito. Como todo lo demás, sonaba a trampa, pero el Eterno deseaba genuinamente la unificación pacífica de la Espiral, y legislaba en consecuencia. A fin de cuentas, no querría legarle a Sera un reino roto.

—¿Es porque le chafamos la última? —continuó Anna, ajena a sus cavilaciones—. ¿Para justificar por qué no han llegado los niños?

No. Verenize no rendía cuentas ante nadie, ni siquiera ante Astrae. Además, si quisiera encubrir una Campaña fallida, le bastaría con callársela. No tendría por qué sacrificar el valioso puñado de Vinculados con los que su ejército se nutría cada año. Militarmente hablando, el libre albedrío suponía un desperdicio.

—No creo… —respondió al fin, removiéndose en el sitio—. La Campaña se hace en todos los territorios a su cargo; nosotros solo intervenimos la de los pueblos libres. El resto habrá llegado sin problemas. —No lo entendía, no tenía sentido—. Lo único que se me ocurre es que sea una compensación, por eso de que aún no os había invadido cuando empezó a mandaros la Campaña. Hizo algo parecido cuando prohibió la esclavitud en Agavlia…

—No es ninguna compensación —resopló Moira, sin molestarse en parar de desalinizar el agua—, es una reforma. Lo dejó bien claro. Todos los invocadores ciudadanos de la Espiral tienen ahora derecho a decidir si formarse o no en la Academia, sean de Córtega, de Servea o de vuestro pueblucho.

Se la quedaron mirando, pastelera y caballero descolocados por igual. No podía ser, ¿no?

—Pero ¿cómo va a quitar la Campaña del todo? —A Anna parecía ofenderle personalmente la incongruencia—. ¿Qué gana con eso?

—Quizá se ha dado cuenta de que secuestrar niños está mal —les interrumpió de pronto Hator, dejándose caer al interior de la cúpula desde la claraboya de entrada.

Moira soltó una risotada mordaz, punzante, y ella la miró con los ojos muy abiertos mientras ayudaba distraídamente a Rako a bajar. En cuanto aterrizó, el Mundo selló el agujero, abocándolos a unas

tinieblas que no duraron mucho, pues enseguida se hizo la luz. En ese breve instante de oscuridad, el daena real había retrocedido hasta pegarse contra la pared, justo al ras del campo visual de Anna. Se preguntó si habría sido casualidad, o si notaba incluso ciego las miradas de odio que le echaba. También si se sentiría amenazado, y si sería consciente de que ellos lo protegerían en caso de que Anna perdiera los estribos, viendo en él al rey que había arrasado su tierra.

Anna no parecía ser así, pero Sasha sabía lo que la muerte de un ser querido les hacía a las personas. Lo que le había hecho a Verenize.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Hator a Moira, visiblemente dolida.

—Hombre, es que decir que al rey le ha dado ahora por tener conciencia… Anda que no ha tenido años para eso.

—A lo mejor solo necesitaba que alguien le plantase cara.

Moira bufó.

—Ya, bueno. Ese alguien llega dos siglos tarde.

A Sasha se le cortó la respiración. Hacía mucho que la arquera no le aguijoneaba con uno de sus comentarios corrosivos, así que le había tomado completamente desprevenido, sintiéndose ya a salvo a su lado. Le dolió. Le dolió mucho más de lo que esperaba. No pudo ni replicar.

—¡Pues preguntémosle directamente! —trinó Anna, venenosa, su sonrisa retorcida en una mueca ácida solo para Rako—. ¡Eh, Verenize! ¿Por qué eliminar la Campaña?

Al momento, este se arrancó la venda como escaldado y la miró con tal asco, con tal odio, que por un fugaz segundo su rostro fue el del rey. Suficiente como para que Sasha retrocediera por instinto, espantado.

—No te *atrevas* a llamarme así.

Anna empalideció, la voz del daena real una dentellada visceral, una amenaza en toda regla. Nadie intervino. Bastante había aguantado Rako durante meses sus formas, sus acusaciones, para encima ahora tener que tragarse la ponzoña destinada al rey. Rey del que él también había sido víctima.

—P-perdón —murmuró ella.

Pero en lugar de contestar Rako sacó su manta y se acurrucó de espaldas allí mismo, en el único recoveco apartado del fuego, de ellos. Sasha hizo intento de ponerse en pie para acercarse.

—No —le advirtió él.

Las demás desviaron la vista, incómodas.

El silencio se propagó como una enfermedad.

Se les metió dentro, anidando en el hueco entre piel y músculo,

dilatándose a cada hora; un silencio desconocido, intruso, tejido con el hilo de sus miedos. Del miedo a hablar y ser descubiertos por el enemigo, del miedo a decir algo y recibir un corte en respuesta. Rako callaba por inseguridad, Anna por aprensión, Moira por desdén, y Hator por vergüenza al posible ridículo. Sasha callaba porque hablar no era lo suyo.

Los espacios entre palabras comenzaron a infectarse, saturando cada mínima interacción de hastío, de chasquidos de lengua y miradas de reojo. Se limitaban a seguir avanzando bajo la omnipresente mirada de Venfica, más radiante incluso que la luna; a seguir durmiendo bajo tierra desde el amanecer al anochecer, captando a menudo el deambular de soldados sobre su madriguera.

El silencio los estaba minando y ninguno sabía de dónde venía. O, más bien, todos lo sabían, pero (¡cómo no!) nadie quería abrir la boca.

Pero esa noche Sasha tuvo que hablar. Porque estaba harto y porque veía claramente los designios de Nize en los ojos vendados de su doble.

—A ver, basta ya.

El Séquito al completo frenó en seco. A la luz de la luna llena, sus rostros vueltos hacia él desprendían cierto aura espectral, más y más intensa según se reagrupaban a su alrededor en el más enervante *mutismo*. Solo un leve traspié del daena real traicionó que aún tenían cuerpos de carne y tuétano.

—Esto es justo lo que Verenize quería —escupió Sasha, mitad exasperado mitad desolado, y ellas agacharon la cabeza. Rako no. Rako permaneció inmóvil, otro árbol más en aquel bosque. Más leña para el fuego que al caballero le quemaba la lengua—. Mirad, de cómo funciona la gente sabré poco, pero sé de estrategia y, sobre todo, sé cómo funciona *él*. Y esta es la más… la más básica de las tácticas militares.

—¿Divide y vencerás? —se burló Moira, con una sonrisita llena de colmillos, pero él le sostuvo la mirada, sombrío.

—Sí, Moira. Me alegro de que tú también te hayas dado cuenta.

El bufido desdeñoso con el que respondió fue puro teatro. Así que Sasha cuadró los hombros, la mandíbula, afrontando tenazmente el peso de sus miradas porque, cuando se trataba de guerra, todos lo escuchaban. Porque nunca había perdido una sola batalla y tampoco perdería aquella, por mucho que se librara sin espadas ni soldados, sin derramamiento de sangre, con kilómetros y kilómetros de mar entre bandos. Verenize sabía que Sasha había hecho de esas cuatro personas su hogar y buscaba demolerlo desde dentro.

—Nada ha cambiado —les recordó, con su voz de capitán—. Si de verdad nos está espiando a través de Rako, ya tendrá todo lo que necesitara saber de nosotros; ha tenido *meses* para estudiarnos. No hay

nada nuevo bajo el sol. Lo único que estamos consiguiendo con tanta cautela y tanto silencio es aislarnos, volvernos unos contra otros y darle más armas, porque ahora también sabe lo endebles que somos.

Esta vez, Moira chasqueó la lengua: le fastidiaba tener que darle la razón. Las otras se miraron, reconociendo su parte de culpa. Rako fue la nota discordante de nuevo, todavía impasible, todavía distante. De no conocerlo como lo conocía, creería que ni siquiera les estaba escuchando. Primero dudosa y luego resuelta, Hator soltó el brazo del daena y dio un par de pasitos adelante para decir:

—Todo lo que nos ha salido bien hasta ahora lo hemos hecho juntos. Liberar a los niños de la Campaña, matar al demonio dragón, robar el mapa, rescatar a Sasha… Con que solo uno de nosotros hubiera faltado, ya la habríamos palmado. —Esperó a que alguien la contradijera, pero nadie lo hizo, así que continuó con más brío, envalentonada—. El Mundo nos escogió precisamente porque somos fuertes contra Verenize, aunque aún no sepamos en qué sentido… —Aquí abrió mucho los ojos y se quedó con la boca abierta, colgando, como traspuesta por una revelación divina. Sin embargo, en cuanto Sasha frunció el ceño ella volvió en sí—. El caso es que ahora mismo nuestras habilidades de combate o sejmekán no valen nada, porque el enfrentamiento no está siendo cuerpo a cuerpo.

Anna asintió.

—Sí —dijo—. Hemos fallado en reconocer que esto también es un ataque.

A Sasha le dolió ver que en sus ojos marrones poco quedaba ya de la civil asustada que había abandonado su aldea en pos de un presunto espía espiral. Lo que vio en cambio fue decisión, furia, agudeza. En algún momento del camino, la pastelera se había convertido en soldado.

Suspiró, reconfortado al menos por el apoyo. No hubiera soportado ni un segundo más de silencio. Y quizá todo se fuera a la mierda en cuanto Moira soltase lo que estaba a punto de soltar, porque su cara revelaba que preferiría darse muerte a seguir con eso, pero en cualq…

—Tienes razón, Sasha. La tenéis los tres.

Eso dijo la arquera de dientes aserrados y lengua viperina. Que tenían razón. Y, sin embargo, Sasha tuvo que recordárselo:

—Fuiste la primera en retomar tu antigua costumbre de hacer daño.

Ella aceptó la reprimenda con elegancia.

—Lo sé, lo siento. Es uno de mis defectos y estoy trabajando en ello.

Casi parecía demasiado bueno para ser verdad, de modo que se limitó a asentir, apreciando formalmente no solo su franqueza sino también lo directo de sus palabras. Por supuesto, Hator se plantó en

mitad de aquel intercambio trascendental de un brinco para colgarse del cuello de Moira, asalto que esta le consintió mientras ponía teatralmente los ojos en blanco. Al final, Sasha sonrió. Menuda estampa. Y, aunque ignoraba si el silencio había sido erradicado o si se trataba de un mal crónico, respiró tranquilo.

Al menos hasta que Anna se volvió hacia Rako, rostro compungido:

—Yo también… Lo siento mucho, Rako. Llevo portándome fatal contigo desde el primer día y hasta que no te vi con la venda ni me paré a pensar que tú también… Lo siento, de verdad.

—Ya, bueno —respondió este, amargo—. Tampoco ibas muy desencaminada, ¿no? Felicidades.

El cuerpo del caballero reaccionó antes incluso que su mente, rompiendo el círculo con el daena real en su punto de mira. Rako lo oyó llegar, pero no estaba preparado para la acometida, para la vehemencia con la que Sasha lo agarró del brazo sin miramientos ni explicaciones, y poco pudo hacer más que dejarse arrastrar a ciegas bosque adentro. Aunque protestaron, preocupadas, ninguna de las chicas los siguió. Rako tampoco protestó, ni siquiera cuando tropezó con una raíz traicionera, ni siquiera cuando él lo enderezó bruscamente. *Ya basta*, era lo único que pensaba Sasha, desesperado. *Ya basta, ya basta, ya basta.*

Por eso cuando empujó a Rako contra un árbol y le bajó la venda de un tirón la voz le salió mucho más violenta de lo que había planeado:

—¿Y qué si eres un arma?

—Sha…

—Nize ya nos ha quitado bastante —rugió, movido por la impotencia de verlo parpadear, luchando por abrir los ojos. Tras tantos días de oscuridad forzosa, incluso la suave luz de la luna llena lo deslumbraba—. Bastante vida, bastante paz, bastante todo. Tú mismo me hiciste ver que no podía seguir lamentándome. ¿Por qué hacerlo tú ahora?

Si Rako no hizo siquiera amago de sostenerle la mirada, menos todavía de responder, hombros caídos y ojos fijos en la venda que Sasha aún sujetaba en un puño. No lo soportaba. Su pasividad, su resignación. Recordatorios constantes de que se había rendido, alejándose a cada segundo un poquito más.

—Mírame.

Lo hizo. Tenía las pestañas húmedas.

—Nos puede quitar todo menos esto. —Señaló la mísera distancia entre los dos—. Esto, nosotros. ¿Sabes por qué? Porque aunque Nize me matase mañana, aunque te matase mañana, no puede ensuciar lo que hemos vivido hasta ahora; lo que siento o lo que sientes. No puede deshacer el pasado.

Esta vez, cuando Rako cerró los ojos fue para contener las lágrimas, y cuando pegó la espalda al árbol fue para intentar rehuir las manos del caballero, esas que acunaron su rostro igualmente. Se tensó durante un segundo infinito bajo su toque; luego cedió. Solo entonces cayó la primera lágrima. Quizá de alivio, o de aceptación. O quizá de culpabilidad, por hacerle poner en palabras lo que ambos ya sabían. Pero lo importante era que las había escuchado.

Sasha lo besó. Corto, directo, un punto final.

—No puede deshacernos, Rako.

Lo que los convenció de partir cuanto antes hacia el Mausoleo fue la Resistencia. O, más bien, la conversación que dos de sus miembros mantuvieron justo sobre sus cabezas poco después de acampar.

Los pilló sonriendo por primera vez en siglos, todavía sensibles pero reforzados. Rako había dicho algo gracioso, eso seguro, aunque Sasha estaba más atento a su mano en la suya que a sus chistes, nutriéndose de la paz mental de ver a Anna riendo sin reservas (pues de comida ya sería más complicado).

«Te juro por mi madre que estoy oyendo risas».

Así que las risas enmudecieron de golpe y, como movidos por un mismo hilo, Moira extinguió la llama de un siseo brusco mientras el resto quedaba inmóvil, respiración contenida y ojos clavados al techo a pesar de encontrarse a oscuras. Ni siquiera necesitaron aguzar el oído para distinguir cada sílaba, lo que traicionaba su peligrosísima proximidad.

«Será algún zorrillo…».

«Que no, que no, mira, escucha».

Silencio. Dentro y fuera de la cavidad.

«Yo no oigo nada».

«Joder. Séquito, mis muertos. Sequito me van a dejar a mí de buscarlos».

Anna aspiró entre dientes al reconocer la palabra «séquito». Descartados enseguida como soldados (a quienes se les oía venir a leguas, siempre en manada, siempre metálicos); Sasha los supuso aldeanos espoleados por la ingente recompensa ofrecida por sus cabezas. Sin embargo, había algo que no terminaba de encajar…

—Están hablando en agavle —susurró Moira—. Uno muy tosco, el otro fluido. Uno con acento de Córtega, el otro… el otro me suena…

«O'Sanna no nos dejará vagar mucho más. En tres días máximo deberíamos estar volviendo, con o sin ellos».

«Ya… En fin, vamos a desayunar. ¡La jalada más importante de la jornada!». Efectivamente, cortegueño de pura raza. Los oyeron

ponerse en marcha. «¿Paramos en Vestabranca? Mataría por una milhoja…».

Tardaron todavía un buen rato en atreverse a hablar. Hator fue la primera:

—¿Sabemos quién es O'Sanna?

—Sí —contestó Rako, seco, y cuando Moira invocó al fuego la diminuta flama iluminó su mueca de desagrado—, es el líder de la Resistencia. Querrán unirse a la causa. U obligarnos a unirnos a la suya, claro.

No le sorprendió el retintín rencoroso. A fin de cuentas, los rebeldes lo habían sacado de la celda de eternidad, pero también planeado revenderlo a Verenize una vez dejó de serles útil.

A Sasha, en cambio, le daban bastante igual. No había vuelto a tener contacto alguno con la Resistencia desde que descubriera su intención de encasquetarle el trono vederés a él, aunque en el curso de los años había ido coincidiendo con diferentes peregrinos decididos a engrosar sus filas. Al parecer, recibían refuerzos y provisiones de los reinos fronterizos a la Espiral, y más recibirían ahora que Verenize había vuelto a las andadas.

Ni siquiera hubo debate: con el ejército espiral *y* la Resistencia pisándoles los talones, no quedaba otro remedio que jugárselo todo al Mausoleo. Total, teniendo la misma probabilidad de palmarla tanto huyendo hacia atrás como hacia delante, mejor escoger «la opción gloriosa», como la llamó Rako (es decir; la más provechosa en caso de salir vivos).

Así, acordaron una última incursión en el pueblo más cercano para abastecerse de comestibles que aportaran la mayor energía posible en el menor espacio de tiempo. Sasha se ofreció voluntario y, para sorpresa de todos, Anna también.

Durmieron, charlaron, durmieron otro poco más y, para cuando terminaron de ultimar los detalles, ya era de noche.

La pastelera resultó ser mejor compañía de lo que había imaginado.

Se movía silenciosa como una sombra, parte de su elegancia natural, pero el haber matado a Verenize le había conferido además cierta clase de confianza muy distinta a su amor propio. Experiencia, suponía.

En aquella ocasión, aprovechando precisamente el porte señorial de Anna, habían decidido probar otra estrategia. Nada de escurrirse a hurtadillas en mitad de la noche, nada de pegarse a cada esquina. Eso era lo que esperaban de ellos. No a una parejita de la mano, paseando desde el puerto hacia la pequeña villa dormitorio de Vestabranca. A esas horas aún quedaba gente en las calles, pero tampoco mucha, lo justo como para que, al cruzarse con alguien, la noche, los velos y el

saludo de cortesía los transformaran en otro par de jornaleros regresando juntos de la capital.

Sin embargo, tampoco querían tentar a la suerte, así que su objetivo no serían los almacenes cercanos al templo, sino las tiendecitas de la periferia, de puertas endebles y bienes puramente esenciales, donde al amanecer se agolparían los verdaderos jornaleros para darse un caprichito calórico antes de tomar el primer barco a Venfica.

—Te estoy viendo venir —suspiró Sasha, mientras intentaba forzar la cerradura de entrada con una horquilla propiedad de la mujer que ahora husmeaba el interior del local por la ventana—. Cíñete a la lista o Moira nos mata.

—Que sííí… —rezongó ella—. Ni especias, ni recetas de más de cuatro ingredientes, ni… ¡Ah!

El caballero se incorporó enseguida, mano ya en la espada, pero Anna solo aplastó más la nariz al cristal, emocionadísima.

—¡Nos ha tocado el premio gordo! ¡Higos! Qué maravilla, dan muchísima energía y son súper dulces… Hace mucho que no comemos dulces…

Chasqueó la lengua, recobrándose del infarto. Si es que cómo se les ocurría mandar a una guisandera a una misión sobre *comida.*

Al final, tuvieron que recurrir a la fuerza. Más específicamente, al hombro del caballero. Mientras Anna abandonaba su querida ventana para vigilar las calles, Sasha arremetió una, dos, tres veces, antes de que la puerta cediera con un crujido. Luego callaron, atentos a cualquier rumor indicativo de haber sido descubiertos. Nada.

Anna se coló por el hueco entre su cuerpo y el marco a velocidad de estampida, directa a volcar los dichosos higos en su macuto. Sasha fue más cuidadoso, entornando cuidadosamente la puerta al pasar, aunque en cuanto se giró la pastelera le agitó en la cara un ramo de espinacas antes de agenciárselo con un grito afónico de ilusión. Se vio obligado a detenerla cuando amagó con llevarse un tarrito de piñones «para acompañarlas». Si por ella fuera, desvalijarían la tienda entera, y no lo necesitaban. Lo que necesitaban eran víveres de nula o mínima cocción que durasen frescos al menos un par de días, como los plátanos que Anna sopesaba en esos momentos o el chocolate negro que se metió en el bolsillo mientras lo creía distraído.

Él también eligió alguna que otra cosa. Sobre todo frutos secos, energéticos y livianos, y un lomo embuchado vederés para suplir la carne que ya no podían cazar, el bosque más lleno de soldados que de presas. La barrita de pan que añadió después fue puro antojo. Anna lo pescó, señalándolo acusadoramente con un dedo; Sasha se encogió de hombros, sonriente. Se le esfumó la sonrisa cuando a cambio ella quiso hacerse con una canastilla de huevos.

—¡Pero si son muy nutritivos! —protestó en voz baja.

—¡Y también muy frágiles! ¿Qué quieres, que se te casquen en pleno Mausoleo?

Eso le cerró la boca al instante. Bajó la vista hacia la canastilla, pensativa.

—Es verdad, el Mausoleo… ¿No deberíamos llevarle una ofrenda?

—¿Una ofrenda? —repitió Sasha, descolocado—. ¿A la princesa?

Ella se encogió de hombros, como abochornada de pronto por su propia propuesta:

—Vamos a profanar su tumba para llevarnos el arma que matará a su hermano. Es lo mínimo, ¿no?

Visto así… Repasó mentalmente lo que habían recopilado hasta entonces. No deberían estar perdiendo el tiempo con eso, pero se habían juntado el hambre con las ganas de comer, que en esos momentos eran la reciprocidad cultural de Anna con la lealtad religiosa de Sasha. Se miraron un instante.

—¿Y qué quieres darle?

—Pues… —Anna echó un vistazo en rededor, buscando ideas—. No lo sé, Sasha. El que la conocías eres tú.

Pero Sasha no creía que nada de lo que hubiese allí pudiera contentar a la memoria de la princesa. No por la leche cortada o los plátanos ya demasiado pasados, sino porque nada congeniaba con ella. Nada lo suficientemente práctico, lo suficientemente afilado, lo suficientemente contundente. Sera estaba lejos de parecerse a cualquier deidad del hogar, a quienes complacerían los huevos y el pan.

Luego se acordó de Rako.

—¿Sabes? Creo que nuestra presencia bastará —dijo al fin, cerrando su macuto—. Dudo que Nize haya dejado que nadie pase a verla en estos dos siglos.

Ella asintió, satisfecha con la respuesta, y Sasha dejó unos cuantos demos sobre el mostrador, seguramente por encima del valor de lo que se llevaban. *Por las molestias,* pensó. Por la puerta rota, más bien.

—¿Por qué le llamas así? —susurró entonces Anna.

—¿Eh? ¿A quién?

—Al rey —contestó, incómoda—. Hay veces que le llamas así, Nize.

Sasha frunció el ceño. Siempre procuraba… llamarlo por su nombre de rey, el que había elegido para sí mismo y que, con los siglos, había dejado de sonarle blasfemo. De hecho, solo usaba su antiguo nombre público por acto reflejo, cuando no estaba pensando en lo que decía. O frente a Rako, también habituado a que los nombres privados debían mantenerse como tal.

—Es como nos referíamos a él cuando aún era príncipe —explicó,

escueto.

—Nunca he sabido bien cómo iba lo de los nombres privados. ¿Tú tenías uno?

Él sonrió.

—Claro. Lo sigo teniendo.

—¿Y cuál es?

Un pitido en los oídos le avisó de que algo iba mal, pero no lo suficientemente rápido.

La puerta se abrió de una patada y Anna chilló y al siguiente pestañeo una titánica figura se precipitaba sobre ellos. Rápido, Sasha arrastró a la pastelera consigo hasta el rincón opuesto a trompicones, desesperado por escapar del alcance del grueso garrote que amenazaba con aplastarlos. Lo esquivaron dos veces y las dos veces impactó contra el mostrador, partiéndolo como una simple ramita. El hombre rugió, enfurecido; Sasha desenvainó, decidido, pero no tenía bastante espacio como para asestarle un tajo y, al mismo tiempo, sortear los mazazos.

Pegada a su espalda, Anna chillaba con cada embestida, pero empuñaba una daga en la mano, lista para blandirla.

—¡Por debajo de mi brazo! —le gritó Sasha—. ¡Al estómago! ¡Yo te cubro!

—¡LADRONES! —tronaba el hombre—. ¡HIJOS DE PERRA RATEROS LADRONES!

Y, afuera, el temblor. El temblor de guardias y vecinos acudiendo raudos al llamado. Vocerío alterado pero no caótico: estaban bien organizados. Habrían dormido con un ojo abierto desde que los Vinculados los localizaran por la zona, habrían guardado bajo la cama martillos y hoces y azadas para que, de poner el Séquito un solo pie en su pueblo, jamás salieran de allí. Y quizá ni siquiera les sabían aún parte del Séquito, quizá verdaderamente les creían un par de ladrones cualquiera, pero atacarían igual. No se arriesgarían.

Con la única salida bloqueada por el hombre y su mazo, Sasha no veía otra solución más que acabar con su vida. No le gustaba matar civiles. *Odiaba* matar civiles. Pero mientras detenía un nuevo golpe comprendió que tampoco podía cargar a Anna con el peso de su muerte, porque no se lo merecía. No se lo merecía.

Por eso fingió perder pie y bajó los brazos, anzuelo que el hombre mordió enseguida, abalanzándose sobre él con el ímpetu descuidado de quien ve clara la victoria. Sasha lo repelió entonces de una seca patada en el pecho, haciéndole trastabillar hacia atrás, pero en cuanto quiso despacharlo los elementos encerrados *aullaron,* aullaron tan alto que los liberó por instinto, por inercia, desesperado por amputarse el dolor. Abierto el Vínculo, Sasha no vio la flecha; la oyó, y solo gracias al Mundo consiguió desviarla en el último segundo. No sabía de dónde

había venido, pero sí que más la seguirían.

Se giró para avisar a Anna. Mala idea.

Sasha vio las señales en su grito de horror, de advertencia; en sus manos intentando salvarlo de un mazazo que, esta vez, no pudo esquivar.

Supo que no había muerto por cómo le dolía la cabeza y porque aún le corría sangre nuca abajo. Quiso limpiársela, pero estaba maniatado por la espalda. No tenía control sobre su propio cuerpo, sobre sus propios sentidos. Solo sentía al Mundo chillar, chillar, chillar, y según recuperaba el conocimiento se llenó de pánico. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente con el Vínculo abierto? ¿Aullaban los elementos porque Nize se los estaba arrancando? Pero no, allí continuaban sus dos magias, las que se apresuró a desterrar de nuevo al fondo de sus entrañas. Le costó horrores mover toda esa ingente masa de energía, agotado y golpeado y sangrante; le costó hasta respirar cuando logró sellarlo. Una vez cerrado, los elementos callaron, pero los gritos seguían allí.

Abrió los ojos y el amanecer le devolvió la mirada. Bajo su halo sanguinolento, miles de rostros se contorsionaban, graznaban como bandadas de buitres y escupían a su paso. Sasha plantó los pies en el suelo, tratando de resistirse a los dos soldados que lo arrastraban sin piedad, pero solo consiguió la punzante amenaza de una lanza entre los omóplatos. Toda una muralla de soldados lo separaba de la turba enardecida, e incluso los niños lo miraban con gula, insultos chirriados entre dientes mostrados. «¡Traidor!», gritaban. Sabían quién era y estaba atrapado, herido y desarmado y las únicas fuerzas que le quedaban las usó para revolverse, para intentar escapar, para buscarla.

—¡Anna! ¡ANNA!

Por favor, que no estuviera muerta. Por favor, que no la hubieran matado. Era parte del Séquito, era parte de su vida, parte de él, era…

—¡Sasha!

Su voz sonó muy cerca, pero el alivio duró poco. Duró hasta que los soldados se abrieron camino entre la marea de gentes hacia un estrado. No, no era un estrado. Era un patíbulo. Sasha lo miró sin comprender. Miró cómo montaban los últimos peldaños y cómo aupaban un tocón entre varios hombres y cómo la única mujer allá arriba afilaba su hacha con ojos hirvientes de odio. Sintió el horror en la garganta. El lamento de Anna en los oídos. El pánico en el corazón, en las piernas, en las manos. Comprender le congeló los huesos.

—¡El rey nos quiere vivos! —le gritó al soldado a su derecha—. ¡El

rey nos quiere vivos!

Solo un poco más de tiempo. Solo necesitaba un poco más de tiempo. Algo se le ocurriría antes de llegar al castillo, seguro. Seguro que sí. Se revolvió de nuevo, ahora con mayor brío, pero le sobrepasaban en número y fuerza, exhausto como estaba. Intentó volver a abrir el Vínculo. Ni siquiera pudo encontrar la ranura, la entrada.

Los aullidos se le metían por cada poro, los de la multitud y los de Anna. Le aturdían, le cegaban. Sobre el patíbulo ya solo quedaban la verdugo y el hombre que los había descubierto. Ella seria; él sonriente. Ella vestida de negro; él con el manto propio de los kleos, blanco como la cal. Su rango le otorgaba cierto poder sobre los soldados espirales, pero no absoluto, pues ningún kleo estaba por encima del hijo de Var. Tenía que hacérselo ver. Tenía que hacerles ver que los deseos de aquel mortal no eran los del Eterno.

Así que insistió, ya con un pie en el primer escalón:

—Soldado, vuestro rey nos busca vivos.

—Lo sabemos —se dignó por fin a contestar, sin siquiera mirarlo—. Pero tú no puedes morir, traidor.

—No te atrevas —le rugió, pero el miedo impregnaba cada sílaba.

Lo sujetaron más firmemente a lo alto de la escalinata, sacando pecho frente al populacho. Desde allá arriba se divisaba hasta el último aldeano presente, como ratas apiñadas alrededor de la palestra para alimentarse de sus huesos. Había gente en los balcones, en las terrazas, supurando de los callejones. Había fruta podrida a manos llenas que jamás llegó a arrojarse por intervención del propio kleo. «A ojos del Eterno, la Justicia será digna o no será Justicia en absoluto», clamó, y la fruta acabó en el suelo, su hedor mezclándose con el del sudor y la sangre y el espanto.

A su lado, Anna sollozó.

—Todo va a ir bien —tuvo fuerzas para decirle (para mentir)—. No van a hacernos nada, todo va a ir bien. Anna, mírame. Anna.

Pero el tocón estaba ahí mismo, y la verdugo y su hacha, así que tardó en oír su voz, en devolverle la mirada. Cuando al fin lo hizo, Sasha vio en sus ojos un miedo tan instintivo, tan primitivo, que se le contagió como una mala enfermedad. Empezó a temblar.

—Sasha —lloró.

No sabía cómo pararlo. No sabía cómo pararlo. El kleo alzó las manos para acallar al pueblo, pero solo consiguió azuzarlo; así que entonó salmos a los dioses hasta que toda voz se unió a la suya. Entonces habló por encima del rítmico compás de los cánticos, grave y ceremonial, clamando haber sido bendecidos por fin por la diosa madre. Que por fin había escuchado sus rezos, sus súplicas. Que su hijo les concedería sus deseos, a todos y cada uno de ellos.

Sasha sintió náuseas.

—Es bajo la mirada múltiple de Var que hoy cumplo sus designios tal y como me fueron revelados durante esta noche de oración en el templo —coreó el hombre, acto seguido girándose para señalar a Anna —. Primero contendremos la amenaza de la sejmekán, quien abusó de los conocimientos por Sejmek dotados a su linaje para atentar contra su propio rey.

—¡Los pueblos libres no tenemos rey! —chilló Anna en un último estallido de rebeldía, ojos rojos de llorar y voz aguda de terror.

A partir de ahí todo sucedió muy despacio y muy deprisa a un tiempo. Sasha notaba el cuerpo dormido, efervescente, mientras presenciaba cómo Anna era arrastrada al centro del patíbulo. Gritaba tanto que dejó de oírla, ruido de fondo tras la sentencia del kleo, tan serena e inexorable como hierro al rojo:

—Por la traición a Sejmek, a Var y a su hijo, te despojamos de su poder.

No, le dio tiempo a pensar.

—Conservarás la vida, pues nuestro vere nos ama a todos por igual, pero tus manos serán preparadas como ofrenda al Eterno, bañadas en un oro que no te mereces y purificadas en el agua del templo. Serán la única parte de ti que pase al Trascielo.

No.

Un único soldado bastó para inmovilizarle ambos brazos sobre el tocón. Sasha no podía apartar la vista del relámpago blanco que era su piel, de cuánto contrastaba contra la madera. No creía que existiera una sola criatura en aquella ciudad que no estuviese chillando. No creía que pudiera dejar de gritar jamás. Y gritó. Y siguió gritando cuando el hacha descendió, y cuando el blanco se partió en dos de un corte limpio, limpísimo.

Vio el hueso antes de que la sangre lo cubriera. Anna se desplomó. Sus manos no. Parecían dos figuritas de porcelana expuestas en una redonda bandejita de terciopelo rojo. El kleo tomó las manos seccionadas y las mostró a su público; Sasha intentó despertar de la pesadilla y no lo consiguió. Habría querido comprobar que Anna estuviera bien, pero no tenía ojos más que para sus manos aún plagadas de anillos, palmas cara al sol como rezando por sí solas.

Se llevaron a Anna y Sasha ya no gritó. Tampoco cuando le llegó el turno, una garra en su nuca obligándolo a arrodillarse frente al tocón. No ofreció resistencia porque ni siquiera recordaba qué significaba esa palabra. Solo quería que parase.

Apenas asimiló el discurso del kleo. Lo tachó de ingrato y de traidor, nada nuevo; expuso que su cabeza sería separada de su cuerpo y enviada a la corte espiral en distinto carruaje, imposibilitando así su resurrección sin previo beneplácito del rey. Sasha ni siquiera sabía si

podría volver de algo así. Una vocecilla interior le dijo que tampoco las manos podrían volver a Anna.

En el último segundo, Sasha vio el incendio. Era un incendio de verano y no lo era, era una jauría de llamaradas que lo devoraba todo a su paso, aflorando por cada bocacalle con fauces de humo y lava. Sabía lo que significaba, pero también sabía que era demasiado tarde. Distinguió su figura entre las llamas y se alegró de poder verle al menos una vez más.

—Rako.

Y, de pronto, el golpe sordo de acero contra madera.

Nunca llegó a sentir dolor. Lo que sintió fue vértigo, extrañamente consciente de que eso que se precipitaba hacia el vacío no era su cuerpo.

No. Solo un pedazo de él caía.

El horror se lo comió todo.

20
A SU RUTA DE ESCAPE

Sasha.

Sasha.
Sasha.

Eso era lo único en lo que podía pensar. En eso y en el sonido de su propia respiración, demasiado parecida al graznido de un cuervo, agonizante, descarriada, aterrada. Seguía notando el calor del pueblo ardiendo a su espalda aun cuando debían de llevar huyendo siglos. Oía otras respiraciones en rededor, pero no se atrevía a mirar, no se atrevía a mirar más que al frente, a su ruta de escape, al negro bosque que atravesaban.

Ellas gritaban un nombre, ¿qué nombre? Ah, sí, el suyo. Rako.

No lo quería oír. Porque.

Sasha.

Sasha.

Sha…

—¡Para! ¡Para, Rako!

Obedeció. La carcasa que era su cuerpo se giró hacia la voz de Moira. Parecía kilómetros atrás. Todo era lava y sombras allí, el relumbre del fuego recortando la silueta de los árboles, de las chicas. Acarició suavemente el pelo de Sasha, manteniéndolo cerca, acunándolo contra su pecho. Dentro de poco le pediría que se lo recortara otra vez. Para eso primero tendría que lavarse las manos, porque tenía los dedos pegajosos de rojo. Tendría que lavarse entero. Apestaba a sangre y vísceras.

Moira ayudaba a caminar a Anna. Antes la llevaba en brazos. Ahora la pastelera estaba despierta y la forma en la que se miraba los brazos, esos que ya no terminaban en manos, era muy parecida al vacío. A la locura que a él le rotaba por dentro, negra y revuelta y

espiral. A lo mejor no estaba despierta, no del todo. Él tampoco. Parte de él siempre estaba durmiendo.

Sasha.

—¡Rako! —le llamó Sera.

No.

Hator.

Hator llevaba a rastras el cuerpo de Sasha. «Soy la más fuerte», había dicho en algún momento (¿Horas? ¿Días? ¿Años?), antes de echárselo al hombro pero después de intentar separarle a él de la cabeza. La cabeza de Sasha, esa entre sus manos. La abrazó con más fuerza.

Llegaron a su altura y todo era negro. Moira se acuclilló junto a Anna, quien cayó de rodillas como un fardo pesado. Sus muñones seguían sangrando y Moira no perdió tiempo, invocando al fuego para después extraer de una alforja telas, vendas, bálsamos. Hilo.

—Anna, ahora necesito que confíes en mí. En mí y en el fuego.

Él dudaba de que la pastelera pudiese oírle siquiera. Ah. Había sido pastelera. Ya no. No sin manos. Sasha tenía los ojos cerrados y él tenía tanto, tanto miedo. Los suyos iban de los antebrazos sin manos al hilo que ahora Hator enhebraba rápidamente en una gruesa aguja. Era la que había usado Anna para bordar sus faldas, el hilo dorado casi una cinta, de lo grueso.

—Rako. —Hator alargó la mano hacia él.

¿Qué quería? ¿A Sasha? No.

—No —dijo, sin reconocer la voz en su garganta—. No.

Hator tumbó el cuerpo decapitado sobre la fresca hierba del claro y él se lo quedó mirando. Era extraño. Que estuviera ahí tendido cuando notaba bajo las yemas el subir y bajar de sus escarificaciones de caballero. Oyó un siseo y un largo aullido de dolor; olió humo y carne quemada. No era momento de ponerse a cocinar. Pero ¿quién iba a cocinar? La pastelera no tenía manos ya.

—Rako, ven —insistió Hator, más suave de lo que jamás la había oído—. Ayúdame. Sasha no puede revivir si no está completo.

Dudó. No quería desprenderse de Sasha.

Sasha.

Sasha.

De la cabeza de Sasha.

Pero al final su cuerpo se movió solo (no el de Sasha, no, ese no, el suyo), arrodillándose junto a ella y posando la cabeza del caballero donde pertenecía. Lo miraron durante unos segundos eternos, expectantes, esperando que los tendones y músculos y vértebras de su cuello se estirasen como ganchos para soldarse a sus hombros. No pasó, claro. Resucitar no era tan fácil.

Hator se inclinó sobre el caballero, aguja en mano, y él rugió.

—*No.*

Segundos en negro y de pronto la aguja en la suya. El hilo era un río de oro y su caudal estaba a punto de desbordarse entre sus dedos, como la sangre que los manchaba. Hator le apoyó una mano en la muñeca, la que él sí tenía, no como Anna. La coleta alta en la que llevaba recogido su cabello rubio era otro río.

—Está bien, está bien. Lo hacemos juntos, ¿vale? Yo no le toco, tranquilo. Vamos, Rako.

Moira intentaba evitar que Anna gritase. Él pensó que al menos Sasha no podía gritar. Sus manos temblaban mientras mantenía unida piel con piel, la aguja hundiéndose en su cuello como el delfín en el mar. ¿Funcionaría? Hator le susurraba palabras de ánimo que le sonaban a salmos y él confiaba en ella más que en sí mismo y más que en nadie en el mundo de los vivos. Porque la quería con cualquiera de sus cuerpos. Y si debía haber alguien a su lado mientras reconstruía a Sasha de vuelta a la vida por supuesto que tenía que ser ella. Ella, fuera Sera o fuera Hator, pero ella.

La aguja entraba y salía en un zigzag bruñido y todo olía a carne quemada y a orina y a un miedo primigenio que le latía en el hígado, en el corazón y en la punta de los dedos que sostenían la aguja que entraba y salía en un zigzag bruñido y todo olía a carne quemada y a orina y… Hator le acarició el pelo a Sasha y él se lo permitió. Le permitió también tocarlo para darle la vuelta y luego para ponerle boca arriba de nuevo.

Cuando terminó, lloró, y Hator con él.

Parecía una corona, la herida cerrada con hilo dorado. Una corona llena de aristas y hecha de tejido basto. Le temblaban las manos cuando tensó el hilo para que Hator lo cortase con las tijeras de costura de Anna. Las que ya no podría sostener, porque no tenía manos.

Se volvió a mirarlas. Moira la abrazaba estrechamente, pero Anna tenía los ojos clavados en algún punto lejano del bosque. Ambas heridas habían sido cauterizadas y vendadas. Se preguntó si sería suficiente. Anna pasó a mirarlo a él y se le cayó una lágrima. A ella y a él.

Otra vez mirando a Sasha.

Sasha.

Se inclinó para darle un beso.

—¿Bastará? —preguntó en un hilo de voz. Este no era dorado, pero sí fino.

Hator frunció los labios.

—No lo sé… Pero si alguien puede volver de su decapitación, ese es Sasha.

Cierto.

—Cierto —repitió en alto, aunque no estaba seguro de haberlo dicho. Por si acaso, lo dijo dos o tres veces más.

Sasha.

21
PRINCIPIO Y FIN

Esta vez, recobró la vista lo primero, pero de nada le sirvió, porque mantuvo los ojos cerrados hasta el final. Poco a poco, la vida fue colmando sus músculos, saciando sus venas de sangre y sus pulmones de oxígeno. Le dolía cada vértice, le dolía hasta respirar, aunque peor era aún ese ardor continuo en la garganta, esa presión…

Abrió los ojos en el último segundo, ya vidriosos mientras intentaba incorporarse para buscar a Anna, tanteando la hierba en pos de su espada solo para encontrar en su lugar otra mano que entrelazó los dedos con los suyos fuertemente.

Sobre él una explanada de estrellas tan amplia como en la que se hallaba tendido, ni un solo árbol alrededor. Se sintió a un tiempo expuesto y libre, al menos hasta que Rako se inclinó para abrazarlo, de entre sus labios cayendo palabras incoherentes que fue incapaz de procesar. Quería preguntar por qué estaban al descubierto, qué había sido de la villa, dónde estaba Anna. Pero no podía. La voz no le salía, atrancada en la garganta, raspando sus cuerdas vocales.

Y, de pronto, recordó. Recordó la fría y desagradable sensación del acero hundiéndose en su cuello y enseguida se llevó una mano al tajo para asegurarse de que seguía vivo. De que realmente había resucitado de una maldita decapitación. Sus dedos toparon con un entretejido rugoso rodeándole la garganta y tiró de aquellas puntadas que habían posibilitado su reconstrucción pero que ahora la coartaban, su piel pugnando por crecer encima mismo de la tela, si hacía falta.

Rako comprendió al instante y entre los dos deshilvanaron la costura, el hilo lijando al salir la carne que lo había parasitado. Al terminar Sasha tosió sangre, pero las puntadas tardarían poco en cerrarse. Para la cicatriz, en cambio, no había solución. Amargo, trazó con las yemas la espinosa gargantilla que ya jamás podría quitarse,

gruesa y terrible. Cuando alzó la vista hacia el daena, este le devolvió una sonrisa triste, aún manteniéndolo semiincorporado en su regazo. Aunque notaba otras miradas atentas, nadie se acercó.

—¿Puedes hablar? ¿Estás bien?

—Sí… —La voz le salió áspera. La verdad, ni siquiera parecía su voz, y se preguntó si eso también se quedaría así para siempre. Esperaba que no. Bastante tenía con verse obligado a pasar por todo aquello como para encima acabar siendo irreconocible—. ¿Anna…?

—Estamos en ello —contestó él, mientras lo ayudaba a sentarse en mariposa.

La buscó con la mirada.

Con ella había dos desconocidos.

Sasha cuadró los hombros al momento, preparado para atacar, pero la resurrección le había drenado las fuerzas, así que se limitó a vigilarlos desde allí. Uno examinaba detenidamente los vendajes de Anna; el otro cuchicheaba con Moira en un idioma que no reconoció. Hator estaba sentada entre ambos, rígida y relajada al mismo tiempo. Esto último le transmitió un mínimo de confianza.

Anna se volvió hacia él, pálida como un cadáver y sudorosa. Tardó un par de segundos en sonreírle.

—Ah, Sasha. Qué bien verte entero.

El caballero se deslizó a su lado, ignorando la enorme mole que ahora fijaba con un broche las vendas de su antebrazo izquierdo. Si los demás los habían considerado dignos de confianza, no sería él quien protestara, no mientras ese hombre anduviera toqueteando las heridas de Anna.

—¿Cómo estás? —le preguntó, aunque se arrepintió al momento. ¿Cómo iba a estar?

—Viva —contestó, sonriendo fantasmalmente—. Ya es más de lo que estabas tú hace un segundo. Ahora me llevas ventaja.

Vale, estaba conmocionada. Sasha pasó una mano por sus largos cabellos castaños, pero luego volvió la vista hacia los desconocidos, su voz distorsionada ahora el gañido de un lobo:

—¿Quiénes sois?

Ellos lo miraron, tan distintos uno de otro como podían serlo dos hombres. El más cercano le sacaba varios cuerpos, y, teniendo en cuenta que Sasha ya era corpulento de por sí, eso lo convertía en un peñasco. Más aún con la cabeza rapada profusamente tatuada y esa pobladísima barba rizada como matojo trigeño de verano. Todo en él, desde la tez hasta los ojos, era más claro que en su compañero, de piel oscura y cabello negro. Lo llevaba recogido en una trenza larguísima que armonizaba con su fisonomía, no la de un guerrero de peso sino más bien…

Moira alzó las cejas.

Más bien la de un arquero.

—Vedra y Tena, de la Resistencia —respondió este último en un agavle perfecto, con exactamente el mismo acento que Moira—. O'Sanna nos encomendó serviros de apoyo, sin condiciones ni obligaciones.

—Es mi hermano —confirmó la propia Moira.

Sí, se veía a leguas. Estudió sus rasgos, más adultos y aristocráticos, y al sentirse observado el tal Vedra le sonrió con idénticos dientes afilados pero sin rastro del agudo sarcasmo tan característico de su hermana pequeña. Sasha permaneció impávido.

—No vamos a unirnos a vuestra Resistencia —advirtió—, así que si tenéis int…

—Como ya hemos dicho —le cortó Vedra, elegante y calmado—: Sin condiciones ni obligaciones.

Silencio. No tenía motivos para sospechar, lo sabía. Primero porque el Mundo permanecía callado y segundo porque, según Moira, su hermano era la persona más fiel a la profecía jamás habida. Cruzó miradas con Rako, quien se encogió de hombros, dejándole formarse su propia opinión.

Al final, Sasha bajó la cabeza en un saludo respetuoso.

—Mi padre se llamaba Tena —dijo, por toda ofrenda de amistad. El otro Tena le devolvió el gesto, sonriente—. Supongo que debes de ser sanador, ¿verdad?

Este asintió.

—Sí. O'Sanna pensó que os haría falta uno si ibais a andar jugando con fuego. —Sasha no hubiera descrito a Verenize precisamente así, pero bueno—. Eso sí, milagros no hago, así que voy a invocar a un demonio de musgo para que…

—*No* —zanjó el caballero de inmediato. Jamás su voz se había parecido tanto a un rugido como entonces, y todos saltaron ante la violencia de su tono—. ¿Estás loco? ¿Tan desesperados estáis los askalíes que ahora metéis al enemigo en casa?

Tena parpadeó, descolocado. Luego frunció los labios en una fina línea.

—Capitán —empezó, con cautela—, hay demonios que se oponen a Astrae. Muchos piensan que se está metiendo en asuntos de mortales, y los que me siguen…

—No puedes fiarte de un demonio. En cuanto se vaya le dirá a Verenize dónde estamos.

Y, ahora sí, cuando Vedra intervino lo hizo con el mismo brillo desdeñoso en la mirada que Sasha llevaba meses viendo en la de su hermana:

—El Eterno aún desconoce la localización de la Resistencia pese a llevar ya décadas tirando de círculos. Pero, independientemente de si

son o no de fiar, un demonio de musgo no hará más daño y lo sabes.

Sasha encajó el golpe sin inmutarse, aunque Rako le dio un pequeño apretón en el hombro, sabiéndolo dividido. Por mucho que detestase la idea, era cierto que los demonios de musgo siempre actuaban al margen del resto de su especie. Por eso le gustaban. Nunca intentaban retorcer el trato, ni alargarlo, ni embellecerlo. Se limitaban a curar la herida, cobrar el precio y marcharse.

No podían permitirse el lujo de rechazar esa ayuda.

No cuando estaba claro que Anna no sobreviviría sin ella.

—De acuerdo —carraspeó al fin, incómodo.

Los dos rebeldes se miraron. Luego Tena le tendió a Anna y Sasha la acomodó contra su pecho con delicadeza. Sus ojos castaños seguían idos, a veces posados en él, a veces en Vedra, a veces en las estrellas, a veces en sus muñones. Tras esto último siempre fruncía el ceño, confusa, así que volvía a centrarse en el caballero, lo que parecía calmarla.

Tena no perdió tiempo y trazó el círculo de invocación en el aire, lo que le puso de peor humor. A fin de cuentas, muy pocos invocadores poseían la destreza necesaria como para canalizar su magia sin tinta ni carbón, y eso solo tras años de formación exhaustiva. Para apaciguarse, escogió pensar que, como sanador, simplemente tenía mucha experiencia acumulada con ese círculo en específico.

La espiral rotaba lentamente dentro de los confines luminosos del trazado, tal y como había girado dos siglos atrás en la sala de curas del castillo, la última vez que había visto un demonio de musgo. Ese día, Verenize había destrozado con un flagelo el cuerpo de su doble y, al interponerse entre ambos, el pecho a él. Aún tenía la cicatriz.

Los demonios de musgo pertenecían a las más altas castas de su especie, de modo que un aspecto humanoide era de esperar. Sin embargo, por alguna razón la inmensa mayoría de ellos compartía el mismo rostro anciano, arrugado y chupado; el mismo cuerpo encorvado y esquelético, de piel pergaminosa negra como brea y cráneo pelado del que brotaban púas punzantes. Aquel no fue la excepción. Saludó en silencio a su invocador, con quien parecía familiarizado, y pronto se cernía sobre caballero y pastelera. Sus garras enjutas señalaron los muñones; Tena retiró ambos vendajes. Durante unos larguísimos segundos, nadie habló, congelados en el tiempo mientras los ojos dorados de la criatura ponderaban si brindarles ayuda.

¿Conserváis las manos?, les preguntó mentalmente. Anna gimió, hundiendo el rostro en el hombro de Sasha.

Para su sorpresa, sí que las tenían. Hator tragó saliva y se acercó su macuto, del que sacó un revuelto de paños sanguinolentos. Cuando

terminó de desenvolver las manos ya rígidas de la pastelera, Sasha agradeció que no hubiesen intentado cosérselas como hicieran con su cabeza. Habían comenzado a oscurecerse. A su lado oyó el siseo impactado de Rako.

El demonio entrelazó sus dedos con los dedos muertos. Esta vez apenas tardó un instante en negar con la espinada cabeza:

Demasiado tarde. Están podridas.

Horrorizado, Sasha bajó la vista hacia Anna, pero esta no reaccionó, y comprendió que la criatura había tenido la delicadeza de excluirla de la conversación. Sintió una oleada de gratitud que se agrió en cuanto sus palabras calaron. ¿Cómo podridas? ¿Tan rápido? Se fijó bien en ellas, solo entonces dándose cuenta de que había pasado muerto mucho más tiempo de lo normal. Quizás un día entero. O dos. Sin pensar, se toqueteó la nueva cicatriz.

Puedo sellar las heridas, continuó el demonio, pasándose una garra por el brazo para empujar toda una capa de preciado icor de musgo, espeso y grumoso. Tena juntó las manos en cuenco para recolectarlo. Allanaré la cicatriz, por si quisierais Pactar un nuevo par a un demonio artista. La simetría abarata los costes.

Murmuraron distintos agradecimientos y poco más. Ni siquiera se les había ocurrido la posibilidad de comprarle una reconstrucción, pero sabían que no podrían pagarla. No solo por los precios desorbitados que exigían los demonios artistas; sino también porque todos ellos servían ciegamente al rey eterno. Después de todo, era su cliente principal.

Hator tendió al demonio los trapos manchados de sangre, ofreciéndoselos como pago. Sin embargo, este volvió a negar con la cabeza, y Sasha frunció el ceño. Nunca había oído de ningún demonio de musgo que no cobrara sus servicios con algo perteneciente a la víctima (preferiblemente ensangrentado)… Intercambió miradas con Tena, quien parecía igual de perplejo.

Uno de los vuestros ya fue sanado por uno de los nuestros, explicó. En estos casos siempre pedimos la cicatriz.

Ah, ese era él. El caballero asintió, diligente, y aunque ignoraba a qué se refería exactamente dejó a Anna en brazos de Rako y se puso en pie para quitarse la camisa. Ninguno hizo siquiera amago de apartar la vista. Se sintió incómodo, tanto por la piel expuesta como por la atención, pero tenía cosas más urgentes en que pensar.

Esto.

Las uñas del demonio escarbaron bajo el reborde de negra piel escamosa que componía la cicatriz de su torso. Eran afiladas como espolones, y por un momento Sasha temió que fuera a reabrirle la herida. Tenso pero dispuesto, apretó los dientes cuando sus dedos

nervudos por fin encontraron una esquina de la que tirar. Y tiraron.

La piel se despegó con un ruido desagradable que jamás olvidaría, revelando carne tirante y brillante debajo. Salió entera de una vez, de golpe, como muda de serpiente, y antes de que el caballero pudiese siquiera entender qué estaba pasando el demonio se la metió en la boca y masticó, crujiente entre sus colmillos pero ya blanda al tragarla.

En cualquier otro momento, el espectáculo le hubiese provocado náuseas, pero estaba obnubilado por la gruesa pero mundana cicatriz que había dejado a su paso. Era como si hubiese curado de forma natural y no con icor de musgo. Era humana. Alzó la vista hacia el demonio.

—¿De verdad es esto un precio? Siento que es otro Pacto, el librarme de… esa piel.

Para nosotros lo es, contestó, antes de regresar a su vórtice sin una sola palabra o gesto o mirada más. Sasha se estremeció mientras se ponía de nuevo la camisa, pero nadie le prestaba ya atención.

Porque Tena estaba aplicando el musgo en los muñones cauterizados de la pastelera, a quien Rako aún sostenía firmemente acurrucada en su regazo. Se iba a curar. Se iba a curar y eso era lo importante. Ya pensarían después… Ya pensarían después cómo se las apañaría de ahora en adelante. Solo el pensar en no pensar le llenó de aprensión, y al apartar la vista reparó en la mueca de determinación del daena real, sus ojos fijos en la costra de icor sobre las heridas de Anna. No sabía qué estaría rumiando, o planeando, pero algo le decía que tenía que ver con sangre.

Anna estaba dormida y, con suerte, seguiría estándolo unas cuantas horas más.

Los rebeldes no solo compartieron sus provisiones, sino que salieron a cazar, brindándoles la primera cena en condiciones desde hacía semanas. Sasha masticaba despacio, mitad por regocijo mitad por precaución, aunque Tena y Vedra no le quitaban ojo, como si en cualquier momento la comida fuera a escapársele por alguna puntada sin remendar de la garganta. No los culpaba. Él tampoco las había tenido todas consigo hasta que hubo bebido un vaso entero de agua, comprobando así que todo estaba en su sitio.

La ronda de preguntas llegó antes de lo previsto, con Sasha estudiando un diminuto cubo de pirita natural que Tena le había mostrado.

—¿Así que esto nos hace invisibles?

—Algo así —respondió este, señalando al cielo estrellado. Solo

entonces detectó el caballero la cúpula sobre sus cabezas, irisada como una pompa de jabón e igual de frágil en apariencia—. ¿Lo ves? —Asintió—. Mientras nos mantengamos dentro de sus tres metros de alto y tres de radio nadie podrá vernos. Nos camufla con el entorno.

—¿Continuamente?

—No. Se activa pidiéndoselo por favor. —Suspiró—. Los demonios insurgentes son bastante… peculiares.

Sasha también suspiró, pero por otro motivo.

—Si hubiéramos tenido una… —susurró. A su lado, Rako asintió.

—Difícil —quiso consolarlo el hermano de Moira—, son muy raras, y, por tanto, muy caras. Si O'Sanna nos confió esta fue únicamente para protegeros a vosotros. Y, además, tienen sus limitaciones. —Sonrió—. Han de usarse en campo abierto, porque esconden todo lo que entra en contacto con la cúpula. Hasta el soldado más tonto se daría cuenta de que falta medio árbol.

—Entiendo.

Le devolvió la pirita a Tena, quien se la guardó en el bolsillo. Como las dos brujas al plantarse en su casita, los dos rebeldes vestían prendas frescas pero resistentes, de camisolas abiertas a los costados y anchos cintos de cuero a la cintura. Botas altas a pesar del ardiente calor de verano; saquitos prendidos a los cintos. Sasha se sorprendió observando a la pareja de hermanos, tan parecidos físicamente pero tan radicalmente opuestos cuando de la Elegida se trataba. Vedra le hablaba con respeto, casi reverente; Moira, con su brusquedad habitual. Y, sin embargo, ella contestaba a ambos con la misma familiaridad cariñosa. Supuso que su dinámica vendría de lejos, del año que Hator había pasado intentando enseñar al millenguas el lenguaje de la profecía («La lengua del profeta», como la llamaba él).

Fue mientras presenciaba otro rifirrafe entre ellas que reparó en las quemaduras y apósitos. Culpable, buscó a Rako con la mirada. Ya había notado que tenía sangre seca bajo las uñas, en los dedos, en el rostro, hasta en la ropa; pero creía que se habría manchado al sujetarlo. Al sujetar su cabeza.

—¿Estáis…? —balbuceó, de nuevo turbado por lo gutural (ajena) que sonaba su voz—. ¿Estáis heridas? —Se sentía culpable. Con todo lo de Anna, había descuidado al resto—. No os he dado las gracias por…

—Ni las vas a dar —le cortó Moira, seca—. El Mundo nos avisó y nosotros hicimos lo que debía hacerse.

No mencionó el incendio. No sabía que Sasha había llegado a ver las llamas, a escuchar los primeros gritos. Así que él tampoco quiso sonsacárselo, porque el fuego jamás las perdonaría. Jamás les perdonaría lo que le habían hecho hacer para salvarlos. Por eso las quemaduras. Un feo recordatorio de las vidas sacrificadas a cambio de

las suyas.

¿Cuántos más morirían por su causa? Estaba tan, tan cansado…

Anna se revolvió en sueños, ya sonrojada y seca de sudor. Sus muñones empezaban a revestirse de la misma piel de serpiente que había acompañado al caballero durante doscientos años. Esa que no volvería a verse en el espejo. Otro cambio más. Aunque, cuánto más lo pensaba, menos le importaba. No importaba cómo acabara su cuerpo mientras le pusiera fin a todo aquello.

Pronto, se dijo. No podía permitirse que otros continuaran muriendo, sufriendo.

Cuando alzó la vista, se topó con las miradas de los tres miembros restantes del Séquito. No necesitaron intercambiar palabras para cumplir cada uno su parte. Hator se volvió hacia el sanador, Moira extrajo de su bolsa el antiguo tomo de regadíos del caballero, Rako se vendó una vez más los ojos con el pañuelo negro. El momento de respiro había terminado.

Continuaron en silencio mientras Tena le tendía al daena el frasco de líquido incoloro con el que Anna había caído rendida. A Rako tardaría un poco más en hacerle efecto y, aunque Sasha detestaba la idea de dormirlo para prevenir cualquier fuga de secretos, sabía que no había otro remedio. Ambos lo sabían. Así que Rako le dio un traguito, se la devolvió a su dueño y luego se tendió junto al caballero con la cabeza en su regazo. Sasha le acarició el pelo distraídamente antes de abordar el tema más seguro de tratar hasta que se durmiera:

—Quiero saber cómo nos encontrasteis, cuánto de fácil os fue y con cuántas brigadas os cruzasteis por el camino.

Los rebeldes asintieron. Fue Vedra quien tomó la palabra.

—Uno de nuestros informantes en el castillo de Venfica notificó que habías sido retenido prisionero tras una incursión fallida durante el Color —explicó—. Estábamos planificando el rescate cuando se Anunció la recompensa por el Séquito, de modo que cancelaron la operación y nos enviaron a nosotros como apoyo; a Tena por utilidad y a mí por familiar. Os hemos ido rastreando a través de mi sangre.

—Así que, en realidad, habéis estado siguiéndome a mí —comprendió Moira.

Sasha asintió, hasta cierto punto aliviado. Con lo cerca que habían estado de atraparlos, había creído que tenían a varios equipos rebeldes tras ellos, pero al parecer solo había sido una pareja la mar de espabilada. Mira que rastrear la sangre de su hermana con la suya…. Retorcido, pero efectivo.

—Las brigadas espirales se mueven en grupos de cinco soldados y un invocador, pero sin nada más que pisadas, recuerdos o retales sus demonios brújula son inútiles —continuó el millenguas con tono neutro—. Habéis sido muy cuidadosos borrando vuestras huellas.

Supongo que os ayudaban los elementos, ¿no? —Las brujas asintieron —. Ni una mísera brizna de pelo, ni una sola gota de sangre, ni…

—Por eso nos llevamos las manos —añadió Hator, incómoda—. No queríamos que las usasen… para absolutamente nada.

Todos contuvieron el impulso de mirar el pequeño parche de tierra removida donde estaban enterradas las manos de Anna. La tierra les había hecho el favor de hundirlas muy, muy hondo, para resguardarlas del olfato de todo perro o demonio.

—¿Alguna Anunciación relevante que me haya perdido?

—No. —Moira se encogió de hombros—. O Verenize aún no se ha enterado de lo que ha pasado, que lo dudo, o lo está encubriendo.

El caballero asintió.

—Tiene sentido. Reconocer que seguimos en Veda sería poner en evidencia a su ejército. Y a sí mismo.

Silencio.

—Y, ahora, ¿cuál es el plan? —preguntó Tena. A la luz de la hoguera, los tatuajes de su cráneo parecían moverse.

¿Deberían confiárselo? No los conocía. Ni siquiera sabía si le daban buena o mala espina… Sí, la Resistencia le tenía tantas ganas a Verenize como cualquiera de ellos, y Vedra jugaba con ventaja al ser hermano de Moira… Pero eso tampoco significaba nada. Que le preguntaran a Sera. Seguro que nunca sospechó que su hermano podría llegar a convertirse en semejante monstruo. Sasha frunció los labios, disgustado por ese pensamiento y por el siguiente, ese que le decía que, de no haber muerto Sera, Nize jamás habría cambiado.

Pero había cambiado, se había convertido en un monstruo, y eso era lo importante. No los pasados que nunca fueron.

Oyó a Rako respirar hondo y Sasha lo miró. Su pecho subía y bajaba a ritmo pausado pero constante, plácido.

—¿Rako? —probó a llamarlo, suave. Cuando confirmó que estaba profundamente dormido se irguió de nuevo para contestar por fin a Tena—: El plan es el de siempre; hacernos con la única arma capaz de matar al rey.

Los rebeldes se miraron, desconcertados.

—Habíamos… —balbuceó Vedra— habíamos supuesto que la incursión al castillo había sido una tentativa de cumplir la profecía. —Frunció los labios—. También se barajó un cambio de idea por tu parte, capitán, aunque somos conscientes de que no te convence lo de encargarte tú mismo.

Le hizo gracia la forma en que lo dijo. Era una traducción directa de los «sabemos que no quieres hacer tu trabajo» de Moira, pero con tacto y, extrañamente, respetuosa. Le sonrió.

—Llámame Sasha, ya hace varios siglos que no soy capitán. Y, no, esa maniobra tenía por objetivo recuperar un mapa que señalaba

exactamente la ubicación del arma. ¿Moira?

Esta asintió y pescó al susodicho de entre las páginas del tomo amarillento para tenderlo ante ellos. Sasha no había llegado a verlo nunca, así que se estiró lo máximo posible sin despertar al daena dormido en su regazo, reconociendo enseguida la geometría de la antigua Venfica. Sin embargo, eso fue a lo único que le encontró sentido, el pergamino atiborrado de garabatos de colores. Afortunadamente, Moira y Hator habían tenido tiempo de sobra para estudiárselo, así que la primera compartió algunas de sus conclusiones, como que las líneas en tinta verde registraban las nuevas delimitaciones entre distritos o que las rojas marcaban los túneles construidos bajo mandato del rey, ahora inundados. Cuando acabó, Sasha estuvo a punto de preguntarles por qué creían que la Manera estaba en el Mausoleo, ya que no mostraba ningún indicador especial. Luego Moira dio la vuelta al mapa y lo entendió.

Allí, en el reverso, un plano del Mausoleo. Y de su subsuelo. Al parecer, incluso la tumba de su hermana era una herramienta más para el Eterno.

Ni siquiera le sorprendió que el diseño del laberinto siguiese las curvas y espirales de las cerraduras de las celdas de eternidad. A Nize siempre le habían gustado los dobles sentidos, los simbolismos, la parafernalia. Se alegró de que Rako estuviera dormido.

La única buena noticia era la hilera de gotitas doradas señalando el camino correcto hasta su centro.

Debatieron durante horas sobre cómo llegar, entrar y salir con vida del Mausoleo; sobre cómo aprovechar cada una de sus habilidades en cada uno de los tramos. Señalaron los túneles y también las calles, y toda duda sobre el funcionamiento de la pirita Pactada fue resuelta. Discutieron y se relajaron y volvieron a discutir antes de alcanzar un acuerdo. Y, de vez en cuando, también comprobaban que Rako siguiera dormido, aunque Sasha sabía que les avisaría en cuanto empezara a desvelarse.

—No os quiero en el Mausoleo —espetó Moira bruscamente a los rebeldes. Sasha lo achacó a la familiaridad de encontrarse de nuevo con su hermano—. Tú no pintarías nada ahí y tú solo serías medio útil en caso de que nos pillaran, y digo medio porque si nos hieren de gravedad ahí dentro estamos muertos y si invocas a un demonio que resulte estar de parte del Eterno también estamos muertos. Y alguien tiene que cuidar de Anna y avisar a la Resistencia si la cagamos, así que tema zanjado.

Ambos comenzaron a protestar, alteradísimos.

No fueron los únicos.

—No —carraspeó Anna mientras se incorporaba torpemente sobre los codos—. Ni se os ocurra ir sin mí.

Moira se levantó con un suspiro para ayudarla a sentarse erguida y luego se sentó a su lado. Ella se dejó hacer, débil, pero el fuego en sus ojos hinchados de llorar y dormir no lo era, así que Sasha abrió la boca para decirle…

—*No* —repitió, cortante—. Soy parte de la profecía. No me quedaré atrás, tenemos… Tenemos que estar juntos. Lo sabéis. Esto…, mis manos… —hizo una pequeña pausa, como si esa palabra le sonara extraña en la lengua—, solo ha sido un imprevisto. Todavía puedo defenderme.

—No, no puedes —replicó Moira sin achantarse—. No solo es peligroso que vengas, sino que también puedes resultar un estorbo. —Sasha chasqueó la lengua. Mira que había maneras de decirlo con un mínimo de delicadeza…—. Además, no sabemos si tú ya cumpliste tu parte de la profecía cuando mataste al rey para llevarte a Sasha.

—¿Mataste al rey? —exhaló Vedra en un susurro impresionado, mirándola de arriba abajo con renovado interés.

Sasha quiso contestarle que sí, que por supuesto, que Anna no era ninguna dama indefensa…, pero se contuvo, porque sería hipócrita. Sería tremendamente hipócrita clamar lo fuerte que era mientras le decía que en esa misión debía quedarse al margen.

—Anna, volveremos enseguida —intentó tranquilizarla Sasha.

—¿Como volviste enseguida del castillo? —escupió ella, venenosa—. Porque también iba a ser entrar y salir y luego resultó que Chandra nos había mentido y que él lo sabía, que él lo sabía, Sasha. ¡Y sabe que vamos a ir! ¡Nos oiga a través de Rako o no, sabe que vamos a ir!

Moira contraatacó, ajena a la forma en que los rebeldes los miraban, atónitos por la repentina violencia; ajena a la forma en que Hator se masajeaba las sienes, ajena a la forma en que podría despertar al propio Rako.

—¡Claro que lo sabe! Como sabe que la Resistencia nos ha encontrado. Y eso nos viene bien, porque entonces *sabe* que ahora tenemos muchas más opciones. Podríamos irnos con ellos y volver con un ejército, o incluso esperar meses, años, antes de colarnos en…

—¡Ni siquiera sabemos si sigue allí! ¡El muy desgraciado ha tenido tiempo de sobra para cambiarla de sitio!

—La Manera sigue allí —intervino por fin Hator, tajante. Ellas callaron al instante y la miraron con ojos muy abiertos, nada acostumbradas a que se les metiera en fuego cruzado—. Sigue llamándome a todas horas. Llama a los elegidos de la profecía, y esos somos nosotros cinco. —Respiró hondo, seria, decidida—. Puede ser una trampa, pero ahora tenemos ayuda. Debemos aprovecharla.

Iremos pronto, antes de que Verenize nos espere, antes incluso de que Anna se recupere. Mañana mismo, si hace falta.

Silencio. Anna asintió, pero Moira frunció el ceño.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque si la Manera sigue chillándome así me voy a volver loca.

Tena había sido el primero en quedarse traspuesto, seguido de Hator, esta nada más acurrucarse con la pastelera mientras refunfuñaba que Moira la había abandonado por su hermano. Anna había reído por lo bajo, pero se había dejado abrazar y pronto ya estaba dormida también. Pero los hermanos no. Esos dos andaban sentados con las manos entrelazadas, poniéndose rápidamente al día en aquel lenguaje del desierto plagado de consonantes y chasquidos. Sasha nunca había aprendido ararse, pues su formación solo incluía las lenguas útiles para la capitanía (agavle, cortegués, sagrario, un poco de sérveo), lo que le había dado ventaja con el popurrí idiomático de los pueblos libres.

Sasha les dio la espalda al tumbarse junto a Rako, dispuesto a dormir todo cuanto pudiera, aunque dudaba de que el subidón de energía propio de las resurrecciones fuera a ponérselo fácil. No había terminado de encontrar la postura cuando sintió la mano del daena acariciarle levemente el brazo.

—¿Ya te has despertado? —le susurró Sasha. Así como los velos acentuaban los ojos; la venda acentuaba todo lo demás, y la cicatriz devorando su mandíbula parecía el triple de cruenta, tirante y refulgente a la luz de la lumbre.

—Sí, pero volveré a caer pronto.

Después Rako reclamó su lugar entre sus brazos, así que Sasha hizo lo propio y lo abrazó, apoyando la barbilla en su pelo. Olía a humo y a sangre.

—¿Te fías de ellos?

Le resultó extraño oírle usar la lengua del profeta en lugar del vedés al que regresaban en privado, pero fue justo por eso que comprendió sus intenciones: informar a Moira de su opinión sobre los rebeldes sin que los propios rebeldes fueran conscientes del intercambio. Y, aun de serlo, tampoco sabrían descifrarlo.

A veces Rako era demasiado listo. Un tipo de inteligencia sibilina, de dos caras, que al caballero le impresionaba y le asustaba a partes iguales.

—No nos queda otra —contestó en el mismo idioma, escueto.

—Ya. No me gusta, igualmente. No me gusta la Resistencia.

Sasha asintió. El pelo de Rako le hacía cosquillas en el cuello. Se

quedó rumiando si tenía algo más que decir, pero antes de darse cuenta ya habían pasado varios minutos, demasiado perdido en la comodidad y el calor del cuerpo del daena contra el suyo. Ni siquiera recordaba haber llegado a alguna conclusión, así que se limitó a darle un pequeño beso en la sien. Rako había vuelto a dormirse.

A sus oídos llegó un larguísimo suspiro. Moira. Pese a todo lo que llevaban encima, sonó relajada, aliviada, y Sasha se alegró de que al menos uno de ellos pudiera sentirse a salvo aquella noche.

No estaban en las mejores condiciones para colarse en el Mausoleo, pero al menos el clima sí lo estaba. La noche había caído cálida, pero no ardiente, y una ligera brisa rebajaba la temperatura residual del sol, acompañando el lento vaivén de las olas. Allí, la playa era de arena y no de piedras, como en la capital; y cedía bajo sus botas en lugar de crujir.

Hator y Moira se acuclillaron para explicarle el plan en susurros al mar mientras los rebeldes y Anna se detenían a una distancia prudencial, uno a cada lado de ella, como custodios. Caballero y daena cerraban la comitiva, y cuando llegaron junto al trío Anna lo miró, insegura, y alargó el brazo hacia él. Cuando paró en seco, Sasha comprendió que había querido tomar su mano para ganar un poquito de valor. Bajo el débil halo de la luna menguante, fue incapaz de distinguir su expresión, así que concluyó el movimiento por ella, dándole un breve pero firme apretón en el brazo.

—Dice que lo intentará —anunció Moira al volverse hacia ellos, ya en pie—. Vamos yendo.

Obedecieron en completo silencio, adentrándose pasito a pasito en el mar Indra. A su lado, Rako se asía a un saliente de su armadura vederesa para usarlo de guía. Habían dado un par de rodeos con la esperanza de desorientarlo, aunque ignoraban cuánta información podía Verenize extraer de su daena. ¿Usaba sus pensamientos, sus recuerdos o sus sentidos? ¿O todo a la vez? ¿O nada?

Fue cuando el agua les cubría por las rodillas que empezó a retroceder, muy despacio, muy gradual, como empujada por una fuerza externa. Sin su manto, el fondo salado quedó al descubierto, arena húmeda desde la que cangrejos y estrellas de mar los miraron, unos estáticos y otros huyendo de vuelta al océano. Un pez despistado nadó sin preocupaciones hacia la partición y cayó con un chapoteo al barro, donde coleteó desesperadamente. Por supuesto, Hator se apresuró a devolverlo al agua de un leve puntapié. Sasha contuvo la sonrisa.

El mar continuó replegándose según descendían a sus

profundidades, o quizás era el aire el que lo apartaba. Fuera como fuese, pronto se encontraron sumergidos por entero, la luna allá arriba temblorosa y caleidoscópica. Todo olía a sal, a algas y a pescado y, cuando Moira llamó al fuego para que los guiara entre las tinieblas del lecho oceánico, no solo intensificó el hedor, sino también la sensación de claustrofobia.

Y la de que algo los observaba.

Sasha sabía que los grandes depredadores moraban lejos del litoral de Veda, en mar abierto, pero los competidores de la Cruzada tenían razones de sobra para preferir Pactarse antes de zambullirse. La diminuta canica ígnea apenas alumbraba en rededor, dejando entrever tanto el reflejo metalizado de pececillos del tamaño de guijarros como el eterno pasear de larguísimas anguilas, el flotar perezoso de medusas tan diáfanas como velos vedereses, la ristra de mil ojos de un pez araña. Ninguno llegó a precipitarse en su burbuja de oxígeno, pero de vez en cuando alguno nadaba justo al ras y les salpicaba con la cola.

—Tengo suerte de no verlo, ¿no? —le susurró Rako cuando a Tena se le escapó un gemido de angustia. Un pez araña les había pasado muy, muy cerca, tanto que pudieron distinguir cada una de las ocho pupilas de aquel costado, tanto que uno de sus bigotes había atravesado la superficie vertical, rozando el brazo del sanador.

—Algo así —contestó Sasha, los ojos fijos en la luna troquelada. No tenía agua en los pulmones, pero los olores, los sonidos, la humedad, lo llevaban una y otra vez a sus mil muertes anclado en el Canal de la Reina. Sentía el pánico incipiente como una presión en el pecho, como un pensamiento intrusivo al fondo de su cerebro que empujaba, empujaba. El mar siempre se cerraba justo a su espalda y eso no ayudaba. Al final, optó por mirar el barro salado a sus pies, donde correteaban cangrejos y babosas y donde ocupar enteramente su mente en evitar que Rako tropezase con algas o corales.

Hacia las dos horas de camino, otra clase de flora les salió al paso: joyas de oro corroído, extraviadas en ambas costas y arrastradas allí por la corriente; también tejidos, tiaras, incluso jarrones y copas. Un butacón que ahora formaba parte del bosque coralino. Un tarro de miel que le servía de casa a un cangrejo verde. Hasta el océano había aprendido a convivir con el reino dorado del Eterno.

Hacia la tercera hora, Hator se desvió de la ruta.

Vedra se adelantó para susurrarle algo al oído, seguramente confirmación del cambio. Ella abrió la boca para responder, pero calló al verlo dirigir un elocuente vistazo hacia atrás (hacia Rako). Así, lo que hizo fue volverse hacia el resto, señalar la nueva dirección y articular tres únicas palabras:

Voz. Manera. Allí.

Nadie se opuso, aunque todos tenían sus dudas. Sin embargo, el

Mundo tampoco parecía inquieto, ni siquiera cuando se toparon con las primeras piedras de las playas de Venfica; ni siquiera cuando Hator los condujo hacia una hondonada tremendamente alejada de su destino original. Mal iban si ya ignoraban el mapa desde el principio… Y, aun así, en la roca al final de la hondonada se abría un túnel. No una gruta, un túnel. Ancho y cilíndrico, del que los peces entraban y salían sin prisa; de boca enorme, redondísima, y, por supuesto, enrejada. Eso no los desanimó, pues oxidada como estaba les fue sencillo arrancarla de los goznes (con un poquito de ayuda elemental, huelga decir).

Se miraron entre ellos. Aquel conducto, de pertenecer al antiguo entramado real, no aparecía en el mapa. Quizá cumplía otra finalidad, o quizá llevara allí desde tiempos inmemoriales, pero se encontraba mucho más próximo al Mausoleo que el otro túnel por el que habían planeado escurrirse, así que bien podían probar suerte y ver dónde desembocaba. Aunque Hator tampoco les dio espacio para debatir, metiéndose enseguida en la boca del lobo. Poco a poco, el olor a piedra mohosa y a cerrado sustituyó al del mar.

El túnel se bifurcó varias veces; Hator no dudó en ninguna de ellas. El camino comenzó a empinarse; el nivel del agua a descender. Cuando el mar se abrió sobre sus cabezas, la protección del Mundo ya innecesaria, Sasha exhaló largamente. Qué mal trago. No querría repetir la experiencia ni aunq… De pronto, un escalofrío le bajó escalón a escalón por la columna, y su torso viró sin permiso hacia el noreste. Allí, había algo allí. No sabía qué era, o qué quería de ellos; pero su cuerpo lo había reconocido y allí quería ir.

—¿Lo habéis notado? —susurró Anna, casi un jadeo.

—¿El qué? —preguntaron los rebeldes.

—Sí —contestaron los demás.

En el siguiente ramal (orientado cómo no al noreste), el túnel terminaba bruscamente. Lo recorrieron hasta el final, hasta que el muro les impidió continuar, y solo entonces se detuvieron por fin. Rako apoyó la frente en su hombro, agotado, rapiñando unos segundos de respiro. Entre la caminata y la ceguera, debía de estar rozando su límite.

Precisamente para que el daena no la oyera, Moira llamó su atención dándole un toquecito en la mano. Sasha la miró. Ella apuntó con la barbilla a Hator, quien a su vez señaló al muro, dudosa. Abatido, tuvo que negar con la cabeza. Sí, nadie convencería más rápido a la tierra de hacerles paso como el niño de sus ojos, pero a esa distancia abrir el Vínculo sería una sentencia de muerte. Bastante se estaban arriesgando ya trayéndose a Rako.

Mientras las brujas se resignaban a pedirle otro favor al Mundo, los demás descansaron, conscientes de que podrían estar cayendo en una

trampa. Quizás incluso habían caído ya. Por lo menos para eso sí tenían solución. Una solución cobarde, pero efectiva, de la que Rako no sabía absolutamente nada. Al caballero no le gustaba ocultarle información, pero al daena le gustaba aún menos tenerla.

La tierra tardó en escarbarles un pasadizo, primero un agujero tan estrecho que hubieron de arrastrarse sobre el estómago para atravesarlo y luego una chimenea tan resbaladiza que hubieron de pedirle anclajes de piedra. Sasha ayudó a Rako a sortear el agujero; Tena se subió a Anna a la espalda al escalar la chimenea. Increíble. Increíble que hubiesen decidido infiltrarse en el maldito Mausoleo con dos desconocidos, un herido y un ciego. Era una locura y un disparate y por eso mismo debían hacerlo *ya*.

Sasha fue el último en salir a la superficie, embarrándose la armadura de tierra mojada y hojarasca. ¿Bosque, *en Venfica*? Pero ¿dónde puñetas habían ido a parar?

Nada más volverse se dio cuenta de que ya estaban allí.

Todo era verde, blanco y diáfano; todo exuberante pero simétrico, frondoso pero acotado. De fuentes de mosaico níveo y grifos dorados llovían sin pausa finas cascadas que colmaban los suelos con un millar de surcos entretejidos, ensortijados; ríos y afluentes tan vivaces como elegantes, su borboteo un arrullo natural y artificial a un tiempo. Allá arriba, la luna menguante coronaba la más inmensa de las bóvedas acristaladas, y el espacioso enrejado de mármol que sostenía paredes y cúpulas convertía el mausoleo de la princesa en un enorme invernadero atemporal.

E «invernadero» era la mejor palabra para describirlo, pues hasta el último rincón rebosaba tupida flora monzónica; palmeras que rozaban los techos con sus larguísimas hojas y flores amarillas tan brillantes como el sol, como Sera. Su transpiración empañaba las cristaleras y lo revestía todo de un calor húmedo, pegajoso, pero Sasha ni siquiera notó el cambio porque la llamada de la Manera era mucho más fuerte. Acuciante, insistente, sólida. Hator respiraba agitadamente, pugnando por hundirse en la selva, y con ojos muy abiertos señaló un punto entre la maleza:

—¡Allí!

A nadie le sorprendió que apuntara hacia el noreste.

—Me siento raro —gimió Rako, limpiándose la primera gota de sudor de la nuca.

—Será el bochorno —le contestó Moira, pero aun así retrocedió para examinarlo de cerca.

—No. Es… otra cosa.

Con la Elegida a punto de salir corriendo en cualquier momento y Moira ocupada, los rebeldes se volvieron hacia él, esperando instrucciones. Sasha respiró hondo. Así que allí estaban. Allí estaban,

justo en el Mausoleo de Sera, la princesa asesinada a cuya memoria Verenize había ofrendado un continente entero. Al caballero le gustaría decir que sentía su presencia, su espíritu, pero lo único mínimamente parecido eran las enormes flores escogidas por el propio Verenize y la silueta de Hator enfrente.

—Quedaos aquí. —Señaló con la barbilla el agujero—. Estad preparados por si volvemos en un apuro, y retiraos por completo si no estamos aquí al amanecer. También si os veis en peligro.

—¿Queréis llevaros la pirita?

Sasha abrió la boca para contestar, pero fue Hator quien lo hizo:

—No nos hará falta. Aquí estamos a salvo.

Dicho esto, Anna se separó de ellos y regresó con su gente en tres pequeños pasos. Notándola cerca, Rako la tomó del brazo distraídamente, como queriendo tenerla bien a mano, bien segura, un detalle reconfortante en mitad de toda aquella sofocante tensión. Al parecer, solo Hator se sentía a salvo.

Y, sin embargo, según se internaban en la inmensidad goteante de la selva artificial, el caballero empezó a reconocer los síntomas. Era un sentimiento sutil, casi sigiloso, que cuando nadie miraba calmaba sus nervios y ralentizaba sus latidos, dictando un mismo compás para los cinco. Miró hacia atrás. Ni un destello se vislumbraba ya de Tena o de Vedra, engullidos tras troncos descomunales y plantas trepadoras de hojas anchas como abanicos. Miró hacia arriba. Vidrio, vidrio y más vidrio. Le dio la impresión de hallarse atrapado en una bola de cristal: en cualquier momento, alguien la agitaría para hacer revolotear los copos de pan de oro.

De pronto, la selva se abrió. O, más bien, se acabó.

Ante ellos un arco puntiagudo de puro blanco, su interior puro negro. Tan, tan negro, que al contraste con el mármol calado del muro parecía un portal a otro mundo. Quizá lo era. La vegetación, antes invasora sin miramientos de todo espacio personal, se mantenía ahora a una distancia prudencial, ni una mísera ramita caída a sus pies, y Sasha podría jurar que algo los miraba desde el otro lado.

—Ven —llamó Hator entonces, con voz estrangulada.

Un latido de silencio, dos. Tr…

Tienes que llamarme por mi nombre.

Rako se tensó como cuerda de arco a su lado, aquellas palabras vertidas directamente al interior de sus mentes, inundando cada recoveco, cada hueco, cada callejón sin salida.

—Ven, Sera ⁝⁝ de Veda, legítima reina de la Espiral.

El cuerpo del caballero reaccionó por sí solo, clavando la rodilla en tierra e inclinando la cabeza ante su princesa. Lo hizo de forma natural, instintiva, y encajó perfecta con el sonido metálico de su armadura y con su pulso desbocado e incluso con los gritos ahogados

que lo acompañaron. Mantuvo la vista anclada al suelo, donde pronto aterrizó la venda del daena real.

—Por todos los dioses, Sasha, levántate. —Y la voz de Sera sonó real, sonó sólida, sonó *viva.*

Pero no lo estaba. Lo supo porque levantó la mirada lo primero y vio el halo dorado que irradiaba, parte de cada brizna de su cabello rubio pero también de la ornamentada armadura ceremonial que vestía. Sera le sonrió. No era una sonrisa feliz.

—¿Cómo…? ¿Cómo puede ser? —balbuceó Anna, el oro de la princesa reflejándose en sus ojos muy abiertos.

—He sido invocada por la Elegida de la Profecía —respondió ella, solemne y ligera a un tiempo—. Y he acudido a su llamada sin reservas, pues principio y fin han de encontrarse a mitad de camino.

Era difícil mirarla. Era difícil mirarla y no fijarse en los pequeños detalles que la hacían corpórea, como la cinta gualda con la que siempre se anudaba el pelo mientras aún respiraba; pero sobre todo en los detalles que le recordaban la verdad, como esa armadura forjada para su coronación que jamás llegó a estrenar. La armadura con la que había sido enterrada.

—Pero yo creía que… —comenzó Hator, aún digiriendo el reconocerse a sí misma en los rasgos de Sera— creía que me llamaba la Manera.

—No. Siempre fui yo. Pero tu arma nació de mi muerte y, por tanto, conmigo está. Te llevaré hasta ella.

Sin embargo, no se movió. Lo que hizo fue volverse hacia ellos. Sasha cuadró los hombros, militar, y solo cuando se dio cuenta de que Rako permanecía inmóvil fue consciente de que… Rako. Sera. Rako y Sera.

Algo se le encogió dentro, una mezcla de congoja, culpabilidad y pena, todo a la vez. Retrocedió un paso cuando la princesa avanzó hacia el daena, y otro más cuando acunó su rostro entre sus palmas intangibles, las yemas de sus dedos pasando a través como bruma luminiscente. A esa distancia, su luz convertía las lágrimas de Rako en plata.

—Lo siento —sollozó este, tratando de cubrir sus manos con las suyas—. Lo siento, lo siento, lo siento…

Sasha no comprendió la súbita mueca de horror de Sera. Le supo amarga y le hizo fruncir el ceño, desconcertado. Las demás buscaron su mirada, esperando inquietas una explicación que no tenía. A la princesa el horror le duró poco, derritiéndose en un profundo gesto de dolor, pero, sobre todo, de amor. Eso último Sasha lo veía claro como el sol.

—Pronto serás libre —contestó ella, y sus lágrimas también eran doradas.

—¿Cuándo es pronto?

—Pronto —repitió—. Cuando tengamos toda la eternidad para hablar de ello.

Sera unió su frente con la suya durante un breve instante. Sasha desvió la vista cuando Rako le dijo que la quería, y más aún mientras ella respondía lo mismo. No fue el único, el Séquito por entero concediéndoles ese momento de intimidad con el que ambos habrían soñado durante siglos.

Apenas un par de segundos después algo cálido, casi líquido, le rozó el brazo; y alzó la vista para sostener la de Sera. Él hizo otra pequeña reverencia y ella sonrió.

—Basta de culparte, Sasha —le dijo, tan directa como siempre—. Nada de lo que ocurrió podría haber sido evitado con las herramientas de las que disponías. No podíamos ser salvados. Ni yo, ni mi hermano, ni mi caballero. Ni Rako, ni Veda.

Sasha no contestó. Solo asintió.

La princesa se movió como ondeada por la brisa, pasando ojos de sangre azul sobre el resto de las mujeres y saludándolas con una leve inclinación de cabeza. Ellas le devolvieron el gesto en silencio.

—Vamos —apremió Sera, señalando el arco—, no nos queda mucho tiempo.

Rako y ella abrieron la marcha, una mano de hueso y otra de luz entrelazadas. Hasta ese momento Sasha no se dio cuenta de que él también lo tenía tomado de la mano, y le dejó ir. Le dejó ir.

Atravesaron la negrura del arco con la confianza de quien sigue los pasos de su reina, y esta vez Sasha notó el cambio atmosférico enseguida. Ya no compartían suelo con la frondosa selva, pero el olor a tierra mojada permanecía, de modo que tampoco debían hallarse muy lejos. Quizá justo debajo, donde aguardaba el laberinto.

Sin embargo, no necesitaron el mapa. Ni siquiera vislumbraron señales de cercos ni ramificaciones ni segmentos; ni siquiera doblaron una sola esquina. Allá abajo solo había un único corredor, largo y oscuro como una noche de invierno, la luminosidad de la princesa desvelando las filigranas talladas en sus paredes y techos. Motivos florales, retorcidos y refinados; motivos religiosos, con seis ojos siempre fijos en ellos. Bajo su mirada inerte, Sasha se preguntó si serían los primeros visitantes. Si lo habían construido manos humanas o Pactos demoniacos, y de ser esto último dónde habría quedado el aroma a incienso. Si lo llamaban «mausoleo» cuando querían decir «cenotafio», pues no había visos de que la tumba de Sera andara por allí; o si la encontrarían al final del camino. Si ner Aren yacería con

ella o a su vera, o si Verenize se habría deshecho de sus cenizas por despecho. También por qué había tardado doscientos años en terminar de erigirlo. Qué le habría frenado. O quizá habían malinterpretado las dimensiones del laberinto. Quizá sí estaban adentrándose en sus inextricables meandros, tan vastos que ni sus cuerpos ni sus ojos percibían las curvas.

El silencio era pesado, como la sensación de que algo se aproximaba, o de que a algo se aproximaban, encharcándole el pecho a cada paso más y más. Contenían la respiración hasta rozar la asfixia y la soltaban con cuidado, casi a hurtadillas, y pronto perdieron la noción del tiempo, encallados en un trance consistente únicamente en respirar y avanzar, respirar y avanzar, en tándem.

Sasha no supo cuántas vidas pasaron recorriendo aquel laberinto sin recodos, pero despertó al final, con la luz. Por un segundo, creyó que era el sol. Que el sol nacía allí dentro, violento, potente y lleno, rojísimo, cargando la estancia de un olor que no logró nombrar y caldeando la sangre de sus venas.

Formaron un semicírculo en torno al manantial de lava con extrema cautela. El magma borbotaba de la propia roca, vomitando naranja y carbón al suelo, alimentando una charca incandescente que permanecía mansa en su rincón, quizá cercada por una magia antigua. Sasha miró a sus compañeros. Tenían el rostro teñido de fuego y la mirada clavada en la fuente.

—¿La Manera… está ahí dentro? —preguntó Hator, tragando saliva.

Se volvieron hacia la princesa, quien negó con la cabeza.

—Aún no. Aquí habrá de forjarse, pero le faltas tú.

—¿Qué significa eso? —gruñó una tensísima Moira—. ¿Estás diciendo…? ¿Tiene que meterse ahí? No, lo siento.

—¡Es lava! —añadió Anna, horrorizada.

Sin embargo, la pareja permaneció en silencio. Rako los contemplaba entre expectante y algo más, pero Sera lo hacía con los ojos tristes de quien sabía que pedía lo imposible. Hator dudó uno, dos, tres segundos, pero entonces se giró hacia ellos, el manantial tornando sus iris castaños en un incendio de verano.

—Parece agua, parece fuego y parece roca —les dijo, señalándolo —. Le falta el aire.

Y, antes de que nadie pudiera detenerla, dio un paso adelante y puso las manos en cuenco bajo la cascada de lava. Gritos, hubo gritos; Sasha los oyó. Entre ellos el suyo propio. Y de pronto todo olía a carne quemada y Hator *chilló*. Chilló más fuerte incluso mientras se forzaba a llevarse las manos a la boca y soplar el magma cosechado como el chiquillo que sopla un diente de león para pedir un deseo.

Cuando la Manera nació lo hizo de a poco, primero coagulándose

en piedra volcánica y luego rompiéndose desde dentro, cascando el huevo, resurgiendo radiante e ignífuga. El magma parasitó los dedos de su dueña dejando a su paso un rastro refulgente, fusionándose con ellos, y Sasha se sintió gemir de angustia al verlo filtrarse por cada poro, hurgando bajo la piel y bajo el músculo y derritiendo hasta el último tendón. Las venas de Hator se llenaron de oro líquido, ensombreciendo el mundo entero en un espectáculo tan grotesco que el caballero siquiera logró reaccionar antes de que terminara.

Porque terminó, claro.

Hator tenía las mejillas llenas de lágrimas, pero también una sonrisa salvaje en los labios, concentrada únicamente en el colosal espadón que ahora enarbolaba entre las manos. Parecía hecho del magma que seguía escupiendo la piedra y de la sangre embebida y del halo espectral de Sera; y quizás el arma para matar a Verenize era precisamente eso: un filo forjado del principio y del fin, de los dos extremos de aquellos doscientos años, tal y como había dicho la legítima reina espiral.

La Manera no era hermosa, pero era potente. Al caballero le daba escalofríos mirarla. Desvió la vista hacia Rako, situado al extremo opuesto del círculo, esperando que fuera el primero en hablar, en sonreír, en felicitarla.

Y justo por eso, porque le estaba mirando, Sasha no llegó a comprender hasta horas (días, años, siglos) después lo que ocurrió. No recordaría el modo en que a Hator se le borró la sonrisa, ni su voz temblorosa, espantada, histérica, mientras les decía que la Manera no paraba de chillarle que debía cumplir su misión.

No, Sasha de todo eso solo recordaría la rapidez con la que la Manera manipuló el cuerpo de Hator para cercenar de un tajo el cráneo de Rako.

Fue un tajo perfecto, visto y no visto, entrar y salir. Nadie gritó, nadie hizo nada. Un par de mechones castaños cayeron al suelo, ligeros como plumas. Rako le devolvió a Hator una mirada de la más absoluta incomprensión durante los largos segundos en los que el corte tardó en sangrar, delatando el caminito transversal que había seguido su filo.

Al caballero el vértigo, el horror, le aferró con una garra helada las entrañas. Intentó acudir a su lado, murmurar su nombre al menos, pero su cuerpo no le respondía, paralizado. La Manera cayó a tierra con un repiqueteo y se apagó. Rako se llevó una mano a la herida que lo estaba matando, matando, matando, vomitando sangre que le cegaba y que se le metía en la boca y que le empapaba las yemas de rojo, rojo, rojo.

—¿Rako? —llamó Hator, el pánico contenido en la voz.

Y, entonces, Rako rio.

El sonido fue escalofriante, a conjunto con la forma en que se incrustó los dedos en el corte sin siquiera pestañear.

Sasha lo vio agarrarse la mejilla enternecida con saña, pero no fue hasta que empezó a tirar de ella que gritó, que gritaron, por fin digiriendo la pesadilla pero demasiado horrorizados aún como para reaccionar.

Así que Rako no paró, arrancándose de cuajo el pedazo de carne y dejándolo caer al suelo.

Alguien gimió.

Porque bajo su cara había otra cara.

22
LA CRISÁLIDA

Los pequeños gajos que Rako se arrancaba del rostro aterrizaban a sus pies con un ruido sordo y pastoso. Ellos lo miraban en silencio, conmocionados, sus músculos burbujeando de impresión. A su lado, Sera contemplaba el despiece con infinita tristeza, pero desvió la vista cuando Rako se engarfió las uñas en la garganta, despedazándose, liberándose.

No, Rako no.

Nize.

—¿Qué…? —comenzó Hator, recuperando el habla para después perderla en un sollozo.

Nize sonrió ampliamente, los labios curvados como una escolopendra, los ojos tan azules como una maldición. Sasha no entendía nada. Sasha no entendía nada y solo quería cerrar los ojos y volver a la noche anterior. No quería ver al rey desprendiéndose de otro pedazo más del cuerpo de Rako como haría un insecto con su exuvia.

—Has matado a Rako —logró gemir Anna, la boca abierta en un futuro grito de rabia y de terror y de todo—. Has matado a Rako.

—Ah, no —rio Nize—. Nunca hubo Rako. Al menos, no su mente. Su cuerpo, en cambio…

Al principio, no lo entendió. No entendió por qué Verenize le sostenía la mirada, esperando, esperando. Esperando a que todo encajase. Y cuando lo hizo algo se le rompió por dentro, se desgarró y quedó hecho un montoncito en el suelo, justo como los pedazos remanentes de Rako.

—¿Qué quieres decir?

No, Hator aún no lo había entendido. Y era normal, porque era demasiado retorcido, demasiado cruel, inhumano, incluso para Nize.

Sasha ni siquiera notó la primera lágrima al preguntar:

—¿Por qué?

El rey se encogió de hombros, resquebrajando aún más el cuerpo de su doble. La crisálida.

—Necesitaba un modo de entrar —contestó, resuelto, sin dejar de sonreír—. Necesitaba un modo de investigar qué era eso que te había sacado de tu letargo, que te había convencido de venir a *por mí.* Y luego —desvió la vista hacia Hator, hacia Moira—, simplemente, me quedé.

Silencio. Tenía ganas de vomitar. Y de morir, también de morir.

—Pero no te lo tomes tan a la tremenda. —Nize puso los ojos en blanco, restándole importancia con la mano—. A fin de cuentas, Rako lleva muerto décadas. No creo que aguantase cuerdo ni veinte años. Yo solo… lo tomé prestado. Para un ratito, mientras te ponía en tu lugar.

No. Aquello no era real. No podía serlo. No podía estar pasando, Rako no era Nize y Nize no era Rako. El montículo sanguinolento en el suelo no era Rako y el azul de los ojos que lo miraban mientras se rompía no era Nize. Ni siquiera Nize era así. Oyó vomitar a alguien y oyó a Moira moverse rápida como la flecha que un segundo después atravesó limpiamente el rostro del rey. Este suspiró. Sonaba decepcionado.

—¿En serio creíais que iba a estar aquí, de cuerpo presente?

Sasha se envaró. A Verenize pareció hacerle gracia su propio chiste, porque volvió a reírse antes de mirarlo con dulzura.

—Deberías haber vuelto, Sha —le dijo, suave—. Te lo supliqué tantas, tantísimas veces… Ya no podía seguir esperándote. Y ahora no importa adónde vayas o a quién ames, siempre tendrás la duda de si soy yo; y probablemente lo sea.

Sus labios articularon las palabras, aunque no llegaron a salir. Solo salieron al segundo intento, su voz el gañido de un animal acorralado:

—Voy a matarte.

Verenize sonrió.

—Puede, pero no hoy. Mi guardia ya está al caer. —Y suspiró de nuevo mientras se colocaba un mechoncito tras la oreja—. Mucha suerte huyendo.

Con la Manera de vuelta en sus manos, Hator cargó contra él, pero lo único que consiguió fue talar en dos mitades lo que quedaba del daena real. Verenize negó con la cabeza una vez más antes de desvanecerse.

Sasha no se movió.

23
PERO INCAPAZ DE MORIR

Nize vomitó.

Le temblaban las manos y las piernas y algo más, y notaba los miembros rígidos, enfermos. Esa vez había pasado demasiadas horas seguidas en el cuerpo de Rako y el suyo lo notaba, abandonado por su dueño pero incapaz de morir. No existía otro culpable de que ahora sus sábanas apestasen. Irritado, se limpió la boca, manchándose los labios de pintura dorada y la mano de sangre roja. No podía parar de temblar.

Astrae no tardó en aparecer, sus ojos refractantes obviando el charco de bilis sobre la cama para centrarse en su rey.

—Tienen una forma de escapar. —Durante un segundo, Nize no reconoció su propia voz, tan acostumbrado ya a la de Rako—. No sé lo que es, pero lo dejo en tus manos. Rápido.

Su Muerte asintió, pero justo antes de partir se detuvo, contemplándolo detenidamente:

—¿Te han pillado?

Él bufó, desdeñoso.

—Claro que no —mintió.

Cuando Astrae marchó por fin, Nize se quedó mirando su reflejo en el espejo de enfrente. Parpadeó. Parpadeó para contenerlas.

¿Por qué había mentido?

AGRADECIMIENTOS

Por la salud mental, física y económica de mi editor, quien ya sufrió un infarto cuando vio el número de palabras de este manuscrito, seré breve. De hecho, para no jugármela, los verdaderos agradecimientos (la lista de niños malos de Papá Noel) quedan aplazados para el último libro.

En este solo voy a dar las gracias a los de siempre, que con releer los agradecimientos de Sangre van sobrados, y sumar a las autoras Beatriz Esteban y Silvia Aliaga, así como a mi compañera de infierno Esther Blanco; quienes este año han tenido la desgracia de descubrir mi lado más neurótico y yo la fortuna de tenerlas como apoyo. También añadir al fantástico Andrés Aguirre por el igualmente fantástico mapa del imperio espiral; me sigue pareciendo increíble cómo puede haber hecho de un churro algo tan bonito. Y por revelarme cual profeta que la palabra adecuada para describir la arquitectura de este mundo era «bizantina» y no «mozárabe»… Menos mal que me rodeo de gente con más de dos neuronas, porque menudo desastre si no.

Dejando las bromas aparte, este libro contiene algunas de las escenas más duras que he escrito nunca, que nacen de la etapa más dura de mi vida. Quería hablar de los límites del perdón, de cuándo decir basta, de cuánto pueden quitarnos antes de abrir los ojos. Y que de las relaciones hirientes no se sale solo, se sale con ayuda. Escuchad a vuestra gente, no a la voz que esa otra persona os ha plantado dentro. No sois malvados, ni aburridos, ni inútiles, ni insignificantes. No sois culpables por defenderos ni tontos por tragar. Por arduo que sea el camino de regreso a casa, a vosotros mismos, siempre habrá alguien esperándoos con los brazos abiertos.

Siempre hay tiempo de volver a casa.